

CCCIÓN



DISCURSOS

SAGRADOS



1-2

BX1756

D654

O36

1860

t. 1-2

c.1

008421



1080020876

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

VERE FL
VERIT

54

OBRA
DE
DISCURSOS SAGRADOS

ESCRITA POR
EL PRESBITERO D. IGNACIO GERÓNIMO DOMÍNGUEZ,

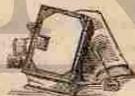
DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA
POR LA NACIONAL Y PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE MÉXICO, Y CURA PROPIO
DE LA PARROQUIA DE SANTA MARÍA DE LA NATIVIDAD ZACATELA
EN EL CONDADO DE OAXACA

TOMO PRIMERO

DISCURSOS SAGRADOS PANBÍRICOS



U A N L



Capilla Alfonso

Teológica Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Varadero y Teller



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO

IMPRENTA DE ANDRADE Y ESCALANTE
CALLE DE CADENA NUM. 13

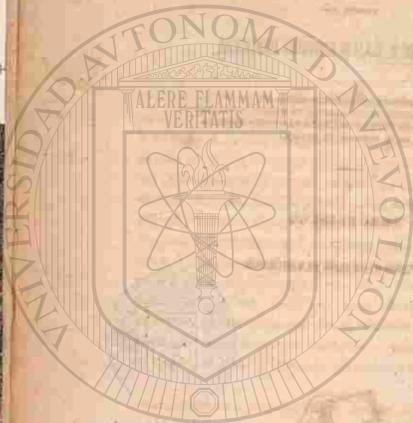
1880

FONDO ELETÉRIO
AVARDE Y TELLER

45065

BV 4217

D6



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

20002

LICENCIAS

Ilmo. Señor.

Presento á la vista de V. S. Illma., con el fin de sujetar á su censura, la adjunta obrita de "Discursos Sagrados," dividida en dos tomos, que por considerarla de alguna utilidad, me resolví á publicar. No cumpliría con mi deber ni con el objeto de ella, si no solicitara su licencia, y mucho menos si negándomela, me empeñara en que saliese á luz. Pues que, conforme á un decreto del Santo Concilio de Trento declara, y manda el tercer Concilio Mexicano, que no se impriman, ni se hagan imprimir libros que traten de Religion, sin que antes hayan sido examinados y aprobados por el Ordinario, y sin que hayan sido impresos con su prévia licencia sentada por escrito en ellos. Así que, en el caso de que estime por su superior juicio, que no contiene doctrinas contrarias á la fe y sanas costumbres, mereceré de su conocida bondad, que la apruebe, y que me conceda se dé á la prensa, y circule. Por tanto:

A V. S. Illma. readidamente suplico acceda á mi solicitud, en lo que recibiré merced.

Oaxaca, Julio 19 de 1859.

Ilmo. Sr. Dr. D. José Agustín Domínguez.

Dr. Ignacio Gerónimo Domínguez.

OAXACA, JULIO 19 DE 1859.

Vista la solicitud que antecede, y constando á S. Sra. Illma. que la obra de "Discursos Sagrados," dividida en dos tomos, del Presb. Dr. D. Ignacio Gerónimo Domínguez, cura propia de la parroquia de Zaachila, no contiene errores contra nuestra santa

008421

60 y sanas costumbres, sino que por el contrario, está conforme con la Sagrada Escritura y doctrina de la Iglesia Católica, por el tenor de las presentes le concede su permiso y licencia para que se imprima y circule. El Illmo. Sr. obispo de esta diócesis así lo decretó, mandó y firmó.

M. El Obispo

Ante mí,
Justo Bucio,
Prosecretario.

AL SEÑOR Illmo. Sr. Arzobispo.
Aunque según se informará S. Sñía. Illma. por un documento que le presento del Illmo. Sr. obispo de Oaxaca, obtengo su licencia para que se imprima mi obra de "Discursos Sagrados," dividida en dos tomos; habiéndome parecido conveniente su publicación en esta capital, deseo que si fuere de su superior agrado la reftienda. Por tanto

A V. S. Illma. con el debido acatamiento ruego atienda á mi solicitud, en lo que recibirá gracia.
México, Marzo 2 de 1860.

Dr. Ignacio Gerónimo Domínguez

México, Marzo 7 de 1860.

Pase á la censura del M. R. P. Dr. Rosales. Lo decretó y rubricó el Illmo. Sr. Arzobispo.

R.

Lic. Joaquín Buena de Rivera,
Secretario.

Dictámen del M. R. P. Dr. y Mtro. Fr. Porfirio Rosales

Illmo. Señor,

En cumplimiento del anterior decreto de V. S. Illma., he leído con sumo cuidado y particularísimo gusto la obra de "Discursos Sagrados," dividida en dos tomos, escrita sabiamente por el Presb. D. Ignacio Gerónimo Domínguez, Dr. en Sagrada Teo-

logía, por esta Nacional y Pontificia Universidad, y Cura propia de la parroquia de Santa María Zaachila, en el obispado de Oaxaca: y bien lejos de notar en ella cosa alguna que se oponga á las verdades del dogma santo y buenas costumbres, he visto que además de la vasta instrucción que su autor manifiesta, especialmente en la Sagrada Escritura, Santos Padres y escritores católicos, espresa una piedad eminentemente cristiana, una fe vivísima y un fondo sublime de Religión, que acreditan el celo por la gloria de Dios y los talentos brillantes de este célebre orador mexicano. Por lo que soy de parecer, salvo el superior de V. S. Illma. que se le conceda la licencia que solicita.

Colegio de San Pedro Pascual de Belen de religiosos Mercenarios.

México, Abril 23 de 1860.

Dr. Fr. Porfirio Rosales

México, ABRIL 27 DE 1860.

Vista la presente censura del M. R. P. Dr. Fr. Porfirio Rosales, damos por nuestra parte la licencia que tiene solicitada el Sr. Dr. D. Ignacio Gerónimo Domínguez, para la impresión de su obra intitulada "Discursos Sagrados;" con calidad de que antes de su publicación sea previamente cotejada por el R. P. censor. Lo decretó y firmó el Illmo. Sr. Arzobispo.

M. El Arzobispo.

Dr. José Joaquín Urua
Prosecretario.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

PROLOGO

A todo sacerdote católico obligado á la predicacion de la divina palabra y á la administracion de los Santos Sacramentos, le conciben, aunque no en toda su extension como á los primeros Pastores, estas palabras con que exhortaba el Apóstol San Pablo á Timoteo: "Predica la palabra de Dios oportuna, é importunamente: reprende, suplica, amenaza, sin dejar nunca de tolerar, y de instruir." De tal suerte, que todo el estudio de un Orador Cristiano, se debe dirigir á tener conocimiento de la Sagrada Escritura, cuya excelencia y utilidad son claras: su excelencia, porque ha sido inspirada por Dios; y su utilidad, porque sirve para enseñar la verdad, refutar el error, corregir el vicio y conducir á la virtud. Todo, pues, lo ha conseguido un buen Ministro, con cumplir estas cuatro funciones, mediante la luz de los Libros Santos. Pero hemos llegado á un tiempo, en que como predica el mismo Apóstol á su discípulo: "Los hombres, no pudiendo sufrir la sana doctrina, cierran los ojos á la verdad, y los abren á las fábulas del error." ¡Qué desgracia! El escepticismo ó filosofismo, el racionalismo, el humanismo, el materialismo, el deis-

mo y el negro ateísmo, son otros tantos delirios y fábulas, con que los enemigos de Jesucristo le hacen la guerra, y con que intentan destruir á su amada Esposa la Santa Iglesia. Nunca lo conseguirán, porque como canta el Salmista: "El reino es del Señor, y él es el que ha de reinar sobre las naciones." Mas por nuestra parte importa redoblar nuestros esfuerzos, y vencerlos con las mismas armas de la ciencia divina. Los ignorantes que han sido alucinados, volverán al camino de la vida; muchos herejes se convertirán, porque la palabra del Señor es una espada penetrante de dos filos, eficazísima por sí misma; los pecadores se moverán á penitencia y detestarán sus culpas, y los justos perseverarán en el bien, y se adelantarán de virtud en virtud.

Hace mucho tiempo que deseaba yo formar para mi uso particular un curso, que comprendiese los principales sermones de la Semana Santa. Despues que un presbítero destinado al servicio de las Parroquias rurales, ha administrado el Santo Sacramento de la Penitencia en toda la Cuaresma, y con mas trabajo por la multitud de penitentes en los primeros dias de dicha Semana Mayor, queda con la cabeza muy cansada, como lo he experimentado en el espacio de veinticinco años: inmediatamente le incumbe dedicarse á los oficios de los siguientes dias, y á la predicacion las mas veces sin otro compañero que lo ayude: para poder proponer y probar sus diversos asuntos á su auditorio, se emplea constantemente en leer muchos libros: con suma molestia sube al púlpito, y apenas logra ordenar en el acto algunas de las ideas amontonadas que ha estudiado. Aunque es cierto que los Sermonarios tratan de todas estas materias, pero ó no se hallan en una sola obra todos los sermones que se necesitan para aquellos dias, ó si se hallan en ella, por constar de muchos volúmenes, cuesta mas cantidad de dinero que una coleccion pequeña. Tambien es cómodo á un sacerdote que va á celebrar la Semana Santa á un pueblo, cargar aun en la bolsa un libro que le sumi-

nistre especies para sus pláticas. Más me animé á empeñarme en mi propósito, cuando observé en México en el año de 1854, que varios Señores Eclesiásticos buscaban en las librerías á lo menos un tomo segun este plan, y no lo encontraban.

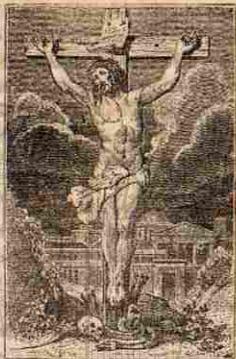
Me dediqué desde luego á componar una obra de esta clase, agregándole otros Sermones panagóricos, que ya habia pronunciado así en algunas Iglesias de la ciudad de este Obispado, como en las de afuera. Gozaba que era superior á mis fuerzas por la cortésia de mi ingenio y por la escasez de mis luces. Sin embargo, hubo de concluirta con el trabajo y la paciencia, valiéndome de la Santa Escritura y de la doctrina de los Padres de la Iglesia é intérpretes. Como que no confío en mí mismo, solamente me resolví á publicarla hasta que muchos señores curas, mis dignos compañeros, y otros eclesiásticos así me lo persuadieron. Sobre todo, quise acerca de este particular obsequiar los deseos de mi hermano y Prelado el Illmo. Sr. Obispo de esta diócesis, que repetidas veces me declaró. Jamas me he honrado servir de modelo á los Párrocos, y á tantos Sacerdotes ilustres y recomendables de todo el Clero Mexicano; pero mis tareas literarias siquiera los serán útiles miradas como materiales que tengan á la mano, á la vez que prediquen de improviso. Su mayor mérito consiste en el sagrado texto que ya trascrito con el nombre únicamente del Libro, ó del Autor inspirado, lo mismo que en las sentencias y pensamientos de los Santos Doctores y Escritores Cristianos á que me refiero, por no aumentar fojas con una multitud de citas. Nada mas que en el Sermon de la Ascension del Señor, que es una exposicion del Salmo CIX, en el de la cuarta palabra, que es otra del Salmo XXI, y en el de la sexta palabra que es una interpretacion del capítulo LIII de Isaías, están señalados cada uno de los versos entre parentesis. Por lo demas, mi estilo carece de elocuencia, y mis producciones serán sin duda un cuerpo de instruccion mal concertado.

Lleva el nombre de "Discursos Sagrados," y se divide en dos tomos. El primero contiene diez y ocho Panegíricos sobre las tres Pascuas de Epifanía, Espíritu Santo y nacimiento de Ntro. Señor Jesucristo, porque el de la Pascua Mayor de Resurreccion pertenece al segundo tomo, sobre otros de algunas festividades suyas, de la Santísima Virgen María y de algunos Santos. Al fin le añadí una Oracion Fúnebre latina, en memoria del Illmo. y Dignísimo Sr. Obispo de Oaxaca, Dr. D. Angel Mariano Morales, que de Dios goce; me la encomendó el muy Ilustre y Venerable Cabildo de la misma Santa Iglesia Catedral, en el año de 1843; pero no llegué á decirlo por falta de numerario para los gastos de las honras fúnebres. El segundo, sin embargo que no trae sermones para todos los puntos de Pasion, como la Oracion del huerto, la Flagelacion, la Coronacion de espinas, &c., comprende diez y siete principales, que mucho se necesitan para la Semana Santa. El acto del Descendimiento va incluido tambien, no en forma de discurso, sino dispuesto tan solamente en cuanto al órden de su ejecucion. Uno de los dichos discursos es para el Domingo de Ramos, primer dia de esta Santa Semana, en que nuestra Madre la Iglesia honra la memoria de la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem; tres del Divino Redentor para los dias subsiguientes; dos, á saber, el del Mandato y el de la Institucion de la Sagrada Eucaristia para el Juéves Santo; otro para el Viénes Santo por la mañana, que se llama de la Cruz á cuestas ó de encuentro: para el Descendimiento están asignados siete, de cada una de las siete palabras que pronunció Jesucristo en la Cruz; porque, ¿cuáles textos y lecciones servirán mejor para tratar de la muerte de nuestro Salvador, que las siete cláusulas de su Testamento eterno? ¡Ah! todas ellas reunidas forman en pocos conceptos un Evangelio abreviado, que abraza así como la oracion del Padre Nuestro, todas nuestras peticiones, el sagrado dogma y sana moral, señalados por extenso en las Divinas

Escrituras: ellas son las siete luces del candelero de oro de la vision de Zacarías, y los siete sellos del Libro del Cordero: para el mismo dia por la tarde, sigue otro discurso del Santo Entierro de Cristo, y otro para la noche de la Soledad de la Virgen Santísima: en último lugar está colocado el de la Resurreccion, que es el objeto de todas nuestras esperanzas. La mayor parte de estas Oraciones Sagradas ha sido oida por los fieles, mas no el resto, por no haber tenido oportunidad.

Cualquiera conocerá á primera vista, que no me he empeñado de tal suerte en la moralidad, sin embargo de que mis Sermones no carecen de ella, que descienda á ampliarla sobre casos particulares. Los puntos de fe son los objetos de todos mis designios, porque interesa mucho inculcarlos en estos peligrosos tiempos. Bien es, que del mismo dogma se desprenden luminosas reflexiones morales, que conocida ó subitamente hieren el entendimiento, la voluntad y el corazon del hombre.

Finalmente, si de la publicacion de esta pequeña obra resultare algun provecho para explicar la sagrada doctrina, y refutar los errores; si alguna alabanza, por ligera que sea, hubiera de tributárseme, quiero que todo ceda en gloria de Dios y de su Santa Iglesia. La sujeto, pues, al juicio de la misma Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, nuestra comun Madre, en cuyo seno nací, vivo y deseo morir. Quanto ella aprobare, yo tambien lo apruebo, y quanto ella reprobare, yo tambien lo repruebo. El único fruto que sí le ruego al Señor, conceda á mis cortos merecimientos, es, que me conserve, aunque pecador, las virtudes de la fe y de la esperanza sobrenaturales, y que me encienda con la de la caridad, para amarle fervorosamente, y morir en el ósculo de la verdadera paz.



ORACION DEDICATORIA.

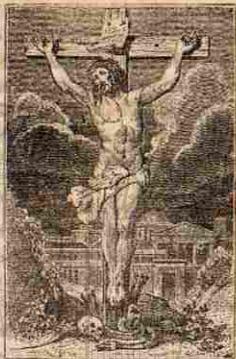
¡Quién mejor que Vos, ¡oh Divino Jesús mio Crucificado! exige imperiosamente que se le consagre este escrito, en que de alguna manera examina vuestra sagrada palabra....! Justo es, que las luces que ha participado de Vos, ¡oh sol resplendente de sabiduría! vuelvan a su origen con mi gratitud. Las aguas que en mí han corrido por el soplo de Vuestro Espíritu como por un arroyuelo ó canal frágil, deberán retornarse á Vos, ¡oh mar inmenso! que sin pérdida alguna de sí mismo las produjo. No me conviene saber mas, siguiendo la doctrina de vuestro Apóstol San Pablo, que á Vos clavado en la Cruz, ni aprender en otro Libro que el de Vuestro Santísimo Corazón abierto. Yo os adoro, ¡oh Salvador mio! y os reconozco por mi Dios, mi Maestro, mi Bienhechor y mi Juez. Haced que por Vuestra Sangre Preciosa sea perfectamente reconciliado y unido á Vos. Os repito con verdad estas afectuosas palabras, que recomienda vuestra Esposa la Santa Iglesia, ¡Oh buen Jesús! óyeme, no permitas que me separe de tí, escóndeme entre tus llagas. Defiéndeme del enemigo maligno, llámame en la hora de mi muerte, y manda que venga á tí. Ponme despues junto á tí, para alabaros con los Santos y con los Angeles por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON DE LA EPIFANÍA

Et procedentes adoraverunt eum.
"V postrándose le adoraron."

S. MATHEO, Cap. 2. v. 11.

Regocíjate, ¡oh pueblo cristiano! puesto que eres como un vástago frondoso de aquel árbol fecundo de la gentilidad escogida, cuyo primer fruto de su vocación á la fe católica solemnizamos hoy. ¡Qué milagro mas asombroso! ¡Ah! Al nacer Jesús se les apareció una nueva estrella en el Oriente á tres Magos, ó sabios astrónomos naturales de la Arabia, según la opinión común, y la reconocieron por la señal del grande Dominador. Para que no fuese inútil, explicándome con el Papa San Leon, lo que se veía tan desacostumbrado, emprenden un largo y trabajoso viaje, dejándose guiar por los resplandores de este astro, no menos que por la luz y fervor con que la gracia había tocado interiormente sus almas. Cuando pasan por Jerusalem, preguntan con valentía en las calles y plazas á sus habitantes: ¡Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos! Herodes se turba, su corte tiembla, toda la



ORACION DEDICATORIA.

¡Quién mejor que Vos, ¡oh Divino Jesús mio Crucificado! exige imperiosamente que se le consagre este escrito, en que de alguna manera examina vuestra sagrada palabra....! Justo es, que las luces que ha participado de Vos, ¡oh sol resplendente de sabiduría! vuelvan a su origen con mi gratitud. Las aguas que en mí han corrido por el soplo de Vuestro Espíritu como por un arroyuelo ó canal frágil, deberán retornarse á Vos, ¡oh mar inmenso! que sin pérdida alguna de sí mismo las produjo. No me conviene saber mas, siguiendo la doctrina de vuestro Apóstol San Pablo, que á Vos clavado en la Cruz, ni aprender en otro Libro que el de Vuestro Santísimo Corazón abierto. Yo os adoro, ¡oh Salvador mio! y os reconozco por mi Dios, mi Maestro, mi Bienhechor y mi Juez. Haced que por Vuestra Sangre Preciosa sea perfectamente reconciliado y unido á Vos. Os repito con verdad estas afectuosas palabras, que recomienda vuestra Esposa la Santa Iglesia, ¡Oh buen Jesús! óyeme, no permitas que me separe de tí, escóndeme entre tus llagas. Defiéndeme del enemigo maligno, llámame en la hora de mi muerte, y manda que venga á tí. Ponme despues junto á tí, para alabaros con los Santos y con los Angeles por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON DE LA EPIFANÍA

Et procedentes adoraverunt eum.
"V postrándose le adoraron."

S. MATHEO, Cap. 2. v. 11.

Regocíjate, ¡oh pueblo cristiano! puesto que eres como un vástago frondoso de aquel árbol fecundo de la gentilidad escogida, cuyo primer fruto de su vocación á la fe católica solemnizamos hoy. ¡Qué milagro mas asombroso! ¡Ah! Al nacer Jesús se les apareció una nueva estrella en el Oriente á tres Magos, ó sabios astrónomos naturales de la Arabia, según la opinión común, y la reconocieron por la señal del grande Dominador. Para que no fuese inútil, explicándome con el Papa San Leon, lo que se veia tan desacostumbrado, emprenden un largo y trabajoso viaje, dejándose guiar por los resplandores de este astro, no menos que por la luz y fervor con que la gracia habia tocado interiormente sus almas. Cuando pasan por Jerusalem, preguntan con valentía en las calles y plazas á sus habitantes: ¡Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos! Herodes se turba, su corte tiembla, toda la

ciudad teme. Entretanto se les responde, que en Belen, como está anunciado por el Profeta, debe nacer el Mesías. Siguen su direccion: la estrella que se les habia ocultado dentro de la ciudad, se les presenta á la vista otra vez fuera de ella: los conduce hasta Belen, se pára hácia arriba del portal, y entran en é: tienden sus miradas por tan estrecho recinto; pero ¡oh Dios mio! ¿qué encuentran allí? ¡Ah! á un Niño pobre, débil, y sin aparato alguno de régia majestad: lo adoran postrados, y le ofrecen sus dones de oro, incienso y mirra. Despues de esto, avisados en sueños por un Angel, de no volver á pasar por Herodes, por otro camino regresaron á su pais. *Et procedentes adoraverunt eum.*

Tal es el sentido que contiene la sencilla narracion del Evangelio de éste dia: narracion que aunque sucinta, se percibe como un grande reverbero de infinitas reflexiones que emanan de la Divinidad de Jesucristo. Sol refulgente de sabiduría unido hipostáticamente á su Santa Humanidad. Aquí resplandecen sus atributos, especialmente la misericordia y la justicia. Aquí se nos da una prenda de la remision de los pecados, de la infusion de la gracia, de las virtudes, de los dones y frutos del Espíritu Santo. Aquí se consagran al Señor las primicias de los gentiles que creen en Cristo, y como que se indica en las cualidades de su ciencia y de su poder, la preferencia de esta nacion á la de los judíos en su totalidad. Aquí realza, á la manera que lo notó San Juan Crisóstomo, uno de los mayores triunfos de la gracia y de la fe. Porque los mismos Magos sometidos al reinado eterno del Salvador, aunque extranjeros, son un presagio del cono-

cimiento y devocion de los paganos que habian de entrar en la Iglesia, hasta de los últimos términos de la tierra. Siendo así que estaban preparados á morir por Cristo, en expresion del citado Padre; se nos muestra en ellos la marca con que se graba la constancia de los Mártires, que confiesan á Jesus Crucificado hasta su último aliento, y que traen origen de progenitores idólatras. Para aquellos momentos tan preciosos de la manifestacion de un Dios Niño á los Santos Magos, como uno de los sucesos mas célebres, parece que profetizó David, no solo en general, sino tambien en particular, la aceptacion del sacrificio de justicia, las oblaciones y los holocaustos. *Et procedentes adoraverunt eum.*

No puedo aplicarme á considerar todas las circunstancias de la venida de los Magos, y mucho menos todas las grandezas y bienes de la aparicion ó Epifanía de Nuestro Señor Jesucristo. Mas supuesto que esta doctrina, ademas de la consecucion de la salud eterna, se dirige á un fin próximo, que es la adoracion de los tres Sabios orientales, la misma idea sustancial constituirá al propio tiempo como el punto céntrico de todo mi discurso. La Santa Virgen María, que conservaba con el mayor cuidado todas las cosas relativas á su Divino Hijo Jesus, meditándolas en su corazón, interceda á mi favor, para obtener un auxilio del Espíritu Santo, que me sostenga en la exposicion de tan insondable misterio, saludándola con el Angel. Ave María.

Y postrándose le adoraron.
S. Marcos, cap. y vers. citados.

Es la adoracion, tomada propiamente, el honor ó culto supremo que solo á Dios se debe. Con él lo

confesamos por Criador, único dueño Soberano de todas las cosas, y respetamos sus infinitas perfecciones. Se divide en interior y exterior: el primero consiste en los sentimientos de admiración, reconocimiento, confianza en su poder y bondad, amor y sumisión: el segundo se versa sobre los signos de cánticos, alabanzas, genuflexiones, inclinaciones profundas, votos, juramentos, ofrendas y ceremonias. Pero sola la veneración del alma nacería con dificultad y no duraría mucho tiempo, si no se excita con las señales sensibles: solo el testimonio de los sentidos sería una pura hipocresía, vicio que tantas veces ha sido reprobado por Jesucristo y por los profetas. En el hecho, pues, de que los Santos Reyes adoraron postrados al Divino Infante Jesus, ¿cómo no le habían de rendir sus homenajes así-incorpóreos como materiales! ¡Los que buscaban con tanto ardor al Rey de los judíos, caerían de él en espíritu y en verdad, puestos en su presencia! ¡Ah! ¡No! Desde luego, que para hacer patente la gloria de Dios, para afianzar mas su propia santificación, y para darnos ejemplo, le rindieron ambos á dos servicios, esto es, los Magos adoraron á Jesucristo con un culto interno. Punto primero: los Magos adoraron á Jesucristo con un culto externo. Punto segundo: dichos objetos necesarios á un cristiano como caracteres de la mayor importancia, y por los que triunfa maravillosamente de los extravíos de una venenosa filosofía, exigen toda nuestra atención.

PRIMERA PARTE.

Nada mas que por consultar á la mejor claridad, órden y provecho nuestro, me he determinado á tratar con distincion de cada uno de los mencionados obsequios, que fueron inseparables de una sola adoracion de los Magos. El sagrado texto evangélico nos refiere, que cuando estos felicísimos hombres vieron de nuevo, al salir de aquella ciudad ingrata, la estrella, se regocijaron con una alegría muy grande: *Gavisunt gaudio magno valde*. Bien: ¿y no será justo inferir por una consecuencia forzosa, que sus almas se inundaron de un júbilo incomparable en el tiempo en que adoraron á Jesus, le besaron sus sacrosantos piés y le presentaron sus ricos dones de oro, incienso y mirra? Pues si nos consta esta verdad, y sabiendo que el gozo espiritual es un efecto interior consiguiente al amor, acto principal de la caridad, se deja tambien entender, que supone la fe y la esperanza como fruto delicioso que asciende del jugo de estas tres vigorosas raíces. Puntualmente cuanto dice relacion al culto interno, se reduce al ejercicio de tan excelentes virtudes teológicas, y ved aquí los medios de que me voy á valer para ampliar el mismo asunto á elogio de nuestros insignes héroes.

« Sin la fe, dice el Apóstol San Pablo, es imposible agradar á Dios, porque es preciso que él que se acerca á él crea que hay Dios, y que recompensa á los que

le buscan." Escribiendo á los de Corinto les asegura, que en la enseñanza de la fé no se ve mas que una verdad, que es Jesucristo. Por manera, que despues de su venida, segun la idea de San Juan Crisóstomo y en sentir de los teólogos, es indispensable para la salvacion el conocimiento ó la fe de nuestro Redentor. Pero esta fe presupone la revelacion; y la revelacion se funda en la palabra de Dios escrita, ó no escrita. La estrella que apareció á los Magos, y que San Agustín llama la magnífica lengua del cielo, les trajo á la memoria aquella antigua profecía que pronunció Balaam mil y quinientos años antes: "Nacerá una estrella de Jacob, y se levantará un dominador de Isráel." En efecto, reconocieron en este astro singular un signo infalible de la voluntad y de los designios de Dios, que los llamaba. Muchos sin duda observaron tan raro fenómeno, pero lo reputaron como un ente comun, y no comprendieron el misterio. Nuestros esclarecidos Santos lejos de esto, creyeron en Jesucristo, lo buscaron, y lo adoraron. Su fe, no solamente fué una persuasion de la palabra de Dios, sino tambien una entera confianza en sus promesas, y una perfecta obediencia á sus mandatos. El mismo Señor movió sus corazones para que diesen crédito á sus palabras de un modo mas admirable, que aquel con que movió el corazon de Lidia, mujer virtuosa, para hacerla prestar atencion á las palabras de San Pablo. Confesaron con la mayor ingenuidad, que habia llegado el cumplimiento de los divinos oráculos, porque habia nacido el Mesias, el Rey esperado por los judíos. Le obedecieron pronta y animosamente, no temieron los peligros del camino, y despreciaron hasta la muerte los falsos

discursos de los hombres. ¡Oh fe racional! ¡Oh fe teológica! ¡Oh fe viva! ¡Oh fe constante!

Examinados con la posible brevedad los caracteres de aquella fe verdadera con que los ilustró el Señor, la cual, en sentencia de San Pablo, es el fundamento de la esperanza, la seguridad de las cosas que esperamos y el convencimiento de las verdades que no vemos; indaguemos cómo poseyeron una esperanza llena de gozo. Ciertamente, ¿no es esta virtud infusa, por la que esperamos de Dios confiados en su poder y bondad, la gracia para esta vida y la gloria para la futura! ¿Los Magos como buenos hijos del Gran Padre de familias, no se anticiparon á llenar este precepto de Jesucristo á sus Apóstoles: "Tened confianza; yo he venido al mundo!" ¡Ah! Penetrados de un temor filial, desterrada por la infinita misericordia de Dios toda inquietud de sus espíritus, se habian convencido de esta verdad que escribió San Juan algun tiempo despues: "Aquel que espera en Dios se santifica, como Dios es Santo por sí mismo." Si los consideramos por un momento entregados á la prueba que Dios quiso enviarles, si los seguimos á Jerusalem por donde se les desapareció la estrella, su conformidad no tiene ejemplo. ¿Qué solicitud por saber el lugar del nacimiento del Rey Eterno, heredero del trono de Judea! ¿Qué ansias por verle, no obstante la ambicion de Herodes, las contradicciones de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas, y las burlas del pueblo! Mas luego que oyen decir que en Belen de Judá debia nacer el Cristo, se reanima su esperanza con este consuelo. No cesa cuando llegan á Jesus, antes bien se robustece: contemplan á un

Niño necesitado de alimento, á un Hombre recién nacido, pero lo creen y lo esperan como Dios y como Rey: en su Rostro miran retratadas con lineamientos divinos, la dulzura, la indulgencia y la compasion por los pecadores: desde entonces hasta el fin de su vida confiaron mejor que antes con una esperanza formada por la caridad, que cumplirá en ellos sus promesas, y que los salvará por sus méritos y por los auxilios de su gracia: ni la presuncion, ni la desesperacion los corrompiera ó los desviará del sendero de la justicia.

Por otra parte, cuando nos alegramos con el auxilio superior del bien divino considerado en sí mismo, este gozo espiritual, como dice el Angélico Doctor, procede principalmente de la caridad. Cuando nos gozamos del mismo bien, pero en cuanto que participamos de él, este gozo se causa tambien por la virtud de la esperanza segun las palabras del Apóstol: *Spe gaudentes*. Bien es, que mediata ó inmediatamente se obtiene tan inestimable placér por la medida del amor de Dios. "Hemos recibido este mandamiento de Dios, dice San Juan: que quien ama á Dios debe amar tambien á su hermano." "No amemos, escribe en otro lugar, de palabra y con la lengua, sino con obras y de veras." Conforme á esta sagrada sentencia, enseña San Agustin, que la caridad es un movimiento del alma, para gozar de Dios por sí mismo. Yo aseguraré, pues, con S. Bernardino de Sena, que los Magos veian en lo exterior una nueva estrella, y tenian entre sus corazones la estrella de la gracia: otra luz, digo, interior y sobrenatural que los iluminaba y los encendia en afectos. ¡Hay acaso valor ó acto de amor de Dios y del prójimo mas heróico, que preguntar á un rey

tan cruel como Herodes: "¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos! ¡Con este ejemplo, no lo invitaban á él y á su pueblo á buscarlo y adorarlo! ¡Con esta breve predicacion no arguyeron la dureza y negligencia de los judíos en no querer reconocerle! Pero si nos los representamos dentro de la gruta de Belen, y en el punto que cayeron postrados á los piés del Dios su Salvador, ¿quién podrá concebir su dulce consolacion! ¡Ah! No solo le someten sus cuerpos y le doblan sus cervices, sino que al propio tiempo le ofrecen en holocausto sus espíritus anonadados. "Estando ya arraigados y fundados en la caridad," al decir del Apóstol desde el principio de su vocacion como los primeros padres de los fieles, reciben todavia en su rendimiento mayor uncion de la gracia, y mayor calor del fuego sagrado del Espíritu Santo. Admírellos el cielo y la tierra, arrobados, eternecidos y derramando copiosas lágrimas. Vuelvan con sentimiento á su país, puesto que es fuerza privarse de su presencia; pero ellos conservarán para siempre con él las comunicaciones mas íntimas y mas singulares.

Teniendo á la vista tan grande santidad, ¿por qué no veneramos á Jesucristo con los actos de fe, esperanza y caridad, para tributarle un culto digno de su soberana grandeza! Las gracias y bendiciones que repartió á los Magos en el establo de Belen, las derrama aún con mas profusion en el Sacramento Augusto del altar. Allí se dejó conocer en su Santa Humanidad, y con el semblante apacible de un Niño: aquí oculto bajo los siguos de pan y de vino, nos da su Cuerpo por manjar y su Sangre por bebida para alimento de nuestras almas. "El que ha negado la fe

según la doctrina revelada, es peor que un infiel." El que confía, ora en solas sus propias fuerzas, ora en solo el auxilio Divino, ó al contrario, desconfía de la misericordia de Dios, carece de la esperanza. El que tiene fe y esperanza, pero muertas é informes, no tiene vida. Aun cuando distribuyésemos, como habló de sí el Apóstol, todos nuestros bienes para sustento de los pobres, y aun cuando entregáramos nuestros cuerpos á las llamas, si no tenemos caridad, todo esto no nos sirve de nada. Si somos dóciles á las inspiraciones celestiales, el Señor nos enriquecerá mas de sus incommensurables tesoros. Pero dejemos ya el culto interno para ocuparnos del culto externo.

SEGUNDA PARTE

Por sí mismo y con sus bienes, debe el hombre hacer dones á Dios, cual puede entenderse de este pasaje del Libro de los Proverbios: *Honora Dominum de tua substantia*. Ya expuse cuán agradables fueron al Dios Niño los respetos de los Magos á una con el gozo de sus almas. Me resta hablar del acatamiento con que se sacrificaron en sus cuerpos y en sus bienes, cuyos homenajes aceptó el Señor.

Aunque Dios no necesite de nosotros, estamos obligados á serle reconocidos tanto por el beneficio de la creación, como por el de la redención. Sin el culto exterior jamas podrá formarse una religion, porque

son indispensables al hombre los símbolos y las ceremonias para que exprese lo que siente. Si no se vale de los sentidos, no experimentará una impresion enérgica y duradera. Mas entre todas las cosas que pertenecen al cuerpo, ni la acción de llevar la mano á la boca y besarla, como se acostumbraba antiguamente, ni la de besar la tierra, doblar la rodilla ú otra cosa semejante, son una señal tan manifiesta del mas profundo respeto á Dios, como la prosternacion. Particularmente los orientales y hasta los mismos salvajes han conocido la energía de este acto, de ponerse de rodillas tocando con la frente la tierra, ó de tenderse á lo largo á los piés de alguno. Así los Magos se pusieron á merced de Jesucristo, testificando su adoracion con el mismo honor. Al instante se mostró en ellos anticipadamente el culto absoluto de latría á Jesucristo Crucificado, y tambien el mismo culto pero relativo á sus sagradas imágenes, en cuanto que se termina á el mismo: se prenotó la liturgia cristiana, y la concurrencia de los fieles rendidos en derredor de los altares como vínculo de paz, de órden y de sociedad. Las oraciones, abstinencias, oblaçiones, expiaciones, votos, juramentos, consagraciones, postraciones, y el aseó de los vestidos de los Patriarcas y de todo el pueblo de Israel, no guardan comparacion con este modelo de la profesion solemne del catolicismo. Las señales de compuncion del publicano que alabó Jesucristo, las hallamos todas reunidas en una sola santa obra de los tres adoradores mas fervorosos de la Iglesia Cristiana.

Para dar el lleno á esta materia abundantísima en lo demas que me resta, conviene anticipar la siguiente

instruccion del Eclesiástico: "La oblation del justo engrasa el altar, y sube á la presencia del Altísimo como un excelente olor." Desde el principio del mundo Cain y Abel le ofrecieron á Dios en sacrificio su alimento; pero como la fe de Abel era viva, segun la mente de San Pablo, el Señor miró agradablemente su buena voluntad y sus dones. Enós hijo de Sét empezó á invocar el nombre del Señor, distinguiéndose por sus sacrificios y por el título de hijo de Dios. Henoc se hizo recomendable por su obediencia y por su grande fe. Noé logró que sus holocaustos fuesen recibidos en olor de suavidad. Job se perfeccionó desprendiéndose de su familia y de sus riquezas, y se redujo hasta el estado de un leproso horrible en un muladar. ¿Pero á qué punto se encaminan todos estos testimonios? ¿Encontraremos regalos ó presentes mas esquisitos que el oro, el incienso y la mirra? ¡Ah! Ellos significaban á un mismo tiempo las virtudes y el fin de la adoracion de los Magos. El incienso que sube á lo alto, es el emblema de la fe, de la oracion y de la devocion: la mirra por su amargura representa la esperanza, cuyo objeto es el bien árduo y posible, la mortificacion y penitencia, y la coutricion: el oro denota en su lucimiento la sabiduría, y en su color la caridad. Tambien son símbolos de los tres votos de religion, porque despojándose el hombre de sus riquezas, cambia con inestimable ganancia el oro por la pobreza; exhala el incienso de la obediencia, que es mejor que los sacrificios, y se inmola con la mirra de la castidad, que le da una muerte civil por su separacion del mundo y por las continuas maceraciones. ¿Quién no sabe que solo á Dios se le ha de elevar el

humo fragante del incienso? ¿Quién ignora que á los monarcas se les ha pagado un tributo en oro? ¿Quién no ve, que al hombre le conviene como propia la mirra, por cuanto se sustenta con el pan de lágrimas, y bebe el agua de la tribulacion? Por eso los tres primeros caudillos del cristianismo le ofrecen á Jesucristo incienso, como á Dios verdadero, oro, como á Rey de reyes, y mirra, como á Hombre destinado á la pasion y sepultura. Aun disolvieron é inmolaron estos dones, como afirma San Agustin, y por consiguiente, con esta práctica demostraron á todas luces su propio significado.

Hé aquí un original brillante de que se deben sacar copias sin número, para expresar nuestras afecciones á nuestro Buen Jesus, y para darle gracias con los bienes recibidos de sus manos. ¡Por qué, pues, los filósofos incrédulos reprueban como un abuso la pompa y magnificencia del culto exterior de la religion? ¡Por qué otros para ponerse á cubierto de la nota de temerarios, enseñan que es indiferente? Al hombre se le cautiva por los sentidos, y por los objetos materiales se le lleva á concebir una idea sublime de Dios. Si no ve, como reflexiona Santo Tomás, rendir á Dios tantos homenajes, y tan pomposos como los que se dan á los potentados de la tierra, ¿qué idea formará de la majestad y grandeza del Señor que adora? El aparato exterior le recuerda la pureza del alma, y las asambleas religiosas en que se mezclan los ricos con los pobres le advierten, que ante los ojos del Soberano Dueño todos los hombres son iguales. Si se nos pregunta, ¿de qué sirven el oro, la plata y las piedras preciosas en los templos? Responderémos, que sirven

para reconocer al Criador de todos los bienes, y para consagrarlo todo á su servicio. ¡Qué se diría de un culto en que prevaleándose del miramiento mal entendido hácia el Crucificado, sus templos fuesen unos montes al descubierto, sus altares unas cruces sin adorno, sus sacerdotes cuasi desnudos, y sus adoradores á la manera de unas estatuas en pié! Todo lo que recibe la Iglesia para sus gastos, y sus ministros para una congrua sustentacion, les parece excesivo; prodigan sus riquezas en profanidades que corrompen las costumbres, y nunca acaban de ponderar el expendio en los espectáculos de la religion y en los emolumentos del clero. El mismo Jesucristo alabó la ofrenda de la vida, nos dejó ejemplo de postracion siempre que oraba, y mucho mas cuando lavó los piés á sus Apóstoles. Dió poder á la Iglesia para establecer y arreglar el culto, como que tiene íntima relacion con el dogma y con la moral. Ninguna potestad civil por sí misma ejercerá imperio acerca de él, sin traspasar los límites de su jurisdiccion. Si toda sociedad protestante se ha juzgado con derecho á prescribir y conservar su culto, ¡parecerá bien negárselo á la Santa Iglesia Católica!

Concluamos con citar este precepto que intimó Moises á los Israelitas de parte de Dios: "Temerás al Señor tu Dios, y á él solo le servirás." Es cosa muy singular y prodigiosa, que tres Reyes de fuera de la Judea viniesen á Belen para edificacion de la Iglesia, á darle el mas exacto cumplimiento. Sí; pero lo que estaba mandado al pueblo de los judíos, quedó igualmente escrito al pueblo de los gentiles. No faltaba mas sino que estos lo supiesen, y para Dios nada es

imposible. Movidos, pues, los Magos con sus divinos impulsos, que les imprimieron esta misma ley en las membranas de sus corazones, se prestaron los primeros á rendir á la verdad eterna Jesucristo, los obsequios internos de sus entendimientos y voluntades: asimismo los manifestaron en todas sus obras desde la aparicion de la estrella, y principalmente en el acto visible de la adoracion, no menos que en la donacion gratuita de lo mas rico de sus tesoros. *Et procedentes adoraverunt eum.*

Agradezcámosle á nuestro Salvador el beneficio de haber sido llamados á su Iglesia en las personas de los tres primeros Apóstoles de la gentilidad cristiana. ¡No le hemos dado nuestro nombre desde el principio de nuestra vida, para que nos cuente en el número de sus imitadores! ¡Ah! En el sagrado bautismo recibimos juntamente con la participacion de su carácter, la fe, esperanza y caridad, las demas virtudes y los dones del Espíritu Santo, que nos dedicaron á su servicio. Sea nuestra fe constante y nuestra esperanza firme. Si hasta ahora no hemos sido bastante fieles á las gracias que de continuo nos envía; si la negligencia, la dissipacion y el pecado, han alejado de nuestras almas la caridad, busquémosla como la margarita preciosa; pidámosla con frecuentes súplicas, y por los méritos de su Sangre Preciosísima, pues se digna oírlas, á efecto de concedérnosla. Anime, rija y gobierne esta excelente virtud todas nuestras acciones. Al que recomendó la oracion, le son agradables todas las demostraciones de respeto y dependencia. Cumpliendo con el culto externo, y contribuyendo á su esplendor, le ofrecemos incienso; socorriendo á los

pobres, le ofrecemos oro; padeciendo con los que padecen, le ofrecemos mirra. Pero guardémosnos de honrarle solo con los labios y no con el corazón, cuya falsa devoción reprendió á su antiguo pueblo. Tributémosle no un culto aparente, sino verdadero en todas sus partes, para que merezcamos alguna vez ser remunerados con los dones de su gloria.

Así SEA.



SERMON

DEL

GLORIOSÍSIMO PATRIARCA SEÑOR S. JOSÉ

ESPOSO

DE LA SIEMPRE VIRGEN MARIA MADRE DE DIOS

Joseph virum Mariae de
qua natus est Jesus
" José esposo de María, de
la cual nació Jesús."
S. Mateo, Cap. I. v. 16.

A ningún Santo caracterizan tan sublimes prerogativas como al que es hoy el tierno objeto de nuestros cultos: elevado hasta la cumbre del honor y de la felicidad, mira ventajosamente hácia su derredor los mas ilustres Patriarcas y Profetas, sus predecesores, los gloriosos Apóstoles, y esclarecidos Mártires, sus sucesores: los insignes Doctores é inocentes Virgenes, y para solo exceptuar á María, á todos los bienaventurados. Imposible sería recoger cuantas imágenes son necesarias para acabar el retrato del Santísimo José, de quien me voy á ocupar en este corto tiempo, si no hubiera el Evangelio delineado de un golpe sus grandezas. *Joseph virum Mariae de qua natus est Jesus.*

Con efecto, en estas breves así como misteriosas palabras, no menos se designa la dignidad de José, que la de María y la de Jesús: cada una debe su origen á la mas excelente, y todas se enlazan entre sí. José, por un verdadero y santo matrimonio, es Esposo de María: María, encierra toda su perfeccion en ser Madre de Jesús: Jesús, que es el Verbo humanado, obtiene el nombre mas admirable que ganó, de Salvador del mundo. Pareceria acaso que iba yo á reunir tres elogios en uno solo; no, las íntimas relaciones que unen al Patriarca San José con Jesús y con María, exclusivamente me interesan.

No me detendré en manifestar, que segun las dos genealogías referidas por San Mateo y por S. Lucas, es José hijo de Jacob, y María, en la opinion mas fundada, hija de Heli, Heliachim ó Joaquín: que aunque por diversos canales descienden ambos de una sola fuente, que es David, por Salomon, y por Natan: que en consecuencia, la misma sangre que circula por las venas de estos dos Esposos, corre tambien por las de Jesucristo. Tampoco os representaré á un hombre adornado de singulares dotes de alma y cuerpo, hermoso, sabio, perfecto, santo, agradable á Dios, ó justo como le llama la Escritura. Me aparto de todos estos títulos, ó por mejor decir, los comprendo todos. Digo, pues, que en alguna manera fué constituido nuestro Santo cabeza de la Sagrada familia del Salvador sobre la tierra: este es su supremo destino, este el principio de todas sus gracias, y el objeto principal de mi discurso.

¡Oh Patrono universal de la nacion mexicana! ¡De cuánta complacencia me sirve tener que predicar

vuestras excelencias delante de este grande concurso, que confiesa vuestra gloria y os venera como á Padre! Para poder continuar con acierto, saludaré á vuestra Santa Esposa la Virgen María, con las palabras del Angel. Ave María.

*“ José Esposo de María,
de la cual nació Jesús.”*

“ MATEO, cap. y vers. citados.”

Aunque renunció el Castísimo Patriarca San José al uso del matrimonio, una vez contraído con la Purísima Virgen, adquirió derecho sobre ella como su consorte. Es de fe, que Jesucristo fué concebido dentro de este matrimonio virginal por virtud del Espíritu Santo, y que recibió toda su carne nada mas que de María. De consiguiente, por derecho le pertenece á este grande Angel custodio como á padre matrimonial, padre legal y padre adoptivo suyo. De tal suerte, que el Eterno Padre parece que divide su autoridad con él, porque le da por hijo á su mismo Hijo: el Verbo humanado le respeta y obedece como á Padre, y el Espíritu Santo le comunica el título de Esposo de María, que con toda propiedad corresponde á esta Divina Persona. Así es, que por haber sido constituido por Dios Señor de su casa y Príncipe de su posesion, le convienen estas dos singulares preeminencias, de que habló así Ruperto: “ Si es Esposo de María, es Padre del Señor.” Todo su elogio, pues, se cifra en el sentido indefinible de estas dos breves partes que voy á proponeros. Primera: San José es Esposo de María: *Joseph virum Mariae*. Segunda: San José es Padre de Jesús: *De qua natus est Jesus*.

PRIMERA PARTE

Supuesta la voluntad de Dios, que exigía una víctima capaz de aplacar su justicia ofendida y de reparar al hombre, fué conveniente y necesario el altísimo misterio de la Encarnacion. Las figuras, oráculos y sacramentos de la Ley antigua que lo significaban, debían tener su mas perfecto cumplimiento. Segun el vaticinio de Isafas á Acaz, habian de rasgarse los cielos á su tiempo, y descender al seno de una Virgen el Libertador de Israel. Era conforme tambien á los designios del Eterno, que se desposase María con un varon de la tribu de Judá, con un ilustre vástago de su tronco David, heredero no menos de sus promesas que de sus virtudes. ¡Y quién correspondrá, ¡oh gran Dios! que sea este hombre único, escogido, y formado á la medida de vuestro corazon! ¡Ah! Breve notaréis, señores, cuanto lo permitan mis débiles luces, que el Patriarca San José es el digno Esposo de María.

Tan luego como el Espíritu Santo fué el mismo lazo conyugal, que unió inseparablemente dos candidísimas palomas, consagradas con el voto de virginidad perpétua, apareció un matrimonio rato, felicísimo, del todo espiritual. Sin que se dejara percibir diferencia alguna entre la dignidad y el vínculo de la obligación, así los gozos como los cuidados se hacian comunes: los pensamientos eran unos mismos, unos

mismos los deseos; uno solo el corazon, una sola la vida, una sola el alma que animaba esta santa sociedad. Se contraerán á la manera que se han contraído innumerables enlaces por los demas hombres, pero ¡qué pocos con igualdad de perfecciones! En muchos reinará la desconfianza, el vicio, la discordia. ¡Mas en éste! ¡Oh qué contraste! Todo es fidelidad, virtud y paz. Si no fuera por la excelsa cualidad de Madre de Dios, para expresarme con San Bernardino, no solo diria que San José es muy parecido, sino tambien igual á su Purísima Esposa.

Así es; pero nunca mas bien acreditó el Santo Patriarca la confianza que hizo el cielo de su persona, como cuando fué sorprendido en medio de las delicias de este estado angelical en que vivia. En el fuego es probado el oro y la plata, dice la Divina Escritura, mas los hombres, aceptables en el horno de la humillacion. Con efecto: el cetro de su linaje arrebatado por mano estrañera, la pobreza y los mayores trabajos no eran capaces de causarle tan viva impresion, como el solo acontecimiento de ver á su Esposa en cinta. ¡Qué tribulacion! ¡Qué amargura! El silencio de María, el amor, el temor, todo, todo concurría de mancomun para atormentarlo. ¡Y qué partido os parece, ¡oh fieles! que elegirá! ¡Se abandonará al furor ó á la disimulacion! ¡Ah! Ni á una, ni á otro. ¡Pues qué hará! Observad en su resolucion la accion mas noble, mas virtuosa y mas santa. Vivir en su compañía, era incurrir en la nota de un insensato y de un impío. La ley lo autorizaba para acusarla públicamente, á fin de que fuese juzgada y castigada. No obstante, ¡cómo habia de des-

honrarla! ¡No era él mismo el custodia de su inocencia y de su virginidad! ¡Acaso había conocido el mas leve defecto en sus obras y en su rara hermosura! Dejarla secretamente, era lo mismo que sin castigo; sin embargo, no estaba prohibida esta medida, y podría tal vez servir de enmienda. A esto se decide desde luego; ¡y quién dudará que fué lo mejor! Ya sea que sospechase de adulterio, como pareció á San Agustín, ó que se admiró de un nuevo prodigio que ignoraba, como dice San Gerónimo; lo cierto es, que el Evangelio lo alaba de justo por excelencia.

Estando ocupado de este pensamiento, un Ángel del Señor se le apareció en sueños y disipó sus temores: al mismo tiempo mereció que se le revelasen los profundos arcanos de nuestra redención: en adelante no solamente ve á María como á su Esposa, sino también como á la Madre de Dios. Abrasado de ardientes deseos por conocer al Mesías, lleva el Arca viva de la alianza por la larga travesía de Nazaret á Belén; asimismo va á cumplir con el edicto de César Augusto, que había mandado empadronar á todo el mundo, y siendo él juntamente con María de la casa y de la familia de David, debía dar sus nombres en la ciudad de este príncipe. Mas ¡ay! que concluido su penoso viaje, y cuando esperaba ballar descanso, solamente encontró afanes: solicitan una casa en que alojarse, y de todas partes son excluidos por la multitud de huéspedes: recorren las calles, ocurren á sus parientes y conocidos, pero todo es en vano: la noche, el frío, el innumerable concurso de extranjeros aumenta su aflicción y sus fatigas.

Sin embargo, nada quebranta la invencible paciencia del Santísimo Patriarca, y su humildad y resignación en la voluntad de Dios no tiene ejemplo. Se retiran desde luego y se alojan allá entre los escombros de una casa que servía de establo á los animales; ¡Oh perfectísimos Esposos José y María, Ministros y cooperadores del Santo Misterio de amor y de pobreza, por el cual se había de mudar todo el orbe! ¡Oh personas las mas santas y las mas amadas del Señor; vosotros seréis los primeros que tengan el gozo de adorar recién nacido al Verbo Encarnado!

Si bien prevé que ha de seguir atravesando un dilatado campo sembrado de espinas é interrumpido con verjeles de rosas, no se espanta, no se inquieta, no se turba. Gustoso consagrará en obsequio de su Castísima Compañera, el trabajo y los desvelos, y no tendría embarazo de sacrificar su propia vida por librarla de la muerte. Desempejará... ¡Pero para qué es mas! Yo creo, señores, que bastan estos solos rasgos para pintar, aunque en diseño, á un Esposo, que siendo el preordinado y el mas puro de los hombres, como escribe un ilustre autor, es semejante á la Bienaventurada Virgen. Otras varias circunstancias ó puntos principales de su vida, que hacen también los mas excelentes timbres de un verdadero Esposo de María, serán el apoyo de mi

SEGUNDA PARTE

Segun está sancionado por ley, y es muy justo, todo lo que nace en un sitio ajeno, es propio del dueño del lugar. Jesucristo, que fué concebido por obra del Espíritu Santo, no puede ser hijo de José segun la carne; pero supuesto que es hijo natural de María su Esposa, le pertenece de una manera legal. Bajo del mismo matrimonio se recibe y se educa la prole, dice el angélico Doctor. De consiguiente, al Esposo le corresponde el título de padre matrimonial ó padre nutricio de Jesús. Por lo cual, no me dilataré en demostrar este derecho: los deberes de alimentar, educar y proteger á Jesús, ocuparán vuestra atencion: á una breve ojeada notaréis que los llenó con admirable exactitud. Recorramos, pues, la vida de nuestro Redentor hasta la muerte del glorioso Patriarca, y resultará desenlazada esta verdad.

Un sabio advierte, que desde el momento en que nació Jesucristo, le abrió al Santísimo Patriarca el corazon con una herida del eterno amor, que le habia de quedar abierta por todo el curso de sus dias. Sf: ¡qué sentimientos tan ardientes no experimentarí al ver al Rey de Israel, al Rey del Cielo y de la tierra, nacido en un pesebre, aterido de frío, y que yacia sobre la paja! ¡Le tributará jamas la tierra mejores alabanzas y homenajes, que los que le ofre-

ció su Divina Madre y San José! ¡Ah! Yo veo, que desde que se anonadó en su presencia y le sacrificó su alma, dió principio al afecto paternal. En seguida, tomará grande parte en el regocijo de los Angeles y júbilo de los pastores; sobresaliendo impreso en su semblante el carácter de la dulzura y de la bondad. No tardará mucho el Dios Niño, sujeto por su voluntad á nuestra flaqueza, en cumplir la ley de la circuncision, sino que lo verificará á su debido tiempo. ¡Oh! José presentará la víctima, deshecho de dolor verá correr su sangre, y enjugará sus lágrimas. Sabia del mismo modo revelado, que la Santa Madre de Dios, cómo debería nombrarse: al punto, pues, estos dos Esposos vírgenes le impusieron el nombre Sacratísimo de Jesús, que significa Salvador. ¡Cuán propio es de los padres dar nombres á sus hijos! Aunque no dice el Evangelio, si cuando adoraron los Magos á Jesucristo como á Dios, como á Sacerdote, y como á Rey, se hallaba San José dentro ó fuera del portal, en busca de alimento, segun parece; lo suspendió tal vez la nueva estrella, figura de la que naciendo de Jacob, segun predijo Balaam, difundiría sus primeros rayos sobre Belen. ¡Qué mas, que José y María llevan alternativamente en sus brazos desde Belen hasta el Templo, la víctima destinada al sacrificio! ¡Qué mayor honor para ellos, que presentarlo despues de la purificacion en el segundo atrio, para ofrecerlo al Señor! Ademas, José como Esposo de María y como Padre de Jesús, redime al mismo Redentor con cinco siclos, y María da la ofrenda conforme á la Ley, de dos tórtolas. ¡Qué dulce satisfaccion! Mi entendimiento se pierde entre la multitud de pro-

digios que se suceden, pero ellos describen con elocuencia el sublime destino del Santo Patriarca.

Herodes, el cruel y astuto Herodes va á regar de sangre inocente todo Belen, solo por manchar su espada con la de su huesped. No conseguirá su intento, porque un Angel avisará en sueños á José á tiempo oportuno, que huya con el Niño y con la Madre para Egipto. ¡Qué suerte la de este justo! El es el confidente de los secretos de Dios, el depositario de Jesus y de María. ¡Pero cómo! ¡de dónde, y para dónde ha de salir! ¡Ah! Ya lo dijo el Crisóstomo: de los suyos á los extraños, de los santos á los sacrilegos, de su Templo al de los demonios, de la region de los buenos á la patria de los ídolos. Sin tener auxilio, ni gufa, ni equipaje, muchos son los peligros que le amenazan; sin embargo, él se resigna en la voluntad de Dios, y pártse de noche. Desiertos áridos del Egipto, á vosotros os cito, que visteis á José cargar sobre sus brazos á Jesus, y llevar al modo de un candelero de oro, la Luz que habia de iluminar á todo el universo. Feliz Egipto, no es ya el antiguo José, el que como virey guarda para sí y para todo el reino el alimento; el nuevo José, aunque vive en tu suelo, pobre y oscuro, difunde por todas partes el buen olor de Jesucristo y la edificación del prójimo: sustentay conserva dentro de tus edificios el Pan de los Angeles para vida del hombre. ¡Qué ministerio tan divino! ¡Qué bien mereció el título de cabeza de la Santa familia del Altísimo!

Muerto el tirano, el Angel del Señor aparece otra vez en sueños á José en Egipto, para que vuelva á la tierra de Israel con el Niño y con la Madre. Ca-

mina, pues, al instante; mas habiendolo oido que Arquelao, sucesor de Herodes su padre en el reino de Judea, se habia dado ya á conocer por su crueldad, se retira á la Galilea y se sitta en Nazaret. ¡Cuánto debe admirarse en este viaje su obediencia, su prudencia y su autoridad! Su obediencia, porque espera el mandato de Dios, y lo cumple sin repugnancia: su prudencia, porque hace uso de su razon cuando no se le revela la voluntad divina: su autoridad, porque Jesus y María se dejan guiar, observando la mas exacta subordinacion. Reducido San José á su humilde retiro de Nazaret, alimentaba á Jesus y á María con el sudor de su rostro y con el trabajo de manos de un artesano: algunos han creido que ejercia el oficio de albañil, de cerrajero ó de lapidario; pero una tradicion muy antigua y muy notable, enseña que era el de carpintero: San Ambrosio refiere, que nuestro Salvador ayudaba á su digno Padre en cortar madera, labrarla y hacer obras de ella. ¡De cuánto no serviria al esclarecido Patriarca el continuo trato y conversacion con Jesus y con su Esposa, y el resplandor de todas sus virtudes!

Acostumbraban los Padres de Jesus ir con él todos los años á Jerusalem para el dia solemne de la Pascua, y cumplir de esta suerte la ley de Moisés. Es un deber esencial para los padres y las madres enseñar á sus hijos á asistir con frecuencia y con modestia al Templo. Sucede, que cuando llegó el Niño Jesus á la edad de doce años, y sus Padres se volvian de Jerusalem despues de aquella solemnidad, se quedó el Señor allí sin que ellos lo advirtiesen: ya habian andado una jornada buscándole entre los pa-

rientes y conocidos; mas no habiéndole encontrado, volvieron de nuevo á Jerusalem: hasta despues de tres dias lo hallaron en el Templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y preguntándoles. Mientras bebieron por tres dias del cáliz de la amargura, ¿cuál seria su inquietud? ¿cuál seria el exceso de su dolor? ¡Ah! Solo Dios puede medir el peso de estos espíritus privilegiados. ¿Y cuál seria su júbilo, cuando descubriendo á aquel Hijo amado, presenciaron cómo arrebatada de admiracion con su sabiduría increada toda aquella asamblea? ¿Cuánto su gozo, cuando el mismo Jesucristo derramó sobre sus almas el consuelo y una paz inefable? ¿Pero se apartará el Señor mas de este justo? ¡Ah! Le acompañará hasta la muerte: se ha resuelto vivir aunque como antes, pero mas estrechamente sujeto á sus órdenes: *Et erat subditus illis*. Que Dios obedezca á un hombre, dice San Bernardo, es una humildad sin ejemplo: que el hombre mande á Dios, es una dignidad sin igual. Ciertamente los rayos de este sol deslumbran mis ojos: si quisiera continuar, me faltaria el tiempo y las palabras. Solo advierto que no vuelve el Evangelio á hacer mas mencion de él, que la de un hombre que ya no existe. Seguramente asistido en la última hora, de Jesus y de María, y lleno de méritos, murió antes de la predicacion del Salvador. Permitidme que os diga, dispensándome la comparacion, que como un árbol frondoso se trasladó para ser trasplantado en el Paraiso, y para producir mejores y mas copiosos frutos de vida eterna.

Recojamos ahora las velas del discurso en medio de un mar inmenso, cuyas aguas son intransitables é

interminables á la direccion del ingenio humano. En el hecho de haber llamado la divina Escritura justo á este gran Patriarca, designó á un hombre eminentemente santo y glorioso despues de Jesus y de María. Elegido por Dios para Esposo de María, mas que Isaac para Rebeca, mas que Tobías para Sara, ascendió á una inaccesible altura: dentro del mismo matrimonio ejerció con perfeccion todas las virtudes y pasó por las pruebas que el cielo se dignó mandarle. Por este motivo mereció tambien ser ensalzado por padre putativo de Jesus: los oficios que exigia esta honrosa dignidad los desempeñó fielmente. Inferid luego con cuánta razon es alabado por el órgano mismo del Espíritu Santo: *Joseph virum Mariæ de qua natus est Jesus*.

Aseguran los Santos Padres, que la gloria de José en el reino de la inmortalidad dichosa y su patrocinio hácia los hombres, es proporcionado á los honores de que gozó en la tierra. Quiere decir, que intercede ante el trono de la Augusta Trinidad con todo el valimiento de Esposo de María y Padre de Jesus. En él hallarán un modelo hermoso y bien pulido en todas sus partes, los Prelados, los Sacerdotes, las Vírgenes, los casados y todos los fieles. Afirma Santa Teresa de Jesus, que á otros Santos parece que les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; mas este glorioso Santo, dice, tengo experiencia que socorre en todas. Por su mediacion alcanzaremos un aumento de fe en los sagrados misterios revelados, una firme esperanza en las divinas promesas, una ardiente caridad para con Dios y para con el prójimo, prudencia en todas las obras de la

vida, justicia en todas las distribuciones y conmutaciones; fortaleza en todos los peligros, tentaciones y persecuciones; y templanza en todos los impulsos de la concupiscencia y sus alicientes. Pero si no imploramos su auxilio, la culpa es nuestra. Ocurrid, pues, á José, así como los egipcios afligidos de la hambre venian por remedio á Farnon, y los enviaba á que los socorriese el antiguo José: *Ite ad Joseph, et quid quid vobis dixerit, facite.* Imitad sus virtudes y profesadle una singular devoción para que obtengais la gracia en esta vida y algun día la eterna bienaventuranza.

ASÍ SEA.

SERMON

DE

LOS DOLORES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Stabant juxta crucem
 Jesu Mater ejus, etc.
 Estaban al pie de la cruz
 de Jesús la Madre de este, &c.
 S. Juan, Cap. XIX, v. 25.

Una cruz, suplicio infame en otro tiempo, colocada sobre un monte: un Dios humanado, crucificado y muerto en ella á vista de un numeroso pueblo que le insulta, le blasfema, le azota cruelmente, le corona de espinas y le quita la vida: y una Virgen purísima, y perfectísima verdadera Madre de este Dios verdadero, que presencia la muerte de su adorable Hijo: veis aquí, señores, un artículo capital de nuestra religion cristiana, que ni los Angeles han podido comprender perfectamente, ni los hombres debidamente explicar. ¡Espectáculo funesto! ¡objetos lúgubres! pero espectáculo que debe ser la tiernísima materia de mi discurso, y objetos que lo deben ser no menos de vuestra atención que de vuestra ternura. Si yo pudiera conducirlos como por la mano y con un rápido vuelo haceros presente aquel día, aquella hora, que no conocí

vida, justicia en todas las distribuciones y conmutaciones; fortaleza en todos los peligros, tentaciones y persecuciones; y templanza en todos los impulsos de la concupiscencia y sus alicientes. Pero si no imploramos su auxilio, la culpa es nuestra. Ocurrid, pues, á José, así como los egipcios afligidos de la hambre venian por remedio á Farnon, y los enviaba á que los socorriese el antiguo José: *Ite ad Joseph, et quid quid vobis dixerit, facite.* Imitad sus virtudes y profesadle una singular devoción para que obtengais la gracia en esta vida y algun día la eterna bienaventuranza.

ASÍ SEA.

SERMON

DE

LOS DOLORES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Stabant juxta crucem
 Jesu Mater ejus, etc.
 Estaban al pié de la cruz
 de Jesús la Madre de este, &c.
 S. Juan, Cap. XIX, v. 25.

Una cruz, suplicio infame en otro tiempo, colocada sobre un monte: un Dios humanado, crucificado y muerto en ella á vista de un numeroso pueblo que le insulta, le blasfema, le azota cruelmente, le corona de espinas y le quita la vida: y una Virgen purísima, y perfectísima verdadera Madre de este Dios verdadero, que presencia la muerte de su adorable Hijo: veis aquí, señores, un artículo capital de nuestra religion cristiana, que ni los Angeles han podido comprender perfectamente, ni los hombres debidamente explicar. ¡Espectáculo funesto! ¡objetos húgubres! pero espectáculo que debe ser la tiernísima materia de mi discurso, y objetos que lo deben ser no menos de vuestra atención que de vuestra ternura. Si yo pudiera conducirlos como por la mano y con un rápido vuelo haceros presente aquel día, aquella hora, que no conocí

el mundo, ni conocerá otra mayor para su remedio: aquella Jerusalem, aquel monte Calvario, aquella cruz en que se daba afrentosa muerte á los malhechores; veriais á la escasa luz que permitian las tinieblas que inundaban toda la tierra, tres hombres lastimosamente afrentados y clavados en otras tantas cruces: los dos facinerosos, y en medio de ellos ya difunto, á la violencia de la crueldad y de la injusticia, al que es la suma inocencia, al Autor de la vida, al Triunfador de la muerte, al Mesías prometido en la Ley y los Profetas, al Hijo del Eterno Padre, á Jesus Nazareno Rey de los judíos, que es todo lo que se lee sobre su cabeza, y toda la causa que ha hallado la envidia para su muerte: veriais aun mas al pié de la cruz en que pendia Jesucristo, á María Santísima su amabilísima Madre, que aunque constante y conforme con los decretos del Eterno, padecia, sin embargo, los dolores mas terribles. *Stabant juxta crucem Jesu Mater eius, &c.*

¡Y qué os diré de una tragedia tan lamentable, cuando los Crisóstomos, Damascenos, Gerónimos, Bernardos y Buenaventuras, despues de haberse empleado tan gloriosamente en descifrar este asunto, al fin dejaron estas palabras tan llenas de misterios, como cuando las expresó el amado Evangelista! Confieso ingenuamente que al propio tiempo en que debia alentarme á referiros difusamente las amargas angustias de la Soberana Madre de Dios, me suspende una serie de portentos con que toda la naturaleza, como si fuese capaz de sentimiento, explica su dolor en la muerte de Jesucristo. Me hallo mas incapaz de ponderarlas dignamente, porque si reflexiono, me lleno

de asombro, que desde lo mas profundo de su centro se sacude espantosamente esta gran máquina de la tierra, que las rocas mas duras se chocan y se resuelven en menudos pedazos, que el sol se eclipsa, que la luna cambia su claridad en negro luto, que los antiguos monumentos se abren y vuelven á recobrar su espíritu aquellos áridos huesos que tan sosegadamente descansaron en sus entrañas, que el velo del Templo se rasga, y todo manifiesta desconcierto, ó que perece el mundo, ó que padece el Hacedor de la naturaleza. Si tales son los indicios de las criaturas insensibles, ¡cuáles y cuántos, concluyo sin acertar mas que conjeturalmente, serian los efectos que causó tan triste escena en el corazon de María!

Si vosotros, pues, comparais los motivos de dolor de esta angustiada Madre con las extraordinarias demostraciones de todo el universo, inferiréis algo de lo que padecia entonces su tiernísimo corazon. Pero como aunque forneis la idea mas alta de sus penas, jamas podréis explicar cumplidamente la mas pequeña de todas, por eso voy á demostraros en este breve discurso, que en la pasion del Salvador, María Santísima sufre los mas acerbos dolores con la mayor constancia, y sin el menor alivio. El asunto es sencillo, y tan obvio y natural, que el mismo se presenta á la menor consideracion que se haga de él: ¡Quiera el cielo que yo os lo persuada de manera que todos aborrecamos el pecado, que fué la causa de la muerte del Hijo y de los dolores de su Santa Madre. Al efecto, imploremos su proteccion, que aunque tan llena de aflicciones, siempre estuvo llena de gracia. Ave Maria.

Estaban al pie de la cruz
de Jesus la madre de este, &c.
S. Juan, cap. y vers. citados.

Jesucristo Hijo de Dios vivo, Cabeza y ejemplar de los predestinados y primogénito entre sus hermanos los fieles, queriendo cual Médico Omnipotente, curar á costa de su Sangre preciosísima la deplorable enfermedad del género humano, venida la plenitud de los tiempos en que debia obrar nuestra redencion con arreglo á las Escrituras y Oráculos de los Profetas, es entregado en manos de los pecadores al poder de las tinieblas, y á la justicia de su Eterno Padre. Avivad, señores, vuestra fe por un momento y considerad á vuestro Salvador que ha cargado sobre sí todos nuestros pecados, y que va como otro Abel y otro José, á ser víctima de la envidia y del furor de sus mismos hermanos: que ha sido ligado cual otro Samson con fuertes vínculos, que lleva como otro Isaac, la leña para el sacrificio, oscurecida la hermosura de su rostro con el sudor de sangre é inmundas salivas, cubierto de llagas á manera de un leproso, vestido á lo ridículo como rey de burlas, coronado de espinas, oprimido como bajo de una viga de lagar con el peso de la cruz, mojado con injurias, hecho el oprobio de Israel: extendido sobre el duro leño, crucificado y conculcado, siendo el Excelso sobre todos las gentes, clamando á grandes voces por el desamparo en que se halla: muerto, en fin, abierto su costado como el pelicano del desierto, y derramando sangre hasta la tierra.

Tal es el triste y lamentable espectáculo que se presenta á los ojos de María y á los de nuestra fe sobre el Calvario. No esperéis, pues, ahora, que para pintaros los inmensos dolores de esta Virgen, use yo de todos los artificios é invenciones de la elocuencia: estos adornos solo pudieran servirme de socorro, en un punto que necesitara de hipérboles y exageraciones. Pero para decir lo mas grande y mas heroico de las penas de la Madre de Jesus, basta asegurar, que quien padece es un Dios Omnipotente, inmenso, incomprendible, y que al verle penar, padece igualmente una Virgen Madre, la mas digna, la mas Soberana y la mas amante de todas las madres: por manera que han venido á ser todas las causas de su compasion, los tormentos y la muerte del Hijo de Dios, y la ruina de los malos que habian de abusar de tan copiosa redencion. En efecto, aunque no concediésemos á la Santísima Virgen otro amor para con Jesucristo, que el que tienen todas las madres á sus hijos, esto solo seria suficiente para atormentarla sobre toda ponderacion. Ellas sufren los trabajos mas penosos, vencen las dificultades mas grandes, pierden gustosas el sueño por las noches y el sosiego por el dia; sudan, se afanan y se fatigan, y todo lo hacen de un modo que asombra, por el amor que les tienen; mas cuando los ven padecer, cuando saben que están para morir, nada es capaz de detenerlas y consolarlas; por darles algun alivio ó aunque sea por asistirles en sus males, arrostran los peligros mas inminentes, atraviesan los valles mas profundos, saltan por los riscos mas elevados y transitan los caminos mas fragosos: no tendrían embarazo para entregar su vida por libertarlos de la muerte.

Quando solo este amor, repito, concediésemos á la Virgen Nuestra Señora, su dolor al presenciar la pasión y muerte de su Unigénito, debería ser bastante terrible. Bien: y ¿qué comparacion guarda este afecto natural con el amor de María, que era proporcionado á la cualidad de Madre de Dios, y por consiguiente, debe medirse por la muerte de un Hombre Dios!

Yo veo, que apenas manda el Señor al Patriarca Abraham que le sacrifique á su hijo sobre un monte, cuando rompiendo los estrechos vínculos de la sangre que le dificultaban el precepto, obedece ciegamente á su voz: sale de noche de su casa con Isaac, prepara la leña en el camino para el sacrificio, llega al pié del monte, carga aquel haz de madera sobre los hombros de su querido hijo, toma el cuchillo en una mano y el fuego en la otra, y comienzan á subir la montaña. ¡Suceso lastimoso y digno ciertamente de la admiración de los Angeles! ¡Un padre amante con el acero desnudo! ¡Un hijo amado con la leña sobre sus hombros! ¡Oh maravilla de la fe! ¡Oh prodigio de obediencia! Suben á la cumbre, compone Abraham los trozos de leña, ata á su hijo Isaac sobre ella y empuña el acero; levanta, en fin, el brazo para descargar el golpe mortal, estando á nuestro modo de entender, todo el cielo en expectacion de este hecho singular. ¡Podréis vosotros considerar este célebre acontecimiento, sin comprender un dolor acerbísimo, que traspasaría el corazón y el alma de este gran Patriarca! Sus ojos, sus oídos, sus manos, el temor, el amor, la esperanza, la fe, la obediencia, todo concurría de mancomun para atormentarle.

Inferid ahora cuáles serian los dolores de la Santa

Madre de Dios, cuando habia tan enorme diferencia entre su amor y el de Abraham, y una distancia infinita entre Isaac y Jesucristo. Si Abraham amaba, María desfallecía de amor: *Amore languet*. Era la Madre por excelencia, del amor hermoso, del amor puro, del amor constante, del amor intenso. No era como las otras madres, que aunque padecen, porque aman, las demas pasiones y defectos retardan, disminuyen y debilitan su amor, y por consiguiente sus penas: los intereses propios las ocupan, los adelantamientos de la casa las distraen, la cólera las enciende, la vanidad las domina, y aun el amor mismo de sus hijos, por ser muchas veces desordenado, las priva en gran parte del mérito en sus mismos sacrificios. Ninguno de estos impedimentos, digo, encontráremos en María Santísima. Su corazón todo era amor, el mas bello por la cualidad, el mas fuerte por la duracion, el mas arreglado por el modo, y el mas santo por el objeto. Si Isaac obedecía, llevando en silencio la leña para el sacrificio, Jesucristo llevaba tambien sobre sus hombros el sacrosanto madero de la Cruz, en que habia de ser crucificado. "Como una oveja fué llevado al matadero, sin abrir su boca, sin dar un quejido, y como un cordero que está sin balar delante del que lo trasquila." Si Abraham ofrecía á Dios un hijo, que era un hombre puro, la Virgen ofrecía al Eterno Padre la víctima immaculada de su Hijo, que es un Hombre Dios, que es al mismo tiempo la admiracion de los Angeles, el pasmo de los Serafines, la esperanza de los Patriarcas, el Mesías anunciado por los Profetas, el Maestro de los Apóstoles, el modelo de todos los predestinados, su Criador, su Redentor, su Esposo.

su único y sumo bien. Si Isaac era inocente, lo es infinitamente mas Jesucristo, es el Cordero sin mancha, el impecable por su Divinidad, impecable por la union hipostática, impecable por la union beatífica. Si Abraham habia de presenciar la muerte de su hijo, al fin Dios lo libró de este incomparable tormento. Pero á María Santísima que vió efectivamente morir á Jesus, no en su casa, no en su cama, asistido de todos sus cuidados, no con una muerte dulce, serena y tranquila, sino ¡oh Dios Santo! en una cruz, rodeado de sus enemigos, blasfemado de unos, burlado de otros, coronado de espigas, traspasados sus piés y manos con cruces y duros clavos, y todo hecho un retablo de dolores; ¡hasta dónde, pues, no le penetraria y llegaria la acerba daga de su afliccion!

Y tanto mas padecia quanto lo veia pendiente en una cruz. Porque verlo morir en un lecho, hubiera sido para ella un lance triste y muy pesadoso; pero verlo espirar con una muerte la mas infame del mundo, esto sí que es llegar á lo sumo del dolor: no dándose este suplicio de la cruz sino á la gente mas baja de la plebe, era harto sensible el género de muerte del que era crucificado, y de consiguiente su humilde Hijo era el mas aborrecido de los hombres, por su oprobio, y mas digno de ser llorado. Su padecer se hacia tan prolongado como insulfrible: perdiendo la vida de un solo golpe, se hubiera concluido pronto la pena; mas la acababa como por términos contados al destilar su sangre gota á gota por la abertura de las heridas, y al mantener su alma por largo tiempo en equilibrio entre los confines de la vida y de la muerte. Tal fué, por cierto, el espectáculo que á María se le está presentando en el Calvario.

¡Espectáculo verdaderamente lamentable, que la hacia mas desconsolada que á David el trágico suceso de Absalon, al ser traspasado con tres lanzas, pendiente en una encina! ¡Que haria palpar su corazon con mas confuso movimiento, que la ausencia de Tobias á la madre, que lloraba tan dulce hijo! Unos dolores semejantes hubieran acabado necesariamente con su vida, si Dios no la hubiera confortado y sostenido: unos dolores como estos no encontraban consuelo alguno ni en el cielo ni en la tierra. No lo dudeis, María elevando sus ojos hácia lo alto, solo escucha á un Hijo Dios que moribundo se queja, de que el Señor lo ha desamparado. *Ut quid dereliquisti me?* Cuya desolacion era preciso que ella experimentase tambien para conformarse en un todo, con el que es modelo, el mas perfecto de todos los que son predestinados; siendo, pues, María escogida como el sol desde el principio y antes de los siglos, la negaba el cielo sus consuelos, para que encontrase en esto su mayor merecimiento. ¡Encontrará, por ventura algun lenitivo en las criaturas! ¡Ah! Si los Angeles de paz lloran en este día, si los judios se han rebelado contra su Hijo, si los Discipulos lo abandonan, si toda la naturaleza se halla agitada y conmovida, ¡en dónde descansará el corazon afligido de María? No hay, sí, no hay quien la pueda dar algun alivio, diré con el Profeta Jeremías. *Non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus.*

Resumiré en pocas palabras con el mismo santo Profeta, que muchos fueron sus gemidos, y que su corazon estuvo sumergido en la tristeza: que su situacion, que su estado, que la extension de sus sufrimientos

mientos ha sido inmensa como el mar. Sí, en comparación de ella, todo lo que se dice padecer entre los hombres, es descanso, recreación sus mas ponderadas fatigas, y desahogos sus mas bien sentidos sollozos. *Stabant juxta crucem Jesu mater ejus, etc.*

Segun esto, ¿quién se hallará con valor para quejarse en sus trabajos! ¿Quién murmurará de la Providencia en sus contratiempos ó infortunios! ¿Quién no recibirá con agrado las penalidades de esta vida! ¿Habrá alguno tan sin sentido que no sienta lo que María sufre y padece, y que rehusé, por lo mismo, tener parte en sus dolores! Lejos de aquí todo lo que no sea conformarse con este gran ejemplar que se nos presenta en el Monte. Considerar triste á María y querer estar alegre: verla angustiada y traspasada de los mas crueles tormentos, que no admiten consuelo alguno, y solicitar con ansia las diversiones del mundo: contemplarla resignada en la voluntad de Dios, y no quererle someter á los designios del Eterno: hé aquí lo que yo no puedo entender ni es capaz de concebirse, sino por entendimientos estériles, que solo tienen á pasatiempo el tierno recuerdo de este día. No lo habrá sido sin duda así para vosotros, cuya piedad os ha conducido á este templo de María, con el objeto de meditar sus dolores y sacar algún provecho. Manifestadlo, pues, aliviando á esta Reina afligidísima con lágrimas, no tanto nacidas de vuestros ojos, cuanto de lo mas íntimo del corazón: purificaos con ellas de las asquerosas manchas de las culpas, que son puntualmente la causa de las angustias y penas de nuestra amantísima Madre. Este es el consuelo único que puede mitigar sus bien sentidos dolores; dádsele si teneis compasión de sus tormentos.

Si, Virgen Santísima, y la mas acongojada de las mujeres, nosotros queremos aliviar vuestros acerbos dolores, no con vanas y ridículas promesas de un ánimo inconstante y obstinado en el pecado, sino con un sincero arrepentimiento de nuestra conducta criminal y relajada: la reformarémos con el dolor de haber ofendido á vuestro Hijo, alcanzadnos la gracia; ésta os pedimos humillados, seguros de conseguirla por vuestro medio; pues aunque os contemplamos llena de dolores, creemos el poder y valimiento que tambien gozais para escuchar nuestros ruegos. Cúmplanse, pues, los que hoy os dirigimos, para que alguna vez seamos felices eternamente en el cielo.

Así SEA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO DE BIBLIOTECAS



SERMON

SOBRE

LA ASCENSION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

El Dominus quidem deus postquam locutus est eis ascendit in celum, et sedet a dextris Patris.
"En el Señor Jesús después de haberles hablado, subió al cielo y está sentado a la diestra de Dios."
S. Mateo, Cap. XVI, v. 19.

¡Qué espectáculo tan maravilloso y nunca visto presenciaron enajenados de júbilo los Apóstoles y una multitud de discípulos en el monte de los Olivos! ¡Qué suceso tan estupendo se presenta hoy a los ojos y al cuidado de nuestra fé! ¡Ah! Nuestro Salvador ya les había ofrecido enviarles el Espíritu Santo, y les había abierto el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras; ya les había mandado enseñar y bautizar por todo el mundo a toda criatura; ya les había hecho la promesa del don de milagros que acompañarían a los nuevos creyentes; ya les había empeñado su palabra de estar con ellos hasta la consumación de los siglos, cuando sacándolos fuera de la ciudad hasta Betania, y alzadas las manos los bendijo. Y aconteció impensadamente, que al bendecir-

008421

los se separó de ellos, ó como escribe San Lucas, que á vista de ellos se levantó en alto hácia el cielo.

Diga lo que quiera la fábula de Icaro, que representa á este vano héroe subiendo en los aires con el auxilio de las alas. Testifique falsamente Próculo, haber visto ascender á Rómulo atravesando esta atmósfera de la tierra. Jesucristo solamente levanta sus manos y se eleva en realidad de verdad hácia el Paraíso eterno. Según sabemos por el Libro IV de los Reyes, un carro de fuego y unos caballos de fuego separaron á Elías de Eliseo y subió al cielo en un torbellino. Cuando Daniel fué arrojado al lago de los leones, Habacuc fué conducido por un Angel con la celeridad y rapidez que puede un espíritu desde Judá hasta Babilonia, y le trajo alimentos. También después de haber sido bautizado el eunuco de la reina Candace, cuando salieron del agua, como se lee en el Libro de los Hechos Apostólicos, el Espíritu Santo arrebató á Felipe, y no lo vió mas el eunuco. Pero si estos Santos transitaron grandes espacios por la virtud divina, Jesucristo ascendió á los cielos por su propia virtud poderosa de la divinidad, unida en hipóstasis á su humanidad, y también por la virtud que redonda de su Alma bienaventurada á su Cuerpo glorificado. Infinitamente mas victorioso que Josué sigue su curso, no por tierra, sino abriendo el camino delante de ellos, como lo vió el Profeta Miqueas, y trasladándose para manifestación de su gloria en medio de una nube lucidísima que le servía de carro triunfal.

Con razon llama San Bernardo á la Ascension del Señor, la feliz cláusula de toda la carrera del Hijo

de Dios sobre la tierra. Sí, en este dia exaltó su Sacratísima Humanidad sobre todas las esferas celestes, y sobre todos los coros de Angeles hasta sentarse en el solio de la Trinidad Beatísima. Fué á ocupar el puesto que le es debido, y á preparar á los justos las sillas que les ha merecido. De manera, que la Ascension de Jesus constituye la consumacion de su triunfo y de su gloria. De este solo pensamiento como de un origen común, manará toda la doctrina de mi discurso y también en él solo se refundirá. Mas para continuar elogiando al Supremo Señor de las virtudes, saludemos antes con el Angel á su Santísima Madre, puesto que es la dispensadora de la gracia y la puerta por donde entran á las eternas mansiones todos los escogidos. Ave María.

"Así el Señor Jesus después de haberlo hablado, subió al cielo y está allí sentado á la diestra de Dios."

S. Mateos, cap. y vers. citados.

El fin de la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo fué sentarse á la derecha del Padre, porque después de haber dicho el Evangelista que subió al cielo, añade, que está allí sentado á la diestra de Dios. Pero no en cuanto que es el Verbo Eterno, que así tiene una misma naturaleza divina con el Padre y el Espíritu Santo, sino en cuanto Hombre por la igualdad del honor, según que el supuesto del Hijo de Dios se unió á la naturaleza humana, y según que tomó posesion de los bienes paternos mas que todas las criaturas. Mayor instruccion percibirémos de

aqueste insigne misterio, si atendemos que el Príncipe de los Apóstoles, hablando á los judíos sobre la Ascension del Salvador, le aplica estas palabras de David en el Salmo CIX: "El Señor dijo á mi Señor: siéntate á mi diestra (Salm. CIX, v. 1. 2 y 3), hasta que ponga á tus enemigos por estrado de tus piés." Todo este divino cántico tiene por objeto á Jesucristo, y en él se anuncian su divinidad, su sacerdocio, sus sufrimientos, su gloria y su reino. Su interpretacion me servirá de prueba por todo mi discurso, y de los primeros versos que son como el exordio y el complemento de la sublime doctrina de su Ascension gloriosa, deduciré estas dos breves reflexiones: Primera: el reino de Jesucristo que consiste en su gloria á la derecha del Padre: *Dixit Dominus Domino meo: sede á dextris meis*: Segunda: su triunfo que conseguirá en la ruina completa de todos sus enemigos: *Donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum*.

PRIMERA PARTE

Segun la distincion que asienta el Angélico Doctor, tres cosas se pueden entender bajo del nombre de diestra. De tal suerte, que Jesucristo está sentado á la derecha de Dios por la misma gloria de la Divinidad, por la misma bienaventuranza del Padre y por la potestad de juzgar. Y como este único Hijo de Dios asumió nuestra naturaleza humana, con una sola adoracion lo veneramos en su reinado celestial

juntamente con su carne gloriosa. A esto se refieren las tres excelencias muy dignas de consideracion, que se advierten en la primera parte del breve y precioso Salmo que me he propuesto explicar: á saber, el principio del imperio del Mesías sobre la tierra, su divino origen y su eterno sacerdocio. Entremos, pues, en todas ellas á reconocer su infinita grandeza como Rey de gloria.

Despues que David puso las anteriores palabras ya mencionadas en boca del Padre, dirige ahora las suyas al Hijo, y le dice así: "De Sion enviará el Señor el cetro de tu poder (v. 4): domina tú en medio de tus enemigos." ¡Quién negará que de Sion tuvo principio el imperio de Jesucristo! ¡Ah! En Nazaret fué concebido por obra del Espíritu Santo, en Belen nació, y murió en Jerusalem. ¡No vemos tambien en estas otras sublimes ideas de Isaias la confirmacion de tal verdad, pues anunció su reinado y el restablecimiento de la Iglesia! "Porque la ley, afirma, saldrá de Sion, y la palabra del Señor de Jerusalem. El juzgará á las naciones y convencerá á muchos pueblos." Ahora, ¡por su muerte de cruz en el Calvario, no se extendió la fe y la religion por todos los ámbitos del mundo! Luego así como lo muestra esta nueva prueba, no puede ser otro que Jesucristo el héroe que celebra este Salmo. Y aplaudiendo el Santo Poeta el poder irresistible del nuevo Monarca, lo escita en nombre de Dios á levantar sus banderas ó sea el estandarte de su cruz en medio de sus enemigos, donde tengan mayor fuerza y número, y á que triunfe con certeza y seguridad de ellos. Puntualmente la maravillosa propagacion de la Iglesia

se ha hecho en medio del fuego de las persecuciones, y en medio de tantas y tan poderosas naciones que quisieron ahogarla en su cuna, y despues se han empenado en combatirla.

En seguida, arrebatado el Real Profeta pasa á contemplar á Jesucristo de su reino á su divina esencia con estas misteriosas palabras: "Contigo el principio en el día de tu poder entre los esplendores de los Santos (v. 5): de mis entrañas te engendré antes de la aurora." Así como á algun príncipe terreno se le alaba la singularidad de su origen y de su prosapia para empenarlo en grandes empresas, así tambien se le recuerda aquí á Jesucristo su eterno origen en el seno del Padre, fuente de toda su dignidad y de todo fruto de bendicion para el hombre. Con la misma primera frase del Salmo: "Dijo el Señor á mi Señor," convenció el mismo Jesucristo á los judíos de su propia divinidad, probándoles que no podia ser hijo de David, aquel á quien el mismo David llama Señor. Ahora se explica aun mas su siervo con elogiarle así: "Contigo el principio," ó el principado como en este último sentido se interpreta generalmente. Pero ya sea de uno ó de otro modo, el resto del verso da un testimonio claro de la generacion eterna del Verbo como principio de principio. Por otra parte, no siendo contrario al que tiene el principio que tambien tenga el principado, dice bien el venerable cardenal Belarmino, explicándose en estos términos: "De tal suerte, que si agrada no tomar el principio por principado, sino simplemente por principio, podremos exponer: contigo el principio, esto es, contigo está el primer principio de todas las cosas, porque

tú te hallas en el Padre y el Padre en tí. Mas en fin, este principio ó principado aparecerá con claridad en el día de su poder, cuando manifieste el esplendor de su majestad en la gloria que rodeará á sus santos.

Consiguientemente ya se deja conocer que el Salmista introduce con un rápido vuelo al Padre en la otra mitad del verso, hablándole á Jesucristo de este modo: "De mi seno te he engendrado antes del sol." Pues bien, si Jesucristo fuera pura criatura, no hubiera dicho que de su seno lo habia engendrado, como jamas lo ha dicho del hombre ó de las demás cosas criadas. Verdad es que así como Dios no tiene cuerpo, tampoco tiene seno; pero esta expresion significa aquí metafóricamente la íntima y secreta esencia divina. Ademas, nunca dudaremos quién es la madre de un hijo viéndole nacer de su vientre, por mas que dudemos quién sea su padre. Así, oyendo la voz del Padre ingénito, que dice: "De mi seno te he engendrado," deberemos creer que el Hijo le es consustancial. Y para que confesemos que su procesion es eterna, se añade, que fué anterior al sol, signo de mayor antigüedad para nosotros. Algunos Padres entienden tambien por esto, que el Verbo, como que no tiene principio ni fin, se anticipó á la creacion de los Angeles, lo mismo que á la de todas las cosas. Bajo de cualquier aspecto siempre resulta propuesta y asentada en todo el versículo indicado la divinidad de Jesucristo.

Vuelve el Santo Profeta á dirigir al Hijo la palabra en el verso sexto, con estas voces: "Juró el Señor y no se arrepentirá (v. 6): tú eres sacerdote eternamente segun el orden de Melquisedec." El ju-

ramento en Dios, como dice un sabio intérprete, significa solamente la seguridad y firmeza con que da algun decreto; el no arrepentirse no denota que alguna vez se arrepienta como nosotros, sino que demuestra que nunca revocará lo que ha mandado. ¡Pero qué cosa juró el Señor en este pasaje, y no revocará, sino que Jesucristo es sacerdote eterno segun el orden ó el rito de Melquisedec! ¡Ah! El que habia de traslerir el sacerdocio de Aaron, no habia de establecer al nuevo hereditario, ni su oblation habia de ser de animales, ni habia de estar reducido solamente á los hebreos ó á un templo ó tabernáculo como el antiguo. Por el mismo silencio de la Escritura, segun escribe San Pablo, Melquisedec aparece sin padre, sin madre, sin genealogía y sin que se vea ni el principio ni el fin de su vida. Jesucristo, pues, como hombre no tuvo padre, ni como Dios tuvo madre. Melquisedec fué juntamente rey de Salem y sacerdote del Altísimo; Jesucristo es el Rey de los cielos y de la tierra, sucesor en cuanto al derecho de los reyes de Judá, y el sacerdote que con una sola oblation de su Cuerpo en la cruz, como enseña el Apóstol, satisfizo para siempre por los santificados. Melquisedec ofreció pan y vino, dándose á conocer como sacerdote universal. Jesucristo como sacerdote de todo el género humano, ofreció en la última cena pan y vino, convertidos en su Cuerpo y en su Sangre, y ofrece tambien diariamente el mismo sacrificio por mano de sus ministros. Podré desde luego deducir en recta consecuencia de toda esta divina doctrina, que los caracteres principales que distinguen al Triunfador celestial, y de que se goza á la

derecha del Padre, son los de Hijo de Dios, Hijo del hombre y Sacerdote eterno. Veamos ahora el establecimiento de su reinado que prometió á los hombres en la misma destruccion de sus enemigos.

SEGUNDA PARTE.

Vuelto David repentinamente al Padre, segun la exposicion que hace San Agustín del siguiente verso, se congratula con él por los triunfos del Hijo con este apóstrofe á lo sumo poético: "A tu diestra el Señor (v. 7) desbarató los reyes en el dia de su ira." Abraham, como consta en el Libro del Génesis, derrotó á Codorlahomor, y otros tres reyes y libró á su hermano Lot. Moises deshizo el ejército de Jehon, rey de los Amorreos, y destrozó á Og rey de Basan con sus hijos y todo su pueblo. Dios dió orden á los israelitas para exterminar á los Heteos, los Gergeseos, los Amorreos, los Cananeos, los Ferezeos, los Heveos y los Jebuseos. Josué y aquel pueblo privilegiado vencieron treinta y un reyes de estas diferentes naciones desde el rey de Jerusalem hasta el rey de Terza. ¡Y quién sino el Hijo de Dios que está en igual gloria con el Padre y con el Espíritu Santo, destruyó nun antes de la Encarnacion, por ministerio de los hombres y aun de los Angeles, á todos los príncipes y sus vasallos, enemigos de su nombre! *Domínus á dextris tuis confregit in die irae suae reges.* Pero contrayéndome al tiempo despues de la Encarnacion del Verbo y de su Ascension á los cielos, no puede des-

jar de admirarse el mismo Jesucristo por la piedra desgajada sin mano del monte, que según la revelación hecha á Daniel, desmenuzó la estatua compuesta de cuatro metales. Sí, esta pequeña piedra aniquilando los cuatro imperios de los Caldeos, los Persas, los Griegos y los Romanos, se trasformó en una gran montaña que llenó toda la tierra. Pues hé aquí el reino del Mesías que se prolongará hasta el fin de los días y subsistirá en la eternidad. *Dominus á dextris tuis confregit in die irae suae reges.*

Prosigue en el verso octavo la letra de esta insigne profecía, ajustándose á estos sencillos pero fecundísimos conceptos: "Será juez en las naciones (v. 8), completará las ruinas, destruirá muchas cabezas en la tierra." El Padre, como dice San Juan, ha dado enteramente la comisión de juzgar al Hijo. Y poco despues vuelve á decir: que le ha dado potestad de hacer el juicio, en cuanto es hijo del hombre. Nada menos que esto celebró el Profeta Daniel, cuando predijo así su gloria: "El Anciano de los días le dió el poder, el honor y el reino, y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán." Es inconcuso que á Jesucristo le pertenece el derecho de juzgar en cuanto Dios, por ser la sabiduría engendrada y la verdad que procede del Padre. Asimismo en cuanto Hombre ha sido constituido por Dios juez de vivos y muertos, por la dignidad con que es cabeza de todo el cuerpo místico, por la plenitud de la gracia habitual, y por el mérito de su pasión. Este Primogénito del Padre, este Rey de los hombres ha juzgado á las naciones, las juzga en el tiempo presente, y las juzgará cumplidamente al fin del mundo. En esta vida, como nota

San Agustin, los buenos son afligidos, y alguna vez prosperan, y del mismo modo los malos. Pero en la consumación de los siglos todas las cosas estarán sujetas á la ejecución de su potestad, salvando á unos, y castigando á otros. El cielo ó el infierno. ¡Oh! Solos ellos quedarán, no habrá medio: el sepulcro obedecerá la voz del Hijo de Dios, y le devolverá sus cadáveres: todos los que han obrado bien, se reunirán á sus cuerpos para hacerlos participantes á la vida eterna; y todos los que han obrado mal, serán destinados en su carne abominable á un suplicio eterno.

Esto es tambien lo que en sentido literal ven comúnmente los Santos Padres, contenido en el complemento de ruinas y quebrantamiento de cabezas, de que habla el texto. Con razon, porque Zacarías profetizó del Señor, que estaba puesto para ruina de muchos, esto es, de los malos que abusarian de su copiosa redención. Y para detenerme un poco mas sobre materia tan importante, digo, que el imperio de Jesucristo se estableció en los tres primeros siglos de mortandad y de sangre; á pesar de la tenaz resistencia de los judíos y de las persecuciones de los príncipes paganos. En tiempo de Constantino, primer emperador cristiano, llegó nuestra Santa Religión á ser la dominante en el imperio romano. En adelante se suscitaron contra la Iglesia dos clases de enemigos, interiores y exteriores: los interiores son los nuevos Absalones, pervertidos en las costumbres ó en la fe, que se levantaron contra su padre el nuevo David. En este número se cuentan los arrianos, nestorianos, eutiquianos, monotelitas, iconoclastas, griegos cismáticos en el Oriente, y reformadores en el

Occidente: todos los pecadores que han desacreditado con sus obras su divina ley y han perdido la gracia. Los exteriores son las naciones infieles, que siempre se han opuesto á los progresos del Evangelio; los pueblos bárbaros que asolaron el imperio romano, especialmente en las provincias de Occidente; los mahometanos que invadieron sucesivamente parte de la Asia, toda la Africa y parte de la Europa; y los pueblos herejes y cismáticos que repetidas veces han tomado las armas con intencion de destruir la Iglesia Católica. Pero la salud de los fieles está en manos de Dios, y él los defiende. En el último dia triunfará Jesus del poder del Anticristo, y se cumplirá en lo absoluto, que pondrá bajo sus pies á todos sus enemigos. En sentido místico explica tambien San Agustín el llenar de las ruinas, del restablecimiento de la salud del alma arruinada por el pecado, y de la salvable humillacion del pecador arrepentido. Asimismo algunos expositores lo entienden, por ocupar los predestinados las sillas vacantes de que fueron excluidos del cielo los ángeles rebeldes.

Concluye en el verso nono la metáfora tan oportuna que habia seguido el Salmo con esta final: "Del torrente beberá en el camino, por eso alzaré la cabeza (v. 9)." Como que en todo este breve poema se significa una campaña sangrienta y gloriosa, tal se considera el torrente de sangre enemiga que se deramará, que pudiera beber de ella el vencedor cuando pase en triunfo. Puede tambien exponerse este rasgo del torrente de penas y tormentos que bebió el Señor en su pasion, y de su exaltacion gloriosa en su resurreccion.

¿Cómo, pues, no deberémos exclamar, solemnizando hoy con toda la Iglesia la Ascension de nuestro Redentor Jesucristo, que confiesa en estas palabras del Salmo veintitres! "Levantad, ¡oh príncipes! vuestras puertas, y vosotras, puertas eternas, elevaos, y entrará el Rey de la gloria. ¿Quién es este Rey de la gloria! El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en las batallas." En cuanto á nosotros, ya lo hemos visto, hasta el punto de sentarse en su Santa Humanidad á la derecha de Dios; y triunfante al frente de sus ángeles y de sus escogidos por su fortaleza y poder. Ya hemos considerado su reino sobre la tierra siempre defendido contra todos sus enemigos, porque es del Señor poderoso en las batallas: Adorémos desde luego reposando en el monte de la Sion celestial al Señor de los ejércitos, al inocente de manos, y limpio de corazon por autonomasia: *Et Dominus quidem Jesus postquam locutus est eis assumptus est in caelum, et sedet á dextris Dei.*

Desde allí nos convida al mismo descanso, para hacernos sentir tambien á nosotros y gozar eternamente de su bienaventurada union. "No temais, ¡oh pequeña grey! decia este Poderoso conquistador á los fieles, porque ha sido del agrado de vuestro Padre daros el reino." Estémos ciertos de que jamas olvidará nuestros sacrificios, sino que los recompensará con exceso en su gloria. La Resurreccion del Señor, como advierte San Agustín, es nuestra esperanza, y su Ascension nuestra glorificacion. Cuantas enfermedades, aflicciones, persecuciones y males de todo género padecemos en este valle de lágrimas, por la sublimidad de su nombre, se convertirán en delicias

y goces imperturbables. "Y haré brotar para ellos, dice por boca del profeta Ezequiel, el pimpollo de renombre, y no serán mas menoscabados por hambre en la tierra." Así es, que para apartar el grano de la paja, juzgará á cada uno de los hombres al tiempo de la desunion de su alma y de su cuerpo, premiándolo ó castigándolo segun sus obras. Si bien su reinado es progresivo en este mundo, será completo y absoluto en el día grande de la retribucion universal. Puntualmente dos Angeles vestidos de blanco anunciaron á los Apóstoles la última venida de este Supremo Juez, al instante despues del magnifico espectáculo de la Ascension, diciéndoles: "¡Varones de Galilea! ¡por qué estais mirando al cielo! Este Jesus que separándose de vosotros se ha subido al cielo, vendrá de la misma suerte que le acabais de ver subir allá." ¡Infeliz el hombre á quien encuentre que no marchó con su cruz, cuando nos llame á cuentas en el esplendor de su majestad! Echémonos, pues, desde ahora en sus brazos para triunfar con la gracia, de todos nuestros enemigos, y participar despues de nuestra muerte y del formidable juicio final, del fruto de su victoria en los cielos.

ASÍ SEA.

SERMON

DE ESPIRITU SANTO

Et ego rogabo Patrem, et alium Paracletum dabit vobis, ut maneat vobiscum in aeternum.

Y yo rogaré á mi Padre, y él os dará otro Consolador: para que este con vosotros eternamente.

S. JOAN, CAP. XIV, v. 16.

El Hijo de Dios despues de haberse vestido con el tosco sayal de nuestra naturaleza, compareció sobre la tierra en la humildad y mansedumbre, porque fué enviado para redimirnos. Pero el Espíritu Santo se anunció con símbolos de estrépito, de ruido y de majestad, porque fué enviado para dar testimonio de Jesucristo. Ciertamente, como refiere el Libro de los Hechos Apostólicos: "Habiéndose cumplido los días de Pentecostés, estaban todos los Apóstoles juntos en un mismo lugar. Y de repente se oyó un ruido como de un viento impetuoso que venia del cielo, y llenó toda la casa en donde estaban sentados. Al mismo tiempo vieron aparecer como lenguas de fuego que se repartieron y reposaron sobre cada uno de ellos. En aquel punto quedaron todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron á hablar en varias lenguas,

y goces imperturbables. "Y haré brotar para ellos, dice por boca del profeta Ezequiel, el pimpollo de renombre, y no serán mas menoscabados por hambre en la tierra." Así es, que para apartar el grano de la paja, juzgará á cada uno de los hombres al tiempo de la desunion de su alma y de su cuerpo, premiándolo ó castigándolo segun sus obras. Si bien su reinado es progresivo en este mundo, será completo y absoluto en el día grande de la retribucion universal. Puntualmente dos Angeles vestidos de blanco anunciaron á los Apóstoles la última venida de este Supremo Juez, al instante despues del magnifico espectáculo de la Ascension, diciéndoles: "¡Varones de Galilea! ¡por qué estais mirando al cielo! Este Jesus que separándose de vosotros se ha subido al cielo, vendrá de la misma suerte que le acabais de ver subir allá." ¡Infeliz el hombre á quien encuentre que no marchó con su cruz, cuando nos llame á cuentas en el esplendor de su majestad! Echémonos, pues, desde ahora en sus brazos para triunfar con la gracia, de todos nuestros enemigos, y participar despues de nuestra muerte y del formidable juicio final, del fruto de su victoria en los cielos.

ASÍ SEA.

SERMON

DE ESPIRITU SANTO

Et ego rogabo Patrem, et alium Paracletum dabit vobis, ut maneat vobiscum in aeternum.

Y yo rogaré á mi Padre, y él os dará otro Consolador: para que este con vosotros eternamente.

S. JOAN, Cap. XIV, v. 16.

El Hijo de Dios despues de haberse vestido con el tosco sayal de nuestra naturaleza, compareció sobre la tierra en la humildad y mansedumbre, porque fué enviado para redimirnos. Pero el Espíritu Santo se anunció con símbolos de estrépito, de ruido y de majestad, porque fué enviado para dar testimonio de Jesucristo. Ciertamente, como refiere el Libro de los Hechos Apostólicos: "Habiéndose cumplido los días de Pentecostés, estaban todos los Apóstoles juntos en un mismo lugar. Y de repente se oyó un ruido como de un viento impetuoso que venia del cielo, y llenó toda la casa en donde estaban sentados. Al mismo tiempo vieron aparecer como lenguas de fuego que se repartieron y reposaron sobre cada uno de ellos. En aquel punto quedaron todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron á hablar en varias lenguas,

según el Espíritu Santo les inspiraba que hablasen." ; Cuántos misterios, pues, comprenden en sí estos breves periodos dictados por el mismo Espíritu Santo ! ; Oh ! El viento y ruido impetuosos designan la divinidad de esta tercera Persona, su poder, su celeridad y el cambiamiento que obra así en toda la naturaleza material, como principalmente en las criaturas racionales. El fuego denota la luz con que ilumina al entendimiento, y el calor con que inflama á la voluntad. Las lenguas representan las multiplicadas formas semejantes unas con otras, que como armas de la divina palabra emplearian los Apóstoles y demas ministros del Señor en la conversion del mundo.

Pero los Apóstoles recibieron los dones del Espíritu Santo en su venida visible, de dos modos, en los que hay una notable diferencia: unos en toda su perfeccion y para siempre, por quanto miran al establecimiento de la Iglesia, su enseñanza y su gobierno; y otros respecto á ellos mismos en particular, por quanto su vida crecía continuamente en méritos, hasta que la coronaron con la aureola del martirio. Sus sucesores reciben tambien invisiblemente los primeros dones, aunque no en todo su complemento, para dilatar, doctrinar y regir esta grey escogida de Dios; y los segundos mas ó menos abundantes, á fin de lograr su propia salud. Ademas, los Santos Apóstoles fueron confirmados en la gracia, pero no los otros Pastores, excepto algunos que tal vez lo hayan sido, no por el orden comun, sino por un efecto singular de la bondad divina. A los demas fieles se les infunde su gracia en el Bautismo, llevan impreso su carácter por la aplicacion de este Sacramento y el de la Confirmacion; y

siendo los adultos dóciles á sus inspiraciones con su cooperacion, ó no pierden la gracia recibida ó recuperan la gracia perdida.

De aquí es, que el Espíritu Santo estará siempre en nosotros, mientras perseverémos en gracia. Sí, enterémonos de que no es visita pasajera la que nos hace, porque solamente abandonará al hombre por el óbice de la culpa mortal. Como lo comprueba San Agustin, establece una morada fija y un domicilio permanente dentro de nosotros. Por lo cual, determinándose todas estas ideas hácia un objeto general, diré: que por sí misma es eterna la presencia de este Espíritu Paráclito en su venida á las almas que favorece.

Venid, pues, ¡oh Espíritu Criador! Venid como os invocamos con la Iglesia, visitad los entendimientos de vuestros hijos, y llenad de vuestra gracia suprema los pechos que habeis criado. Y para que mi débil lengua pueda pronunciar en adelante vuestro elogio, ilustradme con un auxilio especial de vuestra luz soberana por intercesion de vuestra casta Esposa. Ave María.

"Y yo rogaré á mi Padre, y él os dará otro Consolador para que esté con vosotros eternamente."

S. JOAN. Cap. y vers. citados.

El Eterno Padre nos concede al Espíritu Santo por los méritos y la intercesion de su Hijo amado. Jesucristo, interpellando por nosotros como nuestro Mediador para con Dios, nos lo obtiene por su Pasion y Muerte. El mismo Espíritu Santo viene á consolarnos por la ausencia corporal y sensible de nuestro Salvador. Pero como sea esta consolacion interna y

deliciosa en nuestra alma, y como tambien nuestros cuerpos sean templo vivo del Espíritu Santo, no lo puede representar alguna idea ni comparacion terrena. Lo cierto es, que la experimentamos; que es eterna para con la Iglesia á quien este Divino Espíritu siempre ha de ilustrar, proteger y gobernar; y que es estable tambien para cada uno de nosotros, si no lo echamos de nuestra compañía por el pecado. En el Evangelio de San Juan se le llama Paráclito ó Consolador, y Espíritu de verdad que dará testimonio de Jesucristo y enseñará todas las cosas. Pues bien, dos reflexiones podré inferir de aquí: Primera: que el Espíritu Santo, como Maestro interno é insensible, ilumina el entendimiento con la inteligencia de todas las cosas conducentes á la salud eterna: Segunda: que como fuego infinito é inmenso de la Divinidad, se hace sentir por su amor en el corazón.

PRIMERA PARTE.

Dios es la verdad, porque no puede engañarse y engañarnos, y tambien porque cumple sus promesas con una fidelidad y exactitud infalible. La Iglesia reconoce al Eterno Padre por Dios verdadero, cuando confiesa en el Credo á Jesucristo, nacido de su seno antes de todos los siglos, y Dios verdadero de Dios verdadero: *Deum verum de Deo vero*. San Juan asegura, que el Verbo Divino está lleno de gracia y de verdad, y que la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo. Así tambien lo enseña el mismo Señor

nuestro Salvador, con estas palabras que dirigió á sus discípulos: "Yo soy el camino, la verdad y la vida." El Espíritu Santo, segun la expresion del Evangelio ya insinuada, es el Espíritu de verdad que habia de habitar en los cristianos y sugerirles las especies de las cosas con su fuerza é inefable luz. Este don, pues, que lo derrama particularmente despues de la partida de Jesucristo á los cielos, ennoblece á toda la Iglesia en comun, y á cada uno de los fieles que escoge como para fanales de los divinos conocimientos. Voy á probarlo.

Claro es, que atribuyéndose la creacion del hombre en el Libro del Génesis á las tres Divinas Personas, el pensamiento, considerado aun como una simple operacion intelectual, se le ha dado por el Espíritu Santo. Pero los filósofos paganos, como escribe San Pablo, se extraviaron en sus pensamientos, porque cayeron en muchos errores. Ahora, ¿quién negará que desde la introduccion del cristianismo en el mundo, los pueblos que lo admitieron adelantaron en las ciencias, las artes y la agricultura, permaneciendo los otros pueblos sumidos en la ignorancia y el engaño! ¿Qué bien se ha cumplido lo que prometió Jesucristo con esta sapientísima sentencia! "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os añadirán." ¿Hubo acaso en los primeros siglos de la Iglesia, y esto aun por confesion de los mismos incrédulos menos tenaces, sabios en el paganismo como un San Basilio, un Lactancio y otros muchos en materias de física é historia natural! ¿Médicos mas excelentes que un San Lúcas y un San Pantaleon! ¿Científicos como un San Justino, y posteriormente

como un Newton! ¡El apóstata Juliano no halló una grande diferencia en la ilustracion de los imitadores de Cristo, que llamó galileos, y en la de los gentiles! Y como el mejor medio de perfeccionar las ciencias consiste en establecer la comunicacion entre las diferentes partes del globo, no han sido los filósofos, sino los misioneros cristianos los que han hecho nacer en las naciones la civilizacion, las leyes y las demas facultades. Testigo es el Asia, testigos son tambien la Europa, el Africa y la América, de que ellos domesticaron á los bárbaros é introdujeron en sus territorios la sabiduría, la moral y la cultura. Luego que los pueblos marítimos del Africa y del Egipto, abandonaron la luz del Evangelio, entraron en una noche lóbrega y profunda. Los griegos se hicieron estériles para las ciencias desde que su gobierno tiránico se declaró tan enemigo de ellas como de la Religion Cristiana. No nos cansemos, todos los hombres que hoy en dia están inficionados con una venenosa filosofia, lejos de reformar la educacion de la juventud, no pueden formar hombres laboriosos, sabios y útiles á su patria.

Si hubiera de seguir tratando de las gracias del órden natural que ha repartido el Espíritu Santo desde la creacion del mundo, y mucho mas despues de la Ascension de Jesucristo, os hablaría de la vida, de las buenas cualidades de alma y cuerpo, de la penetracion del sentido de las Escrituras, y de toda ciencia, arte y metánica. Pero no, esto seria distraerme del objeto mas interesante, que es sin duda el conocimiento sobrenatural. Así que, éste consiste segun que se define por verdadera sabiduría, en conocer el

fin para que Dios crió al hombre, y elegir los medios propios para conseguirle: en saber, por mejor decir, el camino del cielo ó las verdades que guían á la vida eterna. Contraigámonos, pues, bajo este solo punto de vista, á atender á la iluminacion que comenzó á difundir nuestro Dios, que en su tercera persona procede por la voluntad del Padre y del Hijo.

¡Que no me haya sido dado concebir ni explicar cómo por la presencia del Espíritu Santo son instruidos en un instante los Apóstoles, de todos los misterios y designios de Dios! ¡Cómo siendo rudos, sin elocuencia, y sin saber bien aun su propio idioma, son de repente sabios, elocuentes y hablan todas las lenguas! Sin embargo, por la consideracion de los efectos extraordinarios de su ciencia milagrosa, llegáremos mas bien á admirar que á comprender el presente arcano. Sí, Partos, Medos, Elamitas, habitantes de Mesopotamia, de la Judea, de Capadocia, del Ponto, de la Asia, de la Frigia, de Pamfilia, del Egipto, de la Libia y de Roma; los judíos y sus prosélitos, Cretenses y Arabes, todos, como consta de los Hechos Apostólicos, los oyeron hablar en sus lenguas las maravillas de Dios. En el mismo dia de aquel gran suceso que los consagró al ejercicio de su alto ministerio, predica San Pedro un sermón, y se convierten cerca de tres mil personas. En otro dia, y con ocasion de haber sanado prodigiosamente á un cojo á la puerta del templo, dirige á los judíos otro discurso, y creen cerca de cinco mil personas. ¡Qué juicio formaríamos de un Pablo, á quien la gentilidad quiso adorar por Mercurio, uno de sus dioses alabado singularmente en facundia! ¡Ah! Mas en una materia

tan copiosa basten estos ejemplos, y observemos en general, que el Espíritu Santo se comunicó á los Apóstoles para bien de la Iglesia y de ellos mismos: que á la voz de estos ilustres obreros salieron los sabios del mundo del caos del error, y cautivaron su entendimiento en obsequio de Jesucristo Crucificado: que los relámpagos y centellas de sus palabras, lanzándose en las Sinagogas de los judíos, en las regiones de los ídólatras y hasta sobre los tronos de los reyes, ó los aterrorizan ó los hacen doblar sus cervices al yugo del Evangelio: que por su doctrina, autoridad y milagros, se funda la Iglesia en la firmeza de la fe, se aumenta con la sucesion de sus pastores y de sus rebaños, y vive con el sacerdocio, luz y acierto de sus preladados.

Por otra parte, aunque el Espíritu Santo no ha de bajar sobre cada uno de los simples fieles con el mismo esplendor y plenitud que sobre los primeros discípulos del Salvador, siempre pretende obrar en ellos lo que conviene á la salvacion de sus almas. Sin admitir el espíritu privado, por el que como si fuese regla de fe, se han creído los novadores con derecho para refutar toda sumision á la doctrina de la Iglesia, no se deberán negar las ilustraciones con que este Santo Espíritu del Señor sostiene á los bautizados y á los que han recibido el Sacramento de la Confirmacion, en que se les infunden sus dones, como sientan los Teólogos. Un cristiano, pues, que se sujeta á la Iglesia como á Maestra de la verdad instruida por el Espíritu Santo, conoce la alta majestad de Dios, y aprende á temblar delante de su grandeza: sabe quién le da la facultad de pensar y la luz; entiende

que necesita del auxilio divino y de la penitencia para vencer sus tentaciones y sus defectos: halla el modo de expresar sus acciones de gracias, y de moverse al objeto de sus esperanzas: no se le oculta que debe escuchar con humildad los preceptos del Altísimo, implorar su misericordia y aplacar su ira: advierte que segun obre en esta vida, así recibirá en la otra la recompensa ó un castigo eterno. Con el don de sabiduría, para usar de las frases de un esclarecido autor, juzga rectamente de todas las cosas en orden á nuestro último fin: con el don de entendimiento, comprende las verdades reveladas cuanto lo permite su capacidad: con el don de ciencia, percibe los medios para salvarse, y su importancia; y con el don de consejo, toma en todas las cosas el partido que le es mas ventajoso para su justificacion. ¿Quién creyera que en el estado de la naturaleza corrompida le hubiese sido concedido al hombre brillar con tan hermosas luces, y adornarse con tantas gracias y tan preciosos dijes? Ya veis, señores, que todo esto es obra del Espíritu Santo. Pero si he tocado aquí últimamente los dones sobrenaturales, que perfeccionan á la razon hácia la operacion divina, expondré del mismo modo los otros dones con que se dispone la voluntad á seguir el instinto de este mismo Espíritu de amor en el asunto de mi

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
 INSTITUTO NACIONAL DE BIBLIOTECAS

SEGUNDA PARTE

La caridad de Dios, como dice San Pablo, se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado. Entre los dones sobrenaturales hay unos que se conceden principalmente para utilidad de otros, como el don de lenguas, el espíritu de profecía y la potestad de los milagros. Estos dones en nada contribuyen á la santidad del que los tiene. Hay algunos que se conceden directamente para utilidad y santificación del que los recibe. No porque sean unos auxilios exteriores como la ley de Dios, las lecciones de Jesucristo, la predicacion del Evangelio y otras cosas semejantes, sino porque son auxilios interiores que mueven á los buenos pensamientos, piadosas resoluciones y santas obras. Constituyen una cualidad, que se llama gracia habitual, y que hace á el alma agradable á Dios y digna de la felicidad eterna: contienen tambien las virtudes infusas y los siete dones ó disposiciones especiales del Espíritu Santo, y son inseparables de la caridad perfecta. Por lo cual, de este amor se verifica que todos los que se rigen por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios y herederos, segun la expresion del mismo Apóstol. En tal supuesto, considerémos lo mas necesario y provechoso para nosotros, esto es, la santidad de la Iglesia despues de aquel insigne prodigio del dia de Pentecostés, y la excelencia de una alma santificada por la gracia del Espíritu Santo.

Segun la doctrina del Apóstol de la gracia, Jesucristo amó á su Iglesia y se entregó por ella para santificarla y hacerla gloriosa sin mancha ni arruga. Mas el Espíritu Santo llevó al cabo la grandiosa obra del sumo candor de la nuevamente desposada con el Cordero, cumpliendo á la letra las promesas que éste su celestial Esposo le habia hecho: confirmó su predicacion, doctrina y milagros, y dió principio visible á la misma Iglesia: mudó y renovó á los Apóstoles, y por su virtud, el mundo se ha renovado y como reproducido: *Emittes spiritum tuum, et creabuntur, et renovabis faciem terrae.* ¿Sabeis, señores, quiénes fueron los Apóstoles, antes que descendiera sobre ellos el Espíritu Santificador...? El Evangelio los muestra terrenos, ambiciosos, tímidos, inconstantes y sujetos á las pasiones y miserias humanas. ¿Y cuáles fueron despues? ¡Ah! Unos hombres espirituales, humildes, fervorosos, pacientes, celosos y eminentemente justos. Pasemos adelante, y especifiquémos mas esta prueba.

Es de fe, que la sabiduría sobrenatural que tiene á Dios por fin, y á la santidad por objeto, sacó al primer hombre de su pecado, salvó de nuevo al mundo por medio del justo Noé, conservó á Abraham y libró á Lot, condujo por caminos derechos á Jacob, siguió á José en su cautiverio y le protegió contra sus enemigos, entró en el alma de Moisés para salvar á los hijos de Israel, libertó á estos de la servidumbre de Egipto y los hizo pasar á pie enjuto el mar Rojo. Posteriormente, consagró á Samuel, formó á David segun el corazón de Dios y fortaleció á los Profetas, á los Macabeos, y al Bautista, contra la muerte. Sin

embargo, no fueron los días del antiguo Testamento mas felices, ni mas abundantes en héroes que los del nuevo. El príncipe de los Apóstoles que habia negado tres veces á su Maestro, otras tantas le asegura con todo su corazón, que le ama á las orillas del mar de Tiberiades, y alcanza el premio singular de morir con la cabeza vuelta hácia la tierra, en una cruz. Saulo, que persigue á su Redentor, en sus miembros, cual lobo rapaz, se muda en un Pablo, vaso de eleccion, y presentando al fin gustoso su cuello bajo la cuchilla del verdugo, entrega su espíritu límpísimo al Criador. Santiago y Juan que pretendian los primeros asientos en el reino de los cielos, viven en la abnegacion de sí mismos, y obtienen la muerte preciosa de los Santos. Levi ó Mateo, que era antes publicano, acaba su gloriosa carrera como Apóstol, Evangelista y Mártir. Didimo ó Tomás, de presuntuoso é incrédulo, se cambia en discípulo esforzado y testigo de la Resurreccion de Cristo Jesus, hasta derramar su sangre. Asimismo los demas Apóstoles edifican á la Iglesia con su ejemplo, terminan su vida con el martirio, y todos ellos ó en la via ó en la patria son venerados por columnas principales de la santa Ciudad de Dios.

Pero como la Iglesia se habia de continuar despues de la muerte de los Apóstoles, con el discurso del tiempo se constituyen nuevas cabezas visibles, nuevos Prelados, Sacerdotes y Ministros, imitadores de su ardor y de todas sus virtudes. Al paso que extienden la fe y la Religion, cuántos se guardan irreprehensibles y vuelan á recibir en el cielo una recompensa muy particular! Resplandecen Doctores eminentes,

que como antorchas encendidas demuestran la luz y el calor del fuego divino: en sus escritos dejan á la posteridad un testimonio irrefragable, mas bien de asombro que de emulacion. Millares de Mártires hablan y confunden á los tiranos con el lenguaje de la verdad del Espíritu Santo, sufren todo género de tormentos y una muerte infarida por violencia. Se llenan los desiertos de solitarios, y aun entre las rocas mas escarpadas se sacrifican á Dios estos sercs quasi olvidados del mundo, con la oracion, el ayuno y las mas austeras penitencias. Vírgenes inocentes, desprendidas de los afectos y bienes de la tierra, vierten su sangre por su Divino Esposo; y en mayor número otra multitud de ellas se emplea en la práctica de las buenas acciones y en la contemplacion de las cosas celestiales. Ancianos, jóvenes y niños, personas de todas clases, sexos y condiciones, alcanzan por su ajustada vida ser contados en el catálogo de los Santos; y únicamente en el Libro de la vida del Cordero se verán escritos los nombres de todos los que componen aquella grande turba, que con sus costumbres honrosas menos públicas ú ocultas, se ofrecieron al Señor como hostias vivas en olor de suavidad. La misma Iglesia nuestra Madre no cesa en el tiempo presente y no cesará en el futuro, de conducir á la santidad á muchos de sus hijos. Ya donde el ímpetu de las aguas alegre á la Ciudad de Dios, es una santa Congregacion triunfante, en el fuego purgador paciente, y sobre la tierra militante.

Representémonos ahora á una alma en particular, que cual una lámpara lúcida se derrama en afectos ante el altar de la suprema majestad. ¡Ah! El Es-

píritu Santo la da el corazón, el amor, el idioma, y la voz. Con su espiritual unción, si está alegre ó triste, fervorosa ó tibia, así gusta de las suaves delicias de la inocencia, ó padece con resignación en las aflicciones; sana de sus molestas enfermedades, ó se consume á la viveza de los sagrados carismas. Algunas veces se le oculta su adorado Esposo; mas no la abandona; otras se le manifiesta, y en ambos estados la obliga á producirse con gemidos inexplicables. Con el don de fortaleza, resiste á los peligros y vence las tentaciones; con el don de piedad honra á Dios, tributándole un culto debido; y con el don de temor, se separa del pecado y de cuanto puede desagradar al Señor. En fin, á los siete dones son consiguientes las ocho bienaventuranzas como sus obras perfectas, y á las virtudes infusas, los doce frutos como sus actos los mas excelentes. Todo esto la ensalza, y como que la diviniza. ¡Qué pábulo de vida, pues, sustenta á una alma justa! ¡Qué tesoros amontona para el día del premio! Pero dejemos á las personas virtuosas gozar en silencio de los inefables bienes del amor divino, que no conocen los mundanos, y demos la última mano á este discurso.

Como consta en las Sagradas Escrituras, "Dios es luz, Dios es un fuego devorador." De consiguiente, el Espíritu Santo que es Dios, así habia de renovar en cumplimiento de una profecía, la faz de la tierra. Acabais de ver, señores, cómo con sus lenguas de luz y de fuego, ha vivificado á la Iglesia, trasformá á cualquier hombre que admite sus prodigiosas influencias y se acomoda á su operacion. Por eso la Iglesia siempre le llama en su auxilio, pero mas par-

ticularmente implora su ilustracion y el calor de su caridad, cada vez que da principio al rezo de las horas canónicas: *Spiritus Sancti gratia illuminet sensus, et corda nostra. Amen.* No porque la gracia que hace grato al sugeto que la recibe, deje de ser eficaz en sí misma, sino para que se obtenga si se carece de ella, ó para que si se tiene, se aumente y no se pierda por culpa nuestra: *Et ego rogo Patrem et dñum Paraditum dabit vobis, ut maneat vobiscum in aeternum.*

"El que niega la fe es peor que un infiel," segun las palabras del Apóstol, y lejos de que el Espíritu Santo le alumbre el entendimiento con su luz sobrenatural, se lo ha ofuscado el espíritu de las tinieblas. A mas de esto, "el que no ama, dice San Juan, permanece en la muerte." ¡Cuán enorme, pues, será el pecado de los que pierden la fe que profesaron en el Bautismo! ¡Qué detestable la culpa de los que substituyen en lugar del Criador á la criatura, fijando en ella su amor! Aquí éste no cree las verdades reveladas y se burla de los santos misterios; este otro no ama á Dios y jura en vano su santo nombre; aquel no santifica las fiestas ni cumple con las obligaciones de un cristiano. Allí uno aborrece á su prójimo y arrebatado de furor procede hasta derramar su sangre; otro le hiere en su fama y le injuria; algun otro le hurta sus bienes ó se los retiene injustamente. Sin contar los judíos y paganos que existen en el mundo, abundan los incrédulos, blasfemos, iracundos, lascivos, fraudulentos y malvados. Pero no son todos estos del agrado de Dios, porque no mora en ellos el Espíritu Santo. Si bien es verdad que pertenecen á la Iglesia los que aun retienen una fe informe, sin duda com-

ponen su parte mas sana todos los que aman á Dios con el cumplimiento de sus mandamientos, y tambien aman al prójimo como á sí mismos. Para que seamos de este número, supliquemos al Espíritu Divino, fuente de toda gracia, que nos tome bajo de su amparo: que nos conceda la firmeza en nuestra fe, la prontitud á sus inspiraciones y la santidad en todas nuestras obras. Logrando valernos de estos solos medios necesarios é inconcusos, nos haremos dignos de un fin eternamente glorioso.

ASÍ SEA.

SERMON

DE

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Baptizantes eos in nomine Patris, et
Filii, et Spiritus Sancti.

"Baptizandolos en el nombre del Padre,
y del Hijo, y del Espíritu Santo."

S. MATEO, Cap. XXVIII, v. 19

Era necesario, supuesto el orden prescrito por la Divina Providencia para la salud de las almas, que Jesucristo antes de subir á los cielos, les confriese á los Apóstoles, y por ellos á sus sucesores, su divina misión. El magisterio en la doctrina, la administración del bautismo con los demas Sacramentos, la revelación expresa del augusto misterio de la Trinidad Sacrosanta y su operacion celestial, todo esto determina el fundamento, la virtud, la permanencia y el fin de ella. "Se me ha dado, les dijo, toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, é instruid á todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo." Así es, que en estas breves palabras consta la unidad de la naturaleza divina perfecta, numérica y fecunda: porque sin dejar de ser una, se comunica por el entendimiento del Padre al Hijo, y por la voluntad del Padre y del Hijo

ponen su parte mas sana todos los que aman á Dios con el cumplimiento de sus mandamientos, y tambien aman al prójimo como á sí mismos. Para que seamos de este número, supliquemos al Espíritu Divino, fuente de toda gracia, que nos tome bajo de su amparo: que nos conceda la firmeza en nuestra fe, la prontitud á sus inspiraciones y la santidad en todas nuestras obras. Logrando valernos de estos solos medios necesarios é inconcusos, nos haremos dignos de un fin eternamente glorioso.

ASÍ SEA.

SERMON

DE

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.

"Baptizandolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo."

S. MATEO, Cap. XXVIII, v. 19

Era necesario, supuesto el orden prescrito por la Divina Providencia para la salud de las almas, que Jesucristo antes de subir á los cielos, les confriese á los Apóstoles, y por ellos á sus sucesores, su divina misión. El magisterio en la doctrina, la administración del bautismo con los demas Sacramentos, la revelación expresa del augusto misterio de la Trinidad Sacrosanta y su operacion celestial, todo esto determina el fundamento, la virtud, la permanencia y el fin de ella. "Se me ha dado, les dijo, toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, é instruid á todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo." Así es, que en estas breves palabras consta la unidad de la naturaleza divina perfecta, numérica y fecunda: porque sin dejar de ser una, se comunica por el entendimiento del Padre al Hijo, y por la voluntad del Padre y del Hijo

al Espíritu Santo. Se da á entender tambien, que por los atributos comunes á toda la Trinidad, y segun los que por apropiacion el Padre es Criador, el Hijo Redentor y el Espíritu Santo Santificador, se efectúa en el alma del hombre el baño saludable de la regeneracion espiritual, que le abre la puerta á todos los demas Sacramentos y le colma de bendiciones. Hé aquí, pues, el principio y el compendio de los principales misterios de la fe, y la solemníssima festividad en que se celebran reunidas todas las otras festividades.

No cabe duda que así en la ley natural como en la ley escrita entre la multitud de sombras y figuras, se presentaban á la vista de tarde en tarde algunos destellos de la Trinidad Soberana. Como se lee en el primer capítulo del Génesis, Dios dijo al tiempo de criar al hombre: "Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza." Abraham, viendo en el valle de Mambre tres ángeles en la forma de tres hombres, adoró bajo esta semejanza la trinidad de personas reunidas en la unidad de la esencia. "Los cielos, dice David en el Salmo XXXII, se afirmaron por el Verbo de Dios, y la fuerza que los conserva, es el espíritu ó el soplo de su boca." En estos pasajes han observado los Santos Padres la distincion de personas en Dios, y han sacado de ellos pruebas irrefragables del misterio de la Santísima Trinidad. Vuelve á decir el real Profeta en el Salmo LXVI: "Bendiganos Dios, el Dios nuestro; bendiganos Dios, y sea temido hasta las extremidades de la tierra." Notan de nuevo los Santos Doctores é Intérpretes en esta triple repeticion del nombre de Dios, el misterio de la Trinidad creada.

y el énfasis con que el Santo Poeta añade *nuestro* al segundo nombre, designa al Mesías, Emmanuel, ó Dios con nosotros. No olvidaré, que cuando Isaias vió la majestad de Dios, los serafines que estaban al rededor de su trono, clamaban alternativamente: "Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos, toda la tierra está llena de su gloria." ¿Pero para qué es mas! ¡Ah! Este es aquel dogma fundamental á que el Divino Maestro Antor de la Ley de gracia, fué preparando poco á poco á sus Apóstoles: unas veces los instruía acerca de su Padre y de él mismo, que son una misma cosa: *Ego et Pater unum sumus*: otras acerca del Espíritu Santo, que enviaria el Padre en nombre del mismo Redentor despues que subiese á los cielos, declarando en esto mismo la trinidad de personas en una esencia; otras acerca de los nombres y operaciones de cada una de ellas, hasta que del modo mas claro y positivo les aseguró, que el agua derramada sobre nuestras cabezas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, purificaria nuestras almas de todos los pecados: *Baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*.

Sí, somos bautizados, dice San Gerónimo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, para que sea uno solo el don de aquellas tres personas que son una sola Divinidad. Por eso, y con la mira de reducir todo mi discurso á un solo punto, elegiré esta proposicion general: La fe viva de un solo Dios en tres Personas distintas hace la felicidad del hombre.

A tí, pues, ¡oh Padre ingénito! A tí, ¡oh Hijo unigénito! A tí, ¡oh Espíritu Santo Paráclito! Santa y

no confusa Trinidad, inmensa é indivisa unidad, rendidamente enderezo hoy mis tenuous plegarias para obtener un auxilio de la gracia, á fin de alabarte y de excitar á los fieles mis oyentes al amor de tu soberana grandeza por intercesion de nuestra gloriosa Medianera la Inmaculada Virgen. Ave María.

Siempre ha creído la Iglesia de Dios, una vez que ha sido enseñada por las referidas palabras de Jesucristo que acabó de pronunciar, que sin contradiccion es absolutamente necesaria la invocacion expresa de las tres Divinas Personas para administrar el bautismo. Valiéndose de esta misma forma, probó principalmente en otro tiempo contra los arrianos y otros herejes, la igualdad y la consubstantialidad de las tres hipóstasis de la Santísima Trinidad. Además, "el que creyere, como dijo el mismo Salvador por San Mateo, y fuere bautizado, se salvará; y el que no creyere, se condenará." De tal suerte, que según la recta exposicion de los Padres y teólogos, el hombre se justifica por el Sacramento necesario del bautismo en el nombre de las tres personas de Dios perfectamente iguales y realmente distintas, y de las que cada una es verdadero Dios; sin que por eso se siga que hay tres Dioses, porque la naturaleza divina es comun á las tres personas é indivisible. En vista de esto, y suponiendo que el que santifica y los que son santificados, todos vienen de un mismo principio, según la doctrina de San Pablo, ya podré distribuir todo mi

asunto en estas dos breves reflexiones: Primera: es un dogma principal de nuestra fe Dios uno y trino: Segunda: la vida espiritual se nos confiere desde el bautismo por este Dios uno y trino.

PRIMERA PARTE

Una misma substancia divina de los tres seres subsistentes Padre, Hijo y Espíritu Santo, se comprueba con este pasaje de San Juan, cuyo sentido en gran manera robustece á la fe católica: "Tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa." Pero al hablarlos, señores, de este altísimo é incomprendible misterio, ¡cuánto cuidado deberé poner, porque como observa San Gerónimo, "de las palabras proferidas sin orden se incurre en las herejías!" "En ningún punto de la fe, según advierte San Agustín, se yerra con mas peligro, en ninguno se busca la verdad con mas trabajo, y en ninguno se encuentra con mas fruto." Siguiendo la sentencia de San Dionisio, no me atreveré á decir, ni aun á pensar "de la eminentemente substancial oculta divinidad, mas que lo que Dios nos ha revelado en las sagradas letras." Asimismo, para no apartarme de sus frases y de su significado, me conformaré fielmente con la doctrina de la Iglesia, que es el intérprete de la verdad. Sin escudrinar los arcanos de la Divina Majestad, para

no ser oprimido de su gloria, séame lícito presentarnos algunas ligeras instrucciones sobre la unidad de su esencia y trinidad de personas, como se deduce de las palabras del citado Apóstol.

Dios no aguardó á las indagaciones de la filosofía para dar á conocer su unidad á los hombres. Adán, á quien primero se le había revelado, aun daba testimonio de ella á la edad de novecientos treinta años. "Oye, ¡oh Israel! exhortaba Moisés, hablándole á este pueblo: El Señor nuestro Dios es el solo y único Señor." Y ha estado tan grabada esta idea en todos los corazones por el mismo Criador, que á pesar de la propensión general de todas las naciones al politeísmo, siempre ha perseverado en ellas á lo menos como un conocimiento confuso. Sin embargo, sobre este punto se cree lo que en parte se sabe, porque la existencia de Dios y muchos de sus atributos, se ven resplandecer en las mismas criaturas. En efecto, la luz natural basta para demostrar que es imposible que haya muchos Dioses. Debe existir un ente simpléctico, cuya esencia sea su misma naturaleza, y de ninguna manera compuesta de partes. Como primera causa comprende en sí toda la perfección del ser, y todas las cosas preexisten en él de un modo eminente: implican contradicción dos principios igualmente infinitos y separados, supuesto que alguna excelencia convendría al uno que faltara al otro. También el orden admirable y la hermosura de todo el universo que se encamina á un solo fin, publican su dependencia de un solo Hacedor que lo conserva y gobierna. Hasta los mismos filósofos antiguos se vieron precisados á confesar esta verdad.

Pero un Dios en tres personas, es el misterio mas incomprendible entre todos los dogmas de nuestra Santa Religión, el arcano profundísimo infinitamente distante de las conjeturas humanas, y de quien era imposible formarse la menor idea, antes de que hubiera sido revelado. Creemos desde luego tres personas distintas que tienen una misma naturaleza é igual divinidad: cada una de ellas es Dios, y no hay mas que un solo Dios en tres personas. Aunque el Hijo es distinto del Padre en cuanto al supuesto, no lo es en cuanto á la substancia. De la misma manera, el Espíritu Santo, aunque es distinto del Padre y del Hijo en cuanto al supuesto, no lo es en cuanto á la esencia. Como dice San Fulgencio, "si así como es una misma la substancia del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, existiera una sola persona, no habría verdaderamente Trinidad; y si á la manera que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, son distintos entre sí con la propiedad de las personas, lo fueran también en naturalezas, la Trinidad por cierto sería verdadera; pero un Dios no fuera la misma Trinidad. El Padre no es el Hijo, ni el Espíritu Santo; pero todo el Padre está en el Hijo y el Espíritu Santo: El Hijo no es el Padre ni el Espíritu Santo; pero todo el Hijo está en el Padre y el Espíritu Santo: El Espíritu Santo no es el Padre ni el Hijo; pero todo el Espíritu Santo está en el Padre y el Hijo." Ninguna de las personas, según la doctrina del Santo Obispo citado, se halla fuera de las otras ó las precede en eternidad, ó las excede en magnitud, ó las supera en poder. Todas tres, conforme á la inteligencia de los Santos Padres, tienen realmente todos

los atributos de la naturaleza divina, y este es como el primer grado de la unidad: el segundo grado de la unidad es la unidad de origen de la segunda y tercera persona, el tercer grado es la unidad de acción entre las tres, y el cuarto la existencia íntima ó la circunscisión.

El Padre engendra al Hijo por un acto del entendimiento, porque conociéndose á sí mismo necesariamente y por toda una eternidad, produce un ser igual á él, subsistente, infinito, término y objeto de su conocimiento. Por eso este mismo Eterno Padre, como principio que no procede de principio, es el principio de toda la Deidad, como dijo San Agustín: es ingenio, porque es el origen de las otras personas, é innacible, porque no procede de otro. Se le llama "Padre de quien se denomina toda paternidad en el cielo y en la tierra," según la frase del Apóstol: perfectamente es Padre del Hijo en cuanto que ambos tienen una misma naturaleza y una misma gloria: es Padre de las criaturas, ó por alguna semejanza de vestigio como en las criaturas irracionales, ó de imagen como en las racionales, ó de gracia como en los justos, ó de gloria como en los bienaventurados. Su prole eterna y consubstancial, se llama en la Sagrada Escritura: "Hijo, Verbo, Sabiduría, Luz verdadera, é imagen de su substancia." Siendo la noticia engendradora, la completa semejanza ó emanación del entendimiento del Padre, ningún ingenio ó concepto humano puede representarla. Alguna apariencia ó reflejo, aunque imperfecto de ella si llegaremos á percibir, meditando estas expresiones del ilustre Doctor San Agustín: "Todo el que puede entender la palabra, no

solo antes de que suene, sino tambien antes de que las imágenes de sus sonidos se envuelvan con el pensamiento, ya puede ver alguna semejanza de aquel Verbo de quien se dijo: En el principio era el Verbo." En el nombre de este Verbo de Dios se importa respecto al Padre de quien es imagen, y á las criaturas por quien fueron criadas y redimidos los hombres en virtud de su Humanación.

A mas de esto, en el mismo acto interno é infinito con que el Padre ve á su Hijo, y el Hijo ve á su Padre como su principio, se aman necesariamente, y el término real de este amor mútuo, según la procesion de la voluntad, es el Espíritu Santo. Este nombre de Espíritu Santo se ha acomodado por el uso de la Sagrada Escritura, para significar á la tercera divina persona; pues como dice San Agustín: "Lo que es común á las otras personas, porque el Padre es Espíritu, y el Hijo es Espíritu, y el Padre es Santo, y el Hijo es Santo, se atribuye propiamente á la tercera." Con este nexo divino se unen el Padre y el Hijo, con este amor que procede se aman á sí, y á nosotros, y con este don de la Divinidad todo un Dios distribuye las efusiones de su perpetua caridad en nuestros corazones.

La misma doctrina, expuesta enseña por extenso nuestra Maestra la Santa Iglesia, y viene á reducirse, en suma, á esta famosa sentencia de San Agustín: "Una es la esencia del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, en que no es otra cosa el Padre, otra cosa el Hijo, otra cosa el Espíritu Santo, aunque personalmente sea otro el Padre, otro el Hijo, otro el Espíritu Santo." De muchos ejemplos se valen los

Santos Doctores para esclarecer y corroborar nuestra creencia; pero todos ellos son débiles é insuficientes. Yo me serviré de esta sola comparacion material que frecuentemente acontece. Un hombre se mira en un espejo y engendra una imágen clara é íntegra de toda su forma y de todas sus partes: mientras la ve, no puede dejar de amarla, porque dejaría de amarse á sí mismo. Hé aquí pues, un simbolo de la unidad de la esencia, de las dos procesiones, de los atributos internos relativos, y de la Trinidad de personas en Dios. Pero ¡cristianos! supla la fe lo que no alcanza la razon, y entrémos ya á admirar los efectos sobrenaturales de la gracia que causa en nuestras almas este Dios trino y uno.

SEGUNDA PARTE

Lo primero que se ofrece á nuestra consideracion sobre este bien exterior de la gracia de Dios, es el siguiente rasgo del Príncipe de los Apóstoles, donde se declara la excelencia incomparable del bautismo en el nombre de la Santísima Trinidad: "Segun la prescencia, dice, de Dios el Padre, para ser santificados por el Espíritu, para obedecerle, y ser lavados por la Sangre de Jesucristo. "Nace el hombre con el pecado original, hijo de ira y de maldicion, mas en el bautismo recibe el ser espiritual de la gracia santificante, y se hace capaz de recibir los otros

Sacramentos. Pero veamos con mas precision las operaciones de las tres Divinas Personas hácia nosotros, en estas palabras con que saluda San Pablo á los fieles de Corinto: "La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunicacion del Espíritu Santo sea con todos vosotros." Por tanto, tres cosas debemos examinar que obran directamente la salud de nuestra alma; á saber, la caridad gratuita del Padre, la gracia omnipotente del Hijo, y la uncion divina del Espíritu Santo. Voy á explicarlo.

La caridad del Padre elige, adopta y corona á los que quiere. Aquellos á quienes Dios se dignó conceder desde el bautismo el don de la fe para componer su Iglesia, son los escogidos: los que tambien eligió para la felicidad eterna, se llaman predestinados. ¡Y á quién se atribuye en las Sagradas Letras la preordinacion de unos y otros, sino á la persona del Padre! ¡Ah! Segun la expresion del Apóstol, "el Padre nos escogió en Jesucristo antes de la creacion del mundo, por el amor que nos ha tenido, á fin de que fuésemos santos é irreprochables en su presencia." No porque coacte la voluntad, pues la salvacion es obra nuestra con el auxilio de la gracia, es una recompensa concedida justamente á los méritos, y no un golpe de fortuna, como sonaron los incrédulos. Si muchos no se salvan, consiste en que resisten á las gracias de Dios, y permanecen voluntariamente en el pecado. Dios destina á todos á un fin eternamente feliz, pero no todos saben corresponderle. Asimismo, aunque á todos los hombres les da los auxilios necesarios y suficientes para salvarse, á los cristianos les da por el bautismo un nuevo nacimiento y mas poderosas

y abundantes gracias: les imprime el carácter de hijos adoptivos de Dios, hermanos de Jesucristo y herederos de la gloria celestial. "Ved, dice San Juan, qué bondad ha tenido con nosotros el Dios Padre, concediéndonos el nombre y los derechos de hijos de Dios." ¡Cómo, pues, no lo hemos de reconocer por Padre de los fieles, no solo en el orden de la naturaleza como Criador, sino también en el orden de la gracia! Su misericordia nos advierte, "que no será coronado, sino el que legítimamente combatiere." En efecto, nadie se salvará más que el que perseverare fiel hasta la muerte. Así como un acto de compunción acaso podrá salvarnos al tiempo de la muerte, así también otro de desesperación ó impenitencia en aquella hora tal vez podrá perdernos para siempre.

La gracia del Hijo mueve, convierte y sana los corazones. Los teólogos entienden generalmente por gracia, un don sobrenatural que Dios concede gratuitamente por los méritos de Jesucristo, á las criaturas racionales para conducir las á la vida eterna. Es así, porque nuestro Salvador con sus auxilios interiores previene la voluntad del hombre, excita en él los buenos deseos y lo inclina á las buenas acciones. Según San Juan, "es la verdadera luz que á todos ilumina;" y los Padres de la Iglesia le aplican lo que dice del sol el Salmista, "que nadie carece de su calor." Y para que se note cómo induce á los hombres á imitarle en sus padecimientos, recorramos estas palabras con que el Apóstol San Pablo pedía á Dios tal bien para los fieles de Tesalónica: "El Señor conduzca vuestros corazones en el amor de Dios y la paciencia de Cristo." Pero cuando un pecador detesta sus pe-

cados y se decide con firme propósito á expiarlos y corregirse, ó también cuando un hombre abandona el error con ánimo de abrazar la verdad, se obra en él una entera mudanza. Tal milagro, mas grande que la resurrección de un muerto, ó que la creación del cielo y de la tierra, es al mismo tiempo efecto de la gracia y de la libre voluntad del hombre. Desde entonces se zanja, por decirlo así, el foso profundo de separación entre el que es dócil á las divinas inspiraciones, y el que camina de una manera desarreglada. Ahora bien, la Sangre del Verbo de Dios por quien fueron hechas todas las cosas, "borra verdaderamente los pecados, según la expresión del mismo Apóstol de la gracia, purifica nuestras almas y nos hace dignos de entrar en el cielo." A costa de este precio infinito de nuestra redención, se establece la paz entre Dios y el pecador, y se cimenta la nueva alianza. Además, si este es el principio de la justificación, la abundancia de gracias que de continuo reparte á los fieles constantes en su amor por medio de los Sacramentos, constituye el aumento de su salud espiritual tanto en esta vida como en la futura. No lo dudéis, es un dogma de fe que solamente por nuestro Redentor podemos conseguir la felicidad de la patria prometida á los justos, y solo por él podemos procurárnosla sobre la tierra.

El Espíritu Santo derramando su unción celestial en los corazones, los anima, los santifica y los consagra á la gloria de Dios por toda la eternidad. Jesucristo reveló á Nicodemo bajo la palabra del juramento, "que el que no renaciere por medio del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el Reino de

Dios." Semejante restauracion se verifica así, porque como añade: "Lo que es engendrado de la carne es carne, y lo que es engendrado del espíritu es espíritu." De tal suerte, que así como por el primer nacimiento natural se comienza una vida carnal, animal y terrena, así por el segundo nacimiento debido al Espíritu Santo, se da principio á una vida espiritual, santa y divina; el soplo é impulso invisible de este Espíritu Paráolito que inspira donde quiere, trasforma á una alma en un espíritu recto y renovado, le quita el corazón de piedra, y se lo muda en un corazón bondadoso, limpio y criado de nuevo. Además, la santidad significa en su mismo origen una cosa que ata y enlaza. En tal virtud, San Pablo llama santos á todos los fieles porque están consagrados á Dios desde el bautismo, y llamados á la santidad perfecta aunque no todos lleguen á conseguirla. Pero si este Sacramento comunica al hombre la gracia santificante y los dones del Espíritu Santo, en el Sacramento de la Confirmación, á mas de que se le adhiere con los mismos bienes al servicio de Dios, recibe gracias especiales para confesar valerosamente la fe de Jesucristo. "La carne, dice Tertuliano, es bautizada para que se purifique el alma: la carne recibe una unción, un signo, una imposición de manos, á fin de que el alma sea consagrada, fortificada é ilustrada por el Espíritu Santo." Nosotros, pues, que hemos sido regenerados con el agua y con el Espíritu Santo, y marcados con su sello espiritual, dándole gracias al Señor por tan inefable beneficio, vivamos conforme á esta vida de fe, de esperanza y de amor. En breves palabras: la dignidad de la gracia del Espíritu Santo nos hace

participar de la naturaleza divina para ser adoptados por hijos de Dios, y entrar en parte de su herencia, según el Apóstol: *Si filii et hæredes.*

Recojamos ahora los conceptos esparcidos en todo el cuerpo de este discurso, para que fluya el aserto que me propuse en su introducción. Los cuatro animales del Apocalipsi que pueden representar á los cuatro Evangelistas ó á los cuatro Profetas mayores, de dia y de noche no cesaban de repetir: "Santo, Santo, Santo es el Señor Dios Omnipotente que era, que es, y que ha de venir." "Repetimos, dice San Cirilo, de Jerusalem, esta sagrada teología que cantan los serafines y que nos vino por tradicion, para que con esta salmodia celestial comuniquemos con la suprema milicia del cielo." La Iglesia ha conservado esta misma fórmula de alabanza de los Angeles y Bienaventurados, en el Santo Sacrificio de la Misa, como sin duda la recibió de los Apóstoles, y la fijó despues del Prefacio inmediatamente antes del Cántico. Siempre ha querido que sus oraciones fuesen la expresion de su creencia hácia Dios trino y uno, y todos sus misterios. Con el tiempo se introdujo esta otra fórmula adoptada por el Concilio de Calcedonia y todos los ortodoxos: "Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, tened piedad de nosotros." Así como fué concebida para honrar la unidad de la esencia y trinidad de personas, la canta la Iglesia latina una vez al año, en el Viérnes Santo, antes de la oracion de la Cruz, y el coro ó el pueblo la canta frecuentemente al fin de las Misas cantadas. Mas este Santo Dios Padre, Santo Hijo Fuerte, Santo Espíritu Inmortal, Señor Dios de los ejércitos, se inclina hácia

nosotros comunicándonos la vida sobrenatural, y colmándonos con sus inestimables bienes. El Padre con su amor nos regenera por los méritos de su Hijo Santísimo, Jesucristo nos sepulta en el bautismo con su muerte para resucitar á la nueva vida de la fe, por su gracia, y el Espíritu Santo que es el móvil de todos los buenos deseos y santos movimientos, porque á él le apropia la Sagrada Escritura todas las operaciones de Dios, nos aplica el fruto de la Sangre Preciosísima del Cordero sin mancha. Por lo cual está bastantemente manifiesto, como ya lo habia expresado San Agustín, que la Iglesia es llamada por el Señor de todos los cuatro vientos del orbe á la felicidad mas sublime, por el bautismo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: *Baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.*

Cautivemos, pues, nuestro entendimiento en obsequio de todos los dogmas del cristianismo y del mas impenetrable de todos los misterios. Adoremos fervorosamente á Dios trino y uno, sin hacer aprecio de los espíritus llamados fuertes, que niegan ó dudan lo que no comprenden. ¡Qué sería de nosotros, si teniendo que caminar en medio de la oscuridad y entre los espantosos precipicios de este mundo, careciésemos de la antorcha brillante y guía segura de la fe! ¡Ay! como ciegos no podríamos afirmar nuestros pasos, y de continuo caeríamos en tierra, lanzándonos de abismo en abismo. No lo permita el Señor, antes bien, acompáñenos siempre su luz divina y abrásenos el fuego de su amor. Algun día si somos fieles á su gracia, recorriéndose el velo de la fe, cesando los enigmas, lo veremos claramente como es en sí. Estemos

desde luego unidos en el seno de nuestra Santa Madre Iglesia, cumplamos exactamente con la ley del Altísimo. Descienda sobre nosotros la bendición del Dios Padre omnipotente, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y permanezca en nosotros por toda la eternidad.

ASÍ SEA.



SERMON

DE

SAN PEDRO APOSTOL

Tu es Petrus, et super hanc petram
aedificabo Ecclesiam meam.
"Tú eres Pedro, y sobre esta piedra
edificaré mi Iglesia."

S. Mateo, Cap. 16 v. 18.

La Iglesia Católica sentada majestuosamente á la diestra de su celestial Esposo, demuestra en todo el esplendor de su ornato y belleza de su rostro, que ha recibido el colmo de su poder de la Sede de San Pedro. No lo dudeis, señores, desde que este afortunado Apóstol confesó al Hijo de Dios, en virtud de una revelacion tan importante, y de una manera digna de sus elogios, recibió por recompensa no menos la declaracion de toda la economía de la Iglesia, que la de la parte honrosa y singular que en ella le pertenece. "Tú eres Pedro," le dijo Jesucristo; hé aquí el motivo que no sabias, luego que fijando en tí mis ojos, te impuse el nombre de Cefas. Yo te comunico lo que soy: tú eres el peñaseco, la roca, la piedra fundamental de mi Iglesia: tú eres el Doctor de mis discípulos, el Padre de la gran familia de los fieles, el Pastor de mis ovejas. Sobre tí voy á construir esta

obra sublime y prodigiosa, tú has de mantener el peso de este grande edificio: *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam.*

Pero esta infalible promesa solo llegó á tener su puntal cumplimiento, despues que subió el Esposo al monte de la mirra á beber el cáliz de su pasión y á ofrecer el incienso de su oracion. Sobre la colina del Calvario convidó á su Esposa á que le fuese á buscar, con tal de que pasase al atractivo de su amor por el Líbano, ó el monte del incienso. Mas porque su pueblo se mostró ingrato, cruel, duro, pérfido, abandonando á Jerusalem y á la nacion judía, se pasó á los extranos ó gentiles, semejantes á los leones y leopardos en la ferocidad de las costumbres. Trasladó en medio de ellos la silla del primero de sus Apóstoles, centro de la unidad para todos los verdaderos fieles, mientras que la serie de casi ochenta y tres Pontífices, continuada desde Aaron hermano de Moisés, habia de concluir en el gran sacerdote Fannias, en tiempo del último ascodio por Tito. Se cambió, pues, la Sinagoga por la Iglesia Cristiana, y el sacerdocio antiguo por el nuevo: el pequeño número de los judíos convertidos fué obligado á separarse de los judíos incrédulos: el ardor y estrépito de las persecuciones de los unos, aun no pudo sofocar el dulce canto del Amado, que arrebatava á los otros. "Sál, le oian entonar, y sigue las huellas de los ganados:" las huellas, dijo, de diferentes pueblos reunidos bajo la conducta de un solo Pastor.

Y acaso porque el principado de este gloriosísimo Apóstol pasó á sus sucesores los romanos Pontífices, deja de comunicar su influencia á la grey ó santa so-

ciudad de los fieles! "Pedro vive, segun afirma el gran Bossuet citando á los Santos Padres y al Concilio de Calcedonia, Pedro vive en la persona del heredero de su silla." Con razon le compara San Cipriano al "sol, de donde salen todos los rayos, á la fuente de donde nacen todos los arroyos, al árbol de donde brotan todas las ramas." "El es, advierte San Agustín, como el origen de que nace toda potestad de gobierno en la Iglesia." En efecto, ¿queremos buscar el fundamento de nuestra fe? Pues subamos hasta los Apóstoles, hasta San Pedro, hasta Jesucristo, hasta Dios. Luego debe concluirse, que la unidad de la Iglesia es el mejor panegírico de su primer Pastor. Plugue al cielo que yo pueda analizar esta misma idea. Para conseguirlo cual conviene, pidamos ferrosamente á Dios un auxilio de su gracia, alabando á la Virgen Santísima nuestra Madre, con las palabras del Angel. Ave María.

"Tú eres Pedro, y sobre esta piedra
edificare mi Iglesia."
S. Mateo, Cap. y vers. citados.

Conforme á lo que ha dispuesto la sábia providencia de Dios, la admirable unidad de la Iglesia consiste en una misma fe, en unos mismos Sacramentos, y en una misma sucesion de Pastores. Por eso el Apóstol San Pablo compara el cuerpo místico de los fieles, en cuanto á la mutua relacion que tienen entre sí, con el cuerpo humano en que cada miembro recibe su crecimiento propio é influencia de la cabeza, para no hacer sino un mismo todo perfectamente hermoso y perfectamente regular. Jesucristo es, segun habia

dicho poco antes el mismo Apóstol, la cabeza de este cuerpo espiritual. Sí, pero como dejó de ser visible á su Iglesia despues de su gloriosa Ascension á los cielos, debia alguno representar visiblemente entre nosotros su persona y hacer sus veces en el gobierno. La unidad se forma y se sostiene por la unidad del principio: el carácter esencial de la unidad de la Iglesia requiere tambien el carácter esencial de la visibilidad para que se distinga y persevere. Por otra parte, la Iglesia romana, si hemos de creer á la tradicion y á los monumentos de toda la venerable antigüedad, aunque no fué la primera en el tiempo, ha recibido, y ella conserva únicamente el movimiento y la vida con el calor de la caridad. Sentados estos principios, infiero dos breves proposiciones: Primera: San Pedro fué constituido por Jesucristo cabeza de la Iglesia: *Tu es Petrus*: Segunda: Sola la Iglesia romana es el cuerpo místico de Jesucristo: *Et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam*.

PRIMERA PARTE.

Toda la vida de este Santo Apóstol, así como se describe en el Evangelio, no es mas que una prueba continua é irrefragable de su primado en la Iglesia: primado digo mas veces prometido, otras veces conferido en realidad y otras veces ejercitado con suceso: primado no de nombre ó de puro honor, sino de sacerdocio y jurisdiccion en toda su plenitud y soberanía: primado, en fin, á cuyo establecimiento con-

tribuyeron así sus faltas como los favores ó privilegios que Jesucristo le concedió. Voy á explicarme.

Pedro caminaba felizmente sobre las aguas hácia Jesus, mientras que no se debilitó su confianza. Pero luego que al fervor se siguió el temor, comenzó el mar á faltar á sus piés y ya estaba para sumergirse. A sus gritos lo salvó el Señor, y le dijo: "¡Oh hombre de poca fe! ¿por qué has dudado!" Yo veo aquí por una parte, que á Pedro le faltó el ánimo, y que casi cedió á la tentacion: por otra parte, me sorprende cómo nuestro Salvador se valió del mismo medio para fortificar de antemano en la fé, al que habia de ser su primer Vicario en la tierra. Apenas oyó una vez á Jesucristo, predecir abiertamente á sus discípulos sus padecimientos y su muerte, cuando tomándolo aparte, en la fuerza de su dolor, comenzó á increparle, diciendo: "Lejos esto de tí, Señor, no te sucederá esto." Un amor semejante, un celo tan indiscreto, debia ser castigado con estrema severidad. "Vete lejos de mí, Satanás, le contestó Jesus, tú me sirves de escándalo." Con esta amenaza lo levantó mucho mas allá del gusto de la carne y de la sangre, esto es, hasta el gusto de las cosas de Dios: tanto fué necesario hacer entrar al rústico pescador en el conocimiento de la Cruz, quanto lo fué al Caudillo de los cristianos. ¿Qué diremos ahora de aquella breve contienda que tuvo con su Maestro, al tiempo que se acercó á lavarle los piés en el Cenáculo! ¿Quién creeria que aquella profunda humildad con que se consideraba indigno de tanto honor, habia de dar muy pronto en dos excesos! ¡Ah! Ciertamente el uno fué porque se resistió, y en tales términos, que su virtud

degeneró en orgullo y presunción: "No me lavarás los pies jamás," se atrevió á presentarle por respuesta á su generoso amor: el otro fué, porque no solo queria despues de reprendido, dejarse lavar los pies, sino tambien las manos y la cabeza. Mas el Divino Salvador, con su acostumbrada sabiduría y dulzura, apartó de él ambos defectos: sus palabras son nada menos que una insigne leccion con que enseña á la Cabeza de la Iglesia á reposar tranquilamente en un medio.

Viendo que un criado del sumo sacerdote llamado Malco, se adelantó á poner las manos en Jesucristo, desenvainó una de las dos espadas que tenia y habian sido prevenidas por él y por sus compañeros, y le cortó con un fuerte golpe la oreja derecha, sin haber esperado la respuesta del Divino Nazareno ofendido. San Bernardo asegura, que estas dos espadas son simbolos de las dos potestades, y que ambas pertenecen á San Pedro; de la espada espiritual podia usar segun su voluntad y siempre que fuera necesario; de la que menos se pensaba, que fué la temporal, se le dijo: "Vuelve tu espada á su lugar." Luego era suya, concluye; bien es que no se habia de manejar por él. En recta ilacion de esta doctrina, deberé afirmar que el Pastor y juntamente su rebaño, tienen derecho á que la autoridad civil los proteja. Poniendo los ojos en otro objeto, ¡cuán sensible es lo que hizo en la casa misma de Caifás, pontífice de la ley antigua, el que estaba destinado para primer Pontífice de la Ley nueva! ¡Oh fatal desgracia! negó tres veces al Hombre Dios presentado como reo, y hasta con juramento. No hay duda que la columna mas

fuerte del Apostolado dió en tierra en esta ocasion, dejándose oir el estrépito de su caida en toda la Iglesia. No obstante, una tierna mirada de Jesus bastó para despedazarlo de dolor y hacerle llorar amargamente en toda su vida. Se cuenta de él, que cada vez que oia cantar al gallo, derramaba torrentes de lágrimas. Esta falta, pues, instruye á sus sucesores, á no ejercer un poder tan grande sino con humildad y condescendencia.

Ya habia tomado en las manos las riendas del gobierno, cuando San Pablo le dijo cara á cara, que no caminaba rectamente segun el Evangelio. Era así en realidad, puesto que autorizaba y permitia en la comida á los cristianos circuncidados de Antioquia, algunas ceremonias de la ley. Con todo eso, esta falta no fué en la fe sino en la conducta: separándose luego de la mesa, dió un ejemplo de humildad á toda la Iglesia; ejemplo tal, "que hace admirar á Pedro que se corrija, segun la expresion de Bossuet, mas grande si es posible, que Pablo que lo reprende." Convengamos, pues, en que la mano divina pulió á la primera piedra del edificio santo, así de esta quiebra como de todas sus imperfecciones, y pasemos á declarar sus excelencias.

Bien sabeis señores, que el primer milagro que obró nuestro Salvador á ruego de sus discípulos, fué la curacion de la suegra de San Pedro. En esta curacion misteriosa se da á conocer cuán grande sea el poder de la oracion de los Pastores unidos á su Cabeza. ¡Feliz mujer! ¡Dichosa casa de Simón, desde entonces figura de la Iglesia! ¡Dichosa siempre, como que fuera de ella no hay milagros, no hay con-

versiones! Pero si esta semejanza aun no se halla formalmente declarada; aquí tenemos otra. Viendo el Señor dos barcas ancoradas á la orilla del lago de Genesareth, entró en una de ellas, que era la de Simón. Desde allí, como desde la cátedra de la verdad, instruyó á la multitud del pueblo. Asimismo, guiando despues San Pedro la nave mas adentro de las aguas, encerró tan grande cantidad de peces, que casi se rompia su red. ¡Qué abundancia de luz procede, pues, de este solo insigne pasaje, para bañar nuestros entendimientos! ¡Se hallará imagen mas viva que ésta para todos aquellos que en cierto modo navegan en el mar de la vida presente sobre la tierra! ¡Ah! "De ahora en adelante, le dijo Jesus, pescarás de los hombres;" y con tales palabras fijó el verdadero sentido del hecho. Si, la barca de San Pedro ha atravesado todos los mares, sus redes prodigiosas se han extendido de una estremidad del mundo á la otra, é infinitos hombres han entrado en ella. No menos se debe tener presente, que San Andrés era hermano primogénito de San Pedro, que habia conocido á Jesucristo antes que él, y que él mismo lo habia conducido á su presencia. Con todo, tres Evangelistas al tiempo de hacer la enumeracion de los Apóstoles, dan á este hermano menor el sobrenombre de primero: Luego está puesto fuera de toda duda, que su primado es de institucion de Jesucristo. Por eso se advierte despues del discurso del Señor, sobre la Sagrada Eucaristia, en el acto mismo del magnífico espectáculo del Tabor, y en otras muchas veces que San Pedro habla por todos sus compañeros, que es reconocido y se cita siempre como el principal, aun de los discípulos privilegiados.

Tambien es cierto, que el tributo se pagaba entre los judíos por familias y no por personas. Al punto en que lo cobraron por todo el Apostolado, hizo Jesucristo un milagro, y dijo á Pedro: "Allí encontrarás un estater, tómalo y dáselos por mí y por tí." Un estater ó siclo valia cuatro dracmas, y no pedian mas que dos. De consiguiente, este suceso informó claramente á San Pedro, que apacentaria el rebaño, así que hubiese dejado la tierra el primer Pastor. Habiendo tomado este Príncipe la palabra despues de haber explicado el Divino Maestro á sus discípulos la doctrina sobre el desprendimiento de las riquezas, le dijo: "Hé aquí que nosotros hemos abandonado todas las cosas, y te hemos seguido, ¡qué será, pues, de nosotros!" El Señor le respondió, "que cuando en la regeneracion el Hijo del Hombre se sentaria sobre el Trono de su Majestad, se sentarian tambien ellos sobre doce sillas, y juzgarian las doce tribus de Israel." Esta promesa tuvo su efecto despues de la venida del Espíritu Santo, y cuando los hombres se apresuraron á recibir el Bautismo: desde entonces los Apóstoles fueron los Prelados, los Doctores y los Jueces de aquella recién formada sociedad unida con su Cabeza visible.

Pudiera yo alegar, que el mismo Señor Jesus rogó por él para que no faltase en la fe, y que una vez convertido confirmaria á sus hermanos. No haré mencion de que si se concedió á todos los Apóstoles la facultad de atar y desatar, solamente á San Pedro se entregaron las llaves como simbolo de la suprema potestad. No hablaré de aquella grande autoridad, que con citarla no mas los discípulos á favor de la

resurreccion, se persuadian de haberlo dicho todo: *Et apparuit Simon*. Lo que llama con asombro mi atencion es, que aunque San Pedro en la mañana del día de la resurreccion llegó despues de San Juan al Santo Sepulcro, este Apóstol por respeto lo esperó y no quiso entrar antes de él. De la misma manera percibo en el sagrado texto, que sin embargo de que el mismo Apóstol en la segunda posca milagrosa conoció primero á su glorioso Maestro desde la barca, San Pedro se arrojó al mar, y primero se le acercó. Todo esto prueba que aquel eminente empleo no se confirió al amor inocente de San Juan, sino al amor penitente de San Pedro.

Juzgad ahora, que al sacerdocio á que fué elevado en la noche de la Cena, se juntó todo el poder, pero de un modo muy singular, cuando á las orillas del mar de Tiberiades dos veces le encomendó el Gefe de los Pastores sus corderos, y una vez sus ovejas; no solo sus corderos sino tambien sus ovejas ó las madres de los corderos; no solo los simples fieles, sino tambien los Pastores mismos. Y todavía conviene mirar como un nuevo privilegio de la soberana dignidad que le acababa de conceder, así el anuncio de su muerte de Cruz como el llamamiento que le hizo á solas: *Seguere me*. Con efecto, si fué incomprendible el honor de saber que se habia de asemejar en su muerte al Crucificado, no lo fué menos en ser su único confidente de muchas cosas que tenia que comunicarle para el bien general de toda la Iglesia. Ultimamente, ¡aun antes de la venida del Espíritu Santo, con qué franqueza, con qué autoridad, con qué elocuencia propuso en medio de todos sus hermanos

la eleccion de un nuevo Apóstol? ¡Ah! El solo habia y todos lo escuchan en silencio. Ved, pues, desde dónde comenzó el honorífico ejercicio de su ministerio. Mas este testimonio que es el primero de los Hechos de los Apóstoles, igualmente es el principio de la fundacion de la Iglesia.

SEGUNDA PARTE

Con una sola expresion enfática de que se ha servido San Ambrosio, quiero desentrañar los motivos por qué la Iglesia Romana es el centro de la unidad católica. "En donde está Pedro, dice, allí está la Iglesia." Viene á dar á conocer lo mismo que esto: El grandioso edificio de la fe sobre él echó sus fundamentos, sus progresos son debidos á sus cátedras, su firmeza á la silla, por cuya defensa derramó su sangre. Discurremos poniendo en claro cada uno de estos miembros.

La palabra de salud se debia predicar primero á los hebreos que á los gentiles, como lo afirmaron San Pablo y San Bernabé á ellos mismos: *Vobis oportebat primum loqui verbum Dei*. Por eso San Pedro antes que todos, y á la cabeza de sus once compañeros, les dirigió un discurso en el propio día de la venida del Espíritu Santo, con el que se convirtieron cerca de tres mil personas. Despues de haber sanado en el nombre de Jesucristo á un ciego que pedia limosna en la puerta especiosa del Templo, les predicó tambien otro sermón y agregó á la nueva grey otras cinco mil personas. Con este número de fieles

nació la Iglesia de Jerusalem, justamente reconocida por la primera del mundo. Santiago el menor, llamado el Justo, fué hecho obispo de ella por Jesucristo, en cuanto al mandato dado, pero por Pedro, Santiago y Juan, en cuanto á la ejecucion, como escribe San Clemente Alexandrino. A estos sucesos que se hallan registrados en el Libro de las Actas de los Apóstoles, se siguieron otros mayores. Los judíos, por odio á la sagrada doctrina, pusieron á Pedro en prision y lo presentaron para ser juzgado ante el consejo. ¡Qué importa? En medio de la misma asamblea defendió la fe de Jesucristo con el mayor empeño, con la mayor firmeza. Y como si á él solo hubiera sido conferido el poder de los milagros, cuántos fueron los que obró en confirmacion de la verdad! Aquí veriais á Ananias y á Safira muertos en castigo de su mentira. Allí admiriais, que si la orla del vestido del Salvador expelia las enfermedades, la sombra de Pedro bastaba para curarlas. Aquí os inundaríais de gozo, porque el Angel del Señor le saca por la noche de la oscuridad de una cárcel pública. Allí atenderíais á un inmenso pueblo, que lo oye predicar muy de mañana y lo ve prender otra vez, hasta ser azotado por amor á Jesus; ¡Qué satisfacciones! ¡Qué trabajos!

Por lo demás, entre tanto que los discípulos se aumentaban, su solicitud pastoral no se cansaba. Si era conveniente elegir y constituir á los siete primeros Diaconos, á fin de que se encargasen del ministerio de las viudas, él los ordenó, como dice San Agustin. Si era necesario confirmar en Samaria á los nuevamente convertidos á la fe por el Diacono San Felipe

y darles el Espíritu Santo, al punto se pone en camino llevando consigo á San Juan. Si fué justo condenar allí mismo la primera herejía de Simon Mago, este triunfo estaba reservado á la Cabeza de la Iglesia. El cielo bendecia sus acciones, y supuesto que la virtud de los prodigios le acompañaba hácia todas partes, en Lydda levanta á Eneas que llevaba ocho años de paráltico; en Joppe resucita á Tabita y la entrega á las viudas y santos que la lloraban.

Llegado el tiempo prescrito en los designios de Dios, la indocilidad de los hebreos fué la salud de los gentiles, segun expresa San Pablo. Para esto tuvo San Pedro una vision en Joppe de un lienzo lleno de toda clase de reptiles, y el Espíritu Santo le envió luego á Cesarea á instruir y bautizar al Centurion Cornelio y otros muchos. La primera Iglesia, pues, que hallamos compuesta de judíos y de gentiles bautizados, es la de Antioquia, cuya silla tomó San Pedro hácia el año treinta y tres de la era vulgar. Ella fué por el espacio de siete años la Cabeza de todas las demas iglesias y el centro de la unidad; mas cuando el Vicario de Cristo trasladó su cátedra á otra parte, cesaron todas sus prerrogativas. Así fué; pero ¿quién no ve en todo este periodo á un héroe capaz de extender sus conquistas por todo el mundo? ¡Ah! Ya que se denominaban cristianos los discípulos, y por el año cuarenta y cuatro, aconteció su última prision en Jerusalem por Herodes Agripa. El balido de las ovejas y corderos incessantemente se dirigía á Dios por él: un Angel se le aparece por la noche en la estancia, y toda se ilumina: las cadenas caen de sus manos y se prepara á salir: las puertas de la cárcel se abren so-

las, pasa con su gufa por todas ellas; y ésta lo deja en la primera calle de la ciudad; ¡qué prodigio! Despues de esto se suscitó en Antioquia la célebre disputa acerca de las observancias legales, que persistió, hasta que el Colegio Apostólico se reunió en Jerusalem. Pedro presidiendo el Concilio, habla desde luego, decide, y se establece un dogma de fe.

La Iglesia de Alejandría, aunque se fundó despues que la de Roma, ha sido mirada por San Gregorio y toda la antigüedad, como cátedra de San Pedro. No cabe duda, supuesto que su discípulo San Márcos fué enviado en su nombre á erigir aquella silla, y á abrir de este modo las puertas del Evangelio á los habitantes de las vastas regiones del Egipto.

Pero Roma, la antigua Roma, el centro de los errores y de las supersticiones mas vergonzosas, ha venido á ser el centro de la verdad y de la Religion Divina. Nada hay mas cierto, mas claro, mas autorizado en la Historia Eclesiástica, que el viaje de San Pedro á esta ciudad, para establecer su silla. Está asentado por Papias, San Clemente Alejandrino, San Dionisio obispo de Corinto y todos los Padres de los siglos mas remotos de la Iglesia; testificado por veinte monumentos muy antiguos, que subsisten todavía en aquella capital del mundo, y reconocido por los mismos enemigos de la Iglesia. Allí escribió sus dos Epístolas, dignas ciertamente de las luces y fuego del Príncipe de los Apóstoles; allí combatió al heresiarca Simon Mago, derribó el monstruo; allí padeció de orden de Neron en una Cárcel por el espacio de nueve meses, segun se dice, hasta que fué azotado y erudificado. Y como la Iglesia debe entonces conside-

rarse en Roma en cuanto á su duracion, en la primera de sus siete edades, no dejaré de notar esta circunstancia particular: San Pedro fué colgado en la cruz con la cabeza para abajo, como para denotar, que la primera piedra del edificio de la Iglesia se consolidó en el cimiento bañada en su misma sangre. Ni se piense que su ministerio acabó con su muerte; no, siempre vivirá su espíritu en la serie no interrumpida de Pastores supremos, á quienes es de fe que se comunica su autoridad. ¡Qué mas, que el que ha gemido bajo el horror de las prisiones mamertinas, está hoy honrado en una soberbia Basílica, expuesto á la veneracion de todos los pueblos de la tierra, y sentado sobre el trono de los Césares en la persona de su sucesor! ¡No deberemos penetrarnos de respeto, de alegría y de reconocimiento, al celebrar la presente festividad!

¡Cristianos! hasta aquí os he referido la vida del primer Prelado de la Santa Iglesia, como consta del Evangelio, y de los Hechos Apostólicos. Ambos testimonios, si bien demuestran la verdad de su primado, el segundo manifiesta, por otra parte, la bellísima obra de la Jerusalem bajada del cielo. La autoridad de los Santos Padres acredita asimismo, que la Iglesia Romana tiene el singular carácter de edificio místico de Jesucristo. Segun esto, ¿quién cerrará sus ojos á tanta luz? ¿Quién no confiesa que se ha cumplido á la letra la divina prediccion de nuestro Salvador? No me causaré en decir, que San Pedro ha sido y aun es la Cabeza de la Iglesia: que su Cátedra romana ha sido elegida por Dios para que subsista hasta el fin de los siglos: *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam.*

Oigamos su voz y obedezcámosle siempre en la persona de su sucesor el Romano Pontífice. Pedro habla por boca de él, no puede engañarnos. Hemos nacido en el seno de la Iglesia Romana, en ella vivimos y en ella esperamos salvarnos. Estamos seguros que las puertas del infierno no prevalecerán en contra de ella. La navecita de Pedro aunque ha de ser combatida por las olas, los vientos contrarios y la tempestad, jamás llegará á sumergirse. "Oh Iglesia Romana esclamaré, terminando mi discurso con las palabras del sabio Fenelon, Arzobispo de Cambrai! ¡Oh Iglesia, desde la cual confirmará Pedro eternamente á sus hermanos; si alguna vez llegase yo á olvidarte, olvídate de mí tambien mi mano derecha; séqueseme la lengua, si hasta el último instante de mi vida no eres el objeto de mis cánticos!" Y vos, ¡oh beatísimo Príncipe de los Apóstoles! vos mismo habeis prometido en vuestra Epístola segunda, "tenenos siempre presentes aun despues de muerto." Esta iglesia de Oaxaca se gloria de pertenecer á vuestro rebaño, en vos pone toda su confianza. * Dirigid sobre ella vuestras miradas compasivas, interceded con Dios para socorrernos en todas nuestras necesidades y abridnos las puertas del cielo.

Así sea.

* Este discurso fué predicado en la Santa Iglesia Catedral, y en un día respectivo de la fiesta de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, habiéndose presente el Illmo. Sr. Obispo Diocesano, Dr. D. Antonio Mantecon, que cantó la misa.

SERMÓN

DE

LA PRECIOSA SANGRE DE CRISTO

Et continuo extitit sanans et dicens.

"V al punto está sanado y es."

S. JUAN, CAP. XIX, v. 34.

Los judíos, como dice el Evangelista, por ser la paraseve, para que no estuviesen en la cruz los cuerpos de Jesucristo y de los dos ladrones, en el día del sábado, pidieron á Pilato que mandase quebrarles las piernas; lo que habiendo hecho los soldados con los dos ladrones, no lo hicieron con Jesucristo por haberlo visto ya muerto. Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al punto salió sangre y agua. Es cosa muy admirable y bien digna de notarse, que los soldados no ejecuten las órdenes del gobernador respecto al cuerpo de Jesucristo. Si lo habian visto ya muerto, como refiere San Juan, ¿á qué fin atravesarle el corazon al duro golpe de una lanza! Si no daban fe á sus mismos ojos, porque en su mente le creían vivo, ¿no debían quebrarle las piernas como á los otros! Si dudaban que hubiera muerto y querian certificarse con alguna prueba, ¿no era mejor cumplir su comision sin extenderse á más! Desde

luego que una providencia especialísima condujo la mano de aquel soldado para abrir la inmensa hoguera de caridad del Hombre Dios, y para que leamos escrito con los caracteres de sangre y agua, el exceso de su ardiente corazón. Hé aquí el principio fontal de nuestro refugio, de nuestra esperanza y de todo nuestro bien: *Et continuo exivit sanguis et aqua.*

Mas ¡qué diversos y contrarios aspectos presenta á nuestra consideracion la Sangre de Jesucristo, por lo que mira á la antigua Sinagoga y á la nueva Iglesia! ¡Oh! La nacion pecadora y deicida no halla en ella mas que su maldicion, deshonra é ignominia, por haber clamado ante Pilato: "Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos." La gentilidad cristiana se engrandece con su bendicion, honor y gloria, por haberse aprovechado de su aspersion fecunda: la Sangre del Justo es para aquellos la marca con que á la faz de toda la tierra los hace abominables, oscuros y desgraciados: para los hijos del Calvario, como llama San Agustín á los fieles, es la divisa que los hace agradables á los ojos de Dios y de los hombres. Segun los vaticinios de Isaias, "la amada es aborrecida, y la no querida amada: el pueblo de Dios, ya no de Dios, el reprobado escogido." Aquel pueblo, pues, que consultando á su ceguedad, despreció como inútil la Sangre del Cordero sacrificado desde el principio del mundo, marcha confuso á su exterminio. La Iglesia nuestra Madre, apoyada en la Sangre de su Esposo, triunfa en medio del contento y de la paz, hasta conseguir el cumplimiento de las promesas de un Dios fiel.

Quiere decir, que la Sangre de Jesucristo nos con-

fiere la verdadera y sólida felicidad espiritual. Este será el centro á cuyo punto concurrirán mutuamente todas las líneas de mi discurso. Pero si el Corazon amantísimo de Jesus derramó por nuestra salud con la lanzada hasta la última gota de su Sangre, el de Maria traspasado de dolor, se derritió todo en ella, pues es una misma Sangre en ambos. Por lo cual, acojámonos al Corazon suavísimo de nuestra Santa Medianera, para que con el auxilio del Espíritu Santo alcancemos un fruto de edificacion del Sagrado Costado de Cristo, diciéndola con el Angel. Ave María.

"Y al punto salio sangre y agua."
S. JOAN. Cap. y. vers. citado.

Nada mas conforme á los atributos del poder, de la sabiduría y de la bondad de Dios, que el que Jesucristo se inmolase en la Cruz por los hombres, víctima gratísima en olor de suavidad. Segun el testimonio de San Pablo, al entrar al mundo dijo á su Padre lo que ya mucho tiempo antes habia anunciado el Salmista: "Tú no has querido sacrificios, ni oblationes, pero me has formado un cuerpo; tampoco aceptaste el holocausto, y la víctima por el pecado; y entonces dije: Aquí estoy; yo vengo conforme está escrito de mí al frente del libro, para cumplir tu voluntad." Pero en la Cruz ganó á precio de su Sangre el nombre de Redentor, y rescató para nosotros la herencia eterna perdida por el pecado de Adán. Sí, solamente un Hombre como él, que al mismo tiempo fuese un Dios, pudo satisfacer con un mérito infinito á la justicia divina y redimir al género humano. Así se dejó

conocer la obra maestra de la sabiduría del Altísimo, por cuanto se concilia en este misterio el exceso de su bondad con los intereses de su justicia: por este medio eficazísimo el pecador es perdonado, mas de una manera que no se autoriza su licencia para pecar. "Justificados por la Sangre de Cristo, dice el Apóstol, nos salvaremos por él de la ira de Dios." "Porque él es, dice en otra parte, el Salvador de todos los hombres, singularmente de los fieles." Y los bienaventurados llenos de gozo, dicen al Cordero en el Apocalipsis: "Vos nos habeis redimido de la ira de Dios con Vuestra Sangre." De estos principios, pues, parten estas dos grandiosas y sublimes ideas, de las cuales, una no puede existir sin la otra. Primera: Jesucristo por la efusión de toda su Sangre, satisfizo superabundantemente á la justicia divina; Segunda: La Iglesia cristiana nació por la Sangre y Agua del sagrado Costado de Cristo.

PRIMERA PARTE

La satisfacción, propiamente dicha, consiste en la solución de una deuda, ó en la reparación de una injuria. El pecado en que todos hemos incurrido, es la ofensa y la deuda contruida con la justicia divina. Dios se ha hecho por todos respectos para con nosotros un acreedor, una parte ofendida, y un juez temible: deberíamos pagarle, aplacarle, y hacérnosle propicio. Pero nosotros por nuestras fuerzas éramos incapaces de una satisfacción semejante, y se requie-

ria no menos que un poder igual al de la primera creación: era preciso, dicean los Santos Padres, que hubiese un Dios igual á su Padre, para una redención tan ventajosa para el hombre, y tan completa para reformarle. De suerte, que segun San Agustín, nosotros habiamos incurrido por Adán en la muerte, en el pecado, en la esclavitud y en la condenación; y recibimos en Jesucristo la vida, el perdon, la libertad y la gracia. Por eso fué un Sacerdote y víctima que nos substituyó, y expió nuestros pecados con su pasión y muerte, y un fiador que pagó con su propia Sangre la deuda de que era responsable el linaje humano.

Si lo consideramos, pues, en cuanto Dios, así un Dios Hombre se satisfizo tambien á sí mismo, cuando se dió en entrega voluntaria á su Padre: si lo consideramos en cuanto Hombre, no es Dios quien satisfizo al hombre, sino el Hombre Dios quien resarcó la injuria hecha á Dios. Supuesto que tiene dos naturalezas, dos voluntades y dos operaciones, bajo un respecto recibió satisfaccion y bajo de otro la dió. Que Jesucristo habia de ser la víctima cargada con nuestros pecados y destinada á sufrir la pena que nosotros habiamos merecido, ya lo habia predicho Isaías en estas palabras: "Fue herido por nuestras culpas; el castigo que debe darnos la paz, cayó sobre él, y nosotros hemos sanado con sus heridas... Dios puso sobre él las iniquidades de todos nosotros." Lo mismo viene á explicar el Apóstol San Pablo, hablando de la nueva alianza concluida por nuestro Mediador, entre Dios y los hombres: "Dios, dice, por amor nuestro hizo víctima por el pecado, á quien

no conoció el pecado." ¡Oh misterio de nuestra reconciliación! ¡Oh exceso de caridad! la misma inocencia fué tratada como culpable para que seamos justos con la verdadera justicia que viene de Dios por la fe. "Plugo á Dios, dice en otro lugar, reconciliarse con todas las cosas por Jesucristo, y pacificar por la Sangre que derramó en la Cruz, todo lo que hay en el cielo y en la tierra." En efecto, todas las víctimas antiguas no podían destruir el pecado, sino á lo sumo limpiar á los hombres de las impurezas legales: el cordero pascual cuya sangre preservaba las casas de los hebreos de la espada del Angel exterminador, los dos machos de cabrío que se ofrecían por los pecados del pueblo, y los dos corderos que se inmolaban diariamente por mañana y tarde, sin duda que representaban mas de cerca á Jesucristo; pero al fin, como débiles figuras no pudieron mas que indicar la gracia del Angel del Testamento perpetuo. La sola oblation de su Cruz fué mucho mejor que aquellas otras por que nos adquirió una redencion eterna. ¡Oh víctima adorable! ¡Oh muerte de infinito mérito! ¡Oh Sangre preciosa del Cordero de Dios!

¡Qué cosa mejor! ¡Ah! Jesucristo no es un Pontífice constituido por los hombres para ofrecer sacrificio por el pecado, y condolerse de los que yerran, como el que está rodeado de enfermedad. Mucho menos siendo impecable, tuvo necesidad tambien de oblation por culpas suyas como los sacrificadores terrenos, sino que se inmoló en la Cruz con toda su voluntad por las iniquidades de su pueblo. ¡No le llama el Apóstol Sumo Sacerdote y Mediador de una nueva alianza, porque dió en sacrificio su propia San-

gre por la redencion eterna del género humano! Lejos de ofrecer todos los dias víctimas como los otros pontífices, este Soberano Pontífice lo hizo una sola vez, ofreciéndose á sí mismo. "Así como el Sumo Sacerdote de la Ley antigua, segun la misma doctrina de San Pablo, entraba una vez al año en el santuario á presentar á Dios la sangre de una víctima por sus pecados y por los del pueblo; así tambien Jesucristo, Sumo Sacerdote de la Ley nueva, entró una vez en el cielo á presentar su propia Sangre á su Eterno Padre por precio de la reconciliación de los hombres." Luego sus funciones fueron las de un verdadero sacerdocio, su muerte un verdadero sacrificio, y su Sangre, el bálsamo santificador que borra los pecados y establece la paz entre el cielo y la tierra. En suma, con ella se calmó la cólera de Dios, se satisfizo su justicia, se purifican nuestras almas y nos hacemos dignos de la bienaventuranza.

Más brillará esta verdad, si atendemos á la Sangre del Cordero como el precio pagado por la deuda insoluble que ha gravado al pecador. "Nosotros tenemos en él, dice el grande Doctor de los gentiles á los Efesios, una redencion de la esclavitud por su Sangre, que es la remision de los pecados. Si la sangre de los machos de cabrío y de los toros, dice en su Epístola á los Hebreos, y la ceniza de una ternera santifica á los imundos de las transgresiones legales, con mucha mas razon purificará nuestras almas de las obras muertas, la Sangre de Jesucristo." En su Epístola primera á los Corintios nos hace observar "que hemos sido comprados á un gran precio." Y San Pedro en su Carta primera nos asegura, que

nuestro rescate no fué á precio de dinero, sino por la Sangre del Cordero sin mancha, Jesueristo; que ella consiguientemente, es el precio de nuestra redencion, en el mismo sentido que el oro y la plata son el precio del rescate de un esclavo. Para que se vea, qué bien récompensó á Dios como víctima de propiciacion, reconciliando con él á los hombres, declara el citado Apóstol á los Romanos: "que Dios lo estableció Propiciador nuestro por la fe en su Sangre, para manifestar su justicia por el perdon de los pecados." Claro es que no la hubiera manifestado, si no hubiera quedado satisfecho. Para convencernos de que dió en lugar de nosotros, no solo un precio equivalente sino tambien superabundante; basta fijar ligeramente los ojos en estas otras palabras del mismo Doctor de la gracia: "Donde abundaba el pecado, fué superabundante la gracia."

"Desde el principio del mundo fué sacrificado el Cordero en los designios de Dios, segun escribe San Juan." Cuando el Señor maldijo á la serpiente, le añadió: "La raza de la mujer quebrantará tu cabeza:" esta era nada menos que una promesa del Redentor y de la redencion. "Ya en aquel momento, dice San Agustin, se nos concedió el fruto de la Sangre de Jesueristo. Y si Dios condenó á nuestros primeros padres por el pecado original, los sujetó, no á una pena eterna, sino á la muerte y trabajos de esta vida." Por manera, que inferen los Santos Padres, que la sentencia pronunciada contra ellos, mas bien fué un rasgo de la misericordia de Dios que un acto de rigorosa justicia. Mas en el tiempo, "cumplidos los ocho dias para que fuese circuncidado el Niño, se le

puso el nombre de Jesus." ¡Oh Salvador de nuestras almas! aunque sois el Santo de los Santos, recibisteis en vuestra infancia, en vez de nosotros, la señal de infamia y la pena del pecado que mereciamos: con las primicias de vuestra Sangre se os impuso un nombre que llegaríais á adquirir con la mayor perfeccion, derramándola un dia en la Cruz hasta la última gota. Mientras orabais por tercera vez en el Huerto de las Olivas, entrasteis en una agonía mortal que era el resultado de vuestras grandes penas internas: de vuestro Sagrado Cuerpo salió un sudor como de gotas de sangre, que corrian á la tierra. ¡Oh y cómo ha sido reparado el orgullo y todo defecto del hombre, sustituida la sanidad por virtud del precioso líquido exprimido por vuestro amor! Destrozado con heridas sobre heridas por la inhumanidad de los azotes, como os vió el profeta Isaías, os bañasteis con vuestra Sangre, para que comprendiésemos la enormidad del pecado, y os siguiésemos como Héroe perfectísimo de sufrimientos. De nuevo corrió de vuestra sacrosanta Cabeza á hilos el humor rosado y vivificante de vuestras venas, por la corona de espinas, para expiar aquel deseo de dominar de todos los corazones, y todos los pecados de nuestras cabezas prevaricadoras. Clavado de piés y manos regastais desde lo alto del madero la tierra con copiosos arroyos del mismo inestimable zumo de toda la masa de vuestro Cuerpo, para renovar todas las cosas, esto es, las que están en el cielo y las que están sobre la tierra. Así entregasteis vuestro espíritu al Padre, y consumasteis el sacrificio solemnísimo tanto tiempo antes previsto y significado. Y para darnos cuanto teniais,

todavía quisisteis que vuestro Corazon despues de muerto estuviese atravesado de una á otra parte, para que saliesen de él los últimos restos de vuestra Sangre. Verdaderamente os habeis hecho un Esposo de Sangre, pues tanto así os ha costado desposaros con la Iglesia, que nació pura y sin mancha de vuestro Costado amabilísimo.

SEGUNDA PARTE

“Si da su vida por el pecado, dice Isaías, verá una posteridad numerosa.” En realidad de verdad, que la descendencia de Jesucristo es incontable, porque ningún justo de cualquiera de los tres estados generales del hombre, ha entrado en el cielo sino despues de su muerte y por la virtud de su Sangre. Al principio de la Ley natural, y despues del pecado de nuestros primeros padres, Abel que descolló en la inocencia fué asesinado por la envidia de su hermano Cain, y se hizo figura del Salvador. Recien comenzada la práctica de la ley de la circuncision, iba á ser sacrificado Isaac por su mismo padre, y se le sustituye un carnero. Sin embargo, nada le faltó por la obediencia para constituir un perfecto sacrificio interno, y tornarse en una sombra mas significativa de la crucifixion, por el monte, la leña, la víctima, la espada, el fuego y el sacrificante. El Autor de la Ley de gracia fué inmolado en la Cruz por el furor de sus hermanos como Abel, y por la justicia de su Eterno Padre: como Isaac hubiera sido consumido en holocausto por

la fe de Abraham; pero mas bien lo devoró el amor: no menos resplandecieron en él en grado perfectísimo la inocencia y la obediencia, que la humildad, la paciencia y una heroica caridad. “El vino, haciendo alarde de sus divinas perfecciones, en el agua y en la sangre, como dice San Juan; no solamente en el agua, sino en el agua y en la sangre.” Así como Dios formó á Eva de una de las costillas de Adan, cuando éste estaba en un profundo sueño, así tambien del costado de Jesucristo, dormido en la Cruz, salió su Esposa la Iglesia, segunda Eva espiritual, por el agua y por la sangre, gérmen inmortal de la sucesion de los fieles. Del seno de ella nacen los hijos de la gracia por el Bautismo, se adelantan fortificados por la Confirmacion, y nutridos con la Eucaristia: son ademas sanados en sus cuidados maternales por la penitencia, purificados de las reliquias de pecado por la Extrema-Uncion, santificados por el Matrimonio y consagrados por el Orden. Pero en particular, el agua designa el Sacramento del Bautismo y la Sangre el Sacramento Eucarístico, como que son los principales en que se contienen los demas.

Al instituir Jesucristo el bautismo, dijo á sus Apóstoles: “Todo poder me fué dado en el cielo y en la tierra: id, pues, y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.” Aquí se reconoce la necesidad absoluta de recibirle, segun lo habia determinado antes: “Si alguno no es regenerado, enseñaba á Nicodemo, por el agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios.” San Pablo llama al bautismo baño de la regeneracion y de la renovacion del Espíritu

Santo, porque sus aguas teñidas con la Sangre del Cordero, perdonan los pecados, y dan como instrumento santificado la gracia. Por este Sacramento, pues, nos redime Jesucristo con la Sangre de su Cruz, nos hace hijos adoptivos de Dios, hermanos suyos y miembros de su Iglesia. "La carne, dice Tertuliano, se lava en el bautismo para purificar el alma; recibe una unción para que el alma se consagre á Dios; se le impone la señal de la Cruz, para que el alma tenga una defensa contra sus enemigos; se le imponen las manos, para que el alma reciba las luces del Espíritu Santo." ¿Qué otra cosa significaba la vestidura blanca con que se revestía antiguamente al bautizado, sino la inocencia y el candor de su espíritu? El que nos ha rescatado, nos dió el Sacramento en que renacemos. ¿Pero cómo!; Ah! "Los que hemos sido bautizados en Jesucristo, según San Pablo, hemos sido bautizados en su muerte, y hemos sido revestidos de Jesucristo." De tal modo, que aunque sea generalmente necesaria la invocación de las tres personas de la Trinidad para administrar el bautismo, renacemos en Jesucristo, conforme al pensamiento de San Ireneo, porque en su nombre se comprende el que ha dado la unción, el que la ha recibido y el que es la misma unción.

Bien es que hay tres bautismos, uno de agua, otro de sangre y otro de fuego; pero todos ellos han brotado del Sagrado Corazón herido de Jesucristo. Ya el Evangelista nos ha referido los dos rios de agua y de Sangre que se desprendieron de su Corazón Santísimo. San Bernardo nos convida también á ver por la herida visible de su Costado abierto, la herida in-

visible del amor. "El bautismo, dice Santo Tomás de Aquino, es de agua, considerado en su institución; es de sangre, considerado en su invocación, y es de fuego ó espíritu, mirado en la conformidad y semejanza que produce con el Divino Corazón. En estos tres lavatorios sagrados se han purificado todas las almas de los hombres virtuosos del antiguo y nuevo Testamento; que entraron en el Paraíso." El mismo Adán prevaricador, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, José, Moisés y otros innumerables ardieron en las llamas de esta inmensa caridad, aunque no salieron del Limbo sino después de que se hizo patente aquella fuente universal á la casa de David y á los habitantes de Jerusalem. Abel, todos los Santos Patriarcas y Profetas que murieron entre tormentos por la justicia, los Macabeos y los Niños inocentes lavaron sus estolas en lagos de sangre, pero por la eficacia de la Sangre de Cristo. El mismo soldado que nos abrió la puerta, un ladrón que estaba al lado de Jesús y el centurión que estaba al frente, recibieron de cerca una sobra-abundancia de gracias y una efusión incomprensible de bienes y de dulzura. Numerosas turbas de gentes corren presurosas, como el ciervo sediento á las aguas, á bañarse en la fuente de vida: la Iglesia crece, se dilata, y todo el mundo se hace cristiano; la celestial Jerusalem se puebla de cortesanos con los Apóstoles, con millones de Mártires, de Doctores, de Sacerdotes, de Confesores, de Anacoretas, de Vírgenes, y justos de ambos sexos, de todas ciudades, de todos estados, de todos los lugares y de todos los tiempos. En Jesucristo no hay griego, escita, bárbaro, judío, ni gentil.

Ahora, ¿en la Santa Eucaristía no se contiene la

misma Sangre que se derramó en la Cruz! ¡No dijo Jesús á sus Apóstoles en la noche de la Cena: "Esta es mi Sangre de la nueva alianza, que será vertida por vosotros y por muchos, para remision de los pecados!" "El cáliz que bendecimos, segun escribe San Pablo, ¡no es la comunicacion de la Sangre de Jesucristo!" Ya sea bajo de la especie de pan ó bajo de la especie de vino, siempre es verdad que se halla en el inescrutabile Sacramento la Sangre de Jesucristo, que saltó de su amoroso Corazon. El sacrificio de la Cruz y el del Altar son una misma cosa, con la diferencia de que el primero fué con efusion dolorosa de Sangre, y el segundo se hace con una efusion mística de la misma Sangre. El mismo Sacerdote que se ofreció á su Eterno Padre sobre el ara de la Cruz, se ofreció en la primera Cena, se ha ofrecido en los tiempos precedentes, y se ofrece ahora en sus santos templos hasta la consumacion de los siglos. La misma víctima despedazada y desangrada en el Calvario, y sepultada entre una roca, estubo la noche antes en el Cenáculo en un estado de muerte, reposó como en un sepulcro en los pechos de los primeros discípulos, y así se renovará todos los dias y se recibirá por los fieles. De la Sangre que manó en la Cruz bebieron los Apóstoles, beben los Sacerdotes sus sucesores, y beberán los multiplicados rebanos de católicos hasta el fin del mundo. Las palabras de la consagracion de la hostia y del vino, son como una espada espiritual, que divide místicamente la víctima, y hacen, ademas de constituir el sacrificio, las veces de los cordeles y garfios, de la corona de espinas, los clavos y la lanza. Así como el huerto de Getzemaní, la casa de Pilato, el

pretorio y el balcon, las calles de Jerusalem, el campo y el Calvario, fueron como el grande receptáculo de la Sangre del Cordero; así tambien lo son la copa sagrada en que consagró el Señor la primera vez, y los diferentes cálices de que hizo y hace uso la Iglesia nuestra Madre. Sin la debida recepcion de esta Sangre Preciosísima, nadie podrá gozar la verdadera felicidad sobre la tierra, supuesto que el mismo Jesucristo dijo: "Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y bebiereis su Sangre, no tendréis vida en vosotros." Tampoco llegará á la gloria eterna que prometió por estas palabras: "El que come mi carne y bebe mi Sangre, tiene la vida eterna, y yo lo resucitaré en el último dia." Ya veis, señores, que la Sangre del Crucificado realmente está en la Eucaristía, forma el lazo de la unidad de la Iglesia y se llama con razon, prenda de inmortalidad.

Quisiera extenderme mas, pero ya debo concluir. "Vosotros, dice San Pablo á los Efesios, habeis sido restituidos á Dios por la Sangre de Jesucristo: confirma esto, con que él es el Autor y principio de la paz, que ha reunido á los judfos con los gentiles en un solo pueblo." No pueden entenderse estas palabras en su sentido propio, sin confesar, como he probado en mi discurso: que Jesucristo destruyó el pecado y santifica nuestras almas con su Sangre: que nuestra redencion se concluyó por vía de mérito y satisfaccion, cuyo resarcimiento fué muy del agrado de Dios. No menos consta que dió el precio infinito de su vida y todo el jugo provechoso de las arterias y canales de su carne por la salvacion del mundo; de suerte, que si hiciera éste buen uso de estos medios,

evitaria la perdicion de muchos. ¡Ha sido alguno, pregunto, excluido por nuestro Redentor del sacrificio público de expiacion! ¡Ah! "Júdas, dice San Agustin, y el ejemplo de este solo traidor basta; Júdas fué á entregar el dinero que habia recibido por la venta del Señor, y no reconoció el precio con que el Señor le habia redimido." En fin, la paga de la deuda, y una Iglesia gloriosa sin mácula ni arruga, tales fueron los efectos de la Sangre y agua que brotaron del Costado de Cristo: *Et continuo exivit Sanguis et aqua.*

Pero el que vino á redimir á los hombres por su misericordia, ha de venir tambien á juzgarlos por su justicia. "Dios juzgará con equidad á todo el mundo, dice el Salmista." "No una parte, interpreta San Agustin, porque no rescató solamente una parte: debe juzgarlo todo, porque dió el precio por todo." ¡Cuál, pues, será en el último dia el gozo de los buenos y la tristeza de los malos! ¡Ah! ¡Queréis vosotros, oh cristianos! que Jesucristo os pida cuenta entonces de su Sangre Preciosísima, como á Cain de la sangre del justo Abel! ¡No clamará ella con mayor fuerza que ésta, pidiendo justicia y venganza contra todos los corruptores de la tierra! *Sanguinem ejus de manu tua requiram.* No se da medio, ó ha de ser vuestro refugio y vuestra corona, ó vuestro mayor acusador y tormento. Si os resolveis á lo primero, aborreceid el pecado y arrojad las obras de las tinieblas. Sabed, que la remision de nuestras deudas no fué gratuita, pues fué necesario que Jesucristo muriese; y nosotros debemos padecer y morir para conseguir el perdon. "Pedid como os exhorta el Señor, y recibiréis; buscad

y hallaréis; tocad y se os abrirá." Aplicad vuestros labios al Costado de Cristo cuando le recibís Sacramentado, para expresarme con el Crisóstomo, y bebed en la fuente de la vida, la seguridad, el descanso y la paz. Gustad del delicioso néctar con que os convida su Corazon. Altar angustísimo en que se consumó el holocausto perpetuo. Este es el vino que engendra vírgenes, y si lo recibimos dignamente, nos conferirá una gloria inefable, sobreabundante y eterna.

Así SEA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DE

LOS SAGRADOS CORAZONES

DE JESUS Y DE MARIA

Vulnerasti cor meum.
"Llagaste mi corazón."
Libro del Cantico de los Canticos.
Cap. IV, v. 9.

Bajo la figura alegórica de la Esposa que con el uno de sus ojos y con la una trenza de su cuello, ha llagado el corazón de su Divino Esposo, así representa Salomón a la Santa Iglesia en sus místicos Cantares. ¡Oh bella imagen! sus dos hermosos ojos indican a los Prelados, sus cabellos a los súbditos, y su cuello a los perfectos: el uno de sus ojos ó de sus cabellos, significa juntamente a los prelados y súbditos ambos conformes en la unidad de la fe, por la cual fué herido Jesucristo. Llagaste mi corazón dice, llagaste mi corazón repite, para expresar en alguna manera la vehemencia de su incomprendible amor: *Vulnerasti cor meum.*

¡Y qué, acaso no podré aplicar también este mismo oráculo al Corazón suavísimo de María! ¡Ah! Bas-

tará reflexionar que es la Madre de Jesús, para que, guardando la proporción debida, se reconozca que se abrasa de afectos semejantes é interesa en la felicidad del hombre. "Así como el Eterno Padre por la inmensidad de su amor, dió al mundo á su Hijo Unigénito, así María, dice el Crisóstomo, imitando su caridad, entregó su Unigénito á los hombres." Y estando por la misma razón unida su voluntad á la de Jesucristo, que obedeció á Dios hasta la muerte, convendrá poner en su boca las mismas proféticas palabras del Esposo á la Esposa: *Vulnerasti cor meum.*

Ciertamente, supuesto que es una misma la carne de Jesús y de María, poseen á un tiempo una sola alma, un solo espíritu y un solo corazón. De consiguiente, á la vez que la Iglesia cristiana ha resplandecido como objeto de la ardiente caridad del Hijo, se ha experimentado asistida por los tiernos cuidados de tan grande Madre. Deberá, pues, asentar, que por causa del mutuo amor, los Sagrados Corazones de Jesús y de María se ofrecen gustosamente en holocausto por la salud del hombre. He aquí la idea general de que partirá mi discurso. Mas ¡oh Virgen Santa! para acercarse al corazón de Jesús es fuerza valerse primero del vuestro. A vos ocurre desde luego, saludándoos con el Ángel. Ave María.

"Ligaste mi corazón."
 Verso del Cantico de los Canticos.
 Cap. y verso citados.

Aunque todas las obras de la vida de Jesús y de María sobre la tierra, han sido como unas hogueras inconmensurables del fuego del amor hácia Dios y hácia el hombre, principalmente se dejan ver en el

Calvario donde el Alma de nuestro Redentor estuvo triste hasta la muerte, y el dolor de la Santísima Virgen no tuvo semejante. "San Buenaventura advierte en la Cruz un solo Altar en que juntamente con la víctima de este Cordero Divino era sacrificada también la Madre." "Porque el corazón de María, como dice San Lorenzo Justiniano, fué un espejo clarísimo de la pasión de Cristo." De tal suerte, que para explicarme así, hubo un reflejo de dolor entre el Corazón del Crucificado y el Corazón de la Soberana Madre angustiada. Ya veis, señores, cómo el Hombre Dios, el Autor de la gracia, y una pura criatura, pero perfectísima, hacen á su modo las dos víctimas de un mismo sacrificio. Jesucristo, pues, inmoló su Corazón por la salud del mundo: Punto primero; María como cooperadora de nuestra redención, consagró su Corazón por el bien del hombre: Punto segundo.

PRIMERA PARTE

El Corazón Sacratísimo de Jesucristo, no solamente es el principio de los miembros y de las fuerzas vitales de su cuerpo, el mar celestial en donde fluye y refluye su Sangre Preciosísima, sino que unido por naturaleza á su Alma y por hipóstasis á la Divinidad, es la fuente del amor. En él se encierran como en una arca los inagotables tesoros de la omnipotencia, sabiduría y bondad del Altísimo. Mas fijando nuestra consideración, sin embargo de que nuestro Salvador nunca dejó de sacrificarse en su interior desde su

nacimiento hasta su muerte; en el Templo, en el Cenáculo y en el Calvario, se ofreció de un modo público y solemne. Detengámonos brevemente en estos sacrificios, no con el objeto de concebir ni menos comprender la profusion del Corazon de un Hombre Dios, como para admirarla, agradecerla y elogiarla.

No hay duda que Jesucristo santificó con su divina presencia el Templo, cuando no obstante que era el hijo de una madre siempre virgen, se presentó á Dios para cumplir recién nacido la ley en todas sus partes, y ser hostia placable, luz de las gentes y gloria de Israel. ¡A vista de una oferta digna de Dios é igual á él, inmolarán en adelante los verdaderos adoradores bajo de sombras y figuras! ¡Ah! se disiparon las tinieblas, huyó la noche, llegó la claridad del día. "El mismo es quien ofrece al Señor en holocausto, dice San Agustín, las santas primicias de la carne del vientre de la Virgen." Colocado como sobre de un altar en los brazos del anciano Sacerdote, exclama de lo íntimo de su alma: ¡Oh Padre! te disgustaron las víctimas de becerros, corderos y otros animales; pero á mí me has dado un cuerpo que lo entrego por la salud de los hombres: el sacrificio que tengo de consumir en el Calvario, ya lo comienzo, y por esta causa viue aquí. ¡Qué oblacion tan santa fué ésta para el cielo! ¡Qué favor y qué honra recibió la tierra de tan angusta víctima! Pero tambien fué rescatado al precio de cinco siclos de plata, el que habia de rescatarnos de la muerte al precio de toda su Sangre, por las cinco puertas de sus sagradas llagas. ¡No confesaremos que en esta vez nos abrió con esplendor las entrañas de su ardiente caridad! ¡No deberemos

consagrarnos continuamente con Jesucristo á nuestro Criador en la vida y en la muerte! ¡Oh! es justo; mas para confirmarnos en nuestras resoluciones, pongamos los ojos todavía en las otras mayores muestras de su afecto.

El segundo sacrificio que elevó á Dios en olor de suavidad, y con cuya verdadera carne y sangre alimenta espiritualmente nuestras almas, fué el augusto del Altar. A la cena del cordero muerto sucedió la cena del Cordero vivo, y á la carne sin sangre asada en el fuego material, la carne viva con su sangre asada en las llamas de la caridad del Espíritu Santo. ¡Oh liberalísimo Dios! El pan y vino en manos del nuevo Melquisedec, son su propio cuerpo y sangre separados místicamente por la eficacia de sus palabras. "Tomad y comed, les dice á sus Apóstoles: este es mi Cuerpo. Tomad y bebed: esta es mi Sangre." Y para que tan alto Sacramento se reprodujera por toda la serie de los siglos, añade gustoso: "Haced esto en mi memoria." ¡Queréis, ¡oh fieles! mas dones, mas amor! Si me vuelvo al santo Tabernáculo, me parece que oigo desde el fondo de la preciosa píxide en que se halla la hostia de vida, la majestuosa voz de Jesucristo: "Ardiendo estoy en las brasas del Espíritu Divino; á pesar de las ofensas y de lo mal que pagais á mis finezas, yo os doy mi corazon. ¡Qué mas! Si la sangre del justo Abel clamaba desde la tierra al cielo contra el fratricida Cain, la sangre del inocentísimo Abel clama con mucha mayor virtud hasta el trono de la Soberana Majestad desde la Eucaristía, no por venganza, sino por la remision de los pecados. Creemos que Jesucristo habita en medio de

nosotros como un manantial perenne que riega el jardín ameno de la Iglesia: seamos, pues, los árboles frondosos cubiertos de frutos saludables de este plantío, para dar gloria á Dios y pruebas de santidad sobre la tierra. A este fin ya voy á ocuparme tambien de la afrentosa muerte del Divino Crucificado sobre el monte de la mirra y el collado del incienso, donde hallará siempre el pecador su remedio.

El tercer sacrificio solemnísimó del Calvario, por el cual puso Jesucristo su Alma, para librarnos de la culpa, aunque en la sustancia es el mismo del Altar, se diferencian con todo eso, en que el uno es inerte y el otro fué sangriento y doloroso. Llegado en efecto, el punto del cumplimiento de las profecías, fué extendido nuestro Salvador con inaudita crueldad sobre la cruz, clavado de piés y manos y muerto en ella por nuestra redencion. ¡Oh tierno y nunca bien considerado espectáculo! Para expresarme mejor, me valdré de las siguientes frases de Lactancio: "Allí le veíais los ojos hundidos y ofuscada la vista, las mejillas deprimidas, la lengua seca, envenenada con hiel, y el semblante pálido de un cadáver, las manos fijas en los clavos, los brazos dilatados á fuerza, y una grande herida en el costado: mirárais tambien la púrpura de su sangre, minados sus piés, y ensangrentados los cordales." ¡Oh buen Jesus! os digo yo ahora: no se sació vuestra generosidad con pagar el precio del rescate por todas las aberturas de vuestra carne despedazada; de vuestro corazon, del asiento mismo del amor corrieron dos caudalosos rios de agua y sangre para comunicarnos la vida.

¡No es así! ¡Oh divina dignacion! Con el bálsamo

esquisito que mana de este Sagrado cuerpo en su pecho, cura el pecador sus llagas; del maná que fluye vive el justo, y el bienaventurado se inunda en las aguas santificantes que derrama. ¡Cúadto nos conviene solicitar y padecer voluntariamente, para hacernos una imágen expresa del Soberano Crucificado! En fin, dejo mas bien á la admiracion y al silencio de las almas devotas este prodigioso Corazon, que el hombre vulneró de tan diferentes maneras, y paso á contemplar el de María.

SEGUNDA PARTE

"Asegura Ricardo de San Víctor, que la Santísima Virgen deseó la salud del hombre, la buscó, la obtuvo, y aun por ella se nos dió." ¡Qué significa todo esto, sino que haciendo á Dios dueño absoluto de su Corazon y de todos sus afectos, como si fuese el mismo Corazon de Dios, lo consumió tambien sobre el Altar del amor por la reconciliacion del género humano! ¡Ah! Como Madre de Jesus y Madre nuestra, reunió en uno solo dos holocaustos, esto es, inmoló á su Hijo y se consagró á sí misma. Bien le convenia desde el instante en que concibió al Verbo Eterno hasta su dichosa muerte, el divino vaticinio de la Esposa: "Mi amado es hacedizo de mirra para mí;" pero en los mismos sacrificios mas principales de Jesucristo, resplandeció su amor con especialidad. Pongamos sobre ellos los ojos para suspendernos de encanto por la ternura de tan grande Madre.

En efecto, no es María como el rey de Moab, que degolló desesperado á su hijo primogénito, ni como Jépté, que sacrificó por un voto imprudente á su hija unigénita; no, antes bien, por consejo del Señor, por una encendida caridad, presentó á su adorado Hijo Jesús en el Templo, como una hostia anticipada. ¡Qué lengua podrá explicar el fuego de sus deseos y la angustia de sus continuados suspiros! Desde entonces comenzó á sentir con mayor fuerza la punta de la espada penetrante del dolor, cumpliendo la profecía al propio tiempo que se la atribuía el venerable Sacerdote. El sacrificio visible del Niño era la prenda única del sacrificio invisible de su corazón, de sus entrañas y de toda su alma: ambas ofrendas se quemaban vivas y se libaban juntas por la justificación del mundo. Y aun por otro motivo, Jesucristo es de nosotros, como escribió Santo Tomás de Villanueva, así porque nos fué dado por el Padre, como porque fué redimido por la Madre. ¡Qué diremos de su obediencia en cumplir la ley de Moises, bajo la cual no estaba comprendida! ¡Ah! que condena nuestra desobediencia, porque ó quebrantamos formalmente la ley de Dios, ó no la observamos como se debe. ¡Quién no admirará su humildad, cuando se queda en el primer atrio del Templo como una mujer inmunda! ¡No reprueba nuestra soberbia é impureza, siendo así que solo estamos atentos á comparecer limpios ante los hombres, y no ante los ojos de Dios! Finalmente, si elogiamos su pobreza en ofrecer, no un cordero, sino dos tórtolas como se permitía á una madre necesitada, nos avergonzaremos de nuestra vanidad, ostentacion y lujo en la casa del Señor.

¡Pero hará suyo tambien el segundo sacrificio de Jesucristo Sacramentado! ¡Ah! ¡Cómo no! Cuando San Epifanio llamó á María como Sacerdote, é igualmente como Altar, que llevando la mesa, nos dió por pan del cielo á Jesucristo, declaró su poder y dignidad. Lo mas raro es, que en la misma carne y sangre del Señor, se nos presenta á gustar tambien como victima inocente. No lo dudeis, señores, porque la fe nos enseña que el Verbo de Dios recibió toda su sustancia corporal nada mas que de la Virgen Santísima. Quiere decir, que el pan y el vino consagrados, son la carne del Cordero immaculado, carne de la carne de María; y su sangre, sangre de la sangre de María. De manera, que segun confiesa San Pedro Damiano, percibimos las primicias de su vientre y bebemos su sangre en el Augusto Sacramento de la Eucaristía. Por consecuencia legitima, en la persona de Jesús nos obsequia su corazón, y con unos sentimientos tan parecidos á los de la hostia del amor, que se conoce que nos asiste de todas suertes en el maravilloso convite.

Trasladémonos ahora hasta el Calvario, donde estando en pié junto á la Cruz, se convirtió en un retablo de indecibles duelos. ¡Oh! allí reconoce un sabio, que Jesucristo y María ofrecen un sólo holocausto. La oblacion voluntaria que hace de sí el Crucificado, pertenece tambien á su afligida Madre, de quien recibió su cuerpo y sangre. ¡Qué amargura habrá que iguale á la de esta inconsolable Señora! Aquella predicción del anciano Simeon sobre la aguda espada que le atravesaría el alma, llegó á tener su complemento: abandonada, crucificada en su Hijo,

y muerta en la Cruz con él, ¿dónde hallará algún alivio! "Vivía, diré con San Bernardo, muriendo sin poder morir." Mas no creais, ¡oh cristianos! que por que se consagró con este penosísimo sacrificio, se olvidó del pecador: de ningún modo, antes bien, tú eres, ¡oh Iglesia Santa! el motivo de sus dolores. "Descaba yo, dice por boca de Ruperto, que no muriese mi amado; pero mas apetecía la salvacion del género humano." Lo mismo confirma San Buenaventura, cuando la aplica estas palabras: "No perdonó á su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros." Luego, si me es licito expresarme así, se desprendió de su purísimo corazón por libertarnos de la muerte.

En suma, deberé concluir reduciendo mi discurso á sus fundamentos: que los Sagrados Corazones de Jesus y de María se han distinguido hácia los hombres con el carácter del divino amor. Jesucristo ciertamente lo prodigó á manos llenas en el Templo, en el que dió públicamente gloria á Dios en su misma infancia, y afirmó nuestra esperanza; en la Eucaristía nos alimenta con su carne y con su sangre, permaneciendo en nosotros, y nosotros en él: sobre el ara de la Cruz, además de estar cubierto de heridas, quiso también que se le abriese, como se le abrió despues de muerto, el Corazon, fuente principal de sus misericordias. Asimismo María, cuanto era capaz la criatura mas privilegiada, hizo en el Templo de Jerusalem el sacrificio de su Hijo y de su honor: nos alimenta con la carne y sangre del Salvador, concebida y nacida de su limpiísimo seno, y nos da á luz como hijos del Altísimo y suyos, en medio de las tribulaciones y padecimientos del monte Calvario. De aquí es, que

las palabras que convienen al Esposo Jesucristo y están dirigidas á su Esposa la Iglesia católica, con seguridad se pueden apropiár á María: *Vulnerasti cor meum.*

Ahora bien: al amor se debe corresponder con el amor. Los Sagrados Corazones de Jesus y de María han sido vulnerados de varios modos por el hombre, ¿qué deberemos hacer? ¡Ah! nada menos que exhalar los nuestros y presentarlos como dones dignos de los del Hijo y de la Bienaventurada Madre en el canastillo de la Iglesia. ¡No lo representa así la estampa en que están pintados, como es justo, los unos y los otros! Pero Dios nos pide que le tributemos á vista de lo expuesto, el sacrificio de alabanza. Manifestémosle verdaderamente nuestra gratitud por los bienes de que nos ha colmado. Nos exige el sacrificio de justicia con que estamos obligados á satisfacerle: éste consiste ó en una penitencia sincera, si tenemos conciencia de pecado, ó en el ejercicio de las buenas obras, si ardemos en caridad. Consigamos, pues, sin pérdida de tiempo el mérito de la mortificación y de las virtudes en esta vida, para gozar despues de nuestra muerte del premio celestial.

ASÍ SEA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 AL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

*Ecce tabernaculum parvum quasi vestigium
domus accendit de mari;*

*"He aquí una tabernaculo que se elevaba
del mar como el pie de un hombre."*

Litza III de los Reyes,
Cap. XVII, v. 41.

¡Si atinaré yo hoy, señores, después de tantos sublimes elogios con que ha resonado esta sagrada cátedra á honor de María Santísima del Carmen, en desatar mi lengua á su memoria, delincaros y acabaros su panegírico! Aunque el motivo de sus liberalidades y de sus cultos sea fuente inagotable de reflexiones cristianas, estoy tanto mas incapaz de ponderar debidamente la menor de todas ellas, cuanto que muchos sabios y elocuentes oradores que me han precedido, con maestría, con destreza y con edificación, lo han ejecutado. Felices fueron los designios de unos para partir de la idea de una Madre bondadosa, que desde el monte Calvario adoptó entre indecibles dolores por sus hijos, en la persona de San Juan, á todos los fieles, y con particularidad á los del Carmelo: ingenio-

so los caminos de otros para servirse de alusiones y comparaciones de la Santa Escritura, que aplicaron con acierto en favor de la Madre de Dios y de sus devotos: interesantes y provechosos los discursos de estos otros, muy bien empleados para recomendar el santo Escapulario, como señal de predileccion y de salud. No obstante, prevenido con una sola vislumbre de estos conocimientos, y empeñado en corresponder al estimable convite del Prelado de este monasterio, voy á tomar una senda del todo nueva, empezando desde el origen de la religion carmelitana.* No será fuera de propósito remontarse hasta la sombra, para distinguir con realce la claridad, analizar la figura para ver con admiracion la realidad: *Ecce nubecula parva quasi vestigium hominis ascendebat de mari.*

Aquella nubecilla que novecientos años antes de la venida de su original, vió el grande Profeta Elias elevarse del mar segun la medida del pié de un hombre, y que por la sétima vez habia observado de órden suya su criado en la atalaya, ¡oh, y cómo en medio de la misma oscuridad de un pronóstico se divisa al modo de una luz dentro de un fanal ó campana como de cristal que le sirve de cubierta! ¡Oh y cuántos misterios encierra en sí misma! La oracion fervorosa del santo siervo de Dios, el fuego del Señor que consumió el holocausto y la muerte de los profetas de Baal, son otros tantos hechos constantes y prodigiosos que le precedieron: una pronta y copiosa lluvia que fertiliza la tierra le subsiguio. El mismo número setenario significa perfeccion, porque como afirma el

* Este discurso fué predicado en la iglesia de Religiosos Carmelitas, y en el mismo día en que solemniza la festividad de Nuestra Señora del Cármen.

Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino, en varios lugares, consta por una parte de tres unidades que representan á las tres Divinas Personas, ó tambien á todo complemento que tiene principio, medio y fin en comun; y por otra parte, de cuatro unidades que determinan los cuatro puntos cardinales del mundo, ó la universalidad de las criaturas. La nubecita es símbolo de nuestra Madre y Señora del Cármen, en expresion de San Epiñano y de San Ambrosio, y ademas, por sentencia de los Sumos Pontífices, han sido llamados primogénitos de María los carmelitas y los cofrades del santo Escapulario, porque bajo esta figura la percibieron y la adoraron en la persona de su primer padre el ardoroso Elias.

Así, pues, como del Oceano se levantaron hálitos á semejanza de la huella de un hombre, que aumentándose en hermosas y gruesas nubes cubrieron el cielo y derramaron la abundancia sobre la tierra, así tambien del mar inmenso de bendiciones y de virtudes que es María, se desprenden, segun mi radeza, efluvios y como especies de plumeros de nublados, que condensándose y deshaciéndose en torrentes de dones gratuitos de Dios, inundan y empapan el campo árido de nuestra alma, á fin de proveernos de víveres espirituales. Resulta de aquí por objeto primario de mi discurso, que María Santísima del Cármen favorece á sus especiales devotos con la exuberancia de la divina gracia. Para amplificar esta idea, supliquemos postrados á la misma Purísima y dichosísima Carmelitana, me obtenga un auxilio particular del Señor, saludándola con el Angel. Ave María.

"He aquí una nubecilla que se elevaba
del mar como el pie de un hombre."
Luzo III de los Reyes, Cap. y
vers. citados.

No hay duda que la Virgen María, de la cual nació Jesús en la plenitud de los tiempos, es á la letra aquella nube ó nubes reunidas hácia quienes convertía con vehemencia sus palabras el profeta Isaías para que lloviesen blandamente al justo: *Rorate coeli desuper, et nubes pluant justum*. Por tanto, obteniendo como firmemente lo creemos, la augusta dignidad de Madre de Dios, hace también caer sobre sus devotos lluvias de bendición, en frase de Ezequiel: lluvias sobrenaturales, mas espontáneas y milagrosas que aquella del maná que reservó el Señor para su heredad, cuyo verdor ya se había marchitado y deslucido, según el Salmo: lluvias, y á veces, hasta aluviones de salud con que convierte, remedia y sustenta las almas de sus hijos queridos. Pero supuesto que los propios efectos de una nube sean cubrir con su sombra, mojar, refrigerar la tierra, fecundarla para que produzca sus frutos, y también iluminarla con la reflexión de los rayos de luz recibidos del sol, ó con la de su propia electricidad; dividiré mi asunto en dos breves partes, trasfiriendo en un sentido alegórico este versículo del Exodo, que se refiere á los Israelitas cuando fueron conducidos á la tierra de promisión: "Nunca faltó la columna de nube de día, ni la de fuego (esto es, la misma nube inflamada) de noche." Se hace preciso notar, que aunque la divina gracia tiene diversos modos ó acepciones, es una misma en lo sustancial. Pues bien, con la mira de diri-

garnos al cielo: La nube misteriosa María Santísima del Carmen, cubre con su protección á sus verdaderos hijos de día ó en tiempo de paz: *Nunquam defuit columna nubis per diem*: Punto primero: La columna de fuego ó la Madre del amor hermoso, no les faltará de noche ó en el tiempo de aflicción: *Nec columna ignis per noctem coram populo*: Punto segundo.

PRIMERA PARTE

La Iglesia Católica ha puesto en boca de la Santísima Virgen, las alabanzas de la eterna sabiduría ó del Verbo de Dios Humanado, para darnos á entender que el fruto de los merecimientos de Jesucristo, se nos aplica por su protección ó intercesión. En fuerza de este principio, no cabe duda que la Madre de gracia y de misericordia, y que sus devotos, pero especialmente los descendientes del Profeta de fuego y de San Simón Stoch, están comprendidos en estas promesas del Eclesiástico: "Te vestirás de ella como estola de gloria, y la pondrás sobre tí como corona de regocijo." Si, se cubrirán con el mismo traje de gala y de fragancia de la criatura mas privilegiada, entrando en parte de su virtud, de su justicia y de su santidad.

Con efecto, cuál sea la protección visible de la Gloriosa Reina de los cielos y de la tierra hácia todos los cristianos, lo pregona y canta la Iglesia en la siguiente antifona: "Santa María, dignaos socorrer á los que gimen bajo el peso de su miseria; dignaos

ayudar á los pusilánimes, fortalecer á los débiles y consolar á los que lloran. Dignaos rogar por el pueblo cristiano, intervenir por el clero, é interceder por el sexo dedicado á vos de una manera particular. Haced que todos los fieles esperimenten los efectos de vuestro auxilio saludable, pero sobre todo, aquellos que se acuerdan de vos con regocijo." ¡Se podrá discurrir mas! ¡faltará otra cosa que esperar de su bondad! ¡Ah! Ello es que se muestra aun mas compasiva, clemente y piadosa para aquellos que la imploran con dulce y filial confianza como los religiosos de la Orden del Cármen y todos los que están alistados en la confraternidad del santo Escapulario.

Dios maldijo á la serpiente despues del pecado de Adan y Eva, y le anunció "que una mujer quebrantaria su cabeza." Al cabo de mas de tres mil años, la dió como á traslucir á Elías bajo la especie de una nubecilla cual vestigio de un hombre. ¡Qué diferencia en estas dos profecías! ¡qué contrariedad en los efectos! Las potestades del abismo comenzaron á temerla desde el principio del mundo no mas que en la simple aprehension, terrible como un ejército formado en órden de batalla. El Santo Profeta y sus hijos los anacoretas del Carmelo, comenzaron á considerarla como á un anuncio de felicidad y de bonanza, como á la aurora del sol de justicia, el iris de paz, el lucero de la mañana y el vehículo de las efusiones del Criador. A ellos parece que se refiere San Pablo cuando escribe: "Que se cubrian con una capa despreciable ó con la piel de un animal; que vivian en la pobreza, en las angustias y aflicciones; que andaban errantes en los montes y desiertos; y que habi-

taban en las cavernas y en las queiebras de las rocas." En tiempo de la venida de Jesucristo fueron llamados Esenios, que llevaban vestidos todos blancos, tal vez en memoria de la nubecilla cándida, noble señal y primera insignia del Carmelo. Aunque por entonces no estaban exentos de errores como todas las sectas de los judíos, pues el Señor vino á iluminar á todos los que estaban sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte, pasaban á lo menos por los mas virtuosos del pueblo de Israel, en cuanto á su vida austera y monástica. No diré, sin embargo, que tiene fundamento la opinion de algunos, que nuestro Divino Salvador hizo alusion á ellos en el pasaje donde espuso, "que hay eunucos que se privaron del matrimonio por el reino de los cielos." Mas ya que pudieron conocer á la Bienaventurada Virgen, aun por los primeros años de su infancia, en Nazaret, distante solamente tres millas de aquel monte, recibir las instrucciones del Precursor, y volverse cenobitas cristianos despues de la muerte del Hombre Dios y de la predicacion del Evangelio, edificaron una capilla á su Santa Protectora en testimonio de reconocimiento, de que existen restos segun la relacion de los viajeros.

Se presume que en el año de 400 los nombraron así, porque una multitud de monjes de San Antonio abrazaron la regla de San Basilio, bajo la direccion de Juan, patriarca de Jerusalem, y se retiraron al desierto: fundaron su primera casa en el mismo monte Carmelo, que está al Norte de la Palestina, cerca de Tolemaida, y era un lugar, segun San Gerónimo, plantado de viñas, muy fértil y agradable: se aumentaron tanto, que en el año de 1205, gobernando

Alejandro III, todos los que vivian separados en las diversas soledades de él, se reunieron. Tuvieron tambien origen de San Bertoldo, monje de la Calabria, quien hácia el año de 1180, por revelacion de San Elías, como se dice, se estableció allí con algunos compañeros cerca de la cueva de este Profeta. San Alberto, Patriarca de Jerusalem, bajo la autoridad de Inocencio III, les dió una regla conforme en gran parte á la de San Basilio: fué aprobada por Honorio III, mitigada por Inocencio IV, Eugenio IV y Pio II, y variada en cuanto al vestido, por Honorio IV. Sé que Inocencio XII prohibió á los carmelitas y á los jesuitas disputar sobre el principio de su religion; pero lo hizo únicamente para poner término á las cuestiones acaloradas de ambas congregaciones, y no porque en lo absoluto él ni menos otros Sumos Pontífices, les negasen su antiquísimo y honroso nacimiento. Ved, pues, cómo los religiosos del Cármen, por todo el tiempo de su primera época, descendieron de los Profetas Elías, Eliseo y sus hijos, decayeron en los Escritos, y se restablecieron con alguna probabilidad en los discípulos de San Juan Bautista, pero ciertamente en los de San Antonio y San Basilio.

Perseguidos en el Oriente, por el siglo XIII, de una manera cruel á causa de las incursiones de los sarracenos, pasaron muchos de estos ermitaños á las islas de Chipre y Sicilia, á Inglaterra, Marsella y á otras partes del Occidente: partieron tambien algunos otros en compañía de San Luis, rey de Francia, que volvía de la Tierra Santa á constituirse en Paris, de donde salieron para todas las Galias y para Alemania. Traían unas capas barreteadas ó mezcla-

das de color blanco y pardo, como la de Elías, segun se cree; pero en 1287, el Capítulo general celebrado en Montpellier, arregló de otro modo el vestido. Hacía unos veinte años que buscaban un asilo en Europa, por lo que habian padecido no pocos trabajos, hasta que lograron que Inocencio IV aprobase su Orden, é instituyeron la cofradía ó tercera Orden del Escapulario. ¡El Escapulario! ¡Oh! ¡Por qué he de omitir en esta solemne festividad al sexto General del Carmelo, al insigne San Simon Stock! ¡Por qué he de olvidar al humilde esclavo de tan Gran Señora, que la habia servido con fidelidad por treinta y tres años, desde su niñez, y pasaba las noches ocupado en la oracion, dentro del hueco de un árbol....! Pues él acogió en Inglaterra á los seguidores de Elías, él abrazó tambien su instituto, él cavió sus gemidos al cielo, él imploró el valimiento de la Santísima Virgen por la propagacion de sus hermanos, él le pidió una señal sensible de su ternura para su Orden y todos los que se alíen con ella. ¡Y oirá la Madre de Dios sus ruegos, se prestará propicia á sus votos! ¡Ah! se le aparece, ¡oh momentos preciosos! rodeada de Angeles, revestida con el hábito que le recomendaba, y presentándole el Escapulario en la mano, con voz dulce y maternal le dice: "Recibe, dilectísimo hijo, el Escapulario de que hago un obsequio á ti y á toda tu Orden: es la señal y prenda de salud, salud en los peligros, alianza de paz y de un pacto sempiterno." No me dilataré mucho sobre este asunto, cuyo mejor encomio se halla grabado profundamente en vuestro espíritu, y os toca el corazón por sí con movimientos mas vivos y eficaces en el silencio, la admiracion y el

recuerdo de inmensos bienes que habeis recibido de vuestra incomparable Madre.

Trasladémonos ahora á la tercera época en que comenzó la diferencia de los carmelitas mitigados, y de los carmelitas descalzos, de la estrecha observancia, ó *billatos*, como se les nombraba en Paris. La austeridad de su regla fué confirmada por Urbano VIII, y es muy parecida á la de la cartuja. Además de la túnica blanca, lo restante del hábito consta de una túnica con su capilla y un Escapulario de color pardo oseuro; están calzados con sandalias ó alpargatas, y se cubren la cabeza con un sombrero blanco. ¿Quién no ve en estos distintivos los símbolos de las dos primeras épocas del Carmelo, y en los otros indicios de penitencia, los caracteres de la tercera? En el siglo XVI, Santa Teresa de Jesus, señora española, empezó y concluyó la reforma en ambos sexos, de cuya institución se creó el primer establecimiento junto á Avila, en Castilla. El Padre Antonio de Jesus y San Juan de la Cruz, religioso carmelita, la auxiliaron en su difícil designio, por el que sufrió este Santo gran persecucion hasta morir oprimido de trabajos. Sin embargo, aun viviendo él, no pudieron impedir sus encarnizados enemigos que se admitiera la reforma en las Indias, y despues de su muerte se extendió á Francia, á los Países Bajos y á toda la cristiandad. De cuando en cuando llegaron á separarse en parte, y al cabo de largo tiempo en un todo los reformados de los mitigados por autoridad de Gregorio XIII, Sixto V y Clemente VIII. Al fin, los primeros se dividieron en dos corporaciones diferentes, una para Italia y otra para España, con dos generales

diversos. Para confirmacion de cuanto he dicho añadiré, que Gregorio XIII y Juan XXIII declararon que María es el origen y Madre de los carmelitas, y que Honorio IV y Juan XXII afirmaron en sus bulas, que les cumplirá sus promesas. Habiendo, pues, tratado de las que pertenecen á la práctica de las virtudes ó á la conservacion de la vida monástica, fijémonos en adelante sobre las que corresponden al incalculable subsidio de vuestra Amabilísima Abogada en las adversidades.

SEGUNDA PARTE

¿Por ventura se ha quejado alguna vez un siervo afectuoso de la Divina Señora, de que lo haya abandonado en cualquiera tribulacion! ¡Ah! "Te serán sus zepos, escribe el Eclesiástico, en defensa de fortaleza y basas de virtud, y sus argollas en estola de gloria." ¡Oh suaves lazos los de su honestidad! ¡Oh ligaduras de salud para nuestras heridas! ¡Oh prisiones deleitables! ¡Oh vínculos estrechos los de su caridad. Dichosos los que se acogen á la torre firmísima de donde penden mil escudos, único refugio de pecadores. Por eso la Esposa del Cordero Inmaculado nos enseña á humillarnos en su presencia y á decirle: "Ruega, por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte." De manera, que en esta sola cláusula nos instruye de su poderoso amparo, así en el logro de los bienes como en el triunfo y alivio de los males, hasta del mas horroroso, que es la separacion

del alma y del cuerpo. Pero sin perder de vista el plan que me propuse, importará examinar de preferencia y con extension las angustias y trabajos, y aun el mayor riesgo del extremo pasaje en que patrocina á sus caros hijos del Cármen, como Madre especialísima.

“Todo acto meritorio para la vida eterna, en sentencia del Angel de la escuela, debe ser producido inmediatamente, ó á lo menos debe ser informado por la virtud de la caridad.” El hombre, por necesidad de su naturaleza viciada, ha de sostener aquí abajo una continua lucha contra sus tres incansables enemigos, el mundo, el demonio, y la carne. La victoria que se alcanza de ellos completamente por el amor sobrenatural de Dios é intervencion de nuestra Santa Mediana, causa la perpetua incorrupcion de alma y cuerpo en las vírgenes, la pureza de la predicacion y de la ciencia en los doctores, y la paciencia y constancia hasta el último aliento contra las pasiones exteriores por la verdad de la fe en los mártires.

¡Qué bien ha sido descrita por el Apóstol la continua guerra del espíritu y de la carne! “La carne, dice, codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne.” ¡Quién, pues, contuvo al Maestro de la soledad, al Profeta de continencia virginal, al excelente Elias, para no caer en medio de los deseos encontrados del hombre? ¡Ah! La nubecita del mar de cuya blancura por instinto divino fué imitador. Así el como Eliseo su unguido y heredero de su espíritu y de su capa, y otros de sus discípulos á pesar de la maldicion antigua contra la esterilidad, vivieron en la tierra como Angeles en carne humana, segun

el pensamiento de San Juan Crisóstomo. ¡Quién sino María Santísima del Cármen, fué la salvaguardia en su perfectísima pureza, para un San Cirilo Patriarca de Alejandría, que pasó por elogio de la Iglesia una vida celestial en este mundo, y cuyas ideas fueron divinas; para otro San Cirilo de Constantinopla de igual virtud, para un San Andres Corsino, obispo que se dejó ver con asombro, despues de muerto, vestido con ropa blanca, y con un ramo de flores y azucenas en la mano; para un San Pedro Tomás, Patriarca de Constantinopla, que desde que rayó el uso de la razon en su alma, comenzó á gozar de la gracia; para un San Simon Stoch, y otros muchos eminentes varones del Carmelo. . . .! A éste lo confirma la Señora, apareciéndosele en medio de coros de supremas inteligencias: á aquel le revela en sueños, que su religion durará hasta el día del juicio: á este otro le regala la presea riquísima del Escapulario: á aquestos los conforta con diferentes milagros, á efecto de no desmayar en el propósito firme de guardar castidad perpetua. ¡Quién, sino María Santísima del Cármen, como Reina de las Vírgenes fué un estímulo y un modelo consumado para seguir al Cordero donde quiera que anduviese, de una Santa Eufrosina, de una Santa Eufrasia, de los primeros siglos, de una Santa Teresa de Jesús, de una Santa María Magdalena de Pazzis, religiosas carmelitas; de las santas y venerables de la Orden tercera Angelas de Bohemia, Juanas de Regio, Isabelas de Jesús, Rosas Sorio, Angelas de Arena, Angelas Margaritas Serafinas, y no sé cuantas mas! A ésta le habla á veces en vision, á aquella le repite el milagro del Escapulario, á estotra le obsequia un vestido cándido, á todas las prodiga mil favores.

En la batalla contra el demonio reporta el hombre un triunfo singular, porque lo rinde con las armas de la predicación y la doctrina, elaboradas en las entrañas de la misericordia y empleadas con celo sagrado. Así es, que lejos de ceder á sus embates, lo repela, no solamente de sí, sino tambien de los corazones de los otros. De tal suerte, que en esto se conoce la participacion de toda sabiduría é inteligencia que ha abundado en nosotros copiosamente por la gracia, y comunica de la soberana grandeza del poder divino, segun la mente de San Pablo. Por ella, ademas del premio esencial les es debida la recompensa con cierto aumento de gloria á los Santos Doctores, en lo cual convienen los Intérpretes. Admirad, pues, señores, á San Serapion, Patriarca de Antioquia, que ilustró á la Iglesia contra las herejías, y á San Dionisio Papa, que defendió la maternidad de Maria; á San Alberto, Patriarca de Jerusalem, que dió la regla á los monjes del monte Carmelo, y á otro San Alberto confesor, que fué prometido á su padre en vision por sus ruegos á la Santísima Virgen, cual hecha encendida que habia de salir del vientre de su esposa, para iluminar al mundo. Recordad con júbilo los escritos del Patriarca San Cirilo, apologista constante del misterio de la Encarnacion, contra Nestorio, su célebre carta ortodoxa, y su esposicion sobre las Santas Escrituras; las brillantes letras del Patriarca San Pedro Tomás, en la enseñanza de la cátedra y en el púlpito, como tambien las de otro San Cirilo de Constantinopla. No paséis en silencio la teología mística de Santa Teresa, de Jesus, Doctora de la Iglesia, y la de San Juan, de la Cruz, ni los talentos, luces y

servicios de los Santos Brocardos, Francos de Sena, Avertanos, y otros innumerables. La ciencia celestial que como agua bebieron y derramaron con sus instrucciones y buenas obras, toda fué obtenida por la Reina de los confesores su Benignísima Madre del Cármen.

Me resta el combate mas fuerte y vehementemente sensible del martirio, en que los héroes del cristianismo han vencido por la Sangre de Cristo, y por la suya propia, sellando así el testimonio dado á la divina palabra. Con su ejemplo nos han invitado á aspirar á esta última felicidad que nos manifestó el Señor, por San Mateo: "Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos." Nadie podrá explicar cómo es en sí la acerbidad de tales sufrimientos; y con todo, no hace al mártir la pena, sino la causa, como afirma San Agustin. Esto supuesto, recorriendo mas y mas los anales del Carmelo: aquí se dejan ver con sus palmas y coronas el romano Pontífice San Telésforo, que predicando la fé católica, muere degollado por los idólatras, y San Anastasio, azotado, ahogado y aun decapitado despues de exánime. Allí, asidos del árbol de la Cruz de Jesucristo, bañan su tronco y raíces con el licor purpúreo de sus venas: San Gerardo, obispo canadiense protomártir de Hungria, precipitado de lo alto de unas peñas, atravesado su corazon con una lanza, y agonizante estrellada su cabeza contra una de aquellas mismas rocas, y San Pedro Tomás herido por las saetas de los moros en la toma de Alejandría, y difunto poco despues de resulta de las llagas recibidas en Famagusta. Ahí entregaa su alma para

salvarla en la vida eterna; San Angelo asesinado con la mayor resignacion dentro de la misma cátedra de la verdad, con cinco golpes de puñal asestados por el conde Berengario, y D^a Teresa Sanfull condesa de Serleyo, de la Orden tercera, que sin hacer caso de la debilidad de su sexo, parte de esta vida á las manos de Dios con el valor de los fuertes. Acullá millares de monjes, de monjas y de súbditos esforzados de esta sagrada religion, apuran hasta las heces el caliz de la amargura en las persecuciones de la Palestina, en las de los tiranos griegos y romanos, y en las de toda la Europa. ¡Llor de honra y gloria á los discípulos de Elias, á los Benjamines amados de la Madre del dolor, de la Reina de los mártires María Santísima del Cármen!

Pero semejantes victorias conseguidas contra los tres enemigos del alma, son privilegiadas. Otros infinitos triunfos comunes impetra para sus hijos la Santa Fundadora del yermo contra los errores, los pecados, los compromisos del mundo; contra la hambre, la peste, la guerra; contra los escándalos del desenfreno de las costumbres, y contra el mayor de todos los peligros, que es la muerte.

¡Qué motivos de gratitud tiene desde luego la esclarecida y sagrada Orden de Carmelitas, por la proteccion omnipotente de su Divina Patrona, así en los sucesos felices como en los adversos! Por el día los abraza con su manto y los cubre con su sombra; y por la noche dirige sus pasos con su claridad y los enciende con su calor. Tambien los que visten su santo Escapulario, empleándose con viva fe y devocion á su gloria, llevan la señal de salud, y sin duda

que se salvarán: se refugian hácia el firme presidio contra los daños inminentes, y en realidad que arrosarán todos los males. En fin, cuantos la invocaren con toda su alma, experimentarán ser agraciados con los inefables influjos de su misericordioso patrocinio: *Ecce nubecula parva quasi vestigium hominis ascendebat de mari.*

¡Nube fecundísima de gracia, Vos sois la hermosura y vida del Carmelo! Hoy todo el concurso de fieles que nos hallamos reunidos en este angusto templo, rodeamos el pie de vuestro digno altar para bendecir el grande nombre del Señor. Vos, ¡oh Imaculada Virgen! aplacais la cólera del Dios de los Ejércitos, poniéndoos de rodillas ante el trono de su Majestad. Nada merecemos por haber hollado la Sangre de vuestro Inocentísimo Hijo; pero confiados en la suavidad de vuestro Sagrado Corazon, os saludamos en este día de repartir mercedes, con nuestras débiles plegarias. Os pedimos con humilde rendimiento, por la exaltacion de nuestra santa fe y por la tranquilidad de la Iglesia y del Estado. Convertid, ¡oh Eva virtuosísima! á vuestros hijos los pecadores, reformed nuestras costumbres desregladas. ¡Ay! ¡Dónde están tantos religiosos sacerdotes del Cármen, que en otros afortunados tiempos como obreros del Padre de familias encaminaban en esta ciudad muchísimas almas al cielo! ¡Dónde tantas personas de ambos sexos que salian de esta casa y de esta iglesia con sus pechos dilatados de alegría por la predicacion de la divina palabra, por la absolucion de sus culpas y por la comunión Eucarística. . . .! Yo no veo ahora mas que uno ú otro que cuida y trabaja en vuestra viña casi

abandonada. Multiplicad, ¡oh dulce esperanza nuestra! los amigos del Esposo Cristo Jesus, y reanimad en nosotros el fervor, para que alcanzando de las aguas limpsimas que haceis llover, seamos sumergidos en diluvios de gracia y de gloria por toda la eternidad.

Así SEA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INFORMACIÓN

SERMON

DE LA

ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA

*María optatum partem elegit,
quae non auferatur ab ea.
"María ha escogido la mejor parte,
que jamas le será quitada."*

S. Lucas, Cap. X, v. 42.

Dos hermanas santas, que siguiendo su gusto y su vocacion, solicitaban á un mismo tiempo su fortuna particular en la fatiga y en el reposo, han representado en sus personas, desde que las visitó Jesucristo, dos suertes de vidas diferentes. Marta es imagen de la vida activa, puesto que servía al Señor en su carne mortal; María, como que estaba recogida á sus pies, no menos atenta á sus palabras que embelesada en las grandezas de su divinidad, es imagen de la vida que se llama contemplativa. Aquella, en fuerza de su penoso ministerio, prorumpia celosa contra su hermana, bien que en amorosas quejas: ésta guardaba silencio, pero dulce y respetuoso: á una la rodeaban mil cuidados que la tenían en continua ocupacion: á otra le bastaba uno solo, que es en realidad el mas importante. A Marta, pues, se le quitará su empleo

abandonada. Multiplicad, ¡oh dulce esperanza nuestra! los amigos del Esposo Cristo Jesus, y reanimad en nosotros el fervor, para que alcanzando de las aguas limpsimas que haceis llover, seamos sumergidos en diluvios de gracia y de gloria por toda la eternidad.

Así SEA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS

SERMON

DE LA

ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA

*Maria optamus partem elevari,
quae non auferatur ab ea.*

*“Marta ha escogido la mejor parte,
que jamas le será quitada.”*

S. Lucas, Cap. X, v. 42.

Dos hermanas santas, que siguiendo su gusto y su vocacion, solicitaban á un mismo tiempo su fortuna particular en la fatiga y en el reposo, han representado en sus personas, desde que las visitó Jesucristo, dos suertes de vidas diferentes. Marta es imagen de la vida activa, puesto que servía al Señor en su carne mortal; María, como que estaba recogida á sus pies, no menos atenta á sus palabras que embelesada en las grandezas de su divinidad, es imagen de la vida que se llama contemplativa. Aquella, en fuerza de su penoso ministerio, prorumpia celosa contra su hermana, bien que en amorosas quejas: ésta guardaba silencio, pero dulce y respetuoso: á una la rodeaban mil cuidados que la tenían en continua ocupacion: á otra le bastaba uno solo, que es en realidad el mas importante. A Marta, pues, se le quitará su empleo

para darle otro mejor: á María no se le quitará el suyo, sino que eternamente se le conservará en premio de su perfecta caridad: *Maria optimam partem elegit, quae non auferetur ab ea.*

Ahora bien: ¿hay, pregunto, en las Divinas Escrituras oráculo mas conveniente que éste á la gloriosa Asuncion de María? No por cierto. La heroína cuya virtud mereció tan grande recompensa, solo ha sido mirada de la Iglesia como figura de la Santísima Virgen: La Angusta Madre de Dios, siempre célebre por la excelencia de su vida, conservaba con el mayor cuidado en su corazon todo lo que oia decir de Jesus, ó lo que oia hablar al mismo: sin descuidarse en manera alguna del ejercicio de las buenas obras en lo exterior, ó ya despierta, tenia íntimamente elevado su espíritu al Señor; ó aun dormida, velaba mejor que Jacob en las cosas celestiales: *Ego dormio, et cor meum vigilat.* Desde luego que su altísima contemplacion, parte incomparablemente mas digna que la de todos los justos, la trasladó hasta el colmo de gloria sobre todos los coros de Angeles, y sobre todos los Santos: *Maria optimam partem elegit, quae non auferetur ab ea.*

Y como la Asuncion de nuestra Señora casi es el fin de su vida mortal y el término de sus méritos, y el principio de sus recompensas ó de su gloria, con justicia le aplica la Santa Iglesia las palabras del Evangelio de hoy. Sí, la vida contemplativa, de que fué rarísimo ejemplo, consiste en la consideracion de la eterna verdad. Su acto pertenece como propio al entendimiento, aunque tambien lo mueve y lo dirige la voluntad con un encendido amor. Por manera, que

esto es lo que hace la misma vida feliz sobre la tierra, y constituye esencialmente la misma vision beatífica en el cielo. De consiguiente, todos los privilegios y grandezas de la Excelsa Virgen María, que se comprenden en su apacible tránsito y subida majestuosa hasta el solio de la Trinidad increada, se reducen á la dulzura de la verdad. Por eso me voy á valer de esta idea para trazar mi discurso, y ella servirá de base á todo su elogio. Ave María.

*“María ha escogido la mejor parte,
que jamas le será quitada.”*
S. Lucas, cap. y vers. citados.

¿Qué cierto es que la divina verdad aprendida y abrazada con ardor por la criatura racional, constituye todo su bien en cualquier estado que se considere! “No es desagradable su conversacion, diré con el Sabio, ni su compañía es fastidiosa, antes en ella se encuentra satisfaccion y alegría.” Mas la misma suavidad que gusta el que vive contemplando, comienza aquí en la tierra, como advierte San Gregorio, y se perfecciona en la Patria celestial; comienza en este mundo por el ejercicio de todas las virtudes, hablando aun de las morales propias de la vida activa, porque se refieren como una disposicion á aquella vida excelente: se consume despues en la bienaventuranza, porque mediante el lúmen de gloria se eleva el alma á la vision clara de Dios. ¿Quién, pues, llegó á la preeminencia en orden á la consecucion de este inestimable ser espiritual mejor que la Santísima Virgen! ¿Ah! Desde el primer instante de su Imaculada Concepcion, se le infundieron en grado eminente

tísima todos los hábitos y gracias sobrenaturales proporcionadas á su alta dignidad: mereció por un solo acto mucho mas que todos los Angeles y Santos juntos, y de ella sí que puede decirse con propiedad, que nunca perdió de vista al Señor: *Tenui eum, nec dimittam*. Justo fué desde luego que subiese llena de delicias del desierto de este mundo hasta el empíreo, para que no la faltase el complemento de una recompensa singular. De esto infero dos breves proposiciones, que examinaré para contentar vuestros deseos. Primera: María escogió la mejor parte por sus heroicas virtudes: *María optimam partem elegit*: Segunda: María escogió la mejor parte por la singularidad de su gloria: *Quae non auferetur ab ea*.

PRIMERA PARTE

San Gregorio entiendo indicado el grado perfectísimo de los méritos de la Madre de Dios, en aquella montaña que se fundaría en la cima de los montes y se levantaría sobre los collados. Supuesto que por otra parte, en frase de la misma Sagrada Escritura: toda la gloria de la Hija del Príncipe, es interior; la verdad de su santa vida intelectual abraza no solamente sus incomprensibles actos contemplativos, que son la oracion, leccion y meditacion, sino tambien el conjunto de todas las virtudes así teológicas, que la sirven de ordinario alimento, como morales que forman su milagroso adorno. Sin embargo, en general y sucintamente daré una ligera ojeada sobre esta al-

tísima doctrina, porque es imposible recorrer en particular las grandezas de María.

Empezando, pues, por su oracion, ¿quién no ve que fué su mas dulce y continuo ejercicio! ¡Ah! Constituida Bienhechora de los hombres aun antes de la Humanacion del Verbo, presentaba á Dios sus peticiones, y tambien los clamores esforzados de todos los Santos Padres y Justos de la tierra, á fin de que su misericordia les adelantase el remedio. Tanto accedió Jesucristo á sus ruegos, una vez en que estaba para dar principio á su ministerio público, que segun pareca, obró fuera de tiempo el primer milagro de las bodas de Caná. Sabemos que despues de la Ascension de su Divino Hijo al cielo, perseveraba unanimemente en la oracion con los Apóstoles, y que en el resto de su vida hasta la muerte, como se afirma en su historia, la ocupaba el mismo cuidado por la Iglesia. En cuanto á la lectura de las Sagradas Páginas, si bien consagraba mucho tiempo en repararlas, con la ciencia infusa estaba tan capaz de sus profundos misterios, que á diferencia de los demas mortales, ni uno solo se le ocultó: los trataba y conferia con incomparable profundidad y agudeza, sin que la perturbase jamas algun impedimento terreno. Ultimamente, es necesario para meditar, en sentencia del Angélico Doctor, que el entendimiento ponga de su parte un estudio propio. ¿Y qué lengua podrá explicar la exactitud, atencion y confianza con que investigaba la verdad! ¡El hermosísimo espejo de la luz divina, no habia de recibir de un modo el mas perfecto sus impresiones y resplandecer con singular claridad! ¡Ah! Era eficazísima en obrar, prestísima en discurrir, profundí-

sima en conocer: era el objeto de admiracion para los cielos y la tierra, y aun en su modo, para el mismo Dios, que la hizo toda á medida de su corazon.

Su Fe sumisa é inmoble estado, aunque para ella el mas inferior de contemplacion, ó porque fué iluminada con el conocimiento abstractivo de la Divinidad, ó porque fué arrebatada muchas veces á la vision intuitiva, es el ejemplar de todos los creyentes. Por haber prestado su asenso al mayor de los misterios mejor que Abraham á la revelacion de las promesas, se elevó á la mayor grandeza despues de Dios. Por no haber buscado entre los muertos como las otras piadosas mujeres, al Autor de la vida que habia sido crucificado y sepultado, sino que esperaba en silencio el cumplimiento de su palabra sobre la Resurreccion, quedó entonces reducida á ella sola esta inestunable luz sobrenatural de la Iglesia, como á su Maestra y Fundadora. Su ESPERANZA, virtud supereminente y el original de la nuestra, estuvo en ella cual correspondia á tan grande gloria á que la elevó el Señor, y á que no pudo extenderse mas su brazo poderoso. Porque vistió al Verbo eterno de carne humana, no solamente poseyó la excelencia de esta virtud, sino que tambien el Espíritu Santo la hizo dulce Madre de todas nuestras esperanzas. En ella se verificaron legitimamente y en su entero complemento estas palabras que pronunció el Esposo de los Cantares: "Tus emisiones fueron paraíso;" paraíso porque todo es gracia, felicidad y vida, cuanto conseguimos por los méritos de Jesucristo y los auxilios que por su Santa Madre nos comunica. Su CARIDAD, virtud nobilísima, la bebió en su misma fuente, de tal suerte, que excep-

tuando únicamente la que recibió la Sacrosanta Humanidad de Cristo, por su admirable union hipostática, es en orden á una pura criatura la participacion mas completa de la divina é increada. Basta decir, que en razon de que sola María desempeñó por toda la descendencia de Adán la ley de amor, se sancionó en estos términos: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, y con todas tus fuerzas."

En el segundo orden que hay de virtudes, obtiene el primer lugar la PRUDENCIA. Es como la raiz de las demas morales, y la luz con que entendiendo el bien que se ha de obrar, dirige las operaciones de los apetitos rectamente. La Soberana Señora, como si fuese un espejo muy terso, así reverberaba á la impresion de los rayos vehementes de este astro lucidísimo, porque nunca tuvo el grave peso de las pasiones, ni experimentó la corrupcion de la naturaleza. Siempre caminaba de lo bueno y santo, á lo mas perfecto y santísimo. Por la superioridad de esta virtud, le llama la Iglesia católica nuestra Madre Virgen Prudentísima, y con sobrada razon, puesto que á la sinceridad de la paloma, reunió la prudencia de la serpiente. La gran virtud de la JUSTICIA es la que mas sirve á la caridad, porque tiene por objeto el derecho que se debe guardar para con el mismo Dios y para con el prójimo. Nuestra sapientísima Reina la ejerció con tanta perfeccion y plenitud en cada uno de sus géneros y especies, que cumplió segun su aptitud, lo que se halla escrito en los Proverbios, bajo estos términos: "Yendo en los caminos de la justicia, y por mí determinan los poderosos lo que es justo."

La virtud de la FORTALEZA se infunde para mode-

rar los actos de la pasión irascible, principalmente consigo mismo. La inocentísima María se opuso y peleó constantemente con los pecados de otros y con tradiciones del común enemigo, sin que por parte de sí misma tuviese jamás movimientos desordenados que contener. La fuerza de espíritu y valor heroico que manifestó en todas las adversidades y trabajos, que manifestó en todas las adversidades y trabajos, llegó á su consumación al pie de la Cruz, cuando vió suspenso á Jesucristo de sus mismas llagas, y se sintió con el corazón desgarrado por la espada del dolor. Hé aquí la Torre de David con mil escudos pendientes, con que se arman los fuertes de la Iglesia. La virtud de la TEMPLANZA se da para gobernar los ímpetus de la potencia concupiscible. Este es el origen de la abstinencia, mortificación, pureza, virginidad y otras perfecciones de la carne. Volviendo, pues, nuestros ojos hácia el insigne ejemplar de todas las virtudes, apenas se hallará rasgo que muestre mejor esta excelencia moral suya, como el siguiente verso de los Cánticos: "El nardo con que estaba perfumada, espació su olor de una manera tan dulce y agradable, que el Rey de gloria, el mismo Dios, quedó encantado."

¡Afortunada Virgen, por haber ejercitado tan sublimes virtudes, tan gloriosas acciones! Pero, ¡oh Dios mío! ¡Oh Supremo Juez y Remunerador! Tal santidad, tal tesoro, mas bien era digno guardarse en el cielo que en la tierra. Con el objeto de unir la á sí estrechísimamente, la acabó de consumir el Sagrado Esposo con su divino amor, antes y en el acto mismo de su muerte. Escuchemos si no, las palabras que esta singular Esposa, como agonizante, entre fervien-

tes deseos le dirige en las últimas líneas del Libro de los Cantares: "No puedo cantar aquí abajo. Huye, amado mío, y corre al modo de la corza, y el cervatillo sobre la montaña de los aromas. Yo iré á buscarte allí, y haré que oigan mi voz tú y todos los que tú amas."

SEGUNDA PARTE

"Como advierte San Bernardo, la Bienaventurada Virgen María goza tanta gloria singular en los cielos sobre todas las criaturas, cuanta fué la gracia que recibió en la tierra! "¡Qué hermosura ruego, pregunta Santo Tomás de Villanueva, qué perfección, qué gloria no corresponde á la Madre de Dios!" Y porque no es diversa la carne de Jesús y de María, sino una misma, uno mismo es el espíritu, uno mismo es el amor, unas mismas son las delicias. De tal suerte, que la regla con que debe medirse la felicidad eterna de la Madre, sin duda alguna consiste en la bienaventuranza del Hijo. Es María, pues, á ejemplo de Jesucristo, resucitada, es elevada á la celestial mansion y descanso, está sentada á la diestra de su Hijo Santísimo, y ninguna gracia se niega á su intercesión. Dignaos, señores, atender á la exposicion de todos estos puntos, á fin de que se excite vuestra tierna devoción y vuestros piadosos afectos hácia nuestra Soberana Madre.

GLORIA DE RESURRECCION.—María, como hija del antiguo Adán, aceptó gustosa la sentencia de muerte,

porque ni el Hijo del Hombre la rehusó. Sin embargo, como Madre del Dios vivo había de resucitar anticipadamente para presentar en el cielo, como lo hizo nuestro Redentor, las primicias de la carne. En tus manos, ¡oh Hijo mio! hablaría á Jesus en la hora feliz de su muerte, en tus manos encomiendo mi espíritu. Recibe esta alma predilecta que conservaste ajena de toda reprensión; á tí te entrego mi cuerpo y no á la tierra. Es verdad que su cadáver virginal se depositó algun tiempo en el sepulcro, pero cual semilla limpia que se guarda en el granero. En aquel lugar no se conocia la tristeza, no invadía el póstumo hedor, ni manaban asquerosos gusanos; al contrario, era un túmulo cubierto de flores, aromatizaba con ungüentos de suave olor y vertía abundantemente bálsamos de esquisita fragancia. Por otra parte, semejante á Jonás, que al cabo de tres días salió por milagro, entero y sano del vientre del gran pez, con mayor vigor que Enoch y Elías cuando fueron trasladados de la vista de los hombres; se levanta de la tumba su cuerpo inmaculado libre de la muerte, con el premio de todas las aureolas y singulares dotes, y unido segunda vez á su alma sacratísima. ¡Cómo no había de ser así, si según afirma San Juan Damasceno, convino, que á la manera que al tercero día resucitó del monumento el Cuerpo Santo é incorruptible que de María unió para sí el Verbo de Dios, el de la Santa de los Santos, fuera también arrebatado de entre los muertos?

GLORIA DE INEFABLE ASCUNCION.— Feliz el día, exclamaré con Hugo de San Víctor, en el que la Virgen de las Vírgenes, el paraíso de delicias fué con-

ducida á los cielos, sublimada hasta la celsitud del solio real! “¡Quién será capaz de concebir, valiéndome de la frase de San Bernardo, con cuánta gloria se haya hoy adelantado la Reina del mundo!” ¡Ah! Nadie ciertamente. Yo experimento por fuerza, que al considerar la pompa y magnificencia de su triunfo, mi entendimiento se confunde, mi voluntad se perturba, mi lengua se fatiga, y mi voz tartamudea. Solo sé decir, que dejó á la muerte sus despojos, que esparció sobre el infierno el terror, y que comenzó la Iglesia, estando en su cuna, á dar gritos de alegría. Muy diversa de todos los demas mortales, cuyos restos en un monton de cenizas aguardan la consumacion de los siglos, se eleva, ¡oh y cómo quisiera representároslo! con la misma carne con que el Hijo nos abrió las puertas eternas; toda rodeada de luz, hermosa como Jerusalem, y con una eterna juventud. ¡Quién es ésta, preguntaban con asombro todos los espíritus celestiales y almas santas, que precedidas de Jesucristo, la salieron al encuentro! ¡Quién es ésta, que sube del desierto colmada de delicias, y apoyada en los brazos de su Amado! “¡Quién es ésta, que sube del desierto como el vaporeillo de los aromas!” Es, responderian, la mas bella de las obras del Criador, la obra mas excelente de la gracia, la misma Reina de gloria. Con razon, ¡oh Dios omnipotente! así lo había predicho mucho antes vuestro gran profeta David, cuando dijo: *Surge Domine in requiem tuam tu, et Arca sanctificationis tue.*

GLORIA A LA DIESTRA DE JESUCRISTO.— “Sea en hora buena, decia á mi propósito San Gerónimo, sea en

hora buena, aquel palacio del cielo lleno de delicias y tronos; y siéntese Dios en ellos, acomodándose y ajustándose en cada uno segun los méritos. A pesar de esto, no sin razon se cree, hablando sin injuria ó envidia de sus innumerables sillas, que hay un solo especial del Señor excelso, y elevado sobre la gloria de todos: la Madre, digo, exaltada mas allá de los coros de Angeles, de manera que nada contemple antes de sí, ademas de su Hijo." A la verdad, ella asiste ante el trono de donde proceden los resplandores, voces y truenos, como única Reina, á la derecha del Dios de la gloria, con su vestido dorado, y circundada con la variedad de dones: Ella está ceñida con dos estolas, la una del entendimiento, segun que contempla á Jesucristo, en cuanto es Dios, y la otra de la carne, segun que lo mira con los ojos del cuerpo, en cuanto es hombre; ambas la hermosean y atavian, pero conforme á la mayor claridad y ardor con que las posee sobre los demas bienaventurados; Ella, en fin, no descansa en una de las doce sillas que ofreció el Hijo del hombre á sus Apóstoles, sino que en realidad debemos confesar, que es el mismo tribunal del Juez: *Veni electa mea, et ponam in te thronum meum.*

GLORIA DE PATROCINIO Ó DE INTERCESION.—Jesucristo, por explicarme de esta suerte, ha dividido hoy con María su autoridad, porque siendo, como dice San Epifanio, verdadera y única imitadora de su Hijo, dará tambien dones á los hombres. En efecto, solo faltaba que la fecundísima raiz de Jessé se trasladase hasta la cumbre del monte santo, despues de haber

fructificado sobre la tierra, para que comenzase á brotar nuevos vástagos, inestimables semillas de gracia y bendicion. ¡No nos acredita la experiencia que procura en todos tiempos nuestra salud espiritual y temporal, que es desde los cielos el consuelo y esperanza de la Iglesia, el amparo de los justos, el asilo de los pecadores? ¡Ah! Su benignísimo corazon se derrama en la abundancia de su amor hácia los hombres; su mano protectora se extiende desde el uno hasta el otro polo, y no reconoce mas límites que los de toda la tierra. Los sagrados templos son otros tantos baluartes con los que afirma y sostiene en nosotros las virtudes y el fervor. Dios ha dispuesto con suma providencia, que los santuarios en que se veneran Imágenes milagrosas de esta Sacratísima Virgen, sean mas en número que los suyos; para que se dé á conocer y para que así resplandezca mejor su patrocinio. El que dispensa á esta Santa Iglesia Catedral, que tiene la dicha de consagrarle sus cultos como á su Patrona, no lo deberé olvidar.* ¡Oh! aquí permanecen sus ojos abiertos para atender á nuestras necesidades; aquí está su compasivo corazon movido á socorrerlas. ¡Admirable Medianera! ¡Incomparable Bienhechora! ¡Amantísima Madre nuestra!

A tí, pues, nos acogemos, ¡oh Virgen Soberana! ruega por nosotros para que alcancemos las promesas de nuestro Señor Jesucristo. "Contigo están, como

* Este discurso, como se advierte en él, fué proferido en la Santa Iglesia Catedral en un día de la Asuncion de la Virgen María, su Gloriosa Titular: asimismo se halló presente el Illmo. Sr. Obispo Diocesano, Dr. D. Antonio Mantecón, que celebró la misa.

dice el Libro de la Sabiduría, las riquezas, la gloria y la justicia." Si, cristianos, ya habeis visto que lo que hace mas perfecta y singular á la digna Madre de nuestro Salvador, consiste en el mérito de sus heroicas virtudes y buenas obras, origen aun de su misma dignidad. Asimismo su gloria bajo de cualquier aspecto que se considere, la hace omnipotente para con su Hijo, que es nuestro Dios. Por manera, que cuanto no pueden concebir las inteligencias mas sublimes y cuanto en cierto modo pueden celebrarse sus grandezas, todo, todo dimana de la fuente inagotable de su copiosísima contemplacion: *Maria optimam partem elegit, quae non auferetur ab ea.*

Apliquemos ahora á nosotros el inestimable fruto que debemos recoger de su misteriosa Asuncion. ¡Oh! sus virtudes practicadas en este mundo la ensalzan como un ejemplo sublime que estamos obligados á seguir. Es verdad que su vida en lo interior toda fué un conjunto de privilegios superiores á todos nuestros pensamientos; pero en lo exterior, toda es comun y del todo adaptada á nuestra capacidad. Así nos suministra lecciones y preceptos para todos los estados, esto es, para la juventud y para la edad mas avanzada; para los Prelados y para los simples fieles; para las vírgenes y para las casadas; para los niños, las viudas, los desamparados, y los amadores del retiro; para los que están en grandeza y en humillacion, en prosperidad y en adversidad. ¡Felices nosotros, si con la medida de la gracia nos formamos en la santidad por el modelo de sus eminentes virtudes! Su gloria la adquirió un dominio universal en

todos los bienes espirituales y temporales, por lo que es objeto de nuestra mas tierna confianza. ¡Con cuántos prodigios ha señalado esta gran Señora su bondad y su poder! Ea, pues, invoquémosla, alabémosla, tributémosle todos nuestros respetos, y disfrutaremos en la tierra de unas delicias sólidas y verdaderas que por su naturaleza conducen á la bienaventuranza.

Así SEA.

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



SERMON DE SAN AGUSTIN

*Indignum Dominum Jesu Christum
"Revestis de nostro Sacerdote Inscruito."
EPISTOLA DE SAN PABLO A LOS
ROMANOS. CAP. XIII, v. 14.*

Aquel Dios grande, poderoso y terrible, que crió al hombre de la tierra y lo hizo según su imagen, lo vistió también, en expresión del Eclesiástico, de la virtud propia de su ser. No contento con derramar generosamente los inestimables dones de la naturaleza, siempre ha cubierto y engalanado á los buenos con los preciosos adornos del deleite y la alegría, de la hermosura y del honor, de la gloria y majestad. "Te juré mi protección, dijo por boca de Ezequiel á Jerusalem: Te vestí con ropas bordadas de diversos colores y calzado magnífico: Te cení con lino fino y te cubrí con manto finísimo." Por el contrario, el pecador siempre ingrato, ha trocado las vestiduras blancas de la inocencia por el grosero saco de la inmundicia; se ha desnudado del hombre nuevo, para tomar la forma primera del hombre viejo. ¡Desgraciados!

¡Quereis todavía lavaros y ejercer las obras de la luz? Seguid, pues, las exhortaciones del Apóstol, revestíos de Jesucristo: *Induimini Dominum Jesum Christum.*

Eterno monumento de esta verdad es el gran Padre San Agustín, cuya fiesta celebra hoy la Iglesia con noble entusiasmo y santo celo. No pretendo dilatarle mucho tiempo en presentar á vuestros ojos el contraste que ya se deja ver en un errante iluminado, en un pecador arrepentido, en el antiguo Agustín mudado en nuevo. Los dichosos momentos de su milagrosa conversión en que la gracia lo dispuso para la verdadera sabiduría, la dignidad sacerdotal y perfección de la vida, mas me interesan. Así es, que estimulado vivamente por las virtudes y buenas obras de tantos justos que poblaban los desiertos: "¿Qué es esto! exclama, dirigiéndose á su amigo Alipio, ¿en qué pensamos! ¡Los ignorantes nos arrebatan el cielo, y nosotros insensatos, con todas nuestras ciencias abismados en la carne y la sangre! Qué, ¿porque ellos han tomado la delantera, tendremos vergüenza de seguirlos! No, mas vergonzoso será no ir en su seguimiento." Al punto camina precipitadamente hácia el fondo de un jardín, donde comienza á desahogar su dolor con gritos y gemidos; se recuesta en seguida debajo de una higuera y derrama un torrente de lágrimas; poco después oye la voz como de un niño, que cantaba: "Toma y lee: toma y lee;" se levanta, vuelve al lugar en que estaba Alipio, y abre las Epístolas de San Pablo. ¡Oh feliz Agustín! el primer lugar que se presenta á tu vista son las palabras no menos de tu conversión que de tu elogio: Revestíos de nuestro Señor Jesucristo.

Aunque todos hemos recibido de la plenitud de Jesucristo, hay en los justos, y mucho mas en los Santos, un carácter singular que los distingue de los demas. Yo juzgo que el de Agustín, transformado por la gracia, es el buen olor de sus vestidos. Por lo cual, no temo poner en boca de su piadosa madre, cuando lo vió levantado cual columna firme de la Iglesia, estas tiernas y cariñosas expresiones con que antes de morir bendijo Isaac á Jacob: "El olor que exhala mi hijo, es semejante á un campo lleno de flores, que el Señor ha colmado de sus bendiciones." Sí, vestirse de Jesucristo, segun la propia inteligencia de mi tema, es imitar sus virtudes y toda su vida perfectísima. Pues bien, dado el caso de que mi débil lengua pudiese publicar, que nuestro Santo lo siguió de un modo sublime, le veriais con las insignias del Salvador, y juntamente lograría el fin de mis deseos. Hé aquí la idea general de que partirá mi discurso. Para promoverla con acierto, ayudadme á saludar con el Angel á la Madre de la divina gracia. Ave María.

Revestíos de nuestro Señor Jesucristo.
Epístola de San Pablo á los Romanos. Cap. y. v. citadas.

Tres cosas se guardaban en la Arca del Testamento, sobre la tabla llamada propiciatorio; las tablas de la Ley, la vara floreciente de Aaron y la urnita del maná. El propiciatorio figuraba á Jesucristo, como dice el Angélico Doctor: las tablas le significaban como Legislador; la vara como eterno Sacerdote, y el maná representaba la plenitud de su Divinidad y de su Santidad. Hoy que á la sombra se substituyó

la luz, y al símbolo el prototipo, comunica el mismo Legislador á los hombres, segun su beneplácito, la virtud de la sabiduría y de la ciencia de las cosas divinas, confiere como Sacerdote á los hombres una potestad espiritual y les imprime un carácter indeleble; y en fin, como Dios, y como el Santo de los santos, alimenta las almas con el maná de todas las virtudes. Además, así como los Israelitas gustaron en el desierto de este sabroso y raro manjar, así la soledad ó el retiro es á propósito para la perfección de la vida. Supuestos estos principios, ya no me será difícil delinear el retrato del grande Agustin, vestido de todo Jesucristo: Lo primero: como un insigne Doctor: Lo segundo: como un Obispo ejemplar: Lo tercero: como un Patriarca de Regulares. *Inhominum Dominum Jesumchristum.*

PRIMERA PARTE

Un Doctor de la Iglesia está obligado á tener instruccion, así en los misterios de la fe, como en los principios de la moral cristiana; este debe ser el único objeto de sus cuidados, de sus trabajos y de sus triunfos. Pero yo, señores, me hallo como dudoso para tirar los primeros trazos en el lienzo de mi desaliñado razonamiento. Si considero á un hombre, que combatido por los errores, apenas tenia idea de Dios, sus propios extravíos me conducen á representárosle como un sol, que de la noche á la mañana, merced á la gracia, ilumina por todas partes. Con todo eso,

no me parece bien traer á colacion sus defectos, dilatándome mucho en ellos, ya que reclaman imperiosamente nuestra atencion sus heróicas acciones. Si levanto los ojos para ver sus rayos lucidísimos, confieso ingenuamente que me deslumbran y que casi casi me obligan á cerrarlos. En medio, pues, de tan vasta y de tan profunda materia, elegiré indicaros algunas breves reflexiones en elogio de nuestro Santo, valiéndome de la paráfrasis de las formas con que él mismo ha dado á conocer á la verdad: "Siempre brilla en el orbe cristiano, dice, siempre agrada, siempre mueve."

Me confundo al leer en las páginas de la historia de tan ilustre Doctor, cómo en los primeros años de la puericia aprendió las siete artes liberales, sin necesidad de las lecciones que le diese algun maestro. Con igual suceso entendió los libros de Aristóteles al cumplir los cuatro lustros de su edad, y se hizo en el justo aprecio de los sabios, tan perfecto orador como filósofo. Pero, ¡oh desgracia lamentable! entregado á sí mismo este astro luminoso, va á eclipsarse bajo las densas sombras de Epicuro y de Maniqueo. En adelante, solo intenta arrancar con todas sus fuerzas el sagrado depósito de la fe de los corazones de todos los católicos. La agudeza de sus sofismas es insufrible, la Iglesia se alarma en contra de su doctrina, y el celoso Obispo de Milan manda añadir en las letanías estas palabras: *A logica Augustini, libera nos Domine.*

¡Mundo falaz! hasta aquí tuviste la presuncion de admirar al genio de Tagaste como maestro del error; ya le verás, aunque á tu pesar, como columna de la

verdad. ¿Quién creería, señores, que un solo hombre escribiera con aplauso del cristianismo, noventa y tres obras perfectas, en doscientos treinta y dos volúmenes, sin contar muchos sermones y cartas muy importantes! "Tantas son, según el Beato Tomás de Valencia, que apenas se pueden leer, tan diversas que parecen ser formadas con mayor motivo por muchos, que por uno." En efecto, mas por otra parte, ¿qué elogios no deberán tributar los siglos al incomparable Doctor, cuya pluma abraza toda la doctrina católica! ¡Oh! él fué sin duda el primero que entendió las profecías anagóricas, abrió el Libro cerrado con siete sellos y descubrió los misterios. La Ley y el Evangelio, Jesucristo y su Iglesia, la gracia y el pecado, el dogma todo y la moral; he aquí los puntos universalísimos de que se ocuparon sus sábias discusiones. De este canal de aguas vivas bebió el afectuoso San Bernardo, el insigne Maestro Santo Tomás de Aquino, el sutil Escoto, el Seráfico Padre San Buenaventura y todos los demas Doctores. De aquí nacieron los filósofos, los oradores y los teólogos. Con este apoyo se fijaron las determinaciones de los Concilios y los decretos de los Sumos Pontífices. "Capaz por sí solo, como decía San Gerónimo, de exterminar la herejía, dispersó por toda la África á los Arrianos, impugnó á los Marcionitas, destruyó á los Maniqueos, minoró á los Donatistas, confundió á los Pelagianos." Pero basta ya de amontonar pruebas en una verdad tan clara, y examinemos el modo de producir sus pensamientos.

Como que las Sagradas Escrituras nos presentan los ejemplos mas enérgicos del sublime, así por la

grandeza de Dios é incomprendibilidad de sus atributos, como porque todas sus descripciones son admirablemente nobles: se eleva el ánimo y entra en una especie de entusiasmo muy agradable. De aquí es, que cuanto en unas partes arrebató su lectura, excita en otras las delicadas fibras del gusto con multiplicados y suaves incentivos. En vista de esto, ¿qué encomios merecerá el universal Comentador del antiguo y nuevo Testamento? ¡Ah! El se apropió la ciencia de Moisés, la ilustracion de los Macabeos, el espíritu del gran David, el celo ardiente de Elías, la prevision de los Profetas y la erudicion de los Apóstoles. Los nombres inmortales con que la gratitud ha honrado su memoria, son otros tantos gloriosos testimonios del aprecio que se debe á sus escritos. San Bernardo le llama, la lengua de la Iglesia: Posidonio, el hombre celestial: otros, el Pablo del V siglo. La misma Iglesia, "luz de los Doctores, firmeza de la Iglesia, martillo de los herejes, vaso insigne de subiduría." Con razon, porque es comparado á la águila, en la exposicion de los Divinos Libros por el sentido anagórico que embelesa. Así lo reconoció San Gregorio en una respuesta al prefecto de Africa, con ocasion de que le pedia interpretaciones sobre Job. "Si deseais, le escribe, saciaros con un delicioso pábulo, leed las obras de nuestro compatriota Agustin." No puede, pues, dudarse de los encantos de su doctrina; mas si hace tomar interes al corazon, tambien lo mueve.

Para expresar de algun modo la fuerza y uncion de sus producciones, ¡oh y cuánto celebrara yo, arder en el fuego de que él mismo estaba abrasado! Sin em-

bargo, hablarán por mí estas palabras de que usó el citado Obispo de Valencia: "su lengua lo manifiesta como es, su escritura es el espectáculo de él mismo." Sí, su escritura es la imagen verdadera del que repitió muchas veces: "Entre los brazos de mi Salvador quiero vivir y deseo morir." Pintémosle aún por una digresión conexas al objeto de esta prueba, confundiendo de viva voz á los herejes. Vengan los principales discípulos de Manes á disputar ante la antorcha encendida de la verdad. Cual ligera sombra desaparecerá el orgullo de Fortunato, como exhalacion que poco dura, así se apagará Fausto, y en medio de tanta luz se convertirá el dichoso Félix. Asistan en hora buena á la famosa conferencia de Cartago hasta trescientos obispos Donatistas, sus esfuerzos serán inútiles. Comienza á argüir Agustín, trescientos obispos Católicos le encargan la causa de la fe, y una multitud de extraviados se convierte. ¡Qué triunfo!

Mas, ¿por qué me remonto yo á aquellos antiguos dias, si aun subsiste hoy la mocion de sus discursos! ¡Ah! todavía predica en el púlpito, ilumina en el confesionario, dirige la vida de los justos, decide en casos dificultosos de la conciencia y alienta á los pecadores. ¡Qué lástima que no me permita el tiempo extenderme mas sobre estos particulares! No siéndome, pues, posible, me contento con haberos mostrado la excelencia de su doctrina, por su brillo, por su agrado y por su fruto. Voy ahora á admirarle con el carácter y oficio sacerdotal.

SEGUNDA PARTE

No es el honor del obispado lo que precisamente constituye á un Apóstol, el exacto desempeño de sus deberes esto sí que lo engrandece y trasmite á la posteridad su memoria. Las muchas cualidades que exige de él y numera San Pablo, se contienen y se deducen de este exordio: "El que desea el Obispado una buena obra desea." De aquí interpreta y concluye San Gerónimo: "Desea la obra, no la dignidad, el trabajo, no las delicias." Fácil era conocer á Agustín como ejemplo de Prelados, discurriendo por cada uno de los apreciables rasgos descritos por el mismo Apóstol, y que no refiero por no dilatarme; pero semejante narracion, al paso que ocuparía mucho espacio de tiempo, traspasaría los límites de un discurso. Mejor, pues, reduciré mis ideas á determinados puntos, valiéndome de estas otras palabras suyas, con que exhorta á Tito, Obispo de Creta: "Presentate tú mismo, dice, como modelo de buenas obras en todas las cosas en doctrina, en integridad, en gravedad." Así es, que dos excelencias que tambien explicó nuestro Santo, pide con instancia de un Pontífice cristiano en la persona de Tito: "Una es la sana doctrina divulgada en la predicacion del Evangelio, y otra es el ejemplo de las virtudes con que inflame á los demas para imitarle.

Ya me parece que veo á Agustín presentarse ante el Obispo Valerio, en medio del afortunado pueblo de Hipona. ¡Oh qué sorpresa! ¡qué diversidad de sentimientos! La grey le ruega con ansia que lo ordene, el humilde electo alega mil excusas: ella lo aclama, él á sollozos; todos se alegran, él solo llora. Entre tanto, no pudiendo resistirse mas accede y recibe los órdenes sagrados. Ministros del Altísimo, seguidle desde aquí hasta el retiro, donde para abrirse entrada en el Santuario, se prepara con la oracion y penitencia. Aunque ha de tardar allí el tiempo conveniente, cuando sea fortalecido como el Bautista, entonces subirá al púlpito. En efecto, sus sermones produjeron los preciosos resultados que se esperaban, así de su grande elocuencia como principalmente de su celo por la gloria de Dios y bien de las almas. Con una de sus manos sembró cual diestro labrador la semilla de la fe y de la virtud, y con ambas arrancó algunos abusos escandalosos de aquella Iglesia, no obstante que habían profundizado sus raíces. Sublime sin vanidad, natural sin bajeza y nervioso sin el auxilio del arte, representaba en un todo el modelo de Abacuc. Pero mientras que su nombre de día en día se hacia mas célebre en toda la Africa, imposibilitaba al Pastor su avanzada edad. En tales circunstancias fué consagrado Obispo, para servirle de coadjutor en aquella Diócesis, y al cabo de un año, por muerte de Valerio, quedó revestido con toda la autoridad episcopal. Aunque se quejaba al cielo como Jeremías, de cargar un excesivo peso á sus fuerzas, trabajó constantemente con mas celo y eficacia que antes. A su palabra cambiaban las costumbres y todo mu-

daba de aspecto: se miraba á sí misma Hipona y no se conocía.

¡Y pensais acaso, señores, que solo se contentó con apacentar á su rebaño! No por cierto. Las demas Iglesias de la provincia de Numidia son testigos de que oyeron la verdad por el eco de su voz. Tambien vosotros, ¡oh púlpitos del vasto Arzobispado de Cartago! fuisteis teatros sucesivos donde despertó á los pueblos y detuvo los progresos del error. ¡Qué mucho, cuando no podia saberse si era mayor el deseo de los Obispos ortodoxos, para que predicase á sus ovejas ó para contarse entre sus discípulos! El caso es, que llegó al punto de ser respetado como padre de los fieles, pastor vigilante y oráculo de la Iglesia universal. Mas si llevaba la luz del Evangelio por todas partes, no menos defendía la Religion cristiana con sus discursos que con sus raros ejemplos.

Figuratos por un momento, que á la molestia de habitar aquel país ardiente, se agregaba la inhumanidad de los Circumcelionics. ¡Oh! estos eran unos hombres muy feroces, acostumbrados á sacrificar á sus semejantes y á tenerse las manos con su sangre. Agustín les oponia una conducta llena de dulzura, y los atraia como David á su amistad y union: intercedió muchas veces por ellos ante los emperadores, con el fin de que mitigasen el rigor de sus penas, y ahuecó por su salvacion. ¡Aun quereis ver, ¡oh devotos admiradores del Santo Obispo de Hipona! en su persona, para formaros una idea general de sus sanas costumbres, el diseño con que dibujó San Bernardo á un Prelado! Pues era justamente un Juan ante los reyes, un Moisés para los Egipcios, un Finéas para

los lascivos, un Elías para los idólatras, un Eliseo para los avarientos, un Pedro para los mentirosos, un Pablo para los blasfemos, un Cristo para los negociantes. Inagotable en su caridad, solitario por gusto. . . . ¡Pero qué es lo que hago yo! ¡Ah! se me olvidaba, que he prometido tratar por separado del complemento de sus virtudes.

TERCERA PARTE

Sin duda que en la vida del siglo es mas difícil cumplir con los preceptos del Evangelio que en el estado de religioso: aquí se rompen los vínculos con que aquella liga fuertemente al hombre. Ademas de esto, tiene un grande y singular mérito, segun las palabras de un sabio, el que no solamente se guarda limpio, sino que tambien procura que los demas no se manchen. Por lo cual, la gloria del que cria discípulos que lo imiten, es parecida á la de Moisés, á quien intimó el Señor este mandato: "Reune para mí setenta varones de los ancianos de Israel, que juntamente sean ancianos del pueblo y maestros. Los llevarás á la puerta del Tabernáculo de la alianza, harás que allí estén contigo para que yo descienda, tome de tu espíritu y les dé á ellos, y sustenten contigo la carga del pueblo." ¡Y abrazar la regla de San Agustin, no es lo mismo que recibir de su alma ó de su espíritu! Ciertamente. *Auferamque de spiritu tuo, tradamque eis.* Pues hé aquí los últimos lineamentos

que faltan á la pintura de nuestro Santo, esto es, los de Monje y de Legislador.

Desde que la gracia tocó eficazmente á Agustin, dió de mano á todas las esperanzas del mundo, y corrió á buscar la paz en la soledad. Se apartó de esta patria inferior y terrena como Abraham, para ir á aquella superior y celestial. Hayó como Lot, y no volvió la cara hácia atrás; porque, "no son aptos para el reino de Dios, los que con la mano puesta en el arado toman la cabeza á mirar por las espaldas." Partió como Jacob, y solo descansó en aquel lugar donde vió las escalas por las que se sube al cielo. Yo intentaba, señores, haceros observar el principio de su fervor en un retiro, poco distante de Milan; despues quería llevaros á otro cerca de Cartago, y de allí á su misma casa episcopal. Mas en una materia tan copiosa, con decir, en sentencia del Angel de la escuela, que siempre debe tender la vida monástica á perfeccionar la caridad; si os le represento encendido en ella, habré compendiado sus virtudes. Así es; ¡pero qué otro mas bien que él pudiera explicar aquel amor con que se unió á Dios y le atravesaba el corazon! *Sagittaveras cor meum charitate tua.* ¡Quién como él dejó escritos á la posteridad sus pecados en los trece Libros de sus confesiones! ¡Ah! El mismo se acusa, y no se excusa, él mismo se arrepiente, y no miente. ¡Se encontrará mayor humildad que la que publica á los hombres todas las maldades de un hombre! Si le hubiera sido permitido que fueran todos sus huesos lámparas de oro, y su sangre bálsamo que ardiera en ellas; así queria consumirse en holocausto á Jesucristo. Inflamado al mismo tiempo de celo divino

por el prójimo, esparcia brasas al modo de Ezequiel sobre la ciudad; descaba como San Pablo, hacerse anatema por sus hermanos, y muchas veces aseguró en el púlpito, que no quería salvarse sin sus oyentes: *Nolo salvus esse sine vobis.*

Gran Dios! justo es que el nuevo Gedeón acaudille soldados dignos de pelear con él: soldados, digo, cuya divisa sea su sabia regla, y en vez de espada usen decisivamente de su lengua. Si, los dos órdenes religiosos que fundó nuestro Héroe, el de Canónigos regulares y el de Monjes ó eremitanos, siempre harán honor á la Iglesia Católica, y enriquecerán el mérito de su admirable Patriarca. No menos ensalzarán su gloria cincuenta y dos Congregaciones diferentes nacidas de ellos, que se han santificado bajo sus mismas leyes en todo el orbe, y de cuyo seno han partido innumerables discípulos suyos para el cielo. En prueba de ello, dexará hablarnos de la humildad de un San Guillermo, duque de Aquitania, del excesivo ardor y liberalidad de un Santo Tomás de Villanueva, de la inaudita penitencia de un San Nicolás de Tolentino, de la sabiduría y santidad de los Gerardos, Juanes, Otones, Albertos, Beltrañes y otros muchos. Pero como ya mi discurso se adelanta al fin, no olvidaré á tantas generosas personas del sexo débil, que como milagros de honestidad y mártires de mortificación, han militado bajo de sus banderas. Las Verónicas de Binasco, Julias de Certaldo, Catarinas, Ritas de Casa, Lucías Amerinas, Julianas de Busto, Claras de Monte Faleo y otras mil, hacen las margaritas preciosas que adornan su cabeza en premio de sus sabias instituciones y del poderoso atractivo de

su ejemplo. Aun los días presentes no desmentirán á los pretéritos, y los siglos mas remotos darán á conocer al Padre en sus hijos.

Traigamos ahora á la memoria, que San Agustin tomó de Jesucristo vestidos lucidos y de gusto, por parte de la sabiduría; vestiduras sacerdotales como las de Aaron, una túnica blanca de lino de fondo y otra encima de color de jacinto, con muchas campanitas de oro en su orla, para que las buenas obras del Sacerdote, como dice San Gregorio, publiquen á voces el camino de la vida con el sonido de la lengua; vestidos pobres y toscos de un solitario, pero bordados con el oro y plata de todas las virtudes. Así lo reconoceremos y admiraremos revestido del poder, de la sabiduría y de la bondad de Dios. *Te Deum Dominum Jesumcrístum.*

Quiere el Señor que renazca entre nosotros su caridad, de cuyas llamas fué víctima en el asedio de Hipona. Imíten los sabios la pureza de su doctrina, los sacerdotes su vigilancia, los religiosos su perfeccion, y todos los fieles de cualquier estado que sean su fé y piedad. Caminemos al buen olor de sus virtudes, que aunque glorioso en los cielos, no se ha desprendido de su afecto ardoroso hácia los cristianos. Confíemos como él, no en nuestros esbierzos sino en el brazo del Señor. Pidamos á Dios por su intercesion, que nos conceda como á él el don de lágrimas para llorar amargamente nuestras culpas. Supliquémosle por los merecimientos de tan grande Santo, á favor de la Iglesia nuestra Madre, ilustrada con sus inmortales escritos y edificada con sus buenas obras. Triunfe la Religion en nuestros dias así como la hizo

triunfar en los suyos tan recomendable Apóstol.*
Reine en nuestros corazones la gracia, de la que fué
el prodigio, para que consigamos ser participantes de
la corona que ciñe sus sienes en el cielo.

Así SEA.

* Este discurso fué predicado en la Iglesia de Religiosos Agustinos en
un día designado para la fiesta del Santo Patriarca, y en presencia del Illmo.
Sr. Obispo Huicocano, Dr. D. Antonio Manteron, que cantó la misa.



SERMON

DE

SAN COSME Y SAN DAMIAN

*Discipula medici exaltabit caput
illius, et in conspectu magnato-
rum collaudabitur.*

"La ciencia del médico le eleva al
cielo, y será alabada delante
de los grandes."

Libro del Eclesiástico.
Cap. XXXVIII, v. 3.

El hombre en el estado de la inocencia tenía pre-
parado por Dios en el Arbol de la vida, un preserva-
tivo seguro contra la muerte: su fruto vivificador y
singular debía conservarle en una juventud y vigor
perpetuo; mas por una criminal desobediencia á las
órdenes de su Criador, fué arrojado del paraíso ter-
renal ó amensísimo jardín de Eden, y quedó sujeto
con toda su posteridad á las enfermedades y á la
muerte. De aquí nació la triste y dura necesidad de
combatir las dolencias, y este combate puede llama-
se la medicina natural practicada en todos los siglos
y por todos los pueblos. El Altísimo, como que es el
Autor de la naturaleza, y como dice Jesus hijo de Si-
rác, "ha producido de la tierra todos los medicamen-
tos," es el primer Médico. Así es, que muchas veces

cura por sí mismo, y otras muchas por ministerio de los hombres. ¡Qué cosa mas admirable que mitigar los crueles dolores de las enfermedades, y restablecer las fuerzas del enfermo! ¡Qué cosa mas grande que detener el alma en el cuerpo, y casi levantar al mismo cuerpo del sepulcro! ¡Oh ciencia nobilísima! con razon el Libro del Eclesiástico no omitió los encomios que mereces y de que son dignos tambien tus amantes profesores. *Disciplina medici exaltabit caput illius, et in conspectu magnatorum collaudabitur.*

Para elogiar á los dos célebres y nanca bien ponderados hermanos, San Cosme y San Damian, como á unos sabios naturalistas ó como á unos médicos famosos, bastaria compararles con Hermes y Esculapio entre los Egipcios, con Cadmo entre los Fenecios, con Quiron entre los Griegos, con Hipócrates, Galeno y otros muchos. Mas para formar el panegírico de dos ilustres cristianos, que estudiando los males del cuerpo se aficionan de las almas, y se hacen respetar en la Iglesia por sus virtudes y actos de acendrada caridad, como insignes héroes de nuestra santa Religion; seria mejor preferir el acatamiento y el silencio, á no estar uno obligado al desempeño del encargo que se le ha confiado. Los presentaré, pues, á vuestra vista, como que verdaderamente han tenido parte en los conocimientos naturales de Adán y de Moisés; en la Medicina de Dios, con que se nombra á San Rafael Arcángel, y en aquella portentosa que ejercitaron los Profetas, los Apóstoles y el mismo Jesucristo.

Indaguemos ahora, cuanto sea permitido al hombre, el punto esencial del mérito de estos Santos, quienes reclaman no solamente un homenaje político ó civil,

sino tambien un honor religioso. Aparece desde luego, que el carácter que los distingue no es otro que una ciencia médica, no tanto natural como divina. Esta fué por cierto la fuente de donde nacieron las aguas de su gracia, de su bondad, de su precioso tránsito y de su gloria. Oiga el Señor nuestros ruegos para comunicarme las luces, que al efecto se me hacen precisas por intercesion de la Soberana Reina de los Mártires. Ave Maria.

“La ciencia del médico le elevara
al honor, y esta alabada delante
de los grandes.”

Libro del Eclesiástico.
Cap. y vers. citados.

Yo me hallo en alguna manera indeciso respecto á los rasgos principales con que deba continuar el diseño de los dos Santos hermanos médicos y mártires. Confieso ingenuamente, que lejos de tratar de un modo correspondiente un asunto tan sublime, mis débiles pensamientos y mis toscas expresiones empañarán sus alabanzas. Mas supuesto que algo he de hacer, ¡diré, que llegaron hasta la dignidad y altura de un San Lucas Evangelista y médico de profesion! No; pero si imitaron su ciencia, su apostolado y su vida ejemplar, ¡Los pondré en parangon con otros hombres resplandecientes en la misma facultad, como con un San Blas Obispo y Mártir en Sebaste, con un San Zenobio Obispo en Ciricia, y con un San Sidonio, presbítero en Sidonia de la Fenicia! No; mas aunque no obtuvieron el carácter sacerdotal y la prelación en la Iglesia, brillaron como ellos por su caridad, por su desinterés y por su celo. ¡Correrán parejas con

los Ciro, Urticinos, Pantaleones, Juanes, Codratos, Alejandro, Anticós, Ravenos, Rasifos, Diómedes, Avestes, Liberatos, Emilianos y otros muchos Santos Confesores, Médicos y Mártires! ¡Ah! las diversas perfecciones distribuidas en todos estos; se han reunido en los dos bienaventurados hermanos de la Arabia, hasta elevarlos á patronos de la medicina. Sí, ellos no son comparables mas que á sí mismos. ¡Y dónde encontraré una idea complexa, y al propio tiempo anexa á este arte celestial, para distinguir las cualidades características de San Cosme y San Damian! ¡Oh! En el Evangelio consta un pasaje que me suministra al propósito las instrucciones convenientes. Muy próximo á morir nuestro Señor Jesús, y despues de haber predicho á sus discípulos las sangrientas persecuciones que les amenazaban, los exhortó aun á vender su túnica por comprar espada. San Ambrosio advierte, " que esta espada es la palabra de Dios que ilumina y penetra el interior del alma, y es tambien la espada de la pasión con que se consigue la corona del martirio." Ha de ser sin duda aquella espada de dos filos de que habla San Pablo á los Hebreos, y que vió San Juan Evangelista en la boca del Cordero. Armados con ella nuestros Santos, hieren y convierten las almas, y como intrépidos soldados vencen en la gran batalla, sobreponiéndose á los tormentos y á la misma muerte. Voy á explicarme con mayor claridad: Los dos Santos médicos convirtieron su profesión en Apostolado; Punto primero: Son unos insignes Mártires; Punto segundo.

PRIMERA PARTE

Jesucristo es el origen de la divina mision, porque vino al mundo como Legado de su Eterno Padre, para obrar nuestra salud. Los Apóstoles recibieron tambien de su mano este poder que los ensalzó al mas alto punto de honor y de santidad: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos*. Por ellos se comunicó despues á los demas Pastores, Sacerdotes y Predicadores; pero con esta diferencia, que los primeros Ministros fueron enviados inmediatos para anunciar el Evangelio sobre toda la tierra, y confirmarlo con los milagros, siendo así que los segundos, aunque han tenido y conservan legitima la potestad espiritual, no se les ha conferido en toda su plenitud. ¡Y qué no podré asegurar que San Cosme y San Damian, destinados especialmente por Dios como Apóstoles, se hicieron unas antorchas bastante luminosas para convertir á los infieles! ¡Ah! Descorramos las velas del discurso y nos convenceremos de esta irrecusable verdad.

Cuando la Arabia se hallaba sepultada entre las mas densas tinieblas de la ignorancia y del error, y ofrecia sus vanos incienso á los dioses de barro y de metal, comenzó á rayar una luz en su horizonte, cual preludio del claro dia que iba á relucir: era, señores, el nacimiento de San Cosme y San Damian, que anunciaba como la aurora, la suerte feliz de su na-

cion. Cristianos desde su infancia y educados con el sumo cuidado é incansables desvelos de su piadosa madre Teódoia, emprendieron de acuerdo la carrera de los estudios: pasaron á la Siria á aprender la medicina; y como fuesen de ingenios perspicaces ó sobresalientes, hicieron en ella muy rápidos progresos: allí adquirieron un fondo de conocimientos sobre la composición y estructura del cuerpo humano, y sobre los diferentes oficios de cada uno de sus miembros; reconocieron los diversos estados de la sangre y de los humores viciados, que dominan en las enfermedades: el número de éstas, sus complicaciones y síntomas, y los influjos particulares que ejercen sobre los hombres los astros en ciertos y determinados tiempos. No los moverá solamente el laudable deseo de hacerse útiles y benéficos en el ejercicio de esta facultad á sus semejantes; no, una caridad altamente cristiana y un celo verdaderamente apostólico, les inspira este medio como muy á propósito para destruir la idolatría de su país y perfeccionarse aun mas en la virtud. El Omnipotente confirmará sus santas resoluciones, y como sabe distribuir dones de gracia á sus escogidos, los dotará tambien con una ciencia infusa. Los operarios han recibido sus talentos, breve verá el mundo sus conquistas.

Fieles imitadores de Jesucristo, que vino á sanar á todo el hombre: *Totum hominem saluum fecit*: dueños de la medicina de Dios, según Santo Tomás de Villanueva, comienzan sus gloriosas empresas: las primeras curaciones que hicieron fueron milagrosas, y les adquirieron tanta reputación de sabios y de santos, que aun los mismos gentiles los respetaban. Con

ocasion tan oportuna y con aquel doble objeto de dar á los enfermos la salud espiritual y temporal, no solo les aplican la resina eficazísima de Galaad, la mirra, la goma y el incienso de la Arabia, sino tambien el bálsamo aromático y preciosísimo de la gracia. Ora les proponen y explican los misterios mas sublimes de la fe: ora les enseñan los preceptos y máximas elevadas de la mas sana moral. A todos persuaden sin pérdida de tiempo, á adorar á un Dios verdadero, que es el Autor de la vida, y á detestar los ídolos; á abrazar la virtud, aborrecer el vicio, y amar á Jesucristo. ¿No son estos los Simones Pedros, los Jaimes, los Mateos y los Pablos de la Arabia? ¡Ah! Si no lograron extinguir el culto pagano en su suelo patrio, á lo menos extendieron prodigiosamente la Religión del Crucificado, por todas las inmediaciones de Egea.

Pero, ¡oh Dios mio! todas estas maravillosas mudanzas del corazon requerian la cualidad de un Santo, como repetiré, que ellos eran en efecto Santos. Porque ¿de qué aprovecharian á estos hermanos los copiosos caudales solos de conocimientos sobre la medicina y toda la terapéutica? Sin caridad, dice San Pablo, somos como el sonido de una campana y nada mas: al conjunto de luces así infusas como naturalmente adquiridas, reunieron, pues, un fervoroso amor y un noble desinterés. Jamas recibieron de los enfermos lucro alguno, y por esta causa les llamaban *anargyros* ó sin dinero. Este abandono con que miraron las riquezas y su caridad cristiana, así los ha elogiado el esclarecido Jorge, metropolitano de Nicomedia: "Del desprecio del dinero nacieron los nobles ramos de la pobreza, un tenor angélico de vida,

una pureza brillante de intencion, una castidad olorosa con los ungüentos de santidad, una humildad á quien hacia mas sobresaliente la modestia, una inagotable fuente de misericordia; finalmente, la caridad que como rio caudaloso se extendia por todos los estados y condiciones de las personas de su pueblo." No pretendo, al referir su generosidad, disputar á los médicos un estipendio, que supone el Exodo, se les debe de justicia, de ninguna manera: solo quiero que eleveis vuestros ojos á la excelencia de las virtudes de estos Santos, y para que mas resplandezcan, decidme: ¿Se contentarian con prodigar á sus convivientes estos únicos favores! ¿No es verdad que á ellos ocurrían los enfermos como á la Piscina! ¿Oh! Semejantes á Jesucristo, "de quien salía una virtud que todo lo sanaba," curaban con tierno afecto y con asombro las dolencias de sus hermanos; especialmente el jóven desgraciado, la viuda olvidada y el miserable que aun no tenia remedio, eran los mas importantes objetos de su ardiente compasion. ¿No es cierto que casi hacían renacer á la vida cadáveres espantosos, sobre quienes se difundia un sudor de muerte....! Gentiles de toda la Arabia, reconoced á estos grandes Tobías que derraman el bien entre vosotros. Hospitales de Egea, abrid vuestras puertas á los Médicos divinos que corren presurosos á llorar sobre los lechos del dolor. Vosotros seréis testigos, que al febricitante calman sus ardores: que el ciego ve, el cojo anda, el mudo habla, y que una multitud innumerable consigue su completa salud.

Estos son, os diré con el Eclesiástico, "los varones de misericordia cuyas piedades no han faltado." ¡Di-

chosa la tierra que produjo de su seno estas dos fértiles plantas que se cargaron de tantos y tan sazonados frutos! La Arabia fué en realidad, y aun en cierto modo, todo el mundo, los que recogieron la abundante cosecha. Pero si la ciudad de Egea tiene la honra de haber sido la cuna de San Cosme y San Damian, ella será tambien el teatro de su gloria.

SEGUNDA PARTE

En todos los tiempos ha habido mártires, no tanto por sus padecimientos como por la causa que defendieron. "La pena no hace al mártir, dice San Agustin, sino la causa." Esta es de tres maneras; la primera, defender la fe, la segunda, hacer cualquiera bien por Cristo, y la tercera, evitar cualquiera mal por Dios. Así es, que en el estado de la Ley natural, Abel recibe la muerte por practicar la virtud; en el estado de la Ley escrita, Elías se fuga, Isafas es dividido, Jeremías apedreado, Zacarias es despedazado entre el templo y el altar, y el Bautista degollado por el incesto de Herodes. En la Ley nueva, despues del Sacrificio del Calvario, comenzaron los campeones cristianos á morir por Cristo y por su fe. "Vosotros, dijo el Salvador á sus Apóstoles, me seréis testigos en Jerusalem, y hasta en las mas remotas estremidades de la tierra." Estas palabras comprenden no solo á los primeros discípulos, sino tambien á todos cuantos siguiesen sus huellas y pusiesen su vida en comprobacion del sagrado dogma y de la moral Evangélica.

Del número de estos gloriosos atletas que se bañaron en su sangre purificada con la del Cordero, fueron San Cosme y San Damian: no me atreveré á colocarlos entre los primeros de este ilustre coro: pero tampoco será bien que se les ponga entre los últimos; para manifestarlo, no me serviré de principios muy altos, las mismas. Actas de su martirio prestarán las pruebas: dispensadme vuestra atención.

Pronulgados contra el cristianismo los tremendos edictos de los emperadores Diocleciano y Maximiano, se hicieron escuchar por toda la Arabia. ¡ Creeréis, señores, que cuando ni los lugares mas públicos, ni los mas escondidos entre las montañas escabrosas y riscos muy elevados, se hallaban libres de la inquisición y tiro de los perseguidores, estarían seguros los dos médicos que tanto figuraban en Egea! No podia ser así, por cierto. Los mismos paganos los denunciaron al prefecto Licias, y éste les mandó comparecer á su presencia: al instante se trabó la contienda, y comenzó á luchar la fe con el fraude, la piedad con el erimen, la humildad con el orgullo y la virtud con el vicio. Aquel ministro de la tiranía les amenaza con tono severo, que si no renuncian al Dios Crucificado, no habrá suplicio, que no les haga sufrir. ¡ Qué importa, si ellos desprecian todos los males de que quiere inundarles temor, con un valor sobrehumano! Desde que el Verbo Eterno se vistió de nuestra naturaleza, Dios echó sobre sí las flaquezas de los hombres, y los hombres se han refugio de la fortaleza de Dios: poseidos estos varones constantes y esforzados, de la "caridad divina que ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu

Santo," no dudarán un momento, tolerar los oprobios, los tormentos y la misma muerte.

Pasemos adelante y lo observaréis todo cumplido perfectamente. "¿De dónde sois, les pregunta el impío prefecto! ¿qué oficio profesáis! ¿cuál es vuestra familia!" Ellos le responden con estas y otras semejantes palabras: "Señor, los dos somos hermanos, naturales de Arabia, y cristianos como toda nuestra familia: somos caballeros, y médicos de profesion, incapaces de engañar á nadie: damos la salud á los enfermos más por la virtud de Jesucristo que por nuestra ciencia: á este Señor adoramos y no á los infames demonios llamados dioses del imperio: no les ofreceremos, como acostumbraís, la libra de incienso, las lágrimas del árbol de Arabia, las dos gotas de puro vino, y la sangre del buey viejo, que desea morir: sino que en justa oposicion á vuestros sacrificios, nos inmolarémos al Dios verdadero sobre el ara del martirio."

En vano intentas, ¡oh cruel! tocar el medio de las dulces promesas: ni éstas ni las amenazas serán capaces de debilitar la constancia de estos fuertes soldados: ellos sabrán convertir la pobreza en riqueza, el desprecio en gloria, y el largo suplicio en sumo deleite. En efecto, puestos los Santos en tortura la sufrieron sin padecer dolor alguno: atados de piés y manos y lanzados al mar, fueron desatadas sus ligaduras y sacados á salvo á la ribera por la infinita virtud de Dios, que dos veces rompió las cadenas de San Pedro, libertándolo de la prision: arrojados despues al fuego, quedaron tambien ilesos de sus llamas devoradoras, como los niños de Babilonia: crucifica-

dos, apedreados y asateados, sobrevivieron á todo milagrosamente. ¡Qué no se llegará á cumplir el deseo del tirano! Sí, van á morir, y con una muerte semejante á la del Bautista y de San Pablo: apenas, pues, se pronuncia la voz de que sean decapitados, cuando los bárbaros verdugos desenvainando el acero homieida descargan sobre sus cuellos un golpe mortal. ¡Ay Dios! ¡qué me sorprende! ¡qué miro! Por una parte se me representan los cuerpos amputados de su miembro mas principal, por otra las cabezas sin movimiento, sin vida, sin espíritu: de aquí y de allí corren arroyos de sangre caliente, pero que riegan aquella tierra que fructificará con la púrpura de los Mártires. ¡No os imagináis, ¡oh cristianos! dos frescas y esquisitas rosas, que cortadas con sacrilega mano, se presentan ante el altar del Señor en olor de suavidad! ¡Ah! ellas durarán perpetuamente sin marchitarse.

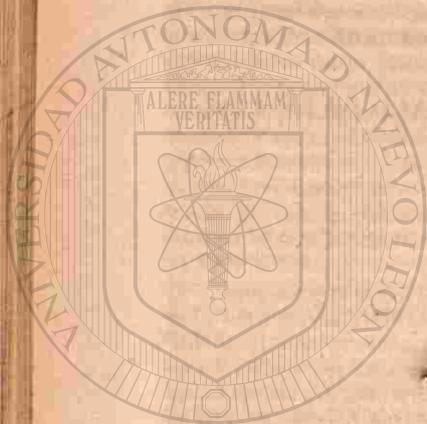
Bienaventurados sois, ¡oh guerreros generosos! que derramasteis vuestra sangre en defensa de la fe. Vosotros á quienes parece que la naturaleza no dividió de un mismo parto, tampoco la gracia separó de un mismo sacrificio: en él os habeis distinguido por un largo sufrimiento, y como sea el martirio el premio de la virtud, vuestros sudores y afanes apostólicos empleados por la conversion de los infieles, os dispusieron á gozar de una inmarcesible corona. Vosotros sois dos personajes, que semejantes á dos olivos floridos, se ven al lado del candelero misterioso: dos ungidos del Señor, que asisten de continuo ante el dominador de toda la tierra, segun la profecía de Zacarías. Recibid en hora buena los honores que os

debe la sociedad, y aceptad benignos el culto de la Iglesia. *Disciplina medici exaltabit caput illius, et in conspectu magnatorum collaudabitur.*

Aquí tenéis, ¡oh profesores de medicina! dos ejemplares que copiar: asistid con cuidado á los enfermos y exhortadlos á que reciban los Sacramentos. No reñuseis el ejercicio de vuestra ciencia, y derramad favores á los pobres. Y nosotros todos los que hemos concurrido á esta grande festividad, aunque tengamos un estado y profesion diversa de San Cosme y San Damian, como que las virtudes son unas mismas, deberemos imitarlas.* Librémonos, sobre todo, de la peor enfermedad, que es el pecado, pidámosle á Dios su Gracia, y revestidos como nuestros Santos de Jesucristo, seremos felices en la tierra y en el cielo.

ASÍ SEA.

* Este discurso fué predicado en la Iglesia de los Santos Mártires y en un día de su festividad, habiéndose presente el M. I. y V. Cabildo de la Santa Iglesia Catedral.



SERMON

DE

SAN FRANCISCO DE ASIS

Dicite à me quia milis sum et humilis corde: et iuveniles requiem animabus vestras

"Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallareis descanso para vuestras almas."

S. MATÍAS. CAP. XI. v. 19.

Aquel poderoso Leon de Judá celebrado en las Escrituras Santas, cuya fortaleza rindió é hizo doblar en su acatamiento la rodilla á las potestades del cielo, de la tierra y de los abismos, cuyo bramido solo, segun la expresion del Profeta, sabe derribar los mas robustos cedros del Líbano, cuya voz conmueve los desiertos, cuyo furor encendido pega fuego á los montes, trocando su dureza en la docilidad de una blanda cera, descendiendo de lo mas alto de su solio al humilde seno de una Virgen, disfrazó de tal suerte su Divinidad y atributos de su grandeza, que vino á no parecer ni sombra de lo que era. Despojándose de las armas de su autoridad y justicia, tomó el traje de nuestra carne flaca, y para sujetar los soberbios y fieros corazones de los hombres, no solamente se revisió de todo el atractivo de dulce y mansísimo Corde-ro, sino que excitándonos á seguirlo nos propuso por

recompensa la quietud interior de nuestras almas: *Discite á me quia mitis sum et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris.*

En los talleres, pues, de este Artífice Supremo, en la escuela de este Maestro Soberano ha sido formada la conducta del Gran Francisco á quien consagramos hoy estos cultos: bajo sus auspicios y direccion arregla este astro admirable del cristianismo sus movimientos: conformándose en todo con las reglas del Evangelio, carga sobre sí el yugo santo de la ley, se somete gustosamente á aquellas máximas que parecen hacer á un hombre infeliz, miserable y abatido, y concibe la generosa resolucion de acomodarse del modo mas perfecto con aquel ejemplar, que no tuvo en donde reclinár su cabeza.

Sí, señores, nuestro Santo vivió como el Salvador de los hombres, pobre, siervo y humilde, y á no haberse vuelto pequenito no se elevara á tanta celsitud de gloria. Por manera, que el principio de sus justificadas acciones y de toda su prodigiosa vida, fué, hablando con propiedad, la virtud de la mansedumbre. De esta fuente, ó sea objeto de vuestra respetable atencion, procederá mi discurso. Para el acierto invoquemos los auxilios de la gracia, saludando devotamente á la Esposa del Espíritu Santo, que es dador de ella. Ave María.

"Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas."
S. Marcos, Cap. y vers. citados.

"Bienaventurados son, dice el Evangelio, los mansos, porque ellos poseerán la tierra." ¡Feliz mansedumbre que constituye á los hombres señores de sí

mismos! ¡Dichosa posesion que disfrutan los imitadores de Cristo, como premio bien merecido por el triunfo contra los afectos desordenados de ira y orgullo! Pero el amontonamiento de las riquezas no es el medio proporcionado para acercarse ó para conseguir los dones celestiales, sino la pobreza del espíritu ó igualmente la pobreza voluntaria del cuerpo. Por lo cual, el Patriarca San Francisco de Asis, como fiel discípulo de Jesucristo, lo renuncia todo, sometiéndose al yugo de la ley: *Beati mites*: Punto primero. San Francisco de Asis obtendrá en la práctica de esta misma abnegacion, su completo sosiego y felicidad: *Quoniam ipsi possidebant terram*: Punto segundo.

PRIMERA PARTE

La pobreza es un sacrificio en que se ofrece el hombre á sí mismo y á sus bienes temporales, y con ellos la esperanza de poseerlos y la solicitud de procurarlos para sí. Esta es una virtud por la que, desprendido el corazón de la criatura de las fuertes ligaduras del interes, vuela, por decirlo así, á ejercitarse en la vida activa y contemplativa. Esta es el primer fundamento sobre que estriba la perfeccion religiosa. Esta es el primer medio que exige Jesucristo al que aspira á ella. Esta, por último, es el mayor tesoro, el patrimonio y la felicidad de los que profesan tal estado. ¡Y no fué tambien la que dirigió todos los pasos de Francisco desde que renunciándolo todo, cargó sobre sí el yugo suave de la ley nueva ó la

santísima Cruz de nuestro adorable Redentor. . . . Procuremos manifestarlo.

Reflexionando este singular justo con San Lucas, que todo el que quiera ser discípulo de Cristo, ha de abandonar todas las cosas que posee, de tal modo se entrega en los brazos de la pobreza, que siente de luego á luego los estragos y horrores de la necesidad. Como el avariento no está satisfecho con el oro y plata que ha reunido su codicia, porque es mayor la ansia que lo domina; así él, no se contenta con renunciar ante el Obispo de Asis todos sus bienes y hasta el vestido que lo cubre, porque aun lleva mas adelante su ardiente deseo: por mejor decir, enamorado íntimamente de tan sublime virtud, queda reducido por eleccion á los desprecios, ultrajes y rigores que ocasiona la indigencia. Si Salomon apetecia únicamente lo necesario con exclusion de la abundancia no menos que de la mendicidad; si el Patriarca Jacob pedia que no le faltase lo preciso para comer y vestir; el espíritu del nuevo Salomon, el alma del nuevo Patriarca Jacob se anima vigorosamente en lo mismo en que casi todos desfallecen. Aunque le fuere forzoso combatir con los sentimientos de la naturaleza y propensiones de su carácter; aunque llegare á tocar los últimos términos de un pordiosero, él ha de cumplir á la letra los consejos del Evangelio. ¡Oh penitencia rigorosísima que solamente pudo hacerla soportable una gracia muy poderosa! ¡Oh menesteroso el mas humillado y atento á la voz del cielo!

Con efecto, al suscitarse estas luchas no olvidaré que el héroe de la necesidad busca aquellos dias malos de que habla el Libro de los Proverbios; aquellos

dias que pasó, no solo en la mendicidad sino en el hierro duro de la persecucion mas cruel é inhumana que horroriza á la naturaleza. ¡Quién lo creeria? Cuando vuelve á Asis de Folino ya hecho pobre por Jesucristo, su patria se commueve, sus paisanos lo apedrean, sus parientes y amigos son los primeros que lo persiguen, y su mismo padre, su inico y avaro padre lo maltrata y lo arrastra por las calles. Bien pudo entonces desahogar su tierno corazon, diciendo con el Profeta Rey: "Tú has dispuesto, ¡oh Dios mio! que mis conciudadanos, mis parientes y aun mi propio padre, me miren como un objeto abominable por seguir tu pobreza." *Longe fecisti notos meos á me, posuerunt abominatumem sibi.* ¡Cuánto te cuesta, ¡oh varon seráfico comenzar á llevar sobre tus débiles hombros el sagrado yugo de Jesucristo! Los primeros pasos que das en esta grandiosa y ardua empresa son sobre espinas y abrojos; aun los respetos del mismo de quien has recibido la vida, los ves empleados contra tu alma. Con todo eso, al propio tiempo en que bebes un caliz de amarguísima mirra, te congratulas al recordár que tienes un Padre Omnipotente en los cielos, cuya voluntad obedeces en la tierra. Para adelante, cual baluarte inexpugnable, todo lo vas á resistir y superar.

Porque no fueron estas penalidades solas, ni fué el hambre, la desnudez, la sed, las peregrinaciones á pié y descalzo, los ardores del sol, las nieves y los hielos, los únicos trabajos que se sujetó á sufrir nuestro Santo, por merecer la Raquel hermosa de la pobreza; antes bien, por ella se consagra á mayores mortificaciones, violentando su genio y carácter. Ad-

verdad, que sus disposiciones naturales no le abrieron como á otros hombres paso franco á las de la gracia, para que suave y dulcemente entrasen en su alma las angustias consiguientes á la pobreza. Todo lo contrario, se crió entre las comodidades de la abundancia bajo la direccion de un padre opulento, que no le enseña mas que los medios de ser rico; se formó en la peligrosa carrera de negociante, de que saca un corazon dado al lujo, al fausto; se acostumbró á procurarse el lucimiento, á brillar entre sus iguales y á sobresalir entre ellos. ¡Infeliz situacion para ser pobre! Pero la gracia de Dios que sabe sacar de las piedras hijos de Abraham, hizo que este hombre apostólico luchase consigo mismo, pelease contra sus inclinaciones, opusiese guerra formidable á su genio, sofocase sus altas ideas, destruyese su carácter, y como nuevo hijo de Jesus triunfase del antiguo hijo de las riquezas.

Templos que aun existís para memoria de vuestro inmortal edificador, vosotros sois los monumentos que confirmáis esta verdad. Me parece, señores, que oigo á Francisco cuando construye la iglesia de San Damian, la de nuestra Señora de los Angeles, la de San Pedro y otras, repetir á sus hijos aquellas palabras de San Bernardo: "¡Pobres de Jesucristo, hemos de excitar la devocion con suntuosas basílicas, con soberbias columnas, con pinturas magníficas, con adornos de vanidad! No, hermanos, yo no labro casas, dice, sino á un Dios anonadado por nosotros, á un Dios pobre en Belen, y pobre en el Calvario; ni quiero templos que no correspondan á la pobreza que sigo." Así es, que los que levantó, aquellas fabri-

cas pequeñas desnudas del artificio y primor, infunden á cuantos los visitan la veneracion mas profunda: todavía se percibe en ellos que exhalan el suave olor de la pobreza: *Repleta est domus ex odore unguenti*. Bien, y no podré afirmar con David, "que este pobrecito clamó y el Señor lo oyó siempre; que con él estubo en las tribulaciones y lo libertó de todas ellas!" ¡Que últimamente de las mismas inquietudes y tormentos extrajo la joya inestimable de la felicidad. . . ! Es cierto; pero se conocerá con mas claridad y extension en la

SEGUNDA PARTE

Un Dios fiel en cumplir sus palabras y promesas, que se precia de sus bondades hasta darlas por ventajas sobre todas sus obras, que puede decir con ánimo resuelto, que no tiene pensamientos de amargura para con los hombres sino de paz y consuelo, quiso que Francisco viese con perfeccion en esta vida los tesoros de su infinita providencia. Hizo que espermentase por sí sensiblemente en la escasez misma la abundancia, en las congojas de la pobreza las delicias mas encantadoras: *Et inconvictis requiem animabus vestris*.

Traed á la memoria los dias primitivos de la sagrada religion de Francisco, volad con las alas de vuestro espíritu á la campaña de Asis, en la fiesta de Pentecostés del año de 1219, y lo veréis á la cabeza de mas de cinco mil discípulos. Sin duda que no podremos trasladarnos á aquellos preciosos momentos

sin representarnos que vemos otra vez á nuestro adorable Redentor en el desierto, sustentando á las turbas con la cordedad de cinco panes. ¡Oh! allí lo contemplamos en su siervo, allí todo es pobreza: unos palos viejos y arruinados componen su habitación, hácia donde se juntan tantos varones recomendables para discurrir, cómo observarán literalmente todo el rigor del Evangelio, cómo serán pobres para siempre. En nada piensa ménos el famoso director de estos hombres humildes, que en proveerlos de comida; no obstante, cuando él lo abandona todo, ¡no parece que escuchamos la voz de Dios: *Misereor super turbas*, de un Dios que se dedica á cuidarlos particularmente! ¡Ah! los pueblos de Asis, Perusa, Folino, Espoleto y aun otros mas distantes, no solamente se encargan de asistirlos en lo necesario, sino que los ricos, los nobles, los sacerdotes mismos, vienen á servirlos personalmente.

Por otra parte, ¡qué alegría tan completa disfrutaria su ardorosa voluntad, al saber que Inocencio III aprobó su regla! ¡Qué dulces emociones sentiria, en razon de que la causa que indujo al supremo pastor de los fieles, habia sido una vision divina en que se le representó al vivo el nuevo fundador, sustentando con sus hombros el peso de la Iglesia de Letran, silla por entonces pontificia, arruinada hasta por los cimientos y en peligro inminente de caerse! Con sobrado fundamento en la coronacion de un nuevo Papa se dirigen al cielo tres sagradas oraciones, una al Espíritu Santo para que lo ilumine, otra á la Bienaventurada Virgen María para que lo ayude, y otra á San Francisco para que lo sostenga. ¡Qué satisfaccion

tan agradable prever, que de su establecimiento nacerian innumerables hijos suyos, que se dividieron despues de su muerte en observantes, recoletos, descalzos y reformados! Un San Antonio de Padua, un San Buenaventura, un San Pedro de Alcántara, un San Diego de Alcalá, un San Bernardino de Sena, un San Felipe de Jesus protomártir mexicano, y otros muchos religiosos santos y perfectos en ciencia y virtudes, darán testimonio de su primera Orden. Tambien participan de su espíritu, San Francisco de Paula, novicio suyo, que siempre vistió su hábito con toda su congregacion de ermitaños mínimos, San Ignacio de Loyola con su Compañía de Jesus, San Félix de Cantalicio con los Capuchinos, San Bruno con los Cartujos, y diversas Ordenes militares de Caballeros.

No menos se complace el Santo Patriarca de que en 1221, por sus consejos y ejemplos, da principio la jóven Santa Clara á la segunda Orden de religiosas, que se llamaron Damianas ó Claristas, y que han tenido en lo sucesivo una maravillosa descendencia. Sí, por cierto, aquí confunden al mundo con todos sus encantos y vanidades las muy recomendables monjas capuchinas: allí, aunque con sus respectivas constituciones, pero bajo de una misma sábia norma general se regulan y se santifican las urbanistas y las concepcionistas. Como ingenuas y fieles hijas, dan á conocer á su digno Padre las Santas Coletas, Catarinas de Bolonia, Juanas de Vales, Felipas, Eustoquias con toda su incontable familia. Otra multitud de personas de ambos sexos, de todas edades, estados y condiciones esclarece la Orden tercera de penitencia,

en que se distinguen los Santos Conrado, Pedro de Sena, Angelo, Roque, Elzeario, Luis rey de Francia, el beato Santiago de Bitecto, con muchos mas, y juntamente las bienaventuradas Jacintas, Luisas, Angelas Mericias, Juanas, Angelinas, y otras mil.

Finalmente, un favor muy especial abrasó en fortísimas llamas de caridad el alma de este dichoso Serafín, y engolfó todo su cuerpo en un mar inmenso de aguas purísimas de la mas suave delectacion. Ya entenderéis, señores, que voy á hablaros de la impresion de las llagas de Francisco en el monte Alverno por su Divino Maestro Jesucristo, verificada en el año de 1224, y dos años antes de su muerte, como escribe San Buenaventura. ¡Pero me estenderé mas sobre este asunto! ¡Ah! soy insuficiente. ¡Debería dejarlo al silencio! Mucho menos. Me contentaré, pues, con exclamation brevemente: ¡Oh imagen expresa del Crucificado! ¡Oh rara dignacion de nuestro Dios! ¡Oh estupendo é inaudito acontecimiento!

Pregunto ahora, ¿existirá algun establecimiento por mas que lo haya meditado la prudencia humana, y se tomen los medios mas eficaces para su duracion, que no haya decaido completamente, ó que á lo menos corresponda á su principio? ¡Ah! los candeleros, los arbitrios, las posesiones, todo, todo llega á cauejarse con el tiempo; pero la abundancia en el ejercicio de la pobreza de Francisco, se repite de continuo y permanecerá para siempre por virtud divina en la religion seráfica. Me atrevo á ofrecer á los fervorosos hijos de este Abraham, que lloveria segunda vez maná del cielo para sustentarlos, si los hombres se desentendiesen de socorrerlos. Porque los méritos

de este Padre se han de trasmitir á su posteridad, y las promesas del Evangelio han de tener infaliblemente su cumplimiento.

¡Qué hubieran dado los Alejandro del mundo por cambiar su corazon por el de este pobre de Jesucristo! ¡Cómo hubieran derramado sus tesoros de ricos de la tierra, por comprar la felicidad y sosiego de este mendigo! Si padece la desnudez y todo género de trabajos, tal estado de sumision lo deleita; si sienten los horrores del abandono en la inhumanidad de su padre, invoca á aquel que está en los cielos, y experimenta, segun San Buenaventura, "una dulzura material, tan gustosa y suave, que estrega la lengua por los labios para gustarla mas:" si hubo de violentarse para sujetar sus inclinaciones al torrente de toda especie de aguas salóbregas de tribulacion, segun el número y gravedad de éstas, fueron los consuelos que le concedió el Señor, como cantó David: *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuae laetificaverunt animam meam*. Las miserias mismas llegaron á tener en Francisco virtud de producir unos gustos espirituales y sensibles, que no percibe el hombre en los afectos desnaturalizados por la abundancia. Como que el temor santo de Dios era el resorte de sus operaciones, en el yugo de la ley de Cristo estudiaba todo el Evangelio al modo que en un libro abierto, y rebosaba su corazon de gozo y alegría; *Discite á me quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris*.

Dediquémonos á imitar este sobresaliente dechado, que en su tanto se copió de su original Jesucristo Señor nuestro, para que renunciándolo todo, seamos

dueños de nosotros mismos: conformemos nuestra vida con la suya, y el Dios de paz y misericordia mitigará nuestros males con el reposo santo que promete aun en esta vida á los que le sirven. ¡Pobreza de Francisco, humildad y mansedumbre de Francisco, no os levanteis en el día del juicio para condenarnos! Sed nuestro mérito así como habeis sido nuestro ejemplo, para que hallen nuestras almas el principio de una eterna bienaventuranza.

Así SEA.

SERMON

DEL SANTÍSIMO ROSARIO

Transiit ad unum omnium qui concupiscit me, et à generatibus meis implementat.
 "Veni á mi todos los que me deseáis, con andar, y llevad de los frutos que producen."

LITANIA DEL ECLESIASTICO.
 Cap. XXIV, v. 32.

Si para explicar debidamente las grandezas de la Madre de Dios, "no bastarian, segun dice San Agustin, los miembros todos de nuestros cuerpos convertidos en lenguas," ni aun el idioma de todos los Angeles, en expresion de San Bernardo," ¡cómo he de poder yo hoy, ¡cristianos! haceros el digno elogio de una de las mas solemnes festividades de Maria! ¡Ah! el entendimiento se pierde, la voluntad se turba, la voz se fatiga, el tiempo se agota. Mas siguiendo la senda frecuentada por la Iglesia Católica nuestra Maestra, que instruida con la asistencia del Espíritu Santo, consagra á la Reina de los cielos y de la tierra, las mismas alabanzas que por boca del Eclesiástico se aplica á sí misma la Divina Sabiduría, me aliento á comenzar su

panegrico. Sí, la Madre del amor mas puro y del temor, de la ciencia y de la santa esperanza, es la que convida á todos los que la desean con ansia, para distribuirles sus inestimables favores, para colmarlos de inmensos bienes.

¡Qué bien dijo un Padre de la Iglesia, "que María Santísima Señora nuestra, fué la Reparadora de sus ascendientes, y es la Vivificadora de sus sucesores!"

Los Patriarcas y Profetas del antiguo Testamento, aunque ardientemente la desearon, como que habia de nacer de su seno virginal el Redentor del mundo, solo conocieron sus virtudes allá por entre sombras y figuras. Cual aurora boreal que aparece de tiempo en tiempo y arrebató la admiracion de los hombres, así se dejaba ver de sus progenitores en una Débora oráculo del pueblo escogido, en una Jahel valerosa, en una Abigail prudente, en una Judit intrépida, en una Estér generosa. Pero nosotros que en el Calvario la hemos recibido por Madre, y ella nos ha adoptado por hijos en la persona de San Juan, hemos alcanzado ya de presente las luces celestiales con que brilla á favor de nosotros desde lo alto del Empíreo como estrella refulgente de la mañana. Porque es Madre de misericordia, ama tiernamente á los que la aman; porque es Madre de la gracia, la derrama á manos llenas del inmenso piélago de Dios, de donde la obtiene para comunicarla. *Transite ad me omnes, qui concupiscitis me, et á generationibus meis implentini.*

Supuesto que el beato Alano no dudó llamar al Santísimo Rosario la reina de todas las oraciones, por medio de él se ostenta la Soberana Virgen María para con sus fieles devotos, Madre de misericordia

de un modo muy especial. Este asunto, pues, ha de ser como la clave de todo lo que voy á decir. Para el acierto, saludemos con el Angel á la siempre piadosa y dulce Madre nuestra, á quien reconocemos y alabamos llena de gracia. Ave María.

"Venid á mi todos los que me deseáis con ardor, y llenos de los frutos que produzco."
Luz del Eclesiástico.
CAP. y vers. citados.

Los oficios de una Madre como María para con sus hijos, y los de estos para con esta Purísima Señora, son puntualmente los fundamentos del grandioso edificio de su misericordia. ¡Podrá alguno amarla como conviene, sin presentarle sus obsequios, sin elevarle sus ruegos? De ninguna manera: la devocion y la oracion constituyen unos holocaustos que se desprenden del corazon, y siendo actos de una virtud moral que tributa á Dios y á los Santos su propio culto, se fundan precisamente sobre la caridad. ¡Cerrará acaso sus oídos la Santa de los Santos á los gemidos y súplicas fervorosas de sus verdaderos devotos? "Ni le falta poder para impartir dones á los hombres, como dice San Epifanio, ni le falta voluntad." Lo que importa es, elegir las oraciones que le sean mas agradables. Repito, pues, que de esta clase es el rézo del Santísimo Rosario, que la misma Madre de Dios le inspiró al ilustre Patriarca Santo Domingo de Guzman: en él le dió como un antídoto contra el error y una prenda segura de su benéfica proteccion para sí y para los míseros mortales: "Vé, le dice, y predica el rosario, porque es un singular apoyo para convertir las herejías." El ha sido desde su institucion la

muestra de su amor, el ramillete ó manojito de rosas ó flores las mas bellas, esquisitas y olorosas, y como un racimo de hermosas uvas cortado de aquella divina vid, que echa frutos de suave olor. Por consiguien- te, fácil es deducir, y asentare por punto primero: Que el Santísimo Rosario se debe rezar con afectuosa devoción: *Transite ad me omnes, qui concupiscitis me*: por punto segundo: Que María corresponderá á sus fieles devotos con todo género de bienes: *Et á generationibus meis implemini*.



PRIMERA PARTE

El mismo Jesucristo nos impuso el precepto de orar, cuando dijo á sus Apóstoles: "Buscad y encontraréis; tocad y se os abrirá; pedid y recibiréis." Sin la oracion, ni el pecador puede resucitar de la muerte del pecado, ni el justo perseverar en la vida de la gracia. Como que es un sacrificio de alabanza, requiere principalmente un entendimiento limpio, una voluntad pronta, unos labios puros, y sobre todo, el fuego del amor que es la fuente de toda virtud. "Elévese mi oracion como el incienso en tu presencia, decía el Santo rey David al Señor." Por manera, que las brasas y llamas materiales representan como símbolo á la caridad, en cuya hoguera se quema el incienso de la oracion, que penetra los cielos y llega hasta el trono de la Divinidad. Vistas, pues, las disposiciones con que el hombre debe alabar á Dios, ¡qué perfumes de grato olor serán dignos de su Su-

prema Majestad, y de María Santísima abogada y protectora de toda la Iglesia, y de cada uno de nosotros en particular, como las oraciones que comprenden el Santísimo Rosario! ¡Ah! si las examinamos por un breve tiempo, ellas mismas nos prestarán las pruebas de esta verdad.

Cuando sabemos por la fe, segun los Evangelistas San Mateo y San Lúcas, que la admirable oracion del Padre Nuestro es obra original del mismo Salvador, dictada á sus Apóstoles para enseñarnos á orar, ¡quién dudará de su excelencia! ¡Por ventura hallaremos otra en todas las Santas Escrituras, que con cláusulas tan compendiosas declare al hombre cuanto en lo absoluto puede pedir, así para gloria de Dios como para bien de nuestras almas y de nuestros cuerpos! ¡Existió jamas algun sublime orador, que bajo de seis palabras encerrase el mas hermoso exordio, y bajo de siete breves peticiones concibiese lo que no se puede justamente explicar! ¡Ah! La infinita sabiduría y bondad de su Divino Autor, recomiendan de tal modo esta oracion, que la hacen lucir como un sol en el centro de los astros, y cual joya preciosísima que vale inmensos tesoros.

Adelantándonos, pues, en la exposicion del Padre Nuestro, no ignorais, señores, que decimos así: PADRE NUESTRO QUE ESTAS EN LOS CIELOS. Con el nombre dulce de Padre celestial llamamos á Dios á diferencia de los padres naturales que tenemos sobre la tierra. Este exordio es tan sublime, quanto que en él se alaba á un sér incomprendible, infinito, eterno, y que encierra, como á él solo corresponde toda perfeccion. SANTIFICADO SEA TU NOMBRE: Esta es la primera pe-

tición con la que oramos, no para que Dios reciba de nuevo alguna santidad, sino para que sea glorificado y ensalzado por nosotros. VENGA A NOSOTROS TU REINO: Es decir, que en esta segunda petición le rogamos que el mismo reino de su gloria comience en nosotros desde esta vida por su gracia. HAGASE TU VOLUNTAD ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO: Viene á expresarse en esta tercera petición lo mismo que esto: que se cumpla su voluntad por los hombres con tan exacta obediencia, como la cumplen todos los Angeles y bienaventurados en el cielo. EL PAN NUESTRO DE CADA DIA DANOSLE HOY: Aquí le suplicamos en virtud de la cuarta petición, por el sustento diario espiritual y corporal de que siempre necesitamos. Y PERDONANOS NUESTRAS DEUDAS, ASÍ COMO NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES: Por esta quinta petición se establece la regla de la remisión, que consiste en perdonar á nuestros ofensores, para que Dios nos perdone. Y NO NOS DEJES CAER EN TENTACION: Supúésto que todo pecado primero se comete en el alma por el concepto de la mente y por el consentimiento de la voluntad, importa dirigirse al Señor para no caer en esta anticipada culpa en fuerza de la sexta petición. MAS LIBRANOS DE MAL, AMEN: Terminamos con esta sétima y última petición, para que el Señor nuestro Dios nos libre de todo pecado mortal ó venial, interno ó externo, y de todo mal de pena.

Entre las diversas oraciones con que la Santa Iglesia nos instruye para implorar la intercesión de la Hija Predilecta del Altísimo, ninguna es mejor que el Ave María. La primera parte de esta sagrada oración se halla consignada en el Evangelio, y contiene

en compendio toda la vida de la Purísima Virgen y aun algunos rasgos de su grandeza en los cielos. El Arcángel San Gabriel la saluda á nombre de la Augusta Trinidad con el Ave de paz, que forma como el exordio ó la cabeza de aquella solemne embajada, que ni ha visto ni verá otra el mundo mayor para su remedio. DIOS TE SALVE, la dice: esto es, Dios te bendiga, y todas las criaturas adoren tu santo nombre. LLENA ERES DE GRACIA: Puede interpretarse de este modo: Llena eres de todas las virtudes, dones, bienaventuranzas y frutos del Espíritu Santo. ¡Ha habido jamas alguno que, como María, reuna en grado heróico la fe de Abraham, la obediencia de Isaac, la oración de Jacob, la castidad de José, la mansedumbre de Moisés, el celo de Elías, la paciencia de Job y los singulares carismas de otros innumerables! Pues aun no lo he dicho todo, porque está llena de gracia con la plenitud de superexcedencia, con que sobrecabunda mas que todos los Angeles y mas que todos los hombres. EL SEÑOR ES CONTIGO: ¡Oh! el Señor está con la Virgen Santísima con especialísima presencia en su alma y su cuerpo, y estuvo personalmente el Verbo Divino en su seno virginal, donde se vistió de nuestra carne. BENDITA TU ERES ENTRE TODAS LAS MUJERES: ¡No fué elegida esta criatura santificada entre millones de mujeres, para dar á luz al Hijo del Excelso que nos habia de redimir, y para unir en su persona la gloria de la maternidad con la prerogativa de la virginidad! La causa de esta bendición la señaló tambien Santa Isabel en las palabras que siguen: Y BENDITO ES EL FRUTO DE TU VIENTRE JESUS: Con efecto; Jesus, fruto precioso de la vida

eterna, hace tambien singular y precioso el árbol que le produjo.

La segunda parte de este Ave misterioso fué com- puesta por la Iglesia, que implora su auxilio bajo esta forma: SANTA MARÍA MADRE DE DIOS: Todo esto es una consecuencia de lo antecedente, pero tambien es Madre nuestra, porque nos adoptó por hijos y nos concibió en los dolores del Calvario. RUEGA, SEÑORA, POR NOSOTROS PECADORES, AHORA Y EN LA HORA DE NUESTRA MUERTE, AMEN. Como Madre del Redentor y dulce Madre nuestra, nos sostendrá en todos los peligros de la vida y los combates del mundo, del demonio y de la carne. Es Abogada de pecadores, por cuyas palabras confesamos indirectamente su inocencia y le pedimos la gracia. Especialmente clamamos á ella como á nuestra Protectora para la hora de nuestra muerte, á fin de que aplaque la divina justicia y logre por su poderoso empeño una sentencia á favor de nosotros.

No olvidaré que al fin de cada misterio tributamos "honor y gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo; que ha sido, que es, y que será eternamente." ¡Oh nombre incommunicable de Jehová! solo tú eres por esencia propio de Dios Trino y Uno. ¡Con qué conclusion ó jaculatoria podía terminarse mas bien cada decena de Ave Marías, que con la oracion del *Gloria Patri*, &c. . . . ? Pues bien, un rosario entero contiene quince misterios; esto es, ciento y cincuenta Ave Marías, quince veces la oracion del Padre Nuestro interpuesta, y otras tantas la oracion del *Gloria Patri*: una tercera parte del rosario contiene la tercera parte de estas mismas oraciones que compone un rezo mas

abreviado. En suma, ¡no os parece, ¡oh cristianos! que la oracion del Padre Nuestro se dirige con mas particularidad al Eterno Padre, la del Ave María al Hijo, porque ella es la Madre del Verbo Humanado, y la del Gloria Patri al Espíritu Santo, porque esta tercera persona es la union ó el vínculo de toda la Trinidad Sacrosanta! ¡No juzgais que la primera deprecacion enciende singularmente á las almas en la caridad, la segunda las alienta en la esperanza, y la tercera las aviva en la fe! ¡No es la una como el oro, la otra como el incienso, y la otra como la mirra, que ofrecieron los Magos á Jesucristo en el portal de Belen! Criaturas todas del cielo, celebrad á Dios y á María Santísima con suaves himnos y dulces cánticos, mientras que nosotros en la tierra adoramos al Señor y le profesamos á nuestra Soberana Madre una tierna devocion; devocion, digo, muy justa de frecuentarse, mas no tanto con la lengua como con el corazon; no solo con las palabras sino tambien con el afecto de una alma santificada por la gracia. De este modo presentará María nuestras oblaciones á Dios, y lograremos por su medio los bienes con que enriquece á sus verdaderos hijos.

SEGUNDA PARTE

Segun dice San Juan Crisóstomo, "ninguno tiene mas fuerza ó mas poder que el hombre recto que hace oracion." Tanta es la virtud y eficacia de la oracion que nace de una alma inocente, que por su medio se adquiere todo género de bienes espirituales y tempo-

rales: puede decirse de ella lo que profirió Salomon de la Divina Sabiduría: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa*. Con razon exclama el gran Padre San Agustin: "¡oh qué grande es la causa de la oracion! ¡Oh qué grande es el misterio! Ve aquí, cómo Moisés oraba en el monte y Josué vencía á los Amalecitas. Por la oración sana Ezequías, y consigue la salud del alma y del cuerpo. Por ella Saul se muda en un Pablo y un Doctor de las gentes: Jeremías se conforta en la cárcel, Daniel salta de gozo entre los leones, Job triunfa en el esterquilino, Susana se defiende de entre los ancianos impuros, el Buen Ladrón alcanza el Paraiso desde la cruz, San Esteban, de en medio del torrente de piedras sube hasta el cielo y es oído á favor de Saulo que se hallaba en el número de los que lo apedreaban." Lo expuesto bastaria para comprobar mi asunto. Con todo, una nueva serie de gracias y estupendos acontecimientos con que ha resplandecido el Cristianismo por la devocion del Santísimo Rosario, me interesa y me obliga al propio tiempo á satisfacer vuestra bien empleada atencion.

Luego que un cristiano devoto comienza el rezo del Santísimo Rosario, entra en un jardin ameno, dividido en tres verjeles de flores místicas, fragantes y de diversos colores: el alma se recrea á su vista, se enciende en el fuego del amor y produce opimos frutos de vida eterna. Aquí se le presenta la una parte del paraiso de delicias espirituales cubierto de azucenas, nardos, jazmines y otras flores de color blanco en los misterios gozosos. Considera á un Dios hecho Hombre en el vientre virginal de María: la visita que hizo á su prima Santa Isabel en las montañas de Ju-

dea, y la alegría de toda aquella casa de Zacarías: el parto venturoso de la Madre de Dios y el nacimiento del Unigénito del Padre: la presentacion de María en el templo y el sacrificio de su Hijo por nuestro bien: el gusto inesplicable que cupo á los padres de Jesus despues de haberlo hallado en el Templo enseñando entre los doctores. Allí ve con respeto y ardimiento la otra parte del huerto divino, colmado de rosas, claveles, flores de amapola, y otras de color encarnado en los misterios dolorosos. Acompaña al Hombre Dios puesto de rodillas en oracion en Getsemani, y sudando sangre por todos los poros de su cuerpo; le llora despedazado con los azotes por el furor de los judíos; y coronado de espinas, con cuyas agudas puntas fué taladrada su santísima frente, sienes y cerebro: va en su seguimiento en el camino del Calvario cuando caminaba oprimido con el grave peso de la Cruz, cayendo y levantando, y regando el suelo con su sangre; y se le rasga el corazon de dolor cuando le mira espirar clavado de piés y manos en el cruel patíbulo, desamparado y derramada toda su sangre. Acullá se afirma con la esperanza y se encanta con el aspecto de la última parte de la sagrada floresta, copada de flores de la planta jacinto, del romero, de la borraja y de otras varias de color azul celeste, en los misterios gloriosos. ¡Oh! Medita con júbilo á Jesucristo, que vencedor de la muerte y de todos sus enemigos, resucita con nuevo esplendor del sepulcro y aparece en diferentes ocasiones á sus discípulos: ya le contempla ascendiendo á los cielos sobre una nube blanca y seguido de una turba innumerable de los nueve coros de Santos Angeles; ya se le representa la ve-

nida del Espíritu Santo en lenguas de fuego sobre los Apóstoles, para ilustrarlos y encenderlos con su ardiente caridad: en fin, asiste con los pensamientos de su espíritu al dichoso tránsito y preciosa muerte de la inefable Madre del Redentor, la elogia subiendo á la patria celestial reclinada en los brazos de su Amado; y la adora coronada de gloria por la Trinidad Beatísima.

Los Santos Padres reconocen á la Virgen María como un canal por donde se deslizan y se derraman las aguas salubérrimas de gracia que vienen de Dios. Las que han emanado mas de seiscientos años há por el rezo del rosario, son inesplicables. Apenas da principio el Santo Patriarca de Predicadores á este sagrado ejercicio, cuando la conversion de mas de cien mil herejes albigenses é innumerables pecadores, acreditó la verdad que se le habia anunciado: el fervor se propaga, y aumentándose prodigiosamente de día en día el número de los buenos, recoge María en los cielos copiosos frutos de vida. Pero como si todo esto no fuese aun bastante, extiende mas allá su magnífica beneficencia: el enfermo recobra su salud, el esclavo su libertad, el navegante, que casi llegaba al punto de ser sepultado entre las aguas por la borrasca, arriba felizmente al puerto: el emergimiento siente que se lanza de su cuerpo el demonio, la mujer pasa por milagro el parto, y el agonizante tolera con invencible paciencia la muerte. ¡Qué ilustraciones! ¡Qué movimientos interiores! ¡Qué indulgencias y qué dones de toda especie, son si no, las inmensas riquezas de esta cordial devoción! Con este ramo de oliva se asegura la paz de las familias, de los pueblos y de las

naciones; y con esta vara de Moisés se abre el hombre el paso por las ondas del mar rojo de esta vida, hasta entrar en la tierra de promision.

Pero así como la proteccion de María por medio del rosario se ha distinguido con tanta claridad en tiempo de paz, así tambien se ha experimentado poderosísima en tiempo de guerra. Asombra leer en las sagradas páginas, cómo el divino Samuel hizo venir por sus ruegos, tan grande é intolerable granizada sobre los Filisteos, que sin trabajo triunfaron los Israelitas. Admira cómo David siendo pastor, derribó con sus oraciones al que se llamaba invencible, esto es, al gigante Goliat. Sorprende cómo por las esforzadas preces del rey Ezequías, descendió un Angel enviado por Dios y mató en una sola noche ochenta y cinco mil hombres del ejército de Sennaquerib. Insignes vencedores del antiguo Testamento, yo estoy cierto de que nuestras armas en nada son inferiores á las vuestras. Ellas infundieron el terror y causaron la destruccion de la armada de los Albigenses. Ellas consiguieron que resonase la voz de la victoria en la célebre batalla naval de Lepanto, cuyo nombre ha sido impreso en la historia de los siglos para acogerse al valimiento de María. Ellas en el reinado de Carlos VI, rompieron las pesadas cadenas del Otomano opresor, y guarecieron á la Alemania contra todas sus incursiones. Ellas, en fin, restituyeron á la isla de Corfú su suspirada libertad, despues de haber gemido tanto tiempo en la servidumbre. Otros muchos combates deben su dichoso término, no al número de las armas ni á la violencia de las balas, ni á la consistencia de la espada, sino á la singular devocion del rosario.

Para no detenerme mas, os inculcaré por último, que abrazeis con grande ardor en el alma esta utilísima devoción, y que la frecuenteis con vuestros labios: que os acerqueis confiadamente al Trono de gracia y de misericordia, para que desde él se presente vuestra ofrenda, nacida de una conciencia purificada, al mismo Dios. Los pecadores deberemos pedirle á nuestra Santa Madre un sincero arrepentimiento y constancia en la virtud: los justos, el aumento de gracia y la perseverancia en la vida espiritual. Ella nos abrirá con mano franca los tesoros del cielo y nos enriquecerá. Nos distribuirá tambien los bienes temporales, segun que mas nos convengan y fuere de su beneplácito: *Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et á generationibus meis implemini.*

¡Cofrades del Santísimo Rosario! la oracion de muchos vale mas que la de los particulares: "En donde estuvieren dos ó tres congregados en mi nombre, dice Jesucristo, allí estoy yo en medio de ellos." Publicad por todas las calles y plazas, y repetid con vuestras familias en el recinto de vuestras casas las alabanzas de Jesus y de María. Encomendaos á su patrocinio, cubríos con su manto, porque una tierna devoción á María es señal de predestinacion. ¡Hijos todos de la Reina del cielo! de esta suerte disfrutaremos en la tierra de los socorros de la divina gracia, y conseguiremos tambien el último fin de la oracion, que es la eterna bienaventuranza.

Así SEA.

SERMON

DE

LA INMACULADA CONCEPCION

DE LA

SANTISIMA VIRGEN MARIA

*Beata venter quæ portavit, et ubera
quæ nutrivit.*

*¡Bienaventurado el vientro que te lle-
vó, y los pechos que te nutrieron!*

S. Lucas Cap. XI. v. 27.

Embelesada una mujer con la doctrina de Jesucristo sobre la casa usurpada por el demonio, absorta con sus divinos conocimientos acerca de los secretos del corazon humano y de su imperio en los espíritus, alzó la voz de, en medio de las turbas, y le dijo: "Bienaventurado el vientro que te llevó y los pechos que te nutrieron." ¡Oh mujer! tambien tú eres bienaventurada, por haber sido la primera en manifestar las excelencias de la Madre de Dios y haber dado cumplimiento á este oráculo de ella misma: "Bienaventurada me dirán todas las generaciones, porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso." Tu palabra, que pasará de boca en boca, de dia en dia, y

Para no detenerme mas, os inculcaré por último, que abrazeis con grande ardor en el alma esta utilísima devoción, y que la frecuenteis con vuestros labios: que os acerqueis confiadamente al Trono de gracia y de misericordia, para que desde él se presente vuestra ofrenda, nacida de una conciencia purificada, al mismo Dios. Los pecadores deberemos pedirle á nuestra Santa Madre un sincero arrepentimiento y constancia en la virtud: los justos, el aumento de gracia y la perseverancia en la vida espiritual. Ella nos abrirá con mano franca los tesoros del cielo y nos enriquecerá. Nos distribuirá tambien los bienes temporales, segun que mas nos convengan y fuere de su beneplácito: *Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et á generationibus meis implemini.*

¡Cofrades del Santísimo Rosario! la oracion de muchos vale mas que la de los particulares: "En donde estuvieren dos ó tres congregados en mi nombre, dice Jesucristo, allí estoy yo en medio de ellos." Publicad por todas las calles y plazas, y repetid con vuestras familias en el recinto de vuestras casas las alabanzas de Jesus y de María. Encomendaos á su patrocinio, cubríos con su manto, porque una tierna devoción á María es señal de predestinacion. ¡Hijos todos de la Reina del cielo! de esta suerte disfrutaremos en la tierra de los socorros de la divina gracia, y conseguiremos tambien el último fin de la oracion, que es la eterna bienaventuranza.

Así SEA.

SERMON

DE

LA INMACULADA CONCEPCION

DE LA

SANTISIMA VIRGEN MARIA

*Beata venter quæ portavit, et ubera
que nutrivit.
"Bienaventurado el vientro que te lle-
vó, y los pechos que te nutrieron."
S. Lucas Cap. XI. v. 27.*

Embelesada una mujer con la doctrina de Jesucristo sobre la casa usurpada por el demonio, absorta con sus divinos conocimientos acerca de los secretos del corazon humano y de su imperio en los espíritus, alzó la voz de, en medio de las turbas, y le dijo: "Bienaventurado el vientro que te llevó y los pechos que te nutrieron." ¡Oh mujer! tambien tú eres bienaventurada, por haber sido la primera en manifestar las excelencias de la Madre de Dios y haber dado cumplimiento á este oráculo de ella misma: "Bienaventurada me dirán todas las generaciones, porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso." Tu palabra, que pasará de boca en boca, de dia en dia, y

de siglo en siglo, la repetirá y publicará la Iglesia. Tú sola eres la que sin saberlo, has considerado la grandeza de la Madre toda fundada en la del Hijo, y la cual toda redonda en gloria suya.

Sí, señores: María es bienaventurada por los privilegios con que Dios la previno, por las virtudes que practicó en la tierra y por la gloria de que goza en el cielo: sus privilegios la hacen la mas sublime de todas las criaturas, sus virtudes la mas perfecta, su gloria la mas poderosa. ¡Qué objetos, pues, tan dignos encierran en sí las palabras sucintas del Evangelio! ¡Qué misterios tan profundos contiene una sola frase! Sin embargo, yo he venido hoy principalmente á elogiar su admirable inocencia en el primer instante de su Concepcion: inocencia, digo, exenta de las tinieblas y de la triste sombra de la muerte original: inocencia por quien siempre se vió libre no solo del pecado de trasmisión, sino tambien de toda culpa actual mortal ó venial, aun indeliberada, de inadvertencia y de sorpresa: inocencia, en fin, que así como fué obra de la plenitud de la gracia, fué tambien el fundamento de su divina maternidad: *Beatus venter qui te portavit, et ubera que suxisti.*

Ademas, ¡el infante Jesus que vino á quitar el pecado del mundo, habia de recibir por alimento de los pechos virginales de María, el veneno de la culpa original! ¡Ah! de ninguna manera. Lejos de esto aseguraré en verdad con Proclo, "que gustó del néctar dulcísimo de sus mamilas, sin estar en lo absoluto mezclado con amargura." Por lo cual, si las fuentes de que bebió el Santo de los Santos el jugo de vida fueron limpiísimas, santas, felices, luego para ser ver-

dadera Madre de Dios se le concedió á María la pureza en el acto mismo de su animacion. Este será el objeto de vuestra atencion y el asunto de mi discurso. Vuestro es mas, ¡oh Virgen Santa! por cuanto pretendo analizar, que en el momento primero de vuestro sér natural habeis existido Purísima, Inmaculada. Alcanzadme para edificacion de todo este piadoso concurso y honor vuestro, los auxilios de la divina gracia que necesito. Ave María.

"Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que te nutrieron."
S. Lucas, cap. y vers. citados.

La celebre señal con que anunció el Profeta á Jesucristo por Mesías, prefigura tambien la pureza original de María: "Comerá, dice, manteca y miel de manera que seja rechazar el mal y elegir el bien." Si el Señor, pues, gustó en el tiempo de su lactancia del fluido pingüe y dulce de los pechos maternos, si demostró en el hecho de nutrirse con este suavísimo alimento su sábia discrecion en rechazar lo malo y elegir lo bueno, la Madre Santísima de este inocentísimo Redentor, tampoco debió de ser envuelta en la ruina comun del género humano. Asimismo tal pureza importa no menos la extincion de la mancha de Adán que la claridad perfecta ó efusion de los dones de Dios. En confirmacion de esta verdad, oíd cómo el Esposo de los Cantares encarece dos veces la belleza de su Esposa, que lo es la Inmaculada Virgen, segun exponen los Santos Padres la letra de tan divino Epitalamio: "¡Oh cuán hermosa eres, amada mia! ¡Oh cuán bella eres!" Este mismo elogio de su

rarísima hermosura lo repite después aunque con diversas expresiones, pero en el mismo sentido: "Toda eres hermosa, amada mía, no hay ningún defecto en tí." Y una de las hijas de Jerusalén la admira también del mismo modo al tiempo que la dirige su voz con estos dulces acentos: ¡Cuán bella eres y llena de gracias, tú amadísima, en las delicias!" De aquí infiero, que María desde su Concepción es hermosa, por cuanto fué criada sin la culpa original: Punto primero: Que María desde su Concepción es hermosa por cuanto fué criada llena de gracia: Punto segundo.

PRIMERA PARTE

Por un hombre, como escribió el Apóstol, entró el pecado en este mundo. Si, luego que Adán creyó asemejarse á Dios, en el concepto de adquirir por sí mismo la ciencia del bien y del mal, pecó, y su soberbia infeccionó á todo el linaje humano. Inmediatamente las fuerzas interiores del alma se rebelaron en contra de la razón, y la carne contra el espíritu: los trabajos, las enfermedades y la muerte se siguieron en justa pena como funestas consecuencias de tan grave delito. No obstante, María desde entonces fué prometida para quebrantar la cabeza de la serpiente, que envidiosa postró á los mortales. Con el trascurso del tiempo fué también designada al mismo efecto en la Sagrada Escritura como "huerto cerrado, fuente sellada:" huerto cerrado, porque conteniendo dentro de su delicioso sitio toda clase de árboles, flores y fru-

tos, nada cortaría de él las manos impuras de los pecadores: fuente sellada, porque ni la planta del dragón infernal podría enturbiar sus copiosas corrientes, ni amargarlas el veneno de la culpa original. "Había de ser Santa en el alma y en el cuerpo, como concluye de este lugar San Gerónimo." Pero consideremos antes su santidad en ambas cosas, según lo requiere el objeto de este asunto, es decir, libre de todo lunar ó imperfección que convino absolutamente al Espejo clarísimo de justicia.

En prueba de la inviolabilidad de su alma, ¡qué diferencia tan notable, oh Dios mío, señala el Apocalipsis respecto al origen del pecador y al de nuestra feliz Medianera! ¡Ah! Aquel, á semejanza de la gran Babilonia se convierte en morada de demonios, en albergue de todo espíritu inmundo, y en madriguera de toda ave asquerosa y abominable. Al contrario el alma de la Virgen Madre de Dios, es comparada á la plaza interior de la Jerusalén bajada del cielo. Según las notas singulares con que la dió á conocer allí San Juan: "Era oro purísimo, como vidrio lucidísimo." Quiere decir, que nunca hubo en ella la menor tibieza, ignorancia, inadvertencia; lejos de esto, todas sus potencias fueron como un fuerte inexpugnable contra el diablo y todos los vicios. Ni hace al caso, que toda la naturaleza humana mereciese contraer el reato correspondiente á la culpa que se hereda de nuestros primeros padres. No; á pesar de la ley general de muerte torpísima que mandó promulgar Ásueru contra toda la nación judía, claro es que á Ester no le obligó su cumplimiento: *Non enim pro te, sed pro omnibus haec lex constituta est.* ¡Quién creería, pues,

que Dios fuera menos justo con María que Asuero con Estér?

A mas de esto, ¿ la divina sabiduría no edificó para sí una casa? ¿ Se hallará otra mas amplia, mas suntuosa, mas magnífica? Pero no la hizo para los Serafines, para todos los demas Angeles, ni para los hombres, sino para sí mismo; *Aedificavit sibi domum*. El Altísimo fué el que puso sus fundamentos: estos están asentados sobre los montes santos, esto es, sobre las criaturas mas sublimes y perfectas: cual convino á la grandeza del Señor de los ejércitos, así engalanó su palacio. Sin duda, pues, que tú ¡oh alma candidísima de María! eres aquella habitacion del Verbo Humanado, inaccesible á la bestia horrible del abismo. Con mayor motivo que el cuerpo es tu espíritu ¡oh Señora! su domicilio. Instruidos tambien por el Evangelio, confesaremos que tu interior es el Sagrario de la Divinidad: "Antes bien, bien-aventurados son (dice por contraposicion á la hermosura material de la carne), los que escuchan la palabra de Dios y la guardan."

Mas por lo que mira á su cuerpo bien hecho, agraciado, y limpio de toda mezcla extraña de concupiscencia, ¿ cómo es posible que la carne del Cordero de Dios no haya sido capaz de crimen, y que la de María hubiera sido inficionada con la ponzoña de la serpiente antigua? ¿ Qué union puede haber, dice San Pablo, entre la justicia y la iniquidad? ¿ Qué compañía entre la luz y las tinieblas? ¿ Qué concordia entre Jesucristo y Belial? Si su vientre virginal resplandeció con tanta brillantez de pulcritud y pureza, que lejos de tenerle horror el Verbo Eterno, ardentemente le

deseó mas que los tronos de los Angeles, ¡ por qué habia de ser corrompida en su primera produccion ni aun por parte de la sustancia corporal! Fuera de que, lo que dejó escrito David acerca de Jesucristo, se cumplió tambien en su Sacratísima Madre: "Ni has de permitir, predijo, que tu Santo experimente la corrupcion!" Digo, pues, que ni correspondió que su carne viera la podredumbre y morledura de los gusanos en el sepulcro, ni las fauces y dientes del ferocísimo monstruo en su Concepcion.

Finalmente, "no consideréis, canta ella misma, que soy morena (como un defecto que me sea natural), porque el sol es el que me ha quitado mi primitivo color." Con efecto, el Sol Divino la ha quemado con sus rayos, pero asimismo la ha dado una cabeza como el monte Carmelo, fértil y adornado de toda clase de frutas: sus cabellos son largos, suaves y unidos como el pelo de los ganados cabrios que están subidos en el monte de Galaad: sus ojos son vivos y penetrantes como los de las palomas, su nariz grande y elevada como la torre del Libano: sus dientes bien colocados son sanos y blancos como rebaños de ovejas trasquiladas, que están recién subidas del lavadero: sus labios son rojos como una cinta de escarlata, su habla es dulce y agradable: sus mejillas son rojas y blancas como la mitad de una granada: sus pasos graciosos con tan precioso calzado, como lo celebran las hijas de Jerusalem: las juntas de sus muslos como collares trabajados por la mano de un excelente artifice: su ombligo es como una copa hecha á torno, donde nunca falta licor: su vientre es como un montoncillo de trigo, rodeado de azucenas: sus dos mamilas, co-

mo dos cervatillos mellizos: su cuello es derecho y bien proporcionado, como la torre de David, y blanco como la torre de marfil: su talle se parece á una palma, según lo ensalza una de las hijas de Jerusalem. Toda, toda es recta, hermosa y absoluta en todos sus números. Toda... ¡Pero adónde voy, cristianos! ¡Veis esta fiel descripción? Pues me falta todavía lo que por dentro se oculta, que es la gracia, y forma su principal belleza.

SEGUNDA PARTE

Esta es palabra divina que no pudo faltar: "El Señor es quien la crió en el Espíritu Santo, quien la ha visto y penetrado, quien la ha contado y medido." María fué ciertísimamente llena de gracia en el acto de su creación: Dios vió entonces en ella la dignidad materna, para la que la eligió desde la eternidad: solo él que la crió pudo contar y medir todas sus gracias. Siendo, pues, inmensa como se deduce de aquí, la gracia de su Concepcion, imposible sería comprenderla. Justo si es percibirla como superior á la de todas las demas criaturas, y como conveniente á la inflexible excelencia de Madre de Dios.

"Lo que consta haber sido concedido á muy pocos de los mortales, dice San Bernardo, no es lícito sospechar, que se hubiera negado á tan grande Virgen." Así es, que Adán y Eva fueron criados en gracia y santidad; Jeremías y San Juan Bautista fueron santificados en el vientre de la madre. María, pues, como primogénita salida de la boca del Altísimo, debió

en el punto de su Concepcion abrasarse con los sagrados carismas del Espíritu Santo. ¡Pero qué mas si obtuvo al mismo tiempo el principado sobre todos los coros de innumerables Angeles! ¡Ah! Estos espíritus celestiales brillaron, en cuanto fueron producidos por la virtud de Dios como estrellas del firmamento: María los aventajó por la mayor claridad y esplendor que recibió inmediatamente de los rayos del mismo Sol de justicia. Los Angeles buenos jamas pensaron obscurecer con las tinieblas del pecado la luz de gracia, en que fueron criados: de María predijo el Salmo "que Dios la protegería desde el rayar el alba;" esto es, desde su nacimiento matutino, ó su creación, por el modo en que lee San Gerónimo.

Con mayor razon excedió á todas las otras criaturas en quienes realzan de tan diversos modos los caracteres inexplicables de justicia y santidad. Contemplad, señores, por un momento, á todo el coro de ilustres Doctores, cuya doctrina ha iluminado al mundo, y cuyos ejemplos lo han asombrado. Atended á todo el coro de generosos Mártires, que lavaron sus estolas en la Sangre del Cordero, y ganaron el laurel de la victoria. Fijad vuestros ojos en todo el coro de Virgenes inocentes, y singularmente amaestradas en la práctica de las virtudes. Discorrid, si es posible, sobre los privilegios y gracias de tantos justos y santos del antiguo y nuevo Testamento. "Nada hay de virtud, afirma San Gerónimo, nada de aiazanza, nada de gracia, nada de candor, que no resplandezca en la Virgen gloriosa." Y según advierte San Buenaventura, "ella sola reunió en sí los dones, que se dividieron en los demas Santos." Por este motivo se aplicó

á sí misma, el siguiente concepto con que se muestra á los hombres la Divina Sabiduría: "Y establecí mi habitación en la congregación de los Santos."

Por otra parte, "cuando alguno es elegido de Dios para cualquier estado, como dice San Bernardino de Sena, recibe no solamente las disposiciones para el necesarias, sino tambien los dones que se requieren, para sostener aquel empleo con decoro." Sí, María, pues, fué escogida para ser Madre de Dios; la gracia de su primer instante debió corresponder á la dignidad casi infinita y altísima, para la cual el Señor la exaltaba, como concluyen todos los Teólogos con Santo Tomas, "Habiendo de descender del hombre el Criador de los hombres, segun nota San Bernardo, supo elegirse, y aun erirse tal Madre cual sabia que le convenia, y cual conocia que le habia de agradar." ¡No es así que David juzgó indigno de Dios el Templo que no estuviera cubierto con oro probadísimo! ¡Conociéndolo y pudiéndolo desde antes de todos los siglos el Ser Supremo, no habia de santificar su tabernáculo! ¡El que crió los cielos purísimos para asiento de los Angeles, el que hizo el paraíso terrenal copioso de delicias para domicilio del primer hombre, no querria ilustrar á María con el brillo de las piedras preciosas, perfumarla con el olor de todas las virtudes. . . .!

Así como importaba que nuestro Pontífice Jesucristo fuera Santo, inocente y segregado de los pecadores, así tambien la que habia de ser Madre suya, debia tener las relevantes prendas de Santa, sin mancha y nunca pecadora. He querido explicar con esto, lo que siente Pedro de Blois, comparando en breves

palabras á María con su dignísimo Hijo Jesucristo: "La Concepcion de la Madre futura de Cristo, dice, fué como la Concepcion original de Cristo."

Acepta, pues, ¡oh inocentísima Virgen María! el culto con que solemnizamos hoy el primer instante de tu ser natural, sirviéndonos de estas espresiones de San Dionisio Alejandrino: "Entre todos los descendientes de Adán, que concebidos en las tinieblas del pecado, hemos sido engendrados hijos de ira y de muerte, tú sola y única saliste á luz, siendo hija de la vida." Creemos y confesamos que tu alma es purísima, consagrada desde el punto de su existencia especialmente á Dios: que tu carne virginal de quien una porción la mas hermosa, se unió hipostáticamente á la Divinidad, fué siempre ílesa é incorruptible desde el acto en que la dió vida el alma. Jesucristo nuestro amabilísimo Redentor, es la fuente de donde saltan las aguas hasta la vida eterna: tú eres el canal por donde se derraman con afluencia, y por el cual participamos todos de su plenitud. Fuiste concebida en gracia, porque habias de concebir y parir sin detrimento de tu integridad y candor al mismo Autor de la gracia. Bienaventurado tu vientre, cuyo fruto es el Verbo humanado; bienaventurados tus pechos que lo alimentaron: *Beatus venter qui te portavit, et ubera quae suavit.*

No nos resta mas, señores, sino que tirando la vista por todo el haz del orbe cristiano, entremos en una loable emulacion. ¡Cuánto respeto tributan todos y cada uno de los fieles sus verdaderos devotos, á la Santa de los Santos en su Inmaculada Concepcion! ¡Cuántos elogios la rinden de todas las sagradas cátedras! Cuántos templos, capillas y altares erigidos

á su honor! ¡Cuántas cofradías, congregaciones y hospitales, se han instituido bajo el glorioso título de su inmunidad primitiva! ¡Cuántos conventos del uno y del otro sexo, han sido fundados en su obsequio y á gloria de tan insondable privilegio! Vosotras, religiosas de este Monasterio, complaceros de vivir bajo de su proteccion. Como el lirio entre las espinas así es entre las demas vírgenes el insigne ejemplar que os habeis propuesto seguir. Imitad su pureza y santidad conformando en todo vuestra conducta, por la manera con que lo expresa el Apóstol de la gracia: "Yo os he consagrado á Jesucristo vuestro Esposo, dice, para que os le presenteis siempre como vírgenes puras y dignas de su tierno, casto y divino amor."* Y vosotros todos, cristianos, trasportaos de gozo al hacer memoria del gran día en que la digna alma de nuestra Reparadora fué erinda, unida á su cuerpo, y al mismo tiempo santificada. Bajo esta advocacion ha sido jurada Patrona por varias naciones, diócesis, universidades y colegios, y tambien por toda esta República mexicana. Alabada con tiernas oraciones, himnos y cánticos, y presentadle vuestros fervientes votos. Aunque fuimos concebidos en la culpa original, sea sin embargo nuestra vida inocente. Solicitemos por medio de nuestra misericordiosa Madre el espíritu de penitencia para llorar nuestros pecados y para defendernos contra los ataques de la concupiscencia, consiguiente á nuestra primera caída. Añeilemos siempre por los bienes incorruptibles de la gracia, para merecer despues la bienaventuranza. ASÍ SEA.

* Este discurso fue predicado en la Iglesia de las muy RR. MM. Concepcionistas, y en el mismo día se que solemniza el aniversario del parto de la Concepcion de la Bienaventurada Madre de Dios, hallándose presente el Illmo. Sr. Obispo Mexicano, Fr. D. Antonio Maticón, que celebró la misa.

SERMON DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

*Adiit in montana cum festinatione
Et Maria parvulo cum tota praeiit
in montana.*

S. LUCAS, CAP. I. V. 23.

La Sierva del Señor que sigue simplemente los movimientos del Espíritu Santo, y no conoce las leyes bizarras de la etiqueta, corre como olvidada de su grandeza sobre las montañas de Judea, para visitar á su prima Santa Isabel. La delicadeza de su sexo, su situacion, su juventud, parece que pudieran impedir la salida de su casa; pero no, el amor del prójimo la estimula á hacer por él todos los oficios de que es capaz. A este fin se expone con heroico valor á los rigores del tiempo, arrostra las dificultades de los caminos y salva los peligros de los montes. Siempre atenta á la contemplacion y muy acelerada en la accion, mucho mas que Ruth que se interpreta veloz, y vigilante, según San Buenaventura; reúne en sí los rasgos mas brillantes de un perfectísimo ejemplo de virtudes, que ensalzan su mérito casi á lo infinito. ¡Cómo, pues, no volaria con admirable celeridad, si

la santificación del Bautista, las gracias proféticas de Isabel y el aumento de ilustraciones de Zacarías, fueron los designios del Eterno! *Abiit in montana cum festinatione.*

Mexicanos! Así que amaneció el venturoso día nueve de Diciembre del año de mil quinientos treinta y uno, anunciado poco antes de un dulce y sonoro canto de pajarillos, se rasgaron los cielos á favor de nuestra América Septentrional, y se dejó ver la Aurora de la gracia en el montecillo del Tepeyac. Era una mujer vestida del sol, tenía á la luna bajo sus piés, y estaba coronada de rayos de hermosísima luz: su túnica de color de rosa se veía bordada con flores de oro de esquisito gusto, su manto azul se parecía al firmamento tachonado de estrellas, y la rodeaba una nube tan blanca como la nieve. Semejante á Jescristo, que subió sobre los Querubines, y voló, tenía por trono de sus sagradas plantas, á un Angel que la servia con agrado y reverencia. *Ascendit super Cherubim, et volavit.* Era la Santísima Virgen María de Guadalupe, la Madre del verdadero Dios Criador y Dueño de todas las cosas: la tórtola, que haciendo percibir su voz en estas tierras á un indio de los recién convertidos, le declara su voluntad para que se le edifique un templo cerca de la capital de la República, donde habite por medio de su divino simulacro, como en la concavidad de las piedras. Con este objeto vino desde la mansion de los Santos, á fijar su morada en tí, ¡oh predilecto Anáhuac! ¡oh feliz nacion! no en un dilatado viaje de tres dias como cuando fué á la casa de su prima, sino en un instante de tiempo indivisible: no para permanecer en tu socorro tres

meses, sino por todos los siglos: no en nuestra carne mortal, sino con todo el esplendor de su gloria. *Abiit in montana cum festinatione.*

Hé aquí, señores, representadas brevemente dos visitas celestiales, que si bien se distinguen en los medios, proceden del amor como de un solo principio, y llevan las miras de la fe y de la religion, como determinado fin. Sí, la caridad que no atiende á las propias penas ni á las propias inquietudes, trasladó á María del lugar de su retiro á la casa de Zacarías: el mismo motivo, este mismo fuego inextinguible de su pecho, la empenó tambien á tocar con sus preciosos piés estas retiradas partes del mundo, y á evangelizar la paz. Allí convino, no precisamente para el bien particular de una familia, como para el bien general de todos los hombres, que se publicase por primera vez y con la suavidad de su voz, el inefable misterio de la Encarnacion. Aquí plantó y regó con sus mismas manos, una tierra nueva destinada á la viña de la Iglesia, y aun nos dejó su bendita Imágen en una tilma, portento que jamas han visto todas las demas naciones. Resulta, pues, que el amor especial de María de Guadalupe á los Americanos, fué la causa de su milagrosa Aparicion. Este será justamente el asunto de mi discurso y de vuestra bien dedicada atencion. Para dilucidarlo con fruto, saludemos, validos de las palabras del Angel, á la misma Inmaculada Virgen Señora nuestra, que para asombro nuestro se dignó saludarnos primero. Ave María.

"Y María partió con toda prisa a la montaña."

S. LUCAS, cap. y vers. citados.

Cuánto fuera el deseo del Hijo de Dios por el nacimiento de María, lo declara él mismo en los Cantares, por estas breves palabras: "Levántate, apresúrate, amada mía, mi fiel paloma." Claro es, que bajo la figura de este apacible animal, simboliza su carácter, y quiere que así como es el mas ligero de los volátiles, ponga en ejecucion su velocidad. Igualmente es digno de notarse, que si descendió el Espíritu Santo á los Apóstoles, visible en aquella forma, y como en lenguas de fuego, á su casta Esposa la impele tambien el amor. Mas como Santo Tomás de Villanueva nombra á la Madre de Dios, "ágil paloma, que corre con suma prontitud por las cumbres de los montes," valiéndome de esta semejanza, ya podré trazar la Aparicion de Guadalupe en el cerrito del Tepeyac. En efecto, volando con las dos alas de la virginidad y de la maternidad, por entre la region de los elementos, nos trajo la oliva de paz en la boca, á la manera de la paloma que volvió despues del diluvio á el Arca. Esto es, como Virgen Purísima nos hizo participantes de la virginidad del alma: Punto primero. Como verdadera Madre de Dios adoptó especialmente por hijos á los mexicanos: Punto segunda.

Abiit in montana cum festinatione.

PRIMERA PARTE

La virginidad de María, fuente limpiísima de copiosas corrientes de aguas vivas, llegó á tal grado de pureza y de virtud, que no solo mereció de congruo la Encarnacion del Verbo, sino que tambien la hizo digna de portar en su vientre al Hijo de Dios hecho Hombre. Yo soy, puede decir con propiedad, segun el elogio del Eclesiástico: "Yo soy la Madre del amor mas hermoso, del conocimiento y de la santa esperanza." Ademas de esto, la virginidad del alma, como la define San Agustin, es la fe íntegra, la sólida esperanza, la cándida caridad. Discurramos, pues, por cada uno de estos miembros, para analizar la verdad de mi asercion.

Aun se hallaban sentados á la sombra de la muerte casi todos los habitantes de estos paises; aun no querian imitar á aquellos santos animales del carro de Ezequiel, que recogian sus alas á la voz de Dios, cuando ¡oh novedad verdaderamente inaudita! á la manera de un arco refulgente entre las nubecitas de gloria, aparece la benignísima Virgen María de Guadalupe en el centro de esta gran nacion. ¡Gentiles favorecidos! prudentes como las serpientes y simples en la fe como las palomas, así os quiere transformar, la que ha tomado á su cuenta el oficio de Evangelista: caerán vuestros templos, no lo dudo, abandonaréis vuestros ídolos, y enmudecerán los oráculos de las divinidades falsas: ¡mas qué importa! ¡qué mejor suer-

te! correréis á millares para ser regenerados con las aguas del Bautismo, y daréis debido lleno por vuestra parte al vaticinio de Zacarías acerca de la destrucción de la idolatría. Creedme, señores, donde antes se ofrecieron yerbas, frutas y víctimas de sangre, hoy se adora al precioso trofeo de la Cruz, y se eleva la hostia de reconciliación y de salud. Aquel árbol que vió Nabucodonosor extender sus ramas y hojas por todo el haz de la tierra, y fué cortado despues todavía contruvo un gérmen de vida en su raíz, que era la Madre de Dios. Se contaban, pues, quince siglos, que se había reproducido en muchas partes, hasta que en la PRIMERA APARICION de María retonó por la fe sobre la cima del Tepeyac, para hacer al Nuevo Mundo una porción escogida de la Iglesia.

Y como toda esperanza de vida y de virtud reside en nuestra incomparable protectora, no quiso privarnos de esta especie de gozo: *Spic gaudentes*. Dos veces aguardó á Juan Diego en el cerrito con la respuesta de su mensaje, dos fueron tambien las lecciones que nos dió de esta virtud, porque la omnipotencia y bondad de Dios, principalmente resplandecen en su consecucion: *Gaudete in domino semper, iterum dico gaudete*. A la verdad, yo observo que en la SEGUNDA APARICION, apenas expuso el humilde indio á la Señora, que enviase una persona principal y digna de respeto ante la presencia del Arzobispo, cuando lo animó á confiar firmemente en el brazo del Señor. "Sábeta, hijo mio, le respondió, que no me faltan sirvientes; mas conviene mucho que por tu intervencion tenga cumplimiento mi deseo." No menos afirmó su esperanza en la TERCERA APARICION, valiéndose del

divino atributo de la benevolencia. Esperaba por segunda vez al mensajero; éste la informó, si me puedo explicar así, que el Prelado le había pedido una señal cierta, y la Piadosísima Virgen prometió dársela al dia siguiente. ¡No fué así! ¡Ah! proponiéndose por nuestra guía, nos enseñó con sus admirables ejemplos á aspirar á la bienaventuranza, asidos del poder y voluntad del Eterno. *Quaecumque promissit Deus potens est, et facere*. Pero ni aun había corrido mucho tiempo que acababa unos milagros cuando comenzaba otros. Paso á referirlos.

No volvió el feliz Juan Diego al Tepeyac en el mismo dia, que le había señalado la Santísima Virgen; porque hallando en su casa á su tio muy enfermo, se ocupó en buscar á un médico de los suyos. Hasta la mañana del nunca bien ponderado dia doce de Diciembre en que caminaba con direccion á México, para llevar un sacerdote que administrase los santos sacramentos al referido enfermo; tomando otra vereda, que sigue por lo bajo, poco despues de haber pasado una fuentequilla de agua aluminosa, y al torcer la falda del cerrito, vió en la CUARTA APARICION, venir de la cumbre á la Soberana Señora, con la misma claridad que en la primera vez. "¿Adónde vas, hijo mio, le pregunta, y qué camino es el que has tomado?" Voy, Niña mia muy querida, le contestó con rubor y postrado de rodillas, voy de prisa á la ciudad para traer un sacerdote que socorra á un siervo tuyo y mi tio; perdóname, te ruego, que no me escuso de hacer tu mandato, ni es fingida mi disculpa." Ahora bien, quiso decirle María, segun infiero: El Señor ha ordenado en mí la caridad, y yo he de arreglar la tuya: su gloria se interesa,

el amor que sobre todas las cosas le debes, exige que cumplas primero con su voluntad. *Charitas non quaerit quae sua sunt; sed quae sunt Dei.* Por lo que respecta al amor del prójimo, fijad, cristianos, con cuidado vuestra consideracion en estas otras palabras suyas: "¿No estoy yo aquí, le dice, que soy Madre tuya? ¿No soy yo vida y salud?" A fe, pues, que no le reprobó sus buenos é inflamados oficios á favor del tio así en lo espiritual como en lo temporal; antes luego, como obedeció á su voz, para ir á cortar las rosas, se mostró á su amado tio Juan Bernardino en la QUINTA APARICION, llenando de indecibles delicias á su espíritu, y dándole entera salud á su cuerpo. ¡Singular dignacion! ¡incomensurable júbilo! ¡eficaz remedio! ¡Pero quién no reconoce en estas obras dignas de María de Guadalupe la perfecta y expresiva imágen de su tierno corazón! ¡Americanos preferidos en el amor de tan Santa Virgen! os acabareis de persuadir del sobreexcelente honor de nuestra patria, si considerais que el fin correspondió á las empresas.

SEGUNDA PARTE

Ya estaba para espirar nuestro Redentor Jesucristo en el árbol de la Cruz, cuando por medio de una solemne y testamentaria disposicion, encomendó á María como Madre al cuidado del Discípulo amado, y á éste al de la Santísima Virgen como hijo adoptivo suyo. Acaso el Evangelista no le llama con otro nombre que el de discípulo; porque todos los cristia-

nos componemos la Iglesia, somos como un discípulo de Jesus, y de consiguiente un solo hijo de María. Asimismo, nadie ignora que aunque gloriosa en los cielos, alimenta, instruye y socorre á todos los fieles, que es lo que constituye cabalmente el carácter de una madre. Pero es necesario confesar, que si los padres al separarse por la muerte de sus hijos, les dejan en herencia algun tesoro, ó alguna alhaja; al volverse María para su morada celestial, nos enriqueció con su precioso simulacro. ¡Su precioso simulacro! ¡Oh qué inestimable dón de bendiciones como las que prodigó Isaac á Jacob! ¡Oh qué monumento tan constante de su afecto! Puede ser que no haya retrato que ostente mas á su original.

Si, señores: despues de haber aguardado el Venerable Juan Diego mucho tiempo como en las otras ocasiones, para cumplir con su comision, llegó por fin el punto en que entrase al aposento del Arzobispo, ya con la investidura reconocida de un embajador del cielo; penetrado de respeto y rebosando en gusto, "aquí os traigo, le dijo, las señales que me ha dado la Santísima Virgen." No hizo mas que desplegar su manta, y cayó en el suelo un mazo de rosas frescas, olorosas, y con rocío: juntamente se vió pintada con admiracion de todos los circunstantes, pero por mano divina, la sagrada efigie de María de Guadalupe. Esta fué la APARICION DE LA SANTA IMAGEN, como se adora hasta el dia de hoy, y de que tanto se glorian los habitantes de estas vastas regiones. Que Moisés abriese con un golpe de vara las aguas del mar Rojo, y despues por su mandato se restituyesen á su primer estado: que con la misma

virtud sacase agua de una piedra y aun se abriese la tierra para tragarse á los sediciosos: que el Príncipe de los Apóstoles anduviera sobre las olas enfurecidas, como si pisara un camino firme: que algunos santos permanecieran suspensos en el aire y hablaran otros de repente algún idioma desconocido, son efectos que realmente exceden á las reglas ordinarias de la naturaleza. Pero sin comparación nos embelesa mas que si hubiéramos presenciado los prodigios dichos, el riquísimo regalo que nos dejó la Reina de los cielos, y que se conserva incorruptible en su Santuario á pesar de que está expuesto á las inclemencias del ambiente mexicano. Es sobrenatural, no tiene semejanza de quien se haya copiado: su mérito realza tanto en los demas de su línea, cuanto que la misma Señora dispuso y colocó las flores en el ayate, quedando estampada en él. Así es, que la materia que eligió para que en ella imprimiera su bella y peregrina Imagen, no compone mas que una tosca capa: en ella aparecen sin imprimación ó aparejo, cuatro géneros de pinturas, al óleo, al temple, de aguazo y labrado al temple: ninguna mano ó pincel terreno puede sujetar á sus reglas su dorado y raros perfiles. Además, ¿no es evidente que cualquiera que con devoción contempla esta inimitable pintura, reconoce á viva fuerza que contiene un compendio de perfecciones? ¡Ah! basta verla, para que nos arrebate el corazón y todos los sentidos. *Non fecit taliter omni nationi.*

¡Y qué diré de aquel amor maternal que, como una fuente de aguas saludables se derrama en abundancia desde el cerrito del Tepeyac, punto el mas alto de la República, no solo en su situación sino por

el Patrocinio de María! "San Bernardo asegura que por reverencia á esta noble y bendita Niña, salvó Dios de su trasgresion á nuestros primeros padres: libertó tambien á Noé del diluvio, á Abraham de la plaza de armas del rey Codorlahomor, á Isaac de Ismael, á Jacob de Esaú, al pueblo de judíos de Egipto, de Faraon y de otros males, á David del leon, del oso, de Goliat, de Saúl; en una palabra, que por ella se concedieron los bienes todos hechos en el viejo Testamento. Por ella, dice el mismo Santo Doctor en otra parte, se acabó aquella continua guerra que habia en nosotros contra el Criador: por ella se sancionó la reconciliación y se nos franqueó la paz y la gracia." ¡Qué mucho, pues, que á la sombra de su Imagen se enarbolase la Cruz en todas partes, se erigiesen tantos templos en esta América y se extendiese la Religión! ¡Qué mas que en aquel divino Libro aprenden los Sacerdotes su vigilancia, las vírgenes su fervor, y todos los fieles su devoción? ¡No es aquel Santuario una Piscina donde el Príncipe tutelar á cada instante agita las aguas! Es incontestable que se convierte allí la tristeza en gozo, la debilidad en fortaleza, y la frialdad en calor. Allí los pecadores encuentran el consuelo, los justos el aumento de virtudes, los ignorantes el consejo, los enfermos el remedio.

Hubo un tiempo en que la hermosa México estuviere amenazada y reducida á una isla por un horrendo diluvio; pero apenas conducen en procesion solemne á la soberana imagen hácia la ciudad, cuando se retiran las aguas y se restituye la tranquilidad. Otra vez una peste maligna difundia la muerte y la consternacion por todo su recinto, hasta que no ca-

biendo los cadáveres en los templos se hacinaban en un sepulcro común en los campos: juran todos con ferviente amor á María de Guadalupe por Madre y Patrona, y ella aplaca el enojo de su Hijo Santísimo. ¡Cuántas otras ocasiones casi se hallaba la nación mexicana para sepultarse entre sus ruinas, y la defendió nuestra amantísima Mediana! ¡ Militares! vuestros triunfos no tanto son debidos á la violencia de las balas, ni á la consistencia de la espada, como á aquella casta paloma, que gime en el Tepeyac. Jamas olvidéis que las banderas del ejército americano fueron otros tantos estandartes de María de Guadalupe. Usad en hora buena de vuestras armas, siempre que se interese su honor y la causa de la fe.* Pero como estoy hablando delante de un concurso que funda su mayor gloria en ser católico, dispensadme este raptó de zelo.

Concluyamos ya, con que el objeto de los cuidados de María de Guadalupe, fué nada menos que los mexicanos le labrasen un templo. Mas este templo no solo habia de ser material, sino tambien espiritual. El espiritual consiste, segun San Agustin, en las tres virtudes teológicas, de que se originan y perfeccionan todas las demas: *Domus Dei fide aedificatur, spe erigitur, charitate perficitur*. Obtendremos, pues, la pureza de nuestra alma, si entrando en el pavimento de este sagrado edificio, nos ponemos á cubierto con la ala de la virginidad de aquella blanca paloma. El material que guarda su inestimable prenda como asilo de misericordia, es la Colegiata de su nombre. En él

* Este discurso fué proferido en la Santa Iglesia Catedral y en un día de la festividad de Nuestra Madre Santísima la Virgen María de Guadalupe, estando presentes ambos cabillos eclesiástico y secular, y el Exmo. Sr. Gobernador del Estado.

experimentamos que nos acoge benigna bajo de la ala de la maternidad; y por de contado que podemos gloriarnos de ser sus hijos. *Abiit in montana cum festinatione.*

Únicamente nos resta adorarla con rendimiento y seguirla sin cesar como modelo. Imitemos sus virtudes, pero no seamos como la luna, símbolo de la inconstancia, á quien está pisando por sus continuados crecientes y mengnantes. Ocurramos, aunque indignos, á solicitar su espiritual asistencia, porque se complace en que la llamemos Madre de pecadores. ¡ Mas cómo ha de ser nuestra Madre si nosotros no nos portamos como hijos suyos! Si somos soberbios, vanidosos é iracundos, no esperémos el amparo del ejemplar de humildad, modestia y paciencia: si nos dejamos arrastrar torpemente de los pecados mas vergonzosos, nos abandonará la Inmaculada Virgen: si nos empleamos en los espectáculos y diversiones peligrosas, no podremos gozar de las delicias verdaderas de su amor. Por lo cual, por manchados que estemos con las culpas de la fragilidad humana, rogémosla, solicitémosla, llamémosla, pero con un ánimo sincero de mudar de vida, y nos favorecerá. En fin, obliguémosla con lágrimas, á que reine en esta su nación la paz, para hacerle compañía por toda la eternidad en el cielo.

ASÍ SEA.



SERMON

DEL

NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Natus est robis hodie Salvator.
"Hoy os ha nacido un Salvador."
S. Lucas, Cap. II, v. 11.

Siendo así que Jesucristo vino al mundo para fundar su imperio eterno sobre las bases de la humildad y de la caridad, eligió nacer en un ruinoso albergue de la pequeña ciudad de Belén. Pero, ¡oh insigne prodigio! el establo destinado para morada de los animales irracionales, se convierte repentinamente en el palacio del Soberano de los cielos y de la tierra: el pesebre vil y desalinado, en el lecho de su tierno cuerpecito y en el trono de su infinita misericordia. De este modo, por entre la pobreza del portal deshecho, de las pajas y de los pañales, y por entre los rasgos de su majestad lo adoraron con amor los pastores como al verdadero Mesías. Este fué el feliz resultado de la embajada del Ángel del Señor, que se les apareció en medio de un resplandor divino, cuando hacían por la noche la ronda alrededor de su rebaño,

y cuando despues de haber sido sobrecogidos de un gran temor, les dijo: "No temais, porque veisme aquí que vengo á traeros la nueva de una grande alegría que tendrá todo el pueblo: porque os ha nacido hoy á vosotros el Salvador, que es Cristo Señor, en la ciudad de David, y esta será para vosotros la señal: encontraréis al Niño envuelto en las fajas, reclinado en un pesebre." *Natus est vobis hodie Salvator.*

Mas el Salvador, cuyo nacimiento celebraron los Angeles en el cielo no menos que en la tierra, asociándose á los pastores, y cantando: "Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz á los hombres en la tierra de buena voluntad;" es el Salvador por excelencia y no en figura como Moisés, Josué y otros ilustres varones del antiguo Testamento; el Autor de la naturaleza y de la gracia, el Señor y Dueño absoluto de todas las cosas: el Cristo ó el Ungido del Señor, que ha recibido la unción de la Divinidad como Rey y Sacerdote eterno; el Redentor, no de los Angeles sino de los hombres: la hermosísima flor que brotó de la raíz de Jessé, segun la vision del Profeta, y cuya fragancia de santidad habia de disipar el insuperable hedor del pecado. *Natus est vobis hodie Salvator.*

Los pastores, pues, viendo con los ojos del cuerpo un Niño débil y sin habla, lo adoraron con los ojos de la fe por el Verbo de Dios y el Rey prometido á Israel. Comenzando de esta suerte á cumplirse la manifestacion de la venida del Mesías, en el nacimiento de Jesucristo. Esta será la idea principal de todo mi discurso, que se deduce necesariamente de las palabras del Evangelio, así como de un juramento que

hizo el Señor á David en estos términos y que no retractaría: "Yo haré nacer de tu sangre un hijo que se sentará en tu trono." Y supuesto que su venida nos asegura de los dones de Dios, imploremos el auxilio divino por intercesion de su Santa Madre, que sin el menor detrimento de su perpetua virginidad le dió á luz, saludándola llena de gracia. Ave María.

"Hoy os ha nacido un Salvador"
S. LUCAS, cap. y vera. c. 1.º

En concepto de que el Angel avisó á los pastores que les habia nacido un Salvador en la ciudad de David, les dió á entender que ya era Salvador aun antes de su nacimiento. "Os ha nacido un Salvador," les dijo; esto es, no para comenzar á ser vuestro Salvador, sino un Salvador constituido de antemano, aunque oculto como feto, y conocido de muy pocas personas. Pues que si ganó este Sacrosanto Nombre con toda perfeccion muriendo en una Cruz, jamas dejó de tenerlo desde el acto de la Encarnacion. Por precepto del Padre celestial lo adoraron los Angeles y lo reconocieron por Libertador de los hombres, tan luego como este Dios de bondad se hizo Hombre. *Angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis.* Ya el Profeta Isaiás habia anunciado este prodigio brillante, que daría el mismo Señor á la casa de David, diciéndole: "Una vírgen concebirá y parirá un hijo que será llamado Emmanuel." San Mateo nos hace advertir el cumplimiento de este oráculo en la Sagrada Persona de Jesucristo, que es Dios con nosotros, Dios y Hombre juntamente. De consiguien-

te; Jesucristo es nuestro Salvador desde el punto de su Humanación. *Ece Virgo concipist*: Punto primero. Jesucristo es nuestro Salvador manifestado desde su nacimiento. *Et pariet Filium*: Punto segundo.

PRIMERA PARTE

Conforme á la mencionada profecía de Isaías, y por complemento de todas las demas que se ordenaban á la venida del Mesías, dijo el Angel San Gabriel á María: "No temas, María, porque has encontrado gracia delante de Dios: mira, concebirás, y parirás un hijo, y le pondrás por nombre Jesus." Pero quién sea este Señor Jesus, se lo declara á continuación en estos términos: "Este será grande y será llamado hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David, su Padre, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin." Desde luego que es el mismo Hijo del Altísimo, ó el Verbo de Dios el que se humanó: Es también el Hijo de David, según la carne, cuya silla fué figura solamente de su silla celestial, y su reinado temporal no mas que sombra de su reinado eterno. Tan claramente, pues, se presenta á nuestra consideracion este dogma, que Jesus es nuestro Salvador por el acto de union de su Divina Persona á la naturaleza humana, que no necesita de pruebas. Sin embargo, os propondré algunas ligeras reflexiones sobre su Divinidad y Humanidad asumida en su singular é inexplicable desposorio, á fin de redimirnos.

Las tres personas de la Santísima Trinidad concurren especialmente á dar el lleno á este prodigio de amor. El Padre da á los hombres su Hijo: porque como dice San Juan: "De tal suerte amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo Unigénito." El Hijo consiente en hacerse Hombre, como se cumplió: *Verbum caro factum est*: El Espíritu Santo se ofrece á obrar este inefable misterio: *Spiritus Sanctus superveniet in te et virtus Altissimi obumbrabit tibi*. Ya habia predicho Isaías que el mismo Dios habia de venir para salvarnos, y este oráculo se verificó en el instante de la concepcion del Hijo de Dios. Ademas, teniendo Jesucristo la forma y la naturaleza de Dios, no creyó, como asegura el Apóstol, que fuese para él una usurpacion el ser igual á Dios. Porque convenia á Dios, que es la misma esencia de la bondad, comunicarse á los hombres, uniéndose en una sola persona el Verbo, el Alma y la Carne. *Non rapinam arbitratus est esse se aequalem Deo*. Así que, un Dios que no fuera verdaderamente hombre, no podia sufrir ni satisfacer por los hombres. Un hombre que no fuera verdaderamente Dios, no podia hacer que su satisfaccion y sus padecimientos fuesen dignos de la justicia de Dios. Dios solo, es imposible; el hombre solo, es insuficiente. Luego se necesitaba de un Dios Hombre para reconciliarnos.

Por eso el Verbo Eterno se anonadó á sí mismo tomando la forma y la naturaleza de siervo. No porque faltase á la Omnipotencia divina algun otro medio de reparar al hombre, sino porque este fué el mejor: no porque el Hijo de Dios sea mudable ó perdiese algo de su infinita excelencia, revistiéndose de

nuestra naturaleza, sino porque de un nuevo modo se unió á sí á la criatura para gloria de Dios y salud del hombre. *Sed semetipsum excinavit formam servet accipiens.* Recibió nuestra carne pasible y mortal con todos sus defectos consiguientes, exceptuando solamente la ignorancia y el pecado: *In similitudinem hominum factus.* Se infundió á esta carne humana, pero no de modo que fuese comprendido ó contraído por ella como el agua por un estanque, sino al contrario, elevada su alma y su cuerpo por virtud de la Divinidad sobre los Angeles, sobre los hombres y sobre todas las criaturas. *Et habitu inventus ut homo.* En fin, Dios se hizo hombre, segun la idea de San Agustin, para que el hombre se hiciese Dios. De tal suerte, que con semejante instruccion no prefiera al diablo, y lo venere, ni manche pecando á la naturaleza humana exaltada á tanta dignidad: reconozca deponiendo toda presuncion cómo se recomienda en el Hombre Cristo la gracia de Dios sin méritos precedentes por parte de nosotros: cómo por tan grande humildad se refrena y sana nuestra soberbia, y cómo es librado el hombre de la servidumbre del pecado. Asimismo acercándose á nosotros y hablándonos el Divino fundador de la Religion, se certifica la fe, se erige la esperanza y se excita la caridad: se nos propone un ejemplar perfectísimo de virtudes, y por tan inmenso bien llega el hombre á la plena participacion de la Divinidad, que es la bienaventuranza eterna. *Deus factus est homo, ut homo fieret Deus.*

Recorramos en seguida los insignes prodigios que se sucedieron luego que el Verbo de Dios se unió sustancialmente, y en unidad de Persona, á su cuer-

po y alma santísima. ¡Oh! la criatura destinada para tan inefable obra y llena de gracia desde su concepcion, ha subido al colmo de sus grandezas para felicidad del universo. María, la sierva del Señor, ha venido á ser verdaderamente la Madre de Dios, la Madre del Mesías. Por estos mismos dias en que se cumplió tan venerable y el mas grande de los misterios del Salvador, partió con toda priesa á la montaña á una ciudad de Judá. Entró en casa de Zacarías y saludó á Isabel. Apenas resonó la voz de su salutacion en los oidos de su prima, saltó el Niño de gozo en su vientre, é Isabel fué llena del Espíritu Santo. Segun la promesa del Angel á Zacarías, es santificado el Bautista á los seis meses de estar en el seno materno, y dado á conocer con el ministerio de Precursor. Santa Isabel conoce los sublimes arcanos de la Humanacion del Verbo, celebra las grandezas de Jesus y de Maria, y tiene la dicha de hospedar á la Madre del Señor cerca de tres meses. La incomparable Virgen derrama un tesoro de bendiciones en aquella casa, y forma el magnífico cántico, que es el primero del nuevo Testamento y reza la Iglesia todos los dias. Zacarías tambien, despues de haber escrito en la tablilla el nombre de Juan, recobra el uso de la lengua, es lleno del Espíritu Santo y profetiza: pronuncia, digo, un cántico que refiere el Evangelio, en que alaba al Salvador, sus bienes y sus beneficios, y señala el alto destino de San Juan de Profeta del Altísimo. Ahora, el castísimo Patriarca San José, cuya dignidad tuvo origen en el matrimonio virginal con Maria, es confirmado maravillosamente en ella por la Encarnacion. Mientras piensa dejar á su Esposa secretamente por la si-

tucion en que la vé, un Angel del Señor se le aparece en sueños. Es ilustrado por él acerca del misterio oculto á toda la tierra, constituido Cabeza de la santa familia, con todos los derechos de Padre del Hombre Dios, y aun con la potestad de imponerle el nombre de Jesus. Mas si hasta aquí hemos atendido al bien comenzado de nuestra redencion, volvamos los ojos al milagro publicado del nacimiento de Cristo Jesus.



SEGUNDA PARTE

En el nacimiento de Jesucristo se dió principio á su carrera visible sobre la tierra sostenida con su doctrina, con sus milagros y con sus ejemplos. Cerca de la media noche de un sábado, día veinticinco de Diciembre del año setecientos cincuenta y tres de la fundacion de Roma, nace de un modo extraordinario y sin violacion del claustro virginal, á la manera que los rayos del sol traspasan un cristal sin quebrantamiento de su integridad. Envuelto en pobres pañales, recostado sobre la paja y aterido de frio, ya se nos presenta á admirarle víctima de propiciacion: el llanto, las lágrimas, los suspiros y su estado humilde entre dos bestias, son el preludio de su sacrificio de Cruz entre dos ladrones, segun la frase del cardenal Hugo: *Præsepe Domini crux Domini*. Lo que el Señor Jesus exprimió en lo íntimo de su Alma al instante de su Encarnacion, puede aplicarse con mayor motivo al de su Natividad. ¡Oh Padre! exclamó: "Tú no has querido sacrificios ni oblationes, pero me has forma-

do un cuerpo; tampoco aceptaste el holocausto y la víctima por el pecado; y entonces dije: Aquí estoy; yo vengo conforme está escrito de mí al frente del libro, para cumplir tu voluntad." ¡Qué innumerable multitud de rasgos se desprende, pues, espontáneamente de toda esta doctrina! ¡Ah! Yo me hallo como dudoso para elegir los mas á propósito, á fin de alabarle como á nuestro Salvador, reconocido desde aquel acto. Sin embargo, me contraeré únicamente á estos dos puntos principales de la gloria de Dios y paz del hombre, que todo lo comprenden y á los que se refirió el elogio de los Angeles: *Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis*.

Con efecto, los Angeles, y despues los Santos, tributaron gloria á Dios en la altura de los cielos como á Autor y fin de este ternísimo misterio. Al Padre de cuyo seno nació el Verbo sin madre, segun la generacion eterna, y de cuya divina fecundidad participó María para ser Madre sin padre, segun la generacion temporal del Dios hecho Hombre. Al Hijo de Dios de quien es Madre la Santísima Virgen, en el sentido mas propio, y cuyo verdadero Hijo es segun la carne. Al Espíritu Santo, Esposo de María, con cuya sola divina operacion ó sombra celestial concibió, y que es como el vínculo ó nudo de tan grande milagro. Aquí respaldase la omnipotencia de Dios, porque como dijo María: "El que es poderoso ha hecho en mí cosas grandes, y su nombre es santo." De tal suerte, que en el orden de la gracia, principalmente esta obra excelente del Señor, todos los misterios y el Evangelio mismo se fundan sobre su supremo é infinito poder. Y como Dios, en expresion de San Agustin, "es sa-

biamente omnipotente," brilla sobremanera su sabiduría eterna, que es el mismo Hijo del Padre en el establo de Belén. ¡Oh! nace pobre para enriquecernos, débil para fortificarnos y humilde para destruir nuestra soberbia. Se ensalza también su misericordia personificada y revestida de nuestra naturaleza en Jesucristo: aquella misericordia cuyos efectos, como añadió la Madre de Dios, se derraman de generación en generación en aquellos que le temen: aquella magnificencia del Señor que en realidad pasaría continuamente de padres á hijos, si unos y otros no cesaran de adorarlo y de temerlo. Últimamente, Dios es el fin de este misterio, en cuanto que por él se le rinde una obediencia perfecta, una satisfacción conveniente y un homenaje digno de su Divinidad.

Ahora, "la gracia y la verdad, como asegura San Juan, fueron traídas por Jesucristo." Con los gloriosos títulos de Admirable, Consejero, Dios fuerte, Príncipe de la paz, había sido anunciado mucho tiempo antes de su venida, y luego que apareció sobre la tierra desempeñó en todas sus acciones con inaudita exactitud tan soberano principado. La paz es lo mismo que gracia, bendición, benevolencia de Dios sobre los hombres: es el acto propio de la virtud de la caridad y la perfección del gozo espiritual; así porque importa la quietud por parte de las cosas exteriores que la perturban, como el sosiego y tranquilidad de nuestros deseos en el bien. Estó le hacía decir á David, que al que ama la ley todo es paz, y que no se encuentra en ella tropiezo. *Pax multa diligentibus legem tuam: et non est illis scandalum.* Esta paz es una de las bienaventuranzas y uno de los frutos del Espíritu Santo,

porque tiene cierta dulzura espiritual en el bien como en un fin. La paz se nos prometió para con Dios por medio de una perfecta reconciliación, paz para con el prójimo amándole como á nosotros mismos, con un amor en Dios y por Dios y paz en nuestro corazón y en nuestro mismo espíritu, si tenemos la gracia de Jesucristo que nos hace gratos. Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad, paz verdadera, principio de aquella paz profunda que se disfrutará en el cielo. ¡Qué cosa mejor! Jesucristo, Autor y consumidor de esta paz, ordinariamente saludaba con ella á sus discípulos diciéndoles: "La paz sea con vosotros." La Iglesia nuestra Madre, á su ejemplo, ha conservado la santa costumbre de dar la paz en la celebración del Augusto Sacrificio del Altar y en la administración de los otros Sacramentos. No gozan de tal suavidad sobrehumana los malos que están entregados á los remordimientos de su conciencia, y á todos los efectos de la venganza divina; no, una paz aparente les arrebató los sentidos y los mantiene engañados. De la paz deliciosa del Señor que es el más precioso de todos los bienes, hablaba en su nombre el grande Profeta Isaías al pueblo de Israel, despues que éste mereció su enojo: "¡Ojalá, exclama, te hubieras aplicado á mis preceptos; tu paz sería como un río, y tu justicia como las olas del mar."

Pero aunque Jesucristo desde su nacimiento se dejó ver como Hombre de los ojos de todos los que lo conocieron, no convenia á la sábia economía de sus misterios, que á todos se manifestase como Unigénito del Padre. Las dos personas más santas y más amadas de la tierra María y José, tuvieron el indeci-

ble gozo de adorarlo los primeros como al Verbo Humanado, que acababa de nacer. María lo envolvió en los paños y lo reclinó como en una cuna en el pesebre, y ambos á dos Esposos le ofrecieron los homenajes mas inocentes que jamas le tributaran los mortales. Estaban acostumbrados los Judios á ser instruidos acerca de las voluntades de Dios por medio de los Angeles. Por esa estos Espíritus celestiales que fueron iluminados sobre la Encarnacion del Hijo de Dios aun antes que se le declarara á la Virgen María, anunciaron la feliz nueva del nacimiento de Jesus á los Pastores: tanto porque eran Israelitas, como porque estaban mas cercanos á Belen. En el mismo dia hallaron estos hombres pobres y sencillos á María y á José, y al niño puesto sobre el pesebre. Los Magos, como sabios, de tierras remotas y hechos á observar el curso de los astros, se acercaron á Cristo conducidos por una estrella superior en brillo á todas las demas el dia trece de su natividad. A los cuarenta dias de este admirable suceso llevaron sus padres al niño á Jerusalem para presentarlo al Señor. El justo Simeon sabia por inspiracion divina, que no veria su muerte, si primero no veia al Ungido del Señor. Lo tomó, pues, en sus brazos, y bendijo á Dios. La profetisa Ana acudió á esta misma hora al templo, y lo reconoció como al Mesías. Quiere decir, que á los hebreos apareció el Divino Sol de justicia mediante los Angeles, á los gentiles por el prodigio de una estrella de nueva claridad, y á los justos por el interior instinto del Espíritu Santo. "Es creible, dice el Angélico Doctor, que en las otras partes del mundo se mostraron algunos otros indicios de la natividad de

Cristo: como en Roma fluyó oleo, y en España se vieron tres soles, que poco á poco se redujeron á uno." En fin, para que no se impidiese la redencion, y para que no se disminyera el mérito de la fe; así como Cristo resucitado no se apareció á todo el pueblo sino á los testigos predestinados por Dios, así tambien recién nacido, en toda su vida y despues de muerto, solamente á algunos les reveló su Divinidad.

Recopilaré ya en un breve resumen toda esta doctrina valiéndome de la siguiente profecía de Isaías: "Germinando, germinará como el lirio y se alegrará con alborozo y alabanza." Sí: María fructificando como azucena de gratísimo olor, concibió en su vientre virginal al Verbo de Dios, por virtud del Espíritu Santo, al Dios Hombre, Cristo Jesus, Mediador entre Dios y los hombres, segun la frase de San Pablo. La luz incorpórea de la Divinidad le hizo sombra, luego que recibió en su seno el Cuerpo Santísimo de su Humanidad. Fructificará, segun predecia aquel divino oráculo, ó fructificó la Santa Madre de Dios con el mayor gozo y alabanza, cuando echó al mundo su Hijo, gloria de Dios como que es la gloria del Unigénito del Padre, y paz de los hombres que le dan contraseñas de buena voluntad, como "luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo." Hé aquí, señores, con cuánta razon dieron noticia los Angeles á los pastores de un Salvador que ya existia y que nació para salvarnos: *Natus est vobis hodie Salvator.*

Por tan inefable dignacion el Angel del Señor nos convida como á los pastores, á tomar parte en aquel grande gozo, que lo es para todo el pueblo. Ilustra

dos con la fe y unidos á ellos, adoremos á Jesus en el establo de Belen: abrasados en el fuego de su amor santifiquemos la presente solemnidad con fervorosas oraciones, con santos pensamientos y con buenas obras. ¡Oh misterio incomprensible! el Omnipotente nos visita en la debilidad de un niño, el Verbo Eterno en la pequenez de un tierno cuerpecito, y el Criador en nuestra carne alojada entre las ruinas de un portal. Aprovechémonos de las palabras que á favor de la Iglesia han pronunciado aquellos sus divinos labios, lirios hermosos y rojos, que destilan la mirra mas pura desde el pesebre, como nos lo representa la Esposa de los Cantares. Imitemos su humildad, y nos exaltará; su pobreza, y nos enriquecerá; su paciencia, y nos consolará; su mortificacion, y nos salvará. Recibid, ¡oh dulce Cordero! nuestro profundo respeto, nuestro sincero arrepentimiento, y la humilde ofrenda de nuestra alma y de nuestro cuerpo. Reine en nuestros corazones, no aquella paz falsa que da el mundo, sino la paz sólida que Vos nos merecisteis, para celebrar eternamente vuestra gloria.

Así SEA.

ORATIO FUNEBRIS

IN MEMORIAM

ILLUSTRISIMI, AC REVERENDISIMI DOMINI DOCTORIS DOMINI ANGELO
MARIANI MORALES DIGNISSIMI EPISCOPI ANTEQUERENSIS.

Quem multis non retro diebus Praesulem exinim vidistis, (Illustrissimum, ac Venerabile Capitulum, Auditores Ornatissimi) ¡nonne mortuum, tumultatum hodie funebri apparatu, tristisque silentio defletis? ¡Heu praesidium, dulceque decus nostrum! ¡Auvium nunquam satis deplorandam sortem! Antequerensis Ecclesia tot annis moerens tum absentiae, tumque viduitatis causa Pastoris, vix uno suo se solabatur sponso, dum quasi in ipso nuptiarum gaudio immatura morte é manibus suffertur Illustrissimus Dominus Doctor Dominus Angelus Marianus Morales. ¡Oh praeposteram gratulationem! ¡Oh lubrica inaniaque desideria nostra! Jure igitur, praesentis solemnitatis, atque luctus significationem in hujus praestantissimi viri memoriam grato quo fuit animo, consecrastis.

dos con la fe y unidos á ellos, adoremos á Jesus en el establo de Belen: abrasados en el fuego de su amor santifiquemos la presente solemnidad con fervorosas oraciones, con santos pensamientos y con buenas obras. ¡Oh misterio incomprensible! el Omnipotente nos visita en la debilidad de un niño, el Verbo Eterno en la pequenez de un tierno cuerpecito, y el Criador en nuestra carne alojada entre las ruinas de un portal. Aprovechémonos de las palabras que á favor de la Iglesia han pronunciado aquellos sus divinos labios, lirios hermosos y rojos, que destilan la mirra mas pura desde el pesebre, como nos lo representa la Esposa de los Cantares. Imitemos su humildad, y nos exaltará; su pobreza, y nos enriquecerá; su paciencia, y nos consolará; su mortificacion, y nos salvará. Recibid, ¡oh dulce Cordero! nuestro profundo respeto, nuestro sincero arrepentimiento, y la humilde ofrenda de nuestra alma y de nuestro cuerpo. Reine en nuestros corazones, no aquella paz falsa que da el mundo, sino la paz sólida que Vos nos merecisteis, para celebrar eternamente vuestra gloria.

Así SEA.

ORATIO FUNEBRIS

IN MEMORIAM

ILLUSTRISIMI, AC REVERENDISIMI DOMINI DOCTORIS DOMINI ANGELO
MARIANI MORALES DIGNISSIMI EPISCOPI ANTEQUERENSIS.

Quem multis non retro diebus Praesulem exinim vidistis, (Illustrissimum, ac Venerabile Capitulum, Auditores Ornatissimi) ¡nonne mortuum, tumultatum hodie funebri apparatu, tristisque silentio defletis? ¡Heu praesidium, dulceque decus nostrum! ¡Auvium nunquam satis deplorandam sortem! Antequerensis Ecclesia tot annis moerens tum absentiae, tumque viduitatis causa Pastoris, vix uno suo se solabatur sponso, dum quasi in ipso nuptiarum gaudio immatura morte é manibus suffertur Illustrissimus Dominus Doctor Dominus Angelus Marianus Morales. ¡Oh praeposteram gratulationem! ¡Oh lubrica inaniaque desideria nostra! Jure igitur, praesentis solemnitatis, atque luctus significationem in hujus praestantissimi viri memoriam grato quo fuit animo, consecrastis.

Cum vero plus doloris ex ejus amissione sentiatur, cujus excelentia magis perspicitur, non modo homines amare flere; verum etiam hujus aedis sacrae tecta, parietes, et altaria quodammodo mihi ingemiscere videntur. Siquidem, omnia squalent, omnia stupent, omnia pavent. Attamen si miseri aliqua consolatione lenire moestitiam possump, nihilominus spe fiet, Remuneratorem Deum Optimum Maximum ob tan chari capitis praeclara gesta, egregiasque virtutes in meliorem vitam revocasse. Quocirca, quid nunc superest, nisi ut in mortui laudibus efferamus? "Ante mortem nulla est perfecta laudatio, ait Divus Ambrosius, neque quisquam in hac vita potest definito praeconio praedicari, cum posteriora ejus incerta sint."

Utinam ergo tam copiosi, ac multiplicis argumenti partes pertractandi in me vis inesset! At fateor, tum ob imbecillitatem ingenii, tum ob unius semihorae curricula humeris meis impar esse onus, quod oblatum non recusavi. Abs dubio, Episcopi nostri praestantiam nec exaequare dicendo, nec assequi cogitando possum. Unde non tam elegantis ornatu, quam obsequenti erga vos voluntate, vitae ipsius praecipua capita attingam. Ut autem ex uno singula proluant, res sic se habet: *Angelus nomine, Angelus moribus obiit virtute praeditus.*

Nihil suavius, nihil amabilius vel ad instituendae vitae rationem pertinet, vel ad recte agendum homini largitur sicuti virtus non usui Ethnicorum congrua, sed ope supernaturali fulta. Porro, quantum oportet bene esse viventium gloriam, cum ipse Dominus magna eis bona per Isaiam promississet! "Ad ubera portabimini, scripsit Vates, et super genua blandien-

tur vobis. Quomodo si cui mater blandiatur, ita ego consolabor vos, et in Jerusalem consolabimini. Videbitis, et gaudebit cor vestrum, et ossa vestra quasi herba germinabunt: et cognoscetur manus Domini servis ejus, et indignabitur inimicis suis." Divina autem hujusmodi veritate percepta, Paulique Doctoris Gentium vestigiis proterens, Princeps ille, ac communis nostruum Parens justum se praebuit, continentem, verum, simplicem, pacis amantem, omnisque virtutis studiosum. Ac ne prope infinitam nostrae orationis materiam me consecrari videatur, modicè rem ipsam aggrediamur.

Si quid laudis à patria alicujus ducere licet, natus est in oppido Zamorensi Vallisoletanae, vel Moreliensis Dioecesis cunabulorum plurium doctrina fulgentium, rectaque vita perillustrium hominum. At honos gentis minime lucem, dignitatemque attulisset, nisi per morum perfectionem, ac sapientiam nomen suis etiam ipse reliquisset. Quid, quod ea ortum totius corporis pulchritudine, magnum se visum iri facile quis auguraretur? "Naturam ipsam dixit Eumenius, magnis mentibus demicilia magna metari, et ex vultu hominis, decoreque membrorum colligi posse, quantus coelestis Spiritus intravit habitator."

Jam vero ita puerulus litterarum studium illico adamavit, ut nunquam à proposito destiterit; sed potius citato gradu progressus, ex discipulo factus Magister praeluceret. Sanè Auditores, postquam ab Alma Mexicana Academia lauream Doctoratus comparasset, sodalis Collegio Sanctae Mariae Omnium Sanctorum in ipsa Metropoli exceptus, praefuit alumnis, in scholis Professor extitit, diligenterque in regio-

nis suae Seminario munus Rectoris explevit. Inde cum ad animarum curam adscriberetur, datus ut Ezechiel in speculatorem domus Israel, frequenter de rebus divinis concionem ad populum habebat; in administrandis Sacramentis erat acuratissimus, nihilque quam rectum se gerere valde optabat. Ob id tamque charus, tamque acceptus subditis fuit, ut vix unus alteri charior foret, quam unis hic universis. Nec mirum est, cur Canonicatum sibi promeritum obtinuerit, et usque ad Præbendam dignitatem sublimaretur: hoc interest, sedis in choro, atque vocis in Capitulo duo hæc summa officia ita implevit, ut vita titulo, vita nomini responderet. Imitabatur Apostolos quotidie perdurantes unanimiter in templo, et simplicitate cordis perseverantes in orationibus. Scrutabatur scientia, et prudentia arduas, difficillimasque questiones, tuncque suffragium terre conseruerat. Oh excelsum ex animo virum! Oh magnum Ecclesie munimentum!

Hæc tanta, ac tam præclara pignora dum Mechoacannæ ditionis sive in Vicarium Generalem Episcopi, sive in Prælatum Gubernatorem Sacrae Mitrae deligitur, dignissimam suae virtutis curam suscipere effecere. Ac revera quidem, aliquot per annos ipsam dignitatem cum dignitate sustinuit, iudicio, et acamine quæ recta essent requisivit, malaque quantum fuisset auctoritatis separavit. Ut ergo vidit Conciliare Seminarium penè labi, graduque defici posse, propriis opibus ditavit, illique tantummodo restauratio optimo benefactori debita memoratur. Creatus Episcopus Sonorensis, per imas terras iter arripuit. Verum quoniam multitudine periculorum subito cingit

hominis existentiam! Hé miseria filiorum Adæ! Ad locum incolarum usque perveniens, qui Sancti Michaelis vulgo magni nominatur, apoplexidis morbo lethaliter fuit correptus. Post aliquod autem levamen congruum sibi ad patriam reverti iudicavit, potestatemque Antistitis ordinarii quam primum ut fecit, renuntiare. Nunc autem scicitor, nunquid ultra consilium capiet, domo privatam agere vitam? Ah! Quis dum senatorio honore fungebatur, ad bonum quantum opitularetur, unquam satis pro magnitudine laudaverit? Nihil metui, aut gratiae dedit, nunquam ad cuiusque nutum operabatur, nunquam omnino veritatem occultit. Quid ego nunc dicam, quomodo Republicae profecerit pro munere Consiliarii obeundo? Civium dissidia componebantur, audite erant populi querimoniae, pacisque adhibita remedia adversus aerumnas calamitate belli importatas. Sed hæc satis, ea quæ consecuta sunt, videamus.

Prima ergo vice qua hujus Sanctæ Ecclesiae, Vos oh Illustrissimum, ac Venerabile Capitulum! dimissione Episcopatus facta ab Ilmo, ac Reverendissimo Doctore Domino Emmanueli Isidoro Perez, dignorum ternarium Mexicanæ Gubernationi misistis, Angelus ille ordine primus fuerat conscriptus. Tunc autem quæso, pro Pastore postulatur? Hic, hic, Auditores omnes, animos ad insignis facti memoriam sempiternam erigite. Charissimi ejus amici postquam Republicæ Præses in Prælatum felicis recordationis adlegit Illustrissimum Doctorem Dominum Epimenium Josephum de Villanueva, quasi pro injuria ei illata, ad Romanum Pontificem representarunt. Ille etiam et privatim, et humiliter scripsit, nihil se

egisse, nihilque dicere, nihilque petere. Obstupefactus Pontifex Maximus Gregorius decimus sextus admodum rara istius Principis integritate, Assistantis ad sacrum solium, Domesticique Praelati titulis decoravit. Ut autem divino consilio, ac vestris suffragiis eodem superiori loco iterum in alio ternario signatur, Antequerensis Episcopus et electus, et constitutus fuit. Quia vero aliquantulum cum eo vixistis, quid fecerit, ipsi vos scitis Oaxacenses. Ideo pauca dicam, multa consulto praeteream.

¶ Quis igitur non miretur hominem divitem adeo infirmum ex longissimis terris venisse, ut ob tuendam, hancque regendam Ecclesiam prompto animo vitam dare pro ovibus suis praevideret! ¶ Ah! Denario mensium spatio nobiscum commorans, pastoralia officia ad quae premissa semper sacramentali confessione fuerat dispositus, viribus morbi gravitate dejectis confecit. Insuper, mihi credite, nullum penes diem abire patiebatur, quin Conciliare Seminarium toto mentis affectu sibi dilectum visitaret. In eo sitam esse tum Ecclesiae, tum omnium civium felicitatem noverat. Nisi enim in excolenda, exercendaque virtute laboretur, nulla civitas absolute florere potest. Virtus autem perfecta, necessariam quandam ex litteris praecursionem exigit. Unde non ab ignorantia, sed a scientia, a bonis operibus non a vitiis dignus Sacerdos efficitur. Similiter civis inscius, sceleratus nunquam gubernaculi habenis dexterè uti reperitur. ¶ An non a divino Platone accepimus, "tunc Respublicas beatas fore, cum aut eas Philosophi coepissent regere, aut qui regerent philosophari?" Itaque ut cognovit Praestantissimus noster haec omnia ad curam boni,

et inculpati Praesulis pertinere, optimam Constitutionem reliquit, fundamenta jacens, ut alius quisque aedificium pericere possit. En igitur amorem, en fortitudinem.

Dum autem ex hac vita jam ipsi migrandum esse sentiret, iter fecit ad populum, qui vocatur Sanctus Michael vulgo Tlalixtac. Statim ergo ac Párochi domum fuerat ingressus: Ecce locum meae morti praeparatum dixit, aliquasque lacrimas effudit. Deinde non post multum temporis intervallum Sacramentorum armis instructus ac munitus fuit. Positus in agonia, factus est repente strépitus per aeris vehementis flatum januis in omnibus ac fenestris loci illius, qui tot personas illuc manentes, vel circa lectum tanti Praesulis adstantes terrore perculit. Denique expirationem extremam efflavit, ejusque corpus ad hanc usque urbem fuit translatum. Omnium ordinum multitudo ad funus exequendum convenit, secuta est populi consternatio: alii enim suspitibus, alii gemitibus, alii lacrimis angebantur, totaque erat civitas moerore confecta.

At ¶ proh Deus Optime Maxime! ¶ quid aliud facere possumus, quam lugere, animoque infixum dolorem nostrum exprimere? Angelum quiesque officii, dignitatibusque ascendentem, singulas etiam virtutes ostendere noscimus. Justum ergo perdidimus, nam ejus vita testis est ipsa probitatis. Ad te autem Jesu generis humani Conditor, ac Redentor ad te confugimus sperantes, tot illum insignibus exornatum in coelum evolasse. Sed quoniam admodum rari è corporibus egrediuntur, quibus luendae aliquae penae non supersint, fuis precibus orare debe-

mus, et é sinu animabus purgandis destinato, forté detentus liberetur. Denique memoria etiam custodite, nuntiáte posteris, dilectum Episcopum nostrum vidisse quasi decorum astrum in horizonte micare, et occidere. Imitamini, ut par est hoc exemplar: ejus gloria in hac vita sit gloria vestra, jamque beatus á Domino efflagitabit, ut fiat in aeternum et unus Pastor, et unum ovile.—DIXI

FIN DEL TOMO I

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

PROLOGO.....	vii
Oracion dedicatoria.....	xii
SERMON I.—De la Epifanía.....	13
SERMON II.—Del gloriosísimo Patriarca Señor San José, Esposo de la siempre Virgen María Madre de Dios....	29
SERMON III.—De los Dolores de la Santísima Virgen....	43
SERMON IV.—Sobre la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo.....	55
SERMON V.—De Espíritu Santo.....	69
SERMON VI.—De la Santísima Trinidad.....	85
SERMON VII.—De San Pedro Apóstol.....	103
SERMON VIII.—De la Preciosa Sangre de Cristo.....	119
SERMON IX.—De los Sagrados Corazones de Jesus y de María.....	137
SERMON X.—De Nuestra Señora del Cármen.....	149
SERMON XI.—De la Asuncion de Nuestra Señora.....	167
SERMON XII.—De San Agustin.....	183
SERMON XIII.—De San Cosme y San Damian.....	199
SERMON XIV.—De San Francisco de Asis.....	213
SERMON XV.—Del Santísimo Rosario.....	225
SERMON XVI.—De la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen María.....	239
SERMON XVII.—De Nuestra Señora de Guadalupe.....	251
SERMON XVIII.—Del Nacimiento de Nro. Señor Jesucristo	265
ORACION fúnebre latina en memoria del Illmo. Sr. Obispo de Oaxaca, Dr. D. Angel Mariano Morales.....	279



OBRA
de
DISCURSOS SAGRADOS

ESCRITA POR

EL PRESBITERO D. IGNACIO GERÓNIMO DOMÍNGUEZ,

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA
POR LA NACIONAL Y PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE MÉJICO, Y CURA PROPIO
DE LA PARROQUIA DE SANTA MARÍA DE LA NATIVIDAD ZACATELA
EN EL QUINAPADO DE OAXACA.

TOMO SEGUNDO

DISCURSOS SAGRADOS PARA LA SEMANA SANTA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
MÉJICO

IMPRENTA DE ANDRÁDE Y ESCALANTE
CALLE DE CADENA NÚMERO 11

1860



OBRA
de
DISCURSOS SAGRADOS

ESCRITA POR

EL PRESBITERO D. IGNACIO GERÓNIMO DOMÍNGUEZ,

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA
POR LA NACIONAL Y PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE MÉJICO, Y CURA PROPIO
DE LA PARROQUIA DE SANTA MARÍA DE LA NATIVIDAD ZACATELA
EN EL QUINAPADO DE OAXACA.

TOMO SEGUNDO

DISCURSOS SAGRADOS PARA LA SEMANA SANTA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
MÉJICO

IMPRENTA DE ANDRADE Y ESCALANTE
CALLE DE CADENA NÚMERO 11

1860



SERMON

PARA EL DOMINGO DE RAMOS

Et introivit Ierusalem in Templum:
"Y entró Jesús en Jerusalén, y en el templo de Dios."

— MATEO, CAP. XXI, v. II.

Solamente un Dios pudo haber hecho anunciar mucho tiempo antes un acontecimiento que dependía así de una causa necesaria como de tantas causas contingentes, y cuyo cumplimiento con todos sus preparativos llegó a realizarlo a la letra el Verbo Eterno Humanado. Estaba advertida Jerusalén por el Profeta Isaías, de que su Salvador había de venir a ella, y por el Profeta Zacarías, de que había de entrar en el día de su triunfo sentado sobre una borrica, y un borriquillo: "Alégrate, hija de Sion, dice, regocíjate, hija de Jerusalén: Hé aquí tu Rey, que viene a tí, el Rey justo y salvador. El es pobre, y está montado sobre una asna, y su pollino." Cuanto esta circunstancia parece de poca consideración, tanto más admirar verla ejecutada con toda exactitud. El primer día de la semana, que nosotros llamamos domingo, partió Jesús de Betania, según la relación del Evangelio.

Y estando aún poco distante de ella, ordenó á dos de sus discípulos, que se adelantasen y fuesen á Betáge, lugar pequeño situado hácia el frente cerca del Monte de las Olivas: que le desatasen y le trajesen de allí una burra y con ella su borriquillo. Al efecto, fueron y encontraron al borriquillo atado á la puerta en medio de dos caminos, y lo desataron. Algunos de los que estaban presentes les reclamaron; pero habiéndoles ellos dicho, que el Señor lo necesitaba, se lo dejaron. Ya le había ido á encontrar una tropa innumerable de hombres, de mujeres y de niños, que llevaban en las manos ramos de olivas y de palmas. Continuando Jesus su camino, llegaron de vuelta sus dos discípulos con aquellos dos animales, madre é hijo: con sus mantos le hicieron como una especie de cubierta al jumentillo, sobre el cual ayudaron á subir á Jesus, y lo mismo hicieron con la borrica que venia detras. El pueblo se abandonó á los excesos de júbilo y de reconocimiento: los unos se despojaban de sus vestidos y los extendian á las orillas del camino, adornándole como con un encortinado de diversos colores, los otros tomaban flores y hojas de árboles y formaban de ellas como una alfombra en el suelo por donde había de pasar. A las demostraciones de respeto unian también cánticos de alabanza y alegría, con que le manifestaban mejor sus tiernos afectos, su gratitud y su fe. En medio, pues, de este gozo singular y de este ruido asombroso que conmovió á toda la ciudad, entró Jesus en Jerusalem y pasó al Templo de Dios. *Et introivit Jerosolymam in Templum.*

Aun no he expuesto lo mas digno que llama toda nuestra atencion. ¡Oh! estos títulos pomposos de

Rey justo y Salvador, unidos á los apacibles sentimientos de manso y humilde con que designa el indicado texto de la profecía al insigne personaje en su entrada triunfante en Jerusalem, son puntualmente los caracteres principales del Mesías, á que se refieren todos los demas. Este es aquel gérmen ó renuevo prometido por Isaías y Jeremías, que había de salir de la raíz de Jessé, "sobre el cual había de descansar el espíritu del Señor; espíritu de sabiduría y de inteligencia; espíritu de consejo y de fortaleza; espíritu de ciencia y de piedad; espíritu de temor del Señor." Desde luego, que una sabiduría y una providencia divina gobernaba la voz de las turbas que iban delante de Jesus, y de las que le seguian cuando clamaban: "Osanna al Hijo de David," y le aplicaban esta expresion del Salmo: "Bendito sea, el que viene en el nombre del Señor." Si: solo Jesus sobre la tierra conocia tan grande misterio á que concurrían sin saberlo tantas personas diferentes, como los Apóstoles, los que habían atado á la puerta los jumentos, y aquel inmenso concurso.

En vista de estos principios, ya podré proponeros por designio general de mi discurso: que Jesucristo entró hoy en Jerusalem y en el templo, honrado con un triunfo magnífico, para hacer una manifestacion pública y solemne de su excelsa dignidad de Mesías. Para el acierto ayudadme á implorar un auxilio del cielo por intercesion de la Santísima Virgen, de quien había de nacer, y nació verdaderamente este Salvador suspirado, este Rey de Gloria! Ave María.

"Y entró Jesús en Jerusalem, y en el Templo de Dios."
S. Marcos, Cap. y vers. citados.

Parece que ilustrado el grande Rey David por el Espíritu Santo con la luz de la profecía, aludió en el Salmo ciento diez y siete á este admirable suceso, cuando se expresó así: "Dios es el Señor, y nos ha alumbrado." Con mayor claridad y precisión pasa á descifrar el mismo prodigio inmediatamente despues: "Celebrad, dice, el dia solemne con las enramadas hasta el cuerno del altar." En el hebreo puede leerse de este otro modo: "Conducid el cordero entre ramas frondosas hasta los cuernos del altar." Ahora pregunto, ¿no se cumplió todo esto en Jesucristo, verdadero Cordero pascual, al tiempo de que era acompañado hasta el templo por el pueblo, que le iba cubriendo gustosamente y como á porfia, con pabellones vistosos y fragantes enlazados de los ramos de palma, de oliva, de mirto, de sauce y de cedro! ¡Ah! los Sacerdotes, los Doctores de la ley, y todos los judíos, pudieron haberse aprovechado de las últimas lecciones del Señor en el Templo y fuera del Templo, en este y en los siguientes dias. "Aun hay entre vosotros, les decía, un poco de luz, caminad mientras que tenéis luz." Si, pues, no se hubieran hecho indignos de las luces y gracias celestiales por su obstinacion; si le hubieran reconocido y creído en él, hubieran asimismo confesado que aquel triunfo predicho tantos años antes, le era muy debido: *Constitute diem solemnem in condensis*: que como Mediador y Mesías anunciado, cumplia con venir hasta el

altar para instruirlos y salvarlos: *usque ad cornu altaris*. Pero nosotros, fieles y dóciles á la divina revelacion, respetamos agradecidos estas dos excelencias de nuestro Salvador, que redundan tambien en favor nuestro. Ambas dividirán la fecundísima materia de este dia en otras tantas partes que reduciré á estos breves términos: Primera: Jesucristo entró hoy en Jerusalem cual Triunfador célebre y glorioso: *Et introivit Jerosolymam*: Segunda: Jesucristo pasó al Templo para enseñarnos á dar gloria á Dios: *in Templam*. Voy á explanar la

PRIMERA PARTE

Debia venir el Mesías prometido segun la profecía de Aggeo, en tiempo del segundo Templo que reedificó Zorobabel despues de la cautividad de Babilonia. La gloria de esta casa habia de ser mayor que la de la primera que levantó Salomon con tanta sabiduría y riqueza. No porque le excediese en magnificencia, esto es, en altura, amplitud y adorno, sino en esplendor. En el uno se hizo sensible la presencia de Dios en una milagrosa nube, y el fuego del cielo consumió las primeras víctimas que se le ofrecieron sobre el altar. En el otro entró el mismo Dios en la persona del Verbo hecho hombre, y recibió los honores de los hombres para darles un testimonio irrefragable de la autoridad de su mision. Pero los caracteres del Divino Mediador que se dejaria ver dentro de los muros de esta segunda casa consagrada al Se-

ñor, los había designado el Profeta Malaquías de esta suerte: "E inmediatamente vendrá á su Templo el Dominador á quien vosotros buscais, y el Angel de la alianza á quien deseais." Estos sublimes títulos de Rey y Salvador constituyen cabalmente el triunfo de Jesucristo en Jerusalem entre ramos de palmas y olivas, vítores y aclamaciones incomparablemente superior á cualquiera otra victoria, como lo notaremos mejor en adelante.

Toda aquella numerosa comitiva que se le había reunido á Jesucristo, estaba compuesta de judíos, de gentiles y de no muy pequeña porción de galileos. Muchos eran extranjeros y otros eran habitantes de Jerusalem; muchos eran testigos ó habían oído contar sus divinos milagros, y algunos habían estado presentes cuando resucitó á Lázaro. Unos cuantos acudían por piedad y reconocimiento, otros por imitación ó curiosidad, llevados del comun alboroto, y otros á lo lejos, como los Escribas y Fariseos, por envidia y furor. Pocos de estos Sacerdotes y Doctores de la ley hubo que no advirtiesen, que Jesucristo era el verdadero Mesías; pero su orgullo, su codicia y la corrupción de sus costumbres de tal modo cegaron su entendimiento y endurecieron su corazón, que escuchaban con rabia los elogios de aquel pueblo sencillo aunque inconstante. No podían sufrir estos sus sinceros, fervorosos y esforzados acentos: "¡Prosperidad al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor! ¡Viva el Hijo de David; salud y gloria al Rey de Israel!" Y cuando algunos de estos celosos inicuos, mezclados con el pueblo, le dijeron: "Maestro, reprende á tus discípulos," Jesus les res-

pondió: "Os digo, que si estos callaren gritarán las piedras." Así se verificó en su muerte, en que por haber callado sus discípulos, alzaron á su manera la voz las mas duras piedras. Tambien luego despues que indignados por lo mismo que repetian los niños dentro del Templo, le dijeron: "¡Oyes tú lo que dicen estos!" les contestó: "Si leisteis, ¿de la boca de los niños y de los que maman la leche, sacaste perfecta alabanza!" Fué como declararles: ¡Si esto estaba escrito acerca de mí, por qué me reclamais! Antes por su extraordinaria dulzura se contentó con citarles solamente una parte de este paso de la Escritura, y no les alegó lo demas que sigue: "Para confundir á tus enemigos; y destruir el enemigo; y al que quiere tomar venganza." ¡Oh triunfo señalado! ¡Oh Rey pacífico! ¡Oh Rey amable!

Pero ¡quién no derramará lágrimas en este día, sabiendo que las derramó Jesucristo al acercarse á Jerusalem! ¡Quién no se conmovirá al meditar los rugidos crueles que dieron á vista de su presa los furiosos leones y unicornios? ¡Ah! Fingian estos implacables perseguidores de Jesucristo, temer en el miras ambiciosas, pretensiones al trono y diligencias exquisitas para ser proclamado Rey; bien pronto se reducirán con esta quimera al pueblo, resonará esta calumniam en el Pretorio, é interpondrán el nombre y la autoridad del César: dentro de seis dias tendrán el infame placer de verlo morir en un patíbulo. No obstante, al mismo presidente Pilato declarará el Salvador, presentado como reo, que no ha venido á hacer sombra á los Reyes de la tierra, porque su reino no es de este mundo. El es real y verdaderamente Rey

de los cielos y de la tierra, como Unigénito del Padre nacido desde la eternidad en esto, y enviado al mundo para esto. Mas no es su voluntad andar engolfado sobre la tierra en medio del brillo y estrépito de las armas, ni quiere hacer alarde del resplandor del oro y de las piedras preciosas. El que puede con solo el imperio de su palabra reducir á cenizas á todos sus enemigos, no se complace en llevar detras de sí arrastrando ciudades cautivas y muchedumbre de personas gimiendo entre cadenas. El es tambien por su Sacrosanta Humanidad el legítimo heredero del cetro de David, y su mismo Eterno Padre lo ha declarado con el derecho de herencia sobre todas las naciones: "Te daré en herencia, canta el Salmista, á las gentes y tus posesiones hasta los términos de la tierra." Además de esto, por su doctrina, por sus milagros, por sus ejemplos y por su muerte, á él solo corresponde el derecho de conquista, supuesto que ha librado á todo el mundo cuanto estuvo de su parte, de las garras de la bestia infernal y fijado los despojos de la muerte en el trofeo de la Cruz. Ultimamente, por el derecho de compra le pertenecen por súbditos suyos todos los hombres, á quienes rescató con el infinito precio de su sangre. Los fieles aun tenemos otro especial motivo para recibirlo y adorarlo por soberano Rey: porque lo hemos elegido y participado de su sagrado carácter en el Bautismo con la renuncia absoluta del demonio, del mundo, de sus pompas y vanidades.

Es indubitable, pasando á otra cosa, que los judíos tenían á lo menos una noción general del Mesías como Salvador; pero muchos de ellos eran hombres car-

nales, groseros é ignorantes, y erraban en extremo sobre sus cualidades particulares. Esperaban su venida con un esplendor extraordinario, deseaban acatar su majestad como á la de los monarcas, y se persuadian admirar su poder como el de un héroe ó un conquistador armado y terrible: su ambicion, su amor propio y su venganza se lisonjaban con que los colmaria de toda clase de bienes y prosperidades temporales. El misterio de los padecimientos y humillaciones del Divino Libertador de que tenían solamente una idea confusa, era para ellos un motivo de escándalo, cuando esto formaba justamente uno de sus caracteres esenciales. El, pues, apareció sobre la tierra manso, pobre, humilde, despreciado, paciente, laborioso y condenado á muerte, segun lo habian representado los sagrados oráculos: su grandeza toda era sobrenatural y divina, y estaba oculta bajo la forma de un esclavo.

Abundan los pasajes de la Santa Escritura en que se declara que Dios es Salvador, y que en efecto salva á los hombres por Jesucristo. Me valdré de algunos pocos de estos testimonios, consultando á la posible brevedad. David nos dice: "Que el Señor es suave con todos; y que sus misericordias están derramadas en todas sus obras." San Pablo, en su Epístola que escribió á Timoteo, nos enseña la misma verdad: "Esperamos, dice, en Dios vivo, que es el Salvador de todos los hombres, singularmente de los fieles." San Juan, en su primera Epístola asegura: "Que el Padre envió á su Hijo como Salvador del mundo." El es, segun el Evangelio, el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo: el Verbo Eterno, verdadera luz

que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; el Hijo del Hombre, que vino á buscar y á salvar lo que habia perecido." De estos fundamentos deduce el grande Agustino, Doctor de la gracia, esta esclarecida consecuencia que ha defendido: "Dios quiere salvar á todos los hombres, si obedecen á los movimientos de la gracia que previene su voluntad, que excita en ellos los buenos deseos y los inclina á las buenas acciones." Ciertamente Dios, que con una voluntad legislativa y absoluta quiere que el hombre sea libre para obrar bien, ó mal segun su eleccion, con otra voluntad puramente permisiva lo deja usar de su libertad, y resistir á las gracias que le concede. Con otra voluntad de amor general, quiere dar en consideracion á los méritos de Jesucristo, y da en efecto á todos los hombres sin excepcion, gracias actuales y transeuntes, ó medios para salvarse mas ó menos poderosos y abundantes; de tal suerte, que si no abusaran de ellos los sujetos que los reciben, llegarían tarde ó temprano á conseguir su salvacion. Con otra voluntad de eleccion, de predileccion y de preferencia quiere salvar con mas eficacia á unos que á otros, para lo cual les da mejores auxilios, y esta se llama predestinacion.

Decidme ahora, ¿hubo jamas ó habrá en adelante triunfo igual al de este Rey y Salvador! Bien es, que los Santos Padres lo miran como una figura de su entrada triunfante en la Jerusalem celestial. Yo amado, que despues de haber juzgado á los vivos y á los muertos, se completará en toda su integridad y última perfeccion. ¡Oh! entonces ascenderá Jesucristo á los cielos acompañado de toda su corte de Angeles

y de Santos. Estos lo seguirán gloriosos en sus almas y en sus cuerpos; es decir, libres de la culpa, revestidos con las estolas de gala ó de blancura, y con los resplandores de la caridad. Los Santos Doctores llevarán en las manos antorchas encendidas de la sabiduría y ciencia divina; los generosos Mártires las palmas de la victoria que alcanzaron en la tierra con su sangre, y las admirables Vírgenes los lirios ó azucenas que denotan su singular pureza y castidad. Los bienaventurados Sacerdotes y Confesores volarán como la paloma hácia el arca teniendo consigo los ramos de oliva, que es el símbolo de la uncion y de la paz; los Penitentes voluntarios y magnánimos se darán á conocer por sus haceditos de mirra y de retama como signos de su rara abstincencia y mortificacion, y una grande é innumerable turba de escogidos se distinguirá y presentará el agradable y variado aspecto de sus insignias especiales con los diversos racimos ó ramilletes de rosas, claveles, amapolas, nardos y jazmines de toda otra virtud y santidad. Pero ¿para qué es mas! ya es tiempo de comenzar la

SEGUNDA PARTE

Las instrucciones de que se ocupó hoy Jesus en el templo son tan copiosas, admirables y profundas, que el entendimiento humano se deslumbra herido por la fuerza de su grande luz: sus palabras se dirigen á hacer dar á Dios la gloria digna de su infinita grandeza, á dejarse ver en el principio del sacrificio

mas perfecto de sí mismo, y á declarar su Divinidad con estas señales, y con la prediccion de su muerte y de sus prodigiosos efectos. No menos describe la infelicidad de aquel que por un afecto desordenado á las cosas de la tierra, ama á su alma en este mundo para perderla en el otro, que de la felicidad del que por su amor pierde su alma en esta vida para salvarla en la vida eterna. Ya recomienda la excelencia de su servicio y de su seguimiento, que será premiado con el favor de su Eterno Padre; ya va á fallar con su espontáneo holocausto sobre el juicio del mundo, á lanzar al Príncipe de las tinieblas, y á traer á sí todas las cosas. Su discurso entero es un hermoso bosquejo así del dogma especulativo como de la mas sana moral; el amor, el celo, la dulzura, la misericordia y la santidad se miran pintados en él con sus propios sobresalientes rasgos. No pudiendo pues comprenderlo todo en un breve punto, aun con una sencilla y general exposicion, me contraeré únicamente á las pocas expresiones con que reprendió la culpa de los profanadores del templo: "Está escrito, les dijo; mi casa será casa de oracion; pero vosotros la habeis hecho cueva de ladrones." Ellas ofrecen para nuestro aprovechamiento dos objetos preciosos é importantes, á saber, la oracion y el respeto debido á los templos.

El mismo celo extraordinario de que se revistió Jesucristo la primera vez que fué al templo al principio de su predicacion, y no teniendo aún consigo sino cuatro discípulos, hizo resplandecer tambien en esta segunda ocasion que entró en él con un grande acompañamiento. Echó fuera todos aquellos que com-
praban y vendian en el templo, y echó por tierra las

mesas de los banqueros y las sillas de los que vendian las palomas. ¡Cuán agradable pues no será á este Salvador Divino, á su Eterno Padre y á su Santo Espíritu la oracion, á cuyo ejercicio están destinados los templos! La oracion, por decirlo así, es el alma del justo, la ocupacion mas dulce y mas consoladora del cristiano, y el escudo firme de un espíritu sinceramente penetrado del amor de Dios. Ya el Profeta Isaias, hablando principalmente de la oracion mental, habia dicho: "Mi alma eleva sus descos hácia vos en la noche, y desde la mañana mi espíritu y mi corazon se convierten á vos." Jesucristo, segun refiere el Evangelio, "oraba muchas veces de dia, y pasaba las noches en oracion," que probablemente fué mental. Y como que desea tanto nuestro bien, nos ha exhortado y excitado á que le pidamos: "Pediréis lo que queráis, nos dice por San Juan, y se os concederá." Tambien es muy debida á Dios la oracion vocal, con que pronunciamos tantas y tan buenas peticiones que nos enseña la Santa Iglesia: supuesto que el Señor nos ha dado el alma y el cuerpo, estamos obligados á honrarlo con todas nuestras acciones espirituales y corporales. En la oracion mental el corazon mueve á la lengua, y en la vocal la lengua dirige al corazon.

"Mas, como continúa el Evangelio, luego que Jesus arrojó por tierra las mesas de los profanadores del templo, se acercaron á él los ciegos y los cojos, y los sanó." Esto es solamente una figura de las maravillas sobrenaturales que obra en nuestras almas. A los que se llegaren á él ciegos por falta de luces para conducirse en la ciencia de la salvacion, les dará la vista iluminándolos, despues de haberle rogado con humil-

dad: á los que fueren á él cojos por falta de fuerzas para andar en el camino de la paz, serán afirmados y enderezados en las sendas de la justicia. En una palabra, "la oracion, como explica San Agustin, es la llave del cielo."

Atendamos ahora al respeto que conviene prestar á los sagrados Templos. ¡Oh! el primer Tabernáculo consagrado al culto del verdadero Dios, y el primero que ha habido absolutamente hablando, lo formó Moisés en el desierto, segun el ejemplar que se le mostró en el monte. David reunió los materiales para el primer Templo de Jerusalem, y su hijo Salomon le hizo construir en el monte Sion á expensas de gastos prodigiosos. No habia jamas existido otro alguno entre los gentiles que hubiera podido servirle de modelo. Despues de concluido, se le apareció Dios y le dijo: "Oí tu oracion... Santifiqué este edificio y coloqué en él para siempre la gloria de mi nombre; en él encontraréis siempre abiertos y propicios mis ojos, y mi corazón." Pero este mismo Templo que fué reedificado despues del cautiverio en Babilonia, era sombra únicamente de los Templos de Jesucristo. En él se guardaba el Arca de la Alianza, donde estaban las Tablas de la Ley precursora de la Ley de gracia; allí se veía un vaso lleno del maná con que Dios alimentó milagrosamente á los israelitas por espacio de cuarenta años como figura de la Santa Eucaristía; allí se depositaba la vara de Aaron, que es el símbolo del nuevo sacerdocio. ¡Con qué religioso pavor no deberemos pues acercarnos, adorar y servir al Criador de todas las cosas en sus sagradas mansiones! Verdad es que no necesita de nuestros homenajes exteriores;

mas es fuerza tributárselos, no solo en el fondo de nuestra alma y en lo particular, sino principalmente en los lugares de asilo y de propiciacion, en público y en comunidad. La Religion es uno de los vínculos sociales, sin el cual quedarian los hombres reducidos bien pronto al estado de salvajes. De consiguiente, nuestros Templos exigen de nosotros devocion, miramiento y modestia, mucho mas aquellos en que se ofrece y se conserva el Sacrosanto Cuerpo y Sangre de Cristo.

¡Qué adoraban los paganos en sus templos? ¡Ah! unos simulacros escandalosamente desnudos y representados con geroglíficos de aventuras fabulosas y de vicios. Júpiter, como dice un ilustre escritor, tenia el águila que habia robado á Ganimedes; Juno el pavo, que caracterizaba el orgullo; Venus todo el aparato de la lubricidad, y Mercurio la bolsa que sirve de tentacion á los ladrones. ¡Con qué veneracion miran los herejes á las Iglesias! ¡Oh! lejos de esto han llevado el espíritu de contradiccion contra los católicos, hasta el extremo de suprimir el nombre de Iglesia. A sus edificios les llaman *preché*, ó el lugar de sus reuniones, palabra desconocida de toda la antigüedad, ó tambien temple al estilo de los judíos y de los gentiles. Han desterrado todos los adornos capaces de excitar al culto interno y externo; critican del uso del oro, de la plata y de las piedras preciosas, como si Dios no fuera digno de las obras de sus manos, y no aprecian ni ven como sagrados á estos lugares. No hay para qué cansarnos; solamente las iglesias de los cristianos son propias para inspirar la virtud y el respeto á la Divinidad. Ellas están con-

sagradas á la oracion, á la celebracion de los divinos misterios y al buen uso de los Sacramentos. Por eso es muy sensible que haya fieles que se porten con irreverencia y escándalo en la Casa de Dios. Quiénes, aunque no compran palomas en ella como los judíos, hacen caer, sin embargo, á las castas palomas, vendiéndolas al demonio atadas con los lazos de la concupiscencia; quiénes van á ella con las galas que inventan el lujo y la vanidad, y la señalan por el punto de reunion para sus citas amorosas: quiénes se emplean el poco tiempo que asisten á ella en vistas immodestas, conversaciones, risas, murmuracion, des-envoltura y galanteo. Pero Jesucristo, que con un celo ardiente tomó el azote en su mano en el Templo de Jerusalem contra los traficantes sacrílegos, juzgará un día con mayor severidad las enormes iniquidades de estos cristianos.

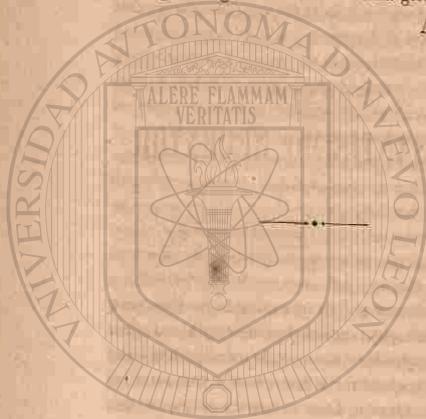
Para dar fin á toda esta doctrina, no dejaré de referir un pasaje repentino y muy interesante del Evangelio del día. ¡Oh! el alma de Jesucristo se conturbó voluntariamente, estando aun en medio de sus luminosas lecciones, para santificar todas nuestras penas: vino entonces del cielo esta voz: "y lo he glorificado, esto es, mi nombre; y lo glorificaré de nuevo." La turba que se hallaba allí, y la oyó, decía "que habia sido un trueno." Otros decian: "un Angel le ha hablado." ¡Qué significa, pues, todo esto, ¡oh Dios Santo! sino que vuestro nombre ha sido glorificado por Jesucristo en su vida; iba á ser glorificado en su pasion y muerte, en su Resurreccion, Ascension, venida del Espíritu Santo, y será últimamente glorificado cuando venga á juzgar á los vivos y á los muer-

tos! Pero en la ciudad y en el Templo de Jerusalem fué ensalzada vuestra soberana majestad, con haber dado á conocer á vuestro Hijo amado. El triunfó como Rey y Libertador prometido, y con los distintivos de manso y humilde, que solo á él podian convenirle. El exaltó vuestro nombre con mostrar á los hombres el plan de vuestra misericordia y bondad que estaba para poner en planta: El les enseñó con la infinita sabiduría de vuestros consejos á emplearse en la oracion digna de Vos y del Santuario en que habitais. *Et introivit Jerosolymam in Templum.*

Los que vivimos por un particular favor del cielo en el seno de la Iglesia Católica, como súbditos de este excelso Rey y Salvador, hemos de poner todos nuestros conatos en que nos domine siempre al imperio de su voluntad en todas nuestras obras. En el reinado suavísimo de esta piedrecilla misteriosa que se convirtió en una gran montaña, y derribó al coloso de los cuatro imperios, seremos gobernados con leyes inmaculadas y prosperaremos con la gracia, con la virtud y con toda justicia. La Sangre de nuestro Redentor nos librará de la muerte de la culpa y nos fortalecerá prodigiosamente para adelantarnos en los multiplicados caminos hácia nuestro sumo bien. Le ofreceremos el sacrificio voluntario de nosotros mismos á ejemplo de David, y alabaremos públicamente su nombre. "Porque no ha sido dado á los hombres bajo del cielo otro nombre, que el de Jesus, en que correspondamos para que seamos salvos." Confesémoslo, invoquémoslo, bendigámoslo, rindámosle el culto supremo interno y esterno que se merece, celebremos su triunfo, pero rebotando en las delicias espirituales que vino

á prodigarnos: obliguémole, en fin, á vencer con la fuerza de su santo amor, la oposicion de nuestra naturaleza corrompida, para servirle cristianamente y tener parte alguna vez en su eterna gloria.

Así SEA.



SERMON

DEL SANTÍSIMO REDENTOR

Sic enim Deus dilexit mundum, ut
Filium suum Unigenitum daret.
- Porque de tal suerte ama Dios al
mundo, que le dio su Unigénito.

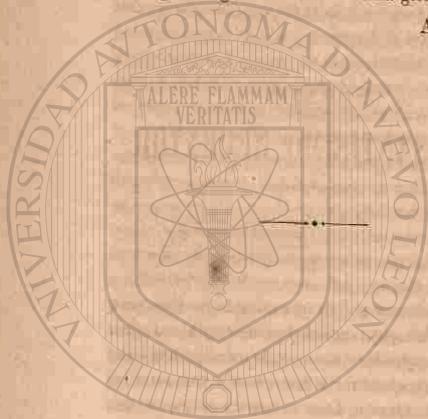
S. JEAN, CAP. III, v. 16.

Solo aquel amor gratuito y constante de Dios para con el hombre, cuya dignidad es inaccesible al conocimiento de todos los Angeles y de todos los hombres, pudo ciertamente obrar el Sacramento de nuestra reconciliacion. Que un Dios se revista de carne, que nazca por el hombre y que muera por él; el Señor por los siervos, el Criador por las criaturas y el piadoso por los impíos, es un misterio mas bien digno de admiracion y de silencio, que de alguna exposicion: es un arcano perpetuo, fuera de los alcances de toda virtud natural, aunque se esfuerce en comprenderlo, y que únicamente el mismo Salvador fué el primero que se lo reveló á Nicodemo.

Apenas oye Abraham la voz de Dios que le manda sacrificar á su unigénito, cuando al punto le obedece, sin pérdida de tiempo sale de noche de su casa,

á prodigarnos: obliguémole, en fin, á vencer con la fuerza de su santo amor, la oposicion de nuestra naturaleza corrompida, para servirle cristianamente y tener parte alguna vez en su eterna gloria.

Así SEA.



SERMON

DEL SANTÍSIMO REDENTOR

Sic enim Deus dilexit mundum, ut
Filium suum Unigenitum daret.
- Porque de tal suerte ama Dios al
mundo, que le dio su Unigénito.

S. JEAN, CAP. III, v. 16.

Solo aquel amor gratuito y constante de Dios para con el hombre, cuya dignidad es inaccesible al conocimiento de todos los Angeles y de todos los hombres, pudo ciertamente obrar el Sacramento de nuestra reconciliacion. Que un Dios se revista de carne, que nazca por el hombre y que muera por él; el Señor por los siervos, el Criador por las criaturas y el piadoso por los impíos, es un misterio mas bien digno de admiracion y de silencio, que de alguna exposicion: es un arcano perpetuo, fuera de los alcances de toda virtud natural, aunque se esfuerce en comprenderlo, y que únicamente el mismo Salvador fué el primero que se lo reveló á Nicodemo.

Apenas oye Abraham la voz de Dios que le manda sacrificar á su unigénito, cuando al punto le obedece, sin pérdida de tiempo sale de noche de su casa,

corta la leña por el camino y la carga sobre los hombros de su amado: sube con él por el monte, llevando entre las manos el fuego y el cuchillo: llegan á la cumbre, pone el padre en ella, como sobre un altar, la leña, encima coloca á Isaac ya ligado, toma el puñal en la mano derecha, y extendiéndola para degollarle, un Angel lo detiene á nombre del Señor, y le dice: "Ahora he conocido que temes á Dios y que no has perdonado á tu hijo unigénito por amor de mí." ; Oh lance tierno y verdaderamente maravilloso! aquel Patriarca por el amor de Dios sacrificó dentro de su corazón á su hijo, bien que no derramó su sangre; mas el Eterno Padre tampoco perdonó á su Unigénito, sino que realmente lo entregó por amor de los hombres. No puede menos, puesto que Isaac representaba solamente en sombra el sacrificio de Jesucristo. Si el monte Moriah en que se edificó despues el famoso Templo de Jerusalem, y una de cuyas colinas ó cumbres fué, segun San Gerónimo, el Calvario, habia de ser el sitio destinado para la oblation mística del antiguo Isaac; ¿no fué en el crucificado el nuevo Isaac, despues de cargar sobre sus hombros el pesado madero de la Cruz? ; Ah! si para dar cumplimiento á la figura, se le substituyó al primer Isaac, otra víctima, porque viendo Abraham á sus espaldas un carnero curreado por las astas en un zarzal ó espinar, lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo; al segundo Isaac ninguna se le substituyó, porque este carnero era puntualmente imagen del Cordero de Dios, que fué crucificado despues de haber sido coronado de espinas: *Sic enim Deus dilexit mundum ut Filium suum Unigenitum daret.*

En efecto, el Eterno Padre, por su infinito amor, dió todo lo que tenia de preciosísimo por la salud del hombre. Este es mi propósito, y como el blanco de todo mi discurso. Para desentrañarlo con acierto, pidamos la gracia saludando rendidamente á la Santísima Virgen con el Angel. Ave María.

"Porque de tal suerte amo Dios al mundo, que la dió á su Hijo Unigénito." S. Juan, Cap. y vers. citados.

El amor de Dios se extendió en el acto de la redencion, y se extiende tambien ahora por medio de su eficacia, no solo á los justos, no solo á los sabios, no solo al pueblo de judíos, sino á todos los hombres. Su Unigénito, su obediente Hijo, el nuevo Jacob en la carne, el inocente Isaac, el Cordero sin mancha, subió al Moriah ó Calvario cargando sobre sus hombros el madero de la Cruz: en él ofreció por sí mismo un sacrificio voluntario, y derramó toda su sangre por las impías manos de los asesinos. No necesito mas para dividir mi asunto en estas dos breves proposiciones: Primera, Jesucristo redimió á todo el género humano por sí mismo; segunda, Jesucristo redimió al hombre con una muerte sangrienta.

PRIMERA PARTE

Criado el primer hombre á imagen y semejanza de Dios en el paraíso de delicias, dotado de una alma inocente y de un cuerpo imaculado, ni el tumor de la soberbia, ni el temor, ni la avaricia, ni la envidia, ni

la ira, ni la desesperacion ú otro vicio podrian perturbar aquel estado de vida tan feliz. Pero ¡oh mudanza repentina! ¡Oh seducccion atrevida! El demonio, disfrazado en traje de serpiente, incita á la mujer á romper el vínculo sagrado de la subordinacion á Dios: Adam condesciende con su esposa, y he aquí á toda la naturaleza humana corrompida. La muerte, la pérdida de la gracia y de la gloria, y una eterna condenacion, fueron necesariamente las consecuencias funestas del pecado. En tan lamentable situacion, ¿quién satisfará en el rigor de la justicia á Dios! ¿Quién reconciliará al hombre reo con su Criador! ¿El mismo hombre! Es insuficiente. ¿Acaso algun Angel! No guarda proporcion con la excelencia de la Divinidad ofendida. Solo Dios, como Supremo Señor, pudo perdonar el pecado y ceder de su derecho: como Legislador y Juez Soberano pudo tambien dispensar en la ley dada contra los pecadores: ó exigiendo alguna penitencia, ó sin necesidad de ella; ó enviando algun hombre puro ú Angel, para satisfacer por los mortales, ó sin usar de ministerio alguno. "Juzgando, pues, gravísimas las causas de nuestros crímenes, como dice San Agustin, el mismo Dios descendió á la tierra."

En la ley antigua, segun se refiere en los Hechos de los Apóstoles, mandó el Señor Dios á Moisés como Caudillo y como Redentor á Israel, por mano de un Angel que se le apareció en la zarza. En la ley nueva tambien un Angel anunció en Nazareth el inefable misterio de la Encarnacion á una Doncella Purísima, en cuyo casto seno se verificó: por espacio de nueve meses, para guardar el órden de la condicion de la substancia corporal, se ocultó el Verbo Eterno

en el vestido de nuestra carne: sin lesion de la virgindad de su Santa Madre, nació en Belen un Dios hecho Hombre y fué adorado de los Angeles, de los Pastores y de los Reyes. Como que es la Persona média entre el Padre y el Espíritu Santo, convino tambien que fuese el Mediador entre Dios y los hombres. Puesto que se ha constituido piedra angular de la Iglesia, une maravillosamente los dos extremos de la divinidad y humanidad; y ni á Dios ni al hombre puede ser sospechoso, como demuestra agudamente San Bernardo: "Dios, dice, el Hijo de Dios hágase Hombre: con seguridad recibo por Mediador al Hijo de Dios, á quien conozco, que tambien es mio: de ninguna suerte me puede ser sospechoso, porque es mi hermano y es mi carne: juzgo que no puede despreciarme, es hueso de mis huesos, y carne de mi carne." Al fin, y con raro asombro del mundo, se cumplió perfectamente el nombre del nuevo Redentor, del Redentor Divino, que le salvó no solo con su vida, sino tambien con su muerte. Oid, cristianos, á Isaías, cómo exclama lleno de gozo y entusiasmo: "Porque el Señor hizo salvo al linaje humano, sin valerse de la mision de un Angel ó de un Legado." *Non Angelus, neque Legatus; sed ipse Dominus salvos eos fecit.*

Añado, que mas estimó Dios la salud del hombre que su propio honor: parecerá acaso que esta proposicion es atrevida y muy avanzada, sin embargo no se conocerá así por esta razon: El demonio orgulloso desobedece á su Criador, envidiando insolentemente el asiento que solo corresponde á su Hijo Unigénito en el trono real. Para vengar este agravio, se sirvió del ministerio del Arcángel San Miguel y

de sus Angeles. Mas para redimir al hombre á nadie delegó este negocio: en su propia persona se presentó al combate el Hijo de Dios, como David ante el gigante Goliat, y ligando al dragon infernal en el árbol de la Cruz, en pena de que en otro árbol llamada de la vida subyugó á todo el universo; destruye su imperio, devasta al pecado, fija sus despojos en aquel trofeo, y hace tambien brotar la sanidad de su mismo abatimiento: *Nunc princeps hujus mundi ejicietur foras.*

¡Oh feliz triunfo el que consiguió del poder de las tinieblas la humildad del Divino Redentor! No contento con haber sido anonadado en cuanto á la carne aun bajo de los Angeles, conquista á los hombres; no en el trono, no con el cetro, no con la fuerza de las armas, sino con la verdad de su mision y su doctrina, con la autenticidad de los milagros y con su misma deshonra. No espere Israel ver al Mesias en medio de la opulencia y vanidad del siglo, dilatar su reino á fuerza de fuego y sangre: ni caminará en lujosos carros ni será asistido de muchos criados. La forma de siervo es la que mas le agrada, con ella quebrantará la soberbia, que es la causa de todos los males, como asegura San Agustin: *Ut causa omnium morborum curaretur, id est, superbia, descendit, et humilis tactus est Filius Dei.*

Ahora bien: ¿no es este, pregunto, un amor sin límites, una bondad sin igual! ¡Ah! Correspondamos con las mas expresivas muestras de una fervorosa caridad, al ardentísimo afecto con que nos visitó Jesucristo. ¿No nos rescató en el tosco sayal de nuestra carne, en el ejercicio de una humildad inaudita; y

para decirlo de una vez, en su propia sagrada persona! Pero tambien redimió al hombre con una muerte ignominiosa y sangrienta sobre el altar de la Cruz.

SEGUNDA PARTE

En la obra de nuestra redencion debemos considerar dos cosas: ó la misma redencion en sí, ó el afecto del Divino Redentor. En cuanto á lo primero, una sola gota de su Sangre, un solo suspiro del corazon, era mucho mas que abundante para dar la salud al hombre; mas en cuanto á lo segundo, su afecto no se contentaba con poco; no se saciaba con que fuese su Alma inocentísima afligida de la angustia y la tristeza: el exceso de su caridad no se llenaba con que fuese despedazada su Carne sacrosanta con las heridas, sino que habia de derramar todo el resto de su Sangre, muriendo en una Cruz, y aun despues de muerto, para hacer copiosa la redencion del mundo. *Quia apud Dominum misericordia, et copiosa apud eum redemptio.*

Desde la Circuncision comenzó Jesucristo á derramar su Sangre, así para cumplir con la Ley, aunque en ella no estaba comprendido, como para recomendar la uniformidad. Pero este era solamente un principio, un anuncio del Sacrificio cruento. En la oracion del Huerto, dos afectos lucharon entre sí poderosamente: esto es, el temor que se apoderó de su espíritu y causó naturalmente el efecto de retraer la sangre al corazon, y el amor que aunque se suspendió por un momento, en breve se encendió con la mayor

viveza, derramó la sangre que estaba estancada por las venas, y la hizo salir por todos los poros de su Cuerpo como por otras tantas fuentes. A la manera que una fragua en la que se echa una corta cantidad de agua para refrescar el fuego, á poco tiempo despide las llamas mas fuertes, así nuestro Redentor Jesucristo arrodillado sobre una piedra, arrojó despues del temor, las llamas mas encendidas y encarnadas de su Sangre: "Fuerte es el amor como la muerte, dice el Espíritu Santo: sus lámparas, son lámparas de fuego y de llamas, muchas aguas no pudieron extinguir la caridad, ni los rios la cubrían."

¡Qué! ¿no está aquí concluido el sacrificio! Ara, espada penetrante del dolor, fuego, sangre, mutacion de la víctima, ¿qué falta! ¡Ah! otros preparativos mas crueles. Se deja, pues, ligar Jesus á una columna, que aun alcanzó á ver ensangrentada San Gerónimo. De las innumerables heridas que recibió en su Carne de este horroroso é infame martirio, salió tanta Sangre, que aun se veia saltar hácia atrás por el aire, como afirma San Bernardo. *Tunc dure flagellatus est Dominus, ut sanguis ejus sursum in aere resultaret.* ¡Oh sangriento espectáculo! "Jesus es ligado, dice San Lorenzo Justiniano, es herido, y todo su Cuerpo se rompe con los azotes: ya le cinen las espaldas, ya los brazos, ya las piernas: agregan nuevas heridas á las heridas, y llagas á las recientes llagas: de aquí resulta un color amoratado, hinchado, de allí sale con ímpetu la Sangre. Sin duda que hubiera espirado Jesucristo en el acto de esta inaudita flagelacion, si un milagro nuevo no le conservara la vida. A continuacion, otro cruellísimo tormento inventado á ruegos de

los judíos por los soldados romanos, se dispone de nuevo para causarle los dolores mas agudos: la corona de espinas, digo, instrumento enteramente desconocido, por el cual brotó con tal abundancia la Sangre de su Santísima Cabeza, que con ella quedaron estampadas en el lienzo varias imágenes de su rostro: "Maldita sea la tierra en tu obra, dijo Dios al hombre, espinas y abrojos te producirá." Desde luego, que Jesucristo recibió las espinas, para borrar aquella maldicion, para arrancar de nosotros los aguijones del pecado.

Finalmente, llegó el tiempo en que se cumplieran con puntualidad y omnímoda perfeccion las profecías. El mauso Cordero fué extendido con fiereza sobre el duro leño, y traspassados sus piés y manos á golpes, y por la consistencia de los clavos. Aun despues de muerto, como refiere San Juan, un soldado le atravesó el corazon con una lanza: *Unius militum lancea latus ejus aperuit.* ¡Cómo! ¡Qué! ¡Ha dejado escrito el Evangelista que la lanza solamente abrió el costado de Cristo: *latus ejus aperuit*: y no dice que se lo hirió! Aquí hay seguramente algun misterio, esta es una prueba evidente de que la lanza hizo nada mas que el oficio de llave, abriendo una puerta que ya estaba abierta por el amor. Sí, cristianos, cinco son las puertas principales de donde manan ondas de Sangre; pero del costado, de aquella puerta celestial que guardaba el tesoro, se vertió agua para lavar, y sangre para redimir. ¡Pero de qué podía servirnos su virtud infinita, si no se nos aplicara! ¡De qué nos aprovecharia su efusion, si no nos alcanzara! Por eso, pues, está depositada esta misma Sangre en los Sa-

cramentos como en unos vasos de oro finísimo, para comunicarnos la vida con el mismo principio de vida que contiene.

“Sabel, dice el Príncipe de los Apóstoles, que habeis sido redimidos, no por las cosas corruptibles de oro y plata, sino con la Preciosa Sangre del Cordero inmaculado, é incontaminado Cristo.” “¡Oh admirable cosa, exclama Ruperto! No fué bastante á Cristo Señor nuestro, haber derramado generosamente por nuestra redencion la Sangre de su Cuerpo Santísimo en la circuncision y en su pasion; no le era suficiente haber regado con arroyos de Sangre á Jerusalem, al tribunal de Pilato y al lugar del Calvario, sino que á mas de todo esto, despues de que fueron consumadas todas las cosas que miraban á la redencion de todo el género humano, la derramó con abundancia.” “¡Oh inmensa caridad! ¡Oh benigna dignacion de las entrañas de nuestro Dios!

Y para que de luego á luego se advirtiesen en alguna manera los copiosos frutos de la Sangre de Jesucristo, comenzaron inmediatamente despues de su muerte los milagros. Toda la naturaleza se conmovió y se vistió de luto: el Paraiso, que mas de cinco mil años hacia estaba cerrado, se abrió al punto: uno de los ladrones que juntamente fueron crucificados con él, se trasladó desde la cruz á la gloria, despues de haber sido santificado por la gracia: algunos muertos resucitaron y se aparecieron á muchos: los judíos á quienes solo quedaba el instrumento de la Cruz para confundirlos, se revolvieron dándose golpes de pecho. Por último, de la Santísima Cruz destila un bálsamo, una virtud divina, que se comunica maravillosamente

á otras cruces semejantes por toda la extension de la tierra á beneficio del hombre.

Volviendo ahora al origen de mi discurso, diré en resúmen: que Jesucristo se anonadó hasta tomar la forma de siervo: que se hizo como un solo pecador por todos nosotros, y que nos redimió en su propia persona: *Exinanivit semetipsum, formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus*: que nos reconcilió con su Eterno Padre por medio de toda la efusion dolorosa de su Sangre, pues sufrió con paciencia y libremente la muerte, y una muerte de Cruz: *Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis*. Entre todas las obras del Altísimo no hay otra como ésta, en que resplandezcan mas sus atributos, y especialmente la profusion del divino amor: *Sic enim Deus delicit mundum ut Filium suum Unigenitum daret*.

De consiguiente, si el mismo Jesucristo ejecutó el oficio de Redentor, lo deberemos amar con todo nuestro corazon: pertenecemos á él no solamente por la creacion, sino tambien por la redencion. Si nos redimió con su Sangre, que es precio de infinito valor, por él infinitamente somos suyos, de tal suerte, que si nuestro corazon fuera capaz de un amor sin fin, con él habiamos de corresponderle: siendo, pues, limitado, le alabaremos y nos uniremos á él siquiera por actos repetidos y continuados. “Ya no sois vuestros, nos dice el Apóstol San Pablo, habeis sido comprados á grande precio; glorificad y llevad á Dios en vuestro cuerpo.” Verdaderamente que Jesucristo rompe las pesadas cadenas con que nos ha aprisionado el pecado y el inferno, y nos torna en súbditos de su

reino. Con su Sangre blanquea nuestras vestiduras y nos convierte en hijos espirituales de su Padre Omnipotente, de sí mismo como Verbo Eterno, y de su Santo Espíritu. ¡Qué mas nos resta, sino ensalzarle y revestirnos de tan gran Dios en todas nuestras acciones! ¡Ah! la gracia, la caridad, la mortificación, la justicia y la santidad, atraerán á nosotros las dulces miradas de nuestro Hacedor y de nuestro Mediador. Adquiramos desde luego estas relevantes prendas, sin dejar de contar con el auxilio divino, y seremos felices en la tierra y en el cielo.

Así SEA.

SERMON

DEL SANTÍSIMO REDENTOR

Non enim misit Deus Filium suum in mundum, ut palliat mundum; sed ut salvet mundum per ipsum.

“Porque no envió Dios su Hijo al mundo para hacer al mundo más malo; para que el mundo se salve por él.”

S. JEAN, Cap. III. v. 17.

A tiempo en que nuestro Divino Redentor Jesucristo celebraba su primera pascua en Jerusalem, y confirmaba su sagrada mision con el testimonio mas claro de tantos prodigios que allí obró; Nicodemo, Doctor de la ley, le visita de noche dispuesto á recibir sus instrucciones y á ser contado en el número de sus discípulos. “Sabemos, le dice el catecúmeno Fariseo, que eres Maestro venido de Dios, porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces, si Dios no estuviere con él. Jesucristo le enseña que para ser el hombre hijo de Dios y heredero de su reino, es necesario que de nuevo sea reengendrado de agua y de Espíritu Santo.” Despues de humillarlo y de prepararlo á recibir la gracia, le descubre la autoridad que tiene para enseñar la verdad, como que

es el Verbo Eterno y la Sabiduría del Padre que descendió del cielo. También le declara el género de muerte que había de recibir, figurada en la serpiente de bronce que exaltó Moisés en el desierto, y la caridad sin límites con que amó el Señor á los mortales; dignándose entregarse á su Unigénito para salvarlos. *Non enim misit Deus Filium suum in mundum, ut judicet mundum; sed ut salvetur mundus per ipsum.*

¡Oh excesivo amor de Dios para con el hombre, que le había de corresponder con tanta ingratitud! ¡Qué padre dió jamas á su hijo mayores pruebas que las de este amor gratuito, constante, inmenso, y que el entendimiento humano no alcanza á conocer! Nuestro Dios, ciertamente, envió á los hombres no á un siervo suyo, no á un legado, no á un Angel ó á un Arcángel, sino todo lo que tenía de preciosísimo, su Verbo, su Unigénito; estaba en los altos designios de su infinita sabiduría y de su libre voluntad, que se revistiese de nuestra carne mortal como un Jacob de la nueva Ley, y se reformase para sí espiritualmente un cuerpo místico, convirtiéndonos de enemigos suyos en sus amigos, y franqueándonos la gracia de la adopción.

En efecto, llegada la plenitud de los tiempos, el Mesías prometido vino al mundo, no para juzgarlo en la severidad, sino como un médico benéfico á curar nuestras enfermedades, y á cerrar nuestras heridas: no como un Moisés ú otro Josué que daban leyes solamente para condenar al universo, y hacían temblar á los Soberanos en su mismo trono, sino como un Redentor pacífico y humilde, que cargando sobre sí todos los pecados pasados, presentes y futuros, había

de llenar su mision muriendo afrentosamente en el suplicio de la Cruz: como un Señor que empleando el tesoro de sus misericordias á favor de los hombres, los libertó de la esclavitud tiránica del demonio en que vivían por la culpa, y les dejó un copioso manantial de gracias á todos los que bien usaran de ellas. Todo esto se refiere á que Jesucristo obró con su muerte la salud del mundo, que es el punto esencial de mi tema. A este fin determinado se moverá mi discurso; mas para el acierto alabemos con el Angel á la digna Madre de Dios que siempre estuvo llena de gracia. Ave María.

"Porque no envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él."
S. Juan, cap. y vers. citados.

El que era Jesus ó Salvador, para cumplir con su Sacrosanto Nombre, debía morir. "No hay salvacion en otro alguno, declara el Libro de los Hechos de los Apóstoles, pues no se ha dado á los hombres otro nombre bajo del cielo, por el cual debamos salvarnos." Este fundamento estriba, en que despues de haber consumado su doctrina, murió en efecto extendido de piés y manos sobre el áspero madero, y derramó toda su Sangre por las impías manos de los asesinos. Con su muerte borró ó venció á la misma muerte, que ya había entrado en los hombres desde la caída de Adán, destruyendo su solo en el instrumento de la Cruz. Ofreciendo á Dios este sacrificio, en el que fué Sacerdote y Víctima á un mismo tiempo, libró al hombre de la muerte. Estos conceptos se distinguirán mejor reduciéndolos á estos dos breves puntos: Pri-

mero, Jesucristo alcanzó con su muerte la victoria del pecado y lo fijó en la Cruz. Segundo, la muerte de Jesucristo libró al hombre de la muerte del pecado.

PRIMERA PARTE

Desde el momento en que Adán, por complacer á su esposa, dió el funesto golpe de su elección, rompiendo con soberbia la debida subordinacion á Dios, todos los demas hombres comprendidos en él como en su cabeza, incurrieron en el pecado, en la muerte y en la condenacion: perdieron al Espíritu Santo que morara dentro de sus corazones, todas las gracias que disfrutarían en el estado de la inocencia y el derecho á la inmortalidad. Una vez ofendida la Divina Justicia, jamas la accion de un puro hombre, ni aun la misma muerte podria satisfacerla. "El hombre, como dice San Agustín, es apto para herirse, pero no para sanarse: cuando quiere se enferma, pero no cuando quiere se levanta: para caer enfermo le fué necesario su desarreglo, pero para levantarse le fué necesaria la medicina de su Artífice." Para llevar pues al cabo esta grande é inefable obra maestra de la reparacion humana, apareció en medio de nosotros un nuevo Adán en la carne, un Adán del cielo, que arruinó por sus fundamentos la herencia de la culpa, que nos dejó un Adán terreno.

Mas aunque la ocasion del pecado de nuestro origen, era la causa principal de la pasion y muerte del Hijo de Dios, su valor y eficacia se extendió á bor-

rar "el quirógrato de todos los pecados," segun la expresion del Apóstol. Supuesto que la ofensa incluye en sí el desprecio del Criador, ó de su autoridad, ó de alguna de sus perfecciones, se requeria un Mediador capaz de aplacarle, compensando á igualdad el mal infinito con un bien infinito; se necesitaba de una víctima que restituyese la gloria de Dios, aun mas de lo que fué deshonrado por el pecador. El hombre, pues, era insuficiente para satisfacer en el rigor de la justicia, porque su bien es finito y su culpa infinita. Solo un Hombre inocente, pero un Hombre que es tambien un Dios, pudo pagar á lo infinito tal deuda humanamente insoluble. Ademas, el Eterno Padre vengó la injuria cometida contra su Unigénito, condenando á los Angeles malvados. Para no perder á todos los hombres, que tambien le ofendieron, quiso que su mismo Verbo hecho Hombre, los reconciliase con su muerte y reparase la gloria divina.

La santidad y el pecado se oponen entre sí, más que la luz y las tinieblas: más que el calor y el frio en sumo grado. Por lo cual, Jesucristo, que es la santidad por esencia, usó de todas sus virtudes para borrarlo. Si Adán en su caída infeliz faltó á la obediencia, Jesus siempre obedeció á su Eterno Padre en el discurso de su vida, y particularmente en la Cruz, para cumplir con su precepto. Pero como la soberbia es la causa de todas las enfermedades, atendamos al antidoto de que se valió para curarla. ¡Oh! El que crió á los Angeles é ilustró los cielos con diferentes astros: el que sacó de la nada á la tierra y á todas las cosas, y reunió las aguas que están bajo del firmamento en un lugar: el que mandó á las aguas producir peces,

que nadan en ellas y aves que vuelan por los aires: el que adornó la superficie del elemento árido con yerba verde, árboles fructuosos y animales de diversas especies: el que hizo al hombre, que por razon de su alma es el ínfimo entre las criaturas espirituales, y por razon de su cuerpo es el mas miserable entre los animados, se humilló hasta el punto de hacerse hombre: Bien podía, sin embargo de haberse constituido nuestro hermano, obrar el Sacramento de nuestra reconciliacion, eligiendo con libertad: ó la gloria, ó la ignominia; ó un sacrificio inculento, ó un sacrificio sangriento. Sin embargo, recibió con el mayor gusto el suplicio de la Cruz y se entregó á la muerte. Ardientemente deseaba que llegase esta hora como suya: algunas veces hablaba de su pasion como del dia de su desposorio, coronacion y alegría de su corazon. Tanto así amó la humildad, porque aborrece infinitamente la soberbia. ¿No se agregó tambien á su dolorosa crucifixion el despojo de sus vestidos, y hasta de su misma túnica! ¿Oh glorioso triunfo! "La soberbia del que cautiva, como dice San Agustín, se destruye por la humildad del Redentor." Asimismo el orgullo del primer hombre y de la madre de todos los mortales, seducida por la serpiente, se derriba al tiempo en que creyeron llegar á ser como Dios: *Eritis sicut Dei*. Consiguientemente se reprime tambien la altivez de los demas hombres, á quienes encuadran bien las siguientes palabras del citado Padre San Agustín: "Avergüencese la soberbia terrena y la arrogancia del hombre redimido, donde resplandece la humildad del Redentor."

Finalmente, la avaricia, la lujuria, la ira, la gula, la

envidia, la pereza fueron arruinadas por la liberalidad, inocencia, paciencia, templanza, caridad y diligencia en grado heróico de nuestro Salvador: todo este monstruoso cuerpo de corrupcion, se deshizo por un cuerpo inmaculado que tomó su forma por ministerio del Espíritu Santo. *Corpus autem aptasti mihi*. Como que el hombre es un microcosmo, ó mundo pequeño, por quien crió Dios todo el universo, así como produjo el gran mundo compuesto de elementos tan opuestos, así tambien usó Jesucristo de medios contrarios para la reparacion del hombre. Por la primera Eva entró la ruina en el linaje humano, y por la segunda Eva principió la vida: el Huerto de los Olivos fué contrapuesto al paraíso de las delicias de Adán, el árbol de la Cruz al árbol del fruto vedado, la corona de espinas á la corona de las flores, de ambicion de nuestro primer padre: la amargura de la hiel y del vinagre, á la suavidad de la manzana, los ojos encajados del Crucificado, á los aspectos pervertidos del primer hombre: los clavos y la lanza á las malas acciones de nuestras manos, pasos tortuosos de nuestros piés, y perversidad de nuestro corazon: un Sacerdote de la Ley nueva á un Sacerdote de la Ley antigua, todo un Redentor á todo un hombre pecador. Con razon exclama lleno de asombro el eloquentísimo Doctor de la Iglesia, San Agustín: "¿Conoce, hombre, cuánto valgas y cuánto debas, y cuando consideras atentamente tanta dignidad de tu redencion, tú mismo íntimate la vergüenza de pecar! He aquí que por el impío es azotada la piedad, por el necio es burlada la sabiduría, por el mentiroso es muerta la verdad: la justicia es condenada á muerte por el inicuo, la misericordia es

aflicta por el cruel: por el miserable gusta la pureza el vinagre, es embriagada con miel la dulzura, la inocencia se sacrifica por el reo, muere la vida por el muerto."

¿Queréis también ver ahora, cómo Jesucristo suspendió el pecado en la Cruz? Pues seguid escuchándome. Desde el tiempo de la Ley antigua, cuando Moisés extendía en el monte sus brazos y figuraba con ellos y con su cuerpo en actitud recta una cruz, vencían los Israelitas á los Amalecitas. La vara que metió el Profeta Eliseo en el Jordan, representaba también el bautismo que iba á conferirse por la Cruz. Si el manso Cordero cargó sobre sus delicadísimos hombros el instrumento de deshonor y de infamia en otra época, al fin lo exaltó por insignia de la victoria: *Imperium factum est super humerem ipsius*. Si la muerte reinó en el mundo desde Adán hasta nuestro Salvador, entonces fué derribado su trono y fijados los despojos de sus enemigos en el sagrado madero como en un trofeo: *Dominus regnavit á ligno*. Aun antes de morir Jesucristo se convirtió en un Tribunal donde absolvió á uno de los ladrones, y al otro le condenó. "Si era escándalo para los judíos y locura para los gentiles, es la sabiduría, la virtud y la gloria de los cristianos; la gloria de las glorias, como dijo San Pablo:" *Gloriatio gloriationum*. "Es la escala del cielo, por la que Jesucristo levantó al hombre caído hácia al Padre," como la llamó San Agustín: la fuente de bendiciones, el carro triunfal en cuya parte superior está sentado nuestro Redentor victorioso, y en cuya parte inferior trae al demonio ligado: *Nunc Princeps hujus mundi ejicitur foras*. ¡Oh Arbol no-

bilísimo de la vida, que sudas el oleo de la alegría y destilas el bálsamo de los carismas! "En él se inmoló Jesús, repetiré con el Crisóstomo, y en donde fué el sacrificio, allí fué la extincion de los pecados, allí la reconciliación."

Tan divinos testimonios demuestran claramente, que muriendo Jesucristo en la Cruz, degolló con este cuchillo al demonio y mutiló los pecados. Pero también de este mismo modo nos apartó de la muerte ó nos concedió la vida.

SEGUNDA PARTE

El Criador de los cielos y de la tierra, que se negó á los Angeles rebeldes, abrió las entrañas de su misericordia á favor del hombre en el término profinido: *Tempus miserendi ejus, quia venit tempus*. Si: cuanto estuvo de parte de Jesucristo sacó al pecador de la esclavitud del demonio, "y no solamente como enseña el Angélico Doctor, le borró la culpa, sino que también le mereció la gracia justificante y la gloria."

Ejerció, pues, el oficio de Mercader, rescatándole para con Dios su Padre, por cuanto el mismo hombre se había vendido á sí mismo y á toda su posteridad por el pecado. Al efecto le compra, no con el oro ó con la plata, sino con el infinito precio de su Sangre. Por manera, que una sola gota de ella era mas que suficiente para redimir mil mundos: podía pagar toda la deuda con un solo suspiro, con una sola lágrima. Pero no; mas bien quiso derramarla toda y entregar

su Alma con generosidad por la salud humana. Nació de la estirpe real y sacerdotal de los ingratos judíos, entre quienes se guardaba la Ley de la Circuncisión, para comenzar á verter desde su infancia algunas gotas: cubierto de un sudor sangüneo en la oración del huerto, lloró por todos los poros de su Cuerpo como por otros tantos ojos, cada una de las culpas del hombre: ligado á la columna con fuertes cordeles, regó el suelo con la lluvia del preciosísimo licor que se esparcía de las repetidas heridas que recibió en su Carne por mano de los mas viles soldados: coronado de espinas, corrió á borbollones de su Santísima Cabeza para darnos despues coronas de gloria. ¡Oh incomparable amor! ¡Oh misericordia infinita! No contento con todo esto, fueron traspasados con los clavos sus manos y sus piés, partes las mas nerviosas del cuerpo y de consiguiente mas sensibles, para repartir donde quiera la afluencia de su Sangre. Aun despues de muerto, el corazón, la fuente del amor, le fué atravesado con la lanza: de allí salieron dos bautismos, el uno de sangre y el otro de agua, con que habia de purificarse el hombre para pasar de la muerte á la vida.

Como la vida está en la sangre, Jesucristo, como lo hemos observado ligeramente, la dió toda para resucitar al hombre muerto. Y para que causase sus efectos, la aligó á los Sacramentos como á unos canales, por quienes comunica la gracia á los que se acogen á ellos: "Ella no mancha como la sangre de otros, sino que limpia á quienes santifica." Por eso dijo Gilberto, ¡cuál es aquel color rojo que tiene cierto efecto de blanquear...! Así convenia que se cumpliese el vaticinio del Salmista expresado en estas

cortas palabras: *Purpura Regis vincta canalibus*. Desde luego, que solo por el Verbo Encarnado que es la perfecta Imágen de Dios, recuperamos la semejanza perdida por la culpa: solo por un Redentor lleno de gracia medicinal, se quitó el vacío que nos dejó en el alma el delito de Adán. ¡Para qué tanta misericordia, tanto afecto y tanto precio! "enseñó que el hombre le era precioso por la dignidad de su precio segun la idea de San Agustin."

Tratando ya de la gloria, ¡no es verdad que Jesucristo prometió en la Cruz el Paraíso al Buen Ladrón, y lo trasladó á él inmediatamente despues de su muerte! No lavaron sus estolas en la Sangre del Cordero aquellos fuertes y generosos Atletas, que vinieron de grande tribulación! ¿Existe siquiera un solo bienaventurado en el cielo, á quien no se abrieran sus puertas por la muerte de Jesucristo, sino que hubiera entrado en él por otro medio! "Así como todos los elementos sintieron los clavos de la Cruz, segun reconoció San Leon," así tambien es claro que hacen el oficio de llaves en la Jerusalem celestial estos mismos clavos. Isaías profetizó, "que aquel camino será santo, y que el impuro no pasará por él." De aquí infiere el Angel de la Escuela, "que el pecado es el obstáculo para llegar al reino eterno." Pero el pecado, ó es común á toda la naturaleza, ó es, por otra parte, propio de cada persona: de ambos modos se perdona á los que comunican de la pasión de Cristo por la fe, la caridad y los Sacramentos de fe; en consecuencia, quitado el impedimento, la entrada á la habitación del Altísimo nos está concedida. Esto es lo que declaró el Apóstol San Pablo cuando escribió así á los

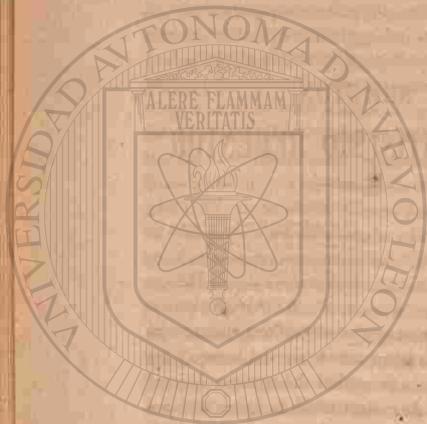
Hebreos: "Cristo, Pontífice de los bienes venideros, entró una vez en el santuario por su propia Sangre, adquirida una redencion eterna."

¡Oh tesoros inagotables del poder, de la sabiduría y de la bondad de nuestro Dios! "Traspórtese ya de alegría, clamaré con la Sagrada Esposa del Cordero, la multitud Angélica de los cielos: celebren los divinos misterios; y por la victoria de tan grande Rey resuene la tarta saludable en brindis. Gócese también la tierra, iluminada con tantos resplandores; é ilustrada con el esplendor del Rey eterno, sienta, que se le ha retirado la oscuridad de todo el orbe. Alégrese también la Santa Madre Iglesia, adornada de tantas luces, y retumbe esta aula con las grandes aclamaciones de los pueblos." Ciertamente que Jesucristo con su muerte abatió la soberbia y todos los vicios, atándolos á su Cruz; con su Sangre nos volvió liberalmente los bienes perdidos y nos dió parte á la herencia de su gloria. El Juez se convirtió en reo para salvarnos: "El que crió á los hombres, los recreó, siendo su Libertador." *Non enim misit Deus Filium suum in mundum ut judicet mundum, sed ut salvetur mundus per ipsum.*

¡Cuál, pues, deberá ser nuestra gratitud hácia Dios por los beneficios recibidos del poder de su misericordia? Imitemos con todo nuestro espíritu, con todo nuestro cuerpo y con todas nuestras acciones á Jesucristo, que nos ha dicho: "Venid, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón." Si bien estamos obligados á seguirle en todas sus virtudes, principalmente hemos de copiar en lo posible su humildad. ¡Habeis venido, ¡oh devotos concurrentes! y entrado

en este santo Templo á venerar con culto público la solemne festividad del Divino Redentor! Venid en hora buena, pero con un corazón dócil y compungido de haber ofendido á Dios: aborrece el pecado, que fué la causa de la muerte del Hijo de Dios hecho Hombre: las delicias voluptuosas, no son verdaderas delicias, sino ilusiones, nada mas que un espectro de deleite. Abraeémonos con la Cruz de nuestro Señor Jesucristo y muramos asidos de ella: por medio de este madero se ha de pasar necesariamente el mar de esta vida, á fin de arribar al puerto feliz: por esta columna, semejante á aquella que hacia sombra al pueblo de Israel por el dia, y le iluminaba por la noche, disiparemos las negras sombras de la culpa y caminaremos por la recta senda de la vida. Peleemos fuertemente contra nuestra rebelde naturaleza, hagamos á Dios este obsequio indispensable, y él mismo nos retribuirá con una eterna gloria.

Así SEA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y PUBLICACIONES

SERMON

DEL SANTÍSIMO REDENTOR

Non enim misit Deus Filium suum
in mundum ut iudicet mundum, sed
ut salvetur mundus per ipsum.

«Pues no envió Dios su Hijo al mundo
para condenar al mundo, sino
para que por su medio el mundo se
salve.»

St. JOH. CAP. III, v. 17.

Treinta y tres años que como si fuera viador, vivió Jesucristo sobre la tierra en medio del trabajo y del dolor, los consagró á la salud del hombre. Bajo el imperio de César Augusto nació en Belen este Sol místico de justicia, para iluminar á todos los mortales, y bajo el poder de Poncio Pilato murió tambien en el Calvario para salvar á todos los hombres. Por manera que saliendo de lo alto este Verbo Eterno de Dios, que fué el Deseado de las naciones, se vistió de nuestra carne; con el objeto de visitarnos, no como Juez, sino como Mediador; no queriendo condenar á la naturaleza corrompida por la culpa, sino restaurándola con el precio infinito de su sangre, con el inagotable tesoro de sus gracias, y abriendo á su favor las entrañas de su misericordia. ¡Oh época felicísima de

la reparación humana! ;Oh instantes precisos é inapreciables en que el Divino Cordero entregó su vida por rescatarnos de la muerte!

Vino pues al mundo para ejercer los tres oficios de Pastor, de Médico y de Redentor, que tienen un respecto inmediato á la salvacion del pecador. Como Pastor abandonó á los Angeles y descendió de los cielos al seno de una Virgen; se humanó y buscó á la oveja errante, esto es, á toda la naturaleza racional, que se manchó con el pecado de Adán. En la parábola de la oveja perdida se conoce como en un diseño hasta dónde se extendió la divina benevolencia. ;Oh! aquel Pastor amabilísimo corre por el desierto, va en su seguimiento con diligencia y cuidado; la llama, la encuentra, la carga sobre sus hombros y la vuelve al redil. ;Habrán muestras mayores de misericordia! ;Ah! la grey toda no le era tan amada como una sola oveja. Como Médico no solo curó á los enfermos con el remedio eficazísimo de todas sus virtudes, sino que verdaderamente "llevó sobre sí nuestras enfermedades y cargó nuestros dolores," como lo vió desde lejos el Profeta Isaías. Mas como Redentor compró al hombre al precio de su sangre, le dió la vida. *Non enim misit Deus Filium suum in mundum, ut judicet mundum; sed ut salvetur mundus per ipsum.*

Ved, señores, de qué modo se cumplió perfectísimamente lo que el mismo Salvador habia predicho á sus discípulos: "Yo he venido al mundo para que las ovejas tengan vida, y la tengan con abundancia." Desde luego que la vida espiritual del hombre es el fruto copioso que produjo la muerte de Jesucristo. Hacia este blanco se moverá todo mi discurso; pero solici-

temos un socorro del Espíritu Santo, confiados en el patrocinio de María, á quien saludó el Angel llena de gracia, al propio tiempo que le anunció que iba á ser Madre del Redentor. Ave María.

Pues no envió Dios su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que por su medio el mundo se salve.

S. JOAN, Cap. y vers. citada.

El primer Adán, cabeza del linaje humano y origen del delito, nos sujetó por su desobediencia á tres muertes: á la muerte del cuerpo, que consiste en su separacion del alma; á la muerte del alma, que consiste en la pérdida de la gracia, y á la muerte eterna, que consiste en la condenacion y separacion de Dios. El segundo Adán, Restaurador del hombre y Fuente de toda santidad, le mereció por su obediencia en el sacrificio infinito de la Cruz, tres vidas enteramente contrarias á aquellos tres géneros de muerte: la vida del cuerpo, que tornará á recibir el alma en la resurreccion de la carne; la vida del alma, que se funda en la divina gracia; y la vida eterna, que esencialmente depende de la vision y fruicion de Dios. No es mi ánimo, por causa de la premura del tiempo, desenvolver en esta ocasion la doctrina sobre la vida del cuerpo, que en consecuencia funesta del pecado incurrió en la pena de volver á la tierra de donde habia salido, hasta que llegue el dia grande y terrible del Señor. Si presentaré á los ojos de vuestra consideracion la vida del alma ó de la gracia, por la cual es el hombre justificado, y la vida eterna, en que se reviste con la estola de la inmortalidad. Establecidos

estos principios, ya podré deducir estas dos aseeraciones: Primera: Que la muerte de Jesucristo hace al hombre justo; Segunda: Que la muerte de Jesucristo hace al hombre bienaventurado.

PRIMERA PARTE

¡Gran Dios! ¡Quién será capaz de explicar dignamente la excelencia de la muerte de vuestro Santísimo Hijo Jesucristo, y todos los bienes con que por ella ha sido colmado el hombre! ¡Ah! ¡nadie! Los Angeles, ¡oh fieles! se confunden, y los Serafines mas encumbrados cubren su rostro con sus alas al contemplar un misterio tan profundo. Los Escritores sagrados, exprimiendo todo su ingenio en aumentar volúmenes, al fin dejan siempre abierto el libro divino de la redencion. Solo Jesucristo le puso los últimos renglones, con decir "que todo se habia consumado." Con efecto que estas solas palabras comprenden en sí cuanto pueda saberse y cuanto no puede expresar la débil lengua del frágil mortal. Yo me contentaré con haceros presente que terminaron todos los antiguos sacrificios luego que Jesucristo ofreció á Dios el suyo propiciatorio; que satisfaciendo con perfecta igualdad á su infinita justicia, la gloria del mismo Dios fué el fin principal de su pasion y muerte. Por otra parte, el fruto santísimo del árbol de la Cruz destruyó las obras del cautivador; la luz de la verdad disipó las densas tinieblas de la mentira y del error; la santidad exterminó el pecado, y la misma vida dió vida

al hombre. Ya os habréis hecho cargo de estos otros cuatro fines, subordinados al primero, que refiere la Sagrada Escritura en diversos lugares, y por los que Jesucristo ejerció tambien el oficio de Redentor.

Mas por lo que mira á la salud del mundo, si bien es cierto que para la justificacion del pecador se requiere una cooperacion eficaz por su parte á ella, por mucho que el hombre se hubiera dispuesto desde el primer instante de su vida hasta la muerte, jamas llegaria á hacerse grato á Dios. Por lo cual fué necesaria, supuesta la voluntad divina, la pasion y muerte de Jesucristo, así para aplacar la ira de Dios, como para perdonar al pecador. Oigamos en confirmacion de esto mismo las dulces palabras que dirigió nuestro Redentor á los gentiles dentro del templo de Jerusalem y en el dia de su triunfo: "En verdad, en verdad os digo: que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, el solo queda; mas si muere, mucho fruto llevará." "El mismo, interpreta San Agustin, era el grano que se habia de mortificar por la infidelidad de los judíos, y tambien se habia de aumentar por la fe de los pueblos."

El hermoso edificio de la virtud se levanta en la paciencia, la humildad y caridad como sobre tres columnas principales. Jesucristo, que es un modelo práctico de todo el bien obrar, nos enseñó con su muerte á ejercitarlas de un modo perfectísimo. ¡Quién ha sido mas paciente, que el que fué conducido como la oveja al matadero; como el cordero delante del que lo trasquila, sin abrir su boca, sin dar un gemido! ¡Quién se humilló mas que el Verbo Eterno, hasta recibir la forma de siervo, hacerse á semejanza de los hombres

y vestirse con el traje de pecador! ¿Quién obedeció el precepto del Padre hasta la muerte, y una muerte de Cruz, suplicio el mas ignominioso! Si pensamos en su amor, confesarémos con asombro y con un firme convencimiento, que no tiene límites. ¡Oh! pendiente del áspero madero pronunció estas palabras inflamadas de su ardiente caridad: "Sed tengo." Los judíos entendían que era una sed corporal y exterior, y por eso le dieron á beber hiel y vinagre: se engañaron, porque su sed mas bien era espiritual é interior, causada del amor mas vivo, del amor mas puro, del amor mas constante. Quería nuestro amantísimo Salvador que en un solo momento se hubieran aprovechado todos los hombres del fruto de su sacratísima pasión; y no pudiendo menos que hacerse víctima del fuego divino, murió por sus amigos y aun por sus mismos enemigos. Este mismo pasaje nos dá á entender, que no menos produce su sagrada muerte nuestra justificación como causa ejemplar que como causa eficiente. Sin embargo, añadiré el testimonio de San Pablo, que dice en su Epístola á los Romanos: "Que Dios instituyó á Jesucristo víctima de propiciación... para perdonar los pecados;" y el de San Juan, "que él es la víctima de propiciación, no solo por nuestros pecados, sino también por los de todo el mundo." De tal suerte, que su Santa Humanidad, según asienta el Angélico Maestro, "es instrumento principal de la Divinidad, que comunicando su eficacia á sus acciones y pasiones, aplica su contacto sobrenatural á los hombres por la fe y los Sacramentos de fe."

¿Qué bella semejanza se encuentra entre el primer padre del género humano y Jesucristo vida nuestra!

¡Ah! En el Libro del Génesis se lee: "Que mandó Dios á Adán un sueño y formó de una de sus costillas á Eva, para que fuera su esposa y compañera." También del costado de nuestro Salvador ya muerto, ó dormido en el árbol de la Cruz, nació la Iglesia Santa, para ser Esposa suya por medio de dos ríos caudalosos de agua y de sangre. Grey escogida, desde este punto serás reengendrada con las aguas saludables del Bautismo y regada con la púrpura del Cordero inmaculado. Aumenta tus triunfos, porque los generosos Mártires que vinieron de grande tribulación, lavaron sus estolas en esta Sangre Preciosísima. La gloria de tu origen ya la había anunciado mucho tiempo antes el Profeta Zacarías, cuando dijo: "En aquel día habrá una fuente patente á la casa de David y á los habitantes de Jerusalem, para la purificación del pecador." Si cristianos, de este manantial inextinguible bebieron las aguas mas puras de sabiduría y virtud, los Pastores mas zelosos, los Doctores mas eminentes, los Sacerdotes mas ejemplares, los Confesores mas ilustres, los Anacoretas mas penitentes, las Vírgenes mas inocentes, las Viudas mas modestas, nobles y plebeyos, ricos y pobres, sabios é ignorantes.

Si corremos el velo al paganismo para observar de cerca á sus héroes tan alabados en la historia profana, por alguna especie de virtud moral, veremos nada mas que unos hombres sujetos á muchos vicios. Sócrates, como arguye un ilustrado orador, se pronuncia corruptor de jóvenes, Diógenes es soberbio, Pitágoras y Zenon tiranos, Aristóteles se hace adúlador de Alejandro, Anaxágoras niega su casa á los

huéspedes, y Platon se vendió á Dionisio por las delicias del vientre. No fueron así los atletas de la Religión del Crucificado, nó. "Justificados de gracia, como dice San Pablo, por la gracia del mismo, por la redención que es en Cristo Jesus, conocieron á Dios, y como á Dios lo glorificaron." Y si en la Ley natural y en la escrita de Moisés resplandecieron hombres verdaderamente grandes, tambien alcanzaron la redención porque abraza lo presente, lo pretérito y lo futuro.

En vista de todo esto no queda la menor duda, que por el sacrificio infinito del Calvario recibe el hombre la vida del alma. En efecto, ¿habrá mayor felicidad para el pecador, que presentarse ante el trono de Dios ya blanqueado con la Sangre de su Libertador? Mas aun no consiste en esto solo el fruto de la muerte de Jesucristo, porque al fin entrará el hombre santificado á gozar de su gloria celestial.

SEGUNDA PARTE

La perpetua bienaventuranza, aquel lugar felicísimo de gloria, se nos pinta en las Divinas Escrituras como una fuente, como un torrente de delicias, como la Ciudad de Dios á quien alegra el impetu del río, como la celestial Jerusalem, á quien inunda el diluvio de deleites, y como un océano inmenso de gozo, en cuyas aguas se hallan sumergidos los Santos. Es tambien la corona de justicia que se da al que legítimamente haya peleado; la margarita preciosísima que

compra el mercader, que vende todas sus cosas; y la merced que se debe al operario. Ya veis, señores, que para conseguirla se requiere ejercer uno de los tres oficios indicados, esto es, ó de soldado, ó de comerciante, ó de operario; pero esta solamente es una condicion, porque á la efusion de la sangre del Salvador se atribuye justamente la salud eterna en razon de mérito.

El esforzado Josué que guió al pueblo de Israel por el desierto hasta llegar á la tierra de promision que manaba leche y miel, figuraba á Jesucristo que, caminando por lo mas montoso y formidable del desierto de este mundo, es decir, por entre las espinas, los clavos y la Cruz, condujo á su pueblo, que somos nosotros, á las naciones todas que viven en el destierro del siglo, hasta la verdadera tierra de promision que es el cielo, cuyas puertas nos abrió con su Sangre y en el cual entró primero por su muerte. Si á la púrpura de los Mártires se le llama la llave del paraíso, ¿cuánto mas le corresponderá este nombre á la Sangre de Jesucristo, que da virtud y fortaleza á los mismos Mártires? Si la gracia es el principio del mérito, y Jesucristo la tuvo no solo como hombre particular, sino como Pontífice y como Cabeza de todo el mundo, mereció por su Sangre para sí y para todos los hombres. Si la Encarnacion del Verbo fué una fianza ú obligacion de la pasion del Señor, la pasion de Cristo es una caucion ó seguridad de conseguir por él mismo la eterna salud. Las siguientes palabras del Apóstol en que se declara toda la fe de este misterio, nos acabarán de persuadir la misma verdad. "Jesucristo, dice, presentándose co-

mo Pontífice que es de los bienes futuros, y hallada la eterna redencion, esto es, la que da al hombre la bienaventuranza interminable, entró una vez en el Santo de los Santos por un tabernáculo mas amplio y perfecto; no hecho con manos, á saber, no de esta creacion; ni por la sangre de los machos de cabrio ó de los becerros, sino por su propia Sangre."

¡Oh infinita bondad de Dios! ¡Oh copiosa redencion! "El que no perdonó á su propio Hijo, segun la frase de San Pablo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo tambien no nos dió con él todas las cosas?" Con solo decir todas las cosas, ya se deja entender que nos hizo participantes aun de las futuras. Pero con mas claridad expresa esto el mismo Apóstol, cuando escribe así en otro lugar: "O el mundo, ó la vida, ó las cosas futuras, ó las presentes, todas son vuestras." Era tambien necesario que se cumpliese la divina palabra revelada en el antiguo Testamento: "Tú eres mi Hijo, yo te engendré hoy, pídemela, y te daré á las gentes por tu herencia." Nacidos, pues, en la Iglesia de Jesucristo, no como hijos de la esclava, sino como hijos de la libre; regados con la Sangre Purísima del Esposo, que quita el reato de la pena eterna, adquirimos derecho á la inmortalidad dichosa. Esta es la herencia del nuevo Testamento, que el Hijo natural de Dios cerró con el sello de su Sangre, y que dejó á sus hijos adoptivos para que la poseyesen alguna vez perpetuamente.

Aunque el tiempo ya urge y mi discurso declina hácia su fin, no convendrá omitir esta otra prueba incontestable. ¡Oh prodigio del divino amor! Cuando los judíos preparan á Jesucristo dolores, él les pre-

para delicias; cuando le entrelazan una corona de agudas espinas, él les libra coronas de gloria; cuando previenen los clavos y la Cruz, él les previene las llaves de las puertas del cielo, y un tálamo de gozo inefable. Nacion privilegiada, pueblo ingrato, tú meditarás en la infamia y el suplicio; tú pondrás en planta tus iniecos deseos hasta sacrificar al inocente; pero tú misma verás cómo Jesucristo, rodeado de tormentos y en medio de dos malhechores con quienes quisiste compararlo, salva á aquel venturoso Ladrón que vehementemente se arrepiente de sus crímenes é implora su grande misericordia. Confúndase el infierno, porque no solamente lo perdona, sino que tambien lo enriquece con los dones de su gracia y le concede el último fin de la redencion: "Hoy estarás conmigo en el paraíso."

¡Qué otra cosa me restará deciros en recopilacion de todo lo expuesto! Nada mas que repetiros, reduciendo toda esta doctrina á sus principios: "que Jesucristo, el Señor de las virtudes," como canta David, dió liberalmente con su muerte la gracia al pecador, y al justo la eterna felicidad. "Este es, en expresion de San Bernardo, el fruto preciosísimo de la Cruz de Cristo, y como la dignísima recompensacion de su Sangre derramada." Para expresarme con mayor claridad, la vida dichosa del hombre, ya se considere en la tierra ó en el cielo, en el alma ó en el cuerpo; toda es un favor, una gracia del Divino Redentor. La vida de la gracia es una gloria comenzada, la vida de la gloria es una gracia consumada. ¡Oh gracia vivificante, tú eres la salud del mundo! *Non enim misit Deus Filium suum in mundum, ut judicet mundum; sed ut salvetur mundus per ipsum.*

Pero hasta aquí, mas bien he tratado de la gloria con que nos ensalza la Víctima Sangrienta de la Cruz, que de los inexplicables padecimientos que costó á nuestro Salvador. Ya es tiempo de que su acerbidad no menos llame vuestra atención que excite vuestra ternura. La pasión de todos los Mártires, las penitencias de todos los justos, y los trabajos de todos los hombres, nada importan en comparacion de los dolores de Jesucristo. Su Cuerpo finísimo, como formado por obra del Espíritu Santo, sintió vivísimamente el dolor que es causado por la percepcion del tacto: su Alma purísima sintió tambien en sumo grado todas las causas de la tristeza y desconsuelo, por toda su esencia y todas sus fuerzas interiores. Y como sus sufrimientos recibieron toda su eficacia de la Divinidad personalmente unida á su Humanidad, no tienen semejantes. ¿Qué hombre habrá, pues, que viendo á Jesucristo crucificado, no se deshaga en amargo llanto, cuando en su muerte toda la naturaleza se conmovió, y aun las piedras mas duras se despedazaron? Crucifiquémonos con la cruz de la mortificacion, imitemos sus virtudes, y supuesto que la caridad es como la raíz de todas, seamos unos volcanes en el fuego del amor de Dios. El Señor mandó en la Ley antigua, que de continuo ardiera el fuego en el altar, y que todos los Sacerdotes lo atizaran con la leña. Los diez preceptos del Decálogo que están conformes con esto, y que no respiran mas que el amor de Dios y del prójimo, subsisten en la Ley de gracia. Nuestro corazon es el altar de los holocaustos, de donde han de elevarse hácia nuestro Criador los perfumes del incienso de la oracion y de la mirra

de la penitencia. Los Sacerdotes introducen en él el fuego de la caridad, ó tambien añaden fuego al fuego por la administracion de los Sacramentos. Arda desde luego, queme y abraze este fuego divino á nuestro pecho, y seremos felices eternamente.

ASÍ SEA.



UNIV

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON

DEL

LAVATORIO PARA EL JUEVES SANTO

Si ergo ego lavi pedes vestros Domine, et Magister: et vos debetis alere altissima veritate pedes.

"Si tú, pues, me he lavado los pies, siendo Señor y Maestro, también vosotros debéis lavar los pies el uno al otro."

S. JEAN, CAP. XIII, v. 14.

Llegada la hora del Misericordiosísimo Jesús, que acredita San Juan como la hora por excelencia suya: hora que ardientemente había deseado, y en que para dar á los hombres los mayores testimonios de su infinito é incomprensible amor, estableció los mas grandes misterios y dió principio á su sagrada pasión, se anonadó y se humilló á un profundo y estupendo abatimiento en la actitud de fufimo sirviente. ¡Cómo siquiera se habian de haber imaginado los Apóstoles que las finezas de Jesucristo llegasen á tocar hasta el extremo . . . ! Ello es, que segun refiere el mismo Evangelista: "Se levantó de la cena, dejó sus vestidos, y habiendo tomado una toalla se la cinó: echó despues agua en un lebrillo, y comenzó á lavar los piés de sus discípulos y á enjuagarlos con la toalla de

que estaba cenido." Pásmense los Angeles, tiemble el infierno, avergüencense los hombres: párense los astros, deténgase absorta la tierra en sus movimientos. Jamas se habia visto ni oido hecho semejante. No ignoro, que el lavatorio de los piés era costumbre que practicaban los antiguos con sus huéspedes. Abraham hizo lavar los piés á tres Angeles, que se le aparecieron bajo la figura de hombres. Laban mandó ejecutar lo mismo en su casa con Eliezer, doméstico de Abraham, y sus compañeros enviados para pedir por esposa de Isaac á Rebeca. Así tambien fueron lavados y recibidos con honor los hermanos de José en Egipto á las órdenes de su Mayordomo. Era este lavatorio un deber de política, por cuya omision reconvinó el mismo Jesus convidado á comer, á Simon el fariseo. Mas este oficio que se habia generalizado entre los Israelitas, le ejercian ordinariamente los siervos y los esclavos. ¡Qué diremos, pues, de la acción singularísima del Criador arrodillado ante sus criaturas, del Señor ante sus siervos, del Superior ante sus súbditos y del Maestro ante sus discípulos! ¡Oh altísimo é inefable arbitrio de la Suprema Sabiduría! ¡Oh prodigio de humildad! ¡Oh exceso del amor!

Aun cuando poseyera yo el idioma sublime de los espíritus celestiales, la elocuencia de un Crisóstomo, la sabiduría de un Gerónimo, el ingenio de un Agustín y el fuego de los Bernardos y Buenaventuras, jamas podría describir dignamente suceso tan admirable, tan divino y tan edificante. Declare en hora buena Abigail, que se tendria por dichosa en lavar los piés á los siervos de David; en presencia de la luz deberán huir las sombras. Dejemos que las almas virtuo-

sas hallen en el retiro de la contemplacion reflexiones inexplicables, sacadas de esta fuente inexhausta: que acogidas en union de los cuerpos que animan bajo la poderosa defensa de la hermosísima Vid, Cristo Señor nuestro, inclinada hácia la tierra, gusten los deliciosos frutos que produce: los fervientes movimientos del ánimo, las lágrimas abundantes y continuas, que vierten estos fieles imitadores del Salvador, son las señales inequívocas de su fe, de su agradecimiento, de su devocion, de su ternura y de su caridad. En cuanto á nosotros, que nos hemos reunido hoy en este agosto Templo, en este santo dia, digo, llamado el dia de los misterios, y ante la apacible majestad del Soberano Señor Sacramentado; me ceniré á explicaros sencillamente las palabras del Evangelio, y á presentaros con precision el sentido que á primera vista nos demuestran.

Vuelto Jesucristo á la mesa instrua á sus discípulos vivamente con la doble fuerza é imperio de la palabra y de la práctica de las buenas obras. "¡Sabéis, les dijo, lo que acabo de hacer con vosotros!" ¡No es verdad que apenas habeis salido del improvisito raptó, con que embargó mi abyeccion vuestros sentidos! "Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decís bien, puesto que lo soy." Os he dado las pruebas mas ostensibles de mi divinidad, de mi poder, de mi soberanía y de mi doctrina. "Si yo, pues, os he lavado los piés, siendo Señor y Maestro, tambien vosotros debéis lavar los piés el uno al otro." ¡Gran Dios! ¡Qué otro fin mas próximo podemos inferir que se propuso Jesucristo en el Cenáculo, que el del ejemplo! ¡Ah! ejemplo se hizo para los Apóstoles, ejemplo pa-

ra los Prelados, ejemplo para los súbditos, ejemplo para todos los hombres. Esta fue la conclusion que infirió de sus bien asentados principios. Este será igualmente el digno objeto á que tiende todo mi discurso. Saludemos antes devotamente á la inocentísima sierva del Señor, para que por medio de sus eficaces ruegos consigamos la gracia de imitar las virtudes de su Santísimo Hijo. Ave Maria.

"Si yo, padre, os he lavado los pies, siendo Señor y Maestro, también vosotros debéis lavar los pies el uno al otro."

S. Juan, cap. x, vers. 41-42

"Ejemplo os he dado, continuaba Jesucristo infundiendo aliento á sus discípulos, para que así como yo lo hice, vosotros también lo hagáis." El ejemplo, supuesto que importa una relacion, se extiende á dos términos ó extremos: el uno es del mismo ejemplar que se propone á la imitacion, y el otro es de aquello que corresponde como traslado á su primera muestra. Unas veces como sucede en las cosas puramente humanas, la copia iguala y aun aventaja á su original: otras veces como es siempre en las cosas sobrenaturales, y propias de Dios, aunque la imagen se le acerque por cierta participacion ó proximidad, jamás podrá esculpir con toda perfeccion su inimitable modelo. De este modo, Jesucristo como Señor y Maestro lavó los pies á sus Apóstoles, pero los hombres es imposible que lo representen mas que como sus siervos y discípulos. Ya me parece que habré logrado dividir mi asunto: Jesucristo para darnos ejemplo lavó los pies á sus Apóstoles: Punto primero: Los fie-

les deben lavarse los unos á los otros los pies, para hacerse semejantes á Jesucristo: Punto segundo. Díguese el Señor poner acierto en mis labios para elogiarle y derramar su santa uncion en vuestros corazones, para conformaros con él en su seguimiento.

PRIMERA PARTE

"Yo en verdad, decia San Juan Bautista al pueblo, os bautizo con agua para la penitencia; pero aquel que viene despues de mí, es mas poderoso que yo, de quien no soy digno de llevar sus sandalias; él os bautizará con el Espíritu Santo, y con el fuego." Con estas palabras mostraba la divinidad y poder de Jesucristo, que como Señor de la naturaleza debia mudar las leyes á su arbitrio, y obrar prodigios inauditos. Los Apóstoles lo reconocieron por el Señor, el Cristo y el Dios Salvador, y aunque les fuese concedido hacer milagros, no los habian de hacer menos que en virtud de su santo nombre. "En él estaba, dice el Evangelio, la vida, y la vida era la luz de los hombres." ; Ah! esta es la grande luz que anunció el Profeta Isaias: luz esencial que ilumina interiormente con su gracia, y exteriormente con su doctrina, con sus ejemplos y con sus milagros: luz universal, que abraza cuatro clases de ciencias, como explica Santo Tomás de Aquino: "ciencia divina como Hijo del Eterno Padre, ciencia bienaventurada como comprensor, ciencia infusa como Cabeza de toda la Iglesia, y ciencia espermental que tomaba sus noticias

del uso y de la experiencia." Vais á advertir, que animado Jesus en la noche de la cena, no de otro motivo que del celo por la gloria de Dios y la salud de las almas: que haciendo ver en sí mismo la union de todas las virtudes que inspira á los hijos dóciles su Santo Espíritu, les recomendaba principalmente la humildad y la caridad. Habia llegado el tiempo de establecer con mayor firmeza á los primeros pastores y doctores; " tiempo de aleccionarlos segun la frase de San Pablo, para perfeccionar á los Santos, ejercer el ministerio y edificar su cuerpo místico." Parémosnos, pues, algun tanto en las circunstancias mas dignas de notarse de este inefable lavatorio.

San Pedro estaba acostumbrado á ser testigo y admirador constante de los portentos estrepitosos de su Divino Maestro: tales como los habia presenciado eran; mandar á los elementos, lanzar á los demonios, curar á los enfermos y resucitar á los muertos. Imbuído en las ideas de su nacion, esperaba que el Mesías se revistiese de la majestad y gloria mundana, y aniquilase á todos los enemigos del pueblo judío. ¿Pero cuál fué su sorpresa al mirarle postrado á sus piés! ¿Cuáles sus sentimientos al considerar que aquella mano omnipotente que lo sostuvo en el mar, á tiempo de sumergirse, la iba á extender sobre sus asquerosos piés! Nunca le habia ocurrido especie semejante, y aunque se lo hubieran contado, no lo creyera. No es extraño, pues, que atónito y despavorido como aquel caminante á quien sobrecoge un rayo, ó asalta la impetuosa avenida de las aguas en medio de un rio, esclamase: "¿Señor, tú me lavas á mí los piés!" ¿Tú, cuyo trono es el cielo, y la tierra el escabel de

tus piés, rendido ante el pecador mas despreciable! ; Ah! ; dónde me esconderé! ; Qué gozo tuviera que mudaseis de parecer! Jesus le respondió: "Lo que yo hago, tú ahora no lo entiendes; mas lo entenderás despues." Fué como decirle: Llegará día en que sabrás con la venida de mi Santo Espíritu, el misterio de mis humillaciones, y el divino manjar á que te dispongo.

Con todo esto, el entendimiento del rudo Apóstol no podía sufrir caso tan extraordinario, y por eso no lo queria consentir. "Pedro, dice San Agustín, al ver aquel espectáculo, no pudo contener su confusion y vergüenza, y como un hombre sorprendido de un impensado accidente, corria por el cenáculo atónito, pasmado y fuera de sí, no podia darse á partido, ni podia reducirse á dejarse lavar y servir del Unigénito de Dios Padre." Así es, que se resuelve á decirle, firme en su dictámen, y como por consecuencia de las razones en su juicio incontestables: "Señor, no me lavaréis los piés eternamente." Pero, ¿qué distancia tan grande media entre la primera ocasion que le habló y la segunda! ; Ah! con su excesiva resistencia su ardiente celo degenera en presuncion, su humildad cambia en orgullo. Sin embargo, el Salvador atento á la salud de su alma, y con un semblante mezclado de dulce y de severo lo amenaza así: "Si no te lavare, no tendrás parte conmigo." ; Dios mio! ; qué prueba! ; qué disjuntiva tan exigente se propone á la eleccion del fervoroso discípulo! O ha de ganar con su obediencia la amistad de su Maestro, el primer lugar en el gobierno de la Iglesia, y una dicha singular en la participacion de su reino eterno;

ó por su tenaz oposicion ha de ser separado de su confianza, caer del alto destino de Príncipe de los Apóstoles, al poder del príncipe de las tinieblas, y al fin abrasado en un fuego inextinguible. ¡Qué hará! ¿persistirá todavía en su errado concepto? Nada de eso. "Señor, le dijo, en la tercera vez, lávame, báñame: no solamente mis pies, sino tambien las manos y la cabeza." Aquí parece que dió en otro exceso de humildad que no era necesario, y que le corrigió el Señor de este modo: "El que ha sido lavado, no tiene necesidad de lavarse sino los pies, pues está enteramente limpio. Y vosotros estais limpios, pero no todos." No pudo terminarse mejor esta contienda entre San Pedro y Jesucristo, que con rendirse aquel á las palabras de su Maestro, dejarse lavar los pies, y completarse el lavatorio por su orden en todos los Apóstoles.

Es probable que la Santa Madre de Dios presencié este paso en el salon del cenáculo; pero ni lo dice el Evangelio ni debió lavarse á quien desde el acto de su Concepcion estuvo exenta de toda mancha. Los Apóstoles, aunque tenian sus almas adornadas con la gracia santificante, no carecian de ligeras imperfecciones, de reliquias de pecado y de ciertas flaquezas de la carne. Pues bien, ¿quién alcanzará á concebir hasta qué grado de limpieza ó de justificacion ascendieron ellos en virtud de este baño saludable, mas que se les considere como infantes en la vida espiritual! ¡Ah! en este símbolo ó preparativo para recibir dignamente el Augusto Sacramento, se cumplió de autemano y en cierto modo, lo que significaba David acerca de nuestra expiacion por la San-

gre de Jesucristo: "Lávame, ¡oh Dios! y quedaré mas blanco que la nieve." Yo creo, señores, que este segundo bautismo administrado por el mismo que habia venido con el Espíritu Santo, y con el fuego, hubiera perdonado las culpas mortales, y aun el horrible crimen del pérfido discípulo, si á su tiempo se hubiera arrepentido de él. Pero fué instituido solamente para borrar los pecados veniales. Así lo han reconocido algunos antiguos dándole el nombre de Sacramento ó de Sacramental: tal es tambien el sentir de San Bernardo y de San Agustin, respecto á este mismo efecto que procede de la accion edificante que ejecuta hoy el Pontífice Supremo, los sagrados Obispos y los hombres mas ilustres, y que hace derramar abundantes lágrimas á muchos concurrentes. No dejaré de añadir á esta doctrina una breve reflexion que me ocurre y que os ha de agradar. El Esposo de los Cantares alaba y admira entre otras bellezas á su Esposa la Santa Iglesia con esta famosa alegoría: "Tus dientes son como rebañios de ovejas trasquiladas, que están recién subidas del lavadero y tienen dobles crias, sin que haya ninguna estéril." Ya me figuro que la sala del cenáculo fué como las fauces de la boca de la Esposa, la Virgen María como la arteria ó caña de la voz; el Espíritu de Jesus como la lengua, y los primeros Santos Prelados como los dientes ó los hatos de ovejas limpiísimas con imponderable fecundidad.

Habia dicho Jesucristo á sus Apóstoles, que estaban limpios, pero no todos. Porque sabia quién fuese el que habia de entregarlo, añadió: "No todos estais limpios." ¡Dios eterno! ¿qué no bastaba al encendido

corazon de vuestro Verbo Encarnado, lavar á San Pedro y á todos sus dignos discípulos, sino que tambien habia de servir al mas indigno de los hombres! ; Ah, Júdas! ; ¡Ojalá y fuese lícito, como esclama San Juan Crisóstomo, ignorar tu mismo nombre! Con mayor ternura y amor que á tus compañeros, si pudieran llamarse así, se arroja el Señor á tus inmundas plantas, te lava los piés, los enjuga y los besa: al propio tiempo que estás proyectando su muerte, él te está ofreciendo la vida: cuando meditas venderlo, aunque sea por el vil precio de un esclavo, él quiere rescatarte con el infinito precio de su Sangre: cuando la codicia te excita á despeñarte al precipicio, él ha puesto en acción todos los esfuerzos de su Omnipotencia para salvarte: no es necesario por tu parte mas que un acto de tu voluntad, una sola palabra, un pequé dicho de corazon: él te da con su rara é insigne humildad una lección práctica del perdón á los enemigos, é instruye á todos los hombres con lo mismo que hace contigo: él te perdonaria gustoso, sin embargo de que sabe que eres un demonio: *Unus ex vobis diabolus est*. Pero no, todos los bienes con que te ha colmado no son capaces de ablandar tu pecho feroz ni enternecer tu corazon endurecido. Más te valia, como lo dijo él mismo, que no hubieras nacido: más te valia que fueses una oveja estéril, excluida de su grey santa, y no un lobo, un Apóstol prescito, un ingrato, un vil, un traidor, un asesino, un miembro muerto, un monstruo abominable.

¡Ois todo esto, cristianos! Pues no hay un solo hombre sensato que no se horrorice de tal crimen. No obstante, pasa en todos por proverbio que no falta

en una congregacion ó en una familia, un Júdas. Yo afirmo, sin temor de equivocarme, que tiene muchos mas imitadores. A lo menos Júdas confesó ante los príncipes de los Sacerdotes y los ancianos, que habia pecado entregando la Sangre inocente. Pero innumerables personas reciben la fe de Jesucristo, y lejos de confesarla, la abjurán y atormentan cruelmente á su Esposa la Santa Iglesia: no faltan quienes como él se abandonan al suicidio, abundan los que desean embriagarse con la sangre de su hermano, y no tiene cuenta la multitud de los desesperados: miles de miles aborrecen á su prójimo, lo calumnian y maltratan, y precisamente han perdido la caridad de Dios. ; Qué bien los ha dado á conocer el Espíritu Santo con una sola palabra! *Stultorum infinitus est numerus*. En fin, atengámonos mejor á los afectos que á las palabras para edificarnos con tan tierno espectáculo, tan heróicas virtudes, y tan remarcado amor de Jesucristo, y pasemos á la

SEGUNDA PARTE

Los motivos que nos propone el Salvador para imitarle en persona de sus Apóstoles, se fundan en su excelsa dignidad de Señor y Maestro, y en nuestra calidad de siervos y discípulos. "En verdad, en verdad os digo, continúa, que el siervo no es mayor que su Señor, ni el Apóstol es mayor que el que lo ha enviado." Cualquiera carácter ó autoridad con que estén revestidos los hombres en la Iglesia, los designa

solamente por embajadores de Jesucristo. Por elevado que sea el puesto que ocupen en la sociedad, no pueden llamarse mas que siervos de Dios, y esclavos de Jesus. La Santa Iglesia recuerda y renueva todos los años la santa práctica de lavar los piés á doce hombres pobres; pero el ejemplo de Jesucristo, y la imitacion por nuestra parte se extienden á todo lo bueno que debemos obrar. Así como la humildad y caridad fueron las virtudes que ejercitó y recomendó el Divino Maestro en el lavatorio de sus discipulos, así tambien lavar los piés los unos á los otros, es nada menos que el simbolo de las mismas virtudes con que hemos de hacerles algun buen oficio, cada vez que se presente la ocasion. Humildad y caridad. Hé aquí lo que nos importa conocer para agradar á Dios y servir á nuestros prójimos.

Al contrario de la soberbia "que es el principio de todo pecado," como se lee en el Eclesiástico, "es la humildad el origen de la virtud, como dice San Gregorio; segun sus palabras, aquella virtud verdaderamente brota en nosotros, que dura en su propia raíz, que es la humildad." Y en efecto que no puede haber fe sobrenatural, sin que sea humilde; ni esperanza que no sea sumisa; ni caridad que sea hinchada: la humildad conserva la hermosa flor de la castidad, hace íntegra la justicia, cierto el fruto de la misericordia y creíble la mortificacion y penitencia. "Sin humildad, como piensa Hildeberto, es errónea la direccion de elegir por la prudencia lo que se ha de elegir: es una victoria rendida superior por fortaleza las cosas adversas: es una sobriedad funesta resistir á los estímulos por la templanza." Con sobrada razon San Juan Cl-

maco la reconoce y la encarece por un dón singular de Dios. "¿Qué cosa peor, pregunta San Agustín, que la malicia de la soberbia que ni aun al mismo Dios quiere preferir!" Tampoco al prójimo, porque como asegura el Libro de los Proverbios: "Entre los soberbios siempre hay pleitos." El Señor abomina el orgullo y sus fatales consecuencias, que son la presuncion, la vanidad, la desobediencia y la independencia. "Cuándo fueres llamado á las bodas, dice Jesucristo, ve y siéntate en el último lugar." Esta parábola no menos mira á evitar la confusion eterna, que trae consigo la soberbia delante de Dios, y aun el desprecio para con los hombres, que á procurarnos la sólida gloria con que será recompensada la humildad en la distribucion del premio celestial.

Me figuro á Isaac colocado sobre un haz de leña en lo alto de la montaña, ligado de piés y manos y esperando el golpe mortal que descargara sobre su cuello su padre natural y el padre de todos los creyentes. ¡Oh qué ejemplo de humildad y de obediencia para con los superiores! Me parece, que observo el respetuoso silencio de la contemplativa Magdalena, que lejos de inquietarse ante el Salvador por las reconveniones y quejas de su hermana Marta, no profiere una sola palabra. ¡Oh qué ejemplo de mansedumbre y de humildad para con los iguales! Me imagino que oigo las maldiciones é injurias de Semei contra David, perseguido por Absalon, y que admiro la resignacion y molestia del Santo Rey. ¡Oh qué ejemplo de paciencia y de humildad para con los inferiores! Pero ¡qué mejor modelo que el de aquel "que vino al mundo para servir y no para ser servido!"

¡Ah! "Todo lo que tiene el hombre, como dice San Pablo, lo ha recibido, y no debe gloriarse como si no lo hubiera recibido." Reflexionemos, que ninguno hay en este mundo que por ciertos respetos no valga más que nosotros, ó por algun dón natural ó por algun dón sobrenatural, como la inocencia, el mayor fervor y la mayor santidad. El inferior está obligado á humillarse ante el superior con veneracion; el igual ante el igual con dulzura, y el superior ante el inferior con dignidad. Disputas, celos, enemistades, desprecios, burlas, rinas, escándalos, indiscreciones y descortesías, ofensas sin número contra Dios y contra el prójimo, evitáramos continuamente, si la humildad fuese la regla de nuestra conducta. El precepto de edificar con las buenas obras, propuesto en la práctica de Jesucristo no solamente se ha dado á los Pastores, tambien á los padres y á las madres, á los señores y señoras, á todos los fieles en particular.

Volviendo ahora la vista á la caridad, que es el principio, y la perfeccion de la Ley: "Ninguno puede servir á dos señores, dice Jesucristo, porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó al uno sufrirá y al otro despreciará." ¡Admirable doctrina! que nos enseña, supuesto que nuestro amor es uno, que no se puede dividir entre el Criador y la criatura, entre la virtud y el vicio, entre Dios y las riquezas. Pero amar á Dios de preferencia y al prójimo como á nosotros mismos en Dios, por Dios, y con un amor nacido de Dios, es el compendio de la ley, que todo lo incluye. El que ama al prójimo como quisiera él mismo ser amado, y como quiere Dios que lo ame, lo ama verdaderamente y en fuerza de la caridad sobrenatural: tal

amor, aunque tiene diversos objetos, es uno solo en la substancia. Aquellas cuatro personas, que segun refiere el Evangelio, cargaban juntamente con su cama á un tullido de todos sus miembros, para presentarlo á Jesus, á fin de que lo sanase: que no pudiendo acercarse ni aun á la puerta de la casa donde estaba, por la multitud de gente, no obstante todos los esfuerzos que hicieron, y que no hallando camino subieron sobre el techo, y hecha una abertura lo bajaron en su lecho en medio de la turba á los piés de Jesucristo, ¿no denotan una caridad laboriosa, paciente, constante y digna de emulacion? El Samaritano que viendo á un judío herido y abandonado en el camino, se movió á compasion de él: que se le acercó, le vendó las heridas y esparció sobre ellas aceite y vino: que poniéndolo sobre su jumento, lo condujo á la posada y tuvo cuidado de él: que al dia siguiente sacó dos denarios y los dió al huésped para que tuviera cuidado de él, mientras que daba la vuelta, ¿no es un hecho de la caridad mas generosa para con el prójimo! ¿no es el fiel retrato de un corazon bondadoso, pintado con todos su amables caracteres! ¡Ah! Pero ¿qué mas que nuestro Salvador nos ha asegurado por sí mismo con juramento, "que un vaso de agua dado á un discípulo suyo tendrá su recompensa!" ¡Felices aquellos que se sirven y se socorren en sus necesidades espirituales y temporales! ¿Qué satisfaccion tan envidiable la de aquellos que no pueden ver con indiferencia la ignorancia de su prójimo en sus obligaciones, la miseria, la desnudez, el hambre, la sed, las enfermedades, los dolores, las llagas, el abatimiento y la opresion de sus semejantes!

"Mas entonces posee el hombre un grande bien, como dice San Agustin, cuando ama á los enemigos; entonces llega al cúmulo de perfeccion, cuando les hace el bien que puede." El cristiano que cumple la ley de Jesucristo, "de amar á los enemigos, de hacer bien á aquellos que lo aborrecen, y de rogar por aquellos que lo persiguen y calumnian," ha llegado, pues, al estado de una caridad muy acendrada. Toda esta obligacion se reduce á amarlos de corazon, á favorecerlos con las obras y á agradecerlos con las palabras: á socorrerlos en la preparacion del ánimo y cuando se ofrece la ocasion, y á rogar á Dios por ellos. Lejos de vengarse de sus enemigos, debe el ofendido dispensarles beneficios positivos en el articulo de necesidad conforme á la sentencia del Libro de los Proverbios y del Apóstol San Pablo: "Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale agua que beber. Porque así amontonarás sobre su cabeza brasas ó ascuas encendidas (esto es, de caridad), que derretirán la nieve de su odio, y el Señor te dará el premio." Fuera de este caso, el que vence con el bien el mal, obligando á su enemigo con sus liberalidades y nuestras de afecto, adquiere mayor grado de perfeccion. ¡Obramos nosotros así! ¡Oh! ¡Cuántas enemistades cesarian, si la caridad fuese el principio y como el alma de todas nuestras acciones vitales ó voluntarias.

Al fin de aquella inestimable instruccion despues del lavatorio, que comprende lo mas grande y sublime de la moral cristiana, como hemos visto, dijo Jesus á sus discípulos: "Si entendeis bien estas cosas, seréis bienaventurados cuando las pongais en prác-

tica." Admirablemente cumplió el Señor Dios nuestro Maestro, y nuestra guía en un sentido espiritual, y aun á la letra su sagrado ministerio, concediendo por sí mismo á los hombres lo que con tanto fervor le pedia el Profeta Rey: "Lávame mas y mas de mi iniquidad, y límpiame de mi pecado." Y si el pérfido Júdas se obstinó en la malicia de su traicion hasta morir en ella, el Salvador nos dejó un monumento eterno de humildad y de caridad para con sus amigos y aun para con su mayor enemigo. En el ejercicio de estas heroicas virtudes se cifra la felicidad de esta vida y la que se desea en la futura. Lavar á nuestros hermanos y prójimos hasta de las mas ligeras manchas, con el agua de la humildad y con el calor de la caridad, nos acarrea tesoros de gracias y celestiales delicias. Esta es la final insigne y provechosa, que se deduce de la práctica de aquella doctrina tan santa y tan divina: *Si ergo ego lavi pedes vestros Dominus, et Magister: et vos debetis alter alterius lavare pedes.*

Por lo tanto, deberémos ingenuamente confesar, que fuera de nuestro divino modelo Jesucristo es imposible hallar la salud. Ejemplo nos ha dado de mansedumbre, de humildad, de bondad y de amor. Los que le imitan con el auxilio de la gracia hasta la muerte, pueden estar seguros de la recompensa que les dará como justo Juez, segun estas palabras de Isaias: "Decid al justo que bien, porque él recogerá el fruto de sus buenas obras." Pero los que imitan á Júdas, siendo infieles y traidores á su bautismo, á sus obligaciones y promesas, temen la amenaza del mismo Señor, fulminada por boca del referido Profeta: "Ay del impio al mal, porque él será castigado como me-

recen sus obras." Apartemos, pues, de nosotros todo acto de soberbia, de odio, de avaricia, de envidia: desprendámonos del amor desordenado de las criaturas, refrenemos los apetitos de la carne, y no demos lugar á la pasión de ira y venganza. Busquemos la verdadera paz, paz con Dios, paz con nosotros mismos y paz con nuestros prójimos: paz de la corazón con que complaciendo á Jesucristo en esta vida, nos transferirá á gozar de su presencia en la eterna gloria. Así SEA.



SERMON

DE

LA INSTITUCION DE LA SANTA EUCARISTIA

PARA EL

JUEVES SANTO

Hoc est Corpus meum. Hoc est calix novi testamenti in sanguine meo.
 "Este es mi Cuerpo. Este calice es la nueva alianza en mi Sangre."
 S. Lucas, Cap. XXII, vs. 19 y 20.

Bien hubiera podido un puro hombre enviado de Dios, hacer todos ó cualquiera de los milagros que obró Jesucristo, durante el tiempo de su vida mortal sobre la tierra: resucitar muertos, sanar enfermos, mandar á los elementos y lanzar á los demonios, lo han ejecutado muchas veces los Santos, según ha convenido á los altos fines de la Divina Providencia. Pero ponerse el Señor nuestro Salvador en la Santa Eucaristía con presencia real de su Cuerpo, de su Sangre y de su Alma, unidos hipostáticamente á la Divinidad, este sí que es el prodigio de prodigios, que

recen sus obras." Apartemos, pues, de nosotros todo acto de soberbia, de odio, de avaricia, de envidia: desprendámonos del amor desordenado de las criaturas, refrenemos los apetitos de la carne, y no demos lugar á la pasión de ira y venganza. Busquemos la verdadera paz, paz con Dios, paz con nosotros mismos y paz con nuestros prójimos: paz de la corazón con que complaciendo á Jesucristo en esta vida, nos transferirá á gozar de su presencia en la eterna gloria. Así SEA.



SERMON

DE

LA INSTITUCION DE LA SANTA EUCARISTIA

PARA EL

JUEVES SANTO

*Hoc est Corpus meum. Hic est calix
vini sicut et in sanguine meo.*
"Este es mi Cuerpo. Este calice es la
nueva alianza en mi Sangre."
S. Lucas, Cap. XXII, vs. 19 y 20.

Bien hubiera podido un puro hombre enviado de Dios, hacer todos ó cualquiera de los milagros que obró Jesucristo, durante el tiempo de su vida mortal sobre la tierra: resucitar muertos, sanar enfermos, mandar á los elementos y lanzar á los demonios, lo han ejecutado muchas veces los Santos, según ha convenido á los altos fines de la Divina Providencia. Pero ponerse el Señor nuestro Salvador en la Santa Eucaristía con presencia real de su Cuerpo, de su Sangre y de su Alma, unidos hipostáticamente á la Divinidad, este sí que es el prodigio de prodigios, que

solamente estaba reservado á un Dios. Por eso San Juan desde el principio de la Sagrada Cena nos habla de la omnipotencia de Jesus, "en cuyas manos se habia puesto el Padre todas las cosas, y que habia salido de Dios, y á Dios volvía." Con este mismo poder constituyó á sus Apóstoles y á sus sucesores nuevos Sacerdotes del testamento eterno, y en fuerza de esta potestad que se le dió en el cielo y en la tierra, los estableció despues de resucitado ilustres pregoneros de su doctrina, y ministros del Sacramento del Bautismo. Al explicarse, pues, de esta suerte, teniendo el pan en sus sacratísimas manos: "Este es mi Cuerpo;" y al pronunciar estas otras expresiones, tomado el cáliz con el vino: "Esta es mi Sangre de la nueva alianza;" no podemos dejar de creer la realidad de su Cuerpo y Sangre en el Sacramento antonomásticamente Santo. En virtud de tan claras, formales y terminantes palabras, ¡no estamos obligados estrechamente á confesar la unidad del Sacerdote y de la Víctima, del Altar y del Sacrificio, del dominante y de su don, y en todo esto la prueba mas grande de su Divinidad! ¡Ah! Dudarlo siquiera seria una infidelidad. *Hoc est Corpus meum: Hic est calix novum testamentum in Sanguine meo.*

Dos volcanes ó incendios de amor, como contrarios entre sí luchaban en el corazón de Jesucristo, al instituir la Sagrada Eucaristia. Debía ascender á los cielos para cumplir con la voluntad de su Padre; pero de tal modo, que llevase su alma unida á su Cuerpo natural, glorioso y resplandeciente, y tomase asiento á su derecha en su Sacrosanta y visible Humanidad, por premio de su pasion y muerte. Quería tambien

quedarse con los hombres á quienes amaba con una caridad perpetua; mas en el estado de gloria á que iba á pasar, los deslumbraria necesariamente su grandeza, y no podrían aguantar su presencia. En los infinitos arbitrios de su poder, en los abismos de su sabiduría y en los excesos de su bondad halla, sin embargo, un medio para disfrazarse en otro traje, y permanecer con los hombres hasta la consumacion de los siglos. Bajo la nube de los accidentes, bajo las apariencias de pan y vino, nos deja, pues, su propio Cuerpo y su propia Sangre, para que hagamos plato de ellos, sin que los sentidos puedan alcanzar á percibirles distintamente.

Como que el Verbo Eterno Humanado "es el camino, la verdad y la vida," sustenta á los Angeles y á toda la corte del cielo hasta de su misma Carne en el estado de perfeccion y bienaventuranza, por la inteligencia de sus misterios, y por la participacion de sus dones: sustenta igualmente á los mortales sobre la tierra, "trasformado en manjar de leche, en expresion de San Agustin, para criarnos á sus pechos, infundirnos aliento y confianza, y hacérsenos accesible." Así como el antiguo José mandó que se sirviese la comida á los Egipcios y á los Hebreos con separacion de unos y otros, pero de unas mismas viandas; así tambien Jesucristo alimenta á los Espíritus celestiales y almas santas, y tambien á los hombres en el estado de viadores por sí mismo, y de sí mismo aunque de diverso modo. De aquellos se deja ver y gozar claramente: de éstos solo permite ser conocido por la luz de la fe y gustarse en la realidad, dándonos bondadosamente por garantés los efectos de su gracia.

Por consiguiente, Jesucristo lleno de vida está con nosotros, bien que oculto bajo las especies sacramentales, para comunicarnos su vida divina, vida eterna, vida del alma. Esta breve proposición que he elegido por punto general de mi discurso, nos alumbrará para contemplar la verdad de este Augusto Sacramento, y para admirar el imponderable beneficio de su comunicación á los fieles con los frutos de la justicia y santidad. Dios Omnipotente é incomprensible, que os habeis anonadado hasta encerraros en la pequeñez de esa hostia consagrada; comunicadme por intercesión de vuestra Santísima Madre, desde ese trono de vuestra misericordia y de vuestra gloria, un auxilio de la gracia, á fin de elogiarnos con acierto, y de cooperar en lo posible á la salud de las almas.

Ave María.

"*Hecho es mi Cuerpo: Este cáliz es la nueva alianza en mi Sangre.*"
8. Lucas, cap. y vore citados.

El mismo Señor nos ha asegurado en el Evangelio, que él es el Pan de vida, y que se nos da á comer en el Augusto Sacramento para darnos la vida. "Si alguno comiere de este Pan, dice, vivirá eternamente. Y el pan que yo os daré, es mi Carne por la salud del mundo. El que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene la vida eterna." Ya veis, señores, que por una misma cosa entiende el pan eucarístico, ó su Carne, y el vino que engendra vírgenes, ó su Sangre. En confirmación de este sentido tan manifiesto, ninguna otra cosa mejor se podrá añadir que estas otras sus

divinas palabras: "Mi Carne verdaderamente es comida, y mi Sangre verdaderamente es bebida." Por manera, que la vida que es Jesucristo, está presente por modo de manjar y de bebida en la hostia santificada, ó en su Carne y en el vino consagrado del cáliz de salud, ó en su Sangre. Así tambien hace participar á los Cristianos de la vida en esta Sagrada Mesa, es decir, con un Pan que ya no es pan, sino su Carne; y con un Vino que ya no es vino, sino su Sangre. Para mayor claridad asentaré estas dos breves proposiciones que encierran los mismos conceptos. Primera: El CUERPO Y SANGRE de Jesucristo están real y verdaderamente en la SANTA EUCHARISTIA, bajo las especies de pan y vino. Segunda: El CUERPO Y SANGRE de Jesucristo se reciben en la SAGRADA COMUNION, bajo los mismos accidentes, para alimento de nuestras almas. Voy á demostrarlo.

PRIMERA PARTE

Después de haber explicado Jesucristo á los carnívoros, cuál era la fe que les pedía para comer el pan que les habia prometido, les inculcaba lo mismo que ya les habia dicho antes: "Yo soy el pan vivo que he venido del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente. El que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene la vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día." Fundado en la patentísima significación de estos textos, y en fuerza de las palabras de la institución, enseña y confiesa clara y sencillamente el

Sagrado Concilio de Trento: "que despues de la consagracion del pan y del vino, se contiene en el saludable Sacramento de la Santa Eucaristia, verdadera, real y substancialmente nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y Hombre, bajo las especies de aquellas cosas sensibles." De tal suerte, que segun lo ha creido perpetuamente la Iglesia de Dios, y declara de nuevo el mismo Santo Concilio: "toda la substancia del pan se convierte en la substancia del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, y toda la substancia del vino en la substancia de su Sangre." Define ademas, que nuestro Salvador quiso que se recibiese este Sacramento como un manjar espiritual de las almas, con el que se alimentasen y confortasen los que viven por la vida del mismo Jesucristo." Dos cosas, pues, se pueden deducir principalmente de esta invariable doctrina, esto es, la presencia real del Cuerpo y Sangre de Jesucristo bajo los símbolos eucarísticos, y su asistencia sacramental é inefable para con nosotros, segun su propia substancia y no segun el modo natural de existir.

"El pan y vino que ofreció Melquisedec á Dios, representaban solamente, como dice Santo Tomas de Aquino, el pan y vino que se ofrece en el sacrificio del Altar, pero antes de la consagracion." "El maná que contenia en sí la suaridad de todo sabor," como se lee en el Libro de la Sabiduría, era no mas que sombra de la gracia de este Sacramento, que renueva en un todo á el alma. Todos los sacrificios del antiguo Testamento, y principalmente el de la expiacion que era solemnísimo, figuraban al de la Eucaristia, en que se contiene Jesucristo bajo las señales sacramentales en

un estado de muerte. Pero la inmolacion del cordero pascual prefiguraba en todas sus partes á este Augusto Sacramento y Sacrificio, obra la mas grandiosa que pudiese franquearnos la mano del Todopoderoso, y que fuese la mayor prueba de su amor. Sí, los judíos comian de aquel cordero con panes ácimos, segun lo que se dice en el Exodo: "Comerán carnes y panes ácimos." Puntualmente el pan ácimo ó sin levadura es el de que usa la Iglesia Latina para consagrar en el Santo Sacrificio de la Misa. Para designar al verdadero Cordero sin mancha, se inmolaba aquel cordero legal por toda la multitud de los hijos de Israel, en la luna catorce de Marzo, porque precisamente en ese tiempo se habia de dar á gustar Jesucristo en manjar y en bebida, y se habia de ofrecer en la Cruz. ¡Qué mas! La sangre de aquel cordero irracional libertó á los Israelitas del brazo fuerte del Angel exterminador, para anunciar los efectos sobrenaturales de la Sangre preciosa del Cordero omniscio é inocentísimo que nos libra de la ira de Dios, y de la cautividad del demonio. ¡Cómo, pues, se han atrevido á defender los herejes, que Jesucristo solamente está en figura en la Santa Eucaristia! ¡Oh qué ceguedad! ¡Oh qué presuncion! Si este Sacramento es incomprendible, esto tiene de comun con los demás misterios. Aquí no hemos de creer á nuestros scufidos, segun nos lo advierten los Santos Padres; antes bien, debemos escuchar únicamente á nuestra fe y prestar todo nuestro asenso á la palabra del que ha dicho: "Hágase la luz."

Ademas, para cumplir nuestro Salvador con la ley, comió con sus discípulos del cordero pascual, é inme-

diatamente despues de la celebracion de esta antigua Pascua instituyó la nueva. Entre sus mismas manos puso su Cuerpo y Sangre presentes, bajo de signos determinados, y para que no cesase el Sacrificio, hizo partícipes á sus apóstoles y demas sucesores de la potestad de su sacerdocio eterno. Ahora, siendo aquel cordero del tiempo del culto de Israel figura de Jesucristo, y siendo el pan y vino consagrados, según la creencia de los falsos dogmatizadores, imagen desnuda ó semejanza vacía del mismo Jesucristo, se seguiría de su absurda doctrina, que no se substituyó la realidad á la figura, sino la figura á la figura, y su propio pensamiento á la operacion de Dios. ¡Oh error enormísimo del entendimiento del hombre! ¡Oh tósigo fatal que ha muerto á tantas almas! Pero volteando esta hoja que infunde horror, y ya que hablo ante un concurso de católicos, que cifran su mayor felicidad en la fe, adoracion y recepcion de este Santísimo Sacramento, solamente diré, que la realidad del Cuerpo y Sangre de Cristo, así convenia para que fuese la perfeccion de todos los antiguos sacrificios: que á la manera que, según San Mateo, se concederá por premio de la bienaventuranza, "que donde estuviere el cuerpo allí se congregarán las águilas;" así tambien por su infinita caridad no nos destituye, sino que nos ensalza y enriquece en esta peregrinacion, con la presencia real y verdadera de su Carne y de su Sangre, y que como la fe es de las cosas invisibles, así como nos da á su Divinidad de una manera invisible, así tambien nos da á su Humanidad en este Sacramento de un modo maravilloso é invisible.

Este modo singular con que Jesucristo está en la

Eucaristía no tiene igual en la naturaleza, no admite comparacion, y es del todo inesplicable. La Iglesia enseñó en el Santo Concilio de Trento, "que Jesucristo está todo entero bajo cada una de las especies, y todo entero bajo cada parte, cuando se dividen las especies." No declaró si está allí su Cuerpo y Sangre á la manera de los espíritus ó de los cuerpos, si sus partes son penetrables ó impenetrables, si está con extension ó sin ella. Tampoco prohíbe á los Teólogos que concilien este misterio con los sistemas de los filósofos, cosa que parece no conseguirán jamas. Nada es mas incierto que las definiciones de estos respecto á la esencia ó substancia de los cuerpos, y ademas de no estar acordes sobre este punto, de siglo en siglo cambian de opiniones. Lo cierto es, que Jesucristo no está bajo los antítipos sacramentales de un modo natural, porque ni ve, ni oye, ni siente, ni ejerce alguna de las funciones de un cuerpo natural, visible, y con sus propias dimensiones. Está, pues, substancialmente, sin que podamos concebir, sino apenas expresar con las palabras, cómo se halla desnudo de las cualidades sensibles, y cómo los accidentes de pan y de vino subsisten sin la substancia. Bien sabe un naturalista, que un árbol muy robusto se contiene en una semilla casi imperceptible á la vista, que en un feto se contiene tambien un carnero, un buéy, un leon, un elefante, un hombre. Estos ejemplos, aunque imperfectos, deben servirnos de luz para acreditararnos la presencia substancial de Jesucristo bajo las sagradas especies. Hasta ahora no podemos conocer siquiera lo que es la substancia de los cuerpos, distinta ó separada de toda cualidad sensible. Resulta desde luego, que este Sacra-

mento es un arcano muy oculto así para los filósofos, como para los cristianos y para todos los mortales, cuyo raciocinio no puede penetrarlo.

Creemos, pues, al Evangelio, que contiene la palabra de Jesucristo, que es un agente infinito. Confesemos su real y soberana presencia en el Augusto Sacramento; coloquémosle sobre nuestros Altares donde no menos merece el culto supremo que en el Empíreo; conservémosle en nuestros Tabernáculos, llévese en procesion pública por las calles, bendígase con esta hostia de propiciacion y de salud al pueblo, y tributémosle nuestras adoraciones. Pero sobre todo, recibámosle con una conveniente preparacion para obtener la vida que comunica.

SEGUNDA PARTE

“¿Por ventura, dice San Pablo, el cáliz que nosotros bendecimos, no es la comunion de la Sangre de Jesucristo; y el pan que nosotros partimos, no es la participacion del Cuerpo de Jesucristo! Nosotros somos todos un solo pan y un solo cuerpo, todos los que participamos del mismo pan y del mismo cáliz.” Tal es la excelencia de la comunion eucaristica ó sacramental, accion la mas augusta y la mas sagrada de nuestra religion, cuya virtud se expresa evidentemente en esta promesa del Divino Jesus: “El que come mi Carne y bebe mi Sangre, en mí mora y yo en él.”

¿Qué gracias! ¿qué bendiciones! ¿qué frutos copiosísimos no produce esta divina comunion. . . .! La comunion de fe, la comunion católica con la cual muchas personas, aunque diseminadas por todo el orbe, se reunen en creencia uniforme, teniendo unos mismos Sacramentos, una misma moral y un mismo culto; viviendo bajo un solo Gefe, que es el Sumo Pontífice, y reconociendo un solo centro, que es la Iglesia de Roma, ó la Santa Sede, ¿de dónde proviene sino de la comunion sacramental! La comunion de los Santos, que es la union de las tres Iglesias, triunfante, militante y purgante, cuyo Pontífice invisible es Jesucristo, el Papa su Vicario el Pontífice visible, y sus miembros enlazados entre sí por los vínculos de la caridad, ¿no es una consecuencia de la participacion del Cuerpo y de la Sangre del Señor! Aunque este Sacramento no fué instituido para perdonar los pecados mortales, ¿no es verdad que estos se le borran al hombre con el voto de su recepcion! En una palabra, toda gracia, toda santidad, toda union y toda felicidad dimanan de este manantial inagotable, en que están presentes la Carne y Sangre del Cordero vivificadas por la Divinidad; y con la que santifican, consagran y divinizan nuestra carne y nuestras almas. Ahora bien, en medio de tantos, tan dignos é importantes objetos sobre quienes no acierto á escoger; me centré únicamente á tratar de la gracia y de la bienaventuranza, como efectos generales de la Sagrada Comunion eucaristica, ya que no es posible extenderse á mas.

El primero y principal efecto de esta Santa Comunion, segun la doctrina del Doctor Angélico de que me he valido, consiste en que en ella se contiene Je-

sucristo, que es el Autor de la vida. ¡Ah! No pudo dar el Señor otra prenda mas preciosa y segura de su predileccion á los hombres, que este celestial convite en que ha derramado á rrazas llenas todas sus riquezas. Para recomendarnos Los imponderables dones de su gracia, nos ha dicho él mismo por San Juan: "El que me come, vivirá por mí." Y ciertamente todos vemos á una persona que comulga, pero no vemos la viveza de su fe, la excelencia de su esperanza, el ardor de su caridad y la paz de su corazon. Solo ella sabe las luces, las comunicaciones, los carismas y las dulces consolaciones que recibe de su casto esposo. Solo ella gusta en silencio del manjar mas delicioso que la miel que destila, y cuyos frutos ni creen, ni conocen y ni aun sospechan las almas mundanas. El segundo efecto de este Sacramento se deriva, de que es un recuerdo y una memoria eterna de su pasion, de manera que con él anunciamos su muerte, hasta que él mismo venga á juzgar al mundo. Todo el bien que hizo en todo el orbe la pasion de Cristo, lo causa tambien la Santa Eucaristia en cada hombre. "Porque de aquí tienen principio los sagrados misterios, dice el Crisóstomo, esto es, de que te hayas acercado al tremendo cálix, como si hubieras de beber del mismo costado de Cristo." Justamente para asegurarnos de esta verdad, nos dijo nuestro Salvador con expresa mencion del perdón de los pecados: "Esta es mi Sangre de la nueva alianza, que se derramará por vosotros y por muchos, para remision de los pecados."

El tercer efecto de la percepcion del Cuerpo y Sangre del Cordero Sacramentado se designa, en que se

nos da á gustar por modo de comida y de bebida. Lo que obra el alimento material en nuestro cuerpo en órden á la vida natural, lo causa tambien este divino Sacramento en órden á la vida espiritual. Si aquella comida y bebida sustenta, aumenta, repara y deleita, el delicadísimo manjar y el licor precioso de la Sangre de Cristo, mitigan los deseos y el tormento que ocasionan la hambre y la sed; nutren, fortalecen el espíritu, le hacen crecer y derraman sobre él una dulzura inefable. El cuarto efecto de este inestimable convite se considera de parte de las especies mismas, en que se administra. ¡Oh! "Nuestro Señor Jesucristo, segun dice San Agustin, recomendó su Cuerpo y Sangre en aquellas cosas que se reducen á alguna unidad de muchas. Porque lo uno, que es el pan, consta de una sola cosa de muchos granos; lo otro, que es el vino, se reúne en un solo fluido de muchas bayas de vid." He aquí, pues, cómo los mismos accidentes sacramentales, significan los multiplicados efectos de la gracia que produce la comunión. Sí, la unidad de todos los fieles con Jesucristo, en quien creemos y á quien le comemos, segun el mandato que nos ha dado; la union de la caridad, que es la mas grande, la mas íntima, la mas continua y eterna, no podian estar mejor representadas que verificadas. En suma, de esta fuente inexhausta y de sus caudalosas corrientes de agnas de vida, comunicamos toda vez que comemos la Carne y bebemos la Sangre del Hijo de Dios. "¡Oh Sacramento de piedad, diré con el citado Padre San Agustin! ¡Oh símbolo de unidad! ¡Oh vínculo de caridad!"

Por otra parte, en la comunicacion de la Sagrada

Mesa se nos da una prenda de la gloria eterna, como lo expresó el Señor en sus mismas palabras. Pero el mayor fundamento sobre que se apoya este suspirado arribo á la eternidad dichosa, estriba en que es una misma la víctima del sacrificio de la Cruz y del Altar. No hay mas diferencia, sino que en el uno se ofreció con una muerte real, dolorosa y sangrienta, y en el otro con una muerte mística, libre de dolor, é inervata. Mas como dice el Apóstol, "Jesucristo es el mediador del Testamento nuevo, para que mediante su muerte reciban los que son llamados la herencia eterna que les ha prometido." Luego el mismo efecto obra este augusto Sacramento; quiero decir, el de hacerles entrar en la patria del cielo. Y ciertamente, con toda claridad nos aseguró el Salvador acerca de la consecucion de este último é inestimable bien en las palabras de la consagracion del vino, que están concebidas en esta forma: "Este es el cáliz de mi sangre, del nuevo y eterno Testamento."

Con todo eso, la refleccion del manjar espiritual y la unidad representada por las especies de pan y vino, aunque se logran en la vida presente, siempre que se comulga con la debida preparacion, es solamente de un modo imperfecto; en el estado de gloria llegará á ser omnimoda y completamente delectable. Supuesto que los hombres apeteccn la comida y la bebida, como dice San Agustin, para no tener hambre ni sed, esto verdaderamente no se cumple sino con este manjar y esta bebida que hacen inmortales é incorruptibles á quienes los reciben en la sociedad de los Santos, en donde habrá paz y unidad plena y perfecta. Ved aqui la eficacia de la comunion, con que se nos

da la simiente, que ni la muerte ni la corrupcion del sepulcro podrán destruir. Mucho mas el Sagrado Viático, triunfando victoriosamente del extremo pasaje, la hará desenredarse en el último dia por medio de una resurreccion gloriosa. "Aquel pan, y un vaso de agua con que, segun leemos en el Libro tercero de los Reyes, fortificado el Profeta Elías, caminó cuarenta dias y cuarenta noches hasta que llegó á Horób, monte de Dios," fué nada mas que un pronóstico del robustísimo Pan de los Angeles, que trasfiere á los hombres justos hasta la santa y muy elevada montafia de Sion. No obstante que nuestros cuerpos han de morir, y nuestras almas son inmortales por su naturaleza, la Sagrada Eucaristia les confiere una inmortalidad sobrenatural. "Todos resucitarán, como asegura San Pablo, los malos para ser condenados, y los buenos para ser premiados." Pero aquellos que habrán comulgado dignamente, tendrán un título especial para la vida bienaventurada en virtud de la Carne y de la Sangre del Cordero, con que se habrán alimentado.

¡He! Concluyamos resumiendo con estas palabras de nuestro Salvador: "Si no comiereis la Carne del Hijo del hombre, y bebiereis su Sangre no tendréis vida en vosotros." Comer su Carne y beber su Sangre, son expresiones que jamas abandona Jesucristo, sino que repite muchas veces cuando trata de este adorable Sacramento. No para que pensemos alimentarnos con su Carne y con su Sangre en su propia especie, como entendieron los judíos, esto es, de la manera que se despedaza la carne de un cadáver y se vende en un sitio público, como expresa San Agustin, sino para que veamos ilustrados con la luz de la

fe, que real y verdaderamente le gustamos bajo las especies sacramentales en que está presente, para que recibíendole de este modo y con la condicion de estar prevenidos con la inocencia, nos dé la vida. Esta es, pues, la consecuencia necesaria que se infiere del enlace de los sublimes conceptos del Señor nuestro Dios y Salvador, respecto á tan insigne y espléndido convite. A este fin fué disponiendo poco á poco y de tiempo en tiempo á sus Apóstoles y demas discípulos, hasta que todo lo cumplió en la institucion de este sagrado pan y vino eucarísticos: *Hoc est Corpus meum. Hic est calix novum testamentum in Sanguine meo.*

Belleza eterna, santa y misteriosa hostia, Jesus Divino, vivo y presente en nuestros Altares, así os creemos y os confesamos firmemente en ese supremo y el mas encantador de vuestros Sacramentos. Vos derramais todas vuestras delicias y bienaventuradas influencias sobre las almas que son dignas de vuestro amor. ¡Qué os retribuiremos, os preguntaremos con David, por los favores con que nos habeis colmado? ¡Ah! Tomaremos vuestro cáliz de salud, recibiremos vuestro Sacrosanto Cuerpo y Sangre, os alabaremos y bendeciremos por siempre. ¡Oh amantes fervorosos de la vida que muchas veces pasais una vida triste, pesada y llena de aflicciones: que gemís cercados de una multitud de preocupaciones serias y memorias amargas, y que mas que todo os acusa y remuerde la conciencia del pecado, aquí encontráis la vida! No hay sobre la tierra otro maná, que el pan bajado del cielo, que os pueda dar la salud. Tocadle, comedle, gustadle con el candor de un niño, y seréis felices. Estrechaos alrededor del trono de la sobe-

rana majestad, porque en esa Víctima hallaréis alimento, amparo, paz y perfeccion. Ella os inflamará con los santos ardores de la caridad, y vendrá á aliviarnos y confortarnos cuando esteis en el lecho del dolor en vuestra última enfermedad. Ella os mostrará el camino del cielo, é introducirá vuestras almas en el piélago insondable de su gloria; que hará tambien trascender á vuestros cuerpos en la resurreccion general. Así SEA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y PUBLICACIONES

SERMON

DEL

PASO DE LA CRUZ Á CUESTAS

Et hujulata ubi crucem exivit in sum,
qui dicitur Calvarie locus.

“Y cuando su Cruz se dirigió al lugar que se llama Calvario.”

S. Juan, Cap. XIX, v. 17.

Cualquiera otros que no hubieran sido hombres tan crueles como los judíos, se hubieran movido á compasión de ver á Jesucristo presentado al pueblo en el balcon de Pilatos, como rey de burlas. ¡Ay! ya había el manso Cordero derramado multitud de gotas de su Sangre en la agonía que padeció en el huerto; acababa de pasar por el tormento de los azotes aplicados con espinas y abrojos, con cordales nudosos y con cadenas de hierro de que pendían garfios acerados, según San Gerónimo: su Carne se le había despedazado hasta descubrirsele los huesos, y todo bañado en sangre, era una sola llaga, para valerme de la espresion de Isaías: *A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas.* ¡Qué mas! la compañía preto-

riana ó cohorte de guardia, le puso en la cabeza por diadema una corona de duras espinas, y le vistió con unos andrajos de púrpura: le dió por cetro una caña en la mano, y le colocó públicamente en un indigno asiento por trono de desprecio. El mismo presidente romano, puesto á su lado y con intencion de libertarlo, lo mostró á sus perseguidores como objeto digno de lástima, señalándole de este modo: "Ved aquí al hombre," esto es; siquiera como hombre, aun cuando fuese el mas facineroso, reclama de vosotros con voz muda, vehemente y significativa, sentimientos de ternura y humanidad. "Hé aquí á vuestro Rey," les dijo otra vez: Vuestro Rey, les dió á entender, que necesita mas bien de tñmulo que de solio. Pero los Pontífices, los Ministros y toda la turba, clamaban enfurecidos y redoblaban sus gritos: "Quita, quita: Crucificalo, crucificalo." Entonces Pilatos, sin pronunciar una sentencia expresa y definitiva de condenacion, que no consta en el Evangelio, lo entregó en sus manos.

Apenas oyeron estos malvados las palabras como de sentencia, que profirió el mas inicuo juez, cuando rodearon con tumulto y griteria al Santísimo Heredero del reino de Judá, no para vendarle sus heridas, sino para abrirle otras nuevas: le impusieron luego sobre sus delicados hombros el grave peso de la Cruz, y comenzó aquella triste, inexplicable y misteriosa procesion para el Calvario. ¡Oh Salvador mio! yo os contemplo escupido y blasfemado por unos, tirado de sogas y cordeles por otros; contundido á golpes con piedras por estos, quebrantado á palos en las espaldas por aquellos. Como abejas á quienes han robado

el panal, veo con David, cómo os punzan y os hieren. No obstante, Vos os abrazais con ardiente afecto de la Cruz, para abrasarnos de vuestro amor: caminais en medio del llanto de los Angeles de paz, del furor de los demonios, del odio de vuestros enemigos, de la suspension de muchos circunstancias, de la compasion y lágrimas de las mujeres, entre gritos y sollozos, entre penas y desmayos. ¡Ah! todo junto, el cielo, la tierra y el infierno, parece que concurren como de tropel á este paso dolorosísimo de vuestra sagrada pasion: *Et vigilans sibi crucem exivit in eum qui dicitur Calvariae locum.*

Considerad aun mas, ¡oh fieles! en la amargura de vuestros corazones, al eterno Isaac cargando sobre sí la leña para el sacrificio. ¡Oh qué espectáculo de rabia, de indubrio y de ignominia por parte de la impiedad! ¡Oh qué grande ejemplo de paciencia, de humildad y de amor por parte de Jesucristo! Sí, el carga para que carguemos, y sufre para que suframos: el peso del áspero madero es el instrumento de su abatimiento y de su fortaleza, de su debilidad y de su virtud: peso insoportable á los hombros de otro que no fuese el Hombre Dios, y peso fácil de ayudar á llevarle despues de él: vara prodigiosa que da la muerte y la victoria, el dolor y la sanidad. Con esto, ya os habré insinuado la idea principal de mi discurso, que se puede reducir al peso misterioso de la Cruz, que portó el Señor por nosotros. Para el acierto, obliguemos con la salutation del Angel á la Madre de Dios, que cargó tambien en el alma á su Divino Hijo, y á su Cruz, á fin de lograr por su intercesion un socorro del Espiritu Santo. Ave Maria.

"Y cargando en Cruz, se dirigió al lugar que se nombra Calvario."

8. JUAN, cap. 7 vers. citadas.

Entre los diversos caracteres con que se distinguiera el Mesías prometido, anunció el profeta Isaias que había de llevar sobre sus hombros el principado: *Et factus est principatus super humerum ejus*. Era costumbre de los príncipes y grandes de aquel tiempo, colocar sobre sus hombros las insignias de su dignidad, y por eso los Santos Padres entienden por este principado, la Cruz á cuestas que cargó nuestro Salvador, como la señal de su reino. No es mi ánimo hablaros en este día de las glorias de la Cruz de Jesucristo, sino más bien de los dolores y penas que le causó en el camino del Calvario. Además de esto, el mismo Señor nos ha asegurado en el Evangelio, "que su yugo es suave, y su peso leve:" por manera, que siendo incomprendible la opresión de la Cruz que se asentó sobre la santa espalda del Maestro, se le hacía ligera con el vigor de los discípulos; y siendo para estos muy grave é inaguantable carga por sí sola, se les vuelve tolerable con el auxilio de la gracia. Pero si dejamos á parte la infinita é inmensa caridad del Santísimo Redentor, y entendemos en su verdadero sentido lo que significa tomar su Cruz, convendrá deducir en recta consecuencia estos dos breves puntos: Primero: El NAZARENO Divino cargó sobre sus hombros el grave peso de la Cruz; Segundo: El CRISTIANO que va en su seguimiento, lleva un peso leve. Voy á demostrarlo.

PRIMERA PARTE

"Ningun puro hombre, como dijo Santo Tomás de Villanueva, hubiera podido cargar el peso tan desmedido de la Cruz." Con razon, porque dos pesos tenía el leño, el uno material y el otro moral ó de nuestros pecados, por quienes iba á pagar el Señor con su sangriento sacrificio: el uno agobiaba más á su cuerpo que á su alma; y el otro se hacía sentir más de su alma que de su cuerpo. Pues bajo este doble aspecto hemos de mirar el martirio que padece Jesucristo desde la casa de Pilatos hasta lo alto del monte Calvario.

"¿Quién ha medido, pregunta Isaias las aguas en el hueco de su mano, y extendiéndola ha pesado los cielos!" ¡Ah! el Señor nuestro Salvador, cuyo poder se propuso delinear con tan sublimes rasgos. Con todo eso, el teatro de su grandeza y majestad se trocó repentinamente en flaqueza y abatimiento. Ya había prevenido el mismo Santo Profeta, "que él trae consigo su recompensa, y tiene entre sus manos el premio de sus trabajos." Sin forzar la inteligencia de este oráculo, se puede reconocer en él á Jesucristo, llevando entre sus brazos la encina enorme de la Cruz: ella es no menos que el símbolo de sus victorias y de sus misericordias, el medio tormentoso de su paciencia y de sus sufrimientos; atendida no más que en cuanto á su volumen natural, y como desproporcionada á las fuerzas de un cuerpo desangrado y débil, constaba, según la tradición común, de quince piés

de largo en su tronco, y de ocho de ancho en sus brazos. Y si seguimos á Menochio, "el leño de que fué formada, habia nadado largo tiempo sobre las aguas de la piscina de Jerusalem, y se habia hecho como un pesado mármol." Figúraos, pues, al Labrador celestial entregado á la violencia de la mas vil canalla, arrastrando hácia el Calvario el arado de su Cruz, y sulcando con la mayor fatiga el terreno de la redención. Figúraosle con sus vestidos tenidos en sangre, con los ojos inflamados, con los oídos y narices obstruidas, con su boca santísima abierta, y con la respiración acelerada. ¡Qué alma no se dolería de su lamentable situación! ¡Qué hombre no se derretiría en lágrimas á su vista! Mas, ¡oh bondad! ¡oh amor! ¡oh dignación! Así trabaja, así desmenuza los terrones de la ignorancia y la malicia, así siembra la siembra de salud, y así riega todo su campo con el líquido precioso de sus venas.

Apuradas aún todas sus fuerzas, y encorvado bajo el formidable peso de la Cruz; ¡oh envidia! ¡oh ira! ¡oh furor de los judíos! tiembla, titubea, y da con su sacrosanto rostro en tierra el Hijo del Eterno Padre, la imagen y figura de su substancia, el Criador de todo el universo. ¡Ay Jesús! ya veo que os esforzáis á levantaros; pero pisado por los bárbaros ministros, dáis otra y otra caída mas lastimosas, quejándoos solamente en lo íntimo del corazón, al Señor Dios Padre de Piedad: *Misere mei Deus, quoniam concupiscit me homo.* ¡Oh crueldad! la flor del campo y el lirio de los valles ha sido hollada por villanas plantas. Ya me parece que escucho la elocuente y respetuosa voz que sale de vuestras sagradas llagas, y penetra

aun en los oídos de vuestros mismos enemigos: "¡Oh vosotros los que pasáis por el camino, atended y ved si hay dolor semejante á mi dolor!" Aquí se me representa Simon el Cireneo que, obligado á cargar vuestra Cruz, os ayudó á nombre de toda la Iglesia á llevarla detrás de Vos en el resto del camino hasta el Calvario. Nunca olvidaré aquellas vuestras tiernas y enérgicas palabras, dirigidas á una turba de mujeres, que entregadas al llanto y al dolor, seguian vuestras huellas sangrientas: "No lloréis por mí, hijas de Jerusalem, llorad, sí, por vosotras mismas y por vuestros hijos." Así continuais, ¡oh pacientísimo Cordero! vuestro viaje doloroso, tocando los corazones de aquellas santas mujeres, y con ellas los nuestros insensibles. Pero fijad mas en él vuestros ojos, ¡oh cristianos! todos los que teneis la dicha de participar de su copiosa redención. Allá va al sitio del desafío el inocentísimo Abel, para ser sacrificado, no á manos de un envidioso hermano, sino de una multitud de Caines deicidas: allá va el hijo de David, no á vivir, sino á morir; á morir, digo, y degollar espiritualmente con la espada de su Cruz, al soberbio é infernal Goliath.

No es difícil ahora aplicarnos á contemplar con el auxilio de la revelación, el incomparable peso del madero á causa de nuestros pecados. ¡Oh! el macho de cabrío emisario cargado de las execraciones públicas, en el día de la expiación solemne de los judíos, y enviado al desierto, figuraba á Jesucristo oprimido con el peso de la Cruz á cuestras por los pecados pasados, presentes y futuros, y ofrecido todo entero en holocausto fuera de las puertas de Jerusalem. Mas si esta sombra confusa no da todo el lleno á la repre-

sentacion, por ser significativa solamente de los delitos pretéritos y presentes, la ceniza de la ternera roja, que se mezclaba en todos los sacrificios y obla-ciones, por los pecados futuros, la perfecciona. "Yo solo, decía Moisés al pueblo de Israel, no puedo llevar el peso de vuestros asuntos y peticiones." Con el fin, pues, de arreglar la administracion de justicia, estableció por jueces y caudillos, hombres sabios y expertos á satisfaccion de las mismas tribus. Pero Jesucristo, lejos de ejercer la potestad temporal que emana de su soberano poder, se constituyó como un solo deudor por todo el género humano. Segun la profecía de Isaias, "verdaderamente tomó nuestras dolencias y se cargó él mismo de nuestros dolores. Fué conducido á la muerte como una oveja, y permaneció en silencio como un cordero delante del que le trasquila." Lleno de terror el Santo Job por la consideracion de la venganza divina, hablaba con este respetuoso lenguaje: "Siempre he temido á Dios como olas levantadas sobre mí, y nunca he podido soportar el peso de su justa indignacion." Nuestro Medianoero Jesucristo, sustituido por los hombres como único objeto del enojo del Dios de Santidad, apenas se sostiene en pié bajo los golpes de su espada penetrante é infrangible, para dar cumplimiento á su palabra preannunciada: "Yo le herí por los crímenes de mi pueblo." Y le fué tan sensible la carga fatigosa de estas mismas iniquidades, como lo habia declarado por boca de David: "Estoy miserable y encogido sobremanera: todo el dia andaba entristecido."

Si se de sea otro testimonio mas claro, aquí tenemos el del Príncipe de los Apóstoles: "El mismo, dice,

llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero." Pues bien, Jesucristo cargó en el leño el pecado original de nuestros primeros padres Adán y Eva, por ellos y por toda su posteridad: en él fijó los siete monstruos capitales, reproducidos y multiplicados en todos los siglos: como si fuese el pié ó el punto de apoyo de la balanza de su Cruz, se anonadó y casi se deshizo con el peso así de todos los delitos, como del mismo horrible deicidio é infidelidad de los judíos. ¡Qué mas debió hacer que no hizo! ¡Ah! Eructó del infierno, maldito pecado, tú le cargaste con las crueldades de los Herodes, Nerones y Dioclecianos, y con todas las persecuciones contra la Iglesia: tú le impusiste sobre sus hombros una hacina de idolatrías, herejías, cismas y abominaciones, que cometieron y cometerán los hombres por todos los dias de su vida sobre la tierra.

Concluyamos: si un solo pecado mortal contiene, por lo que respecta á la dignidad del ofendido una enormidad y malicia infinita en su intension; si no se le impone por él al hombre transgresor una pena proporcionada, si no es en cuanto á la duracion ó eternidad del tormento, ¿quién podrá medir la inmensidad del dolor del Hijo del hombre angustiado y herido por todos los pecados! Ya se ve que el Hombre Dios por virtud de su Divinidad, pudo satisfacer con una sola súplica al Padre de la manera mas abundante, ó sentir en lo infinito con un solo acto de sufrimiento. Pero mejor quiso, segun la frase del Salnista, "ser rodeado con los dolores de la muerte y conturbado enteramente con los torrentes de maldad." Este es el paso de amargura, que se anticipó á la misma amar-

gura; este es el sacrificio de expiacion, que precedió á la misma expiacion del sacrificio consumado. No falta mas, que demostrar, cómo siguiendo sus pisadas aliviarnos el peso de nuestra Cruz.

SEGUNDA PARTE

Al salir de la ciudad, como da á entender San Mateo, encontraron los soldados á un hombre natural de Cirene, llamado Simon: "á éste, pues, lo obligaron á ayudar á cargar la Cruz de Jesús." No hay duda que Simon es aquí la figura de todos los fieles, y aun de cada uno de ellos en particular. La Cruz de Jesucristo son los padecimientos de todos los justos, que viven de la gracia; la Cruz de Jesucristo es el propio estado sufrido con piedad, así en las prosperidades como en las adversidades de la vida: la Cruz de Jesucristo son todos los pecados, que cualquiera lleva sobre sí como pena y no como deuda. Nuestra Cruz por sí sola es gravísima, pero unida á la de Jesucristo es leve, es una misma: la Iglesia y su cabeza, por explicarme con el Apóstol, no hacen mas que como una sola persona, ó un solo cuerpo. Mas el Salvador antes de haber expresado, "que su yugo es suave y su peso ligero," les habia propuesto á sus discípulos los dos motivos principalísimos: "Aprended de mí, les dice, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el reposo para vuestras almas." Desde luego que se requieren la mansedumbre ó la dulzura, y la humildad para cargar del precioso peso de la Cruz de

Cristo, y seguirle con perfecta imitacion. Por eso, desarrollando este otro doble concepto, podré ponerlos en claro mi segundo punto ya indicado. Continúad prestándome vuestra atencion.

La mansedumbre, conforme á la mente del Angélico Maestro, se define, "una virtud moral que modera las iras segun la rectitud de la razon." Jesucristo, nuestro sumo bien, así como no pudo pecar tampoco pudo refrenar movimientos desordenados de ira ó de venganza. Supuesto que es el insigne ejemplar de todas las virtudes, obtuvo la mansedumbre, sí, pero cual completa dulzura, y por modo eminente y perfectísimo. Sin embargo, usó de una justa severidad cuando convenia: la suavidad de su conducta ni es contraria ni impide estotra virtud. Así es, que en el mismo tránsito para el Calvario, y á tiempo que la turba de mujeres se bañaba en lágrimas por su extraña figura digna de compasion, les anunció la ruina de Jerusalem en estos términos expresos: "Porque ya vendrán los días en que se diga: Dichosas las estériles y dichosos los vientres que no han concebido, y los pechos que no han dado de mamar. Entonces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados: Cubridnos. Porque si así se trata al árbol verde, ¿con el seco qué se hará?" No me permiten los límites de un discurso, sino tocar rápidamente estas divinas palabras, para no extenderme mas.

Nosotros somos los que tenemos necesidad de reprimir la pasion de la ira y sus actos pecaminosos interiores y exteriores. Pero para tener presentes los males que se han de evitar, distinguiré con San Gre-

gorio Niseno, tres especies de ira y de iracundos: Hay ira que es amarga como la hiel y pronta en su principio y movimiento; esta se halla en los hombres agudos ó penetrantes, que al instante se indignan con exceso y por la mas leve causa: Hay otra que se llama manía, porque permanece y dura mucho tiempo; esta esclaviza á los hombres amargos que conciben de la injuria recibida dilatada tristeza, y se hacen molestos y enfadosos á sí mismos: Hay otra que lleva el nombre de furor, porque no se aquieta hasta que impone el castigo; esta domina á los hombres duros y obstinados, que por un vehemente deseo de venganza no deponen el enojo sino cuando aplican la pena. Por lo que mira al procedimiento de la accion de enfado ó cólera, "el que solamente se enoja contra su hermano, según consta del Evangelio, será reo en juicio: el que le dijere hombre insulso ó ligero, será reo en el Concilio, y quien le dijere fatuo, será reo del fuego del infierno." Ved aquí diversos grados de pecados que merecen diferentes tormentos ante los hombres, pero un suplicio eterno con cierta desigualdad ante Dios. ¡Ojalá que tales delitos no fueran tan comunes entre nosotros! Mas ¡ay! ellos abundan en el superior y en el súbdito, en el señor y en el siervo, en el sabio y el ignorante, el rico y el pobre, el padre y el hijo, el esposo y la esposa, el anciano y el jóven, el pariente y el extraño, el hombre y la mujer.

Ahora, ¡qué cosa mas admirable que la mansedumbre, que animada de la caridad concurre con ella al mismo efecto de substraer de sí mismo y del prójimo tan graves males! "Lo que agrada á Dios, dice el Eclesiástico, es la fe y la dulzura." En prueba de ello,

afirma San Dionisio, "que Moisés por su mucha mansedumbre fué hallado digno de la aparicion de Dios." Y cuán acepta sea esta misma virtud á los hombres lo expresó el mismo Eclesiástico en otra parte: "Desempeña, hijo mio, dice, tus obras con mansedumbre y te atraerás el amor de los hombres." Mas adelante, á fin de enseñarnos que con ella se hace el hombre dueño de sí mismo, profiere esta sábia é inmutable sentencia: "Conserva, hijo mio, tu alma en mansedumbre, y tribútale honor como merece." ¡Ignorais acaso cuál es esta grandeza, cuál es esta excelencia! Pues considerada como hábito sobrenatural, es una virtud divina; vista en cuanto á su acto, es la segunda de las bienaventuranzas; y atendida en cuanto al deleite ó gozo de la misma accion, es uno de los frutos del Espíritu Santo. Debe, sobre todo, esta virtud tener su asiento en el corazon y derramarse de allí á todas nuestras operaciones.

Dejando ya lo uno por lo otro, lo que previó el Profeta Isaías de Jesucristo, "que habia de ser numerado entre los perversos, se cumplió según la frase de San Lúcas, cuando eran conducidos juntamente con él para el Calvario dos hombres criminales." ¡Oh profundísima humildad! Pero mucho mas brilló en él esta virtud cuando murió en la Cruz en medio de estos dos malhechores. No le bastó haber tomado la forma de siervo, y haberse vestido con el traje de hombre, sino que se abatió con asombro del mundo hasta la abyección, hasta el oprobio y hasta la separacion ignominiosa de su alma y de su cuerpo. Ahora bien, "la perfecta humildad, como dice San Francisco de Sales, consiste en un verdadero conocimiento y reco-

nocimiento voluntario de nuestra bajeza: sus actos tienden á exaltar la Majestad divina, á amar nuestra propia pequeñez y á tener en mas al prójimo que á nosotros mismos." El humilde puede decir al Señor con David: "Por tí, Dios mío, he sufrido el oprobio y que la confusión cubra mi rostro." Muy al contrario, el soberbio, se deja ver lleno de fiereza y altanería, obstinado en sus pensamientos, duro y crítico en las palabras, impetuoso en sus operaciones, erguido, estrepitoso, pronto á la venganza, sin compasión ni misericordia. Tal monstruo no ha aprendido en la escuela de Cristo, sino en la del diablo; él será virtuoso solo en su imaginación, pero no en la realidad: mientras dure en este estado no podrá gustar la dulzura de la virtud, ni tendrá la hora de acompañar á Jesús en el camino del Calvario.

Insistiendo en la obligación de la humildad, nos será muy oportuno este pasaje de San Agustín: "¿Pienzas construir una hermosa fábrica de celsitud! Pues piensa primero sobre el fundamento de la humildad." ¡Ah! el conjunto de todas las virtudes se puede considerar como un edificio magnífico, cuyo cimiento lo constituye esta virtud: ella tiene el primer lugar entre todas las demás, porque expelle la soberbia, á quien Dios resiste; ella vuelve al hombre súbdito y apto para recibir el influjo de la divina gracia. Siempre se ha experimentado que el Señor para realizar sus altos designios, se ha valido de los pequeñitos y desconocidos de la grandeza mundanal. A Job lo levantó de la suciedad de un muladar y de la hediondez de sus úlceras, á un grado eminente de santidad: á David de la guarda de su rebaño, á la defensa del reino,

á la elevación del trono de Israel y al conocimiento de la verdadera sabiduría: escogió á una humilde doncella para que se obrase en su seno purísimo la grandiosa obra de la Encarnación: envió á doce predicadores pobres é ignorantes para que llevasen la luz del Evangelio hasta los últimos términos de la tierra. Y como de unas virtudes nacen otras y todas ellas se ligan con el lazo del amor, produce cada cual el reposo del alma, la tranquilidad del espíritu y la paz del corazón: de este modo los martirios, penitencias, mortificaciones y obras de religión, cuyo principio es la verdadera humildad, forman un ejército de cruces, con que los sagrados héroes de la Iglesia han acompañado á su Redentor. Miremos á Jesús en los mártires, en los sacerdotes, en los doctores, en los confesores, en los niños, en las virgencitas tiernas, y en todos los demás justos; miremos cómo arrostra los peligros, cómo vence, cómo triunfa: nada es capaz de destruir su imperio, todo coadyuva á sus santos fines.

Ya os he representado á la hostia sangrienta coronada de espinas, destinada de fuerzas y abrumada con el grave peso del arca de su Cruz. Tan tierno y nunca visto espectáculo lo habia descrito con anterioridad y en dos palabras el Santo Profeta Isaías, cuando clamaba abismado y como fuera de sí: ¡Gran Dios! "¿por qué están teñidos en sangre vuestros vestidos!" ¡Ah! el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Legislador que apareció en el Sinaí entre truenos y relámpagos, el Señor Dios de los ejércitos se halla constituido en la última miseria. ¿No es verdad que se le ha puesto en estado de "un varón de dolores!" ¡No gravita sobre sus sagrados hombros un peso intolerable!

ble, así por la calidad del madero como por lo escesivo de sus tamaños! ¿No se le ha reducido al extremo de ser maldición por los hombres y víctima por el pecado...? Así lo ha dicho el Apóstol, y así iba para el suplicio cual objeto de la ira de su Eterno Padre. Por lo que respecta á nosotros, si queremos cargar su Cruz, oigamos lo que advierte San Agustín: "Cualquiera otra carga te oprime y abruma, mas la carga de Cristo te alivia el peso: cualquiera otra carga tiene peso, mas la de Cristo tiene alas." Aludía el santo doctor al cumplimiento de los preceptos de la Ley nueva y á la iniciación perfecta de Jesucristo. Pero sin duda que estas dos alas son también aplicables á la mansedumbre y la humildad, que en unión de la gracia de Dios todo lo vencen y todo lo hacen muy fácil y llevadero.

Sed, pues, ¡oh piadosos oyentes míos! fieles imitadores de vuestro amantísimo Salvador, en llevar su Cruz con dulzura, humillación, paciencia, fortaleza, y toda virtud. El que os envía cruces, os dará el sufrimiento: el que os entrega á las contradicciones, os colmará de bendiciones: el que os manda privaciones, os inundará en delicias: el que os llama y busca aun en la senda de los placeres y regocijos, mejor os alargará la mano en la tormenta de lágrimas, sollozos y gemidos. Nunca podrá estar mas bien vuestra suerte y vuestros destinos, que cuando los sometéis libremente al orden de la Divina Providencia. ¡Qué mucho que abata el peso de la Cruz, si el fuego del amor eleva hacia al cielo! Jesucristo va pagando con su Sangre y con su Cruz los pecados del mundo: nosotros debemos ser castigados y llorar por ellos. Ea, cristianos, hacedlo así. Esa Cruz que ha de servir de

féretro al Redentor, sea nuestro asilo: esa Cruz que ha sido nuestra dichosa cuna, sea también la señal de la victoria y la navicilla que nos conduzca al cielo.

ENCUENTRO

Aquí hubiera dado fin á mi discurso, si un objeto muy importante y el mas edificativo de la memoria de este paso, no me precisara á satisfacer vuestros deseos. El tiernísimo episodio del encuentro de Jesucristo con su Santísima Madre, segun consta de una antigua tradicion, recibida por la Iglesia, lo he sacado de su lugar para ponerlo á lo último y excitar mas vuestros afectos al amor de la víctima del Calvario. ¡Ay! reveló la bienaventurada Virgen á Santa Brígida, que San Juan le fué á anunciar en esta mañana, cómo su amado Hijo habia sido ya sentenciado á muerte, y habia salido en público llevando su Cruz para el sitio destinado á su sacrificio. En concepto de San Buenaventura, la angustiada Madre atravesó una calle mas corta y se paso al cabo de otra, donde pasando su afligido Hijo se encontró con él. Opina el devoto Guillermo Neobrigense, "que no solamente la Santa Virgen dió la mano á la misma fortaleza para que se levantase de la tierra; recogió y limpió las gotas de Sangre que corrian de sus heridas; sino que también tomó la Cruz en las manos, y la colocó sobre sus hombros." Por el contrario, San Anselmo cree, "que aunque María quería abrazarle, los ministros la arrojaron con injuria, y la quitaron á empujones de

la presencia del dolorido Señor." En esta diversidad de pareceres que en nada perjudican á la fe ni á las costumbres, yo adoptaré la doctrina de San Pedro de Alcántara en sus Meditaciones. "¡Cuál fué entonces, dice, el amor y el temor del corazón de María! Por una parte deseaba verle, por otra rehusaba ver una figura tan digna de compasión." Pero en efecto, y esto es lo cierto, llegaron á avistarse: el Hijo, según la relación de Santa Brígida, se quitó la Sangre coagulada de los ojos que le impedía la vista, miró á la Madre y la Madre miró al Hijo.

Detengámonos en este punto algun tanto y reflexionemos. María ve, ¡oh Santo Dios! ¡pero qué ve! los clavos, los martillos y la Cruz, instrumentos crueles de la muerte de su Hijo; ve á un jóven todo ensangrentado, llagado desde la cabeza hasta los piés, y con un haz de espigas por corona: "le ve con Isaias como un leproso, casi desconocido, y su rostro como encubierto por el desprecio y las afrentas." Jesus tambien levanta los ojos y los fija en su Santa Madre: la ve traspasada con la espada del dolor y convertida en un mar de llanto. No quisiera que llegasen á sus oidos los malos tratamientos, las irrisiones y las blasfemias que sufre. Mas ¡qué se ha de hacer! es sierva y Madre, y él es Hijo y Dios. ¡Oh miradas sensibilísimas! ¡Oh candidísimas palomas! ¡Oh hermosísimas enamoradas almas! Se cumplió lo que habia predicho el Profeta Joel: "El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre." Sí, el Sol de justicia eclipsado y oscurecido, padeció en este instante, según los contemplativos, el mayor de sus dolores: la luna mística de la Iglesia, hubiera muerto al propio tiempo de pe-

na, si no la confortara el brazo del Omnipotente. Inferid de esto mismo lo que conviene al bien de nuestras almas. ¡Rehusarémos todavía esa ligera cruz con que nos carga Jesucristo! ¡Nos quejarémos al verle llevar la suya tan pesada! ¡Nos ocuparémos todavía en las diversiones y en los placeres de la tierra! ¡No será mejor seguir con resignación á nuestro guía y á nuestra vida Cristo hasta la muerte, en el sendero del Calvario! Animaos, pues, al contemplarle con el leño sobre sus hombros, y trepando á cuevas con su compañero la montaña santa. Resolveos á ejemplo de la Dolorosa María, á caminar tras él, á morir si fuera posible con él, y arrepentidos de vuestras culpas decidle con todo vuestro corazón: SEÑOR MIO JESUCRISTO, &c.



SERMON

SUBTE LA

PRIMERA PALABRA QUE PRONUNCIÓ JESUCRISTO

EN LA CRUZ

Pater ignoscere illis, quia nesciunt quid faciunt.
"Padre mio: perdónalos, porque ignoran lo que hacen"
S. Lucas, Cap. XXIII, v. 34.

Si Jesucristo hubiera derramado su Sangre Preciosísima en el leno de la Cruz, sin rogar á su Eterno Padre por sus mismos verdugos y por todos los pecadores, clamaria solamente como la Sangre de Abel, por la venganza, y no por la misericordia: por infinita que fuese su eficacia, en vez de redimir al hombre le serviría de incomprensible tormento. Mas el pacientísimo Cordero, hallándose cual lo pinta el Salmo, con los ojos encajados y lánguidos por causa de la ira y furor de sus enemigos: *Conturbatus est in ira oculus meus*: con el alma abatida entre angustias, y sus entrañas decaídas con la fuerza de la agonía: *anima mea et venter meus*: herido de piés á cabeza y en tan la-

mentable estado que se le podian contar todos sus huesos, únicamente le quedaba su lengua sana, como dice San Vicente Ferrer, valiéndose de esta locucion enérgica: "No era justo que llegase el dolor hasta la parte que habia de ser instrumento de declarar el perdón." Abriendo, pues, la boca nada mas que para hacer su testamento, dirige á Dios antes de todo estas fervorosas pleges, concebidas en la admirable cláusula de mi texto ya propuesto: "Padre de mi corazón, perdónalos, porque ignoran lo que hacen."

No faltan ejemplos aun en la historia profana, de hombres que han tenido un corazón noble y magnánimo como Licurgo. ¡Oh! á este le entregó la república un jóven atrevido, para que lo castigase á su arbitrio por haberle sacado un ojo; pero él en lugar de imponerle pena, le remitió generosamente el crimen, y lo trató con atención afectuosa. Tambien Sócrates, que padeció la muerte con ánimo tranquilo por frustrar la injuria de sus enemigos, es un monumento mas ilustre de esta verdad. Sin embargo, las acciones virtuosas de todos los paganos, mas nacian de cierta prudente moderacion natural, que de verdadera virtud.

Mejores modelos nos presenta la Sagrada Escritura en la persona de Jacob, que perseguido de muerte por su hermano Esaú, lo amó, y adquirió por esto las bendiciones de Isaac: en José, que aborrecido y vendido por sus hermanos, les condonó las injurias y los hizo participantes en el Egipto de la abundancia y de las riquezas: en David, que acechado de Saúl en mil maneras, no se vengó de sus agravios: antes bien, pudiendo á su salvo quitarle la vida, lo perdonó: por

este motivo clama en los Salmos con estas expresivas voces que demuestran la bondad de su corazón: "Si volví mal por mal, caiga como es justo delante de mis enemigos indefenso." Pero estos héroes y todos los incontables hombres sencillos de uno y otro Testamento, que hicieron lo mismo ó toleraron la muerte con resignacion y firmeza, no son mas que imágenes muy imperfectas de Jesucristo. En efecto, ¿quién podrá compararse con nuestro Salvador! ¡Ah! Cuando era reputado por sus perseguidores como el ladrón mas facineroso, cuando recibia en su Cuerpo todos los tormentos que tenían merecidos los pecados del mundo, ruega al Padre por ellos: su muerte en el punto mismo que se la ocasiona el pecador, viene á ser mediante su oracion, la fuente de la vida de este delincuente.

¡Oh palabra de tan gran paciencia, exclama con razon San Anselmo, palabra de grande dulzura, de grande amor, de indecible caridad! No solo los verdugos, sus jueces y el pueblo judío, sino tambien todos los hombres cuyos pecados eran la causa de sus padecimientos, estaban comprendidos en esta oracion universal: aborrece el pecado, muere por destruirlo, pero ama al pecador: se despidió de él excusándole é invocándole el perdón, y espira por él." Es decir, emplea la voz de su Sangre y los estorzados gritos de su amor para redimirle y salvarle. A este fin se encaminará todo mi discurso; mas por vuestra mediacion, ¡oh Virgen singular! que fuisteis prevenida con la plenitud de gracia desde el primer instante de vuestro ser natural, imploramos el auxilio divino. Ave María.

"Padre mío, perdícalos, porque ignoran lo que hacen."
S. LUCAS, cap. y vers. citados.

Todo pecado es un compuesto monstruoso de malicia y de ignorancia. Su malicia consiste en que como lo define San Agustín, es: "Un dicho ó un hecho, ó un deseo contra la Ley eterna;" la ignorancia consiste en que incluye en sí una falta de ciencia, respecto á lo que el hombre debe saber para salvarse. Jesucristo, pues, ora á su Eterno Padre desde el altar de la Cruz, omitiendo la malicia de la culpa y ofreciéndole por el perdón todo el precio del rescate, todo el infinito tesoro de sus méritos. Solamente habla de la ignorancia, porque procura excusarnos, porque muere por reconciliarnos. Mas todas las obras del Salvador, Sol Divino de justicia, son como rayos, que inclinándose hácia nosotros, nos hacen esclarecer nuestra conducta. El precepto de amar á los enemigos y de rogar por los que nos persiguen, ha sido confirmado con su misma práctica para nuestra edificacion: así es que nos obliga con la doble fuerza de la palabra y del ejemplo. En tal supuesto, procederé á asentar estas dos breves proposiciones: Primera: Jesucristo pide á su amado Padre en la Cruz el perdón para sus enemigos. Segunda: El hombre debe, á imitacion de Jesucristo, perdonar á sus enemigos. Prestadme vuestra atencion, cual conviene á la grandeza de estos importantes puntos.

PRIMERA PARTE

Apenas el Hombre de dolores acabó de pronunciar su humildísima deprecacion, cuando comenzó á engendrar en la misma Cruz una dilatada é innumerable familia; sus ruegos no fueron como los de los demas hombres, débiles é imperfectos, sino eficaces y perfectísimos. Bien podia en un mismo acto orar y conceder; quiero decir, que al mismo tiempo que suplicaba en cuanto Hombre, otorgase en cuanto Dios. La razon es convincente; porque supuesto su beneplácito, ninguna distancia de lugar ó de tiempo promediaba entre la peticion y la dacion, entre el toque y la apertura, entre la diligencia y el hallazgo. Como que es un Dios por esencia con el Padre y con el Espíritu Santo, tenia la autoridad de perdonar los pecados; como que es un Hombre unido hipostáticamente al Verbo, era su humanidad el instrumento principal de la divinidad.

De un momento, pues, á otro, aquel ladrón famoso que merecia ser lanzado hasta lo profundo del abismo, se siente iluminado por una luz interior y sobrenatural, y clama así á su Redentor moribundo: "Señor, acuérdate de mí luego que estés en tu Reino." En estas cortas palabras lo reconoce por su Señor y por su Rey, y se arrepiente de todos sus crímenes: sufre con paciencia y con espíritu de penitencia el resto del suplicio, y confia en su divina misericordia. Jesucristo le responde con grande caridad y dulzura, añadiendo

aún el juramento: "En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso." Hoy, esto es, antes de que se acabe este día, antes de que llegue la noche estarás conmigo, no ya sobre la Cruz, sino en el seno de Abraham, lugar de reposo y de delicias; allí esperarás, no en penas, sino entre gozos el día feliz en que entraré en las riquezas de mi reino; irás conmigo, y tú también reinarás conmigo coronado de salud y de bendición. ¡Oh ilustre penitente! del delito pasaste á la prisión, de la prisión á la Cruz, y de la Cruz al Paraíso. Pero este es un ejemplo; ¡oh cristianos! propuesto por la clemencia del Señor, no por uno solo sino por muchos.

Demás de esto, así como refiere el Evangelio, "dando Jesucristo de nuevo un grande grito... é inclinada la cabeza rindió el espíritu." Viendo el centurion que exclamando fuertemente habia muerto, glorificó á Dios con estas palabras: "Ciertamente este Hombre era justo... Verdaderamente este Hombre era Hijo de Dios." De manera que solo bastó al centurion este grito de autoridad que Jesus dió muriendo, para convencerse que era el Hijo de Dios; para arrojarse al pié de la Cruz la confesion de que el Hijo de Dios es el que espira nada más que por su voluntad. También toda la tropa de los soldados, que con él hacían la guardia á Jesus, visto el terremoto y las cosas que sucedieron, dijo lo mismo: "Verdaderamente este era Hijo de Dios." ¡Y quién no reconoce en este capitán dichoso y en la compañía de sus soldados el principio de una conversion verdadera, que escribía en la fé sobrenatural! Luego que San Pedro confesó á Jesucristo por Hijo de Dios, le contestó el

Señor: "Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque esto no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos." Dotado, pues, el centurion desde el Calvario de una fé divina, como la de aquel otro de quien habia dicho el mismo Jesus, que no habia encontrado otra tanta fé en Israel; perdonados sus pecados en virtud de la oracion del Salvador en la Cruz, y de su Sangre santísima que vió derramarse; emprenderá una vida del todo nueva, cristiana, perfecta, hasta ser contado por la Iglesia en el número de los santos. Mas ¡oh infinita bondad de Dios! los mismos soldados que poco antes befaban á Jesucristo Crucificado y le ofrecían vinagre por bebida, están ya penetrados en este instante de un temor religioso, y hablan del mismo modo que su superior.

Otro objeto grandioso y del mayor interes se presenta en adelante á ocupar nuestra consideracion. ¡Oh! en cuanto murió en la Cruz nuestro adorable Redentor, descendió á los infiernos su Alma Beatísima unida á la Divinidad. En el limbo de los Santos Padres estuvo en persona, esto es, en la persona del Verbo unida á su Alma, y permaneció en este lugar hasta la Resurreccion. En los otros senos no estuvo en persona, sino realmente por sus efectos, como dice el Angélico Doctor y todos los Teólogos sus discípulos. Reflexionad ahora, señores, cómo en un momento se convirtió aquella oscura cárcel en habitacion de resplandores y hermosísima luz; cómo aquella profunda caverna que parecia olvidada de Dios, se volvió de repente un cielo. Pero lo más digno de admiracion es, que tantos Justos y Santos que alcanzaron el perdón de sus culpas y la gracia santificante por la

fe del Libertador futuro, llenaron sus deseos despues de cumplida su fervorosa oracion en la Cruz: al punto fueron elevados á la vision beatifica de la Divinidad como es en sí, anticipándose con su felicisimo goce al dia en que habian de acompañar á Jesucristo en su Ascension gloriosa á los cielos. De la misma suerte entraron en parte las almas del purgatorio que estaban suficientemente purgadas, como dice el mismo Santo Doctor, ó que en la vida habian merecido de congruo esta gracia por la fe y devocion á la muerte de Cristo. Opinan algunos que el Supremo Juez de vivos y muertos que visitaba las cárceles, absolvió en estrenas de la redencion á las demas almas de este limbo la pena temporal que les faltaba. Sea de esto lo que fuere, ya no se gloriará el demonio por haber estado tanto tiempo cerradas las puertas de la celestial Jerusalem, de tener siquiera detenidos y cautivos á tantos Santos. "Yo los redimiré de la muerte, dice el Señor por boca del Profeta Oseas: ¡oh muerte, yo seré tu muerte! ¡oh infierno, yo seré tu ruina!"

Y así como el Alma Purísima de Jesucristo unida á la persona del Verbo, bajó á los infiernos para darles á las almas de los Santos Padres el alimento proporcionado del lumen de gloria como comprensores; así convenia tambien que quedase sobre la tierra su Cuerpo Santísimo muerto, y su Sangre derramada unidos á la Divinidad, para demostrarnos el alimento destinado por el divino amor á las almas de los hombres viadores. A este fin ya habia instituido en la noche antes de su pasion, el Augusto Sacramento de la Eucaristía que distribuyó á sus discípulos bajo los símbolos de pan y de vino.

No pasaré en silencio que á la hora en que fué fijado Jesucristo en la Cruz, se oscureció el sol y la luna, y se esporecieron por todas partes las tinieblas. ¡Qué horror! ¡Qué espanto! Tan luego como muere, la tierra tiembla, el velo del templo se rasga, y los sepuleros arrojan de sí sus cadáveres. "Y toda la multitud de aquellos que se hallaban presentes al espectáculo y veian lo que sucedia, se volvian dándose golpes de pecho." Así lo dice el Evangelista, y no puede menos que á las señales extraordinarias de la naturaleza se siguiesen en los concurrentes movimientos de terror, y en los corazones prodigios de penitencia: A la vez que los Apóstoles les expliquen el misterio de la pasion y les anuncien la resurreccion, muchos cambiarán de vida, aun acaso de aquellos mismos que insultaron al Rey de Israel sobre la Cruz. Por eso San Pedro al comenzar su sagrado ministerio, bautizó en una ocasion tres mil personas, y en otra cinco mil.

Finalmente, "uno de los soldados, dice San Juan, le abrió el costado con una lanza, y al punto salió sangre y agua." ¡Qué prodigio! despues de muerto Jesucristo le fué atravesado su Sacratísimo corazon de parte á parte, para derramar por el hombre las últimas gotas de su Sangre. ¡No es este aquel manantial pereunne de aguas vivas que vió el Profeta Zacarías, patente á la casa de David y á los habitantes de Jerusalem, por manera que habia de lavar los pecados del mundo en los dos canales del Bautismo y de la Penitencia? ¡No es esta aquella fuente de Sangre ó de púrpura real, que se derramó en la Cruz, que se derrama, y que se derramará en el Sacrosanto

Sacrificio del Altar hasta la consumacion de los siglos! ¡Ah! De ella nacen todos los Sacramentos como otros tantos copiosos raudales, de ella fluyen todas las gracias sobreabundantes del Paraíso eterno.

Esta es, valiéndome de otra comparacion, aquella única puerta del cielo: puerta feliz, por la que entró el mismo que la abrió. Mas, ¿qué digo! ¡el mismo que la abrió! ¡Cómo! ¡Pues qué tal crimen no merecía! ¡Ay! Ni aun acierto á hablar: preguntaré de nuevo. ¡Convenia acaso que se abrasase entre las llamas de esta hoguera del amor, el que no perdona á un muerto; antes por el contrario, se dispone para no errarle el tiro, y le rasga con inaudita fiera el mismo corazon! ¡Ah! Dios que es incomprendible en sus obras, hizo tal portento de la gracia muy distante de los caminos de la sabiduría de este mundo. Sí, cristianos, se cree piadosamente, que el soldado que abrió con su lanza el costado de nuestro Salvador, además de tener el alma sujeta á las tinieblas del paganismo, era ciego de los ojos del cuerpo, ó con mas probabilidad, de uno de ellos. Al punto, pues, que fueron estos salpicados con la Sangre y agua que brotaron del Sagrado Corazon de Jesus, recibió á un tiempo la vista del alma y del cuerpo. La Iglesia lo venera en el número de los Santos Mártires, y le tributa un culto especial. De aquí en adelante ya no habrá diferencia entre el judío y el gentil convertidos, entre el romano y el scita, entre el griego y el bárbaro, el lobo y la oveja: tranquilos y confundidos pacerán, segun la expresion de Isaias, habiendo mudado de inclinaciones por la virtud poderosa de lo alto: ellos formarán un solo rebaño, oirán la voz de un solo

Pastor. ¡Y no son todos estos bienes efectos del perdón concedido por Jesucristo en la Cruz! ¡Oh muerte! ¡oh herida! ¡oh Sangre Preciosa del Redentor! Pero á semejanza de este divino modelo, estamos obligados nosotros absolutamente á perdonar á nuestros enemigos.

SEGUNDA PARTE

El Apóstol San Pablo da á entender, que los judíos no tuvieron ciencia cierta de que Jesucristo era Hijo de Dios. "Si la hubieran entendido, dice, (esto es, á la Sabiduría eterna,) nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria." Más excusable fué el pecado de los gentiles, por cuyas manos fué crucificado, segun dice San Beda, porque no tenían ciencia de la ley. Generalmente, todo el que peca obra con sobrada malicia é ignora hasta dónde llega la gravedad de su culpa. Mucho menos puede comprender el hombre el inestimable beneficio de la redencion que lo ensalza á ser heredero del Reino celestial. Por tanto, sin hablar de la obligacion de excusar á los enemigos sobre su ignorancia é inadvertencia, trataré del precepto de perdonarles su pecado en cuanto á su malicia que es inexcusable.

Manda un principio esencialísimo de la Ley natural, que no se haga á otros lo que no se quiere que se haga para sí. Por eso, explicándome bajo un concepto afirmativo, si queremos que todos nos perdonen, deberémos con la misma equidad perdonar á

todos. Luego que el inocente Abel fué asesinado por su hermano Cain, reprendió el Señor á este sanguinario fratricida con estas terribles palabras: "¿Qué has hecho! La voz de la sangre de tu hermano clama desde la tierra hasta mí." No dice que el justo Abel clamase por la venganza, pues habia perdonado á su hermano; tampoco que su sangre viva elevaba su voz á la justicia divina, sino mas bien su sangre muerta derramada injustamente sobre la tierra. ¡Oh primicia del amor! ¡oh heroico ejemplo de virtud! En el mismo estado de Ley natural, Lanée confesaba ingenuamente su culpa, por haber matado á un extraño en defensa propia. Y entre las densas sombras del gentilismo resplandece el Santo Job como un destello del Sol de justicia, aunque guiado por diferentes caminos. ¡Oh! los Sabeos y los Caldeos le matan sus pastores y lo despojan de sus bienes; lo que deja un incendio que abrasa sus mieses, derriba un huracan que sepulta hasta sus mismos hijos; su esposa lo insulta, sus amigos lo agravian, todos lo desprecian: de piés á cabeza es un leproso humillado por Dios, se ha hecho como un cadáver, como un espectro que infunde miedo en un muladar. Pero no murmura contra la Divina Providencia, no desea mal á sus enemigos. Con razon lo llama el Espíritu Santo, "varon simple," sin dolo, ó como se lee en el hebreo, varon íntegro.

Aunque en el tiempo de la Ley escrita no estaba ordenado expresamente á los hombres el perdón de los enemigos, si estaba comprendido en el precepto universal de amar al prójimo. Los judíos, á quienes Dios mandó destruir á las naciones enemigas é idólatras, abusaban de esta Ley, extendiéndola á las pri-

vadas enemistades. Sin embargo, siempre ha sido cierto, "que el que aborrece á su hermano, como dice San Juan, es homicida." ¿Quién pone en duda que Moisés rogó á Dios por el pueblo hebreo, su contradictor, después que adoró el becerro de oro! ¿Quién niega que al punto en que sentia éste en el desierto el castigo por su glotonería é ingratitude, aplacó aquel caudillo con sus oraciones la ira del cielo! Tambien Samuel dirigió incesantemente al Señor sus preces por un pueblo que le era muy contrario: "Lejos de mí, les decia, este pecado, que cese de orar por vosotros."

Mas Jesucristo, que se dignó darnos por sí mismo la Ley de Gracia y confirmarla con su ejemplo, nos dejó este precepto en el Evangelio: "Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y os calumnian." "Considera, dice San Pedro Damiano, el beneficio del Redentor: sus enemigos le aplican la hiel á la boca, los clavos á las manos, la lanza al costado; la boca, las manos y el costado ejecutaban por los enemigos." Con este ejemplo, pues, nos enseñó Jesucristo que tres cosas se han de suministrar á los enemigos, á saber; el corazon, la lengua y las manos. Con el corazon debemos amarlos, con las manos hacerles el bien y con la lengua rogar por ellos. La enemistad está en el corazon, cuando tenemos odio á alguno: en las acciones se persigue al prójimo atentando contra su honor, vida ú hacienda; en las palabras se le afige con descortesías, injurias, contumelias, censuras y manifestaciones de sus defectos. Habremos conseguido el triunfo, siempre que levantándose en nosotros tales sentimientos,

los ahoguemos con fuerza en nuestro mismo corazón desde su origen; y sin admitir una indiferencia indisciplinable, practiquemos el bien con las palabras y con las obras. ¡Felices nosotros si observásemos con perfección todas las partes de este mandato del Señor!

Para inculcarnos esta misma verdad, quiso Dios que nos constase en muchos lugares de la Sagrada Escritura, que sería muy largo referir. Por cuyo motivo, no ligándome á este medio y respetando la infalibilidad de los divinos testimonios, decídmme: ¡Los torrentes de piedras, para valerme de uno que otro pasaje del Nuevo Testamento, no le fueron dulces á San Estéban, no le granjearon una corona inmarcesible de gloria! ¡No salió de su boca en el perdon que pidió para sus adversarios, el tributo del César que cobraban á Jesucristo! ¡Ah! “Echó San Pedro sus redes sobre las aguas, según advierte San Ambrosio, y abrazó á Estéban, que ascendió el primero del Evangelio. Por éste estaba el mismo Jesus, quien sabia que en su boca se hallaba el precio de su censo: la oracion por los enemigos, esta era la moneda de oro, todo el censo de Cristo.” Una tradicion conservada por San Clemente Alejandrino nos instruye, que el acusador de Santiago el Mayor le suplicó el perdon quando lo llevaban al suplicio: el Santo Apóstol se detuvo un instante, le echó los brazos y le dijo: “La paz sea contigo:” poco despues tuvieron ambos la gloriosa oportunidad de consumir juntos su sacrificio. Consta en la Historia Eclesiástica que quando Santiago el Menor fué precipitado desde lo mas alto del templo, tuvo suficientes fuerzas para rogar á Dios de rodillas por sus asesinos. Todos los Apóstoles se alegraban de su-

frir contumelias y tormentos por el nombre de Jesus, y de vencer con el bien el mal hasta el fin de su vida. La multitud innumerable de mártires peleó contra el mundo con las mismas armas, sellando con su sangre la divina doctrina de su Maestro, y dándose á conocer por el mismo censo de la dignidad evangélica. Todos los santos y justos de todas edades, sexos y condiciones, atendieron á este blanco de la paz cristiana que sobrepuja todo sentido.

¡Qué mas me falta, que volver á admirar á Jesucristo, que diliere en la Cruz su sacrificio por el perdon de sus enemigos! ¡Ah! ya se ve que este era el punto principal de que dependia la aplicacion de su Sangre á la remision de los pecados. De preferéncia ruega á su Padre por ellos, antes de encomendar á Juan á María, y á María á Juan, y antes de poner su alma en sus manos. Por otra parte “pedia el perdon, asegura San Ambrosio, para demostrar la plenitud de la Ley que habia enseñado.” A nosotros corresponde cumplir esta misma Ley. “Corramos, como nos exhorta San Pablo, por la paciencia, poniendo los ojos en Jesus, autor y consumidor de la fé.” *Pater ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt.*

Consiguientemente, si no amamos á nuestros enemigos, si no les prodigamos beneficios y si no oramos por ellos, seremos semejantes á la abeja: este insecto, picando con su aguijon, y causando un breve dolor, pierde la vida. Es necesario perdonar para que Dios nos perdone: *Remittite, et remittetur vobis.* Baste este solo hecho consignado en la Historia de la Iglesia para reducirnos á nuestro deber. Saprício era conducido con la mayor constancia al lugar del martirio, pero

negó el perdón de una injuria á Nicéforo, que se lo pedía con instancia. ¡Qué desgracia! fué excluido del martirio y de la fé y sustituido á él Nicéforo. "No quede, pues, uno solo en este santo templo que no se reconcilie con su hermano, ó á lo menos tenga el ánimo preparado para hacerlo sinceramente. Es verdad que debemos aborrecer el pecado, en cuanto que es pecado, pero no á la persona que ofende. La primera palabra que habló nuestro Redentor Jesucristo en la Cruz, ha de ser la regla de oro de nuestras costumbres. Imitémosle, y podremos con la participacion de su bondad esperar ser algun dia herederos de su gloria. Así SEA.

SERMON

SOBRE LA

SEGUNDA PALABRA QUE PRONUNCIÓ JESUCRISTO

EN LA CRUZ

Hodie mecum eris in paradiso.
 "Hoy estarás conmigo en el paraíso."
 S. JACOBO, Cap. XXIII, v. 42.

Convenia á los designios de Dios, supuesto que Jesucristo se ofrecía á sí mismo en sacrificio por salvar á todo el género humano, que lo presenciase toda clase de personas, de sexos y condiciones. María, que "estaba en pie junto á la Cruz en actitud sublime, y en la elevacion de su alma," segun San Bernardo, obtenia el primer lugar en el órden de la redencion, como la criatura mas perfecta y privilegiada: la seguian despues otros justos que acompañaron á nuestro Salvador en su agonía y en su muerte, como el discípulo amado, María mujer de Cleofas, llamada hermana de la Santísima Virgen, y la fervorosa y contemplativa Magdalena. Los ladrones que fueron

negó el perdón de una injuria á Nicéforo, que se lo pedía con instancia. ¡Qué desgracia! fué excluido del martirio y de la fé y sustituido á él Nicéforo. "No quede, pues, uno solo en este santo templo que no se reconcilie con su hermano, ó á lo menos tenga el ánimo preparado para hacerlo sinceramente. Es verdad que debemos aborrecer el pecado, en cuanto que es pecado, pero no á la persona que ofende. La primera palabra que habló nuestro Redentor Jesucristo en la Cruz, ha de ser la regla de oro de nuestras costumbres. Imitémosle, y podremos con la participacion de su bondad esperar ser algun dia herederos de su gloria. Así sea.

SERMON

SOBRE LA

SEGUNDA PALABRA QUE PRONUNCIÓ JESUCRISTO

EN LA CRUZ

Hodie mecum eris in paradiso.
 "Hoy estarás conmigo en el paraíso."
 S. JACOBO, Cap. XXIII, v. 42.

Convenia á los designios de Dios, supuesto que Jesucristo se ofrecía á sí mismo en sacrificio por salvar á todo el género humano, que lo presenciase toda clase de personas, de sexos y condiciones. María, que "estaba en pie junto á la Cruz en actitud sublime, y en la elevacion de su alma," segun San Bernardo, obtenia el primer lugar en el órden de la redencion, como la criatura mas perfecta y privilegiada: la seguian despues otros justos que acompañaron á nuestro Salvador en su agonía y en su muerte, como el discípulo amado, María mujer de Cleofas, llamada hermana de la Santísima Virgen, y la fervorosa y contemplativa Magdalena. Los ladrones que fueron

crucificados á derecha é izquierda de Jesus, representaban á los pecadores, los habitantes de Jerusalem al pueblo judío, y los soldados romanos al pueblo gentil. Allí habia Sacerdotes y Doctores de la Ley antigua, que eran los Fariseos: allí estaban significados los Sacerdotes de la Ley de gracia, en la persona de San Juan, quien ejercia al propio tiempo que se otorgaba el inestimable Testamento evangélico, las funciones de Escribano público, de gran Canciller de la Iglesia y de testigo de escepcion. Allí habia Magistrados, hombres poderosos y opulentos, como los príncipes de los judíos, el Centurion, los Escribas y Senadores conocidos por tales: allí habia un inmenso pueblo de dentro y fuera de Jerusalem, y cuyos concurrentes hablaban respectivamente todos los idiomas.

Nada he dicho, sin embargo, de un solo pecador convertido. ¡Oh! esta gloria únicamente estaba reservada al Buen Ladron, al mas ilustre de todos los penitentes. Apenas oyó á Jesucristo pedir al Padre el perdón para sus enemigos, cuando imponiendo silencio á los blasfemadores, y aun á su mismo compañero, le dijo: "Tú, ni aun temes á Dios estando condenado al mismo suplicio." Confesaba asimismo los delitos de ambos, y reconociendo la inocencia de Jesus y su soberanía, clamaba: "Señor, acuérdate de mí, cuando llegares á tu reino." Jesus le respondió: "Hoy estarás conmigo en el paraíso."

Mas, ¡oh gran Dios! dispensad mi temeridad en preguntaros, si acaso falto al acatamiento que se debe á vuestra excelsa majestad. ¡Tan pronto se ha mudado el negro corazon de un facineroso en un corazon

mas blanco que la nieve! ¡Un ladron es el único orador que en el Calvario defendiendo la causa de vuestro Hijo Jesucristo, desde la tribuna de su Cruz! ¡Oh misericordia infinita! ¡Oh sabiduría divina que confundes los necios pensamientos del mundo! ¡Oh humildad inaudita que cubres de vergüenza á los soberbios! Notad, señores, en las cortas palabras de este venturoso ladron, cómo cree, cómo espera y cómo ama en brevísimo tiempo; imposible es comprender los efectos de la gracia que inunda su espíritu. En la corona de espinas del Señor Jesus ve la corona imperial, en su desfallecimiento el poder, en su Cruz el triunfo, y en su muerte el reino celestial. Jesucristo le jura que le ha perdonado sus pecados, y que está justificado; que las puertas del cielo están para él abiertas, y que gozará antes de acabarse aquel día de las eternas recompensas: *Hodie mecum eris in paradiso.*

Con ocasion de haber anunciado Jesucristo á sus discípulos la ruina de Jerusalem y el juicio final, les decía: "Entonces dos se hallarán en un campo, el uno será tomado y el otro abandonado: dos mujeres irán á moler al molino, una será tomada y la otra abandonada." Esta misma profecía se cumplió con toda perfección en el Calvario, aun antes de aquellas grandes catástrofes, en las personas de los dos malhechores que fueron ejecutados; el uno fué gratuitamente perdonado, y el otro justamente condenado: el uno es el digno modelo de los pecadores arrepen- tidos, y el otro es el horrible retrato de los pecadores obstinados. Ya se ve que el Supremo Juez que pendia del leño, comenzaba desde este tribunal á

juzgar y á decidir de la suerte futura de los hombres. Aquel pecador del Estado de la Ley antigua, y justo de la Ley nueva, llamado comunmente San Dímás, casi á un tiempo recibió los dones de gracia y de gloria, porque fué lavado con la Sangre del Cordero en el acto mismo de su inmolacion. A su ejemplo, aunque de diverso modo, lograrán los demas pecadores dóciles á los impulsos celestiales, y por los merecimientos del Redentor, su salvacion. Hé aquí, pues, el objeto que he escogido entre las lecciones sublimes y doctrinas abundantisimas que contiene la segunda palabra que pronunció Jesucristo en la Cruz. Interpongo vuestra mediacion, ¡oh Virgen Inmaculada! para que me socorrais con el auxilio del Espíritu Santo, á fin de excitar á mis oyentes al amor de la penitencia: Madre sois de pecadores, por lo que humillados, os obligamos á acceder con la salutacion del Ángel. Ave María.

"Hoy estaré conmigo en el paraíso."
S. LUCAS, cap. y vers. citados.

¡Cuánto júbilo no derramaría en el alma del Buen Ladrón, como vuelto momentaneamente de una vida del todo perversa á una vida del todo santa, la promesa de Jesucristo: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso!" Entregado á las mas profundas y serias reflexiones de su espíritu é inflamados afectos de su abrasado corazón, se regocijaria con mayor motivo que David, y prorumpiria allá adentro de sus elevados y rectos pensamientos: "En la tribulacion invoqué al Señor, y el Señor me oyó con anchura." No se

ha concedido tanto á todos los demas pecadores que se han justificado, ó á lo menos no se sabe que se hayan trasladado algunos sin dilacion del perdon de sus maldades á la region dichosa de los vivos. Los Zaqueos, los Pablos, Magdalenas, Agustinos, y otros innumerables, se ejercitaron muchos años en obras de mortificacion y de piedad, para alcanzar la bienaventuranza. Mas dos cosas realzan principalmente en la conversion de San Dímás, que estamos obligados á imitar: su heroica penitencia, en virtud de la entera confianza con que se entregó en los brazos de la infinita misericordia del Salvador, y el glorioso fin con que fué premiado. De aquí es, que debe el pecador atender y copiar en sí este mismo ejemplo propuesto por Dios para muchos: Lo primero: En una prudente confianza para santificarse por los méritos de Jesucristo: Lo segundo: En el éxito feliz de esta confianza con que la recompensará Jesucristo. Prestadme, como lo requiere la importancia de estos puntos, vuestra atencion.

PRIMERA PARTE

Todo lo que pierde el pecador en el orden moral con una falsa, vana é imprudente confianza, gana el que pone en la divina bondad una verdadera, diligente y sólida confianza. Aquella sin contar con los propios méritos, se atiene solamente á los de Jesucristo; ésta obrando con la eficaz cooperacion del sugeto, lo sostiene con la virtud que dimana de la Sangre pre-

ciosa de Cristo: aquella precipita al hombre á los mayores vicios y le acarrea su eterna perdición; ésta le granjea las mayores virtudes y lo traslada á la vida eterna. No menos se opone á su felicidad la desconfianza, que es un vil temor y cierta especie de blasfemia contra Dios. En fuerza, pues, de estos principios fácilmente se conoce, que para justificarse el pecador con una penitencia saludable, se le hacen necesarios los actos de contrición, confesion y satisfaccion con el auxilio de la gracia.

“El acto de contrición se puede hacer en un momento ó con dos rápidas miradas, como asegura San Francisco de Sales: la una hácia nosotros detestando el pecado, y la otra hácia Dios prometiéndole la enmienda y esperando lograrla con su auxilio.” Ambas resplandecen de un modo admirable en la conversion piadosa y edificante del Buen Ladrón, hecha en las circunstancias mas difíciles de su desamparo, y en medio de los mas crueles dolores. En el fondo de su alma no solamente reconoce su propia bajeza, sino tambien las negras manchas de sus crímenes: se acusa y publica delante de un numeroso concurso que lo escucha, sus abominables delitos: “Nosotros, dice al mal ladrón su compañero, estamos condenados con justicia.” Mas su propósito firme de enmienda y su esperanza en los socorros sobrenaturales, están descritos con claridad en estas palabras que enderezó humildísimamente á Jesus: “Señor, acuérdate de mí cuando llegares á tu reino.” En fin, la detestacion de sus culpas lleva el sello del temor de Dios, que es un principio de su amor,” como dice el Eclesiástico. Ved, cristianos, cómo debe formarse el dolor que requiere

el Sacramento de la Penitencia. ¡Oh! imitando al Buen Ladrón en el sincero reconocimiento de su mal estado, en la firme resolucion de nunca mas pecar, y poniéndose bajo el amparo misericordioso del Señor. Entonces comprenderá que tiene un odio vehemente al pecado y clamará con David: “Contra tí solo pecqué, y en tu presencia cometí mi delito.” Su dolor reunirá las condiciones de interno, sobrenatural, sumo, universal, y nacerá de un principio de amor á Dios. Es verdad que no siempre el dolor es perfecto, el cual se llama rigurosamente contrición é incluye en sí el voto de la confesion; pero bastará á lo menos el imperfecto ó de atrición junto con la absolucion sacramental.

¡Qué mas! ¡Qué cosa mas honrosa y mas digna de alabanza!... ¡Ah! tu confesion. ¡Oh afortunado malhechor! fué en extremo verdadera, íntegra, dolorosa y obediente. Hubieras querido confesar con una sola palabra todos y cada uno de tus pecados á Jesucristo, y ante el pueblo judío, á quien eran públicos: *Et nos quidem iuste, nam digna factis recipimus.* Pero el Señor, que veía los senos profundos y ocultos de tu prontísimo corazón, sabía que todas tus disposiciones eran ingenuas: desde la eternidad previó que habías de estar compungido con los gemidos inexplicables del Espíritu Santo, y que como reo habías de ejecutar con resignacion las órdenes del cielo: *Domine memento mei dum veneris in regnum tuum.* ¡Y cómo no deberá el hombre, una vez que perdió la inocencia, caminar por sus huellas! ¡Ah! ¡feliz el que llegare á este estado, porque podrá hablar á nuestro Dios como el gran Profeta David!: “Dije: Confesaré contra

mi al Señor mi injusticia: y tú perdonaste la impiedad de mi pecado." Está, pues, en el caso indispensable y necesario de revelar en el Santo Tribunal de la Penitencia todas sus culpas: es decir, con una confesión verdadera y no falsa, sincera y no mentirosa, clara y manifiesta, sin doblez, sin dolo, sin ficción, sin engaño: con una confesión entera de todos los pecados ciertos ó dudosos, conforme se reconozcan en la conciencia, porque el Ministro del Sacramento, que hace de Juez, no puede dar la sentencia sin conocimiento de causa: con una confesión humilde y con rubor, que es un sacrificio agradable á Dios para el perdón, como enseña el Angélico Doctor Santo Tomás. Ningun trabajo cuesta confesarse culpable en general, ó descubrir á muchos algunos defectos; pero declarar al confesor en particular cada uno de los pecados con toda su malicia y circunstancias, esto sí es vergonzoso y arduo: últimamente, con una confesión sumisa ó obediente, resuelto á practicar los consejos saludables del sacerdote y á cumplir las obras satisfactorias que le imponga.

Contemplad ahora, ¡oh fieles! que tres víctimas fueron sacrificadas á un tiempo en el Calvario, una á la justicia divina y dos á la justicia humana. Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, se ofreció á sí mismo en holocausto á la justicia de su Eterno Padre, para expiar los pecados de todos los hombres y reconciliarlos con su Criador: los dos criminales, cuyo condigno castigo exigía la vindicta pública y á quienes entregaba á la muerte el tribunal de los judíos. ¡Oh cómo se distinguen uno de otro y qué suerte tan diversa los divide infinitamente! jamás se volverán á acompañar

ni en esta vida ni en la futura: al Buen Ladron le sirvió su Cruz de escala para subir al cielo, y al mal ladron le sirvió su Cruz de escala para descender á los abismos. No, no es ya enemigo de Dios y de los hombres el que clama á Jesus con un corazón contrito y humillado, lo defiende en su desamparo y lo reconoce inocente: aunque es cierto que hace de la necesidad virtud, trueca con indecible hurto, por decirlo así, sus penas y dolores en méritos; desarma al brazo vengador del Supremo Juez, lo aplaca y lo satisface. ¡Con qué paciencia, con qué gozo vió quebrárselo las piernas, no para quedar libre de sus tormentos, sino para estar, según los ardientes deseos de San Pablo, con Jesucristo! Esta satisfacción que dió á Dios hasta su muerte, bien que duró pocos momentos, obtiene por la intension de su caridad todas las notas y caracteres esenciales de perfecta y de ejemplar. Conforme á este dechado le incumbe al pecador la obligación, después de recibido el Sacramento de la Penitencia, de cumplir con los santos ejercicios que aconsejaba el Arcángel San Rafael á Tobías, "de la oración, de la limosna y el ayuno." La tristeza que es según Dios, dice la Sagrada Escritura, produce una penitencia permanente para conseguir la salvación." Si conviene "orar sin intermisión," como dice el Evangelio, importa mucho más la oración mandada por penitencia, para compensar al Señor por la pena temporal: si es necesario padecer siempre con Cristo y llevar la cruz de los trabajos merecidos, es aun más necesario aceptar las mortificaciones del cuerpo y del espíritu, y sufrirlas con agrado para lograr la parte integral del Sacramento: si obliga en todo tiempo el precepto divino

de dar limosna segun las diversas exigencias de los menesterosos, obligan con mas razon las obras de misericordia, tanto espirituales como corporales con que liga el confesor al penitente.

Todavía me resta, siguiendo el mismo paralelo, hablaros de la eficacia de los méritos de Jesucristo, por los que se justifica el pecador. ¡Oh! el Divino Crucificado concedió en el mismo día de su muerte el paraíso al Ladrón, "porque queria mostrar, dice San Juan Crisostomo, el poder de la Cruz y la virtud de su sangre. Al pronunciar estas laónicas palabras: "Hoy estarás conmigo en el paraíso," le desató los lazos del pecado, le impartió la gracia y le certificó de su glorificación." Pero solo podia usar exclusivamente de esta forma singular de prodigios el mismo Autor de los Sacramentos, y ninguno otro: aquí el Sacerdote Eterno recibió por sí mismo la confesion de un delincuente, estableciendo desde luego el juicio de reconciliacion entre los transgresores y un Dios ofendido, y aplicándole la virtud infinita de sus padecimientos. No es ya el Ladrón Dimas la piedra de escándalo en que tropiezan los pueblos, sino la antorcha que guía nuestros pasos en el camino de la salud. ¡Oh penitencia! ¡Oh conversion! ¡Oh feliz reo crucificado! El ministro, pues, que hace las veces de Jesucristo, profiere la forma de absolucion sobre el pecador arrepentido en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y al punto desaparecen todas las manchas de su alma, como si nunca hubieran sido: por la potestad del sacerdocio y por la jurisdiccion que le da la Iglesia, toma de las aguas vivificantes de las fuentes del Salvador todo lo que ha menester para subvenir sus

necesidades. Y es tan poderosa esta forma de absolver, por la comunicacion de la sangre derramada del Cordero, que aunque se recibiera una sola vez, con tal que el sugeto del sacramento no pusiera en adelante algun obstáculo, le llevaria de virtud en virtud con los copiosos frutos de penitencia como sucedió en algunos santos. ¡Oh admirable redencion, exclamaré absorto, en las piedadades del Señor! ¡Oh sacrificios preciosos de mortificacion y de humildad! Pero si esta firme confianza que he encarecido, conduce al hombre á su santificacion, no menos le hace reportar una victoria celestial.

SEGUNDA PARTE

Sentado Jesucristo sobre un monte enseñaba á sus discípulos la admirable doctrina de las ocho bienaventuranzas, y en la sexta les ponderaba así la felicidad de los justos: "Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios." La pureza del corazon tiene tres grados, por los que asciende el hombre á la mayor perfeccion: el estado de gracia ó de vida purgativa, en que hallándose libre de toda mancha de pecado mortal y de todo afecto al pecado venial, reina en él el amor de Dios: el estado de virtud ó de vida iluminativa en que se han extirpado los malos hábitos y se han sustituido otros buenos: el estado de santidad ó de vida unitiva, en que despegado el corazon de todas las criaturas está unido solo á Dios. No fué necesaria en el Santo Ladrón la penitencia de muchos

años, sino la de pocos instantes empleados con grande arrepentimiento y fervor, para gozar como justo confirmado del sumo bien; y nadie que tenga la mas mínima impureza podrá jamas entrar en el cielo, sin purgarse antes por las llamas del purgatorio hasta la perfecta union con el Dios de santidad. Entouces se consigue el último y mas principal efecto de la redencion, que es la vida de la gloria y que llena todas las poteneias del alma; al entendimiento con la vision de la divina esencia, y á la voluntad con la fruicion y el amor beatífico. "Somos compelidos á confesar, dice San Agustín, que fué criado el hombre para entender el sumo bien; para amarlo entendiéndolo; y para gozar de él amándolo." Voy á profundizar esta doctrina.

"Sabemos, segun el Apóstol San Juan, que cuando se manifestare Jesucristo en su gloria seremos semejantes á él, porque le veremos como es en sí." En todo el tiempo de la vida presente, acostumbrados á recibir nuestros conocimientos por las impresiones de las cosas sensibles y materiales, no podemos formarnos una idea clara de la bienaventuranza: sus bienes, sus delicias, sus alegrías y sus dulzuras no las comprenderemos mientras estemos revestidos de esta carne mortal, como dice San Pablo: "El ojo no vió, ni la oreja oyó, ni el corazón del hombre concibió lo que Dios ha preparado para aquellos que le aman." Si nos representásemos con una rápida mirada ese cielo adornado de innumerables estrellas, aun mayores algunas de ellas que esta esfera en que habitamos, y atendiésemos juntamente sus diversas posiciones, giros y resplandores; si nos detuviésemos á registrar el

fondo de los mares que mantienen una multitud prodigiosa de peces de diferentes tamaños y figuras; si elevásemos el vuelo de nuestro entendimiento á las variadas y vistosas especies de aves que nadan en los aires; y si recorriésemos en nuestra imaginacion toda la tierra, todos los hombres, los animales, los insectos, los árboles, las plantas y todos sus encantos, habríamos podido ver solamente una débil sombra de la belleza del paraíso. Si trajésemos á la memoria la Jerusalem celestial con todas sus dimensiones, como la describe San Juan en el Apocalipsi y la anunciaron semejantemente los Profetas Isaias y Ezequiel, cuyos muros son de piedra de jaspe, sus fundamentos de toda clase de piedras preciosas, y la ciudad de oro puro semejante á un vidrio limpio; cuyas doce puertas son doce perlas y cada puerta hecha de una de estas perlas; cuya plaza es de oro puro como vidrio trasparente, y la lámpara de ella es el Cordero; cuyo rio de aguas de vida brota al pié del trono de Dios y del Cordero, y riega en medio de su plaza el árbol misterioso y de sanidad que produce doce frutos, habríamos podido ver solamente una débil sombra de la belleza del paraíso.

Pero ¡ah! que en el lugar mas eminente del último cielo ó de esta excelsa ciudad, y donde Dios reunió todos los rasgos de su belleza, de su poder y de su gloria, residen con toda su majestad el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Mirar á Jesucristo en su sagrada humanidad, mirar á su Purísima Madre mas bella que todos los habitantes del Empíreo; contemplar á los bienaventurados espíritus, y hallarse presente entre los coros de incontables Angeles; no hay duda que

es grande y señalada dicha, pero estos son los menores bienes de aquella patria predilecta y suspirada. La mayor felicidad consiste en ver á Dios cara á cara, en sustentarse con el alimento de la vision de la divina esencia, y en la union de nuestro entendimiento mediante el lúmen de gloria á su último fin; vision indisoluble, vision suavísima, dulcísima é inefable que prometió el Señor en recompensa á Abraham y á todos sus descendientes segun la fé: *Ego ero merces tua magna nimis.*

“Oh tú, vida bienaventurada, exclamaré con San Agustín! ; Oh tú, vida bienaventurada, que preparó Dios á los que lo aman! vida que da vida, vida feliz, vida segura, vida tranquila, vida hermosa, vida pura, vida casta, vida santa. . . . Vida donde el amor es perfecto, el temor ninguno, el dia eterno, y uno solo el espíritu que á todos anima.” Y ciertamente, si “el que permanece en la caridad, permanece en Dios y Dios en él,” como dice San Juan, ¿cuál deberá de ser la mutua comunicacion de amor entre el Criador y sus escogidos en aquel reino celestial! Entonces, desapareciendo las virtudes de fé y esperanza con sus actos, se inflamará y embriagará el alma con el fuego divino en tanto grado, que con toda su fuerza y siempre actualmente se dirigirá á Dios. Mas como el órden de la caridad subsiste en la patria, como prueba el Angélico Doctor, amaré el hombre á Dios principalmente, como á sumo bien y fuente de toda justicia y santidad, olvidándose de sí mismo, absorto y confundido en su infinita grandeza: se amaré á sí mismo admirado y satisfecho, sin hastío ni disgusto de participar tan inmensa felicidad: amaré á todos los

ángeles y santos como asociados á reinar y obtener en su compañía una inmarcesible corona: amaré y se gozará de la suerte feliz de sus parientes, amigos y prójimos: amaré á su cuerpo, que aunque de la misma naturaleza que ahora, se derivará á él la gloria del alma por cierta redundancia. ; Qué importan las tribulaciones, la pobreza, las enfermedades, las persecuciones, las desgracias, los dolores y la misma muerte! ; Qué valen para lograr engolfarse en aquel mar de eternos goces! ; Qué son todas las obras de mortificacion y de virtud comparadas con el eterno descanso! ; Ah! una pequeña moneda con que se negocia una ganancia incomprensible: *Non sunt condignae passionis hujus temporis ad futuram gloriam quae revelabitur in nobis.*

Por último, el destino de salud en extremo agradable que ocupan todos los brazos y vástagos de la estirpe eterna ó herederos de la nueva Sion, ya lo habia anunciado el Señor con este rasgo por boca de su Profeta Isaias: “Yo voy á hacer correr sobre ella como un rio de paz.” Y mas adelante: “Veréis, y vuestro corazon se alegrará, vuestros huesos se vivificarán como la yerba.” A la vision intuitiva é íntima del alma con el ser divino, y al amor perfectísimo con que se une á Dios, le acompaña la fruicion ó delectacion de la voluntad que descansa en el sumo bien ya conseguido. ; Ah! un gozo de gozos la embriaga y la sacia sin fastidio, bebiendo tranquilamente en copa segura del torrente de deleites de la Divinidad. “En aquella patria feliz dice San Bernardo, nada hay que pueda desagradarte, y se halla todo cuanto puedas desear.” “Es la gloria, dice San Próspero, un felici-

simo estado, donde se halla la seguridad cierta, la paz segura, la alegría pacífica, la eternidad dichosa, y eterna la felicidad." Aun al cuerpo se le comunicarán de las delicias del espíritu, haciéndole incorruptible, resplandeciente como el sol, impenetrable, mas ligero que el águila, inmortal, hermoso, robusto y sano. ¡Qué alegría tan pura, además del premio esencial, sentirán los Santos Mártires, coronados en el alma y en el cuerpo con la aureola de fortaleza, por haber triunfado hasta la muerte del mundo! ¡Qué placer para los Santos Doctores, llevar sobre sus cabezas la aureola de sabiduría y doctrina con que vencieron los ataques acérrimos y formidables del demonio! ¡Qué dulce complacencia para las Santas Vírgenes, ceñirse sobre sus hermosas sienes la aureola cándida del pudor y de la integridad que ganaron contra la carne! En fin, abundan y se aunan fruiciones, honras y premios indecibles, donde reside de asiento la fuente de la vida; brillan luces vivísimas, reflejos y colores nunca vistos, donde se deja percibir sin enigmas la luz increada.

Bien dijo á mi propósito el Apóstol San Pablo, cuando delineó en dos palabras la vida de la gracia y de la gloria, como efectos principales de la pasión de Cristo: "Teneis vuestro fruto en la santificación, pero el fin es la vida eterna." El sacrificio cruento que ofreció Jesucristo en el ara de la Cruz, produce los admirables bienes de la justificación del pecador con sus humillantes actos, privaciones y méritos, y lo conduce dichosamente hasta la vista clara de Dios con los goces inexplicables del espíritu y del cuerpo. ¡Qué es lo que dió el Divino Salvador en el Calvario

al Ladrón, que arrepenitido confesó su pecado! ¡Ah! el perdón, la gracia, la santidad y la bienaventuranza. "Yo me admiro, decía San Agustín, que la primera piedra que ha puesto Dios en el edificio de la Sion celestial, sea un ladrón: que la primera vez que Dios abrió las puertas de su gloria, fué para un pecador que había blasfemado de su nombre." Asimismo están asentadas y distribuidas con armonía, otras muchas piedras mas ó menos grandes, preciosas é inestimables, sobre la montaña santa, que embellecen la mansion esplendorosa del paraíso. *Hodie mecum eris in paradiso.*

Nosotros deberémos seguir á Abraham, á quien se apareció el Dios de la gloria, diciéndole: "Deja tu país y tu parentela, y ven á la tierra que te mostraré." Pero así como él salió del país de los Caldeos y fué á habitar en Canaan, de la misma manera estamos obligados á desprendernos de todos los afectos terrenos, y á dejar la Mesopotamia engañosa de acá abajo, para vivir en la tierra de promisión: "Por la misma escala de la Cruz por donde Cristo hizo subir al Ladrón, levanta Dios á los hombres, dice San Agustín, de la mayor miseria á la mayor felicidad." Ningun pecador por obstinado que sea, desespere de la infinita misericordia de nuestro Redentor: antes bien arrójese confiado á sus amorosos brazos. El que perdonó al ladrón con tanta prontitud, quiso dar confianza á los verdaderos penitentes, para que lo invoquen de corazón, y los salve. Imitemos, pues, al esclarecido Dimas en su heroica penitencia, confesémos todos nuestros pecados á los piés de un Sacerdote, alabemos

el nombre del Señor así en las tribulaciones como en las prosperidades, y oírmos en la hora de la muerte, de boca de nuestro compasivo Padre, Juez y justo Remunerador: "En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso."

ASÍ SEA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON

SOBRE LA

TERCERA PALABRA QUE PRONUNCIÓ JESUCRISTO

EN LA CRUZ

Eccc Filius tuus... ecce Mater tua.
"He ahí a tu hijo... he ahí a tu madre."
S. Juan. Cap. XIX, v. 27.

Ved aquí, señores, en dos palabras propuestos por Jesús grandes misterios, y franqueados extraordinarios medios de salud espiritual al hombre. Ellos brillan como astros luminosos en el hermoso cielo de la angusta cualidad de María Madre de Dios, considerada aún como Madre de los fieles; ellos reflejan en estos como en un espejo su agradable claridad, merced á la dichosa tutela de hijos adoptivos de tan tierna Madre. Nos sería muy extraño que el Redentor la designe en la Cruz con el nombre de mujer y no con el de madre, si no supiéramos que siempre ha sido llamada por él mismo en las Sagradas Escrituras con tal nombre. Así como Jesucristo siempre

el nombre del Señor así en las tribulaciones como en las prosperidades, y oírmos en la hora de la muerte, de boca de nuestro compasivo Padre, Juez y justo Remunerador: "En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso."

ASÍ SEA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON

SOBRE LA

TERCERA PALABRA QUE PRONUNCIÓ JESUCRISTO

EN LA CRUZ

Eccc Filius tuus... ecce Mater tua.
"He ahí a tu hijo... he ahí a tu madre."
S. Juan. Cap. XIX, v. 27.

Ved aquí, señores, en dos palabras propuestos por Jesús grandes misterios, y franqueados extraordinarios medios de salud espiritual al hombre. Ellos brillan como astros luminosos en el hermoso cielo de la angusta cualidad de María Madre de Dios, considerada aún como Madre de los fieles; ellos reflejan en estos como en un espejo su agradable claridad, merced á la dichosa tutela de hijos adoptivos de tan tierna Madre. Nos sería muy extraño que el Redentor la designe en la Cruz con el nombre de mujer y no con el de madre, si no supiéramos que siempre ha sido llamada por él mismo en las Sagradas Escrituras con tal nombre. Así como Jesucristo siempre

se llamaba á sí mismo Hijo del hombre, por haber sido prometido al primer hombre, así también María fué conocida desde el principio del mundo por la mujer que habia de quebrantar la cabeza á la serpiente. Ya habia pedido nuestro Amabilísimo Bienhechor, pendiente del madero, el perdón para sus enemigos; ya habia decretado en él como en un tribunal, la sentencia del reino á favor del Ladrón arrepentido. Le restaba todavía encomendar á María el piadoso legado de Juan, y dejarlo consignado á la posteridad en la inimitable plana de su Testamento eterno; "le restaba todavía diferir la salud pública, como dice San Ambrosio, para no dejar deshonrada á su amante Madre." Elijando, pues, en ella sus ojos casi apagados, y señalando á Juan, abre sus labios palpitantes, y la dice con voces esforzadas y respetuosas: "Mujer, hé ahí á tu hijo." Y volviendo un poco su cabeza llagada y dolorida hácia el discípulo amado, añade: "Hé ahí á tu Madre."

Pero María que comparaba en su corazón todas las palabras de Jesucristo, ¡cómo no sentiria en sí el mas vehemente dolor, al subrogarle un hijo extraño su mismo Hijo natural? Por eso exclama San Bernardo: "¡Oh palabras penetrantes mas que una agudísima espada! ¡Cómo no habian de traspasar el alma de mi Señora, cuando solo el recordarlas quebranta mi corazón de compasión y de lástima, aunque sea mas duro que piedra! ¡Cómo no habia de sentir la pena mas viva y mas amarga, al ver que antes de la muerte del Hijo, quedaba ya sin él, y que se le daba Juan en su lugar, el siervo por el Señor, el discípulo por el Maestro, el hijo del Zebedeo por el Hijo de Dios vi-

vo, una pura criatura por el Criador de los cielos y de la tierra! ¡Oh conmutacion! Entonces, pues, recibió en su bendita alma la herida mas profunda, entonces la abrasó con todas sus fuerzas el fuego de la tribulacion." Sin embargo, sumergida como estaba en un piélago de penas, ¡cercenias, cristianos, que desatenderia al hijo adoptivo! No por cierto; antes bien al punto que oyó las últimas expresiones, que por despedida le habló su Unigénito, las tuvo por un precepto. Por otra parte, sin perjuicio de la singular prerogativa de San Juan, este hijo, este solo discípulo representaba, según el comun consentimiento de todos los Santos Padres, á la Iglesia naciente, á todo el cuerpo futuro de los fieles. Así es, que la obsecuentísima Virgen siempre ha ejercido con ellos los oficios de Madre, á par que los verdaderos discípulos de Jesus la han amado siempre con el afecto de un hijo.

¡Y Quién fué, pregunto yo, el que infundió en María y en la Iglesia estos piadosos sentimientos de ternura y de amor! ¡Oh bondad infinita del Señor! ¡Oh admirable dignacion del Excelso! ¡Oh felicidad incomparable! ¡Qué desemejante es esta Soberana Madre, ó por mejor decir, qué contraria á todas las demas madres! Ella concibió corporalmente al Hijo natural de Dios por obra del Espíritu Santo, y lo dió á luz en el portal ruinoso de Belen, sin dolor y sin lesion de su virginidad; éstas conciben como Eva á sus hijos carnales, de un modo comun, y los paren con dolor. Ella, entre los dolores del Calvario engendró espiritualmente al hijo adoptivo, y lo produce á la vez en santidad y justicia, por la sola virtud del Altísimo;

éstas adoptan á los hijos ajenos en medio de las comodidades, del sosiego y del regocijo, y muchas veces los desprecian y abandonan. ¡Mas, adónde voy! ¡Ah! He llegado á tocar en general por todo lo expuesto, segun me parece, este asunto: "Si fué mútua la donacion hecha por el Testador agonizante en la Cruz, debía tambien ser mútua la correspondencia de confianza y de caridad en los mismos donatarios." Virgen Dolorosa! bien podemos decir que Vosis sois nuestra Madre y nosotros vuestros hijos. En tal supuesto, y por vuestra poderosa intercesion, solicito en este instante un rayo de luz del Divino Espírita, para continuar vuestra alabanza y tributar en alguna manera gloria á Dios. **A**ve María.

"Hé ahí á tu hijo... hé ahí á tu Madre"
S. Juan, cap. y vers. citados.

"Jesucristo, segun afirma el Apóstol, es la Cabeza de la Iglesia de quien todos somos miembros." Tambien María puede llamarse, con verdad, como el corazon de este compuesto prodigioso. Pues bien, así como del corazon se derrama y circula la sangre por la cabeza y por todo el cuerpo humano, en un continuo movimiento, así tambien la Sangre Purísima de María circula en las venas de su Unigénito, porque de ella fué formado en su casto vientre, y no es sino una sola en ambos: por lo que respecta á todos los miembros de este cuerpo místico, que son los fieles, corre en ellos esta propia Sangre, ó materialmente por la recepcion de la Eucaristía, ó espiritualmente por la virtud y eficacia de la redencion. Si Jesucristo,

pues, dijo á María: "Hé ahí á tu hijo," y al discípulo: "hé ahí á tu Madre," designó consiguientemente la reciprocidad de afectos y comunicaciones. A María le dió el corazon de Madre para con la Iglesia, y á la Iglesia el corazon de un hijo para con María. No necesito mas para deducir estos dos breves puntos: Primero: Los oficios de la filiacion de la Iglesia hácia María; Segundo: Los oficios de la maternidad de María hácia la Iglesia. Quiero seguir en todo el mismo órden de partes de la tercera palabra que pronunció Jesucristo en la Cruz: prestadme vuestra atencion.

PRIMERA PARTE

Por derecho natural y divino, están obligados los hijos á prestar á sus padres los buenos oficios de obediencia, amor y respeto. Jesucristo, el Hijo único de Dios, la sabiduría eterna, el Salvador de los hombres, se sujetó á obedecer á un hombre y á una mujer; á María, digo, su Madre natural, y al Señor San José, su padre putativo. De su vida escondida que duró desde la edad de doce años hasta la de treinta, solo sabemos que los amaba, los respetaba y los honraba. *Et erat subditus illis.* ¡Qué ejemplo! ¡Qué modelo! Y como el vinculo de hijo lo trasladó á San Juan, y en su persona á toda la Iglesia, aquel predilecto discípulo amó á María y la alimentó despues de la muerte de Jesus, por todo el resto de su carrera mortal. No es mi intento hacer hoy el panegrico de la águi-

la de los Evangelistas, sino mostrar á la Santa Iglesia en todas sus siete edades, como verdadera hija de María. Voy á comenzar.

Después de que Jesucristo selló con su Sangre en el árbol de la Cruz la alianza con su Iglesia, habla de él en la primera edad esta su Santa Esposa, exclamando con la primera palabra alegórica y profética del Libro del Cántico de los Cánticos: “; Dígnese darme un ósculo con su boca!” El Esposo se había asentado de la tierra por su Ascension á los cielos, pero la Iglesia estaba siempre abrasada del deseo de su venida para unirse con él eternamente. “Soy negra, dice, pero hermosa... soy negra, porque el sol me ha quemado con el ardor de sus rayos.” ¡Oh! estaba de algun modo ennegrecida en los tres primeros siglos de carnicería y de sangre por los ardores del fuego de las tribulaciones; pero entonces no era menos bella, hermosa y amada de su Esposo. ¡Y no fueron los generosos mártires y justos de este tiempo las primicias del holocausto del Calvario! ; No fueron tambien los sobresalientes y distinguidos afectos de ternura y gratitud con que complació la Iglesia á María! ; Ah! Tantos laureles, tantas palmas, tantos perfumes en olor de suavidad, pertenecian en gran manera á la Madre de Dios y de los hombres. Las victorias de Jesucristo son proporcionalmente las victorias de María. Ella habia instruido á los Apóstoles, dirigido la pluma de los Evangelistas y educado á los fieles en su misma persona mientras vivió sobre el haz de la tierra.

En la segunda edad continúa hablando la Esposa: “Yo descanso bajo de la sombra del que tanto habia deseado.” Gozó de libertad y de paz la Iglesia des-

pues de las persecuciones de los tres primeros siglos con la proteccion que Jesucristo le proporcionó en el poder de los príncipes cristianos. Entonces se dejó ver como un verjel cubierto de flores, que esparcian por todas partes el buen olor de las virtudes. Los desiertos convidaban en las personas de los solitarios con las hermosas rosas de mortificacion y penitencia: las ciudades y campos admiraban en la muchedumbre de los fieles con las vides de justicia y santidad; con las azucenas, narcisos, jazmines y claveles de caridad, pureza, modestia é inocencia. Se presentaron, sin embargo, nuevas herejías, mas peligrosas que las de la primera edad, y por quienes el Esposo llama la atencion de sus amigos, ó de los pastores. “Cazadnos, dice, las pequeñas zorras que destruyen las viñas, porque nuestra viña está en flor.” Al efecto, el Santo Concilio de Nicea condenó á Arrio y á todos sus prosélitos y estableció un simbolo de fé. Algunos años después apareció en el cielo y en la mitad del dia una Cruz luminosa sobre Jerusalem, y duró muchas horas, como refiere San Cirilo, obispo de la misma ciudad. En fin, el Santo Concilio de Efeso anatemizó á otros herejes y tributó las alabanzas debidas á la Madre de Dios. Toda el Asia y todo el mundo cristiano se dieron prisa á venerarla con nuevo fervor y celo.

“He buscado en mi lecho por la noche al amado de mi alma, afirma la Esposa en la tercera edad, le he buscado y no le he encontrado.” Parecia que en los tiempos borrascosos de las diversas irrupciones de los bárbaros se ocultaba Jesucristo de la Iglesia, aunque siempre está unido con ella; le buscaba, y pare-

cia que no le hallaba. En fin, le halló, cuando le dispensó su protección visible, convirtiendo aquellas mismos bárbaros en hijos suyos por el espíritu de la fe. Por eso las hijas de Jerusalén ó las almas santas, deslumbradas con este nuevo brillo se preguntan: "¿Quién es la que se levanta del desierto como una columna de humo que sube de los perfumes de mirra, incienso y toda clase de polvos de olor?" Mas ¡queréis saber ahora ¡oh cristianos! cómo fueron estos gloriosos sucesos acciones de gracias de la Iglesia para con María! ¡Ah! Ya se había aparecido esta Soberana Reina en Roma y hecho el singular prodigio de las Nieves en tiempo de la segunda edad, ó hácia la mitad del siglo cuarto del cristianismo. Pero en la tercera edad y en el año 437, el piadoso Pontífice Sixto III compuso su misma Iglesia de Santa María la mayor, y la adornó con exquisito gusto. Desde esta fecha se aumentó la devoción á la Madre de nuestro Divino Redentor y se abrió una nueva era á su culto y veneración.

En la cuarta edad dirige la palabra el Esposo á la Esposa y la alaba de este modo: "Tus dos mamilas son como los hijos gemelos de la corza que pacen entre las azucenas." En aquellos años felices la Iglesia griega y la latina eran como las dos mamilas de la Esposa que distribuía la leche deliciosa de la fe y de la sana moral á los hijos de Dios: Eran como dos gemelos cuya madre es la nación judía, por haber sido engendradas ambas á dos en Jesucristo por los Apóstoles. Aun conservaban los vínculos de la unidad cuando se levantó el imperio anticristiano de Mahoma, que tantos daños ha irrogado á la Iglesia. Despues de que

se separaron las dos Iglesias, clama el Esposo: "Me has herido mi corazón, hermana mía, esposa mía, con uno de tus ojos." ¡Ay! Ya no se siente tocado mas que de un ojo, porque el otro se oscurece y se cierra por el cisma de los griegos. ¡Y qué remedio habrá para contener tantos males! ¡Ah! muchos concilios generales y provinciales se reúnen para refrenar la herejía, el cisma y el error, y para reprimir los abusos: muchas órdenes religiosas comienzan á fundarse, que edificaron á la Iglesia con sus virtudes. Por este periodo comenzó en el Oriente la nueva religión de Carmelitas, que se extendió despues á Francia é Inglaterra: los reyes, los grandes y toda clase de personas querían llevar consigo el Santo Escapulario, y se aumentaba de día en día la devoción á María Santísima del Cármen. Asimismo empezó en el Occidente la admirable devoción del rosario, que fué dada en una vision por la misma Virgen Señora nuestra al gran Padre Santo Domingo de Guzman. Por él se santifica el nombre de Dios y se glorian las grandezas de su Bienaventurada Madre; por él se han convertido y salvado innumerables herejes y pecadores.

En la quinta edad la Esposa duerme, pero su corazón vela. Con todo, oye la voz de su amado que la llama á la puerta y le dice: "Abreme, hermana mía, mi amada, mi paloma, mi toda pura, porque mi cabeza está cargada de rocío y mis cabellos de las gotas de agua de la noche." "Los cabellos, como observa San Agustín, representan á los fieles; la frescura del rocío es el símbolo del resfrio de la caridad, y las gotas de agua de la noche denotan los abusos y males que se propagan en los días de obscuridad." En estos

infaustos tiempos estuvo mezclada la multitud de cristianos tibios y laxos con los verdaderos fieles, en tanto que solamente reinaba en ellos la union exterior, originada del escándalo de la pretendida reforma: los luteranos, calvinistas y jansenistas se extendieron por toda la tierra para usar la frase del Apocalipsi, como numerosas parvas de langostas salidas del pozo del abismo. Con todo esto, la Esposa se levantó para abrirle á su amado; le abrió, sí, pero cuando le abrió! ¡Ah! cuando se reunió en el cuerpo de sus pastores en el Santo Concilio de Trento, para contener el progreso del pernicioso rocío de la escarcha nocturna del error; cuando condenó á los herejes y rindió en sus decretos un homenaje público y solemne á la verdad y á las santas reglas. ¡Y qué diré del fervor, devocion y piedad de todos los verdaderos cristianos para con María! ¡quién los defendió en medio de aquellos grandes males! ¡Oh raro prodigio! ¡Oh distinguida proteccion! Se apareció esta misma Virgen María Madre de Dios á un neófito, á principios de esta quinta edad, en el montecito del Tepeyac, hácia el norte de México, y les dejó á los americanos su sagrado simulacro estampado en un ayate por manos celestiales. Su culto, con el título de nuestra Señora de Guadalupe, se reprodujo en innumerables hijos suyos que la han honrado, y aun se dilató desde el uno al otro hemisferio del orbe cristiano.

En la sexta edad ha bajado el Esposo á su jardin, y enarece de esta suerte la excelencia de su Esposa: "Eres hermosa, amada mia, eres llena de gracias y de belleza como Jerusalem, y terrible como un ejército formado en batalla." Sin embargo de las impetuosas

corrientes del rio Eufrates, esto es, de las revoluciones del Oriente y de toda la tierra, la Iglesia peleará por todas partes como un ejército en orden de batalla contra las potestades del infierno, contra todos los errores y escándalos. Jesucristo la sostiene, y bajará á su jardin en el gran dia del combate del Dios Todopoderoso. A este fin el judío y el gentil no formarán mas que un solo pueblo, y no podrá un diluvio de males, que todo lo consume, sumergirle. "Muchas aguas no han podido apagar su caridad, ni los rios la cubrirán." Mas ¡qué es esto! ¡Qué es lo que he referido! ¡Ah! nos hallamos, segun la sentencia de los Sagrados Intérpretes, en los tiempos de esta sexta edad, tiempos cercanos al juicio universal, cuyo dia y hora nos ha ocultado el Señor. Pero mientras esta edad sigue corriendo á su consumacion, fijemos la vista en estos tres sucesos principales que nos enternecen: La celebridad del Sagrado Corazon de Jesus que fué revelada á mediados del siglo XVII á una simple religiosa de la Orden de la Visitacion en Borgoña, y que principió á extenderse en Francia el año de 1722. La Iglesia autorizó este culto, concediéndole Clemente XIII oficio y misa propios, despues de varias gracias especiales que le otorgaron otros Sumos Pontífices. ¡Oh Divino Corazon, fuente de amor! Vos derramais vuestras llamas por toda la Iglesia para purificarla y santificarla: La festividad del Sagrado Corazon de María, que no tardó mucho tiempo en establecerse despues de aquella, y que comenzó tambien en Francia con una insignie archicofradía de su nombre; cuya solemnidad ha pasado á México con las reuniones semanales de tantas almas fieles, y para donde concedió el

Sr. Pio VIII oficio y misa del Patrocinio de Nuestra Señora. ¡Oh Corazon suavísimo! ¡Quién no se acogerá á vuestro amparo! Ultimamente, la declaracion del dogma de la Inmaculada Concepcion de Maria por nuestro sabio y digno Pontífice el Sr. Pio IX, para venerar firmemente este purísimo Corazon; tesoro de las complacencias del Padre, centro maternal de las caricias del Hijo de Dios, y tálamo nupcial y virginal en que se celebraron las bodas invisibles del Espíritu Santo.

Al fin del Cántico de los Cánticos la Esposa habla al Esposo para que huya con la velocidad del corzo y del cervatillo, y para que se retire á lo alto de las montañas de los aromas. La séptima edad de la Iglesia es la bienaventuranza, en que entregará Jesucristo su reino á Dios su Padre, y se gozará por toda la eternidad con sus escogidos. María tambien, colocada á la derecha de su Hijo Santísimo y rodeada de todos sus felices hijos adoptivos, será admirada de ellos en la celestial Jerusalem por su sabiduría, gloria y poder. No me permiten los estrechos límites de un discurso ampliar mas estas ideas, sino solamente pasar á contemplar los oficios de nuestra Santa Madre hacia la Iglesia.

SEGUNDA PARTE

Las alabanzas que el Libro del Eclesiástico pone en boca de la divina Sabiduría, las ha aplicado la Iglesia, fiel intérprete de la verdad, á la Santísima Virgen por su dignidad casi infinita de Madre de Dios. "Yo

soy, dice, la Madre del puro amor, del temor, de la ciencia y de la santa esperanza." ¡Inefables virtudes! ¡Asombrosas prendas que connotan privilegios singulares, sobreabundantes gracias, gloriosas recompensas. Asimismo estos opulentísimos bienes los reparte á manos llenas, pero sin consumirse, esta generosa Reina de los cielos y de la tierra, y los emplea como Madre en favor de los fieles. Aquella excelencia de su santa maternidad del Verbo Humanado es causa de ésta, y la una depende de la otra. Amplificando, pues, estas grandezas, nos formaremos, cuanto cabe en la cortedad de nuestro entendimiento, alguna idea de su solícitud, de sus cuidados y de su ternura maternal.

Ego Mater pulchrae dilectionis: María es la Madre del amor hermoso, porque es Madre de Jesucristo el mas hermoso de los hijos de los hombres. Ademas de esto, los mismos Serafines hubieran podido aprender de ella cómo se debe amar á Dios. Pero desde que mereció concebir al Hijo del Eterno Padre, se hizo nuestra Madre espiritual, como dice el beato Alberto Magno. Con mayor distincion lo fué, segun advierte San Bernardino de Sena, en el instante que prestó su consentimiento á la benignísima é inefable obra de la Encarnacion del Verbo. Sin embargo, todo esto acontecia en lo interior de su alma ó en sí misma, sin saberlo los mortales. Cuando Jesucristo Crucificado la dió por Madre al Evangelista San Juan, la dió tambien á conocer de los hombres. Así es, que comenzando en el Calvario los oficios públicos de nuestra amorosísima Madre, entregaba su Unigénito á la muerte como el Padre por la salud del mundo.

Y no contenta con esto, "así como Cristo pendía moribundo en la Cruz, según la comparación de San Ambrosio, así también María se ofrecía á sí misma á los verdugos, para dar la vida por nosotros." Después de la muerte de Jesucristo, del descendimiento de su Santísimo Cuerpo de la Cruz, y de su sagrada sepultura, San Juan condujo consigo la Santa Virgen; y en cualquiera parte que él hubiera estado posteriormente, la Bienaventurada Virgen habitó siempre con él como su Madre.

Siguiéndola ahora hasta el Cenáculo, antes de la venida del Espíritu Santo su Divino Esposo, la haremos como Madre de amor, rodeada de sus hijos los Apóstoles, las mujeres, y los parientes del Salvador, y ocupada unánimemente con todos ellos en la oración. ¡Famoso pasaje del Libro de las Actas de los Apóstoles, que muestra lo que era sobre la tierra, y anuncia lo que había de continuar haciendo con sus ruegos, ya gloriosa en los cielos! Ella era como el alma de aquella piadosa sociedad, como el corazón de aquel cuerpo místico, que nacía entre los horrores y amarguras del Calvario. No es ya solo San Juan el objeto de su ardiente caridad, lo es toda la Iglesia redimida con la Sangre del Cordero. Su tierno amor como de Madre, es necesario, es vivo y profundo; es hermoso, puro y sin mezcla de rigor, haciendo á las almas hermosas y agradables á Dios. Propiamente es Madre de la raza santa, sobre quien difunde las inestimables influencias de la gracia. No obstante, extiende también su solicitud maternal á los desgraciados pecadores: los busca, los oye, los acoge y los salva.

Et timoris. El temor, como prueba el Angélico

Doctor, mas bien es un don que una virtud. Consiste en la fuga del mal por causa de abrazar el bien. El Eclesiástico, después de haber dicho, "que el que teme á Dios se eleva sobre todo," exclama: "Feliz el hombre que ha recibido el don del temor de Dios!" Este mismo temor, pero el filial y no el servil ni el puramente humano, es el séptimo de los dones del Espíritu Santo, con que se deleitan los justos en gemir por los pecados. ¡Cómo, pues, llamaremos á María Madre del temor, si nunca pecó? ¡Ah! porque sin embargo de ser inocentísima, siempre estuvo solícita y atenta á huir el mal y obrar el bien. Con razón es proclamada Madre del temor, y no hija del temor. Cuando el Arcángel San Gabriel la saludó diciéndola: "Dios te salve, llena de gracia;" María temió "cuál fuera esta salutación." De esta conducta se encanta San Anselmo, al expresarse así: "Aprende de la Virgen en las costumbres, aprende de la Virgen en el pudor, aprende en el oráculo, aprende en el misterio. Propio es de las Vírgenes temblar y temer á todas las entradas del varón, y recelar de todas sus conversaciones. Aprendan las mujeres á imitar el blanco de la modestia." Aprendamos todos en este hecho sublime de María, cómo debe conservarse el santo temor de Dios. Aprendamos de este casta paloma "el temor casto con que teme el hombre, como dice San Juan, la separación de Dios."

Et agnitionis. Aquí se deja ver María con el título asombroso é inexplicable de Madre de todo conocimiento. ¡Oh qué luces! ¡qué sabiduría! ¡qué ciencia! ¡qué fe no recibió de la Divinidad en el acto mismo de su animación! Sin comprender á Jesucris-

to, fué mas sábia, mas ilustrada y mas capaz de Dios en toda clase de conocimientos naturales y sobrenaturales, que todos los Angeles y los hombres, y que todas las criaturas juntas. "El Señor la poseyó en el principio de sus caminos (desde la eternidad), antes que hiciera cosa alguna." Aun cuando estaba en la mente del Altísimo, se alegraba todos los dias, jugando en su presencia en todo tiempo, y burlándose en el orbe de la tierra de todos sus siglos y mutaciones. Pero restringiéndome á la excelencia y mérito de su fe, ¿quién la igualará? ¡Ah! su eminente fe no solamente trasportaba las montañas, sino que fué bastante poderosa para hacer bajar al Hijo de Dios de su trono celeste á su seno virginal. ¡Oh misterio de misterios! ¡Oh Sacramento incomprensible! Con cuánta razon habín dicho Santa Isabel: "Bienaventurada eres por haber creído!" Por esta fe llegó á la mayor altura despues de Dios, é hizo participantes á los hombres de los bienes de la redencion. ¿Qué mas! el escándalo de la Cruz que hacia vacilar la fe de los Apóstoles, fortificaba la suya; en el hecho de estar constituida Madre comun de los fieles, poseia el depósito entero de la fe. Si Abraham es llamado por San Pablo padre de todos los creyentes, mayores motivos tiene María para ser nombrada Madre de todos los creyentes. Si aquel Patriarca fué el primero que creyó á la fe de las promesas, y recibió de Dios la señal de la Circuncision; María enseñó á la Iglesia cómo debe creer, y la adorna con los siete Sacramentos, símbolos sagrados de la circuncision espiritual. Por ella son robustecidos los cristianos, convertidos los herejes é iluminados en medio de sus tinieblas los infieles.

Et sanctae spei: Las tres virtudes teológicas tienen tan íntima connexion entre sí cuando son perfectas en el estado de la vida presente, que parecen una sola; el que está dotado de una, no puede dejar de tener las otras. Mas la esperanza es un deseo ó un conato de alcanzar el sumo bien por los medios y objetos proporcionados, buscándole con el conocimiento y amor divino. Ahora bien, si pudiéramos comprender la fe infusa é inteligencia de la digna Madre de Dios, si pudiéramos pesar el exceso de su amor, nos formaríamos el debido concepto de su eminente esperanza. Pero, ¡ah! que no somos suficientes: El que la hizo Madre de Cristo la dió fe suprema, suma esperanza, excelentísima caridad. De aquí es, que el Espíritu Santo la hizo tambien Madre de la esperanza para con los fieles de la Iglesia: Madre de la esperanza, por cuanto concibió y parió al Verbo Humanado, y en él todas nuestras esperanzas. Ya nos alienta á un vehemente deseo de conseguir la bienaventuranza, contando con nuestra cooperacion: ya nos suministra los auxilios convenientes, y para que confiemos en ella, clama: "En mí está toda la esperanza de la vida y de la virtud."

Pondré fin á todo este discurso repitiendo los mutuos afectos y relaciones que importan la union indisoluble de la Santísima Virgen y de la Iglesia. La Esposa del Cordero que recibió del mismo Dios el precepto de honrar á la madre en todos los dias de su vida, y que por la manda del Calvario se le confirmó en la feliz adopcion de la Madre de Dios, lo cumplirá con inexplicable celo y adhesion filial hasta la consumacion de los siglos. La Madre de gracia y

de misericordia favorecerá continuamente á sus verdaderos hijos, y aun á los pecadores que de corazon la invoquen, como la gallina cubre con sus alas sus delicados y débiles polluelos. Les infundirá y aumentará las virtudes, y los enriquecerá con los dones y gracias del Espíritu Santo: *Ecce filius tuus. . . . ecce mater tua.*

Pero así como no puede haber verdadera Iglesia sin el culto sincero á María, así tambien no puede haber verdadero discípulo de Jesucristo, que no sea hijo reconocido á María. "No solamente San Juan, que era el discípulo á quien amaba Jesus, es hijo de María, sino todo cristiano, todo fiel, todo miembro de la Iglesia," segun dice San Amadeo. Por eso cada uno de los fieles debe servirla con los obsequios y atenciones correspondientes de hijo; debe obedecerla con esmero y puntualidad; debe ejecutar sus mandatos con prontitud y fidelidad; debe agradecerla con la pureza, humildad, caridad y todas las virtudes. Nuestra fidelísima Tutora nos proporcionará por su parte todos los encantos y dulzuras de una Madre que tiernamente nos ama. Esfuércese, pues, cada cual, como que es un hijo adoptivo de tan piadosa Madre á imitarla é imprimir en su espíritu su augusta semejanza. Elévele fervorosamente sus súplicas, y dígale con la fe y entera confianza de la Iglesia: "Ruega por nosotros Santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas y gracias de nuestro Señor Jesucristo." Así SEA.

SERMON

SOBRE LA

CUARTA PALABRA QUE PRONUNCIÓ JESUCRISTO

EN LA CRUZ

Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me!
 "Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has abandonado!"
 S. Matheo, Cap. XXVII, v. 46.

Y cerca de la hora nona, es decir, á las tres, despues de medio dia, exclamó Jesus con una gran voz, segun el lenguaje del pais: "*Eli, Eli, ¿lamna sabactani!*" esto es: "Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has abandonado!" He aquí, pues, señores, la cuarta de las siete palabras que pronunció Jesucristo pendiente en la Cruz. Por la primera ya habia pedido á Dios perdon para sus verdugos, por la segunda habia prometido el paraíso al Buen Ladron, por la tercera habia confiado su Madre Santísima al cuidado de San Juan; mas por la cuarta, ¡oh profundo misterio! hablando no ya en su nombre, sino en el nuestro, anodado por nosotros como un criminal, como un pecador universal, tiembla delante de una majestad jus-

tamente indignada: lanza desde lo mas profundo del abismo un penetrante clamor como un hombre de dolores, y grita fuertemente que ha sido abandonado á todo el furor de sus enemigos; á los ultrajes, á los tormentos y á la muerte.

Por eso dice San Juan, que "estas palabras no tanto son una queja, quanto una instruccion." El Salvador no se lamenta como para ser librado de un gran mal que se le acerca: no, se hallaba realmente sumergido en un abismo de los mas terribles tormentos, clavado en la Cruz: su desamparo era muy positivo y fué llevado muy al cabo, causando esta muerte de Cruz á su Santa Humanidad, un horror natural que la hacia estremecerse. Tampoco clama como Verbo ó como Sabiduría Eterna de Dios, ni como justo perfecto, tal cual lo era su Alma santa, sino como cabeza unida inseparablemente á todo su cuerpo místico, á quien halló en el pecado y en la condenacion. Se duele, para darnos á conocer cuánto le ha costado rescatarnos; cuánto le ha costado cumplir este órden irrevocable de la justicia de Dios, y cuánto nos debe costar tambien á nosotros cumplirlo. Alza la voz, para obtenernos la gracia de imitar su ejemplo, y para enseñarnos á satisfacer por nuestros pecados en todas las penas de la vida y en la misma muerte. *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?*

En fin, para redimir al hombre de la culpa, exija el rigor de la justicia divina que permaneciese Dios inexorable, sin dejarse ablandar con los gritos de la humanidad desolada. A este objeto conducirá todo mi discurso; mas para lograrlo con acierto, ayudadme á implorar los socorros de la gracia. AVE MARIA.

Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has abandonado?
S. MARCO, Cap. y vers. citados.

"¡Oh Dios, oh Dios mio, vuelve á mí tus ojos! ¿Por qué me has desamparado? (Salm. XXI, v. 1 y 2.) Ved aquí, señores, por otra parte el principio del admirable Salmo XXI, que parece mas bien una historia que una profecía de la pasion de Jesucristo. David lo compuso, y no puede dudarse que anunciaba al Salvador, el cual tambien se lo aplicó á sí mismo hallándose en la Cruz. "¿Quién no respetará tal intérprete, dice Bossuet, que bañado en sangre, horrorado en la Cruz, traspasado de heridas y en medio de los mas crueles tormentos, al mismo tiempo que cumple la profecía se la aplica diciendo: "Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?" Mas adelante continúa el mismo verso, que estoy exponiendo, de esta suerte: "Los gritos de mis pecados alejan de mí la salud." Es decir, no componiendo todo el cuerpo místico con su cabeza Jesucristo mas que como un solo todo, y como una sola persona, y un solo hombre, para valerme de las expresiones de San Agustín y de los otros Padres de la Iglesia, es como si hablase así: Mis clamores por causa de los pecados, que he tomado sobre mí, apartan de mí la salud, y ninguna cosa puede libertarme de la Cruz. Aun se infiere claramente que apareciendo Jesucristo como un pecador abandonado á sí mismo, convenia tambien que apareciese cierta especie de oposicion entre su voluntad y la de Dios. ¿Pero acaso durará para siempre su desamparo? ¡Ah! No debe ser oido en el día de su pasion sino en la noche

del sepulcro. Así lo declara el mismo Salmo, por lo cual el citado Bossuet lo dividió en dos partes: En la primera expresa el Profeta el desamparo de Jesucristo. En la segunda invoca Jesucristo á Dios; es oído, resucita y convierte á los gentiles. Me servirá, pues, de la explicación de este Salmo, en prueba, por todo el cuerpo de mi discurso, y para mayor claridad asiento estas dos proposiciones que le son conformes: Primera: Jesucristo sufre hasta la muerte el mayor desamparo. Segunda: La Iglesia recoge un fruto copiosísimo de la muerte de Jesucristo.

PRIMERA PARTE

En tan deplorable situación, como era la de la Cruz, dirige Jesucristo su oración á un Dios airado, implorando su auxilio de esta suerte: "Clamaré (v. 3) ¡oh Dios mío! durante el día, y no me oirás; clamaré de noche, y no se me atribuirá á necedad." Aquí se nota la división de que va á ocuparse todo el Salmo. Parece que ni aun se atreve á llamarle de Padre como antes: "Padre, sé que tú siempre me oyes." ¡Ah! un Dios ofendido no quiere oírle, y solo le llama su Dios: "Eli, Eli, Dios mío, Dios mío." "Porque tú habitas en el santo (v. 4), eres la alabanza de Israel." Puede interpretarse: Eres el Santo que moras en medio de tu pueblo y el objeto perpetuo de sus alabanzas. "En tí esperaron nuestros padres (v. 5): esperaron, y tú los libertaste." Viene á ser lo mismo que esto: A tí ocurrieron nuestros padres, y no ocurrieron inútilmen-

te. "A tí clamaron, y fueron puestos en salvo (v. 6). Esperaron en tí, y no quedaron confundidos." Es decir, todas las oraciones llegan á tí desde las extremidades de la tierra y desde los mas remotos mares; yo soy el único á quien no quieres escuchar. Adelante notaréis, cristianos, explicado esto del modo mas patético.

En efecto, oíd con qué sentidas palabras prosigue hablando: "Bien que yo soy un gusano, y no un hombre (v. 7); el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe." ¡Ah! nosotros somos las viles criaturas y el gusano de la tierra, porque la distancia entre Dios y nosotros es infinita. "Todos los que me veían se burlaban de mí (v. 8); hablaban y meneaban la cabeza." ¡Qué burlas, qué risadas y qué blasfemias están predichas con sus propios términos en estas pocas frases! Los Evangelistas refieren que los que pasaban delante de su Cruz, le blasfemaban y meneaban la cabeza gritándole: "Tú que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas, ¿por qué no te salvas á tí mismo? Si eres el Hijo de Dios, baja ahora de la Cruz." Mas lo esencial de los vituperios que pone David compendiosamente en boca de los enemigos de Jesucristo, consiste en esto: "En el Señor esperaba, que le liberte (v. 9); sálvele si le ama tanto." Consta claramente del Evangelio, que los Príncipes de los Sacerdotes con los Escribas y Ancianos, le blasfemaban diciendo: "A otros ha salvado, y no puede salvarse á sí mismo. Si es Rey de Israel, descienda ahora de la Cruz y creeremos en él. Confió en Dios, libréle ahora si le ama, puesto que dijo: Soy Hijo de Dios." Y aun los ladrones que fueron crucificados juntamente

et con él, ó por lo menos uno de ellos, le blasfemaba diciéndole: "Si tú eres el Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros."

En seguida, redobla Jesucristo su penosa oración á Dios, suplicándole bajo de esta forma: "Porque tú eres quien me sacaste del seno materno (v. 10), mi esperanza desde que mi madre me criaba á sus pechos." Aquí, pues, están comprendidos los inefables milagros del nacimiento y de la infancia del Salvador: aquí están encerrados como obra singular de la Omnipotencia del Señor, el maravilloso parto de una Virgen, la aparición de los Angeles, la adoración de los pastores y de los Magos, y la larga fuga y man-sión en Egipto. "Al salir de sus entrañas me arrojé en tus brazos (v. 11); tú has sido mi Dios desde el vientre de mi madre." ¡Oh, y cómo se deja traslucir en este pasaje la Concepción del Verbo por virtud del Espíritu Santo, y toda la vida perfectísima de un Hombre Dios! "No te apartes de mí, porque se acerca la tribulación (v. 12), y no hay quien me socorra." O admite también entenderse esta letra así: Me hallo en medio del peligro, no te alejes, pues, de mí, antes bien, está presente conmigo.

"Muchos becerros me han rodeado (v. 13): cerca-do me tienen toros muy recios." Aquí están indicadas por una parte las burlas insultantes y atrevidas con que le mofaban unos, y por otra parte las furiosas y feroces contumelias con que le injuriaban otros. "Han abierto su boca para devorarme (v. 14), como un leon rapante y rugiente." El Profeta compara estos blasfemadores á los toros inelómicos, á los leones rugientes: entre tanto Jesus no dice una palabra, no sale de

su boca una queja. Más humillado está aún su espíritu delante de Dios su Padre, y su corazón está mas despedazado de lo que lo está su cuerpo, y su honor ultrajado.

"Me he deslizado como agua (v. 15); todos mis huesos se han desencajado; mi corazón está como una cera, derritiéndose dentro de mis entrañas." ¡No nos muestra en este punto el sagrado texto á un hombre cuyas carnes se han deshecho por las heridas, y cuya sangre ha corrido por el suelo como la de las víctimas? ¡Cuyos huesos están desencajados, y que subsiste como un moribundo que apenas conserva un soplo de vida...! Pero veamos para edificarnos sobremanera, el fin del verso. No es ya aquel que ardiendo en el deseo de sumergirse en un bautismo de sangre, decía: "Yo debo ser bautizado con un bautismo, y cómo me angustio hasta que se cumpla!" ¡Ah! aunque la parte superior está pronta á obedecer las órdenes del cielo, toda la parte sensitiva está entregada á la desolación y á la tristeza, y le hace decir: No tengo valor, ni fuerza, ni resolución. "Todo mi verdor se ha secado como barro cocido (v. 16), mi lengua se ha pegado al paladar, y me has conducido hasta el polvo del sepulcro." ¡Oh Santo Dios! el que caminando poco antes para el Calvario con la Cruz á cuestras, había dicho á unas piadosas mujeres, que él era el leno verde, ó el árbol verde; árbol cargado de flores y de frutos, se ha marchitado ya en cuanto á la carne, ha perdido su vigor: su sed también debía ser extrema, despues de haber derramado tanta sangre, y por lo mismo, era natural que tuviese la lengua pegada al paladar: nada le faltaba para que

su cuerpo exánime descansase tres días y tres noches en las entrañas de la tierra, así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena.

“Porque me veo cercado de una multitud de perros; (v. 17) me tiene sitiado una turba de malignos.” Ni solo le insultan en torno de su Cruz los Sacerdotes, los Escribas, los Fariseos, los Senadores y el pueblo, sino también los pasajeros y los soldados de guardia, el furor es general. “Han taladrado mis manos y mis piés; (v. 18) han contado todos mis huesos.” El verso de que acabo de hablar, es uno de los pasajes mas expresos sobre la pasión y muerte de Jesucristo: los cristianos siempre lo han aplicado naturalmente á Jesucristo crucificado, de este modo lo ha entendido toda la antigüedad, y aun la relacion de los Evangelistas no permite buscar otro sentido. Era preciso también, que por la desnudez y por aquella violenta tensión con que los miembros suspendidos pesaban sobre sus heridas, se desencajaran por su propio peso, y se contaran todos sus huesos.

“Se han complacido en mirarme y considerarme; han repartido entre sí mis vestidos (v. 19), y sorteado mi túnica.” En este rasgo es imposible desconocer, que los judíos se complacian del estado á que su crueldad habia reducido á Jesucristo, y que consideraban atentamente su ignominiosa desnudez. Según refiere San Juan, cuatro soldados se repartieron sus vestidos; mas como la túnica era sin costura, toda de una pieza de arriba á abajo, la sortearon para ver de quién era. Entoncez, pues, se cumplió, como dicen los Evangelistas San Mateo y San Juan, la Escritura de este Salmo: “Se dividieron entre sí mis

vestidos, y sobre mi túnica echaron suertes.” ¡Hubo jamas profecía cumplida mas literalmente? ¡Hubo jamas mayor desamparo que el que prueban todos estos anuncios? ¡Ah! Mas supuesto que los Santos Padres han mirado siempre la túnica de Jesucristo como la figura de la Iglesia; supuesto que los otros vestidos de Jesucristo divididos entre los soldados, indican la extension de la Iglesia, pero su túnica indica su unidad, voy á tratar de los bienes de esta Santa Esposa del Cordero Sacrificado.

SEGUNDA PARTE

“Mas tú, Señor, dice en el verso veinte, no alejes de mí tu auxilio (v. 20); atiende luego á mi defensa.” Desde aquí comienza la segunda parte del Salmo y la segunda oracion, en cuyas primeras palabras insinúa David la Resurreccion de Jesucristo. Ellas no pueden tener otro objeto, porque ¿de qué podia servirle apresurar tanto el auxilio de Dios, despues de haberse representado con las manos y los piés horadados, sus huesos dislocados, y sus vestidos divididos? ¡Despues de haber padecido el último suplicio, qué otra cosa podia pedir á Dios mas, que resucitar y ser glorificado! Así es que solo le convenia sacarle del sepulcro, y defender su gloria de los ultrajes de los judíos.

En los siguientes versos aparecen otros fundamentos que confirman esta misma verdad. “Libra, dice,

oh Dios, mi alma de la espada (v. 21); del poder del can mi única." Si ya había sido pasado por el filo de la espada, lo que en el estilo de la Escritura significa una muerte violenta; ¿cómo podía ser libertado de la espada, sino resucitando! ¿Cómo podía ser libertado de la mano del perro, ó del furor de sus enemigos, si el perro lo ha devorado! "Sálvame de la boca del león (v. 22), y mi humildad de las astas de los unicornios." Comprueba, pues, lo que acaba de decir. ¿Cómo podía sacársele de la boca del león y de las astas del furioso unicornio, despues de que el león le ha tragado y el unicornio le ha destrozado, esto es, despues de que sus verdugos le quitaron la vida? "Haré conocer tu nombre á mis hermanos (v. 23); te alabaré en medio de la Iglesia." Considerando estas palabras solas ó aisladas, nada tienen de extraordinario; mas unidas al resto del discurso desenvuelven todo el misterio. El mismo que fué abandonado hasta la muerte de Cruz, es por cierto quien pide glorificar nuevamente á Dios entre sus hermanos. De consiguiente, su Resurreccion no está expresada con menos claridad que su muerte.

Y como la Resurreccion de Jesucristo nos asegura de nuestra reconciliacion con Dios, y de nuestra justificacion, es principalmente el modelo de la resurreccion de nuestras almas á la gracia, y aun de la resurreccion de nuestros cuerpos con los dotes de gloria, si morimos en ella. Por eso veremos seguirse claramente en la profecía la fundacion de la Iglesia, su extension y su unidad, su piedad y santidad, su firmeza y perpetuidad. "Oh vosotros, dice, que temeis al Señor, alabadle (v. 24); glorificadle vosotros,

descendientes todos de Jacob; témale todo el linaje de Israel." Debía haber un verdadero Israel, segun las promesas, una ciudad fija donde el judío y el gentil recurriesen para instruirse y asegurarse de la verdad. Jerusalem, pues, ha sido la cuna de la Iglesia, allí, por decirlo así, nació esta casta Esposa, y se ha formado: allí ha crecido, hasta que viniendo á ser adulta, colocó su primera silla en la capital del mundo, en medio del gentilismo, para que Roma fuese despues su centro. "Porque no ha despreciado ni ha desatendido la humilde súplica del pobre (v. 25), ni ha apartado de mí su rostro, sino que me ha oído cuando he clamado á él." Todo esto demuestra que fué escuchado para volver á la vida y salvar tambien á sus hermanos.

"Tú serás el objeto de mis alabanzas en una grande congregacion (v. 26); cumpliré los votos que he hecho en presencia de los que le temen." Aquí se deja ver todo el cuerpo místico que es la Iglesia, unido á su cabeza Jesucristo: se distingue tan grande en sí misma, como que es la descendencia de Abraham mas numerosa que las arenas del mar y que las estrellas del cielo: Tributa á Dios por medio de Jesucristo y por el bien de la redencion, sus alabanzas, su alegría, su admiracion, su reconocimiento: participa al mismo tiempo de la herencia en los consuelos, las promesas, las esperanzas y sólidos bienes.

"Los pobres comerán, y quedarán saciados (v. 27); y los que buscan al Señor le alabarán; sus corazones vivirán por los siglos de los siglos." Los pobres de espíritu, ó sean tambien los pobres que verdaderamente carecen de riquezas, comen la carne de la vie-

tima ofrecida en sacrificio, esto es, el Cuerpo y Sangre de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía: quedarán saciados bajo el supuesto de que la reciban con santa disposición. Los que buscan al Señor y se ponen bajo de su amparo, no pueden ser abandonados, sino que lo adabarán en unión de Jesucristo. Además, el fruto de una buena comunión permanecerá aun después del extremo pasaje, y por eso sus corazones, llenos de alegría y de reconocimiento, vivirán eternamente. "Toda la extensión de la tierra se acordará y se convertirá al Señor (v. 23); y todos los diferentes pueblos de las naciones se postrarán adorándole en su presencia." La Iglesia cristiana que en su mayoría se ha formado de la conversión de los gentiles, no es la Iglesia de una nación ó de un pueblo, sino la Iglesia de todos los pueblos y de todas las naciones, y justamente en este sentido se llama católica. Se dilata hácia las cuatro partes del mundo como un jardín de delicias, todas espirituales, y semejante al paraíso terrenal de donde salía un río que se dividía en cuatro canales. "Porque el reino es del Señor (v. 29); y él ha de reinar sobre las naciones." Estas palabras aluden á aquellas otras del Apocalipsi. "Así fué precipitado á la tierra y sus ángeles con él, aquel enorme dragon, (aquella serpiente antigua que se llama Diablo y Satanás,) y que seduce al universo entero." Es, pues, el triunfo de la Religión Cristiana y la ruina del paganismo.

"Todos los ricos de la tierra comieron y adoraron (v. 30); todos los que descienden á la tierra caerán en su presencia." ¡Qué suerte tan feliz es la unión de los fieles á la misma mesa! Todos los ricos de la

tierra así como los pobres, nobles y plebellos, sabios é ignorantes, comen de la víctima sagrada, y adoran en ella al Señor. No hay duda que el Augusto Sacramento del Altar, es el vínculo de la unidad de la Iglesia. Todos los hombres caerán despues de su muerte en su presencia, esto es, unos para adorarle eternamente en el cielo, y otros para sujetársele en un suplicio eterno.

"Y mi alma vivirá para él (v. 31); y mi descendencia le servirá." Jesucristo resucitando de entre los muertos, ya no muere; antes bien subió á los cielos, y está sentado en gloria y majestad á la derecha de su Eterno Padre. La Iglesia, aunque está dividida en tres estados diferentes, en todos ellos sirve al Señor. Los santos que ya están confirmados en la justicia, alaban de continuo en la gloria á Dios: las almas que están en el purgatorio, libres de la culpa y embellecidas con la gracia, expían, sin embargo, la pena temporal debida á sus pecados: aquí sobre la tierra es donde hay miembros vivos, muertos, débiles, enfermizos, y que pasan de la muerte á la vida, ó al contrario. "La posteridad venidera será declarada al Señor (v. 32); y los cielos anunciarán su justicia al pueblo que ha de nacer, que ha sido hecho por el Señor." Este es el fin del Salmo, cuyas últimas palabras nos enseñan la perpetuidad de la fé y de la religion cristiana. Puntualmente para cumplir este vaticinio, dijo Jesucristo á sus Apóstoles: "Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos." Mas los cielos anunciarán su justicia al pueblo que ha de nacer ó renacer: porque oirán la voz del Divino Pastor las ovejas que han sido formadas por su gracia y santificadas por su espíritu.

Concluiré con aquellas expresiones del Profeta Isaías, que iba leyendo en el camino el Eunuco de Candace, reina de los Etiopes, cuando se le presentó el diácono San Felipe de orden de Dios: "Como una oveja fué llevado al matadero; y como un cordero que está sin balar delante del que lo trasquila; así él no abrió sus labios. El juicio que contra él se pronunció en los días de su humildad, se borró. ¿Quién podrá contar su generacion despues que su vida sea quitada de la tierra!" Una muerte tan ignominiosa y tan dolorosa, solamente podia satisfacer al amor infinito con que Jesucristo amaba á su Eterno Padre, y al deseo ardiente que tenia de rescatarnos. Esta sola muerte reúne en sí todos los derechos de la justicia irritada, con todos los favores de la divina misericordia: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me!*

Es la cuarta vez que he subido aquí para dirigir mi voz desde lo alto de esta Sagrada Cátedra, en la solemne festividad del Divino Redentor. Siempre me he propuesto la gloria de Jesucristo Crucificado, el culto de la portentosa imagen suya, que se venera en esta iglesia de Tlacolula; y ahora, además, por un nuevo motivo, vine á dar una muestra de mi aprecio al párroco de esta feligresía.* Por tanto, si tenéis, oh cristianos! la mayor felicidad en haber nacido y vivir en el seno de la Iglesia Católica, ¿con qué amor, con qué ternu-

* Este discurso, no ménos que el segundo, tercero y cuarto de este mismo tomo, fueron pronunciados por diversos años en la iglesia de la Perpetua de Tlacolula, donde se venera una imagen milagrosa de Jesucristo crucificado; á cuyo culto concedió el Romano Pontífice Nuestro Santísimo Padre el Sr. Gregorio XVI. para la fiesta que se celebra, con gran concurso de fieles, en el domingo, día de la octava del Santísimo Rosario, indulgencia plenaria, oficio y misa propios del Divino Redentor.

ra, con qué reconocimiento deberéis corresponder al afecto del Divino Redentor! El cumplió la obra de nuestra redencion, bebió hasta la hez el cáliz de su pasion. Jesus todo entero es nuestro: en el pesebre se ha hecho nuestro modelo, sobre la Cruz nuestro precio, sobre el altar nuestra víctima; en la sagrada mesa nuestro alimento y en el cielo nuestra recompensa. Reconoced la necesidad en que estamos de tomar nuestra cruz y de seguirle. Las cruces de nuestra eleccion son buenas, mas las cruces de penas y trabajos que Dios nos envia son mejores, porque nos convidan á penitencia. Jesus es el Santo de los santos, cuyas acciones todas son virtudes y actos de la mas perfecta caridad. Nosotros somos pecadores, que á nuestra natural corrupcion hemos añadido mil hábitos viciosos. Clamad, pues, al Padre de las misericordias, ofreciéndole la Sangre de su Unigénito, derramada por nosotros. Sufrid con paciencia todos los males de esta vida, para que se cumpla en nosotros, como dice San Pablo, lo que falta que padecer á Jesucristo en sus miembros. Sobre todo, pedidle con humildad y con instancias la gracia, que es el fruto precioso de la muerte de Cristo, para lograr el fin de la redencion, que es la gloria celestial.

ASÍ SEA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON

FORÉ LA

QUINTA PALABRA QUE PRONUNCIÓ JESUCRISTO

EN LA CRUZ

Sitio.
"Sed tengo."

S. JUAN, CAP. XIX, v. 29.

Todas y cada una de las siete palabras que pronunció el Divino Crucificado en el monte Calvario, además del golpe de luz con que deslumbran nuestros ojos á primera vista, encierran en sí otro sentido profundo y abundantísimo. Esta sola dicción: "Sed tengo," la expresó el Salvador, según la letra, para que se cumplierse aquella profecía de David: "Me han dado por comida hiel, y en mi sed me han dado de beber vinagre." La sed es un efecto penoso que causan el trabajo y el dolor: así que después de concluida la cena y el admirable discurso que la siguió, se dirigió el Señor al jardín de los Olivos, allí se puso en oración, entró en agonía mortal y sudó sangre por todos los poros de su Cuerpo: en el resto de la noche fué pues-

to en prision, llevado á las casas de Anás y de Caifás, escarneido sobremanera y encarcelado: al dia siguiente fué presentado á Pilatos, remitido á Heródes y vuelto á la casa de Pilatos; aquí lo azotaron cruelmente ligado á una columna, y lo coronaron de espinas, estando ya desangrado llevó la Cruz á cuestas, cayendo y levantando en las calles de Jerusalem: todo era golpes, sudores, fatigas, burlas, salivas y blasfemias. Lo mas notable es, que en todo este tiempo no habia probado un bocado de alimento sólido ni bebido una sola gota de agua: hasta un poco antes de la crucifixion le dieron á beber vino mezclado con mirra, con hiel; y aunque lo probó, rehusó beberlo: Esta mezcla puede llamarse con propiedad comida, en atencion á la primera parte del referido oráculo, como que era destinada para fortificar los sentidos: Despues de esto lo crucifizaron, y habiendo derramado mucha sangre de todas sus heridas, sintió una sed ardiente que lo consumia: uno de los que estaban presentes para dar cumplimiento á la segunda parte de la misma profecía, le presentó en una caña, por providencia particular de Dios, una esponja empapada en vinagre que le aplicó á la boca: *Sitio*.

Pero no era precisamente esta sed natural la que lo devoraba, sino otra sed espiritual é insaciable, tenia sed de lágrimas, de dolor, de compuncion; lo llevaba á la muerte la sed de sobriedad, de santidad, de justicia. Cuál rio impetuoso que sale de madre y riega sus riberas, hubiera querido que se inundasen los corazones de todos los hombres con las aguas de su gracia para que nadie pereciese: á todos los pecadores los invitaba en la Cruz, moribundo y sediento de

amor, con los medios eficacisimos para calmarles su sed y obrar su salud: *Sitio*.

“Era, pues, esta sed el ardiente deseo que tenia Jesucristo, como dicen los Santos Padres, de nuestra salvacion, de la propagacion de la fé y del aprovechamiento del fruto de su pasion.” “Aquí dió á conocer, dice San Bernardo, la inmensidad de su caridad, porque declaró que queria padecer mucho mas por el hombre.” “Si, nuevos martirios, mil y mil muertes no hubieran satisfecho su anhelo infinito ni mitigado su enérgica, mística y abrasadora sed de sed. Por eso me propongo por blanco de todo mi discurso la sed de Jesucristo, como el efecto de su encendida caridad para padecer por los hombres y saciarlos con los frutos sobrecabundantes de su pasion. El Espíritu Divino, el Espíritu del Padre y del Hijo, el Espíritu de amor ilumine nuestros entendimientos é inflame nuestros corazones, para probar así de la sed vivificante del que se entregó á la muerte por nosotros: dignese poner, como en Jeremías, sus palabras en mi boca; de este modo podré hablarlos y aficionarlos á la Cruz, como se lo pido por intercesion de su Santa Esposa la gloriosísima Virgen nuestra abogada. AVE MARIA.

Sediento
S. Juan, Cap. y vers. citados.

Una vez que el Buen Pastor Jesucristo dió á entender su sed misteriosa y espiritual, corria, sudaba y suspiraba por la conversion de una pecadora, y con ella por la de todo un pueblo: despues de haber caminado en toda la mañana y en una estacion calidísi-

ma, se sentó cerca del medio día cansado y fatigado sobre el brocal del pozo de Jacob: en efecto, y al punto que una mujer samaritana venia á sacar agua, la dijo: "Dame de beber;" ¡Oh prodigio del amor! quería beber de la grande mudanza de esta esclava del demonio; convidaba á esta oveja perdida á librarse de la sed de los placeres y de los encantos de este mundo; le daba á gustar juntamente de una agua viva, que se hiciese en ella fuente perenne, que brotase hasta la vida eterna. ¡Dichosa mujer! dócil á las lecciones del Divino Maestro, sentisteis derramarse en tu corazon su gracia, y volasteis á exhalar su fuego sagrado por toda la ciudad: *Da mihi bibere*. Mas este pasaje del Evangelio tiene mucha semejanza con la quinta palabra que pronunció Jesucristo en la Cruz: bien es que los dos insignes testimonios en ciertas cosas se conforman y en otras se distinguen: convienen en que en ambas partes la sed era de una misma naturaleza y nacia de un mismo principio: se diferencian en que Jesus descansaba en el antepecho de aquella fuente cerca de la ciudad de Sicar, que contenia aguas naturales y era solamente sombra de los dones de Dios; pero la Cruz, como si fuese un pretil ó valla de madera, sostenia á Jesucristo ya moribundo, y rodeaba innumerables manantiales de su Sangre preciosísima que vertia hasta la tierra: allí prodigaba sus favores, no solamente al judío sino tambien al samaritano; aquí rescataba para con Dios su Padre, no, solamente al judío y al samaritano sino tambien al gentil: *Silio: Da mihi bibere*. Fácil es ya deducir, que Jesucristo tenia en la Cruz sed por la reconciliacion de todos los hombres. Panto primero: Jesucristo tenia en la Cruz

sed por la perfeccion ó fidelidad de los hombres á la divina gracia. Panto segundo: prestadme, os ruego, vuestra benigna atencion.

PRIMERA PARTE

"Cuando éramos enemigos de Dios, decia el Apóstol San Pablo á los romanos, fuimos reconciliados con él por la muerte de su Hijo." Pero la pasion de Cristo, como se explica el Angélico Doctor Santo Tomás, de dos modos obra nuestra justificacion ó renovacion espiritual: ora porque remueve ó perdona el pecado por el que aborrece Dios á los inicuos: ora porque Jesucristo ofreció un sacrificio aceptísimo, con cuyo voluntario obsequio se aplacó Dios sobre toda ofensa del género humano. Detengámonos algun tanto en observar estos firmes é impenetrables fundamentos, cuanto sea permitido á nuestro entendimiento limitado, socorrido con la luz de la Santa Escritura.

"Jesucristo, como escribe San Juan, es testigo fiel de la verdad, el primogénito entre los muertos, y el Soberano de los reyes de la tierra, que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su Sangre." ¡Qué otra causa hizo descender de los cielos al Verbo de Dios y revestirse de nuestra carne en el seno de una Virgen, sino su amor! ¡Qué motivo tuvo para nacer en un establo de la pequeña ciudad de Belen, conversar con los hombres y espirar por su remedio en una Cruz, sino su inconcebible afecto! "Yo he venido á traer fuego á la tierra, afirma él mismo, ¡y qué es lo

que quiero sino que se abraze!" ¡Ah! con su muerte que es el volcan de sus incendios, y el mas digno de los holocaustos, provocaba á todos los corrompidos hijos de Adán á comunicar de los ardores de su caridad: por manera, que siendo un principio de la verdadera justificacion la fe, produce sus maravillosos efectos en virtud del calor de la gracia del Espíritu Santo, que se nos ha dado, y de la pasion de Cristo, como lo expone por extenso el Apóstol San Pablo: una leve chispa de ella basta para cubrir la multitud de los delitos: la paz con Dios, la esperanza de la gloria y el consuelo en los sufrimientos, son los felices recursos que manan de este incorruptible tesoro y conservan la vida cristiana.

No menos libra al hombre del pecado, así porque es la grande obra de la redencion, como por su virtud y eficacia, la pasion que Cristo Señor nuestro, sufrió por caridad y obediencia. Su Cuerpo y Sangre purísima con que satisfizo por sus miembros, como cabeza de todo el cuerpo místico de la Iglesia, fueron el precio del rescate: claramente y en términos expresos lo habia anunciado así el mismo Señor en la noche antes de su muerte, cuando dijo al instituir el adorable Sacramento del Altar: "Este es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros, y por muchos: Este es el Cáliz de mi Sangre, que se derramará por la remision de los pecados." Y aunque la Santa Humanidad de Jesucristo sea corporal, y sensible segun la carne, es instrumento ó medio principal de la Divinidad, como carne de Dios, por quien ejecutan sus pasiones y actos, al efecto de borrar la culpa.

Ahora, "Jesucristo, como dice San Pablo, se entre-

gó á sí mismo por nosotros á Dios como una oblation, y una victima de olor suavísimo." Esto mismo se hace mas perceptible, porque siendo el único y verdadero Mediador entre Dios y los hombres, le ofreció al Padre en su pasion un sacrificio muy agradable, como nacido de su libre voluntad y de su grandísima caridad: tambien de parte del hombre no podia hallarse mejor sacrificio, que el que substituia á todos los antiguos sacrificios de los Santos; y de quien no fueron ellos mas que multiplicadas y diferentes figuras. Si escuchamos á San Agustin, lo oiremos decir: "¿Qué cosa tan convenientemente se eligiera por los hombres para ofrecerse por ellos, que la carne humana! ¿y qué cosa mas á propósito para esta inmolacion que la carne mortal! ¿y qué cosa tan limpia para purificar á los mortales de los vicios, que la carne nacida en el útero, y del útero virginal sin el contagio de la concupiscencia carnal! ¿y qué cosa tan gratamente pudiera ofrecerse y recibirse, que la carne de nuestro sacrificio, el Cuerpo perfeccionado de nuestro Sacerdote!" A todo esto puede añadirse, segun la mente del mismo Santo Doctor, "que el que ofrecia el sacrificio de paz era una misma cosa con Dios, á quien se lo ofrecia: que hacia en sí una cosa aquellos por quienes lo ofrecia; y que era uno mismo el que ofrecia, y lo que ofrecia." ¡Oh dignísimo holocausto! ¡Oh prodigio de prodigios del brazo omnipotente del Altísimo! ¡Oh eficaz remedio de nuestras enfermedades! ¡Oh vehiculo poderoso de la vida!

He indicado que el sacrificio perfectísimo de Jesucristo obra como el bálsamo de nuestras dolencias,

ó como el sostén de nuestra restauracion, y lo compruebo por los dos motivos de ser satisfactorio y meritório. El Salvador dió á la justicia de Dios con su muerte sangrienta é ignominiosa, no solamente una satisfaccion suficiente, sino sobreabundante, por los pecados de todo el género humano. ¡Quién podrá medir la magnitud de su amor en que se consumia con todas sus fuerzas sobre el madero de la Cruz! ¡Quién podrá concebir la dignidad de su vida, vida de Dios, y del hombre, que entregaba por nuestra salud! ¡Quién podrá saber con exactitud la extension de sus sufrimientos y la acerbidad de sus dolores! ¡Ah! avivad, señores, vuestra fe, y aplicad un poco mas vuestra atencion!

Experimentó Jesucristo en la Cruz, como dice Santo Tomás, cuya ilastre distribucion de partes voy á trasladar aquí, todo género de pasion: "Padecía por parte de los gentiles, de los judíos, de los varones y de las mujeres; padecía por parte de los Príncipes, de sus Ministros y del pueblo; padecía por parte de sus confidentes y conocidos; Júdas lo entrega, Pedro lo niega. No menos soportaba cuanto el hombre puede tolerar: padecía por sus amigos que lo abandonaron; en la fama por las blasfemias, en su honor y gloria por las contumelias; en sus bienes por el despojo de sus vestidos; en su alma por la tristeza, tedio y temor; en su Cuerpo, por las heridas y los azotes. También sentia crueles dolores en los miembros de todo su Cuerpo: padecía en la cabeza la corona de punzantes espinas, en las manos y en los piés la fijon de los clavos, en su rostro las bofetadas y asquerosos esputos, y en todo su cuerpo las disciplinas.

Padecía además, segun todos sus sentidos corporales: segun el tacto, por la flagelacion y crucifixion; segun el gusto, por la hiel y vinagre; segun el olfato, por el hedor de los cadáveres enterrados en el Calvario; segun el oido, por las voces de los blasfemos y burladores; y segun la vista, porque veía á su Madre Santísima y al discípulo que amaba, llorando." ¡Y no podré asegurar juntamente, que su dolor era el mayor de los dolores! ¡Ah! su Cuerpo tan bien complexionado como hecho por obra del Espíritu Santo, pendía de las llagas de sus manos y de sus piés, lugares los mas nerviosos y sensibles de su admirable estructura orgánica: al propio tiempo y para que se agravase en extremo su desolacion, aprendía su alma eficazísimamente todas las causas de la tristeza y amargura. Por eso parece que buscaba algun consuelo entre los extraños, y clamaba en el oráculo de Jeremías, con acento fúnebre: "¡Oh vosotros todos los que pasais por el camino, considerad y ved, si hay dolor como mi dolor!"

Para dar fin á las razones en que se apoya mi primera reflexion, no me resta mas que hablaros dos palabras sobre el mérito de la augusta y santa ofrenda del Calvario, que elevó hasta el trono de Dios nuestro Sumo Sacerdote. ¡Oh! Jesucristo, haciéndole presente al Padre, aun antes de morir, la union de sus discípulos, y la sociedad que habian de tener con él en virtud de su bondad, le decia: "Yo les he dado la gloria que tú me diste." No puede menos que siendo la cabeza de sus fieles, y formando con ellos como un cuerpo ó una persona mística, no solamente mereciese para sí en todas sus acciones, afectos y senti-

nientos, sino que tambien redundase de él á todas sus miembros la salud. Ved aquí la sed sobrenatural que tenia el Hombre Dios en la Cruz, para que bebiésemos todo su amor: profundicemos ya lo que se le debe por gratitud.

SEGUNDA PARTE

“La ley, como dice San Juan, nos fué dada por Moisés; pero la gracia y la verdad fueron traídas por Jesucristo.” Sí, luego que apareció el Divino Sol de justicia comenzó la fe á disipar las negras sombras del paganismo: por mas que se interpogan de tiempo en tiempo entre ella y el orbe católico, á quien baña cual hermoso astro con sus rayos refulgentes, grue- sas nubes de vapores malignos, triunfa constantemente de la mentira y del error: esta misma santa verdad ha llegado hasta nosotros brillante y con todo su esplendor, para pasar en toda su integridad á las generaciones futuras. Así tambien solamente “la gracia de Dios se nos da por Jesucristo nuestro Señor,” como escribe San Pablo á los Romanos, “y segun las riquezas de su gracia, como asegura á los Efesios, conseguimos la remision de los pecados:” él nos rocia con su Sangre y aumenta en nosotros su gracia y su paz que deseaba ardientemente para los fieles el Príncipe de los Apóstoles. Muchas son las reglas establecidas para comenzar, supuesto el auxilio de Dios, la vida cristiana, y para perfeccionarla. Sin embargo, yo me ceniré únicamente á los puntos principales sobre los

que nos exhorta y nos obliga el mismo Jesucristo, cuando dice: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo y cargue su cruz, y sígame.” Voy, pues, á desentrañar una por una todas las partes de estas divinas palabras, para mostraros cuanto es posible á la cortedad de mis luces las instrucciones convenientes.

Cierto es que la gracia produce sus admirables efectos, pero juntamente con el libre albedrío ó con el consentimiento del que la recibe: “El que te ha criado sin tí, no te ha justificado sin tí,” asegura San Agustin. Por otra parte, aunque el hombre sea capaz por su naturaleza de la gracia, como hecho á imágen de su Criador; cillo es que aun la voluntad de obrar su propia salvacion le viene del cielo: San Pablo testifica, “que esta no es obra del que quiere ni del que corre, sino de Dios que usa de misericordia:” no porque haga fuerza á alguno; antes al contrario, le deja siempre su libertad, y frecuentemente sucede que abusa el hombre de ella para su daño; tampoco quiere decir que el pecador que se convierte no merezca en órden á su salud espiritual; no, si en el punto de la remision de sus culpas debe su misma aceptacion al dón de gracia, en adelante por cualquier acto virtuoso que haga, animado con el auxilio del Espíritu Santo, se hace digno aun como agente del aumento de caridad y de su perfeccion. Entonces, para valermé de la doctrina del mismo Apóstol, “la recompensa que se le da por sus obras, no se le cuenta como gracia sino como deuda.” Esta es la voluntad libre, fervorosa para conducirse á su fin, y continua para no abandonarla jamas que nos recomienda Jesucristo: *Si quis vult post me venire.*

Fijemos en seguida nuestra consideracion en otro objeto del mayor interes, que exige el mas puntual cumplimiento. Comparando San Gregorio los dos preceptos de Jesucristo, de renunciar todas las cosas para ser su discípulo, y de negarse á sí mismo, continúa así: "Acaso no es trabajoso al hombre el dejar todas sus cosas; pero le es muy difícil el dejarse á sí mismo: Pues que es menos rehusar lo que tiene; es mucho, mucho obnegar lo que es." Por lo cual la abnegacion de sus propios deseos y apetitos, aunque es ardua, puede y debe el cristiano conseguirla por medio de la oracion, de la obediencia y de la caridad. Mas se hace necesario cerrar la entrada á los pecados pasados, caminar á la mayor perfeccion y apartarse de sus mismos afectos: el amor desordenado de nosotros mismos es el origen de todos los pecados; la indiferencia con respecto á los bienes y males temporales, la conformidad con la voluntad de Dios y un olvido casi absoluto de sí mismo es el remedio: tanto importa guardar el alma libre de todo pecado mortal, como no dar lugar al pecado venial conocido y deliberado. No menos conviene al acrecentamiento de la virtud para gozar de una perfecta paz y libertad interior, evitar todas las imperfecciones, aun las mas leves, y vencer todos los ataques del amor propio. Nuestro Salvador, puesto en la Cruz, de tal suerte tenia sumisa su voluntad humana á la voluntad divina, que hubiera padecido aun mas si hubiera sido de su agrado: imitémosle y hagámonos dueño totalmente de nuestro corazon; muertos á nosotros mismos, no conservemos afecto alguno al pecado que vino á destruir. En fin, "este dejamiento, como dice San Francisco de Sales, es la virtud de

las virtudes, el bálsamo de la caridad, el olor de la humildad, el merecimiento de la penitencia y el fruto de la perseverancia." Si todavía estamos sujetos al pecado, si no somos virtuosos ni andamos en los caminos de la perfeccion, no hemos observado el precepto de Jesucristo: *Abneget semetipsum*.

No puede dudarse que tambien es de rigoroso é indispensable precepto para todos los fieles el cargar con su Cruz: El mismo que nos impuso la ley nos enseñó á cumplirla: Jesus, el amoroso Jesus, como si fuera el deudor de todo el linaje humano, llevó sobre sus delicados hombros, en el camino amargo del Calvario, el instrumento de su último suplicio: la Cruz, digo, que oprime su sacrosanto Cuerpo, despedazado con los azotes y fatigado con su doble peso: peso material por parte del madero y peso inmenso por parte de nuestros pecados, que tomó sobre sí para lavarlos con su Sangre; y en la Cruz consumió su sacrificio para darnos ejemplo de virtud, como dice el Angelico Maestro: La Virgen María, no como el Cireneo con sus fuerzas físicas, sino con el alma ayudó á su Hijo Santísimo, el nuevo Isaac, á portar el haz de leña hácia el Calvario, y permaneció entre penas é indecibles dolores, firme y constante á su lado, hasta recibir en sus manos al Cordero sacrificado. Con razon ha merecido que la Iglesia la elogie con el glorioso renombre de Reina de los Mártires. De los discípulos de Jesus no olvidaré á un San Estéban, su primer imitador generoso, á quien siéndole duros las mismas piedras, copió en sí su sagrada imagen con los rasgos de la paciencia, humildad, obediencia y amor. No pa-

saré en silencio á un San Andrés Apóstol, que entrando en parte de su pasión, con tiernos y fervorosos deseos por su patíbulo, se congratulaba diciéndole: "¡Oh buena Cruz tan amada de mi Salvador, cuándo me recibiréis en vuestros brazos para que imite á mi Maestro!" Hablando en general, todos los mártires se resistieron maravillosamente de la fortaleza de Dios para aguantar hasta el fin de su vida la cruz de los tormentos. Mas esta cruz, que es la mejor y propia solamente del tiempo de las persecuciones, no siempre se obtiene, porque es la margarita de extraordinario precio. Por lo que respecta á nosotros, admirados de la invencible constancia de los valerosos Atletas, deberemos estar dispuestos á morir por la fé y á afirmarnos en esta santa resolución.

Las demas cruces son de oro, de plata, de bronce, de hierro, de piedra, ó tambien de madera, ordinarias y de todos los tiempos; todas ellas se pueden reducir á la necesidad y al deber: algunas pertenecen al cuerpo, como los trabajos y las enfermedades; otras á los bienes temporales, como las desgracias y pérdidas; otras miran principalmente á el alma, como el odio y las persecuciones por causa de nuestros enemigos, nuestro genio y nuestros defectos por parte de nosotros mismos. Sacaríamos copiosos bienes espirituales de estos mismos males de pena, si los sufriésemos según el espíritu de los justos y no según el espíritu de los pecadores. Hay tambien cruces voluntarias y meritórias, como las mortificaciones y penitencias, el exacto cumplimiento de las obligaciones de nuestro estado y todos los ejercicios de virtud: éstas, al paso

que infunden gran consuelo, conducen al hombre á una muerte feliz: *Et tollat crucem suam.*

Pero ¿de qué nos serviría renunciar á nosotros mismos y hacernos violencia si no caminamos detras del Nazareno Santísimo! ¿De qué nos aprovecharia cargar una cruz muy pesada, si no seguimos sus huellas y si no nos edificamos con sus ejemplares acciones y toda su conducta! "La vida eterna es," dice San Juan refiriendo las mismas palabras del Hijo de Dios á su Eterno Padre: "Que te conozcan á tí, único y verdadero Dios, y á Jesucristo que enviaste." No basta el conocimiento especulativo, ni una fé muerta de todos los artículos y misterios de nuestra creencia, sino un conocimiento práctico y una fé viva, ó formada por la caridad acerca de Cristo nuestro Divino Mediador: este título y modelo de virtudes perfectísimas nos hemos de proponer para santificarnos: todo el tiempo de treinta y tres años que habitó sobre la tierra, es como un campo frondoso cubierto de plantas, flores y frutos inestimables de vida. Me explicaré y extenderé un poco mas sobre materia tan importante.

La virtud de la fé, aunque no tuvo lugar en el alma de Jesucristo, porque no la permitia la union hipostática, si nos la mereció é infundió: mientras vivió en carne mortal no careció de una esperanza cierta, en cuanto á la glorificación de su Cuerpo y de las fuerzas inferiores de su alma, y ella es el dechado de la nuestra: su caridad es como un horno encendido que quema los corazones de los fieles con sus llamas ó sagrados carismas: en su doctrina, en sus preceptos y consejos debemos aprender la verdad, la sabiduría y la pruden-

cia; en la distribución que hace de sus obras y en sus recompensas, la misericordia y la justicia; en los peligros la fortaleza: en su comida y en su bebida la templanza; en su exterior debemos estudiar la modestia; en sus vestidos la pobreza; en el sueño y la vigilia, la inocencia y la pureza: hemos de atender á su oracion para imitar su piedad; hemos de fijarnos en su trato y conversacion para comunicar de su humildad; en el perdón de las injurias, para probar de su mansedumbre: en sus sufrimientos, para participar de su paciencia, y en su muerte para confirmarnos con su obediencia. Pero ¿quién soy yo, que pueda enumerar y elogiar los atributos y las bellísimas cualidades de Jesucristo! ¡Ah! me contentaré, pues, con haberos señalado algunos puntos de su rara y universal hermosura, para animaros á ir en su seguimiento: *Et sequatur me.*

Ya convendrá resumir: "Yo he venido, decía Jesucristo, para que las ovejas tengan vida, y la tengan con abundancia." ¡Oh! el pecador que ha logrado la remision de sus pecados, obtiene el principio de la salud espiritual; porque se ha verificado en él la reconciliacion. Bien podia el Señor salvar á todos los hombres con sola su voluntad, con solo el acto de la Encarnacion, con una palabra ó un suspiro del Verbo Humanado; mas en el eterno acuerdo de las tres Divinas Personas estaba decretado, que nuestro Redentor lavase su grey en los grandes receptáculos de su sangre, que derramó antes y despues de su muerte de Cruz. Además, el que está justificado tiene siempre la obligacion de adelantar en la virtud, siguiendo á este insigne prototipo y guia segura de su felixar-

ribo hasta el cielo. Si alguno tiene sed, clamaba Jesus en alta voz en el último dia, que era el mas solemne de una fiesta, y en medio del templo de Jerusalem: "Si alguno tiene sed, venga á mí y beba;" es decir, el que se sienta tocado de la gracia, corresponda con fidelidad á ella; beba, sí, beba el hebreo, beba el pagano, beba el delincuente, beba el convertido, beba el inocente: "Porque si alguno cree en mí, añadia, correrán de su corazón ríos de agua viva." ¡Oh Dios Santo! ¡qué dignacion! ¡qué gracia! ¡qué redencion!* Pero todo esto lo comprendió en una sola palabra, cuando dijo en lo alto de la Cruz: "Sed tengo." *Sitio.*

No le demos, pues, á beber á este Divino Pastor crucificado, en su sed, como los judíos, la hiel y vinagre de nuestros vicios, de nuestras culpas y de una negra ingratitud: el que renueva con sus pecados la crueldad de estos impíos, póstrase á sus pies y pídale el perdón: ruéguele deshecho en lágrimas que le desate sus ligaduras: dígale con la mayor ternura como Saulo. "¿Señor, qué quieres que yo haga!" Entonces el Redentor, enviándole á un Sacerdote como á aquel siervo sanguinario, se compadecerá de él mejor que el padre del hijo pródigo, que volvió á su casa: lo vestirá con el rico y limpiísimo ropaje de la gracia, y lo hará sentar á su mesa; mitigará su sed y le dará á gustar, no manjares sazonados de las carnes de los animales, sino su propio Cuerpo y su propia Sangre. Así el justo se alentará y fortalecerá mas de dia en dia con el mismo alimento, y se perfeccionará en la

* Este discurso fué predicado en la Iglesia de Religiosas Mónjas recoletas de Nuestra Señora de la Soledad, y en la fiesta de Jesus Nazareno que se venera en una imagen milagrosa suya con el nombre del Señor del Rescate.

virtud: siendo constante en ella, Dios no le negará el don de la perseverancia y al fin entrará en su reino, mientras que los pecadores obstinados serán arrojados á las tinieblas exteriores. Tengamos por cierto, que si imitamos á Jesucristo en su vida y en su muerte, lo seguiremos también en su Resurrección y Ascensión, para gozar eternamente de su gloria.

Así SEA.

SERMON

SOBRE LA

SEXTA PALABRA QUE PRONUNCIÓ JESUCRISTO

EN LA CRUZ

Consummatura est.
"Todo está cumplido."
S. JUAN, CAP. XIX, v. 30

Ninguna frase hubiera podido expresar mejor el misterio de la redención como la sexta palabra que profirió Jesucristo en la Cruz; clavado de pies y manos, bañado en sangre y ya moribundo, señala precisamente el tiempo en que todo se había consumado. Todas las profecías que miraban á su persona, á su vida y á su muerte, todos los puntos de la ley, todas las sombras y figuras del Antiguo Testamento se habían cumplido: por manera que todos los preceptos morales, como se fundan en la caridad, los cumplía Jesucristo con su pasión, como dice el Angélico Doctor Santo Tomás, de cuya doctrina me voy á valer. Por amor al Padre había dicho á sus discípulos, según refiere San Juan: "Mas para que el mundo conozca

que amo á mi Padre, y que segun me lo ha mandado mi Padre así obro: Levantnos, salgamos de aquí." Se dirigia, pues, al lugar en que habia de comenzar su pasion. Tambien moria por el amor del prójimo, segun aquellas palabras de San Pablo: "Me amó y se entregó á sí mismo por mí." Todos los preceptos ceremoniales, como que se ordenaban principalmente á los sacrificios y oblaciones, no fueron mas que figuras del verdadero sacrificio que ofrecia por nosotros; por eso, segun se expresa San Pablo, es comparado Jesucristo á aquellos antiguos sacrificios, como el cuerpo á la sombra. En fin, todos los preceptos judiciales, como que se ordenaban en lo esencial á satisfacer por la injuria, los cumplia exactamente con su pasion, segun aquellas palabras del Salmo: "Pagaba entonces las cosas que no arrebaté." ¡Ah! quiso ser fijado en el madero de la Cruz por el fruto que el hombre arrebató del árbol de la vida contra el precepto de Dios. *Consummationem est.*

¡Qué mas! la voluntad de su Eterno Padre estaba obedecida y satisfecha; todos los tormentos se habian acabado, el furor de los demonios se habia apagado, la malicia de sus enemigos se habia saciado; todo el precio del rescate de los hombres se habia pagado, toda la obra de la justificacion del pecador se habia cumplido; el holocausto quedaba consumado y abiertas de par en par las puertas del paraíso: no le faltaba mas que exhalar el puistrer suspiro, morir, y morir. *Consummationem est.*

¡Y quién será capaz de ponderar dignamente todos y cada uno de los grandes objetos que comprende en sí este manantial inagotable de reflexiones!... Yo,

aunque insuficiente, me contentaré con presentaros á Jesucristo crucificado, como lo pinta el Apóstol San Pablo: "Se humilló á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte; pero una muerte de Cruz." El misterio, pues, de la humildad del Redentor hasta morir por nosotros sobre la Cruz, será el asunto principal de mi discurso: este es el motivo de su gloria y de la muestra; para el acierto, ayudadme á implorar los auxilios de la divina gracia. AVE MARIA.

Todo esta compuesto,
8. Juan, cap. 7 vers. citados.

"Por haberse humillado Jesucristo, obediendo al Padre hasta la muerte de Cruz. Dios lo exaltó, dice el Apóstol, y le dió un nombre sobre todo nombre." De aquí infiere San Agustín "que la humildad de la pasion es el mérito de la claridad, y que la claridad es el premio de la humildad." Mas á Jesucristo se le dió la gracia, no solamente como á una persona singular, sino tambien como á cabeza de la Iglesia, para que de él mismo redundara á los miembros; de consiguiente, las obras ó los méritos de Cristo al propio tiempo que son suyos, pertenecen tambien á su cuerpo, que son los fieles. El capítulo cincuenta y tres de Isaías es una de las profecias mas expresas acerca de la pasion y muerte del Salvador, y está dividido en dos partes: en la primera anuncia el Profeta al Mesías desconocido de su pueblo: su nacimiento obscuro: sus humillaciones, pasion y muerte; en la segunda, su nueva vida, larga posteridad y sucesos de su ministerio. Esta luz, pues, me guiará en todo mi discurso;

pero para proceder con orden, asiento dos breves proposiciones á que puede referirse todo aquel oráculo. Primera: La humildad de Jesucristo hasta morir sobre la Cruz. Segunda: La gloria que resultó al hombre de las humillaciones del Hombre Dios. Prestadme vuestra atención y elevaos á estas verdades.

PRIMERA PARTE

Tiene tan íntima conexión el capítulo cincuenta y tres de Isaías, principalmente con los tres últimos versículos del capítulo antecedente, que ellos son en realidad el principio de una profecía continuada sobre el Mesías hasta el fin de aquel capítulo. Allí se anuncia al siervo del Dios de Israel "lleno de inteligencia, grande, elevado y sublime en el mas alto punto de gloria." Sin embargo, antes de esto aparecerá "sin gloria delante de los hombres, y con un exterior despreciable entre los hijos de los hombres. Él rociará muchas naciones, esto es, las rociará con su sangre, purificándolas de sus pecados, como dice San Pedro; los reyes guardarán silencio en su presencia; porque aquellos á quienes no fué anunciado le verán, y los que no habian oído hablar de él le contemplarán." He aquí, pues, en estas últimas palabras la conversión y la fé de las naciones en Jesucristo, segun lo entiende San Pablo. Ved tambien en todo el conjunto de este preliminar, como el exordio de una prediccion que se versa sobre la humildad y la exaltacion de aquel siervo de Dios. ¡Y podrá esto conveuir á otro que al Salvador, como

todo el resto de la profecía! ¡Ah! él solo es su objeto. Así lo reconocen todos los Padres é intérpretes cristianos, así lo muestran los Apóstolos y Evangelistas, así lo advierte el mismo Jesucristo.

Al comenzar el Profeta Evangélico el capítulo cincuenta y tres, nota en el verso primero la incredulidad de los judíos y aun de muchos gentiles respecto á Jesucristo, en estos términos (Isaías, cap. LIII, v. 1): "¡Quién creyó, oh Dios, nuestras palabras! ¡Y á quién se ha revelado el brazo del Señor!" San Juan demuestra en los judíos el cumplimiento de esta profecía, porque "no han querido reconocerlo ni en la sabiduría de sus palabras, puesto que es la luz, ni en el poder de sus milagros." San Pablo observa, que "no todos obedecen al Evangelio." Ciertamente; mas esta desobediencia no consiste en falta de predicadores, porque su voz ha resonado por toda la tierra, y sus palabras hasta las extremidades del mundo; solamente la dureza y obstinacion de los judíos y de tantos gentiles al misterio de la Cruz, que han llamado escándalo ó locura, viene á ser la causa de que les aplique el Apóstol el mismo anuncio: "No han querido creer ni adorar bajo la forma de un esclavo anonadado hasta los escarnios, y una muerte afrentosa al Hijo del Eterno."

Continúa el Profeta diciendo (v. 2): "Porque se levantará como un arbolillo delante del Señor, y como un retoño de la tierra seca." ¡Qué contraste! lejos de brillar como un Libertador poderoso rodeado de gloria, se deja ver entre los hijos de Adán, como un arbolillo débil; al paso que brota como un pequeño retoño de la tierra seca, es el singular renuevo que había de nacer de una tierra seca que es la Virgen

María. "No tiene hermosura ni brillo; le hemos visto y nada tenía que atraiese las miradas, y por eso le hemos desconocido." Los Santos Padres no están conformes en la inteligencia de este texto por lo que mira á la belleza de Jesucristo en su Santa Humanidad y en el discurso de su vida mortal; con todo, sin hablar de la infinita dignidad de su cuerpo unido hipostáticamente á la divinidad, bien puede adoptarse un medio que concilia ambas sentencias; ni debe admitirse que tuvo una hermosura extraordinaria, mundana ó carnal, ni que fué deforme ó defectuoso. Lo cierto es, que tuvo una presencia cual convino á su vida oscura y á su humildad que se dejó ver en todo. Limitándonos ahora al tiempo de su pasión, aparecerá cubierto de ignominia, maltratado con golpes y manchado con salivas. "¿Qué cosa mas hermosa que Dios? dice San Agustín. ¿cuál mas deforme que un crucificado?"

Le hemos visto, sigue mostrándole el sagrado texto (v. 3): "Un objeto de desprecio, el último de los hombres, varon de dolores que sabe lo que es padecer. Su rostro estaba como oculto, y parecia despreciable, y nosotros no le hemos reconocido." El mismo Jesucristo designó por San Marcos el cumplimiento de este pasaje, cuando respondió á la pregunta de sus discípulos Pedro, Santiago y Juan, sobre la venida de Elías: estas fueron sus palabras dignas de repetirse: "Sucederá á este profeta lo que al Hijo del hombre del cual está escrito, que debe padecer mucho, y ser despreciado." Si examinamos lo que sufrió el Divino Redentor entre los tormentos, nos constatarémos sobre estos tres puntos principales de

que advirtió á sus Apóstoles: "Le entregarán á los gentiles, para que le traten con escarnio y le azoten, y le crucifiquen." Para ocasionarle, pues, un vehemente dolor que no tiene comparacion, concurrieron como de tropel las acusaciones, las burlas, las blasfemias, los azotes, las espinas, los clavos y la cruz. Es verdad que en tal estado de abatimiento parece que ocultaba su semblante; mas solamente no le han querido reconocer los hombres ímpios y soberbios.

"Verdaderamente tomó nuestras dolencias (v. 4), y se cargó él mismo de nuestros dolores, y nosotros le consideramos como un leproso, y herido por Dios y humillado." "El es, dice San Pedro, quien llevó nuestros pecados en su Cuerpo sobre la Cruz, para que muertos al pecado vivamos para la justicia." Y como los pecados son la causa principal de las enfermedades corporales, despues de referir el Evangelista San Mateo, "que Jesucristo curaba á todos los enfermos," aun en este sentido le aplica las mismas palabras de la profecía; no porque experimentase en su Carne sagrada las enfermedades sucias y asquerosas de los hombres, sino porque las curó cual Médico omnipotente, y como pena debida al pecado satisfizo por ellas. Job, que fué un leproso herido por Dios y humillado, no habia sido mas que leve sombra de Jesucristo; herido y desamparado este nuevo Job por la justicia de su Eterno Padre, "desde la planta del pié hasta el vértice de la cabeza, no se hallaba en él sanidad."

"Pero él fué herido por nuestras iniquidades (v. 5), quebrantado por nuestros delitos; el castigo que debia procuramos la paz sobre él, y con sus cardenales

quedamos sanos." San Pablo enseñó á los Corintios, "que Jesucristo murió por nuestros pecados, conforme á las Escrituras." "Por sus cardenales y llagas habeis sido curados," decia San Pedro á los fieles á quienes escribía, esto es, sus llagas han sanado las heridas que os habia hecho el pecador; os han librado de los extravíos á que éste os habia echado. A esto concierne tambien lo que añade el Santo Profeta (v. 6): "Todos nosotros nos habiamos extraviado como ovejas; cada uno se habia apartado para seguir su propia senda, y el Señor le cargó con la iniquidad de todos nosotros." Es lo mismo que con mas precision explicaba el Príncipe de los Apóstoles á los cristianos, despues de comprobado el vaticinio. "Pues vosotros, les decia, sois como ovejas descarriadas; mas ahora habeis vuelto al pastor y al obispo de vuestras almas."

"Se ofreció porque quiso (v. 7), y no abrió la boca: será conducido á la muerte como una oveja, y enmudecerá como un cordero delante del que le trasquila, y no abrirá su boca." Es tal la fuerza de estas divinas palabras y de las del verso siguiente, que con el auxilio de la gracia obraron la conversion del eunuco de Candace reina de Etiopía, al momento que el Diácono San Felipe le explicó su admirable sentido. "El Eterno Padre, como dice Santo Tomás de Aquino, inspiró á Jesucristo la voluntad de padecer por nosotros, infundiéndole la caridad. "Su sacrificio fué tan libre y voluntario, que no hay tormento ni desmayo que pudiese hacer morir al Autor de la vida, sin que él hubiese consentido; podia en un instante sanar de todas sus llagas, libertarse de todos sus enemigos.

Pero sumiso á las órdenes del cielo, camina con la apacibilidad y dulzura de una oveja cayendo y levantando con su cruz hácia el lugar del suplicio; ni los tormentos, ni los oprobios hacen decir al Cordero inmaculado una palabra, le hacen salir de la boca una queja; todo lo sufre como victima, ruega por todos como Sacerdote.

"Murió en medio de los dolores (v. 8) condenado por jueces." Jesus es destinado á la muerte por jueces impíos, que no hacen otra cosa que enviarlo de tribunal en tribunal. ¡Decidme, cuál fué el juicio de Pilato! ¡Oh! este juez inicuo se disculpaba de crucificarlo; los judíos declaraban que esto no les era permitido; aquí no se ve orden ni razon, ni equidad, ni leyes, ni formalidad, todo se ha echado á un lado. En fin, Jesucristo espira derramando diluvios de Sangre y en medio de los mas agudos dolores; no se encontraba en su Sacrosanto Cuerpo, usando de las mismas expresiones del Santo Profeta Isaias, en otro lugar: "sino herida y contusion y llaga inflamada, que no ha sido vendada, ni curada, ni suavizada con aceite." Pero Jesus, muerto, es vencedor; ha triunfado; no ya para sí, sino para nosotros.

SEGUNDA PARTE

Pedia el orden de los divinos misterios, que primero hubiera muerto Jesucristo para destruir la muerte ó el pecado; despues de esto convenia que

hubiera sido traspasado su sagrado corazón con una lanza para dar la gracia de la justicia. En efecto, así como Eva se formó de la costilla de Adán para ser madre del género humano, así la Iglesia nació del costado del Salvador, fecunda en su descendencia, y toda espiritual. Desde el punto, pues, en que recibe de las copiosas corrientes, é inmensos bienes de esta fuente del amor, se reviste como reina con un ropaje de oro ó de caridad, y con la variedad de todas las virtudes para sentarse á la diestra de su Esposo.

Esta es la razón porque prosigue el Santo Profeta Isaías en el mismo verso octavo, de este modo: "¿Quién referirá su generación! Porque él fué separado de la tierra de los vivos. Yo le herí por los crímenes de mi pueblo." Jesucristo confirmó su alianza con su Iglesia en el día de su boda, es decir, el día del derramamiento de su Sangre, y de su muerte en la Cruz; la prodigiosa fecundidad de esta Esposa, que cuenta por sus hijos á todos los justos y fieles del antiguo y nuevo Testamento, no puede referirse. Semejante por sus buenas obras á un jardín cerrado, será llena de flores y de frutas, como la pinta el libro del Cántico de los Cánticos; los arroyos de la gracia serpenteando por doquiera, la regarán con aguas vivas, que saltarán hasta la vida eterna; el viento del Mediodía ó el sople del Espíritu Divino, se extenderá sobre este jardín místico para hacerle siempre más fértil y oloroso. Pero todos estos bienes recibieron su complemento, cuando fué separado de la tierra de los vivos, cuando entró resucitado y triunfante en la gloria y esplendor de los Santos. Si fué herido por los crímenes de su pueblo, se le dió al mismo tiempo

la soberanía de todas las naciones. Por eso le convida la Esposa á volver á su Padre: "Huye, amado mio, vete á las montañas de los perfumes y aromas;" como si le dijese: Huye de la tierra que ya no conviene á tu grandeza, y vete á los montes excelsos de gloria á recibir el premio de tus padecimientos.

"Y el Señor le dará á los impíos por su sepultura (v. 9); y á los ricos por su muerte; porque no ha cometido iniquidad, ni estuvo en su boca la mentira." José de Arimatea, hombre rico que sepultó su Santo Cuerpo en un monumento nuevo, así como los que lo embalsamaron con preciosos aromas, se le dieron por recompensa de su muerte; los impíos, que se le dieron por precio de su sepultura, fueron los soldados romanos que pusieron sus enemigos por guardas de su sepulcro. Mas San Pedro y San Juan, valiéndose también de las mismas palabras del fin de este verso, prueban la perfecta inocencia de Jesucristo. Convenia desde luego, puesto que se ponea como razón de lo antecedente, que el cuerpo muerto del que fué pobre fuese confiado á un hombre opulento; que el sepulcro del Justo por excelencia, que murió por el pecado, hubiera sido rodeado de pecadores para que fuese después glorioso. Y como todo esto fué hecho para bien del hombre, solamente los que participan de su santidad participarán de su gloria.

"Y el Señor quiso quebrantarle con los trabajos (v. 10); como él entregó su alma por el pecado, verá su descendencia durar largo tiempo, y la voluntad de Dios se ejecutará por su medio." "El que se humillare, dice el Evangelio, será exaltado." Así es, que Jesucristo fué quebrantado con los trabajos para

ser el jefe de la fe y de la salud de los pecadores convertidos; entregó su alma como una víctima, por el pecado, para prolongar eternamente sus días, y para extender prodigiosamente su generacion. ¡Ah! tanto permanecerá el reinado de la gracia sobre la tierra cuanto fuere la duracion del tiempo. Por su ministerio, esto es, por medio de su doctrina y milagros, y por la virtud y eficacia de su Sangre derramada, se cumplirá la voluntad de Dios en los hombres.

“Verá el fruto de lo que sufrió su alma (v. 11), y será satisfecho; como mi siervo es justo, justificará por su doctrina á muchos y llevará las iniquidades de ellos.” Jesucristo ve en los cielos, y se goza del fruto de su pasion en la salvacion de las almas; al fin de los siglos se reunirán todos los escogidos de las siete edades del mundo y de la Iglesia, y de los cuatro vientos del orbe de la tierra, gloriosos hasta en sus mismos cuerpos y unidos á su cabeza y á su ejemplar para vivir eternamente; entonces se completarán los coros de mártires, de confesores y de vírgenes; entonces se verá “aquella grande turba que nadie podia numerar de todas las naciones, y tribas, y pueblos, y lenguas en pié ante el trono de Dios y á la vista del Cordero, vestidos de blanco y con palmas en las manos.” Pero el pecador logra del Justo por esencia, aquella justificacion que por su naturaleza persevera hasta la bienaventuranza. Ella consiste necesariamente en dos cosas: en la fé por la doctrina ó por la palabra de Dios, que como una espada de dos filos penetra el alma; y en las buenas obras que se fundan en los méritos del que llevó sobre sí nuestros pecados.

“Por tanto le daré por herencia una gran muche-

dumbre (v. 12), y distribuirá los despojos de los fuertes; porque entregó á la muerte su alma y fué numerado entre los perversos, y llevó los pecados de muchos y rogó por los transgresores.” Este es el fin, y por decirlo así, el epílogo de aquella eminente profecía, no menos que de mi discurso. La herencia que se le ha dado consiste en una gran multitud de hombres, que ha adquirido por la obra de la redencion, de la reconciliacion, de la glorificacion; su victoria fué cumplida quitando á los fuertes, que son los demonios, los despojos que reparte con muchos y poderosos héroes de la fé. Pero cuatro son las razones principales de haber conseguido con sus humillaciones tan inefabables bienes, y que expresa el sagrado texto: Su pasion y muerte de Cruz á que entregó su alma; su abatimiento en haber sido contado entre los perversos, como lo advirtió él mismo á sus discípulos, y como en efecto se cumplió dice San Marcos; la satisfaccion que dió por los pecados de todo el mundo, como si fuese reo de todos ellos; y el perdon que pidió á su Eterno Padre para sus enemigos ó transgresores de la ley, como tambien refiere San Lucas. *Consummatum est.*

¡Mas qué agradecimiento os daremos ¡oh Jesus Crucificado! si al fin por nosotros os habeis humillado, os habeis sacrificado y os habeis entregado á la muerte! ¡Si por nosotros habeis pronunciado esta palabra, “todo está cumplido!” ¡Felices nosotros si unimos nuestros dolores, nuestros trabajos y nuestros sufrimientos á los vuestros! ¡si en la muerte recibimos la última prenda de vuestro amor y el último remedio de nuestros males! ¡Infelices nosotros si cumplimos la misma palabra en un sentido contrario, quiero

decir, si en la hora tremenda de la muerte todo lo hemos perdido, el alma, el cuerpo, todos los bienes y la misma gracia! Humilladnos, pues, desde ahora, ¡oh buen Jesús! debajo de vuestra poderosa mano, para satisfacer por nuestros pecados y para que reine la caridad, la obediencia y toda virtud en nuestros corazones. Tocadnos con una sola gota de vuestra Sangre preciosísima para seguir invariablemente vuestros pasos y para que nos coloquéis con Vos algún día en la gloria que nos habeis merecido.

Así SEA.

SERMON

DE

ESPIRACION Ó DE LA SÉTIMA PALABRA QUE PRONUNCIÓ

JESUCRISTO EN LA CRUZ

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.
"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu."

S. Lucas, Cap. XXIII, v. 46

¡CATÁSTROFE ESPANTOSA! ¡PRODIGIO INAUDITO!
 ¡SUCESO ÚNICO! Dando Jesucristo en la Cruz una grande voz, como refiere el Evangelista, pronunció estas últimas palabras: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto espiró." No fué necesario más para que el Centurion entendiese que moria por su voluntad y no por flaqueza. Toda la multitud de aquellos que presenciaron este espectáculo, se retiraban hiriéndose los pechos. Todos los conocidos de Jesús, y las mujeres que lo siguieron de Galilea, estaban tambien considerando estas cosas desde lejos. Pero, ¡qué mucho si desde la hora sex-

decir, si en la hora tremenda de la muerte todo lo hemos perdido, el alma, el cuerpo, todos los bienes y la misma gracia! Humilladnos, pues, desde ahora, ¡oh buen Jesús! debajo de vuestra poderosa mano, para satisfacer por nuestros pecados y para que reine la caridad, la obediencia y toda virtud en nuestros corazones. Tocadnos con una sola gota de vuestra Sangre preciosísima para seguir invariablemente vuestros pasos y para que nos coloqueis con Vos algún día en la gloria que nos habeis merecido.

Así SEA.

SERMON

DE

ESPIRACION Ó DE LA SÉTIMA PALABRA QUE PRONUNCIÓ

JESUCRISTO EN LA CRUZ

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.
"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu."

S. Lucas, Cap. XXIII, v. 46

¡CATÁSTROFE ESPANTOSA! ¡PRODIGIO INAUDITO!
 ¡SUCESO ÚNICO! Dando Jesucristo en la Cruz una grande voz, como refiere el Evangelista, pronunció estas últimas palabras: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto espiró." No fué necesario más para que el Centurion entendiese que moria por su voluntad y no por flaqueza. Toda la multitud de aquellos que presenciaron este espectáculo, se retiraban hiriéndose los pechos. Todos los conocidos de Jesús, y las mujeres que lo siguieron de Galilea, estaban tambien considerando estas cosas desde lejos. Pero, ¡qué mucho si desde la hora sex-

ta del día hasta la de nona; tiempo todo precisamente en que el Salvador vivió sobre la Cruz, las tinieblas cubrieron toda la tierra! ¡Qué mucho si éstas se doblaron en su muerte, no sin nuevo milagro, cuando el sol se obscureció y se rasgó por en medio el velo del Templo! ¡Qué mucho si la tierra tembló, las piedras se despedazaron, los sepulcros se abrieron, y los cuerpos de muchos Santos resucitaron! ¡Quién no temería, si este clamor fuerte y excesivo penetró hasta en los infiernos, como dice San Buenaventura! ¡Ah! toda la naturaleza, el cielo, la tierra, el templo, los elementos, los abismos, los ángeles, los hombres, y aun los mismos demonios se agitaron, según nuestro modo de pensar, se conmovieron y se vistieron de luto. Mas igualmente es digno de notarse, que el Señor Jesus, que sentía muy poco antes todas las causas de su abandono; y que parece que no se atrevía entonces á llamar á Dios de Padre como en otras ocasiones, sino que oprimido de dolor, le decía: "Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado!" ahora por la exacta fidelidad en obedecerle hasta la muerte, y por la proximidad de la consumacion de su sacrificio, clama á él con el nombre dulce y tierno de Padre: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.*

El inocente Abel, primera víctima de los celos y de la envidia, bajo de la ley natural, no fué mas que figura del inocentísimo Abel. Cain se hizo culpable de la sangre de su buen hermano; pero los judíos eran responsables, según el Evangelio, de la sangre derramada desde el justo Abel hasta la de Zacarías, hijo de Baraquías; y haciendo morir á Jesucristo á

manos de los crueles verdugos, no solamente ha recaído sobre ellos la sangre de todos los Santos Profetas, sino tambien la del Justo por excelencia, cuya maldicion atrajeron sobre sí voluntariamente. El animoso Samson, que asiendo con ambas manos, y sacudiendo con fuerza las dos columnas de en medio del templo de Dagon, lo desplomó sobre sí y sobre los Filisteos: que muriendo, como dice la Sagrada Escritura, mató mas que los que habia muerto en su vida: que se vengó de sus enemigos por la humillacion á que lo redujeron, y por el ultraje hecho al Santo nombre de Dios; no fué mas que débil imagen del divino Samson. Jesucristo, clavado de piés y manos en dos leños atravesados como sobre dos columnas, triunfó de la muerte y de las furias del infierno: al contrario de aquel, salvó mas con su inmolacion que los que habia salvado en su vida: por mejor decir, con su muerte abrió las puertas del cielo á todos los que se habian de salvar. El venerable anciano Eleázaro, Doctor de la ley y hombre de virtuosas costumbres desde niño, por defender la ley santa del Señor, sufrió con ánimo pronto y constante el tormento de los golpes de varas, hasta rendir su espíritu en las manos de Dios: él mismo habia dicho anteriormente á sus amigos, que aunque se libertase en el tiempo de la vida, de los suplicios de los hombres, de la mano del Todopoderoso no podria escapar ni vivo ni muerto. Pero la fortaleza de Jesucristo en sufrir dolores agudísimos y poner el alma en manos de su Eterno Padre, por salvar al género humano, no admite comparacion. Murió, sí; murió en cuanto á su Humanidad, murió en una Cruz el Deseado de las

naciones, el Mesías prometido y figurado en la ley natural y en la ley escrita, el Unigénito del Padre y de la Virgen María, el Príncipe de la paz, el Modelo de los justos, el Gefe de los predestinados, el Santo de los Santos, el Soberano Juez de vivos y muertos.

Si pues la víctima se dividió y se exhibió el precio de la redención, cuando Jesucristo puso su espíritu en manos de Dios, yo pregunto: ¿Su alma para y santísima dejó acaso de estar en sus manos antes, y en el momento mismo de ser criada y unida á su Sacrosanta Humanidad, y en todo el discurso de su vida sobre la tierra? ¿Dejó acaso de gozar ni un solo instante de la vision beatífica, para que le diga al Padre: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu?" ¡Ah! la deidad se dió á la deidad en que siempre estaba, y el alma á la divinidad con quien desde su principio estaba unida. Pero Jesucristo obró aquí como Hombre dando á los hombres la postrera lección y enseñándoles un importante deber: encomendó con su espíritu á la Iglesia, á quien miraba como su alma misma, como su mismo amor. Cerró toda esta insignificante lección con la voluntaria y mayor entrega que pudo hacerse de su propia alma ante el tribunal de Dios. Tal es la consideracion general que me servirá de medio para daros á conocer, que la muerte de Jesucristo es la llave maestra del tiempo y de la eternidad, el instrumento de la gloria de Dios y el sello de la vida cristiana. Saludemos respetuosamente con el Angel á la Virgen Dolorosísima, digna Madre de este Varón de dolores, que supo tambien en su apacible muerte entregar su inmaculada alma al Criador llena de gracia, de virtudes y de merecimientos,

para que con el auxilio del Espíritu Santo, continúe yo en la predicacion del altísimo Sacramento escondido desde los siglos en Dios. Ave María.

"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu."
S. Lucas, cap. y vers. citados.

La mística entrega del alma con que Jesucristo se consagró al Eterno Padre en el acto de su muerte, "es la sola una oblacion segun San Pablo, por la que hizo perfectos para siempre á los que santificó." Jamas el pecador, aun cuando no hubiera sido regenerado, dejaria de estar sujeto á la potestad de Dios, por el derecho de la creacion; sus manos justas y terribles lo castigarían eternamente, mucho mas de lo que podemos imaginar. Con todo, por la culpa rompió el hombre la union de la caridad hácia él, y en cuanto á esto ya no puede ser suyo; provocó su divina justicia, y le quitó la gloria que tanto se merece de parte de sus criaturas. Pero satisfaciendo Cristo hasta dar la vida en precio del rescate, reparó su gloria y libró al hombre del pecado. Es por lo que decia San Pablo á los Filipenses: "Para gloria y alabanza de Dios, seais colmados de frutos de justicia por Jesucristo." Aquí se advierte cuán aceptable y glorioso fué á Dios su sacrificio, y cuán amable y provechoso á los desgraciados hijos de Adán. Por eso voy á proponeros estas dos breves reflexiones: Primera: Jesucristo con su muerte dió gloria á Dios: Segunda: La muerte de Jesucristo es provechosa al hombre. Desenvolvamos ideas tan sublimes y misteriosas, cuyo estudio reclama toda nuestra atencion.

PRIMERA PARTE

Después de decir el Evangelista San Juan, "que el Verbo de Dios se hizo carne y que habitó entre nosotros," añade: "Y nosotros vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre lleno de gracia, y de verdad." Ninguno de los Apóstoles mejor que este Discípulo amado, fué testigo de los milagros, de la transfiguración, de la muerte de Cruz, de la resurrección y ascension de Jesús, y de la sensible efusion de su Divino Espíritu. Puesto, pues, que vió su gloria, como la gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, bien se distinguen en sus palabras las tres personas adorables de Dios: La persona del Espíritu Santo, aunque no se expresa en ellas con su nombre, se da á entender suficientemente, en los vocablos mismos de plenitud de gracia y de verdad; sí, el gran Profeta Isafas dejó escrito, "que el Espíritu del Señor se habia de reposar con todos sus dones en Jesucristo." Ahora, toda la Augusta Trinidad es causa primera y principal de nuestra redención; mas con propiedad, Cristo en cuanto Hombre es inmediatamente nuestro Redentor, como lo prueba el Angel de las escuelas. Y como por su exaltación ó por su muerte de Cruz, ha traído á sí todas las cosas, quiero considerar por separado la gloria que por este su inefable sacrificio, resultó al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

GLORIA AL PADRE.—El hombre ha sido criado á

imágen y semejanza de Dios, no solo en cuanto á la imitación de la naturaleza divina que existe, vive y entiende, sino tambien en cuanto á la representación de las tres personas de la Trinidad increada, como enseña el citado Angélico Doctor: la procesion del Verbo, segun el entendimiento, y la procesion del amor segun la voluntad, se hallan por participacion en la criatura racional, y de un modo deficiente é imperfecto que no constituyen hipóstasis como en Dios. A la persona del Padre se le apropian los atributos esenciales de la eternidad, de la unidad, del poder y de la habitud de principio, ó de causa eficiente de que proceden todas las cosas. "¡No es tu Padre, decía Moisés al pueblo de Israel, que te poseyó, que te hizo y te crió!"—¡Ah! no es necesario ¡oh cristiano! que observes esas inmensas moles de los ciclos para que te expongan la gloria del Criador; no es menester que mires al firmamento para que te refiera las obras de sus manos: dentro de tí mismo está impreso el sello de su imágen, y llevas el libro abierto que te muestra la verdad: tu alma racional, que salió del soplo de la boca de Dios, vale mas que toda la naturaleza material; tu mismo cuerpo fué amasado y perfeccionado en sus manos poderosas; ese tu admirable compuesto de dos substancias tan diversas, al propio tiempo que te enseña á tu Hacedor y comunica de las supremas inteligencias, reúne en sí como un mundo pequeño las perfecciones todas del universo. Así es que tu memoria, que se puede llamar como el archivo de todas las noticias, te anuncia la fecundidad del Padre. Sin embargo, ¿pensaríamos que este depósito de conocimientos ha resplandecido en el hombre! ¡Ah! se ha hecho tan

oscuro y deforme en los pecadores, que apenas se distingue como una vislumbre de la eterna luz. "Le han ofendido, dice el Libro del Deuteronomio, los que tan indignamente tenían el nombre de sus hijos." Y si esta imagen del Padre realza según es, clara y hermosa en los hijos adoptivos por gracia, y en los herederos del cielo por la semejanza de gloria; precisamente consiste en que ya lograron el fruto de la Sangre preciosa de Cristo, derramada por la remisión de los pecados. "Al fin de todas las cosas, cuando el Señor Jesús haya aniquilado todo imperio, toda dominación y toda potestad, entregará su reino á Dios su Padre, para que Dios sea todo en todos sus escogidos."

GLORIA AL HIJO.—"Jesucristo, como dice San Pablo, es la imagen perfecta del Dios invisible, engendrado antes de todas las criaturas." Por eso se le atribuyen las propiedades esenciales de ser la especie, la hermosura, la luz del Padre, la igualdad, la sabiduría y el principio de principio por quien fueron hechas todas las cosas. El hombre se le asemeja en el entendimiento, que es como la prensa en que se esprime el concepto. Mas ¡ay! ¡qué desfigurada se hallaba en el pecador su imagen cuando vino á redimir al mundo! Todos los hijos de Adán incurrieron en el pecado original, fueron concebidos sin los dones gratuitos, sujetos á la muerte y eschuidos del reino de los cielos; fueron condenados al trabajo y al dolor, constituidos esclavos del demonio y destinados al fuego eterno. La ira de Dios pedía venganza de la injuria con que se le había ofendido y se le había de ofender hasta el fin del mundo: no se hallaba en las criaturas quien pudiese calmar su justo enojo y le diese una satisfacción

condigna á sus derechos de Criador violados: el mismo Dios envió para tan grande obra á su Hijo, á fin de que así como la culpa nació de la soberbia de saber, así también nuestra reparación debiese su origen y perfección á la verdadera sabiduría que es el Verbo. ¡Oh! el Unigénito del Padre bajó del trono de su gloria, se vistió del tosco sayal de nuestra humanidad, vivió en trabajos y murió con ignominia por nosotros. He aquí, pues, la gloria del mismo Jesucristo, que si se considera en cuanto á su Divinidad, se funda en habernos dispensado graciosamente la paz, la inocencia y la inmortalidad. "A los que Dios tiene previstos, dice el mismo Apóstol, también los predestinó para que se hiciesen conformes á la imagen de su Hijo;" imagen es esta del Hijo de Dios, que estampándola en el hombre lo convierte en otra imagen, no ya según la naturaleza, sino según los dones de gracia y de gloria.

Por otra parte, antes de hablar de la gloria de la Santa Humanidad de Jesucristo, conviene asentar que su alma bienaventurada lo mereció todo en el acto mismo de la Encarnación. No obstante, la gloria de su alma por un continuo milagro no redundó á su cuerpo en el tiempo de su vida mortal, para que obtuviese con mayor honor la gloria del mismo cuerpo que mereció por la pasión. "El que se humilla, dice el Evangelio, será exaltado." Jesucristo, pues, se humilló bajo de su dignidad en cuatro cosas, á que corresponden otras tantas modos de exaltación que designa Santo Tomás: "Se abatió hasta la pasión y muerte, de que no era deudor; pero rompiendo sus cadenas, se levantó triunfante del sepulcro con una

gloriosa resurreccion: luego que murió, su alma descendió á los infiernos y su cuerpo fué puesto en el sepulcro; mas si bajó á las inferiores partes de la tierra á los cuarenta dias de resucitado, ascendió por su propia virtud y con majestad solemnísimá á lo mas alto de los cielos: se anonadó hasta sufrir con paciencia la confusion y los oprobios: fué ensalzado, hasta sentarse aun como Hombre á la derecha del Padre: últimamente fué entregado al poder de Pilatos, de Heródes, de los Pontífices, de la Sinagoga y del pueblo como un facineroso: en recompensa de haber sido tratado como reo, ha recibido el poder universal de juzgar á los vivos y á los muertos: "Él es reconocido Dios, y en el nombre de Jesus se arrodillará toda criatura del cielo, de la tierra y de los abismos."

¡Felices nosotros si padeciendo por amor á Dios los trabajos de la vida y los dolores de la muerte, resucitamos gloriosos con nuestros propios cuerpos en el grande y terrible dia del Señor, segun la expresion de Malaquías! ¡Dichosos si pasando nuestra alma al seno del purgatorio, por mas que nuestros huesos se reduzcan á polvo, subimos entonces á los cielos á imitacion de nuestro Salvador! Mientras mejor peleemos en la tierra contra el mundo, el demonio y la carne, mayor premio alcanzaremos en la eternidad, colocándonos sobre tronos resplandecientes entre los coros de los mismos ángeles: Si las potestades del siglo y todos nuestros enemigos nos persiguen y calumnian, librando ellos mismos nuestra corona, tomaremos parte alguna vez en el juicio de los mismos demonios. "¡Ignorais, decía San Pablo, que aun á los ángeles juzgaremos!"

GLORIA AL ESPÍRITU SANTO.—El Espíritu de amor, el Espíritu de verdad que procede del Padre y del Hijo, estambien "el primer dón de Dios, por quien se dividen muchos dones propios á los miembros de Cristo," como dice San Agustín: "A él pertenecen los nombres esenciales del uso con gozo, de la union ó enlace, de bondad ó de fuente inmensa en que se contienen todas las cosas; sí, él las conserva y gobierna llevándolas á su fin conveniente." La imagen de este Divino Espíritu está impresa en la voluntad del hombre, que tiene un amor natural y una aptitud á amar á Dios por su misma creacion. Sin embargo, ¡qué vicinda ha sido su semejanza en el pecador! entregado su corazon á las criaturas, las ha amado con preferencia á Dios: ha caido hasta en la idolatría de tributarles cultos divinos, ó ha negado al verdadero Dios los que se le deben. Además, la imagen de recreacion ó de semejanza sobrenatural de gracia y de gloria con el Espíritu Santo, solamente nos la mereció Jesucristo con su muerte. En efecto, por su virtud recibimos el espíritu de adopcion de hijos, la confianza y el amor que nos inspira su Paráclito. "Porque el mismo Espíritu de Dios, dice San Pablo, está dando testimonio á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios." Esta es la gloria que resultó á la tercera Persona de la Beatísima Trínidad de los padecimientos de Jesucristo. Para explicarme con mas claridad, Dios es felicísimo en sí mismo por la union eterna del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo, pero aunque no necesita de nosotros, tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres: por su amor nos dió el Padre á su Unigénito, por su amor nos redimió el Verbo Huma-

nado, y por su amor nos santifica el Espíritu Santo: el mismo Espíritu abrasador nos previene con su gracia, nos aplica los méritos infinitos del Redentor, nos admite como hijos adoptivos á su amistad y nos da derecho á la herencia de la gloria. ¡Cuánto debemos suspirar para que siguiendo á Jesucristo hagamos cierta nuestra vocacion y eleccion! ¡Cuánto fruto podremos recoger del árbol de la Cruz para que seamos instrumentos vivos con que el Divino Paciente dé gloria á Dios! Concluiré con esta oracion de San Hilario para rendir al Señor nuestros homenajes é inclinarlo á favor nuestro: "Consérvame, te ruego, oh Dios! esta religion de mí fé; que siempre obtenga al Padre, esto es, á tí, y adore juntamente á tu Hijo contigo; y sea digno de tu Espíritu Santo, que procede de tí por tu Unigénito." Pero me resta tratar, de intento, del provecho del hombre como efecto de la pasion de Cristo.

SEGUNDA PARTE

Hablando en los mismos términos del Apóstol, "Jesucristo nos ha sido dado á todos para ser nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificacion y nuestra redencion." De este manantial fecundo parten copiosos, sólidos é infinitos bienes espirituales de que goza el hombre. No obstante, tres frutos principales, como enseña Santo Tomas, produjo la muerte ignominiosa de Cristo, á saber: "El perdon de los pecados, la conversion de los gentiles y la adquisicion de la eterna glo-

ria." Debo antes de exponer estos fundamentos advertir; que no basta para la justificacion del impío que se remuevan los impedimentos ó la simple remision del pecado, sino que además es necesaria, segun la declaracion del Santo Concilio de Trento, la gracia y caridad que el Espíritu Santo infunde en nuestros corazones: y ambas cosas, supuesto el dón de la perseverancia final, lo elevan á la bienaventuranza. Todo esto, pues, comprende la salud espiritual del hombre, cuyas excelencias y ventajas en general, y cada una de por sí, comenzaré á expresar.

El dogma del perdon de los pecados es uno de los artículos capitales del Símbolo de los Apóstoles, y consta claramente en las Sagradas Escrituras: En él consiste todo fruto y es como la raiz de todo nuestro bien, segun aquellas palabras de Isaías: "Será perdonada la casa de Jacob, y este es todo su fruto, que sea quitado su pecado." Y para que veamos que es efecto de la muerte de Cristo, oigamos lo que dice San Pablo: "Mas ahora apareció una sola vez en la consumacion de los siglos, para destruccion del pecado por el sacrificio de sí mismo:" y mas adelante vuelve á decir: "Cristo fué una sola vez inmolado para agotar los pecados de muchos." A cada paso usan los Apóstoles y Evangelistas de las palabras redencion, efusion de sangre, víctima, holocausto, gracia, salud y santificacion, para denotar la remision de los pecados. La potestad de perdonarlos reside en la Iglesia por virtud de la pasion y muerte de nuestro Salvador; de su Sagrado Cuerpo clavado en la Cruz han nacido arroyos de sangre para lavar toda mancha, como lo habia anunciado Zacarías: "En aquel día, dice, habrá

una fuente patente á la casa de David y á los habitantes de Jerusalem para la purificacion del pecador." Tambien el candelero, todo de oro, que vió el mismo Santo Profeta en medio de dos olivos, que tenia encima una lámpara y siete luces sobre sus brazos, representa á Jesucristo, á su Iglesia y á los siete Sacramentos. ¡Oh! dos de ellos, que son el Bautismo y la Penitencia, fueron instituidos para borrar los pecados, y los otros cinco para aumentar la gracia: el candelero ó grande receptáculo, pueda figurar á la Iglesia como dispensadora y depositaria de las gracias celestiales: el aceite ó fluido precioso de la Sangre del Cordero, que mana de los dos olivos de su divinidad y humanidad, corre por estos siete brazos ó canales para infundirlo en otras tantas lámparas.

¿De dónde proviene, pues, que existiendo en la Iglesia cristiana un remedio tan eficaz é indeficiente, la mayor parte de los hombres se abandona al pecado y á la depravacion de las costumbres! ¡Ah! de que aman mejor las tinieblas que la luz; de que en vez de seguir á Jesucristo, siguen sus propias inclinaciones; de que se han propuesto morir para la virtud y vivir para el vicio: Unos hay que no creen; otros hay que no esperan; otros hay que aunque creen y esperan, no aman. El que quiera percibir el primer fruto de la santísima pasion de Jesus, es fuerza que muera moralmente á sus pasiones y á sus apetitos: es preciso que abraze la penitencia, que es un cambio de nuestra vida y de nuestro corazón: es indispensable que expie los pecados cometidos con oraciones, ayunos y maceraciones, pero en union del precio infinito de los méritos de la pasion y muerte del Salvador.

Por lo que respecta á la conversion de los gentiles, una nueva alianza, una nueva ley y un nuevo Sacerdocio les habia prometido Dios con la victoria que iba á alcanzar de la muerte su Divino Libertador. Jeremías profetizó la nueva alianza del Señor con este pueblo, figurado en la casa de Jacob, y cuyas prerogativas describe así: "Yo grabaré mis leyes en su espíritu y las escribiré en su corazón; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo." Isaias tambien habia declarado, "que las naciones aguardarian su ley," que ciertamente han abrazado con ansia. No menos advierte en otra parte, "que entre estos extrangeros que habrá convertido y traído á su Iglesia, escogeria á sus Sacerdotes y á sus Levitas." De hecho, Jesucristo con su muerte confirmó su nueva alianza á su nuevo pueblo, é hizo cesar los antiguos sacrificios y oblaciones, á mediados de la última de las setenta semanas, predicha por Daniel. Ya habia prevenido este mismo Profeta, "que el pueblo judío que lo habia de negar y hacer morir, no será ya su pueblo." ¡Oh! el pueblo que ha elegido el Cristo, es oscuro, rudo é idólatra. Ademas, "vendrá un tiempo, dice Malaquías, en que su nombre será exaltado entre las naciones desde el Oriente hasta el Ocaso, y se le ofrecerá en todo lugar una oblacion pura." ¡Dios Santo! llegaron los dias de vuestra misericordia y de la profusion de vuestras bondades. ¿No es esta hostia pacífica é immaculada el pan y vino eucarísticos! ¿No es el propio Cuerpo y la propia Sangre del Cordero lo que con el Alma unida á la Divinidad, se ofrece en el Altar y se inmóla sobre la Cruz, bien que en el exceso del dolor! ¡Ah! Discurrámos debidamente los que

descendemos del pueblo bárbaro, en esta estimabilísima ventaja de ser preferidos, si correspondemos á los favores de Jesucristo.

Con todo, los judíos que recibieron á Jesus y creyeron en él como los Apóstoles y otros discípulos, se mudaron por la comunicacion de su potestad, en hijos de Dios, como refiere San Juan. Asimismo el que murió por todos los hombres, se compadecerá y rescatará los restos de esta nacion proserita hácia el fin del mundo, según está revelado. "Cuándo haya entrado en la Iglesia la plenitud de los gentiles, dice el Apóstol San Pablo, entonces se salvará todo Israel."

Finalmente, el mismo Apóstol nos propone "la gloria eterna, en la confianza de entrar en el Santuario por la Sangre de Cristo, por un camino nuevo y de vida que nos consagra el primero por el velo, esto es, por su Carne." No hay duda que de esta felicidad incomparable, como último fruto de su pasion, hizo participante el Redentor, estando en la misma Cruz, al Buen Ladrón, cuando le dijo, para ejemplo de muchos: "Hoy estarás conmigo en el paraíso." En tal supuesto, ¿quién podrá piutar á una alma desprendida enteramente de los lazos del cuerpo, admitida á contemplar la divina esencia y á beber la felicidad en su misma fuente? "Vuestros Santos, Señor, dice el Salmista, se embriagarán con la abundancia de vuestros bienes: Vos los inundaréis en un torrente de delicias, y los ilustraréis con vuestra propia luz." Allí desaparecerá la fe, terminará la esperanza: los misterios cuya sublimidad asombra á nuestra razon, ya no serán misterios sino verdades manifiestas y sin contradicciones aparentes: el objeto y último fin de

la vida prosperísima, dejando de ser posible, arduo ó difícil, aparecerá patente, inamisible y como es en sí. Allí se encenderán las almas, enal no puede concebirse, en el fuego inmenso del amor de Dios, para que sea su alimento eterno. Pero el único medio capaz de trasferirnos al reino de los cielos, estriba en hacer una vida santa é inocente sobre la tierra. Toda la dicha del hombre, presente ó futura, depende de la virtud que le hace agradable á Dios. Las aflicciones y penalidades de toda especie padecidas con paciencia por el Hombre Dios, serán recompensadas con gozo por el Hombre Dios; participar de la copa amarga de su pasion, es participar de la copa dulce é inapreciable del deleite en la eternidad; morir con Cristo es vivir con Cristo.

Volviendo ahora al principio de mi discurso, ya hemos visto "que la muerte de Jesucristo restableció la paz entre el cielo y la tierra," para usar de la frase comun del Apóstol San Pablo. No, no es indigno de Dios haber enviado al mundo á su Unigénito para que vestido de nuestra carne, hiciere bñññ con su Sangriento Sacrificio, su poder, su sabiduría, y singularmente su bondad. La suma perfeccion de la naturaleza divina no obra por necesidad, sino por su voluntad; no por defecto ó por debilidad, sino por su virtud y por su misericordia. Quedando asimismo satisfecha su justicia por nuestro Mediador, aun mas de lo que exigia por el pecado, entramos en parte de la gloria ó provecho de hacernos agradables á Dios y apreciables á los ojos de nuestros semejantes por la virtud. De esta suerte, el Hijo muy amado del Padre dió gloria á las tres personas de la Santísima

Trinidad, vida, tranquilidad y bendición al hombre, al separarse su Alma inocentísima de su Sagrado Cuerpo despedazado y yerto. ¡Ah! Todo el bien y efectos de la redención se cifran en lograr la verdadera felicidad de este mundo y del otro: la gloria que por la espiración del Divino Crucificado tiene relación á Dios y tiene relación á los hombres, significa una misma cosa: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.* *

Por tanto, si Jesucristo al tiempo de su muerte encomendó el mayor tesoro de su Alma pura y santa al mismo Dios que la crió, fué para encomendarnos con ella á todos los hombres. Llegará el día en que así el pecador como el justo, paguen la deuda precisa, "de volver el cuerpo que viene de la tierra á la tierra, y el espíritu que viene de Dios á Dios." ¡Pero le presentaremos á nuestro Criador una alma sucia, ennegrecida y abominable por sus pecados! ¡Oh Dios, esta sola reflexion nos hace temblar! ¡Quién es tan insensato que se exponga á un juicio terrible, que quiera entrar en un abismo desconocido, y que rehusase prepararse contra un suplicio sin fin! Nada, sin embargo, es mas comun entre los hombres, que sacrificarse á los ídolos de sus pasiones, saciarse con los placeres de los sentidos, y provocar la ira del Señor con sus crímenes. Por el contrario, ¡cuán bueno será que en mil é infinitas ocasiones, durante la vida, digamos con Jesucristo, elevando nuestro clamor al

* Este discurso y el Acto del Descendimiento que le sigue, fueron pronunciados en la iglesia de Religiosos Mönicas, convento de Nuestra Señora de la Soledad, en un día Viernes Santo, por la tarde, y á la hora en que se ejecuta la tierna ceremonia de bajar la Imágen del Sagrado Cadáver de Jesucristo de la Cruz.

cielo: "Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu!" Dadme luz y gracia para limpiar mi conciencia y serviros santamente: Mejor es, que al acercarse nuestra partida á la eternidad, podamos decir confiados con el Apóstol: "Yo he peleado una buena pelea, he consumado mi carrera, he conservado la fe; ya no me resta mas que recibir la corona de justicia que me tiene preparada y dará el justo Juez." Entonces podrá decir el cristiano con fervor é impacientes deseos: "Padre mio, rescatado y lavado con la Sangre Preciosa de vuestro Hijo Jesucristo mi benignísimo Salvador, en tus manos encomiendo mi espíritu."

Así SEA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

DESCENDIMIENTO

DEL

SANTÍSIMO CUERPO DE JESUCRISTO DE LA CRUZ

EXHORTACION A LOS VARONES.—A vosotros, ¡oh nobles varones! os dirijo ya en estos últimos momentos mi voz, porque fungís en la más triste y dolorosa escena que recuerda hoy la Iglesia anegada en lágrimas. Vosotros representais á dos hombres grandes, ilustres, sabios, y que eran de una bondad, de una fe y de una piedad conocida. A José de Arimatea noble Decurion, hombre rico, bueno y justo, á cuyos ruegos dió Pilato el cuerpo de Jesus: que era miembro del consejo de los judíos, pero que se habia retirado de él para gemir en secreto sobre la opresion del Justo, porque tenia las calidades de hombre de bien, fiel israelita y discípulo de Jesucristo. A Nicodemo, noble senador, príncipe de los judíos, que por la primera vez tuvo de noche con Jesus un largo discurso y de que supo aprovecharse: que habia ya sufrido insultos por amor de Jesucristo, en un conse-

jo, y que trajo para embalsamarlo una mistura de mirra y de aloe, como de cien libras. Representais, digo, á estos dos esclarecidos hombres, que unidos con los mismos afectos de religion, de fe y de amor, consagraron á Jesus sus últimos oficios y obsequios: que fueron como dos testigos del antiguo y nuevo Testamento en tan tierno espectáculo, á la manera que están reservados para el fin del mundo, en la consumacion del Evangelio, Henoc y Elías. Los demas que venís de acompañados y en forma de su familia hacia ese Santo lugar, sois sin duda como amigos ó á lo menos criados fieles suyos que les ayudaron en tan honrosa y fatigosa funcion.

SE POSTRAN ANTE LA VIRGEN.—Ea, pues, rendid todos juntos vuestros homenajes á la Cooperadora de nuestra redencion, á la aligudísima Virgen María, á la Madre del dolor y de la desolacion, y postraos humildemente á sus piés. Sacrificadle vuestro corazon y solicitud luego su permiso para desenclavar el cuerpo de su divino Hijo: así lo descan tambien con ansia San Juan y las Santas mujeres María Cleofas y María Magdalena, que están presentes. Ella os dará la llave para que abrais esa Arca santificada de la Ley nueva: ella os concederá que toqueis con vuestras manos ese dignísimo Tabernáculo de la Divinidad.

SUBEN AL MONTE.—Subid ahora al monte de la mirra, al collado del incienso: no olvideis llevar consigo los instrumentos propios para quebrantar los duros clavos con que la impiedad fijó las manos y los piés de nuestro Salvador: comenzad á ascender de rodillas al través de la Cruz por las escalas, y besad

con profunda reverencia cada una de sus gradas. No osis recordar siquiera los distinguidos y honoríficos empleos que obteneis, donde ha reinado la caridad, la obediencia, la paciencia, la humildad: elevaos hasta la copa de ese árbol santo de que pende el fruto de bendicion, de gracia, de gloria, de vida, de salud. ¡Oh monte Calvario, tú eres mas fértil que todas las montañas y campos del mundo, porque contiene el alimento que sustenta á todo el género humano! ¡Oh Cruz preciosa, tú eres la única esperanza y el refugio de los pecadores! ¡Oh Cuerpo Sagrado de nuestro Señor Jesucristo, muerto de amor, herido y ensangrentado, sálvanos!

CIENEN CON LA TOALLA EL CUERPO DE JESUS.—“Los soldados, habiendo crucificado á Jesucristo, segun refiere San Juan, cogieron sus vestidos é hicieron cuatro partes, una para cada soldado; la túnica, como que era toda de una pieza, la sortearon para ver de quién era;” esta fué la causa de su vergonzosa desnudez, y de que no parecian sus vestiduras al tiempo de sus funerales. Y aunque es cierto que hoy dia se adora esta misma túnica inconsútil en la Iglesia de Tréberis, tambien lo es, que fué rescatada posteriormente por la Santísima Virgen. Extended, pues, ¡oh Ministros del Señor! sobre ese Cuerpo despedazado esa sábana blanca y nueva, que fué comprada á expensas de uno de vosotros; es de lino, porque así convenia á la simplicidad de su sepultura, como prueba Santo Tomás de Aquino, y no de seda con oro ó piedras preciosas, como lo confirma con la autoridad de San Gerónimo. Por tanto, “siempre ha sido costumbre de la Iglesia, segun afirma el Venerable Beda,

que el Sacrificio del Altar no se celebre en un lienzo de seda ó en un paño de colores, sino en el lino tereno, así como el Cuerpo del Señor fué sepultado en una sábana limpia."

QUITAN EL RÓTULO DE LA CRUZ.—Quítale ese rótulo ó cartel que mandó fijar Pilato sobre la cabeza de Jesucristo, en la parte superior de la Cruz. Muéstrale á este pueblo para que le contemple. Leed ahí, cristianos, con San Juan: "JESUS NAZARENO REY DE LOS JUDÍOS." Notad que fué escrito en tres idiomas diferentes, en hebreo, en griego y en latin, para que todos lo entendiesen; todo el mundo, pues, lo sabe y encierra en sí este divino sentido: JESUS: ¡Hay nombre mas dulce, mas augusto, mas admirable! ¡Ah! con este nombre fué llamado por el Angel antes de ser concebido: "al nombre de Jesus se arrodilla, de grado ó por fuerza, toda criatura del cielo, de la tierra, y de los abismos." NAZARENO: ¡Hubo acaso algun Profeta de Nazaret! ¡Ah! ese Dios difunto que fué concebido en Nazaret, nacido en Belen, y criado en Nazaret. Hubo tambien cierta porcion distinguida de hombres que se llamaron Nazarenos, por la austeridad de su vida y la integridad de sus costumbres; sin embargo, ninguno de ellos ha podido compararse con ese perfectísimo Nazareno difunto, con el Hijo de Dios y del hombre que murió por salvar á los pecadores. REY DE LOS JUDÍOS: Los Pontífices de estos pérfidos é ingratos, como refiere el mismo Evangelista, decian á Pilato: "No escribas, Rey de los judíos, sino que él dijo: soy el Rey de los judíos." Pilato respondió: "Lo escrito, escrito." Por eso, pues, se quedó así, y tal letrero será siempre un monumento au-

téntico de la verdad. Jesus es ciertamente el Rey de los cielos y de la tierra, el Rey de los justos, el Rey de los escogidos, el Rey prometido á los judíos: Rey no solamente porque tenia este derecho de sangre, segun su genealogía, sino porque en los mismos tormentos era el Rey de la paciencia y de la humildad, el Rey de los Mártires, el Rey de los judíos.

Presentad ese misterioso título á su Santísima Madre, para procurarle, si es posible, algun desahogo. Ved, ¡oh Señora! toda la causa que ha hallado la envidia para la muerte del Hombre Dios. Consolaos si quiera con que ese título es glorioso á Jesucristo y á su Iglesia; alegraos de que vuestro Hijo ha adquirido con su muerte, para siempre tan honroso título, aunque repugnen leerlo sus enemigos. ¡Mas qué digo! ¡podréis acaso encontrar lenitivo en lo que ha sido instrumento de oprobio y de irrisión para Jesus! ¡Oh dolor! motivos tenéis para sentir, no cabe duda: besadle, entre tanto, bien que en medio de penas y sollozos, y regadle con vuestras lágrimas.

QUITAN LA CORONA.—Desprended esa diadema de ignominia, esa corona de gruesas y enlazadas espinas que hirió la frente, las sienes y el cerebro de esa finísima cabeza. Os ha de costar trabajo desunirla, porque está estrechada en todo su derredor; bien conozco que participaréis tambien del dolor, porque sirviendo de horror á las manos sacrílegas, fué asentada con horquillas. Sí, ¡quién piensa que fué ceñida como un laurel ó una guirnalda! ¡Ah! lejos de esto, fué clavada con arte, apretada á viva fuerza y enterrada á golpes. Seguid, no obstante, vuestra santa empresa y mostradla al pueblo.

Mirad, cristianos, esa corona homicida, insignia de la de Jesucristo, que era de juncos marinos entrelazados, y tenía una multitud de largas y puntiagudas espinas. Todavía se conserva y venera en París un resto de esta sagrada corona, aunque sin las espinas. Apenas, pues, penetraron éstas en la divina frente, al tiempo del cruel divertimento de la coronación, cuando se estremeció aquel Sacrosanto Cuerpo, arrojó sangre por ojos, narices y oídos, y corrió por todas partes: la peor es, que le burlaban los impíos sayones hincándole la rodilla y diciéndole: "Dios te salve, Rey de los judíos." ¡Divino Jesús! nosotros os hemos puesto ese cerco mortal, os hemos ocasionado tan crueles dolores. Vos lo habeis sufrido para labraros con sus santas y sutiles puntas rosas de virtud y azucenas de pureza: Vos lo habeis llevado hasta la muerte para mercederos coronas de gloria.

Pasad esa corona de destrozos, ese conjunto de rígidas y agudas saetas á las manos de su acongojada Madre. ¡Oh María! os va á coger de nuevo ese instrumento de barbarie de que jamas habian dado ejemplo las leyes mas severas del mundo. Observadlo tenido en aquella Sangre Preciosa que él hizo derramarse desde lo alto del trono de la sabiduría y del alcázar de la virtud hasta el campo de la redención. ¡Cómo, diriais, cómo los reyes de la tierra y tantos hombres malvados tienen adornadas las sienas con oro y piedras preciosas, y él que tiene escrito en el muslo "Rey de reyes y Señor de los señores," ha sido coronado de espinas! ¡Pueblo inconstante, cruel! ¡Sinagoga ingrata! vosotros habeis vuelto mal por bien. Con semejantes palabras desahogaría su dolor la afligida Madre teniendo á la vista tal objeto.

QUITAN LOS CLAVOS.—Ya es tiempo de desenclavar esas manos poderosas, esas manos justas, manos liberales y magníficas que premiarán á los buenos, y manos terribles que castigarán tambien á los malos. Mas ¡oh Dios! ¡qué es esto, que se dejan ver á esta hora pendientes del áspero madero, sin movimiento, sin fuerzas y sin vida! ¡Oh crueldad inaudita! ¡Oh atrocidades clavos!

PRIMER CLAVO.—Golpead con blandura ese primer clavo y descolgad poco á poco ese brazo derecho, esa mano de la misericordia. Con ella, ¡oh fieles! resucitaba Jesucristo á los muertos, daba vista á los ciegos, habla á los mudos, paso á los cojos. Con ella ha prometido su amparo y protección, bendecía los cielos y la tierra, bendecía y bendice el pan vivo del sacrificio; con ella bendecirá á su Iglesia en el monte de los Olivos, al punto de ascender á su Padre, y la bendecirá por siempre ahora que está elevado al mas alto punto de gloria.

SEGUNDO CLAVO.—Descargad en seguida los golpes del martillo sobre el clavo de la mano siniestra, y desprended esa mano de la justicia. No juzguemos, cristianos, que atravesada y destrozada como está, no ha de poder fulminarnos al abismo. ¡Ah! Allí está consultando, allí está despenando á los mismos iníquos que la han herido hasta lo profundo de los infiernos. Ella, aun cuando existia en la mente de Dios, arrojó á nuestros primeros padres del paraíso terrenal; ella derramará al fin del mundo la copa de la ira del Señor sobre todos los que han corrompido la tierra; ella, cuanto será para estos mano de terror y espanto, será para los predestinados mano de fortaleza y de apoyo.

TERCER CLAVO.—Aplicad el martillo á ese tercer clavo de los sagrados piés, que ha sostenido todo el peso del Santísimo Cuerpo de Jesús. Considerad, ¡oh fieiros y devotos concurrentes, que al levantar los bárbaros ministros el madero de la Cruz en que estaba crucificado el Señor, lo dejaron caer de golpe en el agujero de una peña; en este instante se rasgaron mas sus llagas, se aumentaron mas sus dolores, y ese solo terrible clavo cargaba toda la carne inocentísima, y los huesos descoyuntados de nuestro Salvador. Aquí la lengua enmudece, y el corazón aun no es capaz de penetrar la inmensidad de tanto sentir. ¡Oh Crucificado Soberano! ¡Oh cruel patibulo! ¡Oh lecho cruento del Señor de las virtudes!

Reunid ahora esos tres clavos y presentadlos al pueblo. “¡Oh fatales hierros! diré con un sabio, ¡qué mina os ha producido! ¡qué maligna fragua os ha formado! ¡Ah! si ellos pudieran hablar nos responderian: vuestra iniquidad ha sido nuestra mina, vuestras culpas nuestra fragua; si atormentamos á nuestro Hacedor es por vosotros.” “Mas estos clavos eran redondos, como dice San Bernardo, para que así las espinas, por sus puntas naturalmente agudas, como ellos por sus puntas no aguzadas, fuesen en instrumentos mas dolorosos.” En verdad, pues, que nuestra carne, ¡oh Señor Dios! y no la vuestra, debía haber sido tratada de esa suerte; pero ya que no podemos sacrificarla como Vos sobre una Cruz real, la sacrificaremos á lo menos sobre una cruz de penitencia. Sean esos clavos flechas de vuestro amor para herirnos, llaves con que nos abrais las puertas del cielo.

Entregadlos á la Santísima Virgen, que casi mue-

rre de amargura. ¡Ah! solamente podremos formarnos una idea, aunque imperfecta, del incomparable dolor de esta tierna Madre al recibir la corona y los clavos ensangrentados, si recordamos la aflicción del Patriarca Jacob al recibir la túnica ensangrentada de su hijo José. ¡Ay! exclamó este amante padre, informado falsamente por sus hijos del infuusto suceso, y deshecho en lagrimas: “Una fiara pésima ha devorado á mi hijo José.” Con mayor razon y justicia, y no pudiendo articular palabra esta amantísima Madre, exclamó en lo interior de su bendita alma: Una fiara pésima, que es el pecado, despedazó hasta sobre el árbol de la Cruz, al Hijo infinitamente mas inocente, mas santo y mas digno de ser amado. Los llega, pues, á sus labios con santa conformidad, los besa y los adora con humilde rendimiento.

BAJAN EL CUERPO DE LA CRUZ.—Bajad ya, ¡oh piadosos Varones! ese Santísimo cadáver de Jesucristo de la Cruz, sosteniéndolo unos en lo alto, recibéndolo otros en las palmas de las manos, y aplicándole los hombros y aun la espalda con el mayor cuidado. Bien hubiera podido descender solo el Cuerpo inmaculado del Señor Jesús por virtud de la Divinidad, bien hubiera podido descender por ministerio de los Angeles; pero no, el auxilio de los hombres era apto y proporcionado para probar la realidad de su Carne muerta en la Cruz y depositada en el sepulcro.

Llebad á los brazos de esa tiernísima Madre ese su difunto Hijo, para que estrechándola sobre su corazón pueda recibir algun alivio en medio de tan grandes angustias. Mirad, ¡oh Virgen Santa! ese cadáver yerto, ensangrentado; besadle una y mil veces. De un

golpe habeis perdido al Hijo Predilecto de vuestras entrañas, á vuestro Padre amabilísimo, á vuestro Esposo carísimo. Vedle, no como en Belen, precioso, bello y rodeado de resplandores, sino como un leproso, hamillado por la justicia de Dios y casi del todo desconocido. ¡Ay dolor! cuando fué atado no pudisteis soltar sus ligaduras; cuando fué herido no pudisteis ligarle; cuando corrió su sangre no la pudisteis restañar. "Toda sois hiél, toda sois mirra, diré con San Buenaventura." Enjugad á lo menos con vuestros labios la sangre helada que le cubre; regad con torrentes de lágrimas ese rostro divino, esas adorables llagas, ese costado abierto. Acérquese tambien San Juan al Sagrado Cuerpo y fije sus labios en el divino pecho de su Maestro, en que un día antes se habia recostado y donde se depositan los inefables secretos del Eterno. Acérquese la Magdalena á los piés que lavó con sus lágrimas y enjugó con sus cabellos diciendo: "Aquí encontré la remisión de mis pecados, aquí hallé la salud de mi alma." Acérquense las otras Marías, y asiéndose de las divinas manos, bendíganlas y aclámenlas por instrumentos sacrosantos de inmensos beneficios. Exclamen todos abandonados al mas amargo llanto: ¡Oh ingratitud de los hombres! ¡Oh bondad infinita de Dios! Hubiera querido la Virgen María morir abrazada con el objeto de su amor; pero era fuerza obedecer y sujetarse á los órdenes del cielo.

Apartadle, pues, ¡oh Varones! de los ojos de esa Madre agonizante, y enseñadle al pueblo. Jesucristo muerto, habla hoy al pueblo judío con una voz muda, pero patética, enérgica y penetrante: "¡Pueblo mio! ¡Qué te he hecho ó en qué te he ofendido? Respon-

deme." Tú has sido mi pueblo y yo tu Dios que te guiaba como de la mano por la senda de la verdad y de la justicia: tú me has crucificado hoy, y yo te dejo todo el tesoro de mis merecimientos. Sin embargo, no vendrás á parte del sacrificio de la reconciliación por tu totalidad, porque tú mismo te has encruelcido y has clamado ante Pilato: "Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos." ¡Qué maldicion! ¡qué desgracia! Con todo eso, por un efecto de mi bondad me compadeceré de tí y entrarás en mi herencia al fin de los siglos. Oye tú tambien, ¡oh pueblo cristiano! su elocuente voz con otro acento, pero semejante: "¡Pueblo mio! ¡Qué te he hecho ó en qué te he ofendido? Respóndeme." ¡No os he llamado y escogido entre una multitud de pueblos y naciones! ¡No os he promulgado mi Evangelio por mis Apóstoles y Ministros! ¡No os he dado mis Sacramentos! ¡No os he dado á gustar en alimento mi propio Cuerpo y mi misma Sangre! Pero vosotros, lejos de lavaros con mi Sangre, que es el precio y mérito de mi pasion, no queréis creer mis verdades; no queréis guardar mis mandamientos; no queréis mis sacrificios; rehusais recibir mis Sacramentos. ¡No es así, pueblo mio! Respóndeme.

LE LLEVAN AL SEPULCRO.—En fin, ¡oh Santos Varones José y Nicodemo! ya que habeis bajado de la Cruz esa Víctima de amor, ese caláver desangrado, aplicadle lienzos con aromas, envolvedle bien en esa sábana limpia y conducidle al sepulcro. Ponedle en ese monumento nuevo excavado en la Peña y en que aun no se habia enterrado alguno. Colocadle con prudente miramiento, y cubrid la boca de esa tumba san-

tificada con una grande losa. ¡No quisierais tambien vosotros, cristianos, moriros hoy mismo y ser sepultados despues de haber imitado al Señor! ¡Ah! ¡Todavía menospreciáis las abundantísimas gracias de la fuente inagotable del costado abierto de Jesus!... Pues decid en tal caso: adios, Jesus, adios, Paraiso, adios, Angeles, adios, Santos del cielo que no hemos querido amar. Pero no, no sea así, ¡oh Dios mio! que ellos desean derrameis en su alma el bálsamo fragante de vuestra Sangre preciosa; ellos os piden con fervor que los confortéis con ese vino celestial y que los reguéis con esa agua vivificante de vuestro sacro pecho. Arrepentidos vuelven á Vos y claman de lo íntimo de su corazón: SEÑOR MIO JESUCRISTO, &c.

Nota: Si el orden de la ejecucion del Descendimiento no formare alguna parte del discurso del orador, podrá pasar del fin de su sermón á él, con esta transición ú otra semejante: Supuesto que la Santa Iglesia practica en esta tarde, para edificación nuestra, la ceremonia del Descendimiento del Sagrado Cadáver de Jesucristo de la Cruz, descerred, ¡oh sirvientes de este augusto templo! ese velo, en memoria del que se rasgó de alto á bajo en el Santo de los santos del des Jerusalem; y aparezca la Imágen de Jesucristo crucificado y muerto á vista de este pueblo cristiano.

Otra: Parece más natural que los instrumentos de la pasión que los Varones vayan separando de la Cruz y de la Santa Imágen del Cuerpo de Jesucristo Crucificado, se presenten cada uno de ellos primero al pueblo, y despues ante la Imágen de la Virgen María para evitar confusion. Por el contrario, es mejor que despues de bajado el Cuerpo del Señor del madero se represente, que se muestre antes á la Virgen y despues al pueblo para exhortarlo, y colocar al Sagrado Cadáver como en el sepulcro en su urna.

Otra: En algunas parroquias se observa que los Varones, al

tiempo del descendimiento, aplican lienzo al rostro de Jesucristo y los enseñan al pueblo como imágenes suyas estampadas con su Sangre. No se sabe de dónde traiga origen esta costumbre. El Abate Bergier, en su Diccionario Enciclopédico de Teología, tomo 10, pág. 128, y en la explicacion de la palabra Verónica, reconoce por verdadera la representacion del semblante de nuestro Salvador impresa en un lienzo ó pañuelo, que se reserva en San Pedro de Roma, aunque no se sabe en qué tiempo comenzó á ser honrada. Asimismo refiere, que algunos creen que este lienzo es el sudario que se puso sobre el rostro de Jesus en el sepulcro: que otros se persuaden, aunque sin fundamento y por una mera opinión vulgar, que es el lienzo con que una piadosa mujer de Jerusalem limpió el sudor del semblante de Jesucristo cuando iba al Calvario con la Cruz á cuestas. Unos llaman Verónica y otros Berenice á esta pretendida santa mujer, á quien jamas ha reconocido la Iglesia. De todos modos parece que no se debe hablar de esto, mucho menos que se haga esta ceremonia en el acto del Descendimiento, sino que mas conviene omitirla.



SERMON

—

LA SANTA SEPULTURA DE JESUCRISTO PARA EL VIERNES SANTO

*Ubi sermo propter Parasceve Judaeorum,
quia tunc erat monumentum, passivum
Jesus:
"A illi, poro, posueron a Jesus, por ser dia
da la preparacion de los Judios, y estar
cerca aquel sepulcro."
S. JEAN, CAP. XIX, v. 42.*

Si hubiera yo de hacer el elogio fúnebre de algun héroe ó vencedor terreno, ó de alguna persona constituida en dignidad é insigne por su sabiduría y virtudes, pudiera comenzarle por la pompa y aparato lúgubres, por alguna estatua ó monumentos que se hubiesen erigido á su memoria, ó por algun epitafio que le hubiera consagrado la fama en algun fastuoso mausoleo. Pero habiendo de hablar de la sepultura de nuestro Salvador Jesucristo, aunque nada mejor que su Sagrado Cuerpo unido á la Divinidad; aunque ningunos asistentes mas dignos que la Santísima Vírgen, que los Angeles, que en traje de modestísimos

jóvenes le acompañaron llorando en sentir de San Agustín y de San Bernardo, y que los Varones ó magnates José y Nicodemo, San Juan y las Santas mujeres; no obstante, debía llevar impreso el carácter de la humildad, de la pobreza y de la simplicidad. Sus exequias ni fueron comunes ni suntuosas, sino esclarecidas y prodigiosas. Según la sencilla narración del Evangelio, venida la tarde, porque era la Parasceve, esto es, el día que precede al sábado, un hombre rico de Arimatea llamado José, noble Decurion, varón justo, animosamente se presentó á Pilato. Como era discípulo de Jesus, pero oculto por temor de los judíos, le suplicó que le permitiese quitar su Cuerpo de la Cruz. Pilato, admirándose de que tan pronto hubiese muerto, hizo venir al Centurion, y le preguntó, si habia ya muerto. Y habiéndoselo asegurado el Centurion, dió el Cuerpo á José. Juntósele tambien Nicodemo que antes habia acudido á Jesus por la noche, trayendo como cien libras de una mistura de mirra y aloe. Ambos, pues, tomaron el Cuerpo de Jesus, lo envolvieron en lienzos con aromas, como es costumbre sepultar entre los judíos, y lo pusieron en un monumento nuevo, excavado en la peña, en el mismo huerto donde habia sido crucificado: *Ibi ergo propter Parasceven Judeorum, quia juxta erat monumentum, posuerunt Jesum.*

¡Pero acaso no podrian todos los espíritus bienaventurados, ejecutar bajo la figura de hombres el oficio de los funerales para con los Santísimos restos del Salvador! ¡Ah! Los Serafines, Querubines y Tronos; las Dominaciones, Virtudes y Potestades; los Principados, Arcángeles y Angeles, se hubieran

honrado con desenclavar y bajar del madero el Cuerpo muerto del Señor Jesus: al instante le ungieran con bálsamos y perfumes especialísimos; le amortajarán con primor é inusitados atavíos, y le colocaran en una riquísima urna de oro bruñido, cubierta de toda clase de piedras preciosas. Mas, ¡ay qué espanto! ¡qué horror! al imaginarnos que le llevaban en una solemne procesion por las calles públicas y plazas de Jerusalem, habria muerto todo aquel pueblo ingrato solo con alzar los ojos á verle; á la manera que en otro tiempo fué exterminado un pueblo entero de Bethsamitas, por haber mirado el Arca del antiguo Testamento. Si sus padres, despreciando el maná en el desierto, se hartaron de las carnes de las codornices y murieron; ellos, que conculcaron, hirieron y despedazaron la Carne del Hijo de Dios, no hubieran obtenido mejor suerte. Consiguientemente, sepultándole todas aquellas superiores é impasibles criaturas, es de creer que guardarían el sagrado túmulo. Querubines con espadas de fuego que hiciesen centellar; así como cuidaron ellos mismos del camino del árbol de la vida en el jardín de delicias, luego que pecaron nuestros primeros padres.

No convenia esto, sin embargo de la infinita omnipotencia de Dios, á las altas miras que tenia respecto á nuestra redención. Los Maniqueos, que atribuían á Jesucristo un cuerpo fantástico, y los Valentinianos un cuerpo celeste, habrían apoyado sin duda sus herejías con este fundamento que las favorecia. Así es, que para confirmar la fé de la Carne de Cristo muerta y depositada en el sepulcro, se valió el Señor de las manos de los mismos hombres. Hé

aquí, pues, insinuado el objeto principal de mi discurso y de vuestra recomendable atención. Para declararlo con acierto, solicitemos un socorro del Espíritu Santo, bajo los auspicios de la Inmaculada Virgen María, que descó con tanto ardor y entre continuos e indecibles deliquios, morir y ser sepultada al lado de su Hijo Santísimo. Ave María.

"Allí, pues, pusieron a Jesús, por ser día de la preparación de los Jueves, y estar cerca aquel sepulcro."
S. Juan, Cap. y vers. citados.

Preguntando el Apóstol San Pablo, si deberémos entregarnos al pecado para dar lugar á la abundancia de la gracia; responde, "que estando nosotros ya muertos al pecado, no debemos vivir en él." Esto lo prueba con el bautismo, cuyo efecto es aplicarnos los frutos de la muerte y resurrección de Jesucristo, haciéndonos morir al pecado y vivir para Dios. Pero para conocer mejor los puntos importantes que se derivan de la Santa Sepultura del Salvador, me valdré de las mismas palabras expresas, de que usa el mencionado Apóstol: "En el bautismo, dice, hemos quedado sepultados con él, muriendo." Esta sola frase da por supuesto, que el Sagrado Cuerpo de Cristo real y verdaderamente descansó en el sepulcro para ejemplo nuestro, y manifiesta que los fieles somos sepultados con él espiritualmente, muriendo á los pecados. No menos se percibe que nuestros cuerpos comunicarían de su Santísimo Entierro, por cuanto la vida del alma se extiende también á ellos, no solo en el estado de gloria sino aun en la tierra, por deshechos que se hallaren despues de la muerte. Por eso

voy á proponeros estas dos breves reflexiones: Primera: El Cuerpo de Jesucristo muerto, estuvo encerrado en el Sepulcro como nuestro ejemplar: Segunda: Nosotros somos sepultados con Jesucristo por cierta participacion.

PRIMERA PARTE

No podia haber mayor humillacion para un Hombre Dios, que el que siendo el único libre entre los muertos, le confundiesen los hombres bajo de la losa fria con los demas cadáveres. Como que era dueño de dar su vida y de volverla á tomar, se queja con razon, y con el mas propio sentimiento, en el Salmo ochenta y siete, de que se le reputase, segun la opinion de los hombres, en la condicion de los otros muertos: "Me cuentan, dice, entre los que han bajado al sepulcro; he venido á ser como un hombre desamparado de todos, libre entre los muertos." Dos cualidades, pues, una comun y otra particular, le constituyen nuestro modelo entre las sombras de la muerte, y estas son: que su Sagrado Cuerpo estuvo en efecto en el sepulcro insensible como cualquiera otro cadáver, y que fué exento de corrupcion.

La sepultura simbólica del Profeta Jonás, en el seno de la gran ballena, representa nada menos que la sepultura real de Jesucristo, aunque solamente en cuanto al tiempo que permaneció sepultado. Así lo explicó el mismo Señor, por San Mateo, á los Escribas y Fariseos, que querian verle buer algun prodigi-

gio, con estas terminantes palabras: "Porque así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de un pez, así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra." Algunos intérpretes numeran estos tres días y tres noches, computando también por noche las tinieblas milagrosas que se esparcieron sobre la tierra en la crucifixion, desde las doce hasta las tres de la tarde. Pero San Gerónimo expone mejor este pasaje por la figura sinécdoque, según la cual, entendemos el todo por la parte. Así es, que cuenta el día del viernes con su noche antecedente, la noche siguiente con el día del sábado, y la tercera que es principio del domingo. "Leemos en el Génesis, dice, que la noche no es del día que precede, sino del que sigue; esto es, principio del día futuro y no fin del pasado." Además, desde las tres de la tarde del viernes en que espiró, hasta las tres de la mañana del domingo en que resucitó, según la opinión más bien fundada, corrieron treinta y seis horas: tanto así se mantuvo su Alma unida á la Divinidad en el seno de Abraham, como lo sienten San Ireneo, San Gregorio Niceno, Tertuliano y otros Padres, y su Cuerpo unido á la Divinidad permaneció privado de vida. En el sepulcro estuvo no más que treinta y tres horas, conforme á los treinta y tres años que vivió sobre la tierra, porque fué enterrado á las seis de la tarde, como dice San Bernardino. Si se adopta la sentencia de los que creen que resucitó á media noche así como nació á media noche, deberá formarse otro cálculo. De todos modos consta que su Sagrado Cuerpo durmió en la mansion de la muerte, pero careciendo de accion y pasion como cualquiera otro

cadáver. A no ser así, no nos hubiera servido de ejemplo para sepultarnos con él, muertos al pecado y vivos para con Dios; igualmente quiso hacernos superiores á nosotros mismos, quitándonos de este modo el horror que nos infunde la muerte. El mayor fundamento de toda esta verdad lo establece el Evangelio de San Marcos, donde se lee, que antes de conceder Pilato la licencia para su sepultura, se informó con diligente averiguacion sobre su muerte.

Mas según el contexto del Salmó indicado, no solamente fué puesto en el hondo seno frío, como los que mueren naturalmente y sin violencia, sino como los que mueren en un suplicio de un modo sangriento y horroroso. Y si es difícil de concebir cómo un cuerpo unido hipostáticamente al Verbo, careció de todo movimiento en el sepulcro, no lo es menos que este mismo Cuerpo estuvo privado en toda su vida, exceptuando la Transfiguracion del resplandor y gloria que le comunicara su Alma bienaventurada. Estos y otros son como misterios subalternos á que fácilmente se presta la fe, y obsequia rendida la razon; pero despues de haber creído el grande y principal misterio de la Encarnacion, que fué revelado á los hombres en estas solas cuatro palabras: *Verbum caro factum est.*

Lo más raro y admirable de este Santo Cuerpo detenido en aquel lugar tenebroso, fué estar muerto á un mismo tiempo y libre de corrupcion. ¡Oh prodigio inaudito! ¡Oh mano poderosa del Altísimo! ¡Quién podrá ponerte límites! ¡Oh preordinacion incommutable de los sucesos del Redentor! ¡Cómo no se habia de cumplir lo que ya habia profetizado Da-

vid! ¡Ah! "Porque no has de dejar, dice, mi alma en el infierno, ni has de permitir que tu Santo experimente la corrupcion." Desde luego, que el Alma Santísima de Jesucristo á quien conviene con toda claridad este versculo, duró solamente en el limbo de los Justos, "desde la muerte hasta la resurreccion, como canta la Iglesia en el oficio del Sábado Santo; "y su Carne no padeció la corrupcion ó la resolucion en los elementos," como expone San Juan Damasceno. Forzoso es, segun la mente del Angélico Doctor, que los despojos de los demas hombres se corrompan y se reduzcan á polvo, por la enfermedad de la naturaleza. Pero la muerte de Jesucristo fué voluntaria, causada de pasion y no de flaqueza. Y para que no se atribuyese á este motivo, quiso que su Cuerpo perseverase incorruptible en el sepulcro para ostension de la divina virtud. Ya habia dicho el Crisóstomo, escribiendo contra los gentiles: "Viviendo los otros hombres, esto es, aquellos que obraron esforzadamente, se les aplauden sus propias hazañas; pero acabando ellos, acaban ellas. Mas en Cristo fué todo lo contrario; porque antes de la Cruz, todas las cosas son tristes y endebles; mas luego que fué crucificado, todas las cosas se hicieron ilustres; para que conozcas, que no murió en la Cruz un puro hombre."

Demas de esto, despues de haber clamado el Salmista al Señor, y dirigidole sus súplicas en persona de Jesucristo, prosigue así: "¿Qué utilidad resultará de mi sangre, euando yo descienda á la corrupcion!" "Ninguna, puede responderse con San Agustin, porque se perderia la virtud de su Sangre derramada por nuestra salud." En efecto, el Cuerpo de nuestro

Salvador, por la condicion de su naturaleza pasible, pudo sufrir putrefaccion, como lo expresa el citado Angélico Maestro. Pero supuesto que no estaba sujeto al pecado, ni le comprendia la muerte ni la corrupcion. Aceptó, sin embargo, con toda su voluntad la muerte por nuestro remedio, y no la resolucion de su Carne, para que no se creyese con detrimento de nuestra redencion, que no era juntamente Dios. Tanto mas convino esto cuanto que resucitando al tercero dia, nos dió un testimonio suficiente de que resucitarian tambien los hombres, por sus méritos infinitos, aun de cualesquiera cenizas en cualesquiera tumbas. *¿Quae utilitas in sanguine meo, dum descendo in corruptionem? No me detendré mas sobre este asunto, siendo así que bastan estas pruebas infalibles. Ya debo dar principio á mi*

SEGUNDA PARTE

Como asegura el Apóstol y debe entenderse principalmente de Jesucristo: "Todas las cosas que han sido escritas, para nuestra ensenanza se han escrito." Con relacion, pues, al Santo Entierro de nuestro Salvador, dice San Gerónimo, exponiendo aquellas palabras de Isafas: "Le dará á los impíos por su sepultura." Cristo entregará á Dios y á su Padre las gentes, que eran sin piedad, porque las adquirió muerto y sepultado." En este ilustre testimonio se funda Santo Tomás de Aquino, para afirmar, "que así como su muerte obró eficientemente nuestra salud,

así también su sepultura." Pero según el dictámen de San Agustín, desde la tarde de la sepultura hasta el alba del día de la resurrección, se cuentan treinta y seis horas, esto es, toda una noche con todo un día y toda otra noche. El día íntegro representa, que como su muerte no provino de pecado, sino que recibida por caridad, prevaleció al modo de la luz del día, no tiene noche. Las dos noches significan las tinieblas de las dos muertes de alma y cuerpo, que removié de nosotros. Ahora bien, dando por supuesto el amor con que el Divino Cordero consumó su sacrificio, el cual abraza precisamente su inhumación, no me ocuparé más que de amplificar los otros dos miembros.

Tomando, pues en seguida el hilo de mi discurso, advierto, que no se puede hablar del sepulcro, sin recordar la muerte de Jesucristo; que no se puede hacer mención de los frutos abundantísimos de la muerte de Jesucristo, sin aplicarlos también al sepulcro. Todos estos bienes son unos mismos, no hay más diferencia, que en el modo de considerarlos. Oigamos al efecto, cómo lo entiende San Pablo: "Porque estais muertos al mundo, dice, y vuestra vida está oculta en Dios por Jesucristo." De consiguiente, si estamos como muertos para las cosas de la tierra, ó para los pecados, estamos al propio tiempo sepultados con Jesucristo, y nuestra nueva vida está escondida en Dios con él. Ved aquí, cómo el lugar que representa el dolor y el luto, se ha convertido principalmente en teatro de felicidad y de alegría para nuestras almas. ¿No es esta aquella piedra en cuyo centro habia excavada una hermosa fosa, á que convida Isaias para descansar á las almas justas....? *In-*

gradere in petram, et abscondere in fosa humo. Hirió Moisés la piedra con su báculo, y manaron torrenes de aguas: Tocó Jesucristo con su immaculado Cuerpo yerto, la roca dura, y brotaron raudales de gracias: *Quoniam percussit petram, et fluxerunt aquas.* Ciertamente, en el Santo Sepulcro encontramos el Libro en que aprenden nuestras almas la ciencia y perfección; el Arca que guarda las riquezas ó dones celestiales; y la Casa de refugio para los pecadores que se sienten arrepentidos de sus crímenes.

A fin de conocer mejor estos efectos, hagamos una comparación entre las circunstancias particulares del Sagrado Entierro del cadáver de Jesus y los mismos bienes, ¡Oh! El pañuelo ó sudario con que los Varones cubrieron la Sagrada Cabeza y Rostro del Nazareno difunto, significa los santos pensamientos en que debe emplearse nuestro espíritu: las vendas ó lienzos con que ataron todo su Cuerpo, designan los lazos de la loable servidumbre con que al imperio de la razón, supuesta la gracia, hemos de sujetar todos nuestros sentidos: la mirra y aloe no menos determinan por su amargura la penitencia, que por sus aromas el olor de la buena fama y de las virtudes; adornados con ellas embalsamamos á Jesus, y con los actos de estas mismas virtudes, embalsamamos también al prójimo: la sábana blanca y nueva con que fué envuelto el Señor, representa, como dice San Gerónimo, á el alma que castamente le recibe: el huerto denota el complemento de las buenas obras, con cuyas flores y frutos ejercitamos nuestra vida, y satisfacemos por nuestras culpas, originadas del delito de Adán cometido en el paraíso terrenal. Ultimamente,

su sepulcro fué ajeno, de un justo, nuevo, excavado en la peña, y cubierto con una grande losa. ¡Oh multiplicados prodigios! ¡Oh infinita redencion! Así como nuestro Señor Jesucristo no tuvo lugar propio de habitacion en la vida, tampoco lo tuvo en la muerte. Pero si aquí se considera la abundancia de su pobreza, en la elección de la sepultura del justo realiza la recomendacion de la justicia. Nuestro corazon es el sepulcro vivo que está obligado á ser pobre principalmente en lo espiritual, y justo en todas las cosas. Quiso ser sepultado en un monumento nuevo y no en algun otro comun, "para que no se fingiese, como dice San Gerónimo, que otro habia resucitado, permaneciendo en él los demas cuerpos despues de la resurreccion." Conforme á esta novedad material, nuestra alma ha de ser nueva por el bautismo, ó renovada por la sinceridad de la penitencia. Convienia que aquel sepulcro fuese excavado en la piedra, para que no se creyese por razon de su mala clase, que los discípulos habian hurtado el Sagrado Cadáver. A este modo debe estar fortificado nuestro ánimo por todas partes, para que nada le penetre por dentro, y ofenda el Cuerpo de Jesús, hospedado en él. La grande piedra que pusieron aquellos personajes sobre la boca de la tumba, servia para que no pudiese abrirse fácilmente. Por eso hemos de cerrar toda entrada en nosotros al enemigo, perseverando en no perder á Cristo, y en no dar lugar á la perfidia.

Por otra parte, un dogma de fé nos previene "que todos resucitaremos, pero que no todos seremos mudados." Las almas de los justos tornarán á unirse á sus cuerpos para comunicarle la vida; las almas de

los réprobos se juntarán otra vez á los suyos abominables, para hacerlos sus compañeros en el castigo eterno. De aquí es, que solamente los cuerpos de los que mueren en el Señor, reposan en la region de los difuntos á imitacion de Jesucristo: "Todos los que yacen en los sepulcros, dice el mismo Salvador por San Juan, oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren vivirán." Es decir, que no se da esperanza de resucitar por él mismo á la verdadera vida, sino á los que están exclusivamente de otros, encerrados en los monumentos con él mismo.

Y en efecto, que en las reliquias como olvidadas de los bienaventurados existe siempre el rudimento de reproduccion, que dará su fruto á su tiempo. Bien sabemos que nuestras almas son inmortales por su naturaleza, y que nuestros cuerpos han de morir y se han de corromper; sin embargo, ya que los cuerpos de los justos han servido en la tierra á sus almas en el ejercicio de las buenas obras, contienen en sí, aun despues de la incineracion, cierto gérmen de vida sobrenatural; que en el último dia no hará mas que desenredarse por el poder divino, para que tomen parte con ellas en la fruicion de la gloria. ¡Dios incomprensible! "¡Quién es el hombre, diré con David, para merecer tus recuerdos, y quién es el hijo del hombre para ser favorecido con tus miradas!" ¡Ah! La resurreccion de aquellos huesos áridos que vió en espíritu el Profeta Ezequiel en un campo, puede representar ademas de otras significaciones, la restauracion de los cuerpos de los escogidos que volverán á la vida con los dotes de impassibilidad, claridad, agilidad y suavidad. Muchos de ellos se distinguirán tambien con

las aureolas concedidas por premio de singulares méritos; y la carne de los Santos Mártires conservará las cicatrices gloriosas de sus heridas que recibieron por la fé de Cristo, mas relucientes que el oró. Desde ahora quedan reservados sus cadáveres en los altos designios del Eterno, que sobre aquellos huesos secos y figurativos de estos preguntaba al Profeta: "Hijo de hombre, juzgas tú que estos huesos puedan revivir!" Muy al contrario los que hicieron mal, como decia el mismo Salvador por San Jaan: "Irán á resurreccion de juicio." "Los que, segun San Pablo, no conocen á Dios y no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, pagarán la pena eterna de perdicion ante la faz del Señor y de la gloria de su poder." ¡Desgraciados! hasta en los mismos átomos de sus cadáveres corrompidos persevera un vengeno é infección de muerte, que al fin los mudará de mal en peor, abismándolos despues de resucitados en el dolor, el llanto y la condenacion.

¡Qué bien anunció Isafas "que el sepulcro de Jesucristo habia de ser glorioso!" ¡Ah! ¡Qué mayor lustre y celebridad que servir de Arca ó de Tabernáculo al cadáver herido, bañado en sangre y frio del Hombre Dios! ¡No hizo este excelente lugar para con el Sacrosanto Cuerpo, en estado de inmovilidad, las veces del vientre virginal de María para con él mismo en estado de vida, desde la Concepcion del Verbo hasta el Nacimiento! Cuando los sepuleros de los demas hombres se manchan con la corrupcion y los gusanos de los esqueletos descarnados y arrojan descomunemente un hedor intolerable, éste solo se mejora y engrandece con el santo fruto de la Cruz, incapaz de incinerarse.

Tocado desde entonces, como el hierro por el iman, de una virtud celestial, la difunde en todos los que recurren á él movidos de dolor por sus pecados y por la consideracion de los sufrimientos de la Víctima del Calvario. Como un manantial de aguas copiosas derrama sus saludables corrientes de gracias sobre las almas fieles que trasfirió de la muerte á la vida. Así á los cuerpos, ó en el tiempo de la vida natural, los sujeta á un uso honesto, ó en la misma tumba les deja un principio de renovacion sobrenatural, ó la lleva al cabo en el último dia reuniéndolos á las almas bienaventuradas; *Et erit sepulchrum ejus gloriosum*. Deducid ahora, por consecuencia, que los ilustres Varones ejecutaron todo el funeral de nuestro Salvador, para que se confirmase la fé de su Carne muerta y sepultada: *Ibi ergo propter Parasceven Judæorum, quia juxta erat monumentum, posuerunt Jesum*.

¡Santo Sepulcro, asilo impenetrable de los cristianos! no es mucho que en todos los tiempos acudan á tí los reyes, los grandes, los sabios, los Santos y una multitud innumerable de peregrinos, para cumplir sus votos y rendirte sus respetos y obsequios. Pero consolémonos tambien nosotros por haber extendido los Sumos Pontífices á todas las imágenes del Sepulcro la misma indulgencia que concedieron al de Jerusalem. Tributémosles el culto debido á honor de Dios; y pongámonos á cubierto bajo las tinieblas maravillosas de la fosa santificada que guardó en su seno el mayor depósito que hubiere visto el mundo. Penetrémos de las dulces palabras con que exhortaba Isafas á los israelitas amantes de la justicia: "Aten-

ded, les decia, á la roca de donde habeis sido cortados y á la profunda cantera de donde habeis sido sacados." Con mas razon puedo yo recordaros que Jesus es vuestro Padre, y que por su bendicion os habeis multiplicado: *Attendite ad petram unde excisi estis*. Su muerte y su sepultura brillante entre la misma obscuridad de la caverna, os han dado á luz para que hagais resonar sobre la tierra cánticos de gracias y alabanzas al Señor: *Et ad cavernam laci de qua praecisi estis*. Imitad á la afligidísima Virgen María, que desamparada, postrada y traspasada con la última espada del dolor, como la mas propia y mas bien delineada efigie de la muerte, se hallaba presente ante la lápida del Sepulcro de su difunto Hijo. Seguidla en hora buena al volverse para Jerusalem, pero dejando como ella el alma, la vida y el corazon enterrados en él. Contemplad y proponed por modelos á los piadosos Varones, que no pudiendo reprimir el llanto, vertian abundantes lágrimas y no sabian cómo agradecer á Dios el beneficio de haberlos designado para tan augusto ministerio. Amad como el Evangelista San Juan, que se mostró digno discípulo de tan grande Maestro. Perseverad como la Magdalena, que no se cansó de mirar el lugar en que fué puesto su amado y único objeto de su ternura; quiero decir, que permaneciais siempre dentro de él con la constancia de vuestros pensamientos, y exteriormente al frente de él la cantidad de tiempo posible. Retiraos, si así lo exigen vuestras obligaciones, de aqueste honrosísimo y respetuoso monumento; pero hacedlo como las otras santas mujeres, para preparar nuevos y mas preciosos

aromas, á fin de embalsamar á Jesus segun sus deseos. Informaos en lo íntimo de vuestro espíritu de todos estos ardientes afectos cada vez que sepulteis en vuestro pecho el Cuerpo Sacramentado de nuestro Redentor, para que goceis de su gracia en la tierra y de su gloria en el cielo.

ASÍ SEA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON

DE SOLEDAD PARA EL VIÉRNES SANTO

Tantum in me venit, et convertit tu-
mulum suum tota die.
" Volvió y recayó sobre mí su furor
todo el día."

Libro de las Lamentaciones de
Jeremías, Cap. III, v. 3.

¡Hubo jamás criatura tan desconsolada como la Soberana Virgen María al pie de la Cruz, y después de sepultado el Santísimo Cadáver de su muy amado Hijo Jesucristo! ¡Ah! Yo me he valido hoy del indicado texto de los Sagrados Trenos de Jeremías, que se refiere en un primer sentido obvio y literal á la ruina de Jerusalem, y á la cautividad de los judíos en Babilonia por los Caldeos; que en otro sentido secundario, es como el ligero bosquejo de la ceguera, infidelidad y furor de la Sinagoga contra su Salvador, y de la maldición divina que cayó sobre este ingrato pueblo por el horrendo crimen del Calvario. Así parece que nos lo advierte la misma Iglesia en el uso que hace de tan tiernos lamentos en el oficio del triduo de la Semana Santa. Y como el castigo ha

sucedido al crimen, designa tambien á Jesucristo en un sentido espiritual, profético y misterioso, oculto bajo el velo de la letra, y es como el exordio de sus humillaciones que se describen en adelante. ¡Oh! Allí se le representa colmado de aficciones, herido por la vara de la indignacion del Señor, y quebrantados sus huesos, lleno de amargura y embriagado con ajenjo, desechados sus ruegos sin embargo de que está prosternado con la boca en el polvo. Apresado como el ave por el cazador, y burlado de su pueblo, puesto en un lugar tenebroso que se cubre con una losa, y encerrado allí como los que han muerto para siempre. No menos convienen á la adligida Madre las mismas sentidas palabras que justamente le ha aplicado la Santa Iglesia. Sí, la mano invisible del Altísimo cimpunó, para explicarme de esta suerte, la espada del dolor contra ella, traspasando su bendita alma en todo el tiempo de la pasion de su Hijo, y despues de la muerte del Salvador, la revolvió tan solamente sobre su Sagrado Corazon, atravesado ya de parte á parte, para hacerle muy rigurosa su absoluta desolacion: *Tantum in me vertit, et convertit manum suam tota die.*

No he venido á hablaros de propósito en esta noche, sobre las angustias indecibles que sufría esta digna Madre, al propio tiempo que el Hijo padecía en la Cruz. Voy á representárosla como lo exige el paso, es decir, despues de haber entregado nuestro Salvador su espíritu en las manos de su Eterno Padre: quiero que la miréis en los momentos mismos en que se le renovaba el dolor, y crecía el temor y temblor, como dice San Buenaventura: en que deshecha en

lágrimas, postrada en tierra, con las manos cruzadas ante el pecho y con profunda humildad, rogaba á una multitud de hombres armados, que venían contra Jesus, para que dejasen su Cadáver conforme estaba: en que al golpe de la lanza abrió un soldado el costado de su Hijo difunto, le dividió el corazon, y á ella le dilató mas, y le lastimó á lo sumo la grave herida de su alma, la última y mas dolorosa espada del pesar: pretendo que la consideréis con San Lorenzo Justiniano, con el Sacratísimo Cuerpo de Jesus en los brazos, transformada en un espejo clarísimo de toda su pasion, y en una viva imagen de su muerte: deseo que la sigais hasta el sepulcro, donde se despidió de su amado; deja depositado en esta Arca Santa el infinito tesoro del Dios de bondad, y con él su corazon: os excito á que admiréis que de vuelta de allí, cubierta por sus hermanas con un manto lúgubre, como siente el citado Padre San Buenaventura, pasa por delante de la Cruz, que bañada aún en la Sangre de su Jesus, es la primera que la abraza, la besa y la adora: que caminando despues por las calles de Jerusalem con su piadosa comitiva, llega á la casa de San Juan, que comunmente se cree, que era la de San Pedro, y que abandonada en ella al mas amargo llanto, entra en una horrorosa soledad.

Ni la primera Eva, quando tuvo conocimiento de la infausta muerte con que desapareció de la tierra su inocente hijo Abel, ni la desgraciada Agar, que no quiere ver morir de sed en las arenas del desierto á su hijo Ismael; ni Abraham que consideraba inmolido á su hijo Isaac, ni éste consternado por la irremediable muerte de Sara, su querida madre, ni Jacob

teniendo ante sus ojos la túnica ensangrentada de su hijo José, ni el paciente Job puesto á las puertas de la muerte, ni Noemí llena de amargura, ni David fugitivo, ni Jeremías perseguido, ni otros mil que han sabido sentir en las adversidades, pueden compararse, sino solamente servir de sombra á la tristeza inaudita de la segunda Eva, por la muerte Sangrienta de su Divino Hijo Jesus. ¡Oh! Transida de pena y sentimiento la amantísima Madre del Redentor, no halla alivio alguno en las congojas de su soledad, ya sea en el cielo ó en la tierra. De este principio, pues, partirá, y á este fin se ordenará todo mi humilde discurso. Bajo el amparo de esta Augusta Reina de los Mártires, que mereció en medio de su imponderable aflicción, hacerse nuestra Medusera para con Jesucristo, invoco en union de todos sus devotos el socorro del Espíritu Santo, para proseguir su elogio. Ave María.

"Vendrá y revolvió sobre mi su mano todo el día."

Libro de las Lamentaciones de Jeremías. Cap. y verso, citados.

Todos los que tienen experiencia de haber perdido á sus padres, ó á sus hijos, ó á sus esposos, ó á sus amigos, pueden formarse alguna idea mas exacta del sentimiento, de la pena y de la desolacion. ¡Oh! las prendas del difunto, sus conversaciones, sus modales y todos los objetos que rodean al doliente, acrecentan su desasosiego y disgusto. Si tales, pues, son los efectos que produce el amor natural, ¡cuáles y cuántos no serian los del amor de María para con Jesus, que

era no solamente su Hijo natural, sino su Dios y su Salvador? Por eso no halla consuelo alguno ó en el cielo, ó en la tierra, ó de parte de los hombres, ó de parte de los Angeles, ó de parte del mismo Dios: *Non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus*. San Bernardo la hace hablar así: "¡Oh verdadero Hijo de Dios! tú eras mi Padre, tú mi Hijo, tú mi Esposo, tú eras mi alma. Ahora he quedado huérfana sin Padre, viuda sin Esposo, Madre sin Hijo; pues perdiendo á mi Hijo todo lo pierdo de un golpe." Y en realidad de verdad, que separada María en su amarga soledad de su Santísimo Hijo, se ve en el desamparo de su Padre, de su Hijo y de su Esposo, no solamente por lo que respecta á él mismo, sino tambien en cuanto á los lazos de la tierra, y en cierto modo en cuanto á las tres Personas adorables de Dios. Voy, pues, á proponeros estos tres breves puntos. Primero: María en su desolacion padece como hija sin padre: Segundo: Como viuda sin Esposo: Tercero: Como madre sin hijo. Tales causas expresan en comun todo su dolor, y serán el objeto de vuestra piadosa atencion.

PRIMERA PARTE

Cuando el Profeta Jeremías anunció á los hijos de Judá las venganzas del Señor, que caerian sobre ellos hasta ser lanzados á un pais extranjero, añadia: "No se dará alimento al que llora por un muerto para consolarle; ni se le ofrecerá vino para darle consuelo en la muerte de su padre y de su madre." Este mismo

oráculo demuestra, que si era grande castigo de Dios carecer de tales socorros, no menos es harto sensible por sí misma la muerte de los padres. Los hebreos, en el fallecimiento de sus parientes próximos, manifestaban su dolor con gritos y lamentaciones, con golpes de pecho y con lágrimas abundantes; se rasgaban los vestidos, se sentaban sobre la ceniza, se cubrían la cabeza de polvo y hacian otras varias señales de tristeza. Supuestos estos principios, entremos ahora á considerar la espantosa soledad de la Virgen Soberana como hija huérfana de padre.

Se cree, no sin grave fundamento, que esta Hija predilecta del Altísimo perdió á la edad de tres años y medio á su padre natural el Patriarca Señor San Joaquín, y á los doce á su querida madre natural Señora Santa Ana. Como el amor de los hijos á los padres es deuda justa de la misma naturaleza, siendo perfecto en toda su extension en la Santísima Virgen, y teniendo esta Divina Señora expedito el uso de sus conocimientos desde el acto de su Inmaculada Concepcion; no podia excusar el dolor natural de carecer de sus santos progenitores. Dios tampoco la impidió la gran ternura y amor con que sintió la falta de ellos; su pena debió precisamente acrecentarse despues del tránsito de su feliz madre, y agravársele su propia soledad sin tal amparo. Sin embargo, como sus dolorosos movimientos eran santos y perfectísimos, estaban tambien gobernados y regulados por la gracia: su tristeza fué compatible con la serenidad de su magnánimo corazón, su desamparo con la grandeza de su espíritu y el fervor de sus oraciones. Siempre el Dios de bondad, para hacer hermosa y agradable la vida de

sus escogidos, ya los consuela y vivifica con favores, ya los prueba y affige con adversidades. De aquí es que por una providencia oculta que dispensa el beneficio de los trabajos, se aumentaba la gracia, el mérito y la corona desde sus mas tiernos años, de la que habia sido escogida para Madre del Unigénito del Padre: convenia que, aun siendo Niña, se ejercitase en el camino de la Cruz con la paciencia y la humildad en las penalidades, para que llegase despues al cúmulo de perfeccion. Por eso la aleccionó el Señor con la pérdida de sus amados padres, con las sugestiones del demonio, con la envidia de muchas vírgenes y á veces con la ausencia del Sumo Bien. ¡Oh! su divino y adorado Dueño se dejaba poseer de ella, aunque no siempre gozar: se le ocultaba y parecia que la abandonaba, pero era para enardecer mas y mas su amor. No hallaba la candidísima paloma donde su corazón pudiese sosegar y descansar.

Si pues el sensibilísimo corazón de la Bienaventurada Virgen María padeció, cuanto no es posible entender, en todos los amargos pasos de su tierna edad y de su juventud, á lo menos tales tormentos se le dulcificaron con los santos Desposorios, con la amable compañía y con la proteccion de su castísimo esposo el Señor San José. Y desde la Encarnacion del Verbo hasta que entregó el Dios Humanado el inestimable tesoro de su Alma en las manos de Dios su Padre, aunque por entre un tejido admirable de gozos y dolores no carecia de la presencia de su Dios, de su Salvador, de su Hijo, de su único y perfectísimo bien. Pero despues que esta prenda infinita de sus tiernos y encendidos amores murió en el afrentoso suplicio de la

Cruz, queda sola, enteramente sola: todos los trabajos pasados se le agolpan y la acometen con mas fuerza que antes, perseverando é inflamando unidos en la última espada del dolor, la herida mortal y profunda de su alma. Cuántas veces repetiría lo que pronunció su Unigénito pendiente del madero: "Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?" Con todo eso, el Eterno Padre, que la adoptó por Hija, no escucha su voz, no atiende á sus quejas: no obstante haber apurado hasta las becas el anargo cáliz de la tribulacion, aparta de ella su rostro; descarga los últimos terribles golpes de su justicia vengadora, ya no mas que sobre la Madre del que murió víctima por el pecado. No hay, pues, dolor como su dolor, no hay abandono mas inconsolable que el suyo. Bien puede aplicársele lo que decia llorando Jeremías sobre Jerusalén: "¿Cómo cubrió el Señor de densa obscuridad en su furor á la hija de Sion! ¿Cómo arrojó del cielo á la tierra á la inclita de Israel! ¿Cómo no se ha acordado en el día de su furor de la peana de sus pies!" Mas dejando de considerarla cual Hija desconsolada sin padre, pasemos á contemplarla como viuda, ó cual esposa sin esposo.

SEGUNDA PARTE

Entre los diversos motivos de gloria con que culmaria el Señor á Jerusalén reedificada, denunciaba y enumeraba el Profeta Isaias la alegría que hallaría el esposo en su esposa. ¡Oh! esta alegría se sostiene y está animada de aquel amor recíproco con que dos

personas unidas en matrimonio ya no hacen mas que una sola, y son una sola carne. No hablo de aquellos enlaces monstruosos en que los corazones de dos consortes son ya entre sí contrarios en todos sus movimientos y en todas sus inclinaciones: hablo, sí, de aquel estado conyugal en que se toleran con paciencia las penas y se cumplen con fidelidad las obligaciones. Si tal, pues, es el gozo de los esposos en una vida comun, virtuosa é íntima, ¿cuál no será la tristeza por la pérdida de uno de ellos! ¡Ah! las palomas mismas, aunque animales irracionales, nos admiran de que muerta una de ellas, vive desasosegada su compañera por su falta, gime, se enfaquece y aun pierde la vida. Aquella mujer tecuita que fingió con sagacidad ante el Rey David, esto es, vestida con un vestido lúgubre y sin perfumes, como que lloraba mucho tiempo hacia por un difunto, postrada en tierra con profunda reverencia, le dijo así: "¡Ay de mí! yo soy una mujer viuda, pues mi marido es muerto." Y aunque fué esta una estratagemá de Joab para volver á Absalon á la gracia y á la presencia de su padre, indica por otra parte el gran dolor que padece y la compasion á que mueve una viuda.

Mas no se fundó el matrimonio de la Santísima Virgen con el Gloriosísimo Patriarca San José en los lazos de la carne, sino en los del espíritu; no en los cuerpos, sino en las almas; no en la naturaleza, sino en la gracia. Tan casta union bien ha merecido ser celebrada en el epitalamio de Salomon, porque tambien se deben reconocer en sus divinos Cánticos por aquellos felicísimos esposos al Señor San José y á la Santa Virgen María. ¿Qué tesoro de verdaderas riquezas

espirituales fué este casamiento todo immaculado, todo místico, todo divino! En mas de treinta y un años que vivieron en él, ¡qué transportes de amor de Dios no sintieron, qué sagrados coloquios no los ocuparon, qué actos de virtudes no ejercitaron! Su paciencia y resignación en los trabajos fué á toda prueba, su dulzura inalterable, sus oficios laboriosos, mutuos y continuados. Precisamente, pues, debió tener mayor cabida el dolor en el corazón de María, por el tránsito ó por la ausencia total de su fidelísimo esposo, que el que atormenta á todas las demas mujeres muertas sus maridos: no porque se entregase como ellas á un llanto imprudente, sino porque hizo el duelo mejor que Abraham por Sara, mejor que Ezequiel, que suspiró en secreto por la falta de su amada mujer. Todos sus conatos y abrasados afectos se redujeron antes de la muerte de aquel justo, á suplicar á Jesus que por su brazo poderoso fuese glorificado su digno custodio y padre legal; y despues de que espiró, excitó en sí y aumentó con nuevos quilates su indecible fé, su piedad, su esperanza y su amor por los bienes eternos.

Habiendo, pues, fallecido el Santísimo Patriarca antes de la muerte y aun de la predicacion del Salvador, como se cree comunmente, María se gozaba con la doctrina, con los milagros, con el ejemplo, y nada mas que con la única prenda de su dulce y amable Jesus. ¡Qué podria faltarle siendo su compañera inseparable!... Pero ya que el Autor de la vida habia pisado los tenebrosos umbrales de la muerte, y que se veia separada de los restos incorruptibles de su Santa Humanidad por el grande impedimento de una pesada lápida, sus dolores no admiten el menor alivio.

Ahora sí que se le representa al vivo y siente con mayor fuerza la pérdida de su virginal Esposo el Patriarca San José, y lo que es mas, el olvido en que la ha dejado su dilectísimo Esposo el Espíritu Santo. ¡Ah! el Espíritu Consolador por cuya virtud concibió y parió sin lesion de su virginidad, y que la ha dispensado tantas gracias y celestiales carismas, cuantas caben en una pura criatura la mas perfecta; ya no escucha sus ruegos, ya no oye sus casi imperceptibles quejas: deshecha en amargo llanto, puede decirle de un modo semejante lo que Sefora á Moisés cuando le tocó los piés con la sangre de su hijo circuncidado: "Tú eres para mí un esposo de sangre." Y en efecto, si esta amante esposa calmó el enojo de Dios contra su esposo el Legislador de Israel, y lo libertó de la muerte por haber circuncidado prontamente con una piedra muy aguda á su hijo; el Espíritu de amor, no precisamente en la Circuncision de Jesus, sino mas bien cuando desamparó á María, sin embargo de estar ya satisfecha la justicia divina, le ha costado mucha sangre, en la misma que hubo derramado su Unigénito en la Cruz: *Sponsus sanguinum tu mihi es.* No me resta mas para concluir este diseño de la soledad de la Santa Virgen María, que pintáros la, aunque con mi tosco pincel y con mis mal tirados trazos, como Madre digna de compasion sin Hijo.

TERCERA PARTE

Cuán grande sea el dolor que oprime á una madre por la pérdida de su hijo único, lo significó David, cuando habiendo rasgado sus vestiduras, y con los ojos arrasados en lágrimas, pronunció esta lúgubre lamentacion sobre la muerte de Jonatás: "Duelome sobre tí, oh hermano mio Jonatás! hermosísimo jóven y amable sobre el amor de las mujeres. Cual una madre ama á su hijo único, así te amaba yo." Razon tenia la madre del inocente y piadoso Tobías de llorar su ausencia, en el supuesto de considerarse sin esperanzas de volver á verle. El bien perdido y el mal presente, son en realidad causas de la tristeza, y á veces basta la sola aprehension de cualquiera de estas dos cosas, y aun la de lo futuro, para atribular al paciente. Pero no movia á sentir á la Santa Madre de Dios, la idea ó la imaginacion sin la verdad, sino la certeza sin la apariencia. La hermosa Raquel que derramaba lágrimas sin consuelo por la muerte de sus hijos, que fueron despojos de la crueldad de Herodes, solamente ha sido celebrada como una imagen suya. La madre de aquellos siete Mártires Macabeos, que aliando un ánimo varonil con la ternura de mujer, los exhortó á la muerte y los vió espirar: que á lo último fué tambien ella misma sacrificada en defensa de la Santa Ley del Señor, cual una sola víctima, que valía por sí y por sus hijos, fué nada menos,

y no mas que un símbolo de la transixion y de la soledad de esta afligida Madre.

Como el dolor se proporciona al amor, y le es consiguiente, María, que miraba á Jesus como el fruto de su vientre y el mas hermoso entre los hijos de los hombres, experimentó tanto pesar con su muerte, cuanto era su amor natural superior al de todas las demas madres; era tambien su Hijo Jesus Dios y Hombre, y á la manera que le tenia en cuanto á Dios un amor incomparablemente mayor que el de los mas abrasados Serafines, asimismo la hizo entrar en un abismo de horrosas aflicciones su inevitable separacion, y creció casi á lo infinito su tormento. No se hallará alguna pura criatura desde lo alto de los cielos hasta los últimos términos de la tierra, que pueda ponderar dignamente su incomprensible martirio. Sin embargo, para cumplir con el deber, me daré por satisfecho en avivar mis débiles esfuerzos, á fin de representároslo.

Todavía mientras vivió Jesucristo aquellas tres últimas horas, luchando con los tormentos en la Cruz, le restaba á María algun consuelo: si quiera le oía pronunciar una por una las siete divinas sentencias de su agonía y de su despedida, que son un Evangelio compendiado de la fe y de la moral cristiana, y toda la esencia de su sagrada doctrina; el Testamento eterno que selló con su Sangre, y cuyas mandas nos legó con su muerte; á lo menos se espacia sobre su alma un pequeño aliento, cuando fijando en ella sus ojos encajados y moribundos, le encomendaba á San Juan por hijo, y á ella misma á éste por madre. Mas al punto en que su limpiísimo Espíritu se separó de su

Sacrosanto Cuerpo, tambien le fué subtraído á la tierna Madre, y hubiera muerto forzosamente en el acto si la virtud divina no la confortara. Aun pudo mitigarse algun tanto el dolor vehemente de su ánimo, cuando fué bajado del madero el Santísimo Cádáver de su Hijo y puesto en sus brazos. ¡Oh! Lo estrecha sobre su corazon, lo riega con sus ardientes lágrimas, lo besa y lo adora. ¡Quién de los que estaban presentes no lloraria al ver estas dos blanquísimas palomas, la una yerta sostenida por la otra agonizante! ¡Ah! Ello es que esto mismo la servia de un corto alivio, porque la Carne inmóvil de nuestro Salvador inspiraba respeto y veneracion á todos los circunstantes; así como salia de ella, cuando estaba viva, una virtud que sanaba á todos: no porque se percibia muerta y despedazada, dejaba de estar unida á la Divinidad. De consiguiente, era para María una grande felicidad tenerla consigo. Pero al fin se la arrebata de sus manos con una violencia reverente, se ordena en triste aparato de su entierro hácia el huerto inmediato una devota procesion de toda aquella piadosa concurrencia, compuesta de María, de San Juan, de los Varones, de Magdalena, de María Cleofas, María Salomé y otros muchos, y la depositan en el sepulcro.

Desde aquí pretendo que la miréis con mayor atencion, desamparada en el campo, desamparada en Jerusalem, y desamparada en extremo en la pobre estancia en que se alojaba. ¡Oh! habiendo llegado á ella, á todas partes vuelve los ojos y ya no halla el objeto de su amor: lejos de encontrarle, solamente se le presentan al vivo todas las memorias de su gra-

ciosa vida, y mas que todo, las de su cruel muerte. Allí se le representa recién nacido en Belen, envuelto en humildes pañales y todo temblando de frío; allí le saltan las especies del acto de la Circuncision, en que derramó las primicias de su Sangre, del cuchillo prevenido contra ella segun se lo profetizó el anciano Simcon, y de la inhumanidad de Herodes: allí se le recuerdan los trabajos que sufrió en la fuga y vuelta de Egipto, en su permanencia en esta ciudad y despues en la de Nazareth: sus desvelos y ansias cuando lo perdió por tres días, hasta que lo halló en el Templo. Ya le parece que ve á su Dilectísimo Hijo, regando con su Sangre la tierra en la agonía del huerto: no quisiera persuadirse que aquel monstruo detestable, aquel alevoso discípulo, entrega con la señal de un ósculo de falsa paz, á su mismo Maestro. Ya lo considera encarcelado, presentado ante los inicuos jueces y pospuesto á Barrabás; azotado, coronado de espinas, escupido y condenado á muerte: ya se figura que le sale al encuentro cuando era llevado al sacrificio por las calles de Jerusalem con la Cruz á cuestras: ya le contempla crucificado, abandonado de su Eterno Padre y de sus Apóstoles; harto á blasfemias, maldiciones y oprobios; refrigerado en su ardiente sed con hiel y vinagre, entre los confines de la vida y de la muerte, y al fin muerto; y despues de muerto atravesado su Sagrado Corazon al golpe de una lanza, y sepultado en un lugar distante. ¡Oh qué dolores! ¡Oh qué soledades! Pero lo que mas affigia á su inocentísimo espíritu, era la condenacion de aquellos que no se habian de aprovechar de la Sangre del Salvador. Angeles, Arcángeles, Inclito Ga-

briel que la llamais María, llamada ahora amarga; porque es en efecto un mar de lágrimas, un mar de hieles y amarguras, un mar de sangre. Bien es que los amorosos deliquios y las vivísimas angustias de tan penada Madre en este tierno paso, mejor se deben admirar con un profundo silencio y veneracion, que expresarse con lánguidas palabras, y menos con las mías.

Si David, pues, para anunciar el justo castigo de un judío prisionero en la cautividad de Babilonia, ó para representar á una alma fiel que suspira por la bienaventuranza eterna, asegura que sus lágrimas han sido su pan ó su alimento ordinario día y noche; mucho más convendrá aplicar las mismas palabras á la Dolorosísima é inculpable Madre de Jesus. Si ha existido alguna vez una hija, á quien la pesadumbre de la muerte de sus padres naturales, le haya hecho una debida y moderada impresion, y que haya sufrido con mayor paciencia y sin perder la gracia, el abandono en que la puso para prueba de su amor el Eterno Padre, esta es María. Si se ha visto una mujer fuerte que haya recibido el azote de la falta de su esposo dado en matrimonio, con humildad y entera obediencia á la voluntad de Dios, y que de las sequedades ó arideces en que la ha dejado su excelente Esposo el Espíritu Santo, haya recogido un fruto abundantísimo, esta es María. Si se ha singularizado una madre, que ame más á su hijo natural y sobrenaturalmente, y que sienta cuanto le es posible sus trabajos, sus padecimientos y su muerte, para su mayor mérito y ejemplo nuestro, esta es María. Luego María es aquella perfectísima criatura sobre quien

el Altísimo Dios “volvió y revolvió su mano todo el día” de su ira y de su furor: *Tantum in me vertit, et convertit manum suam tota die.*

Pero aunque María, como hemos visto, padeció en su amarguísima soledad, privada de padre, de esposo y de hijo, reina al presente en los cielos como Madre de Jesus y juntamente como Madre nuestra. En virtud de tan gloriosos títulos, es nuestra Abogada, y por su intercesion podemos conseguir, “que siendo hijos del Eterno Padre, por la creacion,” segun la frase de Moisés; lo seamos tambien “como coherederos con Jesucristo, en expresion del Apóstol:” que hallándose impresa en nuestra voluntad la imagen del Espíritu Santo, en cuanto á una inclinacion natural, á amar á Dios, sean tambien nuestras almas sus esposas agradables por la gracia; ó valiéndome de las palabras del referido Apóstol San Pablo, “como vírgenes puras y dignas del tierno, casto y divino amor de Jesucristo, esto es, de su Paráclito:” “que habiendo sido criados por el Verbo de Dios, al decir de San Juan:” Seamos tambien como madres y hermanos del mismo Jesucristo, concibiendo verdaderos y saludables pensamientos, y ejecutando la divina palabra. No es mia esta idea, sino del mismo Señor nuestro Salvador: “Mi madre y mis hermanos, dice, son aquellos que escuchan la palabra de Dios y la ejecutan.” Ahora bien, nuestros pecados fueron la causa de la pasion y muerte de Jesus, y de los dolores y penas de María. Ciertos estamos, de que si esta Madre de piedad y misericordia ruega por nosotros, no será desatendida; supliquémosle rendidamente que lo haga así. Mas si en lugar de admitir el pecador los llama-

mientos del cielo, los resiste, gemirá en las soledades sempiternas del abismo, en que las tinieblas, el horror, el espanto y el dolor, vengarán los agravios hechos á la Majestad Divina. No permita Dios que al fin nos sobrevenga tal desgracia: sosténganos nuestra clemente Protectora con su poderoso valimiento para alcanzar una buena muerte. Detestemos de corazón nuestras culpas, lavémonos con la Sangre Preciosa del Cordero sacrificado, y digámonle desde este instante compungidos y resueltos á imitarle: SEÑOR MIO JESUCRISTO, &c.

SERMON

SUBJE

LA RESURRECCION DE JESUCRISTO

Surrexit.
Resurrexit.

SC. M. A. G. G. CAP. XVI, V. G.

Al despuntar la hermosa y apacible aurora del tercero dia despues del Sacrificio Sangriento de la Cruz, se sintió un grande terremoto. Un Angel bajó del cielo en figura de un jóven, removió la enorme piedra del sepulcro y se sentó sobre ella. Tenia el aspecto brillante como un relámpago, y sus vestidos blancos como la nieve. Sobrecogidos de pavor los soldados de guardia, habian quedado como muertos; y no pudiendo resistir las miradas amenazadoras de tan terrible custodio, huyeron precipitadamente. No tardaron mucho en llegar allí María Magdalena, que era cabeza de la primera cuadrilla de santas mujeres, María Cleofas y María Salomé; pero viendo volteada la lápida del sepulcro, sola Magdalena entró en él y ya no encontró el Cuerpo de su Divino Maestro. Se volvieron, pues, para Jerusalem, Magdalena para comunicarlo á los Apóstoles San Pedro y San Juan,

mientos del cielo, los resiste, gemirá en las soledades sempiternas del abismo, en que las tinieblas, el horror, el espanto y el dolor, vengarán los agravios hechos á la Majestad Divina. No permita Dios que al fin nos sobrevenga tal desgracia: sosténganos nuestra clemente Protectora con su poderoso valimiento para alcanzar una buena muerte. Detestemos de corazón nuestras culpas, lavémonos con la Sangre Preciosa del Cordero sacrificado, y digámonle desde este instante compungidos y resueltos á imitarle: SEÑOR MIO JESUCRISTO, &c.

SERMON

SUBJE

LA RESURRECCION DE JESUCRISTO

Surrexit.
Resurrexit.

SC. M. A. G. G. CAP. XVI, V. G.

Al despuntar la hermosa y apacible aurora del tercero dia despues del Sacrificio Sangriento de la Cruz, se sintió un grande terremoto. Un Angel bajó del cielo en figura de un jóven, removió la enorme piedra del sepulcro y se sentó sobre ella. Tenia el aspecto brillante como un relámpago, y sus vestidos blancos como la nieve. Sobrecogidos de pavor los soldados de guardia, habian quedado como muertos; y no pudiendo resistir las miradas amenazadoras de tan terrible custodio, huyeron precipitadamente. No tardaron mucho en llegar allí María Magdalena, que era cabeza de la primera cuadrilla de santas mujeres, María Cleofas y María Salomé; pero viendo volteada la lápida del sepulcro, sola Magdalena entró en él y ya no encontró el Cuerpo de su Divino Maestro. Se volvieron, pues, para Jerusalem, Magdalena para comunicarlo á los Apóstoles San Pedro y San Juan,

y las otras dos probablemente para su casa. Fue otra vez la ardiente amante del Salvador con los dos Apóstoles al sepulcro, y no hallaron ellos en él mas que la sábana, las fajas, y el sudario doblado y puesto á parte. Se retiraron desde luego tan inquietos como habían ido. Sin embargo, Maria ya no puede dejar aquel sagrado lugar, y se estaba fuera llorando junto á él. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro, y hé aquí que vió dos Angeles vestidos de blanco, con quienes habló; hácia atrás dirigió sus ojos porque sin duda oyó algun ruido, y se le presentó un hombre que le pareció el hortelano: no reconoció en él á Jesus, sino cuando la dijo por su nombre, ¡Maria! y ella á él enajenada de júbilo, ¡Maestro! Poco después, Juana, que era la principal de la segunda cuadrilla de santas mujeres, acudió en su compañía llevando los aromas que habían preparado: hallándose consternadas, se pararon cerca de ellas dos Varones con vestiduras resplandecientes, y las aseguraron de la Resurreccion de Jesucristo. Posteriormente, Maria, madre de Santiago, y Salomé, recurrieron de de nuevo ya nacido el sol, á la Sagrada Tumba, y quedaron espantadas por la extraordinaria belleza del mismo jóven que habia ahuyentado los guardas, y estaba dentro del sepulcro. De vuelta para la ciudad rebotaron sus almas de gozo, porque vieron en el camino á Jesus lleno de vida, y porque le abrazaron los piés y lo adoraron. ¡Dichoso resultado de la fe con que creyeron á las palabras del Angel que las habia dicho! "No temáis: ¡buscais á Jesus Nazareno que fué crucificado! resucitó; no está aquí: ved el lugar donde le pusieron."

El altísimo misterio de la Resurreccion del Señor no menos está confirmado en las Santas Escrituras con el testimonio de las piadosas mujeres, que con el de los Apóstoles y demas discípulos. El Divino Salvador, por espacio de cuarenta dias se le mostró en varias maneras, fué tocado de ellos, comió con ellos, y les habló del Reino de Dios. Sabemos por San Pablo, que una de sus apariciones tuvo mas de quinientos testigos. Asimismo, estos primeros Pastores predicaron hasta los fines del mundo este hecho incontestable, y derramaron animosamente su sangre por defenderlo. La Iglesia cristiana, extendida por toda la tierra, conserva este dogma inalterable de su creencia, hace mas de diez y ocho siglos, sin que haya podido aterrarla, ni la ignorancia ni la malicia de todos sus enemigos. El eje, pues, sobre que girará mi discurso, es la verdad de la Resurreccion de Jesucristo.

¡Virgen felicísima! Vas que sois la primera y la mas perfecta copia del original de la Resurreccion de vuestro Hijo Santísimo, puesto que por su virtud subisteis gloriosa á los cielos en alma y cuerpo, sostenedme con un auxilio de la gracia del Espirito Santo, para proseguir su elogio. Ave Maria.

"Remota."

S. MARCOS, Cap. y vers. citadas.

Aunque Jesucristo "fué crucificado, como dice el Apóstol, segun la flaqueza de la carne, vive ahora por la virtud de Dios." Consta del Libro de los Hechos de los Apóstoles, que después de su pasión les ma-

nifestó á estos primeros discípulos, con muchas pruebas ó argumentos, que estaba vivo, apareciéndoseles durante cuarenta dias. En efecto, les abrió los ojos sobre el cumplimiento de lo que estaba escrito en la Ley, en los Salmos y en los Profetas, acerca de él mismo, y les demostró que verdaderamente habia resucitado, con su indefectible presencia. Hasta entre los judíos, algunos Rabinos, y el Historiador Josefo, aseguran este prodigio por una confesion expresa, y entre los paganos, el filósofo Celso, la reconoce por una confesion equivalente. Pero, así la pasion de Cristo como su resurreccion, es causa eficiente por modo de instrumento principal y por la virtud divina de nuestra salud, ya sea en cuanto á la remision de la culpa, ó en cuanto á la novedad de la vida, por la gracia. Por eso afirma el citado Apóstol San Pablo, "que Jesucristo resucitó para nuestra justificacion." Y supuesto que tambien, conforme á la doctrina de su Carta á los Hebreos, tanto "el que santifica como los que son santificados, vienen de un mismo principio," me he propuesto hablarlos: De la causa, que es la Resurreccion de Jesucristo: Punto primero: Del efecto, que es nuestra resurreccion: Punto segundo.

PRIMERA PARTE

Bien puede entenderse de la persona de Jesucristo, hablando á la nacion de los judios, lo que el Profeta Miqueas advierte á Babilonia, á nombre de Jerusalem: "No te regocijes, ¡oh enemiga mia! de mi caída.

yo me levantaré." Convino para que fuese verdadera su restauracion á la vida, que su Cuerpo, por la operacion del Verbo unido reasumiase el Alma que habia depuesto; y el Alma reasumiase como forma, y por la misma virtud de la Divinidad, el Cuerpo, que habia dejado. Verdad es, que antes de Jesucristo habia resucitado Eliseo al hijo de la Sunamitis, y Elías al hijo de la viuda de Sarepta. El mismo Salvador en tiempo de su vida mortal, resucitó á la hija del Príncipe de la Sinagoga, al jóven hijo de la viuda de Naim y á Lázaro: tambien despues de haber muerto en la Cruz, se reanimaron los cuerpos de muchos Santos, que yacian en los sepuleros. Sin embargo, todos estos, ni volvieron á vivir por su propia virtud ni se hicieron inmortales. Unicamente el Cordero de Dios resucitó el primero, para nunca mas morir. "¡No le vemos por la pasion y muerte que ha sufrido, coronado, en expresion de San Pablo, de gloria y de honor!" ¡Ah! Consiste, pues, esencialmente este sagrado artículo de nuestra fe, en que segun ha notado San Gregorio, "su Cuerpo, despues de la resurreccion, es de una misma naturaleza, pero de otra gloria."

El Angélico Doctor prueba evidentemente, "que Jesucristo manifestó á sus discípulos, despues de la resurreccion, la realidad de su naturaleza humana con muestras incontrastables de parte de su Cuerpo y de su Alma." A fin de que se persuadiesen que tenia un Cuerpo sólido y no fantástico; se los dió á palpar. ¡Oh! el mismo dia en que resucitó, entró á ruegos de Celias y otro discípulo, en traje de peregrino, en la aldea de Emaus y se sentó con ellos á la mesa: "tomó el pan y lo bendijo: lo partió se los dió,

y ellos lo reconocieron." En la tarde de este día se les apareció á los Apóstoles, estando cerradas las puertas de la casa y no hallándose allí Santo Tomás. Habiéndolos saludado con la paz, y pareciéndoles que se les presentaba un espíritu, les dijo: "Tocadme y reflexionad, puesto que un espíritu no tiene carne, ni huesos, cuál veis que yo tengo." Dudaba á su vuelta, sin motivo alguno aquel Apóstol, que estuvo ausente del testimonio irrefragable de sus compañeros. A los ocho días reunidos dentro del mismo lugar, y Tomás con ellos, vino Jesus otra vez, y dijo á éste: "Mete aquí tu dedo y observa mis manos, y acerca tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel." No menos se dejó ver de ellos estas y otras ocasiones en su verdadera efigie, para convencerlos de que su Cuerpo era humano. Y si los discípulos, que caminaban en su compañía para Emaus, le miraban, no en su propia forma sino bajo de otra extrana; Jesus se ofrecía á sus ojos conforme lo percibían en su espíritu lánguido: á lo último les acreditó quién era, en sus mismas facciones, y desapareció. En fin, les declaró que tenía el mismo Cuerpo en número que antes, enseñándoles las cicatrices de sus heridas, como las insignias de su muerte, de su triunfo y de su gloria. San León Papa asegura, "que Santo Tomás no solamente vió sus Sagradas Llagas, sino que tambien las tocó."

Siguiendo el orden de expresado Santo Doctor, digo asimismo, "que Jesucristo les demostró á sus discípulos de parte de su Alma sus diversas obras de vida." En prueba de que tenía la vida nutritiva, comió y bebió con ellos en el Cenáculo. Y para que no les

quedase duda alguna, tomando despues de haber comido los restos de un pedazo de pez asado y de un panal de miec, se los dió. Saludaba á los presentes, contestaba á sus preguntas y ejercía otros actos de vida sensitiva, para que entendiesen que poseía el uso de la vista, del oido, del tacto y de los demas sentidos. Abriéndoles el entendimiento, se valió del testimonio de las Santas Escrituras para que comprendiesen: "que así convenia, que padeciese el Cristo y que resucitase de entre los muertos al tercero día: que se predicase en su nombre la penitencia y la remision de los pecados á todas las naciones, empezando por Jerusalem: que le fuesen testigos de estas cosas, publicándolas con el valor que les daría su Divino Espíritu." ; Admirables luces é instrucciones con que irradiaba y declaraba el Eterno Sol de justicia la vida intelectual del Alma humana unida á sí y á su Sacrosanto Cuerpo!

Por otra parte, aunque en todas las apariciones públicas del Salvador se hace patente la gloria de su Carne Santísima, realza con especialidad en las últimas. Ya les habia hecho ostensibles á sus discípulos los dotes de agilidad y sutileza que corresponden á la condicion de un cuerpo glorificado; porque tenía la potestad de verse y no verse, que pertenece aun por otra razon á la union hipostática. Ya se habia dejado observar con el dote de impassibilidad, porque resucitó con un Cuerpo como espiritual, especiasísimo, y no con un cuerpo mortal. Segun la mente de San Gregorio, "dos cosas maravillosas y contrarias en cuanto al estado presente reveló el Señor: esto es, un cuerpo incorruptible y palpable." Asimismo estaba en su

poder, suspender ó no el dote de claridad con que resplandeció en el Tabor. Y ciertamente lo ocultó despues de resucitado para tratar con los hombres y no deslumbrarlos con el brillo de su majestad. Pero en la montaña de Galilea le contemplaron los Apóstoles y otros muchos concurrentes á su gusto, con la mayor tranquilidad y por mas largo tiempo. Desde su primera aparicion en Jersalen los estableció Ministros del Sacramento de la Penitencia, para perdonar ó retener los pecados. Ahora les habla diciendo: "Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra," en cuyo principio se funda todo el plan de su Iglesia. Les comunica su mision para predicar el Evangelio á todos los hombres; para bautizarlos y administrarles consiguientemente los demas Sacramentos: para enseñarles á cumplir todo lo mandado, esto es, la moral, los ritos y la disciplina, lo que se deduce de la Escritura y lo que viene de la tradicion. Les asegura de su asistencia hasta la consumacion de los siglos, y promete á los nuevos creyentes la virtud de hacer milagros en fuerza de su Omnipotencia.

Quando en el mar de Tiberiades Simon Pedro, Tomás y otros cinco discípulos, hicieron una pesca milagrosa que fué figura de la predicacion evangélica, cogieron ciento cincuenta y tres peces grandes. El Señor Jesus que los habia dirigido, obró este grande portentoso para manifestacion de su Divinidad. Y para denotar que está en la estable seguridad de su gloria gobernando todas las cosas, permanecia en pié sobre la ribera. Luego que comieron estos felices pescadores, encomendó á San Pedro dos veces sus corderos y una vez sus ovejas, en recompensa de su amor. Lo

predijo su muerte de Cruz, le llamó aparte y le comunicó muchas cosas para el bien general de toda la Iglesia.

Por último, apareció á los once Apóstoles congregados en Jersalen para la fiesta de Pentecostés, y los condujo al monte de los Olivos. ¡Sorprendente espectáculo! "Habiéndolos instruido y alzadas las manos, los bendijo, y se levantó en alto hacia el cielo." Al verle elevarse en el aire en su Sacrosanta Humanidad y subir dulcemente, no pudieron menos los Varones galileos que quedar enajenados con un santo arrobamiento. Mas el Señor, "ascendiendo sobre todos los cielos," iba á sentarse á la diestra de su Padre: iba á colocarse en el puesto que le es debido en premio de su pasion y muerte: iba como el Rey de la gloria para preparar sillas resplandecientes á sus verdaderos miembros y fulminar anatemas contra los malvados. ¡Cristianos! yo os he traido por estos estupendos sucesos del Salvador, con el objeto de inculcaros la novísima union de su Alma y Cuerpo gloriosos. Habréis experimentado que son unas fuentes inagotables de reflexiones y de gracias. Es imposible expresarlo todo, por mas que me hubiera sido concedido el idioma de los Angeles. Pero basta, atendamos ya al fruto copiosísimo que lleva el árbol de vida Cristo nuestro bien, cual primogénito entre los muertos, para nuestro mayor aprovechamiento.

SEGUNDA PARTE

"Levántese el Señor, canta el Salmista, y sean disipados sus enemigos." Esto ya se cumplió, interpreta San Agustín: "Se levantó Jesucristo, que es Dios superior á todas las cosas y bendito en todos los siglos; y los judíos sus enemigos se han dispersado en todas las naciones." "Desaparezcan, continúa el sagrado texto, como desaparece el humo.... Perezcan los pecadores delante de Dios. Mas los justos tengan convites, y regocijense en la presencia de Dios, y créense con alegría." Ahora bien: ¿y no es este gozo espiritual y santa paz el torrente que recibe sus aguas saludables de la alegría increíble de la Resurrección del Salvador! ¡Ah! ¡Qué bien señaló este origen el mismo Profeta Rey en otra parte, con estas palabras! "Hasta la tarde durará el llanto, y por la mañana será la alegría." ¡Con qué propiedad están predichas y distinguidas en tan corta frase su muerte penosa, y su exaltación gloriosa! De aquí infiere un Sagrado Expositor, "que la Resurrección de Cristo es causa de nuestra resurrección en cuanto al alma en el estado presente, y en cuanto al cuerpo en el futuro." Examinemos, pues, brevemente la excelencia que participan estos diversos admirables efectos.

Si la muerte de Jesucristo causa en razón de mérito y eficiencia nuestra justificación, su resurrección que también la produce, es además modelo de nuestra nueva vida por la gracia. "Así como Jesucristo re-

sucitó de entre los muertos, dice San Pablo, por la gloria de su Padre, así también nosotros tengamos una vida nueva." Pero esta nueva vida no consiste esencialmente en la cadena de los movimientos que recibe el hombre del exterior, ni en los movimientos espontáneos que él mismo hace y vienen del interior, sino en la consecuencia de sus pensamientos y de sus afectos dirigidos por la gracia y caridad que el Espíritu Santo infunde en nuestros corazones. El Cuerpo resucitado de Jesucristo, por virtud del Verbo unido á él personalmente, comunica la santidad á las dos fuentes del Bautismo y de la Penitencia para aplicárnosla: los demás Sacramentos contienen también el gérmen de felicidad para llevar nuestro espíritu á la perfección. Un cristiano, pues, regenerado como lo ha sido espiritualmente, debe vivir con las tres virtudes sobrenaturales de fé, esperanza y caridad; con las virtudes morales infusas y adquiridas, con la inocencia, la justicia y la integridad de sus costumbres. La victoria del Hombre Dios, que dejó absorta á la muerte y á todos sus vestigios, desnudándose de sus despojos en el sepulcro, nos dará fuerzas y vigor para guardar sus mandamientos y permanecer en la vida. Pero una vez que nos hayamos despojado del hombre viejo, ¿cómo hemos de volver á vestirnos de él! Una vez lavados con las aguas cristalinas de la Piscina bautismal ó con las lágrimas del dolor consagradas en el Santo Tribunal, ¿cómo hemos de mancharnos de nuevo! "Yo me desnudé de mi ropa, dice la Esposa de los Cantares, ¿cómo me la he de volver á poner! Lavé mis pies, ¿cómo los he de ensuciar!" Y ciertamente, si me dijeseis, ¡oh Jesús! exclama San Bernardo:

"Te son perdonados tus pecados, si no dejas de pecar, ¿de qué me servirá? Me desnudé de mi túnica, si me revistiese de ella, ¿cuánto aproveché? Peor será sin duda la condición del reincidente que la del transgresor. "La misma Pascua que celebramos, dice en otra parte, se llama tránsito y no vuelta." Así es que la privamos de su mismo nombre, porque mas es en cuanto á nosotros para vuelta que para tránsito."

Segun esto, ¿quién podrá representarse á un imitador perfecto de Jesucristo, dotado de las virtudes divinas y de los dones del Espíritu Santo, derramando su espíritu en la oración ante su glorioso Redentor! ¿Quién podrá comprender los actos de bienaventuranza, los frutos suavísimos inspirados por el Espíritu del Dios de la gloria, que tambien hace suyos por el consentimiento de su voluntad? ¡Ah! este es un Angel terreno ó un hombre angelical: su cuerpo mora en la tierra, pero su alma vive en el cielo. Ni los gentiles que atribuyen el principio de vida á la materia, ni los mundanos que se deleitan en las obras de la carne alcanzarán tan inmensos bienes. Pero no todas las almas resucitan á la nueva vida, ni todas perseveran hasta el fin, ni todas llegan á la gloria eterna. Unos se salvan y otros son lanzados á los abismos, segun conviene á la divina justicia.

Respecto á los cuerpos de cuantos hayan existido, es artículo de fé que revivirán de sus propias cenizas por la virtud eficiente de Jesucristo, resucitado; que como Supremo Juez distribuirá en el último día la pena ó el premio á todo hombre, en todo el hombre. Con todo eso, su Resurrección propiamente es el ejemplar de la vida gloriosa de los cuerpos de los justos

que se han hecho conformes á su filiación, y no de la vida de los cuerpos de los réprobos, desechados como hijos de ira y de perfidia. "Dios, como dice San Agustín, crió á el alma de tan poderosa naturaleza, que de su plenísima bienaventuranza redunde al cuerpo el complemento de sanidad, esto es, el vigor de incorrupcion." El carácter de los verdaderos fieles, como lo describía San Pablo á los Filipenses, consiste en referir sus pensamientos y afectos solamente al cielo, y en no desear mas para su cuerpo, aunque vil y despreciable, que la gloria con que será revestido en la futura resurrección, segun el original del Cuerpo beatísimo de Jesucristo: *Reformabit corpus humilitatis nostrae configeratum corpori claritatis suae*. Y en efecto, la Resurrección del Hijo del Hombre, así como es la primera en tiempo, es tambien la primera en dignidad y perfección, como se deduce de estas palabras del citado Apóstol: "Resucitó de entre los muertos y ha venido á ser las primicias de los que duermen." De manera que el Verbo de Dios, unido á este Cuerpo Santísimo, lo transfirió á la vida inmortal, y por él elevará tambien á los demas á la mayor prosperidad.

¿Cuál, pues, no será la dicha de los Santos Doctores, que lucirán aun en sus cuerpos como la luna con la luz comunicada de sus almas, semejantes al sol en la mitad de su carrera? ¿Cómo correrá de nuevo en las venas de los generosos Mártires la sangre que derramaron y lavaron en la Sangre del Cordero! ¿Cómo se habrán consolidado sus huesos, reulzarán sus carnes y trascenderán sus vestiduras con el buen olor de los perfumes! ¿Con qué pureza estarán espiritual y corporalmente las inocentes Vírgenes ante su Digní-

simo Esposo, á quien han imitado tan de cerca? Todos, todos los bienaventurados sobre la gloria esencial, obtendrán mayor ó menor gloria accidental; resplandecerán con la blancura de sus vestidos, y seguirán á su Cabeza Jesucristo adonde quiera que vaya. Por eso despues de haber prevenido aquel grande Doctor de los gentiles, que entre las estrellas una es mas reluciente que otra, añade: "Así sucederá tambien en la resurreccion de los muertos. El cuerpo, á manera de una semilla, es ahora puesto en la tierra en estado de corrupcion, y resucitará incorruptible. Es puesto todo disforme, y resucitará glorioso. Es puesto privado de movimiento, y resucitará lleno de vigor. Es puesto un cuerpo animal, y resucitará como un cuerpo espiritual."

Cerremos ya toda esta doctrina, repitiéndola en pocas palabras. El asombroso misterio de la Resurreccion del Señor, es el galardón de sus trabajos, el apoyo de nuestra esperanza, la vida de los justos y la gloria de los Santos. Por sí mismo, ó mas bien, por medio de un Angel que le representaba, dijo el Cordero de Dios á San Juan, en la famosa vision de la isla de Patmos: "Que él vive, que fué muerto, y que vive por los siglos de los siglos." ¡Oh vida divina, vida eterna, vida del Verbo, comunicada á su Santa Humanidad, y por ella á sus fieles miembros! "Yo los libraré del poder de la muerte, dice por Oseas, yo los redimiré de la muerte. ¡Oh muerte, yo seré tu muerte! ¡Oh inferno, yo seré tu ruina! Porque Adán, el primer hombre, fué criado con alma viviente, segun la expresion de San Pablo, y el segundo Adán, llenado de un espíritu vivificante." Se levantó, pues,

victorioso del sepulcro para poner el sello á su Encarnacion, á su vida y á su muerte, por la salvacion de los hombres. Resucitó para infundirnos la fe, alentarnos con la esperanza y abrasarnos con su amor: resucitó, para darnos virtud de resucitar con él, y resucitar él mismo con la santidad en nosotros: *Surrexit.*

¡Qué mas! ¡Ah! ¡Con qué palabras tan tiernas y tan enérgicas nos habla hoy Jesucristo, despues de haber salido gloriosísimo por su soberano poder, de entre los que descenden á la huesa! "Resucité, dice, y todavia estoy contigo." Los Sagrados intérpretes entienden esta profecía de la eternidad del Verbo, la Santa Iglesia la ha tomado para el introito de la Misa de este dia, del Salmó cxxxviii; y tambien se puede aplicar á su presencia sacramental y perpetua, y á su asistencia espiritual y divina para con nosotros. Pero es necesario, si queremos gozar de su proteccion singular, seguirlo hasta el Calvario entre las espinas, los clavos y la Cruz. ¡No dijo el Angel á las santas mujeres: "Buscais á Jesus Nazareno, que fué crucificado, resucitó!" Pues el Salvador no reconoce por sus verdaderos discípulos, mas que á los que beben el cáliz de su pasion. Si lo buscamos Crucificado, lo hallaremos tambien Resucitado. La Cruz es el signo de igualdad para todos los hombres, y la bandera bajo de la cual debemos militar. Si lo imitamos contemplándole, atravesado de piés y manos, y derramando su Sangre por nuestra redencion, él nos ayudará á llevar nuestras cruces. Nada temeremos en este mundo ó en el otro, al paso que los malos desesperan cargando con el peso de sus enormes crímenes en esta vida, y padecen gimiendo en la man-

sion del horror despues de la muerte. Bafiados con su gracia celebráremos debidamente esta gran festividad de su Resurreccion. Con sumo placer y santo ardimiento le cantáremos la siguiente inspirada jaculatoria, que resuena por este tiempo en sus Augustos Templos: "Saltemos de gozo, y alegrémonos en este día, que hizo el Señor." Así viviremos, y perseverando firmes en su servicio hasta el fin, reinaremos con él por eternidades de gloria en el cielo.

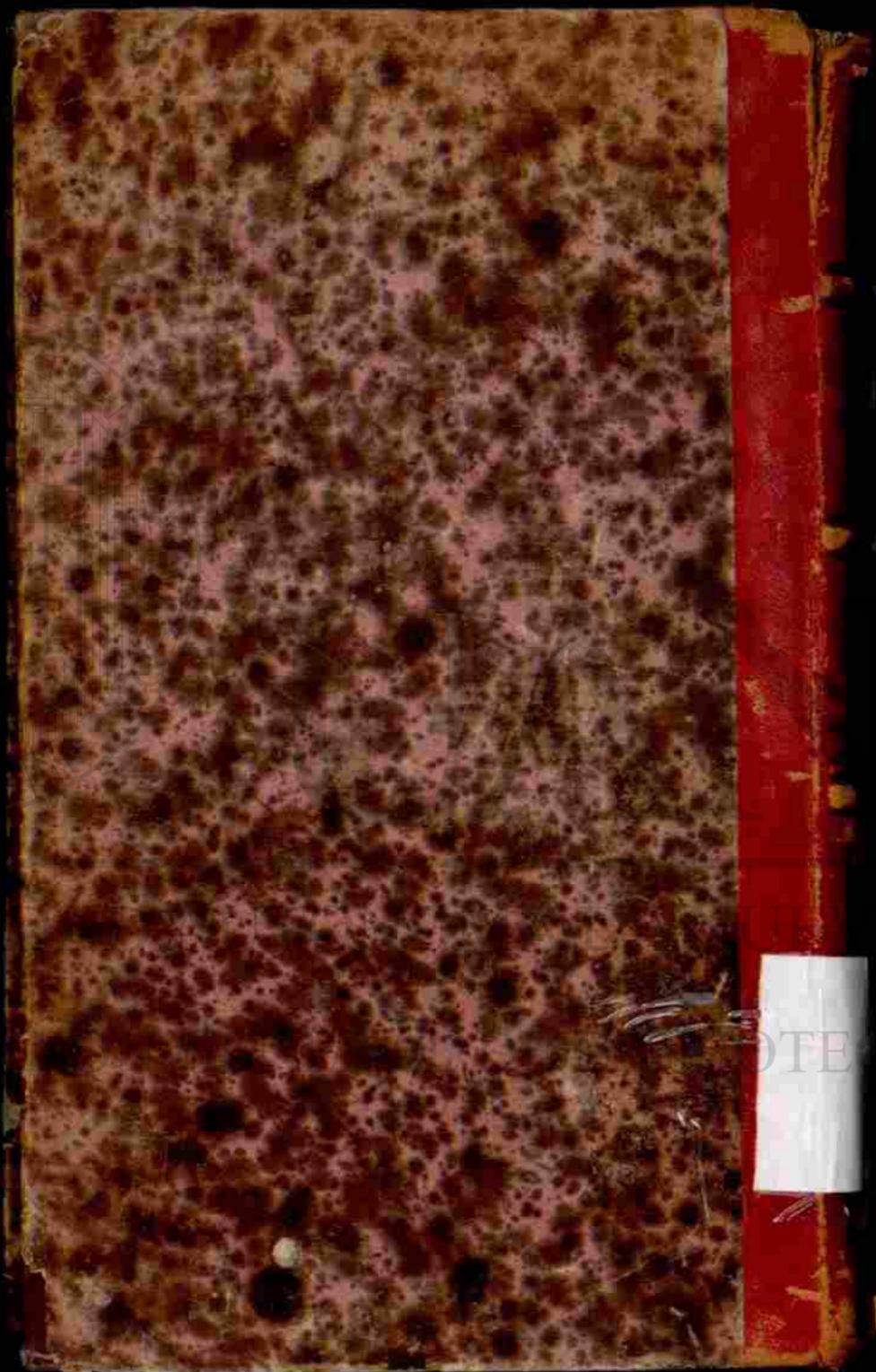
Así SEA.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

SERMON I.—Para el Domingo de Ramos.....	3
SERMON II.—Del Santísimo Redentor.....	21
SERMON III.—Del Santísimo Redentor.....	33
SERMON IV.—Del Santísimo Redentor.....	47
SERMON V.—Del Lavatorio para el Jueves Santo.....	61
SERMON VI.—De la Institucion de la Santa Eucaristía para el Jueves Santo.....	79
SERMON VII.—Del Paso de la Cruz á cuestras.....	97
ENCUENTRO.....	113
SERMON VIII.—Sobre la primera palabra que pronunció Jesucristo en la Cruz.....	117
SERMON IX.—Sobre la segunda palabra.....	133
SERMON X.—Sobre la tercera palabra.....	151
SERMON XI.—Sobre la cuarta palabra.....	169
SERMON XII.—Sobre la quinta palabra.....	185
SERMON XIII.—Sobre la sexta palabra.....	203
SERMON XIV.—De Espiración ó de la sétima palabra.....	217
DESCENDIMIENTO del Santísimo Cuerpo de Jesucristo de la Cruz.....	237
SERMON XV.—Sobre la Santa Sepultura de Jesucristo para el Viernes Santo.....	251
SERMON XVI.—De Soledad para el Viernes Santo.....	269
SERMON XVII.—Sobre la Resurreccion de Jesucristo.....	287

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OTE